

EL SECRETO DE HITLER



Las abundantes y variadas biografías dedicadas a Hitler han pasado siempre por alto un hecho relevante, imprescindible para adentrarse en su personalidad y comprender su actividad política: su homosexualidad. Y no es de extrañar, porque Hitler fue un verdadero maestro en el arte de la ocultación y ya

antes de conquistar el poder llevó con sumo cuidado una doble vida, con el fin de disimular sus preferencias sexuales. Lothar Machtan demuestra en esta obra que, a pesar de todos sus esfuerzos, Hitler no consiguió esconder completamente sus inclinaciones eróticas. Así, se examinan detenidamente en estas páginas sus relaciones masculinas de naturaleza amorosa, que terminaron en muchos casos en circunstancias extrañas. Los hombres que compartieron con Hitler su intimidad fueron, entre otros, Rudolf Hess, Ernst Röhm, Emil Maurice y Albert Speer.

La llamada «noche de los cuchillos largos» adquiere una nueva dimensión a la luz de las relaciones entre Röhm y el Führer, y del temor de éste a que se descubriera su secreto. Los chantajes a que Hitler estuvo sometido por parte de algunas de sus viejas amistades, como Lüddecke y Hanfstaengl, ofrecen la sorprendente imagen de un Hitler amenazado, temeroso de ser desenmascarado. Así, *El secreto de Hitler* no sólo demuestra la orientación homosexual de esta terrible figura, destruyendo un mito historiográfico, sino que ofrece una nueva mirada sobre el fenómeno Hitler al explicar qué consecuencias acarreó y qué nuevas posibilidades de conocimiento ofrece.



EL SECRETO DE HITLER

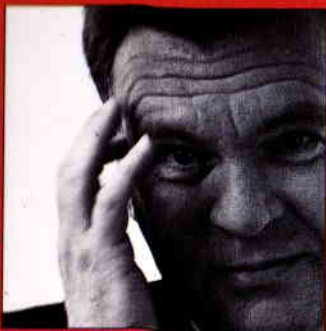
Lothar Machtan



Lothar Machtan

EL SECRETO DE HITLER

La doble vida del dictador



Nacido en 1949, **LOTHAR MACHTAN** es catedrático (desde 1995) de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad de Bremen.

Ha centrado sus publicaciones y su trabajo de investigación en los movimientos sociales de los siglos XIX y XX, así como en las bases, aparición y formación del moderno Estado social. En sus numerosos artículos publicados en revistas especializadas y medios públicos ha demostrado ser un profundo conocedor de Bismarck, y ha escrito y dirigido la edición de varias obras sobre el tema.

Su libro sobre los últimos días de Bismarck, marcados por su trágico enfrentamiento con el *Kaiser*, que recoge testimonios y fotografías inéditos, ha cosechado un gran éxito en Alemania.

El secreto de Hitler

Lothar Machtan

EL SECRETO DE HITLER

TRADUCCIÓN DE JUAN MARÍA MADARIAGA

 Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente en Alemania por Alexander Fest Verlag, Berlín

© 2001, Lothar Machtan

© 2001 por la traducción, Juan María Madariaga

© 2001, Editorial Planeta, S.A.

Còrsega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Compañía de Diseño

Ilustración de la cubierta: foto © Bertmann/Corbis

ISBN 84-08-04086-3

Primera reimpresión argentina: octubre de 2001

© 2001, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Independencia 1668, 1100 Buenos Aires

ISBN 950-49-0895-0

Hecho el depósito que prevé la ley 11723

Impreso en la Argentina

Índice

Prólogo	7
Introducción	9
I. La malograda fuga hacia una vida regida por la estética	37
II. El camarada Hitler	73
III. Escalas privadas de una carrera pública	113
IV. Vanos trabajos de amor	145
V. La persecución (y muerte) de Röhm	182
VI. Revelaciones póstumas: Erich Ebermayer y sus informantes	229
VII. Intrigas arriesgadas: Kurt Lüdecke y Ernst Hanfstaengl	261
Epílogo	305
Postfacio: Sobre la historia de un tabú	313
Agradecimientos	317
Notas	319
Abreviaturas	397
Índice onomástico	399
Procedencia de las ilustraciones	405

Prólogo

Esto no es una biografía. No pretendo contar la vida de Hitler ni glosar su política de forma exhaustiva. Sin embargo, sí trata de su vida, y en particular de un importante aspecto de la misma que incluso cabe considerar que le sirvió de fundamento: creo que puedo demostrar que Hitler fue homosexual y que para entender su personalidad y su carrera excepcional es imprescindible tenerlo en cuenta. Por desgracia, mi intento de explicación no es una empresa fácil, aunque existen fundamentos firmes en que apoyarlo también son abundantes los obstáculos. En la Introducción al libro pretendo responder a la pregunta de por qué es así y qué se puede y debe hacer para acrecentar nuestros conocimientos al respecto. A partir de ese punto recorreré diversas fases de la vida de Hitler en conexión inmediata con su orientación sexual; veremos así a un Hitler que no niega del todo su homosexualidad, pero tampoco es capaz de asumirla con todas sus consecuencias. Con su espectacular ascenso a *Führer* del NSDAP y del Estado alemán, ese problema personal acaba convirtiéndose en político.

Hitler es el mayor criminal político de los tiempos modernos y precisamente por eso debería interesar al gran público conocer su vida privada. Esos conocimientos deben, no obstante, ofrecerse desde la perspectiva de una *ciencia* crítica, ya que sólo así puede su percepción ir sistemáticamente más allá del sensacionalismo, incrementando la posible comprensión histórica. ¿Qué es lo que arrastró a un hombre presuntamente incauto en esas lides precisamente al arriesgado terreno de la política? ¿Y qué es lo que le hizo

triunfar de forma tan arrasadora? A no ser que se le suponga un carácter totalmente esquizofrénico, habrá que establecer alguna conexión entre la historia personal de Hitler y la historia de su ascenso como figura política de culto, entre la especificidad de su vida sentimental y la de su conducta política.

Con este libro persigo, pues, un objetivo histórico-político: querría impulsar una discusión seria sobre un aspecto hasta ahora minusvalorado y que sin embargo resulta indispensable para entender la personalidad de Adolf Hitler, su relación de hombre a hombre. En esa medida lo que aquí planteo es una contribución a la investigación de los fundamentos y un requerimiento a descubrir y evaluar nuevos documentos sobre la vida privada de Hitler.

La exposición es en cierto modo tesis-biográfica. Para aproximarme a la verdad sólo la podía concebir así y no de otro modo. Hitler intentó sistemáticamente ocultar determinados aspectos de su vida y de su pasado, y esto sitúa al historiador ante tareas (metodológicas) inhabituales: la combinatoria es aquí necesaria y no sólo astucia en el manejo de fuentes dispares, con sus contenidos tan a menudo dúplices y sus vacíos más o menos intencionados. He tenido también que tejer a partir de hilos aislados una «red de indicios» que pudiera soportar mi tesis, aun existiendo suficientes puntos de partida para demostrar su corrección. El arte del análisis histórico consiste sin embargo en deducir algo concluyente a partir de esos indicios, algo que nos ayude a reconocer tras una vida algo más que puras fuerzas motrices ideológico-políticas. Se trata, en este caso, de arrojar una mirada lo menos prejuiciosa posible sobre la persona de Hitler, y si se logra eso habrá también muchas otras cosas que se entenderán mejor.

Bremen, junio de 2001

LOTHAR MACHTAN

INTRODUCCIÓN

No-persona con atributos*

Al escribir sobre Hitler se asume una gran responsabilidad, en primer lugar porque se trata de un asunto de interés público, de moral pública. Pero por incómoda que le resulte la tarea, el historiador debe planteársela en la medida en que haya enigmas sin resolver en torno a la figura de Hitler, y efectivamente los hay. Tampoco le cabe utilizar a voluntad la literatura existente, que llena kilómetros de estanterías, como un capital acumulado cuya inversión le asegure beneficios; a veces, por el contrario, llega a ser una hipoteca que es obligado saldar mentalmente antes de poder aportar nuevos conocimientos. Además, esa pretensión supone que se tiene el coraje de elaborar una opinión propia sobre los resultados hasta ahora alcanzados en la investigación, que aquí sólo interesa en cuanto a su orientación biográfica, ya que la pregunta que nos ocupa es: ¿Quién era Hitler?

¿Un anticristo, un monstruo del siglo?

Que Adolf Hitler fuera el caudillo de un régimen del siglo xx que duró únicamente doce años y que fracasó catastróficamente bastó para convertirlo en uno de los alemanes más conocidos mundialmente. Y es muy probable que mantenga esa triste fama durante

* No-persona es un término aplicado por George Orwell en su novela *1984* a aquellos cuya existencia es oficialmente negada o ignorada (*N. del t.*).

mucho tiempo. Ningún otro político alemán ocasionó cambios tan profundos en la historia mundial ni crímenes tan horrendos. El nombre de Adolf Hitler representa la guerra mundial y el Holocausto. ¿Pero qué clase de persona era ese criminal del siglo?, ¿qué le impulsaba?, ¿y qué ganancia personal obtuvo de su incomparable ascenso?

Cuanto más tiempo pasa, más nos alejamos de una respuesta a esas preguntas. Las características personales de Hitler parecen ya de hecho «difuminarse en una borrosa quimera». ¹ ¿Por qué razón? Ian Kershaw señaló hace poco en una entrevista la presunta razón de que así fuera: «Si se abstrae su efecto político, de él no queda nada, o casi nada.» ² A sus ojos, Hitler era un «hombre sin atributos» ³ para quien la esfera pública lo era todo y que carecía de vida privada. ¿Era realmente así? ¿No había, al otro lado de la personalidad pública, de la representación para sí mismo y para los demás, nada, personal aparte de las banalidades de costumbre? De ser así nos encontraríamos ante un fenómeno histórico inédito: una persona poderosa, capaz de seducir a las masas y de hacer estremecer al mundo, absolutamente vacía de espíritu y de carácter; un auténtico «engendro desechable», ⁴ que debía posiblemente su ascenso político a un encadenamiento desgraciado de determinadas circunstancias, la erosión de las estructuras sociales tras la primera guerra mundial, la fatalidad de una época oscura, en la que los «engendros» podían ser catapultados hasta la esfera de la política. ¿O se trataba realmente de un anticristo, un «monstruo del siglo» que escapa a todas las normas humanas de juicio? ¿Es ésa la quintaesencia de la inabarcable montaña de investigación histórica acumulada en los últimos decenios? Para empezar, el imponente número de casi ciento veinte mil publicaciones ⁵ no responde a lo que promete. John Lukacs, que ha intentado poner un poco de orden en el embrollo de la literatura a él referida, llega a esta significativa conclusión: «Todavía no hemos acabado de entender a Hitler.» ⁶ Una chocante confesión si se piensa que casi ninguna otra figura de la historia ha atraído sobre sí un interés investigador tan formidable y que al cabo de medio siglo no ha remitido.

Evidentemente, sabemos mucho sobre la historia del nacio-

nalsocialismo, sobre la segunda guerra mundial y sobre los acontecimientos políticos del Tercer Reich, y también se han investigado amplia y detalladamente las circunstancias socioeconómicas e ideológicas que dieron lugar a su instauración. Lo mismo se puede decir de los terremotos acaecidos en el paisaje partidario y electoral en torno a 1930, de las hasta hace poco minusvaloradas intrigas de los agentes del poder en torno al anciano presidente von Hindenburg, que motivaron el nombramiento de Hitler como canciller, y de la vergonzosa aceptación con que acogieron las élites tradicionales al autonombrado salvador de Alemania. Sabemos algo sobre los mecanismos de funcionamiento de la dictadura del *Führer*, sobre la ideología de Hitler y sobre la historia cultural del nacionalsocialismo alemán de la que derivaba. Los crímenes del despotismo nacionalsocialista son objeto de estudio no sólo de numerosos institutos de investigación y centros conmemorativos, sino de toda una rama del saber académico conocida como Estudios sobre el Holocausto, alabada por un autor tan perspicaz y crítico como Ron Rosenbaum, al que debemos el compendio más lúcido hasta ahora de los intentos (no alemanes) de «explicar a Hitler». ⁷ Pero su libro es expresamente una «búsqueda del origen del mal» y con ello sostiene, como muchas otras publicaciones similares, la «inexplicabilidad» ⁸ de Hitler, cuyas circunstancias vitales concretas no se someten a examen detallado.

Si se desea conocer algo más sobre la personalidad, el carácter y la vida privada de Hitler, sólo encontramos entre las publicaciones serias un puñado de obras biográficas y un número aún más reducido de estudios específicos escritos por algunos *outsiders* que afrontan el tema desde una perspectiva psicológica, médica o incluso periodística; su escasez resulta asombrosa comparada con el interés público que suscita esa figura. Y hay que añadir todavía algo más: en muchas ocasiones los libros sobre Hitler no tratan del propio Hitler, sino de las imágenes que se han elaborado y se siguen elaborando de él. Esas imágenes proyectivas de Hitler, fabricadas a partir de extendidos estereotipos y que apenas apelan al conocimiento históricamente confirmado, dicen mucho sobre la sociedad que las ha creado, pero muy poco de las circunstancias vitales de la persona a la que supuestamente se refieren.

¿Tirano maquiavélico o plebeyo antiburgués?

Una vez enterrados los muertos de la segunda guerra mundial, restauradas las ruinas que había dejado tras de sí y juzgados y condenados al menos algunos de los causantes de aquel desastre, se planteó la cuestión de cómo había podido suceder todo aquello y de quién era exactamente el hombre sobre quien recaía la responsabilidad política. La pregunta apremiaba, y dos jóvenes disciplinas, la historia contemporánea y la ciencia política, se entregaron expresamente a la tarea de encontrar para ellas respuestas sólidas.

El primer hito en la investigación sobre Hitler se debió a un historiador inglés, Alan Bullock; en 1952 apareció su biografía *Hitler: A Study in Tyranny*,⁹ que sigue siendo válida aún hoy. Bullock no sólo contaba con la gran tradición de la historia anglosajona, que sitúa a quienes actúan políticamente en el centro del análisis, sino que como consejero científico de los procesos de Nuremberg podía además recurrir a las copiosas fuentes que allí se reunieron. En su libro vemos a Hitler como un político maquiavélico de la peor especie, al que sólo le importa su poder personal, dispuesto a destruir toda Alemania por mantenerlo, al que no guía ningún dogma, sino el poder en sí mismo; en resumen, un tirano por la propia tiranía. Lo vemos como un hombre sin escrúpulos ni inhibiciones, como un desarraigado sin hogar ni familia, como alguien sin ataduras humanas, sin tradiciones, sin temor a Dios ni a los hombres, a quien todos los logros espirituales le son ajenos, como alguien que intelectualmente nunca fue más allá del socialdarwinismo más primitivo. Debía su poder a dos habilidades sobresalientes: la capacidad retórica y el talento teatral. Hitler era capaz de hablar durante horas con el fin de manipular los sentimientos de los demás. Esto encontraba un complemento lógico en su profundo rechazo a todo cuestionamiento, en su insuperable desconfianza frente a los intelectuales y en su propensión a liquidar a quienes se le oponían. Por lo demás, Hitler poseía según Bullock el don de meterse absolutamente en su papel y de tomar por verdadero lo que en ese momento estaba representando. Con tal «autodramatización»¹⁰ convencía a otros y podía encubrir con éxito su brutal voluntad de poder. Hitler construyó un mito en torno a su

propia persona, lo cultivó cuidadosamente y lo puso al servicio de sus propios objetivos. Mientras lo hizo así obtuvo brillantes éxitos, y sólo cuando comenzó a creerse su propio mito le falló su intuición.

Las peculiaridades políticamente importantes son empero sólo una parte del multifacético esbozo de personalidad que ofrece Bullock. Llega a hablar del aspecto más íntimo de Hitler, su sexualidad, y afirma que se sentía en su elemento en compañía de mujeres, aunque probablemente era sifilítico e impotente. Pero no le basta con eso, nos cuenta incluso pequeñeces de la vida cotidiana de Hitler, como por ejemplo qué alimentos prefería (vegetales) y rechazaba (cocidos), que sufría de insomnio y dolores de estómago, cómo transcurrían sus días en el albergue alpino de Berchtesgaden y qué cosas le gustaban o le entretenían (Wagner, los automóviles grandes y rápidos, los pasteles de nata, las mujeres atractivas pero tontas, las flores, los perros, las películas de entretenimiento superficial, estudiar planes urbanísticos, escuchar halagos) y cuáles le disgustaban (que le contradijeran, irse a la cama, el alcohol, el trabajo regular y concentrado, los cigarrillos, el arte moderno). Esos aspectos banalmente humanos desmitificaban a Hitler. Bullock se ocupó no sólo del núcleo irracional de su ser político, sino también de su mundo cotidiano, haciéndolo así comprensible.

¿Pero podemos considerar convincente la imagen de Hitler que entonces bosquejó Bullock, vista desde la «actualidad»? Él mismo indica: «Nadie puede ponerse a escribir sobre la historia de su propio tiempo o de cualquier otro sin ideas preconcebidas, sin opiniones que corresponden a su propio ser y al campo de sus propias experiencias.»¹¹ Las «ideas preconcebidas» de Bullock se modificaron parcialmente en años posteriores. En su doble biografía, publicada en 1991, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, entiende el nacionalsocialismo como una ideología comparable al comunismo; el *Mein Kampf* de Hitler es ahora un programa político,¹² y su autor mucho más que un simple tirano, que se hizo con el poder casi sólo con sus dotes oratorias y su talento teatral.¹³ El cambio de interpretación se había hecho necesario porque la investigación había podido probar entretanto plausiblemente que Hitler poseía al menos algunas auténticas convicciones y que sus segui-

dores se dejaron seducir por ellas y *no sólo* por una demagogia hábil. Bullock asumió ese supuesto, pero no por ello corrigió su interpretación caracterológica de Hitler. En una corta conversación con Ron Rosenbaum interpretó la ideología de Hitler como sus «armas y escudo protector contra el arrepentimiento, el sentimiento de culpa..., simplemente contra todo».¹⁴ La voluntad de poder sin escrúpulos seguía siendo para Bullock el rasgo característico más sobresaliente de Hitler. Como antes, seguía viéndolo como un tirano espiritual y emocionalmente primitivo,¹⁵ aunque ahora le pudiese atribuir una forma específica de autoengaño ideológico.

Cuando en 1973 —veinte años después que Bullock— Joachim Fest convirtió de nuevo a Hitler en objeto de una biografía de gran calado, las circunstancias políticas y el espíritu de la época habían evolucionado considerablemente. La segunda guerra mundial había quedado casi treinta años atrás, la Guerra Fría comenzaba a dejar paso a una política de distensión y los sesentayochistas habían roto radicalmente con las convicciones y justificaciones tradicionales. La controversia política tenía por objeto revisar el papel que había jugado en el Tercer Reich la generación anterior, su culpa y su responsabilidad. La clase media alemana, en particular, se veía sentada en el banquillo de los acusados y, según la jerga de la época, «retrospectivamente interpelada en cuanto a su ideología». La idea presentada y difundida inmediatamente después de la segunda guerra mundial de un Estado totalitario monolítico, que servía como instrumento obediente al todopoderoso dictador ya no convencía a casi nadie. Al mismo tiempo, la biografía como género historiográfico se veía expuesta al reproche de servir de apología, e incluso se le exigía enérgicamente que se apartara del repertorio de las interpretaciones científicas de la historia. Frente a ella pugnaba por la primacía la historia social. Bajo esos auspicios, el libro de Fest, que en cuanto a la forma era una biografía clásica, y que empleaba sin empacho modelos interpretativos psicológicos (mejor dicho, psicoanalíticos) aparecía como una empresa decididamente conservadora. Casi es innecesario decir que fue ácidamente criticado desde un principio, añadiéndose además que Fest no era un historiador genuino sino un influyente periodista, y que su ambicioso estudio, más que un ensayo histórico en el

sentido académico, tenía un objetivo político, la rehabilitación moral de la burguesía alemana y junto a ella de los ideales humanitarios y democráticos que constituyen el núcleo de su cultura. El libro sirvió como autojustificación ética después de Auschwitz de una convencida clase burguesa ilustrada.

Fest mostró a Hitler como representante no burgués de un radicalismo revolucionario de derechas, poniendo de relieve las capacidades mediáticas que le permitieron ganarse a la opinión pública y llevar a un partido como el NSDAP a un éxito que en principio le estaba negado. Hitler se alimentaba del resentimiento de los fracasados, de los amenazados por la marginación social debido a la crisis de la República de Weimar, y las sordas emociones de éstos le arrastraban porque él mismo había vivido el asilo de los sin techo y todas las formas de degradación social. Tanto él como los miembros del partido que creó eran vulgares, toscos, brutales. Mediante su talento teatral pudo encubrir durante un tiempo esa rudeza, pero en los últimos años de la segunda guerra mundial se manifestó de nuevo crudamente. Hitler, el plebeyo que nunca pudo apropiarse verdaderamente de la cultura y la humanidad burguesas, albergaba por ello un vehemente encono contra la burguesía. Fest recurrió al concepto de «no-persona»¹⁶ del que en todas partes quisieron en seguida sacar partido.

El plebeyo Hitler, según Fest, se veía impelido por un radicalismo extremado y de todo sacaba siempre las consecuencias más radicales imaginables. Su «carácter excesivo»¹⁷ es lo que hacía tan peligrosa la versión alemana del totalitarismo de extrema derecha, pero aun así Hitler sentía al mismo tiempo «admiración por el mundo burgués»,¹⁸ y una pronunciada «necesidad de pertenecer»¹⁹ a él. Por eso pretendió interesarse por Wagner, por Nietzsche o por la arquitectura, aunque en realidad no entendía nada de todo aquello. Por lo demás, Fest comparte con Bullock la convicción de que el teatro y la oratoria eran las mejores armas de Adolf Hitler, e incluso destacaba mucho más esos dos aspectos. Las apariciones públicas de Hitler se caracterizaban por una marcada fantasía teatral, poseía un sexto sentido para intuir la situación anímica, las necesidades emocionales de su auditorio y lo que éste esperaba, y casi siempre sabía dar con el tono más adecuado.

Pero, para Fest, Hitler poseía también atributos clásicos del político: era un táctico muy dotado capaz de evaluar de antemano las situaciones y de adynar los intereses de unos y otros, de localizar sus puntos débiles y de establecer ventajosas coaliciones coyunturales. Era una persona con sangre fría, astuto y siempre dispuesto a arrostrar los mayores riesgos. Como todos los populistas convencidos, tras la revolución de octubre de 1917 sentía pánico al «terror rojo» y albergaba un profundo escepticismo hacia el proceso de modernización, pero a diferencia de todos sus rivales estaba en condiciones de desarrollar a partir de ese pánico un programa político. La lucha contra los judíos y la conquista de «espacio vital» fueron las claves centrales de su política, que pese a todos los virajes tácticos aplicó consecuentemente en cuanto dispuso de los instrumentos de poder necesarios para ello.

En el plano de lo privado, según Fest, la vida de Hitler estaba ensombrecida por la crónica pobreza de relaciones y un insatisfecho instinto sexual. Lo vemos con amistades de juventud ligeras o efímeras en sus años mozos en Austria, luego como estafalario soldado en el frente y político profesional, más asediado que rodeado por una camarilla servil de seguidores sedientos de poder, y finalmente como un hombre aislado, cada vez más encerrado en su *bunker*, atormentado por la melancolía y la enfermedad, envejecido antes de tiempo, en los últimos años de su vida. Las eufóricas apariciones públicas durante su «gran período» de los años veinte y treinta fueron según Fest substitutivos sexuales. Únicamente con su sobrina Geli Raubal mantuvo algo así como una relación profunda y humana. «Ella fue, por raro e inapropiado que pueda sonar, su único gran amor, cargado de instintos reprimidos, de arrebatos a lo Tristán y de sentimentalidad trágica.»²⁰ Sin que llegara nunca, en cualquier caso, a nada más.

La prudencia del biógrafo en lo que atañe a la vida sexual de Hitler podría deberse a que ésta representara muy poco para sus intereses centrales: Adolf Hitler, como persona, tan sólo le interesaba en la medida en que su psicología y su política le ofrecían puntos de referencia para captar el espíritu de la época, la llamada «ansiedad del período de entreguerras». Como consecuencia, concede el mayor peso en su interpretación a los años de 1929 a 1941,

precisamente en contra de su apreciación, en la que insistió como ningún otro conocedor de la figura de Hitler, de que su carácter y convicciones habían quedado pronto firmemente establecidos y de que apenas habían cambiado desde mediados de los años veinte.

Con el fin de evitar malentendidos, conviene insistir en que debemos a Alan Bullock y Joachim Fest las mejores biografías de Hitler publicadas hasta ahora y casi todo lo que sabemos o creemos saber sobre él. Al igual que Bullock, también Fest es consciente de su perdurable relevancia como biógrafo de Hitler. Que al cabo de más de veinte años de investigaciones sobre Hitler creyera justificada una nueva edición de su estudio de 1973 muestra claramente de qué estamos hablando: concretamente de que la persistente contemporaneidad de Hitler conduce «a una creciente profusión de artículos y ensayos», que sin embargo «apenas aportan conocimientos adicionales».²¹ Absolutamente cierto. La indagación histórica no ha vuelto a dar lugar a estudios biográficos con bases y amplitud parecidas a los de Bullock y Fest, sobre cuyos hombros ha caminado hasta hoy la investigación sobre Hitler. Nuestra imagen de Hitler es la que ellos crearon con sus retratos. Así, aproximadamente, se dice uno, es como debió de ser. Pero ni uno ni otro vieron a la persona entera, como demostraremos, sino «sólo» al dictador.

Intencionalistas y funcionalistas

En los años setenta el mercado de libros se llenó de títulos al respecto y pronto se llegó a hablar de una auténtica «moda Hitler». El gran interés del público por la época del nacionalsocialismo dio alas a autores de las más diversas procedencias, y nunca se ha discutido tan apasionadamente sobre el fenómeno Adolf Hitler y sus causas como entonces. Cuando comenzó a establecerse, hace poco más o menos veinte años, un monopolio interpretativo de dos escuelas académicas, esa vivacidad ya había desaparecido y se había ahogado la pasión de la discusión. Pero antes se había propuesto con gran seriedad un amplio espectro de planteamientos interpretativos. Repasemos, siquiera sea a vuelapluma, los más

importantes: Hitler era un hombre muy normal y buen burgués (Werner Maser), Hitler era un «misterio» que no se puede explicar más (John Toland), Hitler era un significativo estratega al que los ingleses subestimaron y que se vio empujado al suicidio (David Irving), Hitler era un psicópata (Robert G. L. Waite), Hitler era la víctima de una infancia desgraciada (Alice Miller y Erich Fromm), Hitler estuvo poseído durante toda su vida por la idea de vengar a su madre, tratada erróneamente por un médico judío (Rudolph Binion).

Con las últimas interpretaciones mencionadas entraron en escena los llamados psichistoriadores, la mayoría de ellos freudianos estrictos. En Estados Unidos su peso en el debate público no fue insignificante y, en cierto sentido, allí todavía siguen de moda.²² Por momentos influyeron también sobre las discusiones en Alemania, pero sin alcanzar nunca tanto poder interpretativo como en Estados Unidos. Enfocando el caso Hitler con la capacidad de explicación de las categorías freudianas, el problema reside en que el «diagnóstico a distancia» así obtenido no se puede confirmar o refutar recurriendo a fuentes válidas. Quienes pretenden partir de un planteamiento puramente psicoanalítico argumentan no sólo ahistóricamente, sino también de forma extremadamente reduccionista, y lo mismo da si encuentran en Hitler un «psiconeurótico de tipo obsesivo e histérico»²³ o un «narcisista perverso».²⁴ En la mayoría de los casos se quedan en simples imputaciones, buenas para la deriva psicoanalítica, pero sin fuentes históricas que las respalden. La escasez de informaciones biográficas sobre Hitler permitió a los analistas a distancia ir más allá de los límites de nuestra capacidad de conocimiento y deducir de puras presunciones otras conjeturas. Por eso le resultó fácil a la ciencia histórica rechazar como hipótesis serias los modelos de explicación propuestos, aunque algunos puntos merecieran una indagación ulterior más pausada. Pero los historiadores se dejaron influir por algo diferente, la crítica de las ideologías y el análisis de la estructura social. Así entraron en escena «intencionalistas» y «funcionalistas».

Los intencionalistas se tomaban en serio sobre todo la concepción del mundo de Hitler, tan en serio que la convirtieron en centro de todos sus análisis. Según ellos, el nacionalsocialismo era

un edificio ideológico relativamente cerrado, ensamblado por Hitler a partir de distintas piezas heredadas y elevado luego a la categoría de programa político. El Tercer Reich se entendía así como una materialización más o menos consecuente del nacionalsocialismo, y lo que quedaba sometido a controversia, desde luego, era hasta qué punto se había visto modificado o puesto en cuestión por los avatares de la política cotidiana y cómo había que clasificar el programa de Hitler en relación con otros programas de su época. Por importante que pueda ser una aclaración de esos aspectos primarios de la historia de las ideas, también lo es fijar su lugar en la agenda de la investigación científica, teniendo en cuenta lo alejados que quedan en último término de las circunstancias vitales de sus fanáticos protagonistas. De hecho, ni siquiera sabemos cuán genuina era la concepción del mundo articulada por Hitler o si éste «se tomaba tan en serio sus ideas como lo hacía la escuela ideológica».²⁵

Ahí es donde se insertaba la crítica de los funcionalistas. Desde su punto de vista, en el nacionalsocialismo importa sobre todo el ejercicio práctico concreto del poder social, no cuál fuera su programa. Haciendo uso de los conceptos, que convirtieron en moneda corriente, de «dictador débil» en medio de un «sistema polícrata» y de «radicalización acumulativa», llamaron la atención sobre el hecho de que los nacionalsocialistas originaron desde 1933 un caos nunca visto en la administración del Estado y de que las rápidamente crecientes burocracias servían como base de poder para distintos funcionarios nacionalsocialistas de alto rango, que empleaban su tiempo y sus energías en enconadas luchas por el poder, en las que llegaban a emplear la pura violencia. Las tensiones se acrecentaron y llegaron los excesos de la guerra y el genocidio, pero también, en definitiva, la «precipitación en el abismo» de los estructuralmente incapaces de sobrevivir y la autodestrucción del sistema establecido. Hasta ahí parece coherente la posición funcionalista, si no existiera un problema adicional: la figura no domable de Adolf Hitler, cuya supremacía permaneció inalterada hasta el amargo final, pese a todos los defectos estructurales del sistema de dominación. Estorba en ese modelo. ¿Qué hacer, pues, para compatibilizar al dictador con la teoría?²⁶

El Néstor de la escuela funcionalista, Hans Mommsen, realiza sobre todo el culto a la personalidad, que comenzó en el grupo local muniqués del NSDAP, fue desarrollado luego sistemáticamente por Goebbels y se convirtió finalmente en fundamento efectivo de la posición de poder de Hitler. Éste se blindó con un pequeño círculo de obcecados e incondicionales seguidores frente al resto de los dirigentes del NSDAP, salvaguardando así, incluso para éstos, un aura especial. Su comprensión de la política era en el fondo de naturaleza puramente propagandística, por lo que, según Mommsen, permitió irresponsablemente el caos administrativo y puso en marcha el proceso acumulativo de radicalización que llevó su régimen al fracaso. En pocas palabras, Hitler era, «políticamente, un falsificador»,²⁷ cuya supremacía se alimentaba de la sobrevaloración de los demás.

No quiero polemizar aquí con la brillante explicación de Mommsen del mito Hitler como elemento central del dominio nacionalsocialista, que sin duda representa un gran avance interpretativo, ni sobre el significado del círculo íntimo de Hitler para su forma de hacer política. Sin embargo, cabe dudar de que resultara tan fácil la puesta en escena desde fuera de un mito tan eficaz, a cargo de un supuestamente «débil dictador». Puede que Adolf Hitler fuera un «falsificador político», pero aun así la falsificación es un arte difícil, si no honorable. Casi nunca tiene éxito. Hasta los más astutos falsificadores acaban siendo descubiertos más pronto o más tarde. Que en el caso de Hitler no sucediera así habla en favor de su extraordinaria habilidad. El poder requiere saber, sin él se hunde rápidamente. Y el poder de Hitler fue un factor con el que tuvo que contar la política, más que con cualquier otro, hasta 1945. Es obvio que Mommsen pretende empequeñecer el papel desempeñado por la personalidad de Hitler, cuando fue histórico. Pero el fenómeno Hitler no se deja reducir a un concepto tan borroso como el de «falsificador», que más embrolla que aclara. Muestra por el contrario las limitaciones de una concepción de la historia en la que por definición no hay lugar para el poder individual. O dicho de otra forma, ¿qué queda de alguien que ha perdido de antemano la aspiración a gozar de un carácter individual?

¿Carisma sin personalidad?

Ian Kershaw se ha hecho cargo en cierto modo de la herencia de Mommsen y con ella se ha puesto a la tarea de reconciliar a intencionalistas y funcionalistas. Ya había publicado ensayos importantes y premonitorios sobre la opinión pública en el Tercer Reich y sobre el mito Hitler, y en su libro sobre éste aparecido en 1998²⁸ da cabida generosamente a casi todo lo que en el transcurso de medio siglo ha producido la investigación en cuanto a la historia política, económica y social de la República de Weimar y los primeros tiempos del dominio nacionalsocialista. En lo que más destaca, sin embargo, es en su análisis del ejercicio del poder, mejor dicho, del poder personalizado. Es obvio que le fascina esa «mística del poder» que con la dictadura de Hitler indudablemente coronó uno de sus mayores triunfos en la historia. Para Kershaw se trata ante todo de un producto de la sociedad alemana, de las esperanzas y temores que llevaban consigo los seguidores de Hitler; por eso considera a Hitler únicamente como pantalla sobre la que se proyectan las aspiraciones depositadas en él. Hasta ahí, nada que objetar. Pero su planteamiento biográfico se hace problemático cuando comienza a hablar de la «naturaleza carismática» del poder de Hitler, ya que el Hitler de Kershaw es cualquier otra cosa menos carismático; le faltaban precisamente todas las precondiciones para generar a partir de su personalidad algo así como un carisma. Según Kershaw, carecía de personalidad y no sólo es un «hecho que la vida de Hitler, aparte de la política, fue llamativamente estéril», sino que le faltaba incluso «una existencia o historia personal, aparte de los acontecimientos políticos en los que intervino». ²⁹ Así pues, dice Kershaw, el biógrafo de Hitler tiene que dedicarse no «a su personalidad, sino [...] a la esencia de su poder». ³⁰

Cuando un historiador subraya tan categóricamente que Adolf Hitler era «una cáscara vacía», con una existencia individual muy pobre, calificándolo incluso de «agujero negro»,³¹ es que persigue algún objetivo. Ahora bien, es obvio que el mejor medio estilístico para tomar distancias decididamente en un tema son las sentencias apodícticas. ¿Pero necesitaba hacerlo así un historiador

tan brillante como Kershaw? ¿Qué le ha podido llevar a su apresurada afirmación, que en absoluto se justifica por el estado de las fuentes y que constituye únicamente la exteriorización de su opinión subjetiva? Quizá que estaba demasiado obsesionado de antemano por un determinado Hitler, cuyo ser quedaba íntegramente sometido a las fuerzas por él invocadas y luego desencadenadas. Con otras palabras: Kershaw no tenía ningún interés real en la investigación de la vida personal de Hitler. Prefería mantener al margen al Hitler privado, porque éste le parecía, tras décadas de estudio intensivo, «aún más abominable que antes».³² *Quod erat demonstrandum!* Y precisamente por eso los pasajes más biográficos de su libro son bastante anodinos. Donde llega no obstante a hablar de Hitler como individuo se limita a unos cuantos clichés y veredictos moralizadores. Llama la atención que su libro haya sido recibido como una nueva biografía de Hitler, ya que no lo es en absoluto. Las observaciones biográficas de Kershaw son todas ellas de segunda mano, las interpretaciones del destino personal de Hitler son más o menos subproductos de su convincente análisis histórico-social, pero sólo histórico-social. En esa medida, la observación de Klaus Hildebrand de que Kershaw no nos ha dicho «nada nuevo» sobre Hitler es plenamente acertada.³³

También se ha criticado desde otro ángulo que Kershaw no inserte ni el aspecto privado ni el público de lo que denomina «calidad carismática» de Hitler.³⁴ Un éxito político tan aparatoso de una «no-persona» privada sólo se puede explicar si se aceptan causas de carácter altamente patológico, tanto en el propio Hitler como en la psique colectiva de los alemanes de entonces. Pero es muy discutible que el ascenso de Hitler no fuera sino una «carrera delirante».³⁵ Más convincente resulta la argumentación de Ludolf Herbst, quien distanciándose críticamente de Kershaw se refiere a la «personalidad no carismática» de Hitler, atribuyendo su éxito más que nada al logrado intercambio entre «arte escénico y política carismática».³⁶ Pero tampoco él pone en duda la «insustancialidad de la persona privada del dictador»³⁷ defendida por Kershaw.

Biografía póstuma de Hitler

A quien aporta algo nuevo sobre Hitler le amenazan incomodidades y molestias, si no se protege por varios flancos. Hay que prestar atención a los tabúes, trampas y normas lingüísticas, y naturalmente exhibir las convicciones y actitudes correctas. Pero cuanto más se practica esa forma de proceder, más claramente se deja ver cuál es la recompensa por la autocensura y la adaptación a las normas: una permanente irritación por la mención de Hitler, que en ocasiones llega a exhibir rasgos neuróticos. Arrastrado de un lado a otro por la hiperracionalización y la moralina, por la fuerza de los hechos y su ignorancia, por las prohibiciones de pensar y el voyeurismo, por las especulaciones y el deseo de alcanzar conocimientos objetivamente válidos, el debate sobre Hitler ha caído en un sesgo alarmante. Las reacciones suscitadas por el libro de Ian Kershaw lo dejan claro. Por un lado se producen alabanzas desbordadas para un trabajo que nos ha ofrecido una creadora y posiblemente definitiva imagen de Hitler. Por otro lado, la atención prestada a éste se desfigura con paradojas o fórmulas sin sentido como las siguientes: «El carisma de una no-persona sin núcleo interno» (*Frankfurter Rundschau*),³⁸ «No-persona sin atributos» (*Welt am Sonntag*).³⁹ «El dragón que no era más que un gusanito» (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*).⁴⁰ También se constata auténtico alivio por la marginalización de Hitler: «Ian Kershaw exorciza a los demonios» (*Die Welt*).⁴¹ Pero al mismo tiempo, y es algo que no se debería subestimar, la presencia traumática del *Führer* sigue pesando sobre las espaldas de los creadores de opinión. ¿Ha dejado verdaderamente de «tener importancia»,⁴² convirtiéndose contra toda evidencia histórica de «dragón» (como si el nacionalsocialismo hubiera sido una fábula) en «gusanito»?

Hay que entender el exorcismo practicado por los suplementos histórico-literarios de los periódicos alemanes como jeroglífico del actual debate, y la desbordada literatura sobre Hitler como parte de su problemática. No hablemos pues de condiciones de trabajo estrictamente científicas en ese terreno: *sine ira et studio*. Ni de satisfacción por los resultados alcanzados en la investigación. La tan extendida opinión de que el inhumano Hitler se haya analiza-

do según las reglas de la disección, sin que quedara ningún rincón de su negra alma sin iluminar ni ningún detalle de su trayectoria vital sin escudriñar, es tan ingenua como falsa. Seguimos sin saberlo todo sobre él, quedan auténticos enigmas por desvelar y los conocimientos alcanzados se han cobrado enormes gastos intelectuales. Formulado con mayor radicalidad, que la investigación histórica haya logrado tan escasos resultados frente a la imagen legendaria de Hitler se debe en gran medida a que todavía no se ha ocupado de esa *ingratissima persona* más allá de la ideología y la política. Este fenómeno, que sólo cabe explicar como «biografía póstuma» de Hitler, implica que éste no sólo infectó de forma fatal su mundo, sino también el nuestro, dejando en él su huella perdurable. Precisamente, en razón de la barbarie de la que él más que ningún otro fue responsable, la persona histórica de Adolf Hitler generó inevitablemente una neurosis de angustia, convirtiéndose en una visión horrenda. Y por eso mismo siguió siendo para la posteridad lo que ya era para sus contemporáneos: incomprensible, un misterio. Trasladado al plano político e intelectual, esto significa un mensaje amenazante frente al que retrocedió en gran medida el análisis científico en sentido estricto.

¿Por qué deberíamos entonces conceder crédito de nuevo al parloteo sobre la insustancialidad de esa notable figura? Hay que hurgar más profundamente en el pasado de Hitler para acabar con los enigmas. Quizá convenga comenzar con los treinta primeros años de la vida de Hitler, cuando todavía no era un político. En la búsqueda de los modelos arquetípicos de conducta y de los rasgos distintivos de su personalidad que dieron a la biografía de Hitler su perfil inconfundible, habrá que retroceder cuanto sea posible en el tiempo. ¿Con qué derecho se puede contar su vida desde 1945 hacia atrás, ahogando cualquier posibilidad de comprensión histórica en una visión teleológica? Cuando Hitler decidió buscar su salvación en la política ya arrastraba consigo varias experiencias vitales, una biografía rica en acontecimientos, cabría decir. Quizá fue eso lo que le hizo tan peligroso, quizá esté ahí el secreto de su éxito.

Si se desea reconstruir las experiencias vitales que le marcaron tan decisivamente, habrá que situarse ante todo en su terreno

y entrar en su vida anímica. ¿Y dónde y cómo buscó (o incluso encontró) Hitler lo que toda persona anhela: felicidad, amor, reconocimiento? En su caso, no es en sus relaciones con mujeres, ni en el matrimonio o la familia donde se puede localizar todo eso. Pero algo tuvo que dar a esa vida antes que o junto a la política una orientación emocional, un *leitmotiv*. ¿Qué impide pues explicar las acciones de Hitler a partir del entramado de sus móviles personales? ¿Qué impide buscar los resortes de su actuación, que ya estaban en tensión antes de que pisara la escena de la política?

Reacciones defensivas

Hitler es una de las figuras históricas más dignas de atención, sus hechos criminales no admiten disculpa ni justificación alguna. Y sin embargo es falso ver en él únicamente una bestia sedienta de sangre. Era un hombre con atributos humanos, en absoluto inesenciales para su actividad, y no podemos distorsionar la imagen de Hitler hasta el punto de robarle esos atributos. Debemos más bien retrotraerlo consecuentemente a la escala humana y precisamente atendiendo a su vida anímica, sobre la que se habían ido estableciendo en el transcurso de los años prejuicios derivados más de la fuerza traumatizante de su régimen de terror que de un conocimiento cierto. Las caricaturas así generadas hacen aparecer al dictador más monstruoso e inconcebible aún de lo que ya era de por sí.

Se ha pasado por alto o no se ha querido prestar atención a algo que podría quizá explicar hasta cierto punto su incorporación a la política: su homosexualidad. Esta cuestión está todavía sin explorar y hay que alcanzar mayor certeza al respecto. Determinados acontecimientos, encuentros y conexiones transversales de la vida de Hitler son tan llamativos que sólo cabe entenderlos como parte de un contexto homosocial. Cuanto más en detalle se analizan, más obligada parece esa conclusión. Así pues, en este libro hablaré de las emociones de Hitler, pero sin dejarme arrastrar por ellas; hurgaré en aspectos delicados de su vida, pero sin permitirme sensacionalismos; citaré fuentes posiblemente irritantes, pero

sin renunciar por ello a una serena crítica de las fuentes. Se trata de describir tan objetivamente como sea posible una determinada faceta de la vida de Hitler, convirtiendo en tema de estudio una cuestión que durante años ha sido tabú.

Dejando a un lado al Hitler de Auschwitz, hallar un acceso a la historia de su vida parece, como ya he dicho, casi imposible. Aquel tiempo en que ascendió desde la nada al puesto de *Führer* carismático, en particular, permanece oculto para nosotros. Al biógrafo se le exige demasiado, de él se espera ante todo una explicación del Holocausto, de las maldades concebidas y llevadas a cabo por Hitler. En la controversia histórico-crítica con Hitler nada fue y sigue siendo más importante que el distanciamiento total, esto es, lo contrario a la aproximación. Pero eso es para el historiador, desde luego, algo inhabitual, ya que debe renunciar a un paso metodológico que normalmente se considera indispensable en su oficio, la incorporación vivencial de los estados de ánimo de aquéllos que por sobradas razones aparecen como protagonistas de la historia. Obviamente, Hitler no es un fenómeno histórico al que quepa simplemente describir, ilustrar y dejar después a un lado. Pero nada impide «historizarlo» consecuentemente, lo que nunca se ha hecho, y exponer a la luz sus cuidadosamente guardados secretos y deseos.

Esta empresa encierra no obstante algunas dificultades y hay que prever especialmente una reacción defensiva; el reproche de pretender exculpar a Hitler alegando el problema de su vida sexual, de humanizarlo de algún modo. A este respecto no basta responder que existe un interés puramente científico en la evaluación biográfica y política de la esfera íntima de Hitler. El investigador cae pronto bajo la sospecha de apología, con lo que literalmente se le atan las manos. Pero la tarea más importante del biógrafo siempre ha sido investigar e interpretar *todos* los hechos relevantes desde su respectiva relación vital. También es desde luego un deber del historiador pasar por alto las fronteras vergonzosas, en cualquier caso cuando se trata de personas cuya vida pública no alcanza a entenderse sin conocer su vida privada. Si se callan detalles tan espinosos por razones que no atañen a la ciencia misma, se dejan de lado importantes posibilidades de comprensión. Si se trata aquí

de la sexualidad de Hitler no es pues para «relativizar» de algún modo su culpa, sino para lograr cierta aclaración sobre la conexión entre la historia privada y la política. En resumen: los historiadores podemos y *debemos* decir algo al respecto.

Argumentación histórico-crítica

¿Qué debe hacer el historiador para lograr un juicio verdaderamente fundado sobre la importancia de la homosexualidad de Hitler? Es decisiva, naturalmente, la demostración de que mantuvo relaciones de tipo amoroso-sexual con hombres, y/o informaciones sobre actividades sexuales con tal o cual pareja. Si se carece de referencias concretas para ello, no pasará de ser una sospecha. No bastan los indicios psichistóricos,⁴³ ya que se trata de interpretaciones que no se pueden contrastar con hechos históricos. Los signos e indicaciones a los que se atienen los diagnósticos psicológicos a distancia son demasiado vagos para que se les pueda considerar verdaderas pruebas. Las poses de Hitler, sus ademanes y mímica en fotografías y películas, sus adornos (bigote, fusta, etcétera), sus gestos afeminados, su gusto artístico atlético-monumental, su marcada complacencia en la contemplación del cuerpo masculino, etcétera, todo eso no nos ofrece conclusiones convincentes sobre su homosexualidad, ni siquiera «latente». Quien sostiene lo contrario, pone «material probatorio» dudoso al servicio de una dudosa psicologización; los modelos interpretativos alcanzados de esa forma siguen siendo meras suposiciones. Para llegar a conclusiones mínimamente seguras se necesitan declaraciones escritas de testigos creíbles, hechos, informes sobre las relaciones homosexuales de Hitler y sobre los hombres con los que mantuvo esas relaciones. Sólo al final de tal proceso avalado por las fuentes se podrá hablar de una prueba concluyente. Sin embargo, debería quedar claro desde el principio que no se puede pedir lo imposible a la exposición, ya que hay vacíos no cubiertos por las fuentes escritas, que ahí están y seguirán estando.

El estado de las fuentes es precario, pero no desesperado. No debería sorprendernos hollar un terreno tan yermo, ya que hasta

hace bien poco la homosexualidad era uno de los temas tabú de la historia de Occidente,⁴⁴ y por esta razón hay una notoria escasez del pertinente material probatorio. Hitler no es una excepción. A lo más, los homosexuales sólo confiaban al papel pequeños retazos de sus verdaderos sentimientos y a menudo hasta esos testimonios fragmentarios de las personas «contaminadas» se han destruido por miedo a la estigmatización. Verbalmente se confesaba menos aún, porque hasta bien avanzado el siglo XX los homosexuales eran descalificados como «moralmente depravados» y por ello despreciados por gran parte de la población, y por eso los discriminados sólo hablaban sobre sus inclinaciones con algunas personas de su confianza.⁴⁵ Conviene recordar que el amor homosexual —entonces como ahora— no era algo socialmente aceptado, sino justamente lo contrario, y que los homosexuales se veían bajo una constante presión anímica a causa del omnipresente peligro de persecución.

La dificultad principal para reconstruir la esfera íntima de Hitler tiene pues menos que ver con la propia persona que con el terreno tabú de la homosexualidad. Nos encontramos ante un barullo de tergiversaciones, hipocresía y mimetismo difícil de desenmarañar; las revelaciones de Thomas y Klaus Mann al respecto son las consabidas excepciones a la regla. Las fuentes primarias clásicas que podrían dar información verificable sobre la homosexualidad de Hitler —fotos, cartas de amor o diarios— no están a nuestra disposición.⁴⁶ Hitler vivía en una permanente angustia de que pudiera aparecer en documentos o incluso llegar a la opinión pública algo que le señalara como homosexual y por eso evitó todo tipo de intercambio confidencial por escrito.⁴⁷

En todo lo que se refería a su vida privada, Hitler se demostró como un verdadero maestro del arte de la ocultación. Su amigo por un tiempo Ernst Hanfstaengl «notó al punto su continua y vigilante desconfianza en cuanto, consciente o inconscientemente, se quería saber algo de su pasado, su carácter o su intimidad. Entonces se cerraba de inmediato como una ostra o cambiaba de tema con unas cuantas máximas nebulosas».⁴⁸ Era genial en la simulación de hechos falsos y casi nadie le podía ganar en cuanto a mantener en secreto determinadas cosas. Hasta en las conversaciones en su círculo más íntimo se preocupaba por enturbiar los asuntos

que le concernían, de forma que cabe hablar en su caso de una auténtica neurosis de ocultación. La habilidad más sobresaliente de aquel hombre era el engaño y creerse sus propias mentiras. En cierta medida eso estaba enraizado en su historia personal; para quien siempre —al principio por necesidad— ha reaccionado con mimetismo frente a los acontecimientos, el engaño y la tergiversación de los hechos acaban convirtiéndose en una segunda naturaleza. Y eso mismo hace tan cuestionable la interpretación de sus expresiones semiformales sobre sexualidad, mujeres y matrimonio; a menudo estaban al servicio de la pretendida desinformación, formaban parte esencial de aquella red de camuflaje que tan bien sabía urdir entre bastidores.

No se han conservado en su versión original testimonios jurados sobre la homosexualidad de Hitler, presentados en el transcurso de procedimientos penales o interrogatorios policiales, aunque tales documentos, que se refieren a los años de juventud de Hitler (1910-1923) estuvieron en algún momento disponibles. Para los posteriores «años de lucha» no hay indicación alguna de tales piezas documentales. Si existieron fueron con seguridad destruidas por Hitler y su gente.

La voluntad de destrucción por parte de Hitler de todo cuanto pudiera permitir asomarse a su vida íntima está abundantemente documentada. Hizo desaparecer cuanto pudo. Y su brazo llegaba lejos, incluso antes de 1933. Hitler sobornó, comprometió, extorcionó o hizo asesinar a sus cómplices. Esa conducta sugiere que quería aniquilar cuanto le comprometiera, evitando a cualquier precio ser «descubierto». Y vio su reputación amenazada, no por los crímenes políticos —de los que sorprendentemente llegó a reconocerse autor—, sino por las revelaciones sobre su vida privada. No parece probable que tuviera miedo a ser considerado un «perdedor» a causa de las adversas circunstancias de la primera mitad de su vida, ya que desde mediados de los años veinte, a pesar de su cuestionable pasado y su vociferante y demagógica actitud, era conocido como casi un político profesional, del que se sabía por supuesto que provenía de un medio poco acomodado. Había un secreto mayor que su pasado como «fracasado social», en concreto un estigma que amenazaba ponerlo en evidencia para siempre:

su homosexualidad. Hitler se vio obligado a llevar una vida camuflada para ocultar sus preferencias sexuales y defendió ese secreto con todos los medios imaginables. Ése fue un componente de su vida política, su punto más débil, tanto en la contienda por el poder y por mantenerlo como en la lucha por asegurar su gloria póstuma. El propio Hitler borró por eso las huellas decisivas. En eso no se distinguió de otros homosexuales destacados. Lo original de su conducta reside únicamente en la eliminación sin escrúpulos y estratégicamente organizada de todos los riesgos de ser descubierto.⁴⁹

¿Qué pasó con los eventuales cómplices, con los afectados y enterados? En primer lugar, el número de los que verdaderamente sabían algo siempre fue muy pequeño. La mayoría de ellos estaban muertos en 1945-46, algunos de ellos los había hecho liquidar el propio Hitler (Ernst Röhm y su círculo, el capitán Karl Mayr, su camarada de guerra Hans Mend, el escritor Fritz Gerlich, el jefe de policía August Schneiderhuber y el conde Helldorf), otros habían cometido suicidio (Geli Raubal, Eva Braun, Walter Hewel, Philipp Bouhler, Martin Bormann, Heinrich Himmler, Hermann Göring), mientras que otros fueron ejecutados (Julius Streicher, Hans Frank).

Los pocos conocedores que sobrevivieron a Hitler permanecieron fieles al *Führer* tras el hundimiento del régimen nazi. Aunque todo se había derrumbado, seguían bajo el mandato de Hitler de mantener el secreto. Muchos de ellos destruyeron documentos comprometedores y callaron. Winifred Wagner es quizá el ejemplo más significativo. Otros hicieron en sus memorias todo cuanto pudieron por embellecer, aun póstumamente, la vida privada de Adolf Hitler. Habría que mencionar especialmente a Albert Speer, Baldur von Schirach, Heinrich Hoffmann, Fritz Wiedemann y Heinz Linge. Algunos callaron o añadieron tan sólo algunos detalles, pero tales alteraciones y omisiones insignificantes tienen a veces consecuencias más graves para la comprensión histórica de los acontecimientos que las grandes mentiras. Por ejemplo, la declaración de Speer sobre la incapacidad de Hitler de experimentar sentimientos amistosos, ¡qué eufemismo! En cualquier caso, esos antiguos sátrapas escribieron y vendieron sus recuerdos por los mismos motivos por los que antes habían servido a Hitler: en su propio provecho y debido también, naturalmente, a una enorme necesidad de jus-

tificación, porque esos confidentes, en su mayoría, se habían vinculado al Hitler «privado» y eso les hacía cargar con una gran responsabilidad personal. Con seguridad sabían algo sobre él, pero no querían ni podían revelar cuánto sabían. Quizá permanecía simplemente en vigor el hechizo que Hitler había lanzado sobre ellos; en cualquier caso, también en el encubrimiento de su historia real tuvo cómplices.

Tampoco nadie de su entorno juvenil se atrevió a relacionar a Hitler con conductas o inclinaciones homosexuales. Eso no sólo habría sido una violación inaudita del tabú, sino que habría significado para cada partícipe, si no la muerte, sí la estricta proscripción de su persona por parte de sus antiguos «camaradas». Probablemente por eso callaron tan obstinadamente partícipes tan destacados como el príncipe Philipp von Hessen o el ayudante jefe de Hitler Wilhelm Brückner, así como otros menos destacados como Julius Schaub, Emil Maurice o Ernst Schmidt.

Queda un pequeño resto de testigos a tomar en serio, que a pesar de todo se expresaron con bastante claridad acerca de la vida sexual de Hitler, como August Kubizek, Kurt Lüdecke, Ernst Hanfstaengl, Rudolf Diels, Erich Ebermayer, Eugen Dollmann, Christa Schröder o Hans Severus Ziegler. Y todos ellos coinciden en que Hitler no tenía relaciones sexuales con mujeres. Algunos de ellos afirman explícitamente que era homosexual, otros lo dejan entender más oblicuamente. Se trata de indicios, atisbos, puntos de referencia. Sobre la credibilidad de esos testigos debe decidir la crítica de las fuentes, que a este respecto debe ejercitarse intensivamente: ¿Qué documentos son verdaderos? ¿Fueron redactados por alguien que sabía de qué hablaba? ¿Por qué no fueron destruidos esos papeles? ¿Cómo hay que leerlos? ¿Cómo podemos evaluarlos? ¿Y qué conclusiones permiten?

Desvelamiento crítico de las fuentes

Preguntas como las que acabamos de enumerar ocupan el centro de la exposición en que nos hemos volcado, que en cierto modo constituye un desvelamiento crítico de las fuentes. Se trata de la

serena inspección e interpretación de todas aquellas fuentes que ofrecen eventuales indicaciones acerca de la conducta sexual de Hitler. Su transmisión no sólo ha de someterse a una detallada prueba «exterior», sino que el propio contenido de cada declaración en cuestión debe exponerse a una «competición de plausibilidad». El propósito de tal análisis consiste en insertar en una «cadena demostrativa» aquellas fuentes que superen con éxito esa estricta evaluación. Veremos así que, a pesar de todos sus esfuerzos por negarla y disimularla, Hitler no consiguió ocultar completamente su homosexualidad, ya que hubo personas en su vida que se vieron en algún momento impulsadas —por motivos interesados o desinteresados— a confiar a otros lo que sabían.

Otro paso adelante, más importante, para apoyar la tesis de este libro es la investigación de las amistades de Hitler, quien una y otra vez buscó la proximidad de hombres solos, a los que no sólo estuvo vinculado durante largos períodos de tiempo, sino que también les concedió una extraordinaria confianza. La mayoría de esos hombres eran homosexuales o tenían al menos marcadas inclinaciones homoeróticas, y llama la atención que Hitler concluyera abruptamente algunas de esas relaciones en circunstancias muy extrañas. Sus amistades masculinas fueron en realidad, en contra de lo supuesto hasta ahora, «ambros con hombres», y se les puede dar nombre: August Kubizek, Rudolf Häusler, Ernst Schmidt, Dietrich Eckart, Ernst Röhm, Ernst Hanfstaengl, Emil Maurice, Rudolf Hess, Julius Schreck, Hans Severus Ziegler, Albert Speer y otros. Muchas de esas relaciones fueron duraderas, otras efímeras, algunas más bien camaraderiles, otras de naturaleza más que nada erótica. Llegar a dar explicaciones convincentes sobre esas parejas y amigos, sobre sus características y su trasfondo social, significaría en último término explicar la personalidad de Adolf Hitler.

Con las mujeres tuvo poca suerte. Ciertamente es que coqueteaba, necesitaba un «polo opuesto femenino que contraponer a mi instinto puramente masculino»,⁵⁰ pero nunca intentó seriamente conquistar el amor de una mujer. Trató repetidamente de establecer contactos con mujeres, pero sin éxito, y en cualquier caso nunca llegó a una relación plena. No es de extrañar, ya que lo que le impor-

taba ante todo era disimular u ocultar su tendencia homosexual. Y a partir de 1927 procuró, como muchos homosexuales de la época, mantener ese tipo de amistades con el solo objetivo del enmascaramiento y el engaño.

Significativas son también las circunstancias vitales de Hitler antes de 1933: los continuos viajes, los distintos «domicilios fijos» (Munich, la casa Wachenfeld en Berchtesgaden, Berlín), las muchas visitas privadas a Weimar y Bayreuth, los frecuentes viajes de incógnito y paradas en secreto en lugares reservados. Todo ello apunta a una doble vida.

Justo al comienzo de su carrera política, Hitler se había instalado en el ambiente homosocial de su entorno, donde se sentía al parecer tan a gusto que mantuvo hasta su final esa vida en grupo. Sus hombres de confianza eran incondicionales y mostraban, como él, poco interés por las mujeres. Tampoco es de extrañar, sin embargo, que Hitler decidiera casarse, con el fin de disimular. La estructura mafiosa del círculo íntimo garantizaba no sólo la cohesión interna, sino que prevenía denuncias o extorsiones. Era una «unidad de destino», porque todos tenían algo que ocultar, unos sus inclinaciones sexuales, otros sus negocios turbios. Y Hitler supo vincular cada vez más estrechamente a sus hombres de confianza a su propio destino político. Ahí le vemos impregnado de «la sordidez propia de los pequeños criminales», el «intrigante siempre envuelto en chantajes y mentiras»,⁵¹ capaz de superar todas las contrariedades y de salvar su cabeza. La confianza en sí mismo que más tarde pudo irradiar cabe atribuirle en parte a la forma tan increíble en que se había salvado de los peligros que amenazaban su carrera política. Que en los años de 1930 a 1934 nadie fuera capaz de poner seriamente en cuestión su integridad bordea efectivamente el milagro. Más tarde presentó esa circunstancia como «Providencia», reacuniándola como «Destino» de toda una nación.

Albert Speer decía en 1945 que Hitler había deducido en gran medida su vocación de político de su propia trayectoria vital y que basaba su optimismo para esa empresa en que «en su vida ya había atravesado muchas situaciones difíciles, de las que siempre había salido bien». ⁵² Efectivamente, pocos políticos de su generación habrán pasado por una escuela más dura que Adolf Hitler;

su tenacidad y sus nervios de acero, de los que se ufana, se debían esencialmente —al igual que su capacidad de disimulo— a la propia lucha por la vida. En esa medida, su increíble ascenso también está relacionado con su orientación homosexual.

Aunque la vida privada de Hitler a partir de 1933 se vio coartada por sus obligaciones oficiales como *Führer* y canciller del Reich, pudo preservar por supuesto algunos espacios libres. Igual que antes, seguía haciendo visitas privadas. Y su entorno le amparaba ahora con más cuidado aún. También desde 1933 en adelante pudo llevar una especie de doble vida, sólo que ahora tenía que organizarla de otra forma y mejor que antes.

Hay pues bastante material disponible para bosquejar una imagen más acertada de la vida privada de Hitler. «Sólo» hay que poner al día y analizar adecuadamente los hechos históricos, con serenidad y sin falsas consideraciones. Y sin embargo, aun cuando tras el examen de todo el material disponible la conclusión de que Hitler era homosexual sea inequívoca, esa verdad no es fácil de exponer. Menos aún si se tiene en cuenta que la dictadura nacionalsocialista constituye un capítulo especialmente tenebroso de la historia de la represión contra los homosexuales. ¿Cómo se puede conciliar eso con nuestra tesis?

Hitler sabía que había cosas en su vida que podían ser tan perjudiciales para su carisma, el fundamento decisivo de su poder, que debían mantenerse ocultas a cualquier, y digo *cualquier* precio. Cuanto más rápidamente se desarrollaba su ascenso político, más expuesto estaba a los focos del interés público y mayor era el peligro de ser desenmascarado como homosexual. Todo esto se agravó cuando las SA, bajo la dirección del antiguo amigo de Hitler, Ernst Röhm, se rebelaron reivindicando un mayor poder. Desde el punto de vista de Hitler, en 1934, Röhm estaba a punto de abrir la caja de Pandora. Hitler temía una conspiración y Röhm sabía demasiado sobre él. El pánico a una denuncia sexual y al inevitable desplome político y social que habría conllevado llevaron al vacilante dictador a recurrir a los medios más radicales. En primer lugar al asesinato de Röhm y, en las secuelas de esa acción, a intentar asimismo eliminar a otros testigos de su homosexualidad; una medida extrema para aterrorizar a los potenciales denunciantes y

extorsionadores.⁵³ Röhm había jugado con fuego y Hitler no hizo sino apagarlo a tiempo.

Hitler se sentía muy contaminado y quiso con su brutal actuación contra los homosexuales reforzar su propia «limpieza», quizá por eso mantuvo durante un tiempo una abstinencia sexual completa. Pero Hitler seguía siendo homosexual, aunque a algunos les pareciera que había conseguido contrarrestar su orientación. Conviene distinguir entre inclinación y transformación de esa inclinación.

La brutal persecución pública de los homosexuales sirvió pues a los intereses privados de Hitler: amedrentó a los testigos, impidió la extorsión y convirtió en cierto modo la homosexualidad en un monopolio, mejor dicho, en su monopolio. Es evidente que todo ello también estaba ligado a daños psíquicos o, para decirlo mejor, a una escisión de la conciencia. Hitler se había sobreadaptado a la presión social de una forma extrema y, pese a todos sus esfuerzos, nunca pudo liberarse de la agotadora y desmoralizante tarea de tener que ocultar su homosexualidad costase lo que costase. Y había algo más que tampoco pudo eliminar: el peligro de ser espiado, extorsionado o humillado públicamente por sus competidores por el poder y la influencia en el Tercer Reich, esto es, por gente que le igualaba en cuanto a energía criminal.

Pero antes de avanzar en las interpretaciones conviene recapitular el alcance de las fuentes. Se puede demostrar la orientación homosexual de Hitler, como se verá en los capítulos que siguen, pero eso no es lo decisivo. Mucha mayor importancia tiene incorporar como histórico el hecho de su homosexualidad, entender qué significó en el contexto concreto de su época, qué consecuencias tuvo y posibilidades nuevas de conocimiento ofrece. Con ello se abre, espero, una nueva mirada sobre el «fenómeno Hitler» y la posibilidad de acabar de una vez con la demonización de esta figura central del siglo XX. La vida de Hitler, en cualquier caso, nunca se ha considerado hasta ahora como una existencia fantasma siempre amenazada por el desenmascaramiento, y en ello está, si es que la hay, la provocación de este libro.

CAPÍTULO PRIMERO

La malograda fuga hacia una vida regida por la estética

El joven Adolf Hitler se sentía llamado a hacer grandes cosas; no quería ser funcionario o empleado, sino artista. Pero pese a ese claro deseo, entre los 16 y los 25 años, esto es, entre 1905 y 1914, llevó una vida que se podría calificar de pseudobohemia. Nuestros conocimientos acerca de ese período de su vida no son muy abundantes y quien intenta seguir sus vericuetos se pierde pronto en un laberinto de contradicciones, ocultamientos y sorprendentes vacíos en las fuentes históricas. Aunque se pueden reconstruir ciertas relaciones y acontecimientos, la biografía del joven Hitler permanece curiosamente en la oscuridad.¹

Ocupémonos pues en primer lugar de lo que sabemos;² aunque no sea mucho, al menos cabe deducir de los hechos conocidos un marco en el que nos podemos orientar: su madre, viuda desde 1903, vendió en junio de 1905 el hogar de la familia en Leonding y se trasladó junto con sus hijos Adolf y Paula y su hermana Johanna Pölzl, la tía Hani, a la vecina Linz. En aquella época, el joven Adolf, que contaba 16 años, estudiaba todavía en la *Realschule* de Steyr, a unos ochenta kilómetros, y volvía a casa únicamente los fines de semana. Abandonó entonces la escuela, con el certificado del año escolar 1904-1905, pero sin el título de bachiller, y regresó junto a su familia. En la segunda mitad de 1905, ya instalado permanentemente en Linz, conoció en el teatro municipal al joven August Kubizek, de 17 años, aprendiz de empapelador, y entre ambos se desarrolló pronto una estrecha amistad.

En mayo de 1906 visitó por primera vez Viena, donde per-

maneció al menos dos semanas. Un año después, la familia se trasladó de Linz a Urfahr, al otro lado del Danubio. En los primeros días de septiembre viajó de nuevo a Viena para realizar el examen de ingreso en la Academia de Arte. Pasó con éxito la primera parte del examen, pero fue suspendido en la segunda, a principios de octubre. Tras esa decepción volvió junto a su madre, gravemente enferma de cáncer, que ya no podía levantarse de la cama y que murió poco antes de Navidad. Después de solventar las cuestiones testamentarias, en febrero de 1908 se trasladó definitivamente a Viena; contaba con una herencia de 1 000 coronas y una pensión de orfandad mensual de 25.

Poco después le siguió los pasos su amigo August Kubizek, que se matriculó en el conservatorio, y ambos se instalaron en una habitación en casa de la señora Zakreys, en el número 31 de la calle Stumper, en la que ya se había alojado Hitler durante su segunda estancia en Viena. Vivieron juntos durante unos cuatro meses, hasta que Kubizek volvió a casa de sus padres en Linz al terminar el año escolar para pasar allí el verano. Recibió algunas postales y cartas de Hitler, la última a finales de agosto desde Waldviertel, donde éste pasaba unos días con su tía Hani. De regreso a Viena, Hitler intentó de nuevo aprobar el examen de ingreso en la Academia de Arte, pero esta vez ni siquiera pasó la primera prueba. August Kubizek también volvió a la capital en otoño para proseguir sus estudios, pero ahora buscó una habitación para él solo. El 18 de noviembre, Hitler abandonó la vivienda de la calle Stumper y se instaló como «estudiante» en la cercana calle Felber, en la que vivió durante nueve meses, hasta el 20 de agosto de 1909. Dos días después se empadronó dando como profesión «escritor» y como nuevo alojamiento el 56 de la calle Sechshauser, que también estaba cerca de la estación del Oeste. No habían transcurrido ni siquiera cuatro semanas cuando desapareció de allí el 16 de septiembre de 1909.

No existen referencias sobre el domicilio de Hitler en los siguientes cinco meses. Antes de instalarse el 9 de febrero de 1910 en el albergue masculino de la calle Meldemann, en el distrito de Brigittenau, no tenía al parecer residencia fija, aunque a veces se alojaba en el asilo para los sin techo en Meidling; quizá fue allí donde conoció a Reinhold Hanisch, cinco años mayor que él, con quien

se mantuvo en estrecho contacto durante unos meses. Ambos mantenían una especie de negocio en común: Hitler pintaba postales y cuadros y Hanisch intentaba vender las obras de su amigo. Pero pronto apareció un competidor para Hanisch en la persona del marchante Josef Neumann. Hitler y Hanisch discutieron al parecer sobre los beneficios obtenidos, llegando a intervenir la policía en agosto de 1910 y Hanisch fue a dar con sus huesos en la cárcel.

En la primavera de 1911 cambió la situación financiera de Hitler: su pensión de orfandad fue destinada enteramente a su hermanastra Ángela Raubal, que se había quedado viuda, y él se encontró sin ingresos fijos durante más de dos años. Hasta mayo de 1913 no le entregaron la herencia de su padre, que ascendía a 820 coronas. Entonces abandonó Viena en compañía de Rudolf Häusler, cinco años más joven, y se trasladó a Munich, donde se instalaron ambos en una habitación en casa del sastre Popp, en el 34 de la calle Schleissheimer. Hitler no había cumplido el servicio militar en Austria, pero las autoridades consiguieron dar con él en Munich y en enero de 1914 fue detenido por la policía. Tras algunos trámites burocráticos se vio obligado a acudir a principios de febrero a Salzburgo, donde sin embargo lo declararon «demasiado débil»³ para el servicio militar y pudo así regresar a Munich.⁴ El 15 de febrero de 1914 Häusler abandonó la habitación que ambos compartían, pero siguió viviendo cerca de Hitler hasta su regreso a Viena a comienzos de agosto⁵. A los pocos días, Hitler se presentó como voluntario de guerra en Munich.⁶

Evidentemente, todas esas fechas, certificados de empadronamiento y actas judiciales nos dicen muy poco de la persona de Hitler y ni siquiera los escasos testimonios escritos existentes, ya sean de él mismo o de sus amigos, nos transmiten una imagen suficientemente expresiva. Hemos revisado los informes y recuerdos de algunos testigos de la época, como las *Memorias* de August Kubizek, del año 1953, o una serie de artículos de Reinhold Hanisch, publicados póstumamente en 1939, o las declaraciones de la señora Popp en una entrevista realizada en 1934. Pero incluso esos escasos testimonios son imprecisos y poco convincentes. Si se exa-

mina detenidamente su génesis, hay algo que salta a la vista: ninguno de los nombrados quería, podía o estaba en condiciones de decir todo lo que efectivamente sabía. Aun así, no cabía rendirse ante la renuencia de esas fuentes, ya que los testigos tenían algo que transmitir, querían decir algo, aunque en muchas ocasiones se tratara de contradecir la verdad histórica, y así se esbozaron los primeros trazos de nuestra tarea. Había que extraer de esas fuentes, que entremezclaban de forma peculiar encubrimientos y desvelamientos, una imagen coherente, y creo que la mejor forma de conseguirlo consistía en incluir en nuestra interpretación el entorno vital y las experiencias prácticas del mundo en el que suponemos a Hitler en esa época: el ambiente de los círculos homosexuales, socialmente estigmatizados.⁷ Al hacerlo así, los difusos contornos de los años juveniles de Hitler cobran de repente mayor nitidez y lo que antes era tan contradictorio gana plausibilidad.

Gustl y Adi

«Durante toda mi vida, la personalidad de mi amigo de juventud ha sido un elemento clave.»⁸ Con esta frase expresaba August Kubizek en 1949 lo que había significado para él su relación con Hitler, y cuatro años más tarde le dedicó todo un libro. Pero antes de que entremos en eso deberíamos quizá aclarar primero quién era exactamente ese hombre.

August Kubizek nació en Linz el 3 de agosto de 1888.⁹ Tras el período escolar inició un aprendizaje de empaquetador en el taller de su padre, pero su verdadera pasión era la música. Su amistad con Hitler reforzó tanto esa inclinación que en febrero de 1908, con la aprobación de sus padres, partió hacia Viena para cursar estudios musicales, que concluyó con éxito en otoño de 1911.¹⁰ Trabajó como director de orquesta en distintos teatros y el 1 de septiembre de 1914, poco después del estallido de la guerra, se casó en Viena con una violinista, con la que tuvo tres hijos.¹¹ La guerra interrumpió su carrera y cuando en 1918 quiso volver a ella apenas pudo conseguir algunos empleos satisfactorios, por lo que la propuesta de ocupar un puesto de funcionario municipal en la

pequeña localidad de Eferding, cerca de Linz, donde vivía su madre, le vino de perlas. Aunque no tenía conocimientos administrativos se le concedió el puesto, ya que se precisaba a alguien con «la capacidad de dirección artística de la sociedad musical así como de la organización de actividades culturales»,¹² algo que Kubizek estaba realmente en condiciones de asumir. En 1926 fue ascendido al puesto de secretario municipal y tres años más tarde al de director administrativo, en el que permaneció hasta 1945. Pero siempre se sintió más músico que funcionario, hasta el punto de que consideraba «explicable que como *artista* pueda mostrarme de vez en cuando algo liberal en mi trabajo en la administración municipal, ya que como músico me veo atrapado en un ambiente poco variado».¹³

En 1923, esto es, 15 años después de que se vieran por última vez, Kubizek se encontró de nuevo en un titular del *Münchener Illustrierten* con el nombre de su otrora compañero Hitler, quien había conseguido ya cierta celebridad, lo que Kubizek deja adivinar en las postales, cartas y notas que testimonian su antigua amistad con el *Führer* del partido. Pero todavía no había llegado el momento para ir a verle personalmente; le bastó, al principio, seguir desde lejos la carrera de Hitler.¹⁴ Hasta 1933 no intentó un contacto personal, mediante una carta de felicitación por la toma del poder. Hitler al parecer recibió información acerca de la trayectoria profesional y las circunstancias de Kubizek, ya que en su seca carta de respuesta le envió saludos para su madre, pero no para su padre, lo que deja suponer que conocía la muerte de éste. Más adelante escribía: «Me gustaría mucho volver a recordar contigo —cuando haya pasado el tiempo de mis luchas más duras— los más bellos años de mi vida.»¹⁵ Pero no se volvió a hablar nunca de tal encuentro.

Aun así, en la primavera y el verano de 1938 volvió a despertarse el interés de Hitler por su viejo amigo de juventud. En marzo, poco después de la incorporación de Austria al Reich alemán, tres hombres de las SS, procedentes de Berlín, aparecieron a la puerta del domicilio de Kubizek. Según contó más tarde, le quisieron arrebatar los documentos que guardaba de Hitler, pero consiguió eludir sus exigencias.¹⁶ Lo que no nos cuenta Kubizek es que en

1938 se encontró en dificultades cuando se le abrió un expediente disciplinario.¹⁷ Quizá se enviara notificación a Berlín. En cualquier caso, durante su visita a Linz, Hitler reservó unos minutos para mantener un encuentro con Kubizek, en el que seguramente hablaron de ese problema. Kubizek necesitaba ayuda y Hitler no se la negó. En sus memorias sólo aparece sin embargo que, como en los viejos tiempos, Hitler habló de sus planes de remodelación de la ciudad y le pidió que le contara cómo le iba la vida; luego le prometió financiar los estudios de música de los hijos de Kubizek en el Conservatorio de Linz.¹⁸ Hitler parecía ahora preocupado por su amigo de otros tiempos: en abril de 1938 le invitó a su residencia de verano en Obersalzberg e incluso llegó a planearse una visita privada en Eferding.¹⁹ No sabemos si alguno de esos encuentros llegó realmente a tener lugar, pero sí que Kubizek mantuvo una conversación en Linz con el hombre de confianza de Hitler, Rudolf Hess, «Noté inmediatamente que aquella cordialidad era auténtica y que provenía realmente de su corazón.»²⁰ Así pues, la vieja amistad del *Führer* había cobrado de repente interés. La suposición de que eso tuviera algo que ver con la acusación lanzada por aquel entonces contra Kubizek parece justificada.

¿Pero qué se le imputaba? De las actas del gobierno regional se deduce que en mayo de 1938 un subordinado de Kubizek, el secretario del ayuntamiento de Eferding, Franz Neuburger, había acusado públicamente a su superior en un restaurante. Neuburger era un conocido nazi, que desde 1938 ocupaba el puesto de tesorero del grupo local del NSDAP,²¹ por lo que se sentía al parecer lo bastante fuerte para atacar a su jefe, que no pertenecía al partido, y probablemente esperaba conseguir con ello alguna ventaja para su carrera. Pero Kubizek salió indemne de aquel encontronazo; en octubre de 1938 Neuburger retiró su acusación en un juicio de faltas por difamación. Los documentos correspondientes están disponibles, pero en el que recoge la acusación de Neuburger algunos pasajes resultan ilegibles: «Sostengo aquí claramente que Kubizek ha robado o malversado dinero. Intentó hacerme cómplice de su robo. Kubizek es un [palabra tachada] funcionario incapaz [frase tachada]. Me he ocupado ya de que no pueda ser ascendido.» En la sorprendente retractación de Neuburger éste afirma

que no tenía «ningún fundamento para dirigir tan graves acusaciones y reproches contra el director administrativo Kubizek. Mis observaciones en ese sentido se debieron más bien a una valoración equivocada de la gestión de las cuentas municipales, que desde el punto de vista del derecho era efectivamente irreproachable, y eran en parte producto del acaloramiento».²² ¿Cómo se puede entender esta retractación? ¿Es posible que algún poderoso amigo extendiera a tiempo su mano protectora sobre Kubizek? En cualquier caso, el expediente fue archivado y Neuburger solicitó un traslado en la primavera de 1939.²³

Todo indica que en este asunto se trataba de algo más que de la acusación de malversación de fondos públicos. ¿Por qué, si no, se tacharon posteriormente ciertas frases en la declaración de Neuburger? Algo en ella debía ser tan terrible que había que hacerlo desaparecer. El teniente de alcalde de Eferding, Hugo Wanivenhaus, hizo en julio de 1938 una declaración ante el juez del distrito que deja adivinar un trasfondo de extorsión o coacción: «Kubizek ha perdonado a su acusador y Neuburger le debe agradecimiento de por vida.» Sin embargo, Neuburger le había dicho a Wanivenhaus: «Destruiré a Kubizek [...] profesional, socialmente y en cualquier otro terreno.» Neuburger debía pues de tener algo en sus manos para poder pronunciar palabras tan duras. Wanivenhaus aludía a «circunstancias por todos conocidas y que generan rumores», que sin embargo prefería no explicitar «aquí».²⁴ En cualquier caso, Kubizek se veía presionado por Neuburger desde hacía ya dos años.

Parece verosímil que se tratara de una clásica denuncia sexual, que sin embargo —Neuburger jamás lo habría imaginado— podía arrojar alguna sombra sobre el pasado de Hitler. Esto explicaría el repentino interés por Kubizek de la máxima autoridad del partido nazi, más en todo caso que la acusación de haber malversado dinero público. También es de señalar que Hitler invitara a su amigo de juventud en el verano de 1939, es decir, poco después de todo este asunto, al festival de Bayreuth. Kubizek se lo agradeció efusivamente: «*Mein Führer!* Sólo usted puede comprender que con su gran generosidad ha hecho posible mi sueño de toda la vida [...] ¡De qué forma tan grandiosa y magnífica se ha realizado y completado su misión, de la que usted era ya plenamente consciente

hace 35 años! ¡Me inclino ante la inconcebible grandeza de mi *Führer*! [...] Le saludo, *mein Führer*, con el corazón conmovido y agradecido!»²⁵

En 1940 tuvo lugar otro encuentro entre ambos, de nuevo en Bayreuth, donde pasaron juntos por última vez algunas horas; para Kubizek fue otro acontecimiento emocionante.²⁶ Pero aunque no se volvieron a encontrar personalmente, Hitler no dejó de ocuparse de su antiguo compañero.

Kubizek, quien disfrutó por aquel entonces de cierta notoriedad como «amigo de juventud del *Führer*», seguía en posesión de los documentos que atestiguaban esa amistad. Distintas delegaciones del partido se interesaron por esos «recuerdos», pero Kubizek se mantuvo firme y no se deshizo de su tesoro, o al menos no de todo. En abril de 1940 ingresó en el NSDAP,²⁷ siendo nombrado «jefe de propaganda, jefe principal de cultura y administrador local» en Eferding de la organización «para el tiempo libre» *Kraft durch Freude* [Hacia la Fuerza por la Alegría].²⁸ Por encargo del partido escribió en 1943 el primer borrador de sus recuerdos sobre Hitler y como recompensa fue incluido ese mismo año, por una orden excepcional, en una categoría de funcionarios de remuneración anormalmente elevada.²⁹ Además recibió ayudas directas de la cuenta privada de Hitler: un pago de 6 000 marcos y una pensión de 500 marcos al mes,³⁰ lo que era entonces mucho dinero.

Al terminar la guerra Kubizek fue relevado de su puesto por las fuerzas de ocupación americanas y encarcelado durante 16 meses.³¹ En su proceso de desnazificación se le clasificó como «implicado», pero gracias a la intervención de Franz Jetzinger,³² un antiguo político socialdemócrata que investigaba sobre la juventud de Hitler en Austria y que había dado con Kubizek en diciembre de 1948, se le concedió el estatus de «levemente implicado», y con él la reposición en su cargo con jubilación inmediata.³³ Kubizek se había beneficiado así de nuevo de su amistad con Hitler. La ayuda de Jetzinger se debe entender como una especie de contraprestación a cambio de las informaciones que Kubizek le proporcionó para su proyecto de libro sobre la juventud de Hitler. En el otoño de 1953, tres años antes de morir, Kubizek publicó su propio libro, *Adolf Hitler, mi amigo de juventud*.

El Hitler de Kubizek

¿Qué tenía en mente Kubizek cuando se decidió a escribir un libro sobre su relación con Hitler? Sea lo que fuera, no se trataba de un sobrio informe factual, sino más bien de una novela o relato. Sólo así podía presentarse adecuadamente el destino de su amigo, «aquél hombre sin par».³⁴ Kubizek tenía incluso un modelo muy concreto como referencia, *Schwammerl. Ein Schubertroman* [Pequeñito. Una novela sobre Schubert] (1910) del escritor patriótico austro-alemán Rudolf Hans Bartsch.³⁵ Ese libro cuenta la extremada y enfervorizada vida del compositor Franz Schubert, sus pasiones, originadas por su talento desbordado y genial, su exaltado y desesperado amor por las mujeres, y la intensidad de la amistad masculina hacia la que huye continuamente en su búsqueda de seguridad y confianza. En él se puede leer una larga escena en la que Schubert y el pintor Moritz von Schwind sueñan con una relación semejante al matrimonio.³⁶ Esta novela sobre artistas está escrita en un tono apaciblemente delicado y sentimental, y las alusiones de sus pasajes eróticos son ciertamente discretas pero inconfundibles.

Kubizek siguió ese modelo también porque quería presentar a Hitler bajo otra luz, quitándole la «máscara».³⁷ Su viejo amigo debía ser tomado en consideración como persona y también como «acontecimiento único en la historia del pueblo alemán», como insistía frente a Jetzinger: «En definitiva, también Napoleón acabó proscrito, aun siendo uno de los Grandes de su nación, pero la verdad salió por fin victoriosa. Así debe suceder también con Hitler.»³⁸ La fe de Kubizek en Hitler permaneció incommovible y su amor inalterable, pese a los crímenes que éste hubiera cometido. Le quedaba algo en el alma acerca de su amigo que quería transmitir a la posteridad, y por esa necesidad que sentía debemos aceptar su testimonio y considerarlo como fuente fiable.

«Mi amistad con Hitler estuvo marcada desde un comienzo por el sello de lo extraordinario»,³⁹ dice Kubizek, por «rara»⁴⁰ que hubiera sido. Y, efectivamente, su libro muestra una relación que para las normas pequeñoburguesas era todo menos típica. Vemos a dos jóvenes que traban amistad a partir de su entusiasmo por la

música de Richard Wagner, que ambos consideran embriagadora, que van juntos al teatro, que vagabundean por su ciudad natal y emprenden dilatadas excursiones por sus hermosos alrededores. Pero a pesar de los intereses comunes, son muy diferentes, mientras que Hitler asume el papel del maestro que perora incansablemente sin esperar respuesta, Kubizek, fascinado por la exaltada personalidad de su amigo, se conforma con el de paciente auditor. Hitler lo considera una persona llena de fantasía, inteligente, ansiosa de conocimiento, que sin embargo tiene también algo de inconstante, impulsivo y testarudo, lo que corresponde del todo a la imagen habitual del carácter del artista según los prejuicios burgueses. Kubizek se describe a sí mismo como un subordinado intelectual, un tipo más bien débil, que se entrega con lealtad a su admirado compañero. Alude repetidamente a ese desnivel, lo que lleva a la conclusión de que en realidad no se trataba de una auténtica amistad. El ingenuo-Kubizek le sirvió al egoísta Hitler únicamente como depósito para su inagotable torrente verbal.⁴¹ El propio Kubizek es quien nos ofrece la denominación adecuada para esa interpretación cuando nos habla del «carácter instrumental» de la amistad.

Pero una lectura atenta nos permite descubrir también algo que hasta ahora habíamos pasado por alto; se trata de una relación cargada emocionalmente, del todo basada en la reciprocidad. Pese a sus diferencias, ambos buscan sin cesar la compañía del otro y también encuentran, tal como escribe literalmente Kubizek, «cordialidad» y «profundidad». Nos describe ese «vínculo juvenil», como él dice, de una forma que en nada desmerece frente a una relación amorosa. Habla de auténtica confianza, entendimiento mutuo y gran capacidad de comprensión. Su amigo, habitualmente tan egocéntrico y dominante, se mantenía «inconmovible en sus opiniones», pero «con tanto respeto que siempre me avergonzaba». Y finalmente llega a decir: «Por Dios bendito, nadie en el mundo, ni siquiera mi madre, me ha querido tan entrañablemente ni me ha conocido mejor, ni ha sido capaz de expresar tan claramente mis deseos más íntimos como mi amigo.» Lo que comenzó como «un compañero con el que ir al teatro» se convirtió pronto en una «profunda y románticamente transfigurada amistad».

Hitler se mostraba celoso con Kubizek, «porque no podía soportar que saliera o hablara con otros jóvenes». Nunca aceptó que Kubizek «además de su amistad por él sintiera interés por otras personas»; «para él, en ese sentido, se trataba de una exclusividad absoluta». En febrero de 1908, cuando Hitler viajó a Viena unos días antes que Kubizek, presionó a su amigo para que le siguiera cuanto antes: «Aguardo ansiosamente noticias de tu llegada. Escribe pronto y claro, para que pueda prepararte un recibimiento jubiloso. Toda Viena te espera, así que ven pronto. Te recogeré en la estación.» Al parecer, Hitler se sentía en Viena horriblemente solo sin él. Dice Kubizek comentando esa postal: «El “ansiosamente” de la primera frase iba seguramente en serio. El que repitiera otra vez “ven pronto”, incluso en la forma “por favor te pido otra vez que vengas pronto” muestra lo mucho que me esperaba.»

Cuando Hitler escribió esas líneas apenas si podía confiar en que finalmente se hiciera realidad aquello con lo que habían soñado durante tanto tiempo él y su amigo: vivir juntos en la gran ciudad como una pareja de artistas. En Linz habían llegado a hablar en cierta ocasión de un premio de lotería que les permitiera hacer realidad ese sueño. Se imaginaban poder trasladarse juntos a un piso, y Hitler amueblaba la vivienda en sus pensamientos con todo detalle. Quería ser pintor, mientras que Kubizek seguiría por fin su vocación musical. Para el verano planeaban grandes viajes, en los que Bayreuth figuraba naturalmente como primer destino. Querían ser una pareja, también para los demás; para que «todo el mundo» los «tomara por hermanos»,⁴² habían decidido vestirse igual cuando salieran a la calle.

En 1908, Kubizek y Hitler intentaron materializar hasta cierto punto ese sueño en Viena. Mostraban su vinculación, por ejemplo, llevando abrigos iguales y «sombreros negros de ala ancha».⁴³ También emprendían largos paseos por los alrededores de Linz o Viena y en Linz solían llegar hasta un lugar a orillas del Danubio «que nadie más conocía».⁴⁴ Asimismo hacían excursiones a lugares más alejados en los que pasaban la noche.⁴⁵ Pero la consonancia de sus almas la experimentaban no sólo al aire libre, sino también durante sus frecuentes asistencias a la ópera. Solían ir a las sesiones dominicales de los Niños Cantores de Viena, en la Burg-

kapelle, ya que «Adolf disfrutaba especialmente con ese famoso coro infantil».⁴⁶

El relato de Kubizek evoca recurrentemente imágenes de la «cultura de la amistad» homosexual de aquella época. El profesor Magnus Hirschfeld, en sus investigaciones sobre el comportamiento sexual, cuenta que las parejas de amantes valoraban extraordinariamente y buscaban de manera consciente el aislamiento que les podía proporcionar la naturaleza y la oscuridad de las embriagadoras representaciones operísticas,⁴⁷ y en Viena las sesiones de los Niños Cantores ejercían un especial atractivo sobre los homosexuales.⁴⁸ Asimismo sabemos por la literatura de la época que muchos de ellos reverenciaban a Richard Wagner y su música;⁴⁹ Bayreuth era conocido como lugar de encuentro internacional de destacados homosexuales.⁵⁰ No sabemos hasta qué punto eran conscientes Hitler y Kubizek de ese hecho, pero no cabe duda de que el fanatismo wagneriano era pieza clave de la relación entre ambos. Los dramas musicales de Wagner representados en la Ópera de Viena fueron, según Kubizek, puntos culminantes de su amistad: «Habíamos sellado nuestra amistad juvenil en la solemne atmósfera del Teatro de Linz y ahora la renovábamos repetidamente en el primer escenario operístico de Europa.»

Kubizek cuenta que su amigo sentía «repulsión física» hacia el roce con otras personas. Hitler «temía el contacto corporal, e incluso eran muy pocas las personas a las que estrechaba la mano». En ese contexto los contactos corporales con Kubizek parecen muy significativos; en los momentos de mayor intimidad, Hitler cogía siempre de la mano a su compañero, en un «acercamiento cordial».⁵¹ Uno de esos momentos fue el del reencuentro en la estación del Oeste de Viena en febrero de 1908, que Kubizek describió así en uno de los borradores de sus memorias: «Mi amigo, que me esperaba en el andén, me saludó alegremente excitado con un beso y me llevó en seguida a su domicilio, donde pasé la primera noche.»⁵² En la versión publicada, ese pasaje aparece convenientemente modificado: «Se alegró ostensiblemente de mi llegada, me saludó efusivamente y me dio, siguiendo la costumbre de entonces, un ligero beso en la mejilla.»⁵³ Pero en otro pasaje del libro las cosas se presentan con mayor claridad. Con ocasión de una

excursión al monte, ambos amigos se vieron sorprendidos por una intensa lluvia. Se precipitaron hacia una cabaña solitaria y decidieron pasar allí la noche:

Entretanto yo había encontrado en la parte superior de la cabaña unos grandes paños de grueso tejido, de los que utilizan los campesinos para traer el heno de los altos prados de la montaña. Adolf me hizo sentir mal, viéndole allí en la puerta con la ropa interior empapada, tiritando de frío, y con las mangas del abrigo retorcidas. Con su predisposición a todo tipo de enfriamientos podía coger fácilmente una pulmonía. Así pues, extendí uno de aquellos grandes trozos de tela sobre el heno y le dije a Adolf que debía quitarse también la camiseta y los calzoncillos empapados y envolverse en el paño seco, lo que hizo en seguida.

Se tumbó desnudo sobre el paño. Yo agarré los extremos y lo envolví apretadamente. Luego le puse otro por encima. Después desplegué mi ropa y la suya y la colgué en lo alto de la cabaña, me arrebujé en otro trozo de tela y me tumbé. Para no tener frío durante la noche, arrojé un poco más de heno sobre Adolf y sobre mí.

Como no llevábamos reloj, no sabíamos qué hora era. Pero en nuestra situación nos bastaba comprobar que era noche cerrada y que la lluvia seguía cayendo ininterrumpidamente sobre el techo de la cabaña. A lo lejos ladraba un perro. Así pues, no debíamos de estar muy lejos de una vivienda, pensamiento que me tranquilizó mucho. A Adolf, en cambio, cuando se lo dije, le dio igual. La gente le era absolutamente superflua en aquella situación. Le divertía enormemente aquel acontecimiento, cuyo final romántico le complacía gratamente. Ahora ya no sentíamos frío. [...]

Todavía recuerdo lo difícil que fue despertar a Adolf. Entonces sacó los pies de su envoltura y caminó arropado en el paño hasta la puerta para ver si había dejado de llover. Su figura esbelta y estirada cubierta por el paño blanco a modo de toga parecía la de un asceta indio.⁵⁴

En estos efusivos párrafos se refleja algo de lo que para Kubizek constituía la calidad especial de su amistad con Hitler: la tier-

na solicitud hacia el bienestar del otro, la proximidad corporal y la atracción erótica, la necesidad de apartarse juntos de los demás. Así describe Kubizek inconscientemente la imagen de un amor romántico, que décadas más tarde aún le conmovía.

En cuanto a las eventuales relaciones de ambos jóvenes con mujeres, Kubizek no nos cuenta nada. Cuando en Viena recibió en cierta ocasión la visita de una de sus alumnas de música, la «anciana casera miró a la preciosa joven y alzó sorprendida las cejas». Como cabía esperar, de ahí se derivó una nueva escena de celos de su amigo. Hitler reaccionó al parecer con irritación y opinó que su habitación común era demasiado pequeña para tales citas con una «hembra aprendiz de música». Aunque Kubizek le aseguró rotundamente que la chica no le había visitado «por amor», sino porque deseaba hacerle una pregunta acerca de sus clases, Hitler siguió enfadado.⁵⁵

Aunque su amigo llamaba la atención de las mujeres,⁵⁶ dice Kubizek, éstas, en cambio, no ejercían ningún atractivo sexual sobre Hitler. «Era por tanto evidente que Adolf no conocía amoríos o flirteos, que siempre rechazaba las aproximaciones coquetas de jovencitas o mujeres, aunque éstas se interesaran por él, tanto en Linz como en Viena. Siempre sabía evadirse de esos empeños.» Esa indiferencia frente al otro sexo fue para Hitler un ideal hasta su muerte: «Mis últimas conversaciones con el *Führer* me lo han demostrado.»⁵⁷

Si alguna mujer jugó un papel importante en la vida privada de Hitler y Kubizek, fueron sus respectivas madres. Para ambos era, junto al amigo, la referencia anímica más importante.⁵⁸ Kubizek nos habla del «amor sin límites que [Hitler] sentía hacia su madre», y entre él y ella existía una «armonía espiritual extraordinaria», sobre todo en los duros meses anteriores a la muerte de Klara Hitler. Kubizek tuvo también una relación parecida con su madre, habiendo gozado de «todo su amor». Posiblemente ambas conocieron, comprendieron y aceptaron el carácter especial de la amistad de sus hijos, lo que se deduce al menos de la escena en que Kubizek se despidió de Klara Hitler en el lecho de muerte de ésta: «“Gustl”, dijo ella —aunque siempre me llamaba Herr Kubizek, en aquel momento utilizó el nombre que solía emplear Adolf— “siga usted

siendo para mi hijo un buen amigo, cuando yo ya no esté. No tiene a nadie más”. Se lo prometí con lágrimas en los ojos.»⁵⁹

Por Jetzinger sabemos que Kubizek «desmintió con energía e indignación»⁶⁰ una inclinación homosexual de Hitler, lo que cuadra también con el tono de su libro, que precisamente está lleno de pasajes destinados a disuadir al lector de la importuna idea de que su relación con Hitler fuera algo más que una amistad masculina normal. Kubizek se muestra en esto categórico, puede «afirmar, sin duda ninguna, que Adolf, tanto en su trato como en sus relaciones sexuales, era absolutamente normal. Lo extraordinario en él no estaba en el terreno erótico ni en el sexual, sino en otro aspecto de su ser».⁶¹ Pero Hitler no era «normal en cuanto a sus relaciones sexuales» y eso lo sabía Kubizek mejor que nadie. Todas sus referencias a ese tema constituyen una indicación oculta de ello, y al parecer él mismo notó —o le hicieron notar— que sus descripciones requerían un fuerte contrapeso si no quería dejar en el lector una impresión indeseada.

Los esfuerzos de ocultación se muestran muy claramente cuando Kubizek nos cuenta la historia de Hitler con Stefanie, una chica de Linz hija de un funcionario, dos años mayor que él. Stefanie, cuya existencia está confirmada,⁶² fue para Kubizek un caso afortunado, ya que con ella podía presentar a un Hitler capaz aparentemente de amar a una mujer, relativizando así al mismo tiempo su propia relación con él. Sólo por eso se extiende tanto sobre ese romance. Pero en definitiva es precisamente esa pesada prolijidad la que lo hace increíble. Para Hitler habría sido «una y no más», el gran amor de su vida, «la única persona sobre la tierra distinta a todo el odioso género humano, un ser que, iluminado por el resplandeciente amor, dio sentido y contenido a su atormentada existencia».⁶³ Pronto se tiene la impresión de que se trata de una proyección y nada más. Efectivamente, Hitler no le reveló nunca su amor, ni hizo grandes esfuerzos por establecer una relación con su adorada. El objetivo de Kubizek queda así al descubierto, había que «heterosexualizar» a Hitler a posteriori.

La afirmación de Kubizek de que Hitler vivía una ascesis sexual

autoimpuesta, como un monje —y no por miedo a las enfermedades de transmisión sexual— resistiéndose a las múltiples oportunidades eróticas de la gran ciudad,⁶⁴ se expone con demasiada energía como para ser creíble. Un ejemplo: cuando buscaban un domicilio para Kubizek tras la llegada de éste a Viena, se produjo la siguiente escena con una mujer que ofrecía un piso para alquilar. Durante la conversación con ella «se le soltó, debido a un movimiento demasiado rápido, el cinto con el que se sujetaba la bata. ¡Perdón, señores!, dijo la mujer, y se la volvió a cerrar inmediatamente. Pero aquel instante bastó para mostrarnos que bajo su bata de seda no llevaba más que una pequeña braga. Adolf se puso colorado como un tomate, se levantó, me cogió del brazo y dijo: “¡Vámonos, Gustl!”».⁶⁵

En ese episodio, Kubizek no intenta únicamente mostrar la integridad moral de Hitler, sino al mismo tiempo justificar por qué ambos se instalaron juntos poco después en una pequeña habitación. Todavía tuvieron que visitar otros pisos, hasta que Hitler por fin le dijo: «Es mejor que vivamos juntos. Esa solución nos vendrá bien a ambos, ya que así podremos tener una habitación, porque además estaremos cerca el uno del otro y, finalmente, porque de esa forma nos complementaremos mutuamente.»⁶⁶ De nuevo los llamativos circunloquios. ¿Por qué no comparten simple y llanamente la misma habitación? La escasez de viviendas en la Viena de entonces sugería sin más esa solución, con la que ambos soñaban ya en Linz, de vivir juntos bajo el mismo techo. No, Kubizek quería aquí montar una historia en su relato que quitara fuerza a cualquier suposición de que su relación con Hitler pudiera haber tenido algo que ver con un sentimiento amoroso.

Manifiestamente con la misma intención añade otro acontecimiento revelador en el que Hitler se escandaliza frente al fenómeno de la homosexualidad:

En la esquina de la calle Mariahilfer con el callejón Neubau se nos dirigió una tarde un hombre bien vestido, con aspecto muy burgués, preguntándonos por nuestras condiciones de vida. Cuando le contamos que éramos estudiantes —mi amigo estudia música y yo arquitectura», le aclaró Adolf—, nos invitó a cenar al hotel

Kummer. Nos permitió pedir cuanto quisimos. Adolf pudo por fin saciarse con flanes, dulces y pasteles. Luego nos contó que era un industrial de Vöcklabruck, que no le gustaban las mujeres y que sólo le importaba ganar dinero. A mí me agradó especialmente lo que nos contó de las sesiones musicales hogareñas, a las que se mostraba muy aficionado. Le dimos las gracias y nos acompañó a la calle. Luego nos fuimos a casa.

Una vez llegados a nuestro cuchitril me preguntó Adolf cómo me había caído aquel señor.

—¡Extraordinariamente! —le respondí—, es un hombre muy culto, con aficiones artísticas muy marcadas.

—¿Y aparte de eso? —siguió Adolf con una expresión en el rostro que me intrigaba.

—¿Qué más podría haber? —pregunté yo extrañado.

—Puesto que al parecer no comprendes, Gustl, de qué se trata, ¡mira esta tarjeta que nos ha dado!

—¿Qué tarjeta?

Efectivamente, aquel hombre le había dado a Adolf, sin que yo me diera cuenta, una tarjeta de visita en la que nos invitaba a visitarle en el hotel Kummer.

—Se trata de un homosexual —aclaró Adolf sin más.

Me asusté. Hasta entonces ni siquiera había oído pronunciar esa palabra, y menos aún me podía imaginar a qué respondía exactamente. Entonces Adolf me aclaró ese fenómeno. Para él también se había convertido en un problema desde hacía tiempo, que se debía combatir con todos los medios como algo antinatural, y se mantenía escrupulosamente alejado de tales personas. La tarjeta de visita del famoso industrial de Vöcklabruck desapareció en el horno de nuestra estufa.⁶⁷

Pero con esta historia la intención de su autor se transforma en su contrario. ¿Por qué se dirige aquel hombre precisamente a Kubizek y Hitler? ¿le produjeron ambos una impresión prometedora? Con su elección no se había equivocado; al inocente y cándido Kubizek le había caído «excepcionalmente bien». ¿Y por qué precisamente tenía Hitler que «mantenerse escrupulosamente alejado de tales personas»? ¿De dónde había sacado eso Kubizek? ¿Se

producían con frecuencia semejantes encuentros? Como en tantas otras ocasiones, el relato parece demasiado forzado y elaborado para que produzca el efecto pretendido.

Hitler y Kubizek pasaron juntos tan sólo cuatro meses en Viena, tras lo que sus caminos respectivos se separaron. El motivo exacto nos es desconocido, carecemos de explicaciones concluyentes. La versión de Kubizek no es muy convincente que digamos; según él, tras su estancia veraniega junto a sus padres en Linz hizo las ocho semanas de campamento del servicio militar y no volvió a Viena hasta noviembre de 1908. Hitler ya no vivía entonces en la habitación que habían compartido en primavera, había desaparecido sin dejar ni una nota y no se le podía encontrar. Jetzinger cree sin embargo demostrable que la quinta de Kubizek no fue llamada a filas hasta el año siguiente, de forma que los dos meses de campamento que él sitúa en 1908 transcurrieron en realidad en 1909.⁶⁸ También resulta llamativo que desde finales de agosto no tuviera noticias de Hitler. ¿Cómo es posible que tan buenos amigos dejaran de estar en contacto durante tanto tiempo? Parece además que Kubizek ya estaba en Viena en septiembre y que fue entonces cuando se produjo la separación entre ambos. ¿Cómo y por qué razón? ¿Y por qué enmarañar las fechas? Cabe suponer que un final desagradable cuadrara mal con la buena imagen de aquella amistad entre hombres, aquel «vínculo de juventud».

¿Y cómo sucedió en realidad? Kubizek ofrece una indicación oculta allí donde comenta los momentos difíciles por los que atravesó su relación. A menudo habían tenido roces con motivo de sus diferentes horarios: mientras que Kubizek iba por la mañana al conservatorio, Hitler dormía hasta mediodía, y por la tarde se sentía molesto con los ejercicios musicales de su amigo, «ese eterno tecleo».⁶⁹ Además, las preocupaciones políticas de Hitler habían crecido en Viena, mientras que él, por el contrario, no sentía ningún interés por esos asuntos. «Sin duda —señala Kubizek—, fue esa evolución diferente, por la que yo resultaba para Adolf un interlocutor cada vez menos adecuado, uno de los motivos que le indujeron a buscar su propio camino.»⁷⁰ Mientras que Kubizek

proseguía pues sus estudios musicales con gran seriedad y disciplina, Hitler vagabundeaba por las calles de Viena. Incluso pasaba varias noches seguidas fuera: «Dios sabe dónde había estado, dormido y pasado hambre.»⁷¹ En el fondo, Kubizek no sabía en absoluto qué es lo que hacía exactamente su amigo, quien al parecer andaba en busca de nuevas amistades. La relación entre ambos se iba deteriorando, porque asimismo fracasaba el sueño compartido de una vida regida por la estética debido a la incapacidad de Hitler.

Tras su separación de Kubizek, Hitler cayó en una difícil situación financiera. Ciertamente es que en 1908 su tía Hani le prestó cierta cantidad de dinero, que le permitió sobrevivir durante algunos meses, pero estaba urgentemente necesitado de algún ingreso adicional. Además, el alquiler de su nuevo domicilio en la calle Felber «era sustancialmente más elevado que el de la señora Zakreys».⁷² Cuando abandonó en septiembre de 1909 ese segundo alojamiento en Viena, el rastro de Hitler en el registro civil se pierde durante cinco meses. ¿Carecía de vivienda, como sugiere Reinhold Hanisch,⁷³ o encontró amparo junto a algún conocido? También es posible que no pasara esos cinco meses en Viena, sino en algún otro lugar buscando una mejor suerte. No lo sabemos.

Viena

En los años de 1906 a 1909, el tema de la homosexualidad estuvo continuamente presente en Viena, debido a los procesos contra el príncipe Philipp de Eulenburg, amigo del káiser alemán. El periodista Maximilian Harden había acusado a Eulenburg en la revista *Zukunft* [Futuro] de corrupción moral y de ejercer una influencia perniciosa sobre Guillermo II. El affaire, en el que se empleó la denuncia sexual como arma contra un enemigo político, giró en torno a la idea irracional de que los homosexuales no eran adecuados para los empleos públicos, debido a sus inclinaciones. Harden opinaba que la influencia política de los «anormalmente desviados» iba fatalmente en contra de los intereses nacionales de Alemania. Pero no se discutía solamente de esto. Harden

era judío y eso avivó prejuicios de un tipo muy diferente; los nacionalistas radicales atribuyeron el affaire a una «campana de descrédito judío», que a sus ojos pretendía perjudicar no sólo al Kaiser sino el honor de Alemania.

Dado que en el transcurso de los diversos procesos se hicieron públicos cada vez más detalles sobre los años de Eulenburg en Viena, donde había sido embajador entre 1894 y 1902,⁷⁴ el escándalo alcanzó gran repercusión en la prensa austríaca. El *Oesterreichische Kriminal-Zeitung*, por ejemplo, decía: «Pelan las barbas del vecino.»⁷⁵ En aquellos procesos, seguidos con tanta atención, se miraba también hacia Austria y se constataba que en Viena, como en muchas otras grandes ciudades europeas, existía una considerable subcultura homosexual. El anonimato servía como protección; de cuando en cuando llegaban homosexuales de provincias para pasar unos días en la capital, para buscar en ella, sin ser reconocidos, la infraestructura del amor hacia personas de su mismo sexo (restaurantes, cafés, hoteles, gimnasios o la mismísima calle).⁷⁶ El propio Kubizek nos daba cuenta de un suceso de ese tipo. El cambio de siglo fue ocasión en Viena de un «cargado ambiente erótico, fuera uno adonde fuera»,⁷⁷ como escribe Kubizek. O, como decía Stefan Zweig, la capital se caracterizaba por una «sofocantemente insana atmósfera de maricónería».⁷⁸ No es de extrañar, pues, que en esa peculiar mezcla de austera represión y estímulos sensuales floreciera abundantemente la prostitución.

En el espectro de las subculturas de Viena, el ambiente homosexual ocupaba un lugar muy destacado. Se había desarrollado una refinada técnica de silenciamiento y ocultación que abría al chantaje (el llamado «desplume») un campo de actividades muy rentable. A lo que hay que añadir que las «revistas criminales» alimentaban el repentino interés de la opinión pública arrojando una luz cegadora sobre ese receloso medio. Informaban por ejemplo sobre los puntos de encuentro habituales como cafés u hoteles y daban a conocer a sus curiosos lectores las peculiares costumbres de los homosexuales. Se hablaba con indignación de «abusos pederastas»⁷⁹ y de «situaciones monstruosas», que habían convertido a la hermosa capital del reino-imperio en «una pocilga, un Eldorado de imperdonables libertinos y chantajistas».⁸⁰ En algunas cartas

de los lectores se pretendía contrarrestar esa campaña de denuncia y se pedía tolerancia para los estigmatizados; y también se formó un movimiento de emancipación homosexual que intentaba ofrecer algunas explicaciones.⁸¹ En cualquier caso, el aislamiento hermético de aquel medio comenzó a relajarse a través del debate público, lo que los afectados experimentaban como algo vergonzoso y amenazador.

También el asiduo lector de periódicos que era Adolf Hitler se vio atraído por la excitación general que despertó el escándalo Eulenberg. En *Mein Kampf* explicó más tarde que cuando vivía en Viena seguía «con gran atención todos los acontecimientos que se producían en Alemania». «La campaña que se desarrolló en aquella época contra Guillermo II no gozó nunca de mi aprobación.» Incluso se sintió indignado por el hecho de que la prensa vienesa «con gesto aparentemente preocupado, pero con lo que a mí me parecía indisimulada malevolencia perdiera el respeto hacia el Kaiser alemán. [...] Y luego seguía hurgando en la herida a su antojo. En aquellas ocasiones se me subía la sangre a la cabeza».⁸² En otro lugar se indigna de que «se haya cubierto de injurias a las antes honradas figuras de la vida estatal o pública, de que su nombre esté a punto de convertirse en símbolo de vileza e infamia. Hay que estudiar esa innoble forma judía de verter sobre el limpio atuendo de hombres honrados [...] el cubo de basura de las más bajas calumnias y difamaciones para evaluar adecuadamente el peligro que supone esa prensa andrajosa».⁸³ Hitler menciona aprobatoriamente al «antisemita *Deutsches Volksblatt*», que se había comportado «en aquella cuestión mucho más decentemente»⁸⁴ que la mayoría de la prensa vienesa. Ese periódico se había puesto claramente de parte del Kaiser alemán, defendiéndolo sobre todo frente a Harden: «Maximilian Harden, alias Isidor Witowski —así se expresaba el *Volksblatt*— es el porquero de la prensa judía en Viena, que ahora organiza un tumulto parecido al de los cerdos en la pocilga cuando se les vierte el pienso en el comedero.»⁸⁵

Tales palabras cayeron en el caso de Hitler en suelo fértil, ya que a partir de ellas pudo establecer algún tipo de relación entre sus propias inclinaciones y las ofensas públicas del judío Harden contra el consejero homosexual del Kaiser alemán. Se debió de sen-

tir personalmente agredido por las revelaciones de Harden. Y odiaba no sólo a Harden, sino también a quien le ofrecía su respaldo científico, el sexólogo Magnus Hirschfeld: «Lo que ese viejo cerdo judío pone a la venta —vociferaba más tarde— significa el escarnio más vil del Pueblo.»⁸⁶ Hasta los años veinte siguió atacando Hitler a aquella parte de la opinión pública que había condenado moralmente a Eulenberg y que al mismo tiempo se ponía de parte de Hirschfeld: «Antes nunca era suficiente la indignación moral contra Eulenberg y ahora esos mismos embusteros alaban a un Magnus Hirschfeld como paladín de la moralidad.»⁸⁷

Es obvio que Hitler se había crecido de algún modo bajo la impresión del espectacular asunto Eulenberg, que desembocó finalmente en violentos ataques antisemitas. El profundo odio contra Harden y Hirschfeld pudo ser una base envenenada de resentimiento personal para la posterior teoría de la conspiración de la «judería internacional». En cualquier caso, sólo cabe especular acerca de si existió o no efectivamente una relación directa entre su «imagen del enemigo» de los años de Viena y el antisemitismo aniquilador. Pero Hitler había interiorizado sin duda un prejuicio que se fue reforzando con la lectura de la literatura racista.⁸⁸ «Yo mismo —reconocía más tarde en un artículo publicado en una revista— había llegado ya a los dieciocho años [esto es, en 1907, el año en que el escándalo Eulenberg alcanzó su punto culminante]⁸⁹ al conocimiento del peligro judío.» Desde entonces, su odio hacia los judíos se convirtió en un arma para combatir su miedo a ser descubierto. El tema conflictivo de la homosexualidad fue el punto de partida y referencia de sus opiniones en esa cuestión; sólo a partir de la relación que estableció entre sus propias dificultades sociales y la influencia pública de los judíos fue a dar Hitler con los panfletos antisemitas que le ofrecieron consignas eficazmente aprovechadas más adelante. Su obcecación creció cuando vio que el escándalo Eulenberg se empleaba para zaherir genéricamente a los alemanes. Así sucedía con los estudiantes italianos en Viena, que en su lucha por la igualdad de oportunidades se burlaban de sus compañeros alemanes con alusiones a la perversión sexual y el afeminamiento,⁹⁰ o con el cabaret parisino, que por aquel entonces hervía en chistes obscenos sobre *le vice allemand*. «Los que se

irritan con eso —escribía la revista de arte vienesa *Der Sturm*— deberían primero dar las gracias a Maximilian Harden. No porque haya desacreditado con una inmerecida mala fama a los alemanes, sino porque ha proclamado a los cuatro vientos un abuso realmente existente entre nosotros.»⁹¹

Estos rencores basados en motivos sexuales iban de la mano del creciente odio nacional que predicaban en la Viena de principios de siglo oscuros profetas y teóricos de las razas y de la conjura. Así se formó una atmósfera de crudos prejuicios que impregnó también al joven Hitler.⁹² La amenazadora explosividad del tema de la homosexualidad tenía que ser patente para él. No debemos olvidar ese trasfondo al examinar aquel mundo en el que se movía Hitler desde el final del año 1909, cuando se dio cuenta de que no podía ganarse la vida como artista.

El albergue para hombres, su familia elegida

A comienzos del siglo XX era un secreto a voces que los asilos para los sin techo y los albergues masculinos no sólo eran una escombrera adonde iba a parar la gente fracasada, sino también centros de la vida homosexual. Según Hirschfeld, en esos alojamientos de masas «las relaciones homosexuales [constituían] un tema de conversación muy popular y en absoluto teórico».⁹³ Muchos de los alojados en el albergue sustituían los inexistentes contactos con mujeres, y otros sobrevivían prostituyéndose. En ese ambiente pasó Hitler más de tres años. El albergue de la calle Meldemann, relativamente moderno y confortable para lo habitual en aquella época, era un mundo puramente masculino.⁹⁴ Alrededor del setenta por ciento de los allí alojados tenían menos de 35 años, y las insignificantes fluctuaciones atestiguan una estructura social bastante estable. Reinhold Hanisch, que había conocido a Hitler en el albergue, cuenta que no era en absoluto un solitario, sino que por el contrario disponía de una notable facilidad para relacionarse con sus coinquilinos, habiéndose creado algo así como un círculo de amigos.

¿Con quién estableció Hitler relaciones más estrechas? En primer lugar, con el propio Hanisch, el principal testigo de esta fase

de la vida de Hitler. ¿Pero quién era Hanisch? De los pocos datos biográficos de que disponemos se deduce la siguiente imagen. Llegó en el otoño de 1909 a Viena, cuando contaba 25 años. Primero trabajó como sirviente y fue detenido dos veces por robo. Desde finales de diciembre de ese mismo año trabajó de nuevo como criado y no se ha podido aclarar si en la primera mitad de 1910 vivió en la residencia masculina de la calle Meldemann, como él mismo aseguraba, o en otro lugar, como figura en la oficina del registro civil.⁹⁵ Pero no cabe duda de que se movió por los ambientes de las residencias masculinas, donde conoció a Hitler en el invierno de 1909-10. Ambos se hicieron amigos, pero pronto discutieron y la relación entre ambos se rompió. Cabe suponer que Hanisch volviera a aparecer de nuevo hacia 1913 en ese ambiente bajo nombre falso,⁹⁶ mientras que con el verdadero declaró varios cambios de domicilio en el registro civil.⁹⁷ Su vida inquieta sólo era posible como un juego del escondite. En agosto de 1913 volvió a su pueblo natal, Gablonz, en Bohemia⁹⁸ y sirvió de 1914 hasta 1917 en el ejército austríaco. Se prometió y regresó en 1918 a Viena, donde se casó ese mismo mes (el matrimonio se rompió, al parecer sin descendencia, diez años más tarde). En 1923 fue nuevamente encarcelado por robo.

Tras el meteórico ascenso del NSDAP y de su *Führer* a comienzos de los años treinta, intentó sacar provecho de su vieja amistad con Hitler. Pero no sólo no lo consiguió, sino que se vio en peligro. Hanisch falsificó pinturas que pretendió vender como valiosas obras del joven Hitler, por lo que fue detenido en 1932 y de nuevo en 1933. Un nacionalsocialista austríaco de nombre Feiler recibió entonces el encargo del partido de conseguir de Hanisch cuadros originales y falsificados del *Führer*. Feiler, que se mantenía en contacto con Hitler, denunció a Hanisch por fraude, lo que lo llevó otra vez a la cárcel. Pero Hanisch no atrajo sobre sí la cólera del poderoso dictador solamente por sus falsificaciones, sino también por su colaboración con biógrafos críticos de Hitler como Konrad Heiden y Rudolf Olden, quienes volcaron su atención sobre él en 1933, cuando los periódicos comenzaron a informar acerca de su proceso. Hanisch volvió a ser detenido en noviembre de 1936, al parecer debido a la reanudación del comercio con obras falsificadas del *Führer*. Más grave fue que se hallaran en su domicilio dos

manuscritos en los que daba cuenta del tiempo que había pasado con Hitler, aunque desgraciadamente no conocemos el contenido de esos textos. Pocas semanas después de su detención, el 4 de febrero de 1937, murió a los 53 años. El médico forense certificó un ataque al corazón como causa de la muerte.⁹⁹

Hanisch llevaba ya dos años muerto cuando apareció en Estados Unidos una serie de tres artículos con el título común de *I was Hitler's Buddy* [Yo fui el compinche de Hitler]. No sabemos cómo llegó hasta allí el manuscrito, ni qué original sirvió de base a la publicación. Hanisch contaba en ellos cómo había conocido a Hitler, al parecer absolutamente en la miseria, en el asilo para los sin techo, cómo le ayudó a recuperarse y cómo ambos, después de que diversos trabajos ocasionales no les hubieran proporcionado unos ingresos suficientes, habían fundado su propia «firma»; informa también acerca de las opiniones de Hitler en aquella época y sobre sus propósitos políticos, así como de su actitud hacia las mujeres. Hanisch describe a un hombre joven, que se portó con él de forma excéntrica y desleal, pero que aun así fue para él —al menos de vez en cuando— un buen amigo.

¿Cómo hay que valorar y poner en orden todo eso? Hanisch afirma que Hitler y él eran «grandes amigos»: «Cada uno de nosotros lo sabía todo del otro.»¹⁰⁰ Otro antiguo compañero de la residencia masculina, Karl Leidenroth, quien también colaboró con Hanisch en los años treinta, lo confirma. Hanisch y Hitler mantenían «una relación muy estrecha», que «no se podía calificar de otro modo que amistosa».¹⁰¹ Por eso le tuvo que parecer a Hanisch difícil de aceptar que en el verano de 1910 apareciera un rival en la figura de Josef Neumann, quien podía ofrecer a Hitler en el negocio de la venta de cuadros una colaboración más ventajosa y que también competía con él en el terreno personal.

Neumann, obrero eventual y trapero, de 31 años, de fe judía y soltero, estuvo registrado desde finales de enero de 1910 hasta mediados de julio en la calle Meldemann.¹⁰² Según Hanisch era un «hombre de negocios» que no se asustaba ante ningún tipo de trabajo.¹⁰³ Era un tipo atrevido a quien le caía muy bien Hitler; éste, a su vez, se sentía muy a gusto en compañía de Neumann, quien se convirtió para él en un «buen amigo».¹⁰⁴ En junio de 1910,

Hitler pasó casi una semana fuera de la residencia masculina,¹⁰⁵ al parecer para emprender una excursión junto a Neumann, con 20 coronas en el bolsillo, muy a pesar del burlado Hanisch, que «durante una semana no pudo encontrarlo. Visitaba junto a Neumann las cosas dignas de ver en Viena y pasaba mucho tiempo en los museos».¹⁰⁶ Esos pocos días son el único período documentado que Hitler pasó fuera del albergue. Pero que él y su acompañante abandonaran su alojamiento para visitar por pura afición cultural durante toda una semana edificios y monumentos resulta difícil de creer. Más bien parece que Neumann hubiera sido para Hitler algo más que un amigo normal.¹⁰⁷

Por eso parece también posible que el conflicto surgido entre Hitler y Hanisch, y recogido en actas policiales, se tratara en el fondo no de fraude y falsificación de firma, sino de rivalidad, celos y venganza. Esa profunda desavenencia tuvo para Hitler, durante años, consecuencias desagradables y Hanisch siguió siendo hasta su muerte un peligro para él. Mediante sus contactos con la prensa extranjera le amenazaba con revelaciones y no se podía saber hasta dónde era capaz de llegar aquel incómodo cómplice.

Es obvio que su muerte no le vino en mala hora al *Führer*.¹⁰⁸ ¿Pero cómo es que Hanisch, se pregunta uno, no fuera más transparente en sus declaraciones? ¿Por qué eludió el tema de la homosexualidad? Aunque con sus informaciones ya se había aventurado bastante lejos, no podía hablar abiertamente, ya que su biografía lo hacía más que vulnerable y eso sólo le habría acarreado problemas. Debió de apercibirse, o le hicieron apercibirse, de que se le podía aniquilar socialmente. Probablemente por eso, para autoprotegerse, no sucumbió a la tentación de una denuncia sexual y se lanzó por el contrario sobre el tema «Hitler y las mujeres».¹⁰⁹ ¿Se trataba de una obediencia por adelantado o de una advertencia indirecta? Quizá ambas cosas, pero no lo sabemos.

Prostitución

Asilos nocturnos y albergues masculinos eran, según Magnus Hirschfeld, «lugares donde proliferaba la prostitución masculina».¹¹⁰

A las personas que allí recalaban no les abandonaba la obsesión de ganar rápidamente dinero. También en el albergue de Hitler en la calle Meldemann había muchos que necesitaban urgentemente algún ingreso extra,¹¹¹ entre ellos el propio Hitler.

Desde la primavera de 1911 sólo vivía de la venta de sus postales, dibujos y acuarelas, pero no parecía en absoluto ser así. Sobre su situación financiera de entonces existen dos testimonios contradictorios. Según el informe del testigo ocular *Brünner Anonymus* —cuyo texto apareció en 1935 en lengua checa—¹¹² se deduce que Hitler ganaba en 1912 entre 20 y 40 coronas mensuales. Eso corresponde a unas ganancias anuales comprendidas entre 240 y 480 coronas, lo que no daba para vivir.¹¹³ Pero otro inquilino del albergue, Karl Honisch, informa de que Hitler no sufría por aquel entonces ningún tipo de apuros financieros. En el caso de las notas de Honisch se trata de un trabajo encargado por el archivo central del NSDAP en 1939, por lo que no sorprende que el autor atribuya a su antiguo coinquilino del albergue un «muy decente tren de vida».¹¹⁴ Hitler era muy trabajador, insiste Honisch, y cada día dejaba terminado un cuadro. Con eso no sólo cubría los gastos de su mantenimiento, sino que también «ahorraba para hacer viajes a Munich».¹¹⁵ Pero parece curioso que Hitler, tal como lo retrataban Kubizek y Hanisch, estuviera en condiciones y dispuesto a trabajar tan concentradamente para ganarse la vida, por lo que hay que tomar las informaciones de Honisch *cum grano salis*. Si Hitler era efectivamente un hombre relativamente acomodado, debía de tener entonces otro tipo de ingresos, ¿pero cuáles?

Puede ser que Hitler intentara aproximarse a gente de posibles. La colaboración con Hanisch en la producción y venta de cuadros, en la que no figuraban en primer plano las ambiciones artísticas, le abrió nuevos caminos. Por Kubizek sabemos que en 1908 a Hitler se le habían pasado las ganas de pintar y que en aquella época ni pintaba ni vendía cuadros.¹¹⁶ ¿Por qué las recuperó precisamente ahora, cuando conoció a Hanisch? ¿Acaso porque no quería dejar que su talento se malograra? No, parece más bien que la producción de postales y acuarelas tenía dos funciones diferentes: por un lado era una posibilidad directa, aunque modesta, de ganar algún dinero y, por otro, pudo ser también un medio para

establecer prudentes contactos con fuentes potenciales de financiación. Hitler y Hanisch habían encontrado quizá de esa forma una vía tan exitosa como poco arriesgada de acercarse a la prostitución y que no tenía nada que ver con el ambiente de luces rojas.

Esta interpretación, por aventurada que parezca, no sólo la hacen plausible las peculiares circunstancias del medio en el que vivía Hitler, sino también los rumores que corrían constantemente acerca de su pasado. Ernst Hanfstaengl, de quien nos ocuparemos con más detalle en otro momento, confirmó en 1942 al servicio secreto estadounidense que la residencia en la que vivía Hitler tenía «fama de ser un lugar al que acudían hombres mayores en busca de jóvenes con el propósito de mantener relaciones homosexuales. Es verosímil que Hitler en esa época tuviera algo que ver con ese tipo de jóvenes gigolós y viejos bujarrones».¹¹⁷ Algunos años antes el canciller federal austríaco Engelbert Dollfuss había ordenado reunir material incriminatorio contra Hitler, sobre todo referido a su época pasada en Viena. En 1934, Dollfuss dio a conocer al parecer a su amigo y aliado italiano Mussolini ese dossier.¹¹⁸ ¿Fue una casualidad que pocos días después del asesinato de Dollfuss el Duce permitiera que su prensa tratara al *Führer* nazi como «asesino» y «homosexual»?¹¹⁹ No; algunas semanas antes, tras su primer encuentro personal con Hitler, Mussolini lo calificó ante sus íntimos de «obseso sexual».¹²⁰

Rudolf Häusler

«Así comencé a llevar una doble vida; entendimiento y realidad me obligaron a sufrir en Austria una enseñanza tan amarga como bienhechora; sólo mi corazón estaba en otro sitio.»¹²¹ Sobre la vida de Hitler en los años 1911 y 1912 sabemos poco más que lo que esas frases sibilinas de *Mein Kampf* dejan entender. Sólo con Rudolf Häusler, quien en febrero de 1913, cuando contaba 19 años, se instaló en la residencia masculina y se convirtió en amigo íntimo de Hitler, podemos afrontar esa situación de manera adecuada.

Häusler llevó una vida movida y enigmática. Después de una larga estancia con Hitler en Munich regresó, tras el estallido de la guerra en 1914, a Viena. Hasta 1918 fue soldado en Italia y Rumanía. Se casó en 1917 y un año más tarde tuvo una hija. Después de la guerra vivió con su familia en Viena, donde trabajó durante los años veinte como comerciante y empleado de banca. En 1929 murió su mujer y Häusler no se volvió a casar. Desde 1933 hasta 1938 vivió en Checoslovaquia, donde fue director de un hotel y durante poco tiempo trabajó en una fábrica de azúcar. En la primavera de 1938 se trasladó de nuevo a Viena, donde fue asignado a un alto puesto oficial en el *Deutscher Arbeitsfront* [DAF, Frente Alemán del Trabajo]. Acerca de su incorporación al NSDAP hay datos contradictorios; posiblemente era ya miembro del partido desde 1929. Por el contrario es seguro que fue expulsado del partido en 1944; al parecer, durante su estancia en Checoslovaquia había sucedido algo que justificaba esa expulsión. Pero las circunstancias y motivos precisos no son conocidos.¹²²

Durante mucho tiempo no se tuvieron noticias de Häusler, quien murió en 1973 en Viena. Su nombre fue mencionado en 1952 en la *Neue Revue*, pero desde entonces tuvieron que pasar casi cuarenta años hasta que la historiadora Brigitte Hamann supiera algo más a partir de la hija de Häusler, Marianne Koppler. Según ésta, su padre pasó seis semanas en Berlín en 1933 y pretendía hablar con Hitler sin falta. Pero no le permitieron ver a su antiguo amigo, a diferencia de lo que sucedería con Kubizek algo más tarde.¹²³ Häusler fue declarado persona non grata, sin que sepamos por qué. En cualquier caso, no sólo sus caseros en la época de Munich, el matrimonio Popp, recibieron órdenes muy estrictas de no mencionar al antiguo acompañante de Hitler, sino que el propio Häusler se mantuvo al respecto extraordinariamente discreto. En un cuestionario personal de la DAF explicaba en 1939: «Conocí en 1911 a Adolf Hitler, quien se ocupó de mí, me instruyó políticamente y asentó así los cimientos para mi formación política y general. En 1912 me llevó con él a Munich, donde vivimos juntos y realizamos algunos trabajos ocasionales.»¹²⁴

Según el relato de Marianne Koppler, Rudolf Häusler provenía de una familia burguesa acomodada de Viena. El padre era seve-

ro y dominante; la madre, por el contrario, amorosa y protectora. Rudolf era la «oveja negra» de la familia; «debido a una chiquillada»¹²⁵ fue expulsado de la escuela y su padre lo echó de casa, precisamente el día de su decimotercero cumpleaños, en diciembre de 1911. Häusler, que había comenzado un cursillo como dependiente de comercio, se veía así en la calle.

Häusler y Hitler se conocieron en esa época. Cómo se desarrolló su relación durante 1912 es algo que escapa a nuestro conocimiento. Pero sabemos que Häusler, que entonces tenía 20 años, se encontraba con Hitler en el albergue de la calle Meldemann en febrero de 1913. Se llamaban entre sí Adi y Rudi, iban juntos a la ópera y pronto se despertó también en Häusler la pasión por Wagner. No rompió su relación con su madre, que seguía cuidando de él, le lavaba la ropa y le daba dinero para la comida. Häusler le presentó a su nuevo amigo y, de forma muy parecida a lo sucedido con Kubizek, Hitler consiguió convencer a la señora Häusler de la conveniencia de su traslado a Munich. Ella le confió a su hijo. El momento para un traslado era apropiado; Häusler había terminado en la primavera de 1913 sus estudios y Hitler disponía de nuevo desde mayo de 1913, con motivo del pago de la herencia de su padre, de una gran suma de dinero. Así pudieron ambos amigos comenzar de nuevo en Munich. Durante casi nueve meses vivieron allí juntos en una habitación, pero al final Häusler se hartó de la verborrea, los enfados y el ergotismo de Hitler, y se buscó un domicilio para él solo.¹²⁶

En su conversación con Marianne Koppler, Brigitte Hamann le planteó también la cuestión de una posible relación homosexual entre ambos amigos. En su libro afirma que Häusler no había hecho a su hija «ninguna referencia a una relación más que amistosa». «La hija de Häusler “no podía simplemente ni imaginarse” tal cosa de su padre, que por otra parte era aficionado a las mujeres. Sabe sin embargo por otra parte que él nunca le habría contado semejante cosa.»¹²⁷ La cuestión queda por tanto sin respuesta.

Detengámonos por un momento en los evidentes paralelismos con el comportamiento de Hitler con Kubizek: el origen burgués de su amigo Häusler, su comprensiva madre, la pasión por Wagner, los planes conjuntos forjados para el futuro, el nuevo

comienzo en otra ciudad y finalmente la incapacidad para vivir juntos durante mucho tiempo. El maleable Häusler le ofreció a Hitler la posibilidad, que cinco años antes había fracasado tan lamentablemente con Kubizek, de intentarlo una vez más. De ahí la intención de fugarse juntos, esta vez a la metrópoli artística de Munich, que por aquel entonces tenía fama de no ser tan estrecha de miras como la mojigata Viena.

La pseudoboemia de Schwabing

«En la primavera de 1912 me trasladé por fin a Munich. La ciudad misma era para mí tan conocida como si hubiera vivido durante años entre sus murallas.»¹²⁸ Así describía Hitler en *Mein Kampf*, en 1924, su llegada a Alemania. Ya en 1921 había dado en un currículum el año 1912 como el de su traslado a Munich.¹²⁹ ¿Por qué borraba su último año en Viena? Evidentemente, en la biografía del *Führer* se veía mejor retrospectivamente una estancia más corta en la odiada «Babilonia de razas» que era Viena, alargando en consecuencia la transcurrida en una pura ciudad alemana. Pero también es posible que Hitler hubiera estado efectivamente en Munich ya en 1912, al menos temporalmente. Su familiaridad con la metrópoli bávara correspondía quizá menos a los libros que a un estudio del medio. Probablemente había inspeccionado la ciudad antes de su salida de Austria, como antes había hecho en 1906 en Viena. La formulación elegida («por fin a Munich») es en todo caso bastante reveladora.

Además había una poderosa razón para dar la espalda a Viena: la amenaza del servicio militar. Hitler había reaccionado con «ira desmedida» a la llamada a filas de Kubizek y había aconsejado encarecidamente a su amigo que ignorara el llamamiento o simulara alguna incapacidad, y en el peor de los casos «largarse clandestinamente del país».¹³⁰ El propio Hitler estaba firmemente decidido, en cualquier caso, a librarse del servicio militar. Su motivo principal podía ser el temor a los castigos draconianos con los que se penaba entonces en el ejército «real e imperial» «la relación sexual con personas del mismo sexo».¹³¹ Y ese temor sólo pudo

reforzarse tras su salida de Viena con el espectacular asunto del homosexual coronel Redl, jefe del servicio secreto, que en el verano de 1913 llegó a los titulares de los periódicos.¹³² Apenas cabe imaginar que ese escándalo no repercutiera en una mayor represión sobre los soldados que se sentían atraídos hacia su propio sexo. Hitler tenía una razón más para negarse a hacer el servicio militar en Austria.

Además, Munich era en aquellos tiempos, como decía un observador de la época, «un Eldorado para los homosexuales».¹³³ Resulta significativo que Hitler y Häusler se mudaran inmediatamente al distrito de Schwabing, el más representativo por aquel entonces de la cultura bohemia. Ese barrio se caracterizaba por los innumerables recién llegados que esperaban encontrar en él la felicidad. En la abigarrada mezcla de población, que convirtió «el nombre del distrito en un concepto cultural», se podían encontrar, como ha descrito tan gráficamente Erich Mühsam, tipos de la índole más diversa: «Pintores, escultores, poetas, modelos, haraganes, filósofos, profetas, subversivos, renovadores, sexólogos, psicoanalistas, músicos, arquitectos, artesanos, niñas bien que se han escapado de casa, estudiantes eternos, aplicados y vagos, sedientos de vida y hartos de vivir, gente con rizos indómitos y gente acicalada hasta las uñas.»¹³⁴ El «asentamiento masivo de gente rara»¹³⁵ había dado lugar a una especie de mundo opuesto al «guillerminismo», un ambiente transversal con ruidosos vanguardistas autonombrados, que cultivaban ante todo un sentimiento antiburgués y un estilo de vida «artístico». La homosexualidad se censuraba menos que en otros lugares, especialmente cuando se mostraba bajo la apariencia de una imitación de Oscar Wilde o de un juvenil Stefan George.¹³⁶ Aparte de eso había numerosos círculos de intelectuales y artistas, muy respetados, que se reunían en los cafés y cervecerías.¹³⁷ Resulta fácil adivinar cuán cautivado se pudo sentir Adolf Hitler en 1912-13 por aquel «resplandeciente Munich».

Pero tampoco aquí, como antes en Viena, consiguió afirmarse como artista; siguió sin tener éxito, con la única diferencia de que ahora, cinco años después de su relación con Kubizek, de nuevo volvía a vivir con un amigo. En cualquier caso, son absolutamente increíbles las declaraciones de la casera de Hitler, Anna

Popp, que atribuía a sus «inquilinos» —posiblemente instruida al respecto— un estilo de vida sobrio y respetable. Según ella, Hitler era un estudiante solitario y aplicado, que estudiaba y trabajaba en su habitación de la mañana a la noche. Se procuraba los medios de vida necesarios mediante la venta de cuadros pintados por él mismo.¹³⁸ Que Hitler, con su limitado talento como pintor, pudiera vivir de sus cuadros, es más que improbable. Para colegas mucho más dotados que él eso era entonces en Munich casi imposible.¹³⁹ Si no mintió al juez de Linz, empleaba sólo «parte» de su tiempo «para trabajar como pintor independiente». Sigue siendo pues un enigma inexplicable cómo, con una competencia de más de tres mil pintores en Munich, pudo llegar a alcanzar unos ingresos anuales de 1 200 marcos.¹⁴⁰

Pero quizá podamos obtener alguna aclaración a partir de las declaraciones de testigos que adquirieron en 1913-14 algunos cuadros de Hitler.¹⁴¹ Por ellos sabemos que el joven artista prefería acudir a comercios y cervecerías al aire libre para exponer allí sus cuadros. Eso cuenta por ejemplo el doctor Hans Schirmer, médico de Munich, que entonces andaba por la mitad de la cuarentena. Una tarde, mientras bebía una jarra de cerveza en el jardín de la *Hofbräuhaus*, se fijó en un joven, «con un aspecto desastrado», que se paseaba por entre las filas de mesas ofreciendo a los clientes un cuadro: «Podrían ser las diez de la noche cuando le vi de nuevo y observé que seguía sin vender su cuadro. Cuando se me aproximó le pregunté, conmovido humanamente por su suerte, si quería vender el cuadro.» Llegaron a un acuerdo en el precio y, como Schirmer no llevaba en aquel momento suficiente dinero, quedaron en que al día siguiente Hitler iría a visitar al médico a su casa. Allí volvieron a hablar y Hitler le ofreció pintar más cuadros para él. Schirmer aceptó, «aunque mi propia situación económica por aquel entonces no era fácil». Aquella misma semana le llevó Hitler las obras prometidas a su casa. Cuenta Schirmer: «De nuevo pensé que lo debía de estar pasando mal, aunque era demasiado orgulloso para dejarse regalar algo. Por otra parte, pareció darse cuenta de que yo no era precisamente un hombre rico y creo que por eso no volvió a visitarme.»¹⁴²

Esta escena podría considerarse una indicación adicional de

un sentido más profundo del comercio de Hitler con sus cuadros. Formulado sin miramientos: Estudiante sin medios busca mecenazas, sin excluir otros eventuales servicios. Para los homosexuales no era fácil la búsqueda de una pareja adecuada, había pocos lugares y posibilidades inocuos para conocer a alguien. La venta de obras de arte ofrecía una salida que no ponía a los caballeros de la alta sociedad en aprietos; se podía iniciar una conversación no comprometida y si la primera impresión era positiva, establecer una cita, que precautoriamente tenía lugar en un marco más privado.¹⁴³ En el caso de un interesado solvente como el médico de Munich tal toma de contacto podía eventualmente ser rentable para ambas partes. Y al parecer en la vida de Hitler hubo efectivamente contactos de esa índole.

Quizá, por ejemplo, con el doctor Schnell, un fabricante de jabón de Munich, propietario de una perfumería. Un día, recuerda el doctor Schnell, entró en su tienda un joven pintor, «que probablemente había oído decir a alguien que en varias ocasiones había socorrido a pintores pobres». Hitler le vendió un cuadro y recibió otros encargos. Sorprende un tanto que Schnell, «bastante tiempo después de la toma del poder», fuera invitado por el ya jefe del Estado al hotel Cuatro Estaciones, así por las buenas. «Allí me preguntó Hitler por mi vida y los cuadros, y se ofreció a hacerme algún favor en el caso de que tuviera algún deseo.»¹⁴⁴ ¿Por qué sentía tanto interés el canciller alemán por un comerciante de jabones que más de veinte años antes le había comprado algunos cuadros? Podría ser que Hitler llegara a conocer a Ernst Hepp, entonces asesor judicial y más tarde juez del tribunal de cuentas del Reich, por mediación de Schnell, y en Hepp, que en aquel entonces tenía 36 años, encontró Hitler a su largamente ansiado amigo y protector muniqués.

Un colaborador del Archivo Central del NSDAP, preguntando en 1939 a Hepp y su hermana Martha por las acuarelas del *Führer*, se enteró de que «el joven artista» había sido invitado varias veces a comer al domicilio de la familia. El asesor Hepp había descubierto en Hitler cualidades y estaba «asombrado por la sabi-

duría del joven. Conversaba con él muy a gusto y le dio a menudo consejos sobre sus necesidades».¹⁴⁵ Hitler visitó a la familia Hepp incluso en su casa de campo en Wolfratshausen. Hepp encargó varios cuadros a Hitler, recomendó las obras de su protegido a otros conocidos,¹⁴⁶ y le regaló en varias ocasiones entradas para óperas y conciertos.¹⁴⁷ Para concluir, es especialmente importante señalar que Hepp amparó a Hitler, con éxito, en sus esfuerzos por alistarse en el ejército de Baviera.¹⁴⁸ Después de que Hitler fuera enviado al frente, Martha suministró al protegido de su hermano «calcetines, ropa interior y otras cosas necesarias».¹⁴⁹ Hitler se lo agradeció en postales y en una carta de doce páginas a Hepp.¹⁵⁰ Así pues, la relación entre ambos debió de ser estrecha y hasta dónde pudiera llegar es algo sobre lo que de nuevo sólo caben especulaciones.

También en Munich supo Hitler, por tanto, establecer contactos con hombres y mantener esas bien trabadas relaciones, hombres a los que caía bien y no hacía daño. Pretendía congraciarse con ellos, era sumiso, diligente, quizá también obstinado. La calidad de sus cuadros apenas pudo influir en el eco que encontró repetidamente; para eso, como hemos dicho, la oferta en el mercado de arte de Munich era demasiado abundante. Con toda probabilidad, además de su arte se ofrecía él mismo. Schirmer, Schnell y Hepp son muestras representativas de que prefería dirigirse a hombres serios, con formación académica y buena posición social y financiera. Por el contrario, no se sabe que mantuviera relaciones con ninguna mujer.

Al igual que antes en Viena, Hitler tampoco siguió en Munich ningún plan de vida concreto. Solía acomodarse en el café Grössenwahn de Schwabing desde donde quizá pretendía observar la alta cultura bohemia, cuyos representantes eran sin embargo para él inalcanzables,¹⁵¹ exceptuando quizá al mitólogo Alfred Schuler, quien sin embargo ya se había convertido en una figura marginal.¹⁵² Este «buscador erótico» del culto a la esvástica y a la madre,¹⁵³ como él mismo se definía, dio al parecer en su búsqueda de contactos homosexuales en Schwabing con «un joven [...] llamado Adolf», como ha dado a conocer Karl Wolfskehl,¹⁵⁴ profesor de literatura muy popular que constituyó una figura clave

de la bohemia de Schwabing antes de la guerra, y no hay nada que impida dar por buena su indicación. Antes al contrario, por medio de Schuler, ese esotérico antisemita que proclamaba vigorosamente el advenimiento de una nueva época, Hitler podría haber incorporado las abstrusas lecciones de aquellos profetas racistas en los que había buscado ocasionalmente en Viena su salvación ideológica.¹⁵⁵

Hitler se sentía, como ya hemos dicho, muy impresionado por el ambiente de Schwabing, en el que pudo comprobar repetidamente que no era el único excéntrico, el único «loco» sobre la faz del mundo. En ese entorno parecía a su alcance algo así como una refinada forma de vida estética, en la que la diferencia sexual no tenía por qué conllevar desventajas. La cuestión se reducía pues a cuándo y con quién encontraría el camino hacia esa existencia privilegiada. Pero antes de encontrar una respuesta, el estallido de la primera guerra mundial le ofreció una nueva vía de escape y con ella la posibilidad de mantener abiertas todas las opciones de futuro. Hitler podía dejarse llevar ahora por la euforia con la que los alemanes se lanzaban contra un «mundo de enemigos». Sus problemas personales quedaban así temporalmente aplazados en el trasfondo de la guerra.

CAPÍTULO II

El camarada Hitler

El documento Mend

En septiembre de 1948, el diplomático alemán Werner Otto von Hentig recibió una carta certificada desde Londres, cuyo contenido, un «documento sobre Hitler», no llegó hasta cuatro décadas más tarde al Instituto de Historia Contemporánea de Munich,¹ junto con otros documentos legados por Hentig. No se conserva el anexo que un cierto Helge Knudsen envió entonces junto al documento en cuestión a Hentig y tampoco existe ninguna indicación de su origen. ¿Se debe esto quizá a lo escandaloso del escrito en cuestión? Escandaloso en la medida en que un antiguo camarada de guerra de Adolf Hitler, de nombre Hans Mend, habla tan desinhibidamente sobre el dictador alemán, que todavía hoy deja sin aliento al lector.

Hentig era quizá uno de aquellos «diplomáticos alemanes» que aseguraron al historiador Werner Maser que el documento Mend había jugado «un papel esencial» para la oposición alemana contra Hitler, pero que «no deseaban que su nombre apareciera explícitamente».² Ese documento, que hasta la fecha había pasado desapercibido para los investigadores, fue dado a conocer una segunda vez, ahora bajo la forma de una copia que ordenó realizar el general bávaro Karl Kriebel en los años cincuenta y que llegó en 1986 al Archivo Central de Baviera, acompañado de la siguiente nota: «El 13-8-1951 me entregó el profesor Schmid-Noerr el documento adjunto para que lo estudiara, diciéndome que conocía bien a Hans

Mend. [...] Él mismo, el profesor Schmid-Noerr, lo había recibido por encargo de la *Abwehr* [servicio secreto militar dirigido por el almirante Canaris], comprobando mediante repetidas pesquisas que todos los datos que contenía eran verdaderos e inequívocos. Tan sólo él estaba en posesión del documento. En aquella época dispusieron de él el almirante Canaris y el capitán general Beck [el principal dirigente de la oposición alemana], así como algunos diplomáticos extranjeros.»³

El filósofo y escritor Friedrich Alfred Schmid-Noerr formó efectivamente parte activa del movimiento de oposición, y en 1937-38 preparó por encargo de Beck el «Proyecto de una Constitución para el Reich alemán».⁴ Cuando en 1961 hizo público este «documento de la Resistencia» se refirió también a las conversaciones que había mantenido poco antes de la guerra con diplomáticos como Hentig y otros «círculos de oposición dispuestos a la acción».⁵ Y con eso se cerró por primera vez el círculo. Ahora podemos apreciar el gran valor histórico-político del documento Mend. Personas muy relevantes tenían un interés concreto en dar fe de su contenido y en hacerlo circular. Probablemente se trataba de uno de aquellos informes que el grupo de oposición de la *Abwehr* incluyó en su «archivo conspirativo»⁶ para poder instruir un proceso contra Hitler en caso de que éste fuera detenido. Helmuth Groscurth, quien desempeñó un papel central en los planes del golpe de Estado de noviembre de 1939, manifestaba: «[Hay que] coger a Hitler vivo, analizar su estado anímico y hacer público el indudable diagnóstico de demencia.»⁷ Cuando Schmid-Noerr abordó a Mend en diciembre de 1939 le fue posible asimismo reunir material acusador contra Hitler.

Ya es hora pues de presentar los fragmentos más importantes de ese documento, lo que Schmid-Noerr conoció a partir de su minuciosa conversación con Mend y que luego redactó como informe para la posteridad. Se trata en él principalmente de la vida de Adolf Hitler en los años 1914-1919. Ésa fue la época en la que Mend tuvo oportunidad, como correo a caballo de la comandancia del regimiento List, de conocer personalmente y del modo más exhaustivo a su compañero Hitler, que también rendía servicio allí.⁸ Se trata en él especialmente de los amigos de Hitler, de sus

peculiaridades y su homosexualidad. A continuación reproducimos unas cuantas citas literales, que se deben entender también como carta de presentación del testigo en cuestión:

Hitler fue rechazado cuando se presentó como voluntario en el ejército austríaco en agosto de 1914 a causa de su débil constitución. Por aquel tiempo vivía en Munich sin empleo, y su propósito era simplemente el de entrar en el ejército para volver a comer a diario. [...] Tras su rechazo por la comisión médica se plantó en el palacio Wittelsbacher en Munich en el momento en que, como él sabía, el rey Luis II acostumbraba a dar un paseo. Consiguió abordar al rey cuando éste salía con su ayudante, general von Leonrod. Hitler cortó el paso a von Leonrod y le dijo que era austríaco pero que no quería hacer el servicio en Austria. Que se había registrado en Munich como voluntario, habiendo sido rechazado, y que pretendía pedir directamente a Su Majestad amparo para su solicitud. Von Leonrod anotó su nombre, y así es como Hitler llegó al Regimiento List, según su propio relato.

Desde el momento en que Hitler llegó a nuestro regimiento como ordenanza, no tuvo nada que ver con el servicio de armas. No era otra cosa que encargado de llevar recados de un sitio a otro y se encontraba junto al mando del regimiento en la retaguardia. Cada dos o tres días tenía que llevar algún despacho; el resto del tiempo se dedicaba a pintar, discutir de política y armar jaleo «detrás». Muy pronto se ganó el apodo de «el chalado Adolf» con toda la gente con la que entraba en contacto. Desde el principio me dio la impresión de ser un psicópata. Caía en frecuentes ataques de cólera; en cuanto alguien le contradecía, se arrojaba al suelo y lanzaba espumaraños de rabia. El soldado [Ernst] Schmid[t] (actualmente maestro de obras en Garching, cerca de Munich), con el que Hitler tenía amistad desde antes, y con el que había trabajado ocasionalmente en la construcción, era su compinche. También solía andar con los soldados Tiefenböck (actualmente propietario de un comercio de carbón en Munich) y Wimmer (tranviario en activo en Munich). Los tres eran ordenanzas al servicio del mando del regimiento. El único de todos ellos que fue voluntariamente al frente fue el judío Lippert (de profesión viajante; entró luego como empleado de ofi-

cina en la *Braune Haus**, en la que, por lo que yo sé, sigue trabajando desde 1934 hasta ahora. No se le ha aplicado la ley contra los judíos). El segundo del batallón en el regimiento List era el teniente Gutmann, un judío fabricante de máquinas de escribir en Nuremberg (actualmente emigrado), al que siempre se dirigía Hitler cuando deseaba obtener algún favor. Ese teniente Gutmann fue también el que le propuso para la Cruz de Hierro de segunda clase en la Navidad de 1914, eso fue en Bezaillère, cerca de Ypres. En esa batalla fue herido el coronel Engelhardt del regimiento List. Cuando lo trajeron, Hitler y Bachmann lo recogieron y lo llevaron a la retaguardia. Hitler comprendió que con ese hecho podía alcanzar mucha fama y así consiguió ganarse al teniente Gutmann.

Entretanto habíamos conocido a Hitler más a fondo. Notamos que nunca miraba a ninguna mujer. Entre nosotros se despertó desde un principio la sospecha de que era homosexual, pues ya le conocíamos otras anormalidades. Era extraordinariamente excéntrico y mostraba en ese sentido rasgos afeminados. Nunca tenía un propósito fijo, ni tampoco convicciones firmes. En 1915, estábamos entonces en la fábrica de cerveza Le Fébre en Fournes y teníamos por yacijas montones de paja. Hitler dormía por las noches con «Schmidl», su puta masculina. Oímos un crujido en la paja. Uno encendió su linterna eléctrica y refunfuñó: «Ya está de nuevo la pareja de maricas haciendo de las suyas.» Yo no me volví a interesar por ese tipo de cosas.

Hitler no podía dejar de discutir de política con los camaradas. Se refería a sí mismo como representante del «proletariado con conciencia de clase». Cuando se creía a salvo, hablaba de sus superiores como del «arrogante montón de oficiales», a los que llamaba «caballeros ladrones», «bandoleros de la aristocracia» o «camarilla burguesa explotadora». Expresiones como la siguiente: «Esos cerdos duermen en colchones de pelo de caballo, mientras a nosotros nos alimentan con su caldo», eran frecuentes en su boca. [...]

A finales de 1918 me volví a encontrar con Adolf Hitler en la plaza de María en Munich, donde estaba con su amigo «Schmidl».

* Literalmente, Casa Parda; cuartel general del NSDAP en la calle Briener, inaugurado oficialmente el 1 de enero de 1931 (*N. del t.*).

Me saludó con las siguientes palabras: «¿Qué, jinete fantasma, de dónde vienes? Gracias a Dios, las coronas reales han caído del pedestal. Ahora tenemos nosotros, los proletas, algo que decir.» Hitler vivía entonces en el albergue para los sin techo que había en el número 29 de la calle Loth de Munich. Pronto escapó de allí, después de pasar varios días en mi casa, reponiéndose de la mala alimentación del cuartel de Traunstein. Con la ayuda de su Cruz de Hierro de primera clase y su habitual verborrea consiguió abrirse camino, al igual que otras veces más adelante. Concedía menos importancia al hecho de que en el transcurso del año 1915, cuando el regimiento List fue terriblemente diezmado, fuera ascendido junto con todos los supervivientes sin excepción al puesto de cabo. Llamaba sin embargo la atención que un hombre que había hecho la guerra mundial desde octubre de 1914 hasta su fin se hubiera quedado sin más ascenso que ése. En enero de 1919 me lo volví a encontrar en la Marienplatz, junto al quiosco de periódicos. Me avergoncé de él, de tan desastrado como andaba el «rojo Hitler». [...] Entonces, una tarde en la que estaba sentado con una chica en el Café del Ayuntamiento, se me acercó el Adi junto a su amigo Ernst Schmid[t], y me dijo: «Salud, jinete fantasma, ¿no sabes de algún alojamiento para nosotros dos?» Por compasión les ofrecí un cuarto para dormir en mi casa. Mi chica me dijo: «Si sigues tratándote con esa gente, no vuelvo a salir contigo.»

Después oí que Hitler aparecía públicamente como orador. La primera vez le escuché a escondidas, para no encontrarme con él, en Geislgasteig. Eso fue a comienzos de 1920. Luego le volví a oír en el circo Krone y en diversas cervecerías. En una ocasión me dije: ¡Ajá, ahora habla Hitler de forma muy diferente. Adi ha cambiado de color, ya no es aquel rojillo que yo conocía!

Un día de enero de 1920 vino a mi casa en la calle Schleissheimer y se quejó de que no podía ir a la suya. Cuando le pregunté el motivo no me dio ninguna respuesta, aunque a mí me daba igual. Le dije: «Puedes dormir aquí.» [...] Se quedó un par de días en mi casa. [...] Pero Hitler no podía permanecer en Munich. Se fue a Abens, en Holledau, con Jakob Weiss [...], quien le acogió en casa de sus padres y le dio de comer. Ese inseguro vagabundeo llevó finalmente a Hitler hasta el general von Epp. [...]

Mi impresión de Adolf Hitler en aquella época en Munich poco después de la guerra confirmó absolutamente las experiencias que ya había tenido con él innumerables veces en el frente. Hitler era para mí imprevisible. Siempre tenía dos caras. Era la hipocresía personificada. Un rostro mostraba al diligente pretencioso ante los respectivos superiores, y cuando era preciso también ante los camaradas. Era muy habitual que cuando oía que se había alcanzado alguna victoria en el frente, Hitler, que permanecía en retaguardia, ya fuera en el cuartel o en la comandancia, se precipitara excitado entre la gente, blandiendo el fusil, y gritara: «¡Hemos vencido! ¡Otra vez les hemos dado a los franceses (o a los ingleses)!» Pero era también siempre él quien se arrimaba a los superiores para dar el chivatazo en cuanto olía alguna ventaja. Por eso los camaradas huían de él. [...] La otra cara de Hitler era la de un oculto y sombrío criminal. Toda su actitud era la de una persona desconsiderada, que sabe cómo envolverse en un aura. Era, desde que le conocí, no un buen actor, pero sí grande. No se podía confiar en ninguna de las palabras que pronunciaba. Mentía con cada palabra, y siempre hacía lo contrario de lo que decía. [...]

Cuando Hitler volvió a Munich en el invierno de 1918 intentó una y otra vez alcanzar un puesto dirigente entre los comunistas. Pero no pudo hacerse un hueco en la dirección del Partido en Munich, aunque se mostraba ultraradical. Como exigía inmediatamente un puesto dirigente, en el que no tuviera que trabajar nada —ese era siempre su objetivo— suscitó la desconfianza de los comunistas, a pesar de su mortal enemistad contra todos los propietarios. Le dieron largas, quizá se apartó de ellos a partir de determinado momento, sintiéndose espiado por comunista. En cualquier caso se alistó por despecho en el Cuerpo de Voluntarios de Epp, cuya confianza se ganó exhibiendo su Cruz de Hierro de primera clase. Epp le encargó primeramente la tarea de hacer propaganda entre los soldados y le pagaba por ello. Pronto pudo presentarse como «oficial instructor». En esa calidad visitaba por las noches todo tipo de locales y en una de esas ocasiones se encontró con Anton Drexler. [...] En seguida se introdujo en el partido de Drexler, con el número 1512. Pero inmediatamente se dedicó a la destrucción de ese partido, acusando a su secretario, un tal Harrer, de incapaci-

dad total y dándole de lado. Drexler, que odiaba los conflictos, se amilanó ante Hitler, y éste aplicó inmediatamente su táctica irrup-tora, que más tarde emplearía con éxito tan a menudo, metiendo el pie en la puerta entreabierta, sin cejar hasta estar dentro. Así hizo saltar por los aires el partido de Drexler, y con siete hombres se montó su propia tienda.

El retrato que Mend hace de Hitler no deja nada que desear en cuanto a crudeza inmisericorde. Los principales mensajes que pretende transmitir se pueden resumir así, con otras palabras: Entre los 25 y los 30 años, Hitler era ante todo un cazarrecompensas sin principios, supo captar amistades y arreglárselas con éxito en el ejército bávaro, cumplió su servicio sin ambición de luchar en el frente, matando el tiempo en la retaguardia. Prefería pasar el rato con sus amigos Tiefenböck, Wimmer y Schmidt, y con este último íntimamente. Al acabar la guerra, Hitler y Schmidt buscaban casa juntos. Hitler se introdujo en la extrema derecha después de haber sido rechazado por los grupos de izquierda. Con la astucia y vanidad que le eran propias, pero también empleando «tácticas de asalto», consiguió por fin hacerse con el liderazgo de un partido.

Es evidente que si queremos contrastar la veracidad histórica de estas afirmaciones, habrá que examinar el contenido empírico expuesto. La primera pregunta a responder sería pues: ¿Quién era Mend y qué es lo que motivó su ajuste de cuentas con Hitler?

Hans Mend

Schmid-Noerr describía a Mend como un «sano hijo de campesinos» que en la primera guerra mundial se había comportado como «un famoso, valiente y casi temerario correo a caballo», al que los soldados llamaban «el jinete fantasma».⁹ Pero esto sólo es un pequeño episodio de la vida de Johannes Mend, por otra parte nada sencilla.¹⁰ Nacido el 16 de marzo de 1888 en una familia numerosa de pequeños campesinos, cerca de Rothenburg, comenzó a ganarse la vida desde muy pequeño. En cuanto dejó la escuela pública tuvo que valerse por sí mismo, entrando a trabajar como mozo de cua-

dra y mensajero en casas señoriales. Desde 1908 hasta 1911 sirvió en el segundo regimiento de ulanos de Baviera, y después como preparador en las caballerizas Waldfried en Frankfurt. Con la movilización se presentó como reservista en el ejército y desde octubre de 1914 hasta agosto de 1916 perteneció al regimiento List como correo a caballo. Está documentado oficialmente que durante ese tiempo conoció y tuvo contacto personal con el correo a pie Hitler. Hasta su licenciamiento en diciembre de 1918 fue enviado a otros destacamentos. Tras su regreso a la vida civil trató de ganarse la vida comerciando con caballos, pero fracasó lamentablemente. En agosto de 1919 fue condenado a cinco meses de prisión por robo y estafa, aunque al parecer se le concedió la libertad condicional. Ese mismo año, tras tener un hijo ilegítimo, fue desterrado de la capital de Baviera. No sabemos dónde dirigió sus pasos en el siguiente período, pero sí que en 1920-21 cometió delitos contra la propiedad en Nuremberg. En agosto de 1921, el tribunal de Ansbach le condenó a una pena de dos años de prisión que cumplió hasta mayo de 1923 en el centro penitenciario de Liebteneau.

Con el espectacular ascenso de su camarada de guerra Adolf Hitler en la derecha populista bávara se le ofreció una oportunidad inesperada. Supuso que lo que había conocido de Hitler en los años que pasaron juntos durante la guerra no le sería indiferente al político que aspiraba a los más altos cargos. Así pues, procuró tras su puesta en libertad pegarse a los talones del *Führer* del partido. La única información disponible sobre la toma de contacto entre ambos es que Hitler escribió a Mend una carta el 28 de junio de 1923,¹¹ aunque no se la envió. Ese escrito, así como otro envió postal a la dirección de Mend en Stuttgart, del 5 de julio de 1923, figuran en la agenda del entonces secretario de Hitler, Fritz Lauboeck, en la que también aparece una indicación significativa: Mend recibió envíos de 100 a 300 marcos.¹² Hitler seguramente imaginaba que sólo mediante tales donativos podía impedir que su antiguo camarada de guerra cometiera alguna tontería.

Mend trabajó durante varios años como *jockey* en el extranjero, primeramente en Amsterdam y luego en Bruselas. No conocemos las razones para ese nuevo comienzo ni si Hitler estaba o no tras él. Una estancia de cuatro meses en un hospital de Würzburg,

hasta principios de 1930, es lo siguiente que sabemos de él. Después pasó medio año en Stuttgart, para volver finalmente a Munich. En esa época fue condenado de nuevo, esta vez por falsificación de documentos: Mend había pretendido obtener, mintiendo, una pensión como herido de guerra. Probablemente recordó entonces un rentable campo de actividades, ya que su antiguo camarada Hitler estaba en el centro del interés público, a punto de conquistar el poder político en el Reich alemán. Resulta fácil imaginarse lo que pudo pasar por la cabeza de aquel hombre sencillo pero atrevido, cuando comparaba su propio destino con el de su antiguo subordinado. ¿Cómo podía ser que Hitler, que no había rendido mejores servicios que él, pudiera repentinamente experimentar un ascenso tan meteórico? ¿Era una tremenda injusticia! Eso o algo parecido debió de pensar Mend, cuando a finales de 1930 supo abrirse camino hasta el entorno de Hitler. Más tarde recordaba que por aquel tiempo todo se había vuelto «salvaje»; «Todo el talento y energías del círculo más estrecho en torno a Hitler se volcaban únicamente en su propio provecho».¹³ Y Mend no quería quedar al margen, tanto más cuanto que sabía cosas que habrían podido poner un rápido fin a la carrera de Hitler.

Lo más sorprendente es que Mend consiguiera efectivamente pasar por encima del entorno de Hitler y llegar personalmente hasta el *Führer*. Esto lo sabemos por fuentes fiables. En un dossier de la Gestapo se lee: «Era miembro del NSDAP desde antes de la toma del poder. [...] En aquella época frecuentó a personalidades dirigentes del NSDAP, así como al propio *Führer*.»¹⁴ Pronto se le vio entre los fieles con los que Hitler solía reunirse en su local preferido, el café Heck. «Tuve la impresión —dice Mend— de que Hitler quería ganarme para sus cosas.»¹⁵ ¿Para qué cosas? La respuesta se halla en un escrito que la editorial Huber sacó al mercado en otoño de 1931 con el título *Adolf Hitler en el frente de 1914 a 1918*,¹⁶ en el que figuraba como autor Hans Mend. Según las propias palabras de éste, fue el «entorno próximo [de Hitler], el que me animó»¹⁷ a escribir ese libro, tarea, sin embargo, para cuya realización le faltaban los más elementales requisitos. Ni siquiera

estaba en condiciones de escribir una sola frase sin errores, tanto menos un libro entero. Cabe suponer que se trataba de algo totalmente diferente.

Probablemente, Hitler trató de comprar a Mend con ese encargo. A eso apunta también el contexto político en el que Mend acometió su proyecto de libro. Efectivamente, desde 1931 el periódico socialdemócrata *Münchener Post* había comenzado a investigar la época en que Hitler era soldado, descubriendo detalles poco favorables.¹⁸ Se necesitaba por tanto un material propagandístico concreto con el que apoyar y hacer creíble el mito del soldado en el frente descrito por Hitler en *Mein Kampf*. Pero al menos igual de importante era el aspecto personal. Mediante la publicación de sus memorias de guerra en una editorial formalmente independiente del partido (aunque desde los años veinte era conocida como difusora de escritos populistas),¹⁹ el incómodo camarada adquiría una fuente de ingresos. Por encima de todo se quería desactivar su potencial riesgo, artancándole un informe positivo sobre el tiempo que había pasado en el frente con Hitler.²⁰ Se mataban así varios pájaros de un tiro: beneficiosa propaganda para el *Führer* y estrategia simultánea de abrazo y prevención. Mend mordió el cebo y con él se tragó el anzuelo.

No sabemos quién fue el que llevó al papel de forma medio legible las anécdotas y episodios que Mend recordaba todavía en 1930-31 de su participación en la guerra. El caso es que *Adolf Hitler en el frente* apareció y no sólo alcanzó una amplia difusión mediante el aparato de propaganda del NSDAP, sino que en el campo de la izquierda se suponía al opúsculo en cuestión una «publicación oficiosa», y Egon Erwin Kisch incluso vio en él «el complemento militar» del propio libro de Hitler.²¹ Su tendencioso contenido se resume en pocas palabras; ya en el prefacio y la introducción está dicho todo lo fundamental. El escrito, según la editorial, se dirigía a los muchos escépticos que querían saber dónde «estaba el nuevo *Führer* [...] Adolf Hitler durante la guerra mundial y qué hazañas realizó en ella». Ahora «se ha conseguido descubrir a un mártir y camarada de guerra que combatió y sufrió codo a codo con Hitler». Las notas testimoniales de este «modesto soldado» proporcionarán «al pueblo alemán pequeños fragmentos de los para él desconoci-

dos años de alguien que luchó junto a Adolf Hitler para defender a la patria alemana». En palabras de Mend: «Con este libro quiero ofrecer al pueblo alemán aclaraciones auténticas y sin maquillaje sobre Adolf Hitler en el frente. Como camarada suyo tuve a menudo la oportunidad de escuchar sus opiniones sobre la guerra, de constatar su valentía y de apreciar sus brillantes cualidades. [...] Aquí demostraré que ya era en el frente como es hoy: audaz, intrépido, sobresaliente.» La quintaesencia de todo ello suena así: «Cualquiera que lo haya conocido en el campo de batalla deberá reconocer que era un modelo de soldado», que «en su puesto de combate como correo realizó hazañas sobrehumanas en puestos peligrosos y cargados de responsabilidad».

Pero no bastaba con eso: También en el campo de la política habría alcanzado Hitler gran renombre durante la guerra mundial. Su «sana concepción del mundo» le había llevado ya entonces a la fusión entre nacionalismo y socialismo, naturalmente para «liberar a la raza germánica de los parásitos judíos y enviar a esos corruptores de la raza y explotadores del pueblo a Palestina». Ya en 1916 había predicho «que oíríamos hablar mucho de él. Sólo teníamos que esperar a que llegara su momento». Ni siquiera bajo la impresión de la derrota militar en noviembre de 1918 había «perdido la fe en el pueblo alemán. Nos aseguré que deseaba poner su vida en juego y que consagraría toda su persona a vengar la traición al pueblo alemán y a los caídos». Conclusión: «Si cada alemán hubiera pensado y actuado tan alemanamente y hubiera cumplido su deber de soldado durante la guerra como él, Adolf Hitler, lo habría hecho, [...] nos habríamos ahorrado una paz tan humillante.»

Pero Mend y su «negro» desconocido no se atuvieron tan estrictamente al acuerdo con quienes les habían encargado el libro, ya que, por un lado, recargaron quizá demasiado sus colores hagiográficos incluso para los lectores crédulos, con lo que su héroe no aparecía siempre bajo la mejor luz, y por otro realizaron algo que ya entonces constituía casi un sacrilegio, expresándose bastante descaradamente acerca del mísero aspecto de Hitler, sus manías y actitudes, y en ciertos pasajes cómicos es donde su descripción parece más verídica. Mend justificó la publicación de esos detalles en que en definitiva le «unía [con Hitler] una camarade-

ría tal como sólo se establece en el frente». «Llegamos a ser como hermanos.»

El resultado, por poner algunos ejemplos, queda así expresado: «Tras las casas de Lavarie alcancé a Adolf Hitler y al correo Schmidt. Se asombraron de que no cabalgara sobre mi caballo tordo y me gastaron bromas. Con su humor característico, Hitler se inclinó ante mí como un maestro de ceremonias ante Su Majestad. Para poner fin a sus burlas, clavé a mi caballo las espuelas, de forma que se alzó coceando y habría alcanzado a Hitler con las patas delanteras si éste no hubiera saltado ágilmente como un galgo sobre las tumbas. [...] Hitler y Schmidt [...] prosiguieron su camino entre las tumbas. Al pasar, gritó Hitler, quitándose el casco: "Hasta luego, señor jinete!" Yo le grité: "Haz por avanzar, si no te arrojaré una paletada de mierda!"» O bien: «En el terreno en el que nos encontrábamos había una cantidad inmensa de ratas. Hitler se entretenía, cuando no le dejaban dormir por la noche, lanzándolas al aire con la culata del fusil. Estaba acostado junto a mí y en un repentino salto me pisó tan fuerte el pie que estuve a punto de gritar de dolor. En mi cólera le arrojé una bota de montar a la cabeza. Eso, sin embargo, no le molestó y siguió cazando ratas sin inmutarse. Tampoco reaccionaba frente a los diversos moteles militares. Al final le dejé que siguiera cazando ratas.» Hitler como gracioso y pelmazo, por un lado. Y por otro, la actitud bohemia que aun en la guerra seguía manteniendo. Al respecto cuenta Mend: «En los días tranquilos en los que había poco que hacer, pasaba el tiempo en sus ocupaciones favoritas. [...] Se entretenía principalmente con la literatura y la pintura. Caricaturizaba con gran habilidad a los judíos de Viena.» Y «podía hablar como un profesor universitario» sobre la historia del arte alemán, su «tema preferido». A esto se añade que Mend se refiere una y otra vez a la íntima amistad de Hitler con Ernst Schmidt; en la última escena de su libro los encuentra a ambos en enero de 1919 en la plaza del Ayuntamiento de Munich. «Hitler vestía un mono de trabajo y andaba en busca de un empleo.» Téngase en cuenta que Mend pinta en otros pasajes a Hitler como «misógino» declarado; eso era algo más que una indirecta.²²

Con todos esos detalles jugosos, Mend no andaba demasiado

lejos de poner al *Führer* en ridículo, y uno se pregunta si habría que achacarlo a un astuto cálculo, a un descaro impertinente o a mera torpeza. Al parecer, Hitler se mostró extremadamente enfadado con el libro, como sabemos por el propio Mend y por el íntimo de Hitler, Max Amann.²³ Eso hace tanto más notable que Hitler no intentara desmentir a Mend. Probablemente era demasiado arriesgado. Hitler sabía demasiado bien que su vida privada y su pasado, ahora que gozaba de influencia política, serían sometidos a examen. Y por eso lo que Mend sabía de él podía fácilmente convertirse en objeto de la curiosidad pública, es decir, en algo peligroso para él. Mientras la prensa que le era desfavorable tomara al libro únicamente por una loa glorificadora cuyo objetivo político era el de «presentar a Hitler como un héroe de guerra»,²⁴ podía vivir tranquilo. El *Völkischer Beobachter* [Observador Popular] recomendó, en cualquier caso infatigablemente, las memorias de Mend como «el más preciado regalo de Navidad para los seguidores de Hitler».²⁵

Así pues, Hitler tuvo que conformarse con tomar ciertas distancias con respecto al «jinete fantasma», lo que sin embargo le ocasionó nuevas molestias, ya que la osadía de Mend había cobrado nuevo impulso desde su debut como «escritor» y el repentino rechazo de Hitler, con el que poco antes todavía fanfarroneaba en el círculo de privilegiados, tuvo que irritarle mucho. Probablemente Mend había considerado su testimonio público como un trampolín para una nueva carrera y ahora se encontraba con esto.

Mend no era un táctico astuto, sino un sablista caído en desgracia. Trató de montar un escándalo, y el 8 de octubre de 1932 sucedió lo que tenía que suceder. El desengañado «autor» se presentó ante Hitler en su local preferido, el café Heck, y le hizo una escena: «Escucha, Adolf —le gritó según parece—, ¿por qué no me saludas? ¿Has olvidado quizá a tu benefactor? ¿A quién agradeces lo que eres ahora? ¿Ya hablaremos más adelante de eso! ¿Tú, medio-hombre, tuercebotas! Mañana te lo enviaré por escrito. ¡Te lo advierto, Adolf, no hagas que la boca se me dispare!»²⁶ Y efectivamente, Mend no se limitó a aquel gesto amenazante un tanto teatral, sino que pretendió montar un auténtico escándalo. Ya al siguiente día pudo Fritz Gerlich, el enemigo más enconado de Hitler en la pro-

fesión periodística,²⁷ publicar una carta abierta de Mend a Hitler en su revista, *Der Gerade Weg* [El camino recto]. Y con ella todo cobró las proporciones de una clásica maniobra de extorsión. Mend escribía abiertamente: «Si hubiera trasladado a mi libro todo lo que he omitido conscientemente, es seguro que Hitler no habría cristalizado como un gran héroe. Le aconsejo no elevarse demasiado hacia las altas esferas. Sería mucho más provechoso para él y para su partido reflexionar sobre lo que era antes.»²⁸ Había escrito esa carta, al menos así decía el propio Mend unos meses más tarde, «en el mismo tono que estaba acostumbrado a utilizar antes con Hitler»,²⁹ un tono en el que ambos posiblemente habían sabido hasta entonces hacerse entender. Pero al buscar publicidad había transgredido una regla elemental de los bajos fondos. Eso significaba guerra, una guerra que Mend no podía ganar. Por un lado, una denuncia sexual —a lo que apuntaba implícitamente la amenaza de Mend— no habría conseguido la caída de Hitler en aquel momento, ya que era bien fácil presentarla como «campaña de desprestigio por parte de los despreciables enemigos de la patria». Al tratar el asunto Röhm me ocuparé más detalladamente de esto. Por otro lado, Mend era demasiado insignificante, y sin apuro se le habrían echado en cara sus propias «faltas». Su credibilidad se podía poner pronto en duda. Y por último, desdiciéndose de sus propios recuerdos de guerra, que seguían vendiéndose en todas las librerías nazis, lo único que podía obtener Mend era dañarse a sí mismo. Había ido demasiado lejos, y en dirección equivocada. El gran eco que había hallado su carta abierta en la prensa opuesta a los nazis pudo facilitarle esa conclusión. Ciertamente es que el ataque a Hitler se recibió con complacencia en ciertos medios, pero nadie quería a Mend como aliado ni era tan siquiera bien recibido. Y Hitler, el chantajeado, le dejó agitarse, mostrando serenidad y simplemente aguardando.

Como consecuencia de esta situación, Mend se puso a la defensiva desde finales de noviembre de 1932. Su comunicado de prensa del 1 de diciembre de ese año no deja ninguna otra conclusión.³⁰ Ciertamente se deja notar algún resto de energía, cuando dice que su «texto original» para el libro sobre Hitler «fue significativamente resumido y alterado por el editor en beneficio del parti-

do» o cuando indica que Hitler no había cumplido en su puesto de correo «como le exigía su deber». Pero, en conjunto, su tono era ahora contenido y daba la impresión de que si buscó publicidad fue «únicamente debido a la amargura por el comportamiento inamistoso de Hitler», porque «su entorno ha decidido mantenerme apartado, aunque él me había reiterado por escrito su amistad». Ese rechazo abrupto, según dice, no se lo merecía, porque «protegí y defendí desinteresadamente a Adolf Hitler como mi antiguo camarada de guerra y a su partido en todo tipo de circunstancias, incluso con riesgo de la propia vida». Éste era el tono de su bastante confusa justificación, en la que ya no hablaba para nada de «omisión consciente» sobre el pasado de Hitler.

El futuro dictador podía ya respirar, pero eso no le impidió ejercer ahora una enorme presión sobre quien le había desafiado. «Desde entonces me sentía constantemente vigilado», decía Mend en su documento de 1939, y hacía referencia a cartas anónimas de amenaza y otros intentos de intimidación a los que se vio sometido de repente desde comienzos de 1933. Como Hitler ya estaba entonces en posesión del poder político, para él las cosas sólo podían ir a peor. Según el propio relato de Mend, sucedió lo siguiente: «El 9 de marzo de 1933 (el día del asalto al Ayuntamiento de Munich) estaba yo profundamente dormido, por la noche, cuando derribaron la puerta, y al despertar vi dos revólveres que me apuntaban. Grité desde la cama: “¿Qué queréis, bandidos?”, y la respuesta fue: “Una sola palabra más y te meto una bala en la cabeza.” Yo dije: “Ya podréis.” Vi entonces en la oscuridad a dos personas con el uniforme del partido. Luego entró un tercero, vestido de civil, y me dijo más tranquilo: “Jinete fantasma, te vienes con nosotros.” Me vestí, mientras las dos personas con el uniforme de las SA seguían apuntandome con sus revólveres. Uno de ellos era Kugler, que más tarde pertenecería a la dirección del Reichstag, y el otro Groll, jefe de la Oficina Central. Me llevaron abajo y me introdujeron en un automóvil. Yo pregunté: “¿A la *Braune Haus*?” y el que iba de civil me respondió: “No, a la Jefatura de Policía.” Una vez que hubimos llegado allí, me recibió el consejero del gobierno Beck, quien más tarde pertenecería a la Gestapo. Ordenó mi aislamiento y se despidió con las palabras: “Estate tranqui-

lo." Hitler se enteró por casualidad de mi detención. Y así es como me dejaron en libertad en Pentecostés, por orden directa del *Führer*, como me dijeron. Todo el tiempo me mantuvieron en el más estricto aislamiento.»³¹

Sabemos que en el caso Mend nada sucedió sin el mandato expreso de Hitler. Fue «detenido por orden del ayudante personal del *Führer*, el Obergruppenführer Brückner».³² Conviene advertir, como notable e interesante, que en la persecución del chantajista no se trata todavía de su aniquilación física, sino en principio de una renovación de contrato mediante intimidación y muestra de favor. Mend tuvo que darse cuenta de que sólo Hitler podía salvarle de la ruina y de que esa iniciativa del *Führer* exigía como contrapartida una estricta lealtad, por no decir sumisión. Mend comprendió al instante el mensaje, como demuestra la arrepentida carta con la que pocos días después de su puesta en libertad pedía su reingreso en el partido al administrador del NSDAP, Schwarz. Aun así, todavía hubo «calumnias y difamaciones» que deterioraron su relación con Hitler y condujeron «a la ruptura de nuestra mutua amistad y camaradería». Él «rechaza toda responsabilidad en este asunto» pero «está dispuesto en cuanto haga falta a hacer público un desmentido [de su carta abierta]». Pese a su detención durante tres meses permanecía, «siguiendo sus impulsos internos, totalmente al servicio de mi camarada de guerra Adolf Hitler y su obra, y sería el último en no apoyarle en su pesada responsabilidad hacia el pueblo alemán».³³ A esto añade Mend haber «quemado material muy comprometedor»,³⁴ seguramente por orden de las más altas instancias.

Aun así su readmisión en el partido era tan poco probable como una visita personal a Hitler o a sus ayudantes. Mend fue tan sólo indultado y puesto bajo vigilancia. «Es una situación inaudita, si cuando estamos a punto de triunfar simplemente me expulsan del partido —había escrito a Schwarz en tono convencido e indignado en julio de 1933. ¡No pido sino que se respete mi derecho!» Pero sobre eso no cabía discusión alguna después de su deslíz. Más adelante intentó repetidamente aproximarse de nuevo a Hitler, pidió a sus ayudantes «poder entregar a Hitler en persona» sus escritos, ya que estaba «seguro de que Adolf Hitler me concederá una entrevista, siendo como soy su camarada más cercano».

Quería una oportunidad para dejar claro de una vez que sólo había sido «la víctima de ciertos chivatos, que querían sacar dinero de mis vivencias junto a Adolf Hitler».³⁵ Pero la ilusión de verse oficialmente rehabilitado, y si era posible por el propio Hitler, se desvaneció finalmente en marzo de 1935, cuando el ayudante de Hitler Wiedemann le transmitió formalmente que su visita no era deseada.³⁶ Antes de eso hubo una orden interna de Amann «de no recibir al antiguo correo Mend», ya que el *Führer* «se ha negado a hablar con él». «Creo que ese Mend —añadió Amann— es un completo sinvergüenza.»³⁷

Cabría pensar que tras este áspero rechazo Mend estaba acabado, pero los años 1934 y 1935 fueron al parecer los más prósperos de su vida. Entre 1930 y 1933 había cambiado ocho veces de domicilio en Munich, pero ahora se trasladó a la calle Nymphenburger, por primera vez a una casa respetable, en la que vivió varios años.³⁸ Aparte de eso pasó cierto tiempo en las montañas, junto al lago Starnberg, donde tuvo que ver algo con la administración de los bienes de la familia Elsholz. Como recordaba más tarde el secretario del ayuntamiento del lugar, Mend «siempre iba bien vestido, no trabajaba en nada, y yo me preguntaba a menudo de qué vivía».³⁹ Nosotros sí lo sabemos; en primer lugar estaba su libro sobre Hitler, que pese a la reprimenda del *Führer* había sido publicado de nuevo en 1934 por la editorial nacionalsocialista Eher y que seguramente le proporcionaba una cuantiosa renta por derechos de autor. Ese mismo año apareció una edición resumida, que «por mandato del gobierno del Reich», escribía engreídamente Mend a su hermano, se iba a utilizar como libro de texto en «todas las escuelas alemanas de grado medio y superior».⁴⁰ Eso tenía que representar una notable fuente de ingresos. Los recuerdos de Mend sobre Hitler también se citaban por radio y, al parecer, se querían utilizar incluso para hacer una película.⁴¹ Aparte de eso, Mend hacía negocios como marchante de cuadros, o con mayor precisión, comerciaba con pinturas, dibujos y carboncillos de Hitler, que a mediados de los años treinta alcanzaban una elevada cotización. Entre sus clientes se contaban Baldur von Schirach, Otto Dietrich, Julius Schreck y otros destacados nazis. En noviembre de 1935 quiso de nuevo acercarse a Hitler con el pretexto de sus pinturas, pero éste le hizo

saber «que no le interesaba la compra de los cuadros». ⁴² Probablemente, Mend despertó viejas desconfianzas con su iniciativa, ya que Hitler no podía estar seguro de que un tipo tan poco fiable sólo estuviera vendiendo sus pinturas y dibujos del período de guerra. Simplemente, Mend sabía demasiado.

Y a esto se añadió algo más. Mend estaba en posesión de muchas fotografías originales de Hitler, con las que seguramente se presentaba a los eventuales clientes en su papel de marchante de cuadros, sobre todo como reclamo publicitario. Según los testimonios de algunos clientes, mostraban a Hitler en actitudes muy poco favorecedoras e incluso en una proximidad sospechosa a varios de sus camaradas. ⁴³ Pero para los negocios de Mend eran una especie de recomendación como camarada de confianza del *Führer* durante la guerra. Una testigo que vio las fotografías afirmaba en 1958: «Mend decía por aquel entonces que la Gestapo le seguía los pasos y que Hitler pretendía recuperar como fuera las fotografías.» ⁴⁴ Esa circunstancia pudo motivar que volviera a caer en la red de los esbirros de Hitler y al cabo de dos años de tranquilidad le amenazaban nuevas desgracias.

El propio Mend lo describía así: «En el verano de 1936 me tocó también a mí la china. Me llevaron ante el tribunal bajo falsas acusaciones preparadas de antemano. El juez decano de la Audiencia territorial Welz, condecorado con la *Blutordensträger* [Orden de la Sangre],* era el presidente del tribunal. Según la declaración del Kriminalrat Wiss, de la Gestapo (antiguo miembro del partido popular de Baviera y buen conocido mío), Welz había llegado a la Gestapo y había dicho refiriéndose a mí: “Hay que acabar con él.” El fiscal Seiler llevaba la acusación. Más tarde me dijo: “Después de esto, se me quitaron las ganas de comer.”» ⁴⁵

¿Qué había pasado? No lo sabemos con precisión, ya que no se han podido encontrar las actas policiales ni las del juicio de ese caso, lo que quizá sea un indicio de lo explosivo que era el asunto. Mend mantiene haber sido detenido por sorpresa con ocasión de una citación policial, de forma que la Gestapo pudo aprovechar su

* Otorgada a los participantes en el *putsch* del 9 de noviembre de 1933 (N. del t.).

ausencia para realizar exhaustivos registros domiciliarios en Munich y Berg, donde también confiscó documentos. Cuando Mend, condenado entretanto a una pena de prisión, tuvo noticias dos años más tarde por su abogado de ese registro, quiso obtener más detalles de la propietaria del piso y en particular si se habían llevado los carboncillos y «otros dibujos del *Führer*» que eran de su propiedad. Habló también de las «cartas [de Hitler] que en ninguna circunstancia deben caer en malas manos». «¿Confiscaron también esos documentos irremplazables?» ⁴⁶ En efecto, así había sido, y Mend no volvería a verlos nunca. Ni siquiera «mi reloj, que el *Führer* me había regalado». La policía de Munich comunicó a su abogado, que pretendió recuperar esos objetos, que las «fotografías, etcétera, habían sido requisadas por indicación de un alto funcionario de la policía de Berlín. No hay pues posibilidad de devolución». ⁴⁷ Hacia esa misma época, el libro de Mend fue también finalmente retirado de las librerías y destruido por orden del departamento de policía secreta de Berlín, con la aprobación de la cancillería del *Führer*. ⁴⁸

Podemos deducir de todo ello que en 1936 Mend cayó víctima de una iniciativa emprendida desde arriba y ordenada por el propio Hitler. Tenía que cumplimentarse conforme a las normas y con una acusación que no sólo lo llevara a la cárcel, sino que además lo aniquilara moralmente. Fue en concreto la de «agresión sexual a niños», que le acarreó el 27 de octubre de 1936 una condena de dos años y medio de cárcel y tres de inhabilitación. Mend negó durante el resto de su vida la acusación de corrupción de menores y se le puede conceder credibilidad, tanto más cuanto que sabemos por otra parte la falta de escrúpulos con la que el régimen nacionalsocialista instruyó los procesos por delitos sexuales para hacer entrar en razón, mediante la difamación, a los opositores incómodos. ⁴⁹ En definitiva, todo pretendía aparentar un procedimiento legal de castigo basado en el derecho penal, aunque en realidad lo que decidía el resultado del proceso no era la justicia, sino el dictado de Hitler. Lo mismo pasó en el caso Mend, en el que incluso el fiscal sólo pidió la condena de cárcel. ⁵⁰ Con él se pretendía dar un ejemplo de brutalidad muy especial. Pocas semanas después de su condena le condujeron ante el médico de la Audiencia Territorial, doctor Vogel, quien certificó sin más, el 16

de diciembre de 1936, que Mend era un «psicópata inclinado a cometer actos irreflexivos dejándose llevar por sus instintos». ⁵¹ Mend tuvo que pasar medio año en la prisión de Straubing, en la Baja Baviera, siendo conducido a continuación a la sección psiquiátrica del centro penitenciario de Stadelheim en Munich. Se quería demostrar «fehacientemente» que Mend, «debido a sus instintos criminales, constituía sin duda un gran peligro para la sociedad», por lo que podía ser detenido preventivamente por la policía en cualquier instante. El 14 de diciembre de 1937 se produjo efectivamente tal eventualidad. ⁵² Mend fue conducido primeramente al campo de concentración de Brual Rhede y después al campo de Esterwegen. Su tortura no terminó provisionalmente hasta el 24 de diciembre de 1938, esto es, dos años después de su detención inicial. Del resto de la condena se le concedió la remisión condicional el 24 de diciembre de 1942 y así pudo volver a Munich.

¿Qué habían hecho de ese hombre los nazis durante ese período de tiempo? Marcado como un delincuente sexual repugnante, había perdido su honor y su integridad moral, era un peligroso criminal al que se podía detener de nuevo por cualquier nimiedad. ¿Y a qué se debía esa concentrada política represiva, esos métodos marciales de intimidación?, ¿sólo para dar una lección a un insignificante chantajista? No parece creíble. Mend era, pese a la transparencia de su fanfarronería, un poder al que Hitler temía, el poder de su pasado no superado, que permanecía presente en el imprevisible Jinete Fantasma y por el que Hitler se sentía perseguido.

Su viejo camarada jugaba con fuego y como Hitler veía en él una fuente inagotable de peligro se decidió por el castigo preventivo. La confiscación de las cartas, fotos y dibujos de Hitler en posesión de Mend tenía como finalidad liberar al dictador del miedo a que su viejo camarada lo volviera a poner en evidencia. Y mediante la estigmatización de Mend como «delincuente sexual» se le había privado de todo tipo de credibilidad.

Posiblemente, Mend no había evaluado adecuadamente todo eso cuando volvió a Berg en 1939 reemprendiendo de nuevo su trabajo como administrador de fincas. Al menos no se arrepintió con-

secuentemente, y en otoño de 1939 tuvo que ser «advertido por la policía a causa de sus expresiones ofensivas para el Estado». ⁵³ En diciembre de 1939 reveló incluso su secreto a un opositor al régimen, como hemos dicho al comienzo del capítulo. ¿Qué pudo impulsar a Mend a dar ese paso suicida? Su odio hacia Hitler, naturalmente. También la habilidad dialéctica de Schmid-Noerr, que quizá le convenció de una pronta caída de Hitler. ¿O fue más que nada el arrojo del desesperado, de quien ya no tiene nada que perder y por eso emprende una huida hacia adelante? Fuera uno u otro el motivo decisivo, la declaración de Mend gana credibilidad a partir del contexto descrito. Arriesgaba mucho más de lo que podía ganar y ponía incluso su propia vida en peligro. «Dejo que sea el destino quien decida», dijo a su patrona poco antes de su puesta en libertad. «Ya he estado a menudo frente a la muerte, y me he endurecido.» ⁵⁴

Desde que la justicia nacionalsocialista lo atormentara, parece como si Mend se hubiera decidido a hablar más claramente que antes sobre las inclinaciones homosexuales de Hitler. «Del mismo modo que me habló a mí, lo hizo a muchos otros» confesaba más tarde el teólogo e historiador del arte en Starnberg, doctor Herbert Paulus, y añadía: «Todo aquello reforzó mi oposición al régimen nacionalsocialista, ya que él nunca exageraba.» ⁵⁵ Pero en 1940 había más seguidores del nacionalsocialismo que opositores, en particular gente encargada de no perder de vista a los «psicópatas». Entre ellos estaba sin duda el alcalde de Berg y jefe de la agrupación local del NSDAP, Karl Laux, que sabía muy bien que sus camaradas de partido sólo buscaban un «motivo convincente» para «enviar [a Mend] a una especie de custodia de seguridad» ⁵⁶ a la menor ocasión. Por eso no es de extrañar que Laux denunciara a Mend en septiembre de 1940, basándose en que éste «había ofendido gravemente al *Führer*». La testigo, una tal Eva König, ya había notificado el asunto «a través de un viejo conocido miembro del partido en Munich». ⁵⁷ De nuevo se aprovechó la ocasión: Mend fue detenido, acusado a continuación de varios delitos sexuales (esta vez contra mujeres) y condenado a dos años de prisión por el tribunal especial de Munich. ⁵⁸ El 14 de febrero de 1942, el centro penitenciario de Zwickau comunicó escuetamente a la fiscalía de Munich que Mend había muerto. ⁵⁹ Quizá él había sentido ya

su destino dos años antes, cuando desde el centro de detención provisional escribió a su casera: «Veo próximo mi fin, incluso cabría decir que he permanecido demasiado tiempo vivo.»⁶⁰

Las actas de este último proceso penal fueron enviadas inmediatamente por el jefe de la oficina del fiscal «al ministerio de Justicia del Reich»,⁶¹ lo que revela el continuo interés de Hitler por el asunto Mend. Un interés justificado, ya que durante el nuevo proceso se planteó la cuestión de «por qué el *Führer* no se había casado». No quedó claro si Mend había realizado insinuaciones al respecto por propia iniciativa, como afirmaba la denunciante, o si, como aseguraba Mend, era ella quien le había sonsacado; pero es mucho más relevante la respuesta que dio Mend.⁶² Éste sabía con certeza que nadie conocía al *Führer* mejor que él; le había visto con frecuencia nadar desnudo y no había podido constatar ninguna deformación de sus órganos sexuales. Pero el *Führer* nunca había sentido inclinación por las mujeres, sino que su propensión natural era semejante a la de Röhm. ¿De dónde había sacado esa conclusión? Durante la guerra, Hitler ocupaba en el cuartel una litera sobre la suya. Para el tribunal no cabía duda de que Mend acusaba al *Führer* con sus explicaciones de «amor homosexual», «no temía, aun siendo un antiguo camarada de guerra del *Führer*, desacreditarlo de la forma más vergonzosa».⁶³ Hasta 1958 no dio a conocer Eva König que Mend había añadido algo más: «Cuando se bañaban juntos [decía Mend acerca de la conducta de Hitler en la guerra], solían saltar unos sobre otros desnudos: Hitler hacía entonces todo lo imaginable con ellos y por la noche se apartaba por allí con alguno.»⁶⁴ Por aquella misma época le contó Mend al secretario del ayuntamiento, Schneider, que «en el cuartel [...] le habían untado él [Mend] y otros la "cola" con betún para las botas, mientras dormía».⁶⁵ Ésa era una forma especialmente ruda de estigmatizar a los camaradas homosexuales, pero nada rara en las extremas circunstancias de la vida en el frente.

El conocimiento de otras «anécdotas» parecidas de la primera guerra mundial sitúa los incidentes tan vivamente pintados por Mend en su contexto histórico.⁶⁶ Naturalmente, la vida en común de los camaradas de guerra encierra siempre aspectos libidinosos; incluso para los soldados heterosexuales, la proximidad física de los

cuerpos hacía muy permeable la frontera de la homosexualidad. En cualquier caso, no cabe pasar por alto la «forma conscientemente erótica» de la camaradería entre soldados, que según Magnus Hirschfeld «no era infrecuente»⁶⁷ en la primera guerra mundial. Las circunstancias de la vida en el frente eran excepcionalmente apropiadas para encubrir las relaciones homosexuales. Incluso cuando se producían denuncias el castigo solía ser leve, y a menudo había incluso asociaciones masculinas que compartían o al menos aceptaban esos comportamientos. ¿Por qué entonces no iba a seguir el cabo Hitler sus inclinaciones homosexuales, cuando podía estar seguro de que sus camaradas no se iban a ir de la lengua?

A este respecto surge la cuestión de qué es lo que realmente sabemos sobre la participación de Hitler en la primera guerra mundial.⁶⁸ Entró al ejército voluntario y de muy buen grado, pero no mostró verdadero interés por hacer una carrera militar. Desempeñó su puesto de correo y ordenanza del puesto de mando del regimiento a satisfacción de sus superiores, pero rechazó las ofertas de ascenso. Al parecer, consideraba a su regimiento como su hogar, su familia, de la que no se quería separar de ningún modo. Sin tener que participar en las acciones bélicas de primera línea, permaneció en el ejército hasta 1918 sin grandes heridas. Durante ese período sabemos que dibujaba, sobre todo el cuartel y a sus camaradas, y componía versos. En cambio escribía pocas cartas, ya que fuera de su vida de soldado no había apenas nada que le interesara especialmente. Es fácil comprender, desde un punto de vista psicológico, que el servicio en el ejército, según todas las apariencias, le satisficiera totalmente: al igual que en el albergue masculino tenía de nuevo la sensación de ser aceptado, más aún, de pertenecer a aquel ambiente. Pero su casi increíble bienestar en aquella situación de guerra tenía quizá otros motivos, uno de los cuales pudo ser la amistad con Ernst Schmidt, que merece un análisis más detallado.

Ernst Schmidt

Durante cinco años, desde el verano de 1914 hasta el de 1919, Adolf Hitler y Ernst Schmidt fueron compañeros inseparables.

Hitler no estuvo nunca tan unido ni durante tanto tiempo con ningún otro amigo. Nadie, en particular, vivió más de cerca la metamorfosis de Hitler, de un pretendido artista frustrado sin preferencias políticas o partidarias a un político profesional de la extrema derecha, que su camarada de guerra Schmidt, que no murió hasta 1985. Sabríamos actualmente mucho más si algún historiador se hubiera ocupado de él, algún editor le hubiera propuesto escribir unas memorias o algún archivero se hubiera preocupado por su testamento, lo que desgraciadamente no es el caso. En Garching, donde fue durante muchos años alcalde, hoy en día ni siquiera se pueden encontrar sus datos personales. Al menos sabemos lo siguiente:⁶⁹

Nació el 16 de diciembre de 1889 en Wurzbach (Turingia), en una numerosa familia de molineros. Tras acudir a la escuela pública desde 1896 hasta 1904 aprendió el oficio de pintor, pasando el examen de formación profesional en 1907. El aprendizaje lo hizo, según su propio relato «hasta 1912 en distintos lugares de Alemania, en 1913 en Suiza y Francia, y desde la primavera de 1914 hasta el estallido de la guerra en Bozen».⁷⁰ Pese a su edad, hasta 1914 no había realizado ningún tipo de servicio militar, lo que puede explicarse a medias por sus estancias en el extranjero.

No sabemos cuándo y dónde se conocieron Schmidt y Hitler. Quizá el aprendiz de pintor fuera en 1914 vecino de habitación de Hitler en el número 34 de la calle Schleissheimer de Munich,⁷¹ pero no se puede afirmar con certeza. Lo único seguro es que Schmidt entró el 6 de agosto de 1914 —el mismo día que Hitler— en el ejército bávaro y que el 7 de septiembre fue destinado al regimiento List. Desde el primer día de cuartel estaba con Hitler y desde octubre de 1914 sirvieron ambos en el frente occidental. Allí debieron de cumplir tan satisfactoriamente una misión conjunta que a partir de noviembre quedaron asignados permanentemente al mando del regimiento como ordenanzas. Eso les aseguró mayores libertades en la estructura militar, en comparación con otros eventuales puestos. Estaban, como decía Schmidt, «siempre juntos»⁷² y en particular compartían el alojamiento en el cuartel. Siempre se les veía en pareja, tanto en las misiones de correo en el campo de batalla, donde llevaban juntos las órdenes del regimiento a tal o cual brigada o batallón, como fuera del servicio en la retaguardia.

Todos los correos se llevaban bien entre sí, como explicó a un periodista Ernst Schmidt en 1933, «pero tres de nosotros estábamos particularmente unidos, Hitler, Bachmann y yo, que me sentía especialmente vinculado a Hitler».⁷³ El grupo de mensajeros de Fromelles y Fournes (donde Hitler estuvo la mayor parte del tiempo durante la guerra) debió de ser una comunidad especialmente conspirativa. Balthasar Brandmayer habla, y no en forma peyorativa, de la «banda de mensajeros» en la que su amigo Adi era una gran estrella.⁷⁴ Lo que le unía a sus camaradas Jacob Weiss, Franz Wimmer, Max Mund, Josef Inkofer e incluso a Brandmayer no lo olvidó Hitler durante toda su vida, y lo mismo se puede decir de sus principales mandos, el jefe de ordenanzas Karl Lippert y sobre todo el escribiente del regimiento Max Amann. Gracias a esa estructura pudo Hitler apañárselas sin mayores problemas con el servicio militar, que hasta 1914 había rechazado decididamente. Ciertamente es que su diligente presentación como voluntario en el ejército bávaro a comienzos de agosto de 1914 sirvió en primer lugar para evitar su traslado forzoso a Austria, pero cuanto más claro iba quedando para él que la peculiar situación de la guerra le permitía de hecho librarse de las fastidiosas presiones de la sociedad burguesa, más tenía que apreciar el ingreso en la vida de soldado como una mejora en la calidad de vida. Allí se desarrolló lo que más tarde llamaría «el magnífico sentido de una sociedad masculina»:⁷⁵ su sociedad de supervivencia.

Cuán apegado se sentía Hitler a esas especiales condiciones ambientales se pudo comprobar cuando él, Bachmann y Schmidt fueron heridos el 5 de octubre de 1916 en un bombardeo sobre el alojamiento de los correos. Hitler y Bachmann fueron enviados al hospital de campaña de Beelitz, mientras que a Schmidt lo trasladaron al de Brandenburg. Tras su convalecencia se volvieron a encontrar en Munich, junto a otros dos correos, Max Mund y Franz Wimmer. En la Navidad de 1916 hubo fiesta en el cuartel, y lo que más les preocupaba es si podrían volver de nuevo todos a su regimiento en el frente. Hitler hizo cuanto pudo por evitar un cambio de destino. Cuando lo hirieron en octubre había pedido casi suplicando al oficial adjunto Fritz Wiedemann que le permitiera seguir en el regimiento. Desde Munich volvió a insistir en enero

de 1917 en su ruego de que «le enviaran al 16.º Regimiento de Infantería de Reserva», ya que «su deseo más ferviente» era volver a servir junto a sus «antiguos camaradas». ⁷⁶ También importunó al sargento Amann de forma parecida. Hitler no podía expresar de forma más clara lo importante que era para él aquella comunidad soldadesca. Por lo demás, también lo manifestaba abiertamente en su correspondencia con el «querido compañero» Brandmayer, en quien «pensaba tan a menudo» y a quien en el transcurso de tan sólo una semana escribió tres cartas: «Esperando un pronto reencuentro, tu camarada y compañero.» ⁷⁷ Por fin consiguió su propósito, en marzo de 1917 pudo volver de nuevo a su regimiento, su «familia elegida».

Posiblemente esté aquí también la clave de una cuestión hasta ahora sin respuesta: por qué se mantuvo durante toda la guerra como un simple cabo. Si no sus dotes, al menos su obediencia le habría merecido un ascenso. De hecho le hicieron alguna oferta, ⁷⁸ pero Hitler la rechazó; mejor sería decir que no la deseaba. Como suboficial habría tenido más pronto o más tarde que renunciar a lo que hasta entonces le había permitido aguantar la incomodidad de la guerra: Ernst Schmidt, su otro «fiel compañero», la vida relativamente protegida en la retaguardia y, sobre todo, la aceptación de sus inclinaciones homosexuales, que como suboficial le habría costado proseguir. Hitler habría caído sin duda en una crisis existencial, de ahí el auténtico «espanto» con el que reaccionó frente a los esfuerzos de su sargento por conseguirle un ascenso.

Ya en 1933 opinaba Egon Erwin Kisch, quien también sirvió como correo en la primera guerra mundial, que en la carrera militar de Adolf Hitler había algo que no cuadraba: «Fue cabo durante cuatro años. Pero cualquier soldado sabe que el grado de cabo (que inspira bien poco respeto) es tan sólo provisional, únicamente una fase previa para el de suboficial. Cientos de miles pueden ser soldados de infantería sin ser nombrados nunca cabos, pero un cabo que en cuatro años de «servicio en el frente» no es ascendido a suboficial constituye una especie más que sospechosa. O bien rehuye el mando de un pelotón o no es capaz de encabezarlo. [...] Más grotesca aún parece la no promoción del cabo eternamente

no ascendido, si verdaderamente se le hubiera otorgado la Cruz de Hierro de primera clase, cosa de la que en cualquier caso no se ha hallado ningún comprobante, aparte de una anotación garabateada en su cartilla militar, ni la propuesta de la concesión, ni el certificado ni la notificación. Hitler [...] no dice ni una palabra de los méritos de guerra que le hicieron acreedor de esa condecoración.» ⁷⁹

Así es efectivamente, y hasta hoy no sabemos con precisión por qué se otorgó a Hitler en 1918 la Cruz de Hierro de primera clase. La versión más creíble es la expuesta en 1961, según la cual el oficial judío de estado mayor Sigmund Gutmann despertó las esperanzas de Hitler prometiéndole esa condecoración por una arriesgada misión de correo, pero más tarde —tras la satisfactoria ejecución del encargo— surgieron dificultades para cumplir la promesa. Durante más de dos meses tuvo que insistir Gutmann al comandante de la división, o al menos eso es lo que contó entonces. ⁸⁰ Tras una notificación del año 1933 todavía tuvo que esperar Hitler casi tres años a la concesión de la medalla. ⁸¹ El motivo para ese retraso no habría quizá que buscarlo en que los superiores de Gutmann consideraran infundada su propuesta, sino más bien en que la concesión de una condecoración tan elevada a un cabo sin ascenderlo al mismo tiempo a suboficial era absolutamente impensable. ⁸² Y Hitler no quería de ningún modo que lo ascendieran. Sobre eso hubo entonces un intercambio de cartas muy revelador; Hitler tenía razones para hacer desaparecer o manipular más tarde esos documentos militares. ⁸³ El asunto, en cualquier caso, no llegó nunca a aclararse del todo, e incluso la propaganda nacionalsocialista se halló en dificultades en los años de 1930 a 1933 para explicarlo, o para presentar al público las circunstancias históricas de forma creíble. ⁸⁴

Volvamos de nuevo a Hitler y Schmidt. Desde el 30 de septiembre hasta el 17 de octubre de 1917 disfrutaron ambos de un permiso. Interrumpieron el viaje de vuelta a casa en Bruselas, Colonia, Leipzig y Dresde para visitar lo más sobresaliente de esas ciudades. Hitler prosiguió luego el viaje hacia Berlín, donde pasó el

tiempo recorriendo museos, mientras que Schmidt volvió a su pueblo, Wurzbach.⁸⁵ De ese momento data la única carta de Hitler a Schmidt cuyo contenido es públicamente conocido. La carta acababa con un «te saluda tu A. Hitler».⁸⁶ Un testimonio notablemente pálido de una amistad tan larga e íntima.

Hitler le habló repetidamente a Schmidt durante la guerra de su tema preferido, el arte y la arquitectura, le regaló muchos dibujos y acuarelas y probablemente lo retrató, como a otros camaradas. Schmidt se mostraba receptivo a esas cosas; era precisamente la «naturaleza artística» de Hitler lo que le impresionaba. Cuando Hitler le habló de nuevo de su futuro profesional, Schmidt debió de recomendarle que se dedicara a sus capacidades artísticas y las desarrollase sistemáticamente cuando acabara la guerra.⁸⁷ También otro camarada, Ignaz Westenkirchner, recordaba más tarde que Hitler tenía entonces la intención de convertirse en artista. Dijo, al parecer: «Para poder vivir hasta el momento del examen, venderé mis cuadros. Quizá vaya también a ver a esos bocazas, los políticos.»⁸⁸ Schmidt le confirmó al historiador Werner Maser que Hitler no sabía, hasta el final de la guerra, si prefería ser artista o político.⁸⁹ En este último caso, para saberlo todo, debe uno preguntarse ¿de qué tendencia? Schmidt, en definitiva, se las apañaba como obrero libre no sindicado, por lo que la reforma social y el marxismo no tenían por qué repelerle. La política no había desempeñado ningún papel decisivo en la relación entre ambos amigos; en todo caso, mucho menos que la estética.

Al terminar la guerra, el 7 de noviembre de 1918 Schmidt se dirigió hacia Munich, donde se reunió dos semanas más tarde con Hitler, quien después de una estancia en un hospital militar en Pasewalk (Pomerania) había llegado a Baviera cargado de «amaras preocupaciones».⁹⁰ La pérdida de la patria y del empleo «cimentaron», como decía Schmidt, su «vieja amistad», y quisieron atravesar juntos aquellos caóticos tiempos.⁹¹ Dos pobres diablos, que procuraban por turnos protegerse el uno al otro. Después de un corto período en el campo de prisioneros de Traunstein, desde finales de enero de 1919 se las arreglaron más mal que bien con trabajos ocasionales en una compañía de desmovilizados de Munich. Pero aun así, lo que ganaban les daba para ir juntos alguna vez a

la ópera: «Comprábamos las entradas más baratas, pero no importaba. Hitler se sumergía totalmente en la música, hasta la última nota; permanecía entonces ciego y sordo frente a cualquier otra cosa de su alrededor.»⁹² La música de ópera no había perdido para Hitler su fuerza de encantamiento como medio de evasión y ebriedad ni siquiera en los tiempos extremados de la revolución y la contrarrevolución. Buscó también la compañía de pintores reconocidos de Munich como Max Zaeper, a quien mostró varias ocasiones sus obras para que las examinara. Ni siquiera en el año revolucionario de 1919 dejó a un lado su sueño artístico; todas las opciones estaban aún abiertas, seguía siendo una persona política y profesionalmente indecisa.⁹³

En lo básico, empero, Hitler se aferró de nuevo en 1919 a la instancia que con 40 marcos de soldada al menos le aliviaba la desnuda angustia existencial: el ejército. De él recibió pronto además una ganancia adicional. El 7 de marzo de 1919, concretamente, conoció al capitán Röhm, y tal como el propio Hitler explicaba más tarde, «en una taberna donde nos habíamos roto la cabeza sobre cómo se podía poner un dique al movimiento revolucionario».⁹⁴ Lo que se oculta con toda probabilidad tras esa formulación es el compromiso alcanzado entonces por Hitler para trabajar como delator para el oficial Ernst Röhm, en aquel tiempo Jefe de Estado mayor del *Freikorps* [Cuerpo de Voluntarios] de Epp, quien había comenzado poco tiempo antes a reclutar, por medio de octavillas, a combatientes bávaros.⁹⁵ En favor de tal actividad como informante habla también otra fuente, que afirma que Hitler perteneció desde un principio al servicio de información de aquel grupo contrarrevolucionario y que allí recibió su instrucción del propio Röhm.⁹⁶ Y precisamente durante la primavera de 1919 se le atribuyó una notoria proximidad a los consejos de soldados de Munich.⁹⁷ Pero sólo dos meses después se incorporó a la comisión de investigación y licenciamientos del 2.º Regimiento de Infantería, constituida inmediatamente después del triunfo de la contrarrevolución, desde la que se dedicó a examinar la orientación política de los camaradas que había que licenciar. Sin la recomendación y el amparo de Röhm, eso no habría sido posible.

Poco tiempo después, Hitler trabajó para el servicio de infor-

mación de la IV Comandancia de la *Reichswehr* bajo el mando del capitán Karl Mayr, pero ahora como espía. Mayr había detectado rápidamente sus singulares dotes en ese terreno, asignándole la denuncia sistemática de camaradas y oficiales políticamente dudosos.⁹⁸ Tampoco aquí mostró ni una sombra de escrúpulos; dinero y reconocimiento eran para Hitler claramente más importantes. Si Mayr percibía correctamente los sentimientos de su agente, éste se sentía sumamente aliviado al comprobar que se le había ofrecido una nueva «patria»,⁹⁹ y debió de reaccionar con la mayor dedicación y obsequiosidad. En las investigaciones sobre Hitler no se ha planteado la cuestión de qué es lo que podía ofrecer al ambicioso oficial de estado mayor para que éste le protegiera de aquel modo. Nada en la biografía de Mayr indica que se pudiese tratar de algo así como altruismo. En 1928 describía fríamente a Hitler como «un individuo retribuido con subvenciones mensuales, del que se pueden esperar continuas informaciones».¹⁰⁰ Tenemos que vérnoslas con un jefe del servicio secreto sin escrúpulos y ansioso de éxitos, que tras el hundimiento del Reich imperial pretende contribuir a cualquier precio al triunfo de la contrarrevolución.¹⁰¹ Así pues, sólo caben dos posibilidades: o bien tenía motivos privados para incluir a Hitler en su equipo o consideraba que tenía un talento natural para el espionaje y el chivatazo. Lo mismo se puede decir de su relación con el capitán Röhm, que ya entonces fantaseaba con los aspectos homoeróticos del nacionalismo soldadesco,¹⁰² que respaldó de forma poco corriente a Hitler.

Mientras que Hitler trataba de reengancharse en el ejército, el aprendiz de pintor Schmidt buscaba trabajo en Munich. El 12 de abril de 1919 fue licenciado y el 28 de abril alquiló una habitación en la calle Implert, en la que sólo vivió, sin embargo, durante un mes. En junio cambió de domicilio al número 43 de la calle Schleissheimer, justo en la casa en la que había vivido en los años 1913-14 el amigo de Hitler, Rudolf Häusler.¹⁰³ Schmidt y Hitler se veían a diario, comían juntos y pasaban las tardes en mutua compañía. El cuartel le servía a Hitler únicamente como trampolín en el que podía encontrar de vez en cuando amparo, pero donde ya no tenía un círculo de amigos.¹⁰⁴

En el otoño de 1919 Hitler lo apostó todo por un futuro

profesional en la política, pero no le dio a conocer a su mejor amigo ese cambio de orientación.¹⁰⁵ Quizá también porque estaban en juego otras relaciones masculinas alternativas. La fuga de Hitler hacia una vida estética había fracasado y ahora comenzaba la huida hacia la vida política, lo que en definitiva significó la separación de Schmidt.

El 1 de marzo de 1920, esto es, poco después de que Hitler se hubiera asegurado una influencia decisiva en la dirección del Partido Alemán de los Trabajadores, ingresó en él Schmidt. Estaba dispuesto a seguir a Hitler también en esa actividad. Continuaban viéndose en privado, pero más raramente en el nuevo alojamiento de Hitler en la calle Thiersch que en el local del partido, la legendaria cervecería Sternecker. Schmidt acudió a la celebración del 31 cumpleaños de Hitler, el 20 de abril de 1920, pero en el verano de 1922 se trasladó al alejado pueblo de Garching, a cien kilómetros de Munich. La relación entre ambos había llegado a su fin, aunque no el afecto amistoso. El contacto personal con Hitler no se interrumpió jamás. Schmidt le visitaba regularmente, como lo hizo en mayo de 1924 en la fortaleza de Landsberg. Políticamente continuó siendo un seguidor fiel de su amigo; abandonó el sindicato socialdemócrata y en su lugar fundó en la primavera de 1924 un grupo local del Bloque Popular, que luego se integró en el NSDAP. Hitler le agradeció personalmente su incorporación al partido el 1 de mayo de 1925, enviándole un ejemplar lujosamente encuadernado de *Mein Kampf* dedicado a su «querido y fiel camarada de guerra como recuerdo».¹⁰⁶ En ese libro Hitler había mencionado expresamente a su amigo, si bien le dio el nombre de «Schmiedt Ernst».

Schmidt se convirtió en jefe del grupo local del NSDAP en Garching y también se incorporó a las SA [Sturmabteilung: Secciones de Asalto], en las que alcanzó el grado de jefe de asalto. En 1932, cuando la «leyenda heroica» sobre el período como soldado en el frente de Hitler se convirtió en objeto de intenso debate público y de diversos procesos judiciales, Schmidt apoyó a su acosado amigo con declaraciones juradas.¹⁰⁷ En esa época viajó repetidas veces a Munich. En una foto de Eva Braun de 1932 le vemos al lado de Hitler en la Hostería Bavaria, el restaurante preferido de

su *Führer*, que estaba a punto de tomar el poder. Cuando llegó a canciller del Reich, Hitler pudo remunerarle generosamente su fidelidad y discreción, ayudándole a conseguir un relativo bienestar y gran consideración social.

En 1928, cuando andaba cerca de cumplir los cuarenta años, Schmidt consiguió aprobar su examen de maestría, pero tan sólo tres años después estaba ya en condiciones de establecerse de forma independiente en Garching. Al principio apenas podía mantener por sí solo el taller de pintura, pero a partir de 1933 su situación económica evolucionó favorablemente y con rapidez. En 1934 ya tenía siete empleados y pudo construirse una casa propia; también poseía un automóvil, que en los años treinta constituía el símbolo del triunfo empresarial. Schmidt tenía que agradecer todo eso a la protección de su ahora todopoderoso amigo.¹⁰⁸ En 1933 se convirtió en teniente de alcalde de Garching, lo que le aseguraba ventajas adicionales y no sólo en el plano material. El 9 de noviembre de 1933 estuvo junto a Hitler en la *Braune Haus* [Casa Parda], de Munich a continuación de la conmemoración del fracasado *putsch* de 1923, y en 1934, cuando se le concedió la medalla de oro del partido, tuvo una sesión de fotos con Hitler en el lago Chiem. En los años posteriores se le vio en frecuentes visitas a la cancillería del Reich. Que el dictador se preocupara tanto por su antiguo camarada de guerra no sólo indica un sentimiento cordial, sino también un frío cálculo. Hitler quería someter incondicionalmente a su viejo amigo y estar completamente seguro de su discreción. Por eso lo incorporó a sus propias escenificaciones públicas. En 1937, por ejemplo, cuando el *Illustrierte Beobachter* publicó un largo artículo sobre «Adolf Hitler y su camarada en el frente», Ernst Schmidt, citaba la declaración de este último: «Si el *Führer* me llamara de nuevo para alguna tarea especial, dejaría mi profesión y todas mis ocupaciones para seguirle.»¹⁰⁹

Pero llamarlo, sólo lo hizo una vez, en junio de 1940, poco antes del armisticio con Francia. Hitler visitó junto a Schmidt y Max Amann los lugares donde habían estado juntos durante la primera guerra mundial.¹¹⁰ Schmidt debió de entender la costosa propaganda nazi en torno a ese espectáculo como su mayor distinción pública, y eso es también lo que pretendía Hitler. El nombramien-

to de alcalde de Garching al año siguiente y el de jefe de círculo del NSDAP en 1942, por el contrario, apenas merecen comentario.

El 28 de mayo de 1945, el alcalde Schmidt fue detenido por los norteamericanos y una semana más tarde fue trasladado al campo de trabajo e internamiento de Dachau. Hasta tres años más tarde no fue puesto en libertad. Aun después de la caída del Tercer Reich seguía siendo absolutamente fiel a Hitler. Durante el interrogatorio por los militares americanos en 1945 precisó que conocía a su «Genio» desde 1914, y añadió que el Adolf Hitler privado había sido un gran hombre.¹¹¹ Más adelante, como indicaron buenos conocidos de Schmidt, se cuidó de «contar sobre Hitler nada que hubiera podido dañar su imagen».¹¹²

Si se consideran los más de treinta años que duró la amistad entre Hitler y Schmidt, y especialmente los comprendidos entre 1914 y 1919, todo habla en favor de la interpretación de Hans Mend, que veía en esa amistad masculina una relación amorosa. Tanto más cuanto que en las vidas de los soldados Schmidt y Hitler no se descubre ni la menor indicación de una relación con mujeres. Éstas tampoco jugaron ningún papel en la vida de Schmidt después de la guerra; hasta 1935 —cuando tenía casi 47 años se casó con Elisabeth Obermüller, veinte años más joven que él—, permaneció soltero. El matrimonio, del que no hubo descendencia, fue probablemente un apaño destinado a mejorar la imagen de Schmidt en Garching. Eso se deduce al menos de una declaración con la que trató de defenderse en 1948 en el marco de su proceso en el tribunal de desnazificación. Habló allí de un «charlatán al que no había que tomar en serio», de nombre Philipp Oberbuchner, «que me ha escrito cartas anónimas llenas de rencor». Pero se abstuvo «de presentar ninguna denuncia»,¹¹³ él sabría por qué.

En cuanto a su aspecto y carácter, Schmidt debía de parecerse bastante al amor juvenil de Hitler, August Kubizek. En un pliego de dictamen del NSDAP del año 1934 se alude a un rasgo característico suyo que apunta en ese sentido: «Muchas veces se siente menos capaz de lo que realmente podría hacer.»¹¹⁴ Esa falta de confianza en sí mismo hizo a Schmidt, como antes a Kubizek, presa

fácil para la estrategia absorbente de Hitler. Pero Schmidt también era sensible al arte y la literatura, como demuestra la bien equipada biblioteca que el periodista inglés Heinz pudo ver en su domicilio, con gran sorpresa, en 1933. En ella había obras de Goethe, Schiller, Shakespeare y muchos otros clásicos,¹¹⁵ lo que para un pintor de brocha de posibilidades limitadas era entonces una colección de autores poco habitual. Schmidt era capaz también de expresarse con notable soltura, como se comprueba en las pocas entrevistas y declaraciones escritas que de él se conservan. Si los signos no engañan, tanto Schmidt como Hitler eran pues dos ambiciosos autodidactas, que se sentían atraídos mutuamente no sólo en razón de su índole homosexual. Obviamente Hitler era el *spiritus rector*, pero en Schmidt había encontrado un compañero dispuesto a aprender, de forma que la vieja ilusión de la unión en el arte y de una vida en común con un alma gemela debió de despertarse en él de nuevo. Eso y no otra cosa es lo que Hitler había esperado de Kubizek y Häusler, o al menos eso es lo que les había prometido. Schmidt era su tercer intento de materializar ese sueño, sólo que esta vez el fracaso para Hitler se vio acompañado por un prometedor inicio. Schmidt y Hitler siguieron siendo amigos leales; si bien el amor duró unos pocos años, la amistad permaneció hasta la muerte de Hitler. Schmidt nunca le traicionó «saliendo del armario».

Fue Hans Mend quien no permitió al «Schmidl» de Hitler llevarse consigo a la tumba, oculto para siempre, el secreto de su gran amor. Y sólo una peculiar mezcla de torpeza y astucia, envidia y decepción, iniciativa e indignación, llevó a Mend a realizar la declaración que venimos comentando. Los demás camaradas de guerra no estaban dispuestos a hacer lo mismo, quizá porque a la mayoría de ellos el ascenso de Hitler a *Führer* y canciller del Reich les había favorecido. Casi todos los que le conocieron de cerca en el frente se vieron beneficiados de una u otra forma a partir de 1933. Se les premió para que nunca crearan dificultades al poderoso dictador con lo que sabían de él. Investigar más a fondo el círculo de aquellos que se vieron obligados al silencio por el trato de favor del *Führer* constituiría sin duda una tarea provechosa.¹¹⁶ Mend, por el contrario, no se sentía obligado a callar. En el docu-

mento de sus memorias se halla la ya citada frase sobre la vida de Hitler que no podemos pasar por alto: Hitler tuvo con Ernst Schmidt una relación sexual. En el contexto de la historia del origen de ese documento, esa frase cobra una importancia tal que prácticamente la convierte en prueba.

Para terminar sólo quedaría por añadir que en los años setenta debían hacerse públicos documentos sobre Hitler procedentes del antiguo archivo del servicio de seguridad de Himmler [*Sicherheitsdienstes* (SD)], que contenían más detalles sobre su vida sexual durante su estancia en el ejército. Un escritor británico afirma haberse entrevistado con un antiguo colaborador del SD. Según ese documento, en 1916-17 Hitler sirvió de modelo en Francia para un desnudo pintado por un oficial homosexual de nombre Lammers —en la vida civil pintor en Berlín— y a continuación se fue a la cama con él. Al cabo, según confesaba el oficial en 1936, la cosa no le gustó menos que a él mismo, y los dibujos al parecer todavía existen.¹¹⁷ Dado que ni las actas del interrogatorio ni los esbozos del desnudo han ido a parar a un archivo digno de confianza, esa información no se ha podido confirmar y sigue siendo un rumor. Pero no habría que precipitarse, ya que cuadra con el resto de informaciones disponibles, al igual que la declaración de Hermann Rauschning al servicio secreto norteamericano, según la cual se abrió un proceso contra el cabo Hitler y un oficial por relaciones homosexuales.¹¹⁸ Es igualmente imaginable, aunque quienes piensan que lo que no está permitido no puede suceder lo consideren una especulación poco fiable.

Del servicio militar a la política

Resumamos cuanto sabemos hasta el momento: la «vivencia de agosto» de 1914 fue para Hitler un despertar menos político que personal. De repente parecía como si ya no tuviera un pasado insatisfactorio, sino un futuro esperanzador, en concreto la posibilidad de escapar de las obligaciones de la moral burguesa, de los con-

vencionalismos y del mercado de trabajo. Por eso experimentó «la lucha de 1914», como él mismo decía, con tanta «ansiedad» y como «liberación de los sentimientos irritados de la juventud». ¹¹⁹ La elección de las palabras lo deja bien claro: no era «la lucha del pueblo» lo que le arrastraba, sino la tan largamente anhelada catarsis personal, la perspectiva de un cambio de destino en su vida y, naturalmente, la perspectiva de sustento económico y posición social.

La derrota de Alemania lo devolvió a su «patria elegida», reduciéndolo de nuevo a sus propias fuerzas. ¿Qué hacer? La inestabilidad y radicalización de la vida pública le ofrecieron una nueva vía de escape, la política. Hasta entonces no había desarrollado nunca algo así como unas convicciones políticas; lo que traía de Viena no era mucho más que un batiburrillo de resentimientos. La imagen que de sí mismo tenía lo vinculaba más bien a la «gente corriente», y hasta comienzos de 1919 era quizá algo así como un «socialista por sentimiento». Pero no se trataba en ningún caso de convicciones firmes; por el contrario, su inclinación socialrevolucionaria resultó bien pronto no ser más que una actitud y no una conclusión alcanzada mediante el razonamiento. En consecuencia, buscó ante todo su propia ventaja *entre* ambos frentes. Cuando decidió convertirse en político profesional de la derecha populista alemana no tenía ni idea de qué hablaba. La política, tal como él la entendía, no era sino un magnífico instrumento para mejorar en la vida, y para alcanzar ese objetivo era capaz de recurrir a cualquier medio, ya fuera a las diatribas antisemitas cargadas de odio como a la terminología contrarrevolucionaria extraída del arsenal del nacionalismo radical.

Cuando en 1920 por fin encontró eco en las masas, desatando incluso con sus extravagancias oleadas de entusiasmo, instintivamente lo aprovechó de inmediato. La ambición es el último refugio del fracasado, como dijo en cierta ocasión tan acertadamente Oscar Wilde. La habilidad retórica de Hitler resultó ser el talento que le proporcionó el primer éxito verdadero en su vida. Ahora se sentía comprometido «de hoz y co» ¹²⁰ en algo. Comprobó que su capacidad oratoria le permitía escapar cada vez más del anonimato de la masa y convertirse en la esperanza de su auditorio. Además tuvo la suerte de ponerse a las órdenes de gente «adecua-

da» como Röhm o Mayr, hombres que no sólo sacaron partido de él, sino que pese a sus excentricidades de algún modo se sentían a gusto en su compañía y potenciaron su politización. En reciprocidad, él mostró un alto grado de disponibilidad y puso en funcionamiento su dotes teatrales y su capacidad para mentir, a fin de responder a las esperanzas puestas en él e incluso superarlas. Su talento en esas tareas estaba ya —por necesidad— muy ejercitado. Como reacción frente a las humillaciones y la estigmatización tuvo que aprender a fondo lo que en un comienzo quizá era insostenible de aprender, pero ahora podía sacar partido de esa conducta y esos rasgos de su carácter. Y a eso se añadió algo más que lo motivó fuertemente. Se introdujo en la política porque en ella, en aquel confuso mundo de la República de Weimar, de repente estaba a su alcance algo que siempre había anhelado: la atención de la sociedad, el reconocimiento como «verdadero hombre» y a partir de ahí quizá algo así como una reparación o rehabilitación.

Todo eso lo creyó erróneamente al alcance de la mano, sin tener que romper radicalmente con su modo de vida y sus costumbres ni renunciar a su orientación homosexual. El mejor ejemplo de esto es el «cortejo» al capitán Ernst Röhm. Hitler se dio cuenta de que debía vincularse a éste y no a Mayr, es decir, a alguien que mediante el talento organizativo y la capacidad militar le pudiera ayudar a conseguir un poder real, esto es, a un contundente mercenario. A un soldado y no a un militante de partido. ¿Fue una casualidad que Hitler escogiera al homosexual Röhm? ¿Y fue una casualidad que éste se rindiera a Hitler? No es creíble. La «biografía sexual» con la que Hitler se incorporó a la política condicionaba en cierto modo los cauces para su carrera en ciernes.

Esto vale también para determinada característica a la que Hitler debía en gran medida su rápido ascenso en la política, la de saber mentir convincentemente. Hitler era probablemente el mayor farsante que nunca haya pisado la escena de la política. No se debe entender esto en sentido literal como un insulto, pues Hitler mintió sobre su vida y se construyó igualmente con mentiras otra, una segunda vida, para dominar la propia duda sobre sí mismo. Ese talento lo compartía con otras dos características: una pronunciada desconfianza y una capacidad especial para el disimulo.

A comienzo del siglo XX, éstos eran rasgos que los homosexuales *debían* cultivar si querían protegerse de la persecución y del estigma social. Por supuesto, no se trata de características intrínsecas de la homosexualidad. Pero lo que hoy se consideraría con razón la descalificación discriminatoria de una minoría tenía entonces categoría de hecho criminológico: la especial habilidad para mentir de los homosexuales.¹²¹ La intolerancia y escasa liberalidad de la sociedad de entonces no les dejaba otra opción que la de esforzarse por alcanzar maestría en el campo de la hipocresía. En Adolf Hitler no era diferente, sólo que en 1919-20 tuvo que notar que podía utilizar provechosamente en la vida política ese rasgo originalmente desarrollado por necesidad.

Las condiciones personales que acompañaban a Hitler eran por tanto ideales para su nuevo campo de actividades. En la agitación política había hallado un medio en el que podía liberar desinhibidamente sus estancados afectos y sus prejuicios, y en su público, una caja de resonancia como la que ambicionaría cualquier político. «Su capacidad de contagiar la excitación de los sentimientos» era lo que según juzgaba un testigo de la época le confería ese éxito, el «tono de convicción por el sentimiento».¹²² Su increíble éxito tenía también, sin embargo, otro fundamento: la incansable identificación con el destino político de Alemania, que Hitler sabía encarnar como ningún otro al sentir como propia la vergüenza que vivía el deshonorado e impotente Reich alemán en 1918-19. La derrota le estremeció hasta lo más hondo, viendo reproducido en un plano más elevado, el político, el dilema fundamental de su destino personal. Esa identificación le puso en situación de conceder a su «inconmovible amor» por Alemania una expresión tan creíble como su desprecio hacia los «traidores a la patria». Con esa singular combinación de indignación y empatía conmovió a los muchos alemanes que no habían podido superar la derrota de su país en la guerra. Hitler les prometía restaurar el honor de la nación y castigar duramente a los causantes de su «ignominia». Eso encontraba eco y daba cada vez más seguridad al fanático luchador por el sentimiento «Alemania sobre todo».

Ahora podía estar cada vez más seguro de que mostraría su valía a cuantos no le habían tomado en serio. Triunfó, porque se volcó absolutamente en la política, en esa última vía de escape de su dilema personal. Estaba dispuesto a todo. El «golpe del destino» a Alemania en 1918-19 le venía al pelo; la lucha por su renacimiento iba a ser igualmente una lucha por su futuro personal. Tomó a la nación en cierto modo como rehén, para sustraerse definitivamente a su propia estigmatización. El antisemitismo era para él al principio tan sólo un instrumento para alcanzar un objetivo. Cuando el que fuera su protegido Alfred Schuler le preguntó en 1922 por esa instrumentalización, Hitler le respondió: «Dame otra consigna con la que pueda conquistar a las masas.»¹²³ En la política nacionalista de extrema derecha estaba su salvación y por eso hizo cuanto fue necesario para situarse en su vértice. Un desclasado como él no volvería a encontrar una oportunidad como aquella, y la aprovechó.

Que Hitler, a partir de 1921, supiera poner en práctica genuinos medios políticos de agitación y propaganda para ganar influencia y que incluso alcanzara pronto gran maestría en su utilización no está en contradicción con los descubrimientos esbozados, ya que eso le dio alas a su ardiente ambición de ser, si no en el arte, al menos en la política, uno de los grandes, y a ser posible el más grande. Y muy pronto comprendió que para ello necesitaba fundamentos ideológicos, estructuras organizativas, determinados rituales e instrumentos de poder, tanto formales como informales.

CAPÍTULO III

Escalas privadas de una carrera pública

Cuando Adolf Hitler se incorporó en septiembre de 1919 al Partido Alemán de los Trabajadores, su formación política era como una página en blanco. Apenas tres años después ya se había convertido en el portador de las esperanzas del movimiento populista alemán y ejercía una influencia considerable sobre la política del Estado libre de Baviera. En noviembre de 1923 aprontó incluso un golpe de Estado contra el gobierno del Reich, no tan carente de perspectiva como podría parecer a primera vista. Ese ascenso rampante no se debía únicamente a causas estructurales; sin el aliento y patrocinio de determinadas personas que situaron a Hitler en el momento adecuado y en el lugar adecuado, simplemente no habría sido posible. ¿Quiénes eran esos patrocinadores y qué pretendían?

Ernst Röhm

El capitán Röhm influyó activamente en la vida de Adolf Hitler desde marzo de 1919 y estuvo presente cuando éste dio su primera charla pública como «político» en octubre de ese mismo año en una asamblea del Partido Alemán de los Trabajadores en una cervecería de Munich.¹ Ernst Röhm quedó tan satisfecho de aquella actuación que no sólo alentó al joven agitador en sus ambiciones políticas, sino que él mismo ingresó en el partido. Protegió a Hitler con todo su empeño y, desde la primavera de 1920, pudo éste tomar parte en las reuniones secretas de un círculo de conspiradores de

extrema derecha denominado Puño de Hierro, que se celebraban en aquel tiempo en Munich.² El círculo de conocidos de Hitler se amplió así rápida y cuantiosamente. También mantenían contacto con Röhm importantes representantes del ejército y del Cuerpo de Voluntarios paramilitares.³ No había nadie en Munich que gozara de tan buenas relaciones en ese terreno, ni cuya protección tuviera tanto peso. Para Hitler era pues una auténtica bendición que precisamente aquel hombre se preocupara tanto por su futuro. Reconoció su oportunidad y la aprovechó. El ambiente de casino del círculo de conspiradores en torno a Röhm le venía muy bien a la capacidad de Hitler para la autoalabanza y en seguida causó buena impresión en aquella gente influyente; pero su mayor ventaja era la simpatía que Röhm sentía por él.

Ernst Röhm había hecho carrera durante la primera guerra mundial como oficial de estado mayor y, tras el hundimiento del Reich, entró como adjunto del jefe del Cuerpo de Voluntarios, Caballero von Epp.⁴ Con las tropas de éste participó en abril-mayo de 1919 en el aplastamiento de la República de los Consejos de Munich y era enemigo declarado de la joven República de Weimar. Cuando a von Epp le fue encomendado el mando de la infantería estacionada en Munich, también Röhm alcanzó un puesto clave desde el punto de vista político-militar. La relación entre ambos entró sin embargo en crisis en 1921, cuando Röhm fue destinado bajo el mando del jefe supremo de la *Reichswehr* [Fuerzas Armadas] en Baviera, Otto von Lossow. «Al general von Epp —decía más tarde Röhm— le resultó difícil aceptar mi colaboración con la nueva Autoridad. Creyó que quería liberarme poco a poco de su influencia, y sus relaciones conmigo se enfriaron.»⁵

Hay muchas indicaciones de una relación homoerótica entre Röhm y Epp,⁶ y a Hitler se le escapó más tarde en cierta ocasión que la homosexualidad de Röhm era ya conocida en 1920.⁷ ¿Fue una casualidad que también él, el anónimo cabo Adolf Hitler, despertara en 1919 el interés del general Epp, veinte años mayor y recalcitrante solterón, y que le cayera tan bien que inmediatamente lo envió al cuartel como «oficial instructor»?⁸ A finales de 1920, su relación estaba tan consolidada que el entonces oficial al mando de la *Reichswehr* puso a disposición del entonces *Führer*

del partido los medios de su fondo secreto para usos partidarios, lo que más tarde describió, por otra parte, como «un asunto estrictamente personal».⁹ El eje Röhm-Epp proporcionó así a Hitler una inmensa ventaja, no sólo personal, sino política. Ambos militares disponían de poderes que revalorizaron considerablemente al «político» Hitler, quien hasta entonces sólo había podido desarrollar su carisma como orador y actor.¹⁰

Hitler habría sido estúpido si no hubiera aprovechado las posibilidades que Röhm le ofrecía entonces de buena gana. Además conoció a través de él a soldados y potenciales miembros del partido, que no se podían reclutar en mejor lugar que en los batallones del Cuerpo de Voluntarios. En palabras del propio Hitler, eran «jóvenes sinceramente dispuestos a la acción, acostumbrados a la disciplina y que habían aprendido en su servicio militar que nada es imposible y que todo es cuestión de voluntad».¹¹ Hitler consiguió efectivamente ganarse a ese medio nacionalista-militar, presentándose como portador de esperanza y simpatía. Röhm contribuyó probablemente a ello, como confirma la observación que hizo más tarde el infame jefe del Cuerpo de Voluntarios, Gerhard Rossbach, dando plenamente en el blanco: «Röhm le calzó las botas altas a ese tipo inteligente, afable pero trastornado [...] y lo puso en marcha.»¹² Sin la capacidad de adoptar una actitud combativa y militar —en perfecta correspondencia con la de Röhm— Hitler no habría logrado convencer con su sola «habilidad persuasiva» a los que él mismo denominaba «fieles camaradas» para entrar en el partido.¹³ Y tampoco los dirigentes de la «Coalición alemana de lucha» de 1923, una alianza de las llamadas «asociaciones de lucha patriótica», habrían aceptado nunca el mando de un antiguo cabo de 34 años si Hitler no hubiera gozado del apoyo y respaldo de Röhm.

El carácter militar de Röhm, enraizado en una mezcla habitual de oficial de estado mayor y soldado aguerrido, influyó profundamente en Hitler. Había encontrado a alguien, casi de su misma edad, que seguía su camino sin vacilaciones y que más tarde llegó a declarar públicamente que observaba el mundo exclusivamente desde «el punto de vista de un soldado: conscientemente unilateral». Y que defendía además sus objetivos políticos sin com-

promisos, concretamente el de «lograr luchando para el soldado alemán del frente la parte que le corresponde en la conducción del Estado, haciendo que se respete también en la política el espíritu ideal y real del soldado». ¡Y punto! Semejante profesión de fe incluía naturalmente un desprecio ostensible hacia todo lo femenino y pacifista: «Los charlatanes a callar; sólo deciden los hombres. Los desertores políticos y las mujeres histéricas de ambos sexos deben abandonar el barco, cuando de lo que se trata es de combatir.»¹⁴

En la elaboración y difusión de los fundamentos ideológicos de esa mentalidad jugó un papel especialmente importante Hans Blüher, el muy influyente teórico del movimiento *Wandervogel* [Pájaros errantes], quien ya en 1912 lo había caracterizado en un texto muy controvertido como «fenómeno erótico»,¹⁵ valorando el papel cultural del amor entre amigos, tal como se practicaba sobre todo en las asociaciones juveniles. Sólo así se despertaba la «heroicidad masculina» de aquéllos que sobre la base de su carisma personal, consolidado eróticamente, podían convertirse en fuertes caudillos y arrastrar tras de sí seguidores combatientes. El artículo programático aparecido en 1925, «Amor entre amigos u homosexualidad»,¹⁶ del doctor Karl-Günther Heimsoth, amigo íntimo de Röhm y camarada suyo en el Cuerpo de Voluntarios, delataba cuán presentes estaban entonces en los círculos populistas las ideas de Blüher, y lo fácilmente que se cargaba de contenido racista la estilización combativa del «Eros entre hombres», orientándolo contra la «inferioridad del feminismo y el semitismo». «El reverso funesto de la heroicidad masculina es el afeminamiento», producto del «feminismo homosexual», que reducía vergonzosamente aquel movimiento, la «homosexualidad», a la «cuestión de la satisfacción de las pulsiones sexuales individuales». Con esa ideologización de las inclinaciones homosexuales bajo el pretexto del «Eros alemán» se trazaba no sólo una clara «línea de separación» con el «Papa de la homosexualidad», Magnus Hirschfeld, odiado desde hacía mucho tiempo en los círculos populistas, sino que, por decirlo así, se insertaba el homoerotismo en un objetivo político: como contribución a la fundación de un Estado populista masculinamente estructurado.

Más adelante Blüher relacionó explícitamente su teoría con el movimiento hitleriano: «Hitler, que había leído *El papel del erotismo*, reconocía también que tenía que existir algo así [el heroísmo masculino homoerótico].»¹⁷ Y en otro lugar: «Naturalmente, Hitler conocía muy bien mis libros y sabía que su movimiento era un movimiento de hombres y que estaba basado en las mismas fuerzas primarias que el de los *Wandervogel*.»¹⁸ Esto está quizá demasiado resumido, pero Ernst Röhm y su socialización del Cuerpo de Voluntarios muestran que esa conexión efectivamente existía y que tenía importancia para la orientación militante del movimiento nacionalsocialista. Y que un hombre como Heimsoth estuviera en estrecho contacto con muchos personajes posteriormente importantes¹⁹ del partido nazi no puede considerarse una casualidad. En resumen: el erotismo y la sexualidad entre hombres, cargados de ideología, eran pilares de la cultura asociativa masculina fascista antes de 1933.

Ése era pues el mundo en el que vivía Röhm, cuyos ideales defendía y trataba de materializar en la sociedad alemana posrevolucionaria, mediante una lucha sin escrúpulos e incluso brutal contra los valores y representantes de una cultura política democrática. Esas fantasías masculinas militantes de Röhm contrastaban con una notable sensibilidad artística. Como muestran sus memorias, aparecidas en 1928, se expresaba con mucha seguridad y probablemente era también un buen orador; además de eso, amaba la música. Un testigo relataba más tarde cómo vivía Röhm en el año 1924 en su castillo en Wolmirstedt (Turingia). En aquel «lugar tranquilo» Röhm «tocaba casi todas las noches. Teníamos un magnífico piano de cola en la sala de conciertos del castillo y, como era un gran wagneriano, interpretaba sobre todo fragmentos de *Sigfried* y luego de *Los Maestros Cantores*; en cualquier caso, Wagner era su terreno. Era un asiduo visitante del Festival de Bayreuth.»²⁰ O para citar al propio Röhm: «Atendiendo a mi especial inclinación y veneración, pude acudir repetidamente invitado a *Wahnfried* en Bayreuth, dando así ocasión a que las cautivadoras creaciones del más alemán de los compositores derramaran sobre mí su completa bendición y belleza.»²¹ Röhm, que en otros aspectos se mostraba tan rudo, podía emplear en sus relaciones priva-

das palabras de lo más tiernas, como muestran las cartas a su «querido» protegido, el estudiante de arte Martin Schätzl.²²

La forma en que Röhm vivía sus inclinaciones homosexuales aparece claramente expuesta en un artículo publicado en 1932 con el título «Nationalsocialismo e Inversión», que si no fue escrito por él mismo, al menos vio la luz gracias a él.²³ Se trata de un homenaje al homoerotismo enraizado en el ideario de Blüher, y su anónimo autor incluyó en él la afirmación —nunca desmentida— de que «no [es] tan sólo un punto de vista personal, sino la opinión hasta del *Führer*». Al comienzo se plantea claramente que el «contenido esencial de una relación amorosa homosexual [no es] el *coitus per anum, per os o inter femora*». A continuación se destaca el significado de la esfera privada, que no concierne a nadie más: «Amamos al Eros creador; por el Eros copulador no emprendemos ninguna batalla, sin menospreciarlo por eso. Dado que consideramos elemental la pulsión sexual, creemos que parte de su fuerza se puede sublimar. Por eso hace tiempo que no somos represores; todo lo contrario. Pero lo que sucede en las noches de acampada no nos interesa tanto que tengamos que tañer las campanas por ello.» La cuestión estaba, según decía el artículo, en cumplir cada uno con su deber como soldado y como camarada; a quien así lo hiciera debería estarle permitido todo en privado, al menos mientras escapara a la mirada del público. Éste era en cierto modo el aspecto moral de la cuestión, pero ¿cómo lo consideraba personalmente?

«Me siento orgulloso de ser homosexual —reconoció Röhm a su amigo Heimsoth en 1929— aunque no lo “descubrí” hasta 1924. Puedo recordar toda una serie de sentimientos y actos homosexuales hasta mi infancia, pero también he tenido relaciones con muchas mujeres, aunque no con especial placer. He sufrido tres veces purgaciones, lo que consideré en su momento como un castigo de la Naturaleza por mantener relaciones *contra natura*. Hoy todas las mujeres son para mí un horror, en especial las que me persiguen con su amor; muchas, desgraciadamente. Sin embargo, siento un gran amor por mi madre y mi hermana.»²⁴

Antes de la guerra, Röhm estuvo al parecer prometido, pero pronto fracasó el proyectado enlace.²⁵ Cayó en el mundo pura-

mente masculino de las trincheras y el Cuerpo de Voluntarios, en el que no tenía que ocultar sus preferencias homoeróticas. No sabemos con quién «descubrió claramente en 1924» su homosexualidad; es posible que incluso la fecha sea falsa. Hay indicios de que a comienzos de los años veinte mantuvo una larga relación sexual con su «querido» Edmund Heines.²⁶ Según otras fuentes no se hizo plenamente consciente de su peculiaridad hasta los meses de detención en Stadelheim en 1923-24.²⁷ De un modo u otro, Röhm se aceptó a sí mismo tal como era y reconoció finalmente en 1929 que «no se sentía en absoluto infeliz [por su homosexualidad], y que interiormente hasta se sentía orgulloso de ella».²⁸ En general, no parece que se mostrara especialmente apocado en esas cosas. Más adelante no sólo se supo que a mediados de los años veinte se había visto envuelto en redes de prostitución masculina, sino que se manifestó abiertamente por la derogación del Artículo 175.²⁹

Además cabe señalar el ímpetu antiburgués de Röhm. Nada le gustaba tanto como bromear con los fantasmas que aterrorizan a la burguesía: «Dado que soy una persona inmadura y mala, me atraen más la guerra y los disturbios que el soso orden burgués.» Y continuamente polemizaba contra la doble moral burguesa: «No hay nada tan mendaz como la llamada moral de la sociedad, ni concepto alguno que se utilice peor. Hago constar por adelantado que no me cuento entre la gente honrada y formal y que no siento ninguna ambición de formar parte de ella. No ocuparé jamás un lugar entre los “moralistas”, ya que he constatado que con su “moral” nunca se llega muy lejos [...]. En el campo de batalla nunca he juzgado a un soldado por su adecuación a las exigencias de la sociedad burguesa, sino averiguando si era o no un buen camarada.»³⁰

En la época en que Hitler lo conoció, Röhm, que contaba alrededor de 32 años, ofrecía un aspecto bastante atractivo: las fotos de aquellos años muestran, no al corpulento Röhm con cuello de toro que conocemos de las numerosas tomas de los años treinta, sino a un esbelto oficial de muy buen porte. Y las profundas cicatrices de su rostro debían de suponer para sus camaradas y amantes más una honrosa muestra de valentía que un defecto físico; piénsese en las espeluznantes heridas que servían como distinguido

recordatorio de los duelos en las academias militares. Hans Frank, antiguo camarada de Röhm en el Cuerpo de Voluntarios, lo describe así: «Hasta entonces yo había pensado que la homosexualidad era un rasgo característico de tipos afeminados, blandengues, de débiles parásitos aprovechados. Pero Röhm era precisamente el prototipo del soldado valiente y emprendedor e impresionaba exteriormente con toda su figura, con su rostro marcado por las cicatrices de guerra y su actitud despierta y decidida, como "todo un hombre". Sus ojos azules brillaban siempre alegres y claros. Había sido además en todo momento un auténtico camarada sacrificado y un oficial con las mejores calificaciones, que se comportaba en sociedad con modales impecables.»³¹ Kurt Lüdecke, colaborador de Hitler desde los primeros tiempos en Munich, recuerda igualmente la apariencia de Röhm como «la viva imagen de la propia guerra». Asimismo poseía una «extraordinaria y totalmente instintiva cortesía». «Me gustaba su aguda y abierta mirada y su firme apretón de manos.»³² Así es como veían a Röhm, la figura central de la escena paramilitar, sus «camaradas de lucha»; como un hombre ciertamente valiente, pero también «cultivado», que poseía una gran fuerza carismática. Esto muestra —sin que cambie para nada lo aborrecible de su credo político ni de su energía criminal— que las razones de su éxito no residían únicamente en su disposición sin escrúpulos a la violencia.

Muchas fuentes insinúan que Ernst Röhm y Adolf Hitler mantuvieron una relación sexual. Así aparece por ejemplo en el diario de un general anónimo de la *Reichswehr*, que se publicó fragmentariamente en 1934 en el extranjero,³³ y no cabe excluir tajantemente tal eventualidad. En cualquier caso, Hitler y Röhm debieron de pasar juntos algunos ratos en privado, sin lo que resultaría inexplicable su abierta camaradería y su trato mutuo manifiestamente desenvuelto. ¿Pero llegaron al amor físico? No lo creo probable. En las *memorias* del fiel amigo de Hitler, Ernst Hanfstaengl, encontramos la indicación de que hacia el año 1923 «la relación de amistad entre Hitler y Röhm se hizo más profunda, lo que llevó desde el tuteo fraternal hasta rumores sobre supuestas relaciones más íntimas entre ambos». Pero también Hanfstaengl considera esos rumores «muy exagerados».³⁴

Hitler reconocía el talento planificador y organizador de Röhm, y encontró en él a alguien capaz de mantener bajo control a un gran número de soldados, en virtud de su autoridad. Cuando combatía afloraba en él una «masculinidad» que Hitler contemplaba maravillado. Observaba a Röhm y aprendió de él rápidamente cómo se podían conciliar una actitud arrogantemente masculina y una inclinación homoerótica. Hitler pudo pronto demostrar una «masculinidad» tan convincente que soldados muy recalcitrantes se dejaban engañar por ella.

Recíprocamente, Röhm reconocía el talento político de Hitler, en quien vio al líder carismático y profeta, al caudillo seductor que sabía deslumbrar a las masas con sus apasionados discursos y conducirlos hacia algo que no habrían creído posible: el entusiasmo extrático.³⁵ Ambos hombres supieron así que se complementaban mutuamente. Se comprendían como camaradas y compañeros de lucha, cada uno en su propio terreno. A esto había que añadir el vínculo unificador de la música, y el que uno y otro fueran homosexuales no debía de contrariar a ninguno de los dos y pudo contribuir a que la relación entre ambos se hiciera más estrecha.

«Con Hitler —escribe Röhm en sus *Memorias*— me unía una sincera amistad.» Incluso cuando ésta se rompió en 1925 se sintió obligado «a hablar abiertamente al amigo como un fiel camarada».

Pero ¿cuál fue la causa del conflicto? Uno y otro habían sacado diferentes conclusiones del fracasado *putsch* de noviembre de 1923. Cuando Röhm fue puesto en libertad en abril de 1924, Hitler le nombró comandante de las SA [Sturmabteilungen: Secciones de Asalto]. Desde ese puesto, Röhm fundó el *Frontbann*, una nueva versión de la antigua *Kampfbund* [Coalición de lucha], anterior al *putsch*. Hitler se apercibió pronto de que, bajo las condiciones de consolidación de la República de Weimar, una variante de la estrategia del Cuerpo de Voluntarios conducía a un callejón sin salida desde el punto de vista político. Por eso sacó de nuevo a las SA del *Frontbann*, y Röhm, que exigía categóricamente para el movimiento nacionalsocialista «la primacía de lo militar por delante de lo político», sintió que le estaba pisando el terreno. Sus interpretaciones

sobre las tácticas políticas precisas eran totalmente opuestas, y por eso se separaron sus caminos en la primavera de 1925. Pero fue una separación sin intrigas y sin trascendencia pública. En los años posteriores, Röhm no atacó a su antiguo protegido; por el contrario, en 1928 volvió a subrayar expresamente su «vinculación con el heraldo y portador de la lucha política, Adolf Hitler».³⁶ Röhm siguió siendo leal y su relación personal con Hitler no se vio afectada.³⁷

Dietrich Eckart

Aparte de su amistad con Röhm, al irrumpir en la política muni-quesa Hitler se apoyó principalmente en el célebre bohemio Dietrich Eckart. Éste era algo así como una roca primitiva bávara, que dominaba tan bien el papel de figurón en la alta sociedad como el de intelectual. En Hitler encontró un admirador, pero también un discípulo, al que pretendió formar, aleccionar y finalmente enviar a la contienda de la opinión pública para defender en ella sus propios objetivos, más ideológicos que políticos.

Para valorar lo que atrajo a Hitler, que ya había cumplido los treinta, hacia Eckart, un escritor metido a político veintiún años mayor que él, deberíamos atender en primer lugar a un artículo que, según testimonios creíbles, desencadenó un ataque de ira en Hitler con penosas consecuencias para el autor, que fue por ello a la cárcel.³⁸ En 1943, con ocasión del 75 aniversario del nacimiento de Eckart, el *Frankfurter Zeitung* se atrevió a publicar una semblanza biográfica de éste, muerto veinte años antes, que contradecía abiertamente la leyenda nazi acerca del antiguo mentor de Hitler.³⁹ En ese artículo se describe a un hombre «que, desplazado por las aventuras de la época, había tratado repetidamente de hallar una nueva oportunidad, con el fin de alcanzar público reconocimiento [...] para su nombre». Un hombre que como autor dramático había cosechado «grandes fracasos» y cuyas condiciones materiales de vida fueron durante años «muy miserables»: «Tenía un refugio en algún patio trasero en Berlín y muchas noches dormía sobre un banco del Tiergarten.» No se podía llamar a eso una

carrera de película, e incluso su historia anterior parecía oscura. Después de interrumpir sus estudios de medicina y de diversos conflictos con sus camaradas de correrías estudiantiles y una fracasada cura de desintoxicación a causa de su adicción a la morfina, en 1893 había buscado fortuna en el periodismo, hasta que la muerte de su padre en 1895 lo sacó finalmente de sus penurias financieras.

«Con la fortuna que le cayó del cielo se lanzó al mundo: en Leipzig, donde poseía una gran mansión, reunió a su alrededor artistas, actores de teatro, músicos y pintores. Tras una corta estancia en Berlín, [...] se estableció en Regensburg. Era un hombre libre, sin ataduras, y aunque el hígado le jugaba malas pasadas vivía a su aire, sin depender de nada ni de nadie.» Cuando en 1899 se le acabó el dinero que había heredado regresó a Berlín, donde pasó más de una década sin oficio ni beneficio. Con su traducción del *Peer Gynt* de Ibsen logró por fin cierto éxito teatral, si bien al cabo de un tiempo, ya que en un primer momento «todos los críticos se abalanzaron contra aquel presuntuoso» y tuvo que defenderse de reseñas muy desfavorables. Finalmente, su amigo y protector el conde Hülsen-Haeseler, intendente general del Teatro Real, ofreció al discutido poeta un anticipo para una nueva pieza teatral, en la que trabajó durante su estancia en un sanatorio en Blankenburg en el otoño de 1913. De la sierra de Hartz se trasladó en 1915 al barrio residencial de Schwabing en Munich, donde el ignominioso colapso del Reich imperial lo arrastró en el invierno de 1918-19 a la arena política. Así es como «pronto entró en contacto con Adolf Hitler».

No resulta difícil imaginar por qué ese retrato de Eckart en el *Frankfurter Zeitung* despertó la ira del dictador; le tuvo que parecer una caricatura ultrajante, en la que reconocía los elementos de su propia evolución y sus propios rasgos: la obsesión por convertirse en «artista», la dependencia de ayuda extraña, el ansia por aparentar, la ambición de reconocimiento y la necesidad de justificación; la irreprimible voluntad de autoafirmación y finalmente el abrupto giro del arte a la política. Eckart había vivido precisamente como artista lo que el joven Hitler tan sólo había podido soñar. Pero precisamente por eso se sentía tan ligado al hombre de Schwa-

bing. También éste era un *outsider* de la sociedad, poseído por la convicción de haber sido marginado, y que se había abierto camino. Por eso Eckart era para él un modelo de comportamiento.

El bohemio «clásico» y el pseudobohemio se habían encontrado en la enmarañada política muniquesa de después de la guerra. Lo que le faltaba todavía al más joven lo poseía el otro en demasía: confianza en sí mismo, presencia de ánimo, relaciones, sentido de una misión que cumplir... Pero también Hitler tenía algo que ofrecer, como reconoció Eckart al primer vistazo: no sólo estaba extraordinariamente dotado para la oratoria y era tenaz y voluntarioso, sino que también tenía capacidad y voluntad de aprender, y agradecía los consejos y la protección. Hitler era un talento prometedor en muchos terrenos, cuyas apariciones en público tenían éxito. Y Eckart sabía que por sí mismo no era capaz de suscitar ese entusiasmo en las multitudes.

A partir de esa instintiva consideración mutua se desarrolló una estrecha amistad entre ambos. Eckart reconocía más tarde que se había sentido «atraído por toda su personalidad [de Hitler]», y que su «relación con él se hizo cada vez más cordial». ⁴⁰ También Hitler se había sentido entusiasmado desde el primer encuentro entre ambos, como recordaba diez años después, y no sólo por el «magnífico cráneo de aquel gran alemán [...]». Una frente poderosa, ojos azules, la testa toda como la cabeza de un toro. Y además de eso una voz con un maravilloso sonido sencillo e ingenuo. ⁴¹ También se produjo un acercamiento espacial cuando Eckart se mudó en 1921 a la calle Thiersch, en la que Hitler tenía su pobre domicilio a unas manzanas de distancia. Eckart llamaba entusiásticamente a su joven amigo «mi Adolf», ⁴² y éste a su vez veneraba a Eckart, en quien veía un ejemplo a seguir, más aún, una «estrella polar». ⁴³ Los sentimientos de Eckart le halagaban; tras haberse visto postergado en tantas ocasiones, sentirse atendido por una supuesta primera figura de la literatura no sólo le hacía bien, sino que le llenaba de orgullo.

Hitler seguía con gusto a Eckart en los terrenos que servían principalmente para su formación. La relación con el poeta vividor era del todo apropiada para el gusto del discípulo, que se sentía muy necesitado. Eckart era un genial propagandista de sí mis-

mo; siempre pensando en juergas y en llamar la atención, de él emanaba hasta en las discusiones políticas un encanto que hechizaba al joven Hitler y lo mantenía cautivo, ya fuera en los restaurantes, cafeterías y cervecerías ⁴⁴ de Munich, en el carnaval de Schwabing ⁴⁵ o en privado. De vez en cuando iban a pasar unos días a Berchtesgaden. ⁴⁶ Esa amistad con Eckart, según le confió Hitler a su secretaria, «era lo más hermoso que le había sucedido en los años veinte». ⁴⁷

En lo que se refiere al aspecto íntimo de la relación entre ambos, conviene señalar algo a lo que en el artículo del *Frankfurter Zeitung* no se hacía alusión: Eckart era un declarado misógino. Sobre eso llamó la atención —quizá ingenuamente, quizá con intenciones ocultas— Alfred Rosenberg, cuando en 1927 publicó en un pequeño volumen el *Testamento* de Eckart. ⁴⁸ «Sé —escribe Rosenberg— que toco aquí un punto que representa una profunda tragedia en la vida de Eckart. Éste veía como esencial en las mujeres una tendencia hacia la nada, las tenía por incapaces de comprender verdaderamente lo profundo y llegaba en ocasiones a negarles la voluntad. Sentía una especial antipatía hacia la amabilidad de las mujeres y la consideraba un signo de nuestros tiempos feminizados. La mujer era para él únicamente naturaleza y nada más.» El modo y manera en que Eckart habla en sus piezas sobre la esencia de la mujer —cobardía, docilidad, astucia, sensualidad, traición... son los rasgos que destaca— tenía, según Rosenberg, un «fundamento anímico» que habría que buscar en «su esfera personal». Pero dejando a un lado lo dicho, Eckart veía «en la falta de masculinidad un rasgo característico de la decadencia», y por lo mismo entendía como presagio funesto el reforzamiento de «la pulsión femenino-lírica en hombres volubles y débiles». ⁴⁹

Desde este contexto halla aclaración por qué Eckart combatía por ejemplo a Magnus Hirschfeld con un odio verdaderamente patológico. Uno de sus infamantes panfletos del año 1922 lo calificaba de «apóstol de la sodomía», que pretende «extender el vicio por las calles, envenenar a la juventud desde las raíces y que el proletariado ofrezca sus atractivos mozos a los saciados judíos de Galizia». Para Eckart habría sido preferible que se le hubiera «hundido la tapa del cráneo» oportunamente al «viejo cerdo». ⁵⁰

Quien hostiga a otros con tales espumarajos y se expresa con semejante brutalidad se convierte en sospechoso. Además, Eckart era justamente lo contrario de un apóstol de la moral y no tenía nada de monje. Al parecer, si zurraba a Hirschfeld era porque se sentía personalmente afectado por sus empeños sexualrevolucionarios.

Con su condena de la «pulsión femenino-lírica» en el hombre, Eckart combatía quizá a una parte de su propio yo. Cuando tenía 27 años había dedicado el siguiente poema a un amigo de juventud: «Con frecuencia me viste hundido en sueños / pero también me viste luchar luego. / ¡A veces me embriagaba del amor el empeño / y a veces se colmaba mi vida de odio ciego! / [...] / Y aunque del paraíso al infierno voy y vengo, / a algo sí he sido fiel, al amor que te tengo.»⁵¹ Estas líneas dejan al menos vislumbrar lo que un amigo suyo durante años, Guido Karl Bomhard, podía querer decir cuando mucho tiempo después de su muerte afirmaba sentir escrúpulos en «revelar cosas que lo situarían [a Eckart] bajo una luz equívoca» y a continuación, refiriéndose a su propio vínculo con el escritor, añadía que esa *intimissima* relación «sólo pudo surgir debido a nuestra originalidad y que sólo unas naturalezas bohemias como las nuestras podían permitirse».⁵² A eso se ajusta lo que se sabe sobre el más íntimo de los amigos de Eckart entre los directores de escena alemanes, el conde Georg von Hülsen-Haeseler, a quien se acusó repetidamente de ser homosexual.⁵³ Hülsen-Haeseler fue quien amparó incondicionalmente al desafortunado Eckart, que sin él jamás habría logrado su primer éxito como autor teatral.⁵⁴

Teniendo todo esto en cuenta, apenas asombra que Eckart no se sintiera a gusto en el papel de marido devoto. Ya tenía 45 años cuando se casó con Rose Marx, una rica viuda de Blankenburg. Según Rosenberg, fue el «trato puramente masculino» de Eckart el que destruyó a los pocos años el matrimonio, sin dejar descendencia.⁵⁵ En 1920 se consumó la separación, si bien las actas al respecto han desaparecido. Ése fue el año en que se conocieron Eckart y Hitler.

En el invierno de 1918-19, Eckart alcanzó cierta notoriedad con la revista *En buen y claro alemán*, que advertía frente a una «conspiración mundial judía», reclamaba un socialismo genuino

y pretendía que se atendiera únicamente a aquellas influencias que procedieran de la «pura sangre alemana».⁵⁶ Quizá fue la lectura de ese panfleto lo que llamó la atención del agitador profesional que era por aquel entonces Hitler, o quizá fue el primer encuentro personal entre ambos. Desde el invierno de 1919-20 fueron ambos en cualquier caso uña y carne, y no sólo en lo que se refiere a la política. Eckart se sentía «unido íntimamente» a Hitler, como relata Bomhard, amigo del poeta, quien también creía saber de buena fuente «que la relación de Eckart con Hitler era sincera y profunda».⁵⁷ El propio Hitler contó en uno de sus *Monólogos* algo que viene muy a propósito: «Yo era entonces [...] todavía como un niño.»⁵⁸ Esto se refería específicamente a su inmadurez estilística, comparada con la del «tan prodigiosamente» dotado Eckart, pero delata quizá mejor que cualquier otra formulación cómo se sentía entonces frente a su amigo, mayor y en tantos sentidos superior.

Eckart facilitó el acceso de Hitler a los círculos selectos de Munich y Berlín, del que se benefició tanto social como financieramente el despegue vertical del político en ciernes. La cercanía a esa capa social cuya aceptación había ansiado durante años, también le proporcionó mayor confianza en sí mismo. Eckart le enseñó buenos modales, mejoró su estilo como escritor y le hizo prestar mayor atención a su indumentaria.⁵⁹ Adiestró a Hitler en el parloteo cortés, tanto en torno a una mesa como en los salones. También le fue útil en las controversias intrapartidarias y contribuyó decisivamente a que se le encomendaran desde el verano de 1921 la dirección del NSDAP y los deseados poderes dictatoriales en su seno. Y poco después lo amparó decididamente frente a los críticos en el interior del partido, que desconfiaban del opaco modo de vida de Hitler. Aseguró, basándose en su «ajustado conocimiento de las cosas», que Hitler era irrecusablemente correcto: «desinteresado, entregado, sacrificado y honrado; estoy absolutamente convencido de que nadie puede servir mejor que él a una causa».⁶⁰ Como contrapartida, Eckart asumió por esa misma época el puesto de redactor jefe del *Völkischer Beobachter*, el periódico del partido.⁶¹ Ése fue el punto culminante del trabajo simbiótico de ambos en el campo de la política: Eckart como mentor espiritual de un

movimiento que en todo lo demás quedaba sometido al caudillaje de Hitler, cuya «fuerza, energía y pasión» alababa insistentemente. Hasta 1922 Eckart se vio a sí mismo junto a Hitler como una unidad política, y parece haberse endurecido incluso contra sus opositores.⁶² Al principio, Hitler no tenía ningún problema en asumir el papel que se le había asignado de «miembro más joven de la pareja». Pero en algún momento eso cambió.

En las cuestiones ideológicas era seguramente Eckart quien llevaba la voz cantante. Su biógrafa Margarete Plewnia ha mostrado por ejemplo que Hitler radicalizó su antisemitismo bajo la influencia de aquél y, con más precisión, que Hitler no concibió el intento de presentar a los judíos como «corruptores de Alemania» hasta comienzos de 1920, elaborando algo así como una «cadena argumentativa» a partir de los panfletos de Eckart, que desde 1919 habían dado a conocer al poeta en el mundo de la política.⁶³ Eckart podría reclamar la paternidad de casi todas las ideas políticas que Hitler había desarrollado hasta mediados de los años veinte.

Lo que Hitler y Eckart significaban el uno para el otro, lo muy unidos que se sentían, se puede apreciar también en la forma en que procuraban protegerse mutuamente. Así, en el verano de 1922, Eckart afirmó en una asamblea que «utilizaría si era preciso el revólver» para defender a Hitler frente al acoso policial.⁶⁴ Y, cuando a comienzos de 1923, Eckart fue denunciado por la fiscalía acusado de ofensas al presidente de la república, Hitler se presentó inmediatamente ante el presidente del gobierno de Baviera, Knilling, exigiéndole por escrito «que anulara la orden de arresto, ya que de lo contrario su organización de combate ofrecería resistencia a la detención».⁶⁵

Lo extraordinario de esta relación estaba quizá para ambos en poder vincular la política con lo que psicológicamente les resultaba importante. Para Eckart, como para Hitler, la política era el medio ideal de una autorrealización *artísticamente* pensada. El viejo sueño de la pareja de artistas estrechamente ligada volvió a cobrar forma para Hitler a través de su amistad con Eckart.

Cuando se reestrenó en Berlín, tras los disturbios revolucionarios, el *Peer Gynt* de Eckart, éste llevó naturalmente a su nuevo

amigo a la capital del Reich.⁶⁶ También sedujo a Hitler con la maravillosa atmósfera de Bayreuth, que había disfrutado en otro tiempo como crítico.⁶⁷ Teatro y ópera desempeñaron pues un lugar destacado en su amistad. Eckart presentaba continuamente a Hitler a diversas personalidades de la vida cultural; por ejemplo, en 1920 al antiguo intendente general del Teatro Real de Munich, Clemens von Franckenstein, quien por aquel entonces vivía en la famosa villa Lenbach. Hitler se sintió, como indicaba un mordaz observador, «tan feliz como intimidado» por la invitación, y para aquella visita se proveyó de «polainas, fusta de montar, perro pastor y sombrero para la ocasión». «Recibía con agradecimiento las tibias interrupciones del dueño de la casa», pero acabó monopolizando la conversación y predicando «como un cura de regimiento».⁶⁸ Desgraciadamente, no se nos cuenta cuál era el objeto preciso de la plática, pero se percibe lo preocupado que estaba el joven astro de la política por causar buena impresión no sólo en las cervecerías, sino también en los más elevados círculos.

Obviamente, Hitler tenía todavía que pulir su perfil, al menos eso insinúa el único testimonio de la época de que disponemos. El jefe del Cuerpo de Voluntarios, Gerhard Rossbach, por ejemplo, conocía a Hitler «desde esa época: débil, con la voluntad de ser fuerte; poco formado, con el deseo de universalidad; un bohemio que tenía que convertirse en soldado si verdaderamente quería mandar a soldados. Un hombre con poca confianza en sí mismo y en sus posibilidades, lleno de complejos de inferioridad frente a todos los que ya eran algo o estaban en camino de aventajarle. Sumiso e inseguro, y a menudo grosero allí donde constataba sus limitaciones».⁶⁹ Si esta descripción respondía a la realidad, a Hitler le quedaban efectivamente muchas cosas por aprender y por ejercitar. Ciertamente, había podido copiar mucho de Röhm, pero todavía no era genial ni portentoso.

Eso es lo que muestra en cierto modo su encuentro en Berlín, en diciembre de 1920, con Class, presidente de la Coalición de toda Alemania. El mismo político nacionalista nos cuenta que Hitler se presentó ante él como su ferviente discípulo y que incluso le besó la mano, causándole una impresión bastante «desculpada» y cargante.⁷⁰ El propio Class escribe en sus *Memorias*: «Aquel

hombre era un insolente, que sentía la necesidad de enfatizar la fuerza de convicción de lo que manifestaba mediante la pujanza de su voz y moviendo los brazos o las manos.» Al cabo de un cuarto de hora le había quedado claro «que tenía que vérmelas con un auténtico histérico». Pero Class vio también que se encontraba ante «una persona que representaba algo totalmente nuevo en la vida política de nuestro pueblo», alguien que con la «fe inconvencible en sí mismo y la fuerza de convicción de su persona» resultaba muy diferente de la imagen de un jefe de partido corriente.⁷¹

Pero Hitler aprendió pronto a ocultar sus debilidades y a ofrecer la imagen de un político curtido. Ahora quería valerse por sus propios medios y lo consiguió. Cuando el editor de la *Deutsche Rundschau*, Rudolf Pechel, regresó a Munich en otoño de 1922, después de una ausencia de varios meses, le contaban por todas partes que Hitler se había convertido en «una gran atracción». ⁷² También los observadores extranjeros del paisaje político percibían un cambio en Hitler. Por ejemplo, el cónsul general británico en Munich, William Seeds, quien en mayo de 1922 todavía lo había considerado insignificante; en noviembre, por el contrario, escribía a Londres que el papel de Hitler iba ahora mucho más allá del de «un agitador irrisorio y bastante cómico»; muchos veían ya en él a un Mussolini alemán y su popularidad superaba desde hacía algún tiempo a la del legendario general von Ludendorff. ⁷³ A raíz de ese aumento de importancia ⁷⁴ —tanto objetiva como subjetiva—, que dio a Hitler la sensación de ser arrastrado por una gran corriente histórica y de que le habían salido alas, parece haberse despegado de Eckart. Se había convertido en un actor más ágil sobre el escenario político, calculador y con muchos rostros diferentes. Podía controlar sus afectos, pero también aplicarlos selectivamente, y sus conexiones con el *establishment* político eran suficientemente buenas, de forma que ya no necesitaba la ayuda de Eckart. ⁷⁵

Sin embargo, todavía sentía cierta dependencia de aquel a quien debía en gran medida su éxito, por lo que fue una despedida a plazos, con auténticas escenas de celos y reproches mutuos. La iniciativa la tomó Eckart, cuando respondió con un indisimulado flirteo al distanciamiento de Hitler, en concreto con una mujer de unos treinta años, sabiendo muy bien cuánto podía enfadar e inclu-

so herir eso a Hitler. ⁷⁶ Pero éste no se dio por aludido al principio e incluso ayudó a su amigo, perseguido por las autoridades judiciales, en su juego del escondite en Berchtesgaden, yendo a visitarle personalmente en abril de 1923 tras una fatigosa marcha a pie. Hitler se preocupó ostensiblemente por el fugado, que por su parte se mostró «muy conmovido» por la inesperada visita. En aquel momento todavía no se podía hablar de un enturbiamiento de la relación entre ambos. ⁷⁷

Las cosas cambiaron en mayo de 1923, como relató más tarde Ernst Hanfstaengl al servicio secreto norteamericano. ⁷⁸ Cuando visitó a principios de junio de 1923 a Hitler y Eckart en los montes de Berchtesgaden, Eckart se quejó amargamente de la conducta de Hitler en una conversación privada, afirmando que no se dejaba aconsejar y parecía a punto de caer en la megalomanía. Eckart se mostró especialmente molesto por el «exhibicionismo de Hitler», quien se paseaba todo el día con la fusta en la mano, dando vueltas en torno a la dueña de la pensión, Frau Büchner, parlotando sin parar a aquella «vaca tonta». Se había vuelto tan engreído que ya se comparaba con Jesucristo. Al día siguiente, cuando salió de excursión por el monte, tuvo que escuchar el lamento de Hitler sobre Eckart, doliéndose de que éste hubiera caído en la «senilidad», enamorándose en su vejez de una jovencita de treinta años, de «esa Annerl». Eckart estaba indeciso y no sabía qué quería. Schopenhauer había hecho de él un «incrédulo Tomás» que tan sólo aspiraba a un nirvana. Hitler insultó repetidamente a Eckart tratándolo de viejo tonto y reprochándole irritadamente su obsesión por la joven en cuestión.

En el transcurso de 1923 se separaron finalmente los caminos de Eckart y Hitler. ⁷⁹ La política de partido había ya hastiado a Eckart, pero seguía creyendo en «su Adolf» como antes, a pesar de todos los disgustos entre ambos. «Lo creas o no —declaró al parecer a un amigo poco antes de su muerte en diciembre de 1923— Hitler es el hombre que nos envía el destino». ⁸⁰ Su última obra fue un *Diálogo con Adolf Hitler*, ⁸¹ que mostraba la preocupación del poeta por erigir un monumento literario a su relación con Hitler. La dedicatoria de 1925, en la que éste honraba a Eckart al final de *Mein Kampf* como «uno de los mejores», muestra que también él

se sentía agradecido hacia su antiguo compañero. Y lo manifestaba abiertamente en una observación que hizo ese mismo año tras visitar la casa de Goethe en Weimar: «Por si no lo saben ustedes, Dietrich Eckart escribió versos tan hermosos como los de Goethe.»⁸²

Ernst Hanfstaengl

En marzo de 1923 llamó mucho la atención en el círculo de fieles seguidores de Hitler la gran confianza que de repente mostraba éste hacia un tal Ernst Hanfstaengl, a quien hasta entonces sólo se había considerado como una especie de útil «secretario de sociedad» de la tertulia del *Führer* del partido. Ahora se había convertido abiertamente en el amigo íntimo de Hitler.⁸³ Hasta unos años más tarde no se hizo con cierta fama como jefe de prensa extranjera del *Führer*. De esa carrera, que Hanfstaengl desarrolló durante poco tiempo en el centro del poder de Hitler, hablaremos más adelante. Aquí mencionaré únicamente que un temprano colaborador de Goebbels vio en Hanfstaengl a alguien «que tenía el valor de ser original y permanecer en el entorno de Hitler», y que «era evidente que Hitler dependía en cierta forma de ese Hanfstaengl».⁸⁴

No sabemos demasiado de la vida de Hanfstaengl, salvo que nació en 1887, en una respetada familia de marchantes de arte de Munich, y algunos detalles sobre los que existen pruebas documentales: de 1905 a 1909 estuvo en Harvard, aunque en el Instituto en Munich sólo había llegado en ocho años al grado medio.⁸⁵ Su estancia como estudiante en Estados Unidos era ante todo una huida de esos problemas escolares, cuyas razones no conocemos. Así pues, en Harvard, donde según sus propias declaraciones «estudié entre otras cosas psicología, literatura alemana e inglesa, historia del arte y de la música», sólo se le admitió como *special student*. Un compañero suyo de entonces cuenta que, aunque sólo frecuentaba a la «gente adecuada», no consiguió ser admitido en ninguno de los sofisticados *final clubs* de la universidad.⁸⁶ En 1909 regresó a Munich para cumplir allí su servicio militar como voluntario durante un año. Después de lo cual, al final del verano de

1910, volvió al extranjero para proseguir sus estudios en Viena, Grenoble, Londres, París y Roma. A finales de 1911 asumió la dirección de la galería de arte Hanfstaengl en Nueva York, donde logró «convertir nuestra sala en punto de encuentro de numerosos artistas y entusiastas del arte». Hasta el estallido de la primera guerra mundial se sentía allí evidentemente muy a gusto. Lo que unía a los círculos de Manhattan en los que se movía era el desprecio hacia la «hipocresía moral anglosajona» y la «moral puritana de las apariencias»,⁸⁷ dando con ello alas a cierto libertinaje, entendido positivamente. Eso muestra por ejemplo la amistad de Hanfstaengl con el literato y vitalista Hanns Heinz Ewers.

Tras la segunda guerra mundial, Hanfstaengl intentó minimizar la importancia de esa relación,⁸⁸ algo que no le permitió la segunda mujer de Ewers, como muestra una indignada carta a él dirigida: «Sobre la larga amistad que existió entre tú y HHE [Hanns Heinz Ewers] ambos sabemos cuál es la verdad. Al renegar ahora de esa amistad, te conviertes en hipócrita y tramposo. Te conocí a través de HHE en 1919 en Nueva York. Ya entonces existía una relación manifiestamente amistosa entre vosotros. Más tarde, en Alemania, te invitamos innumerables veces a nuestra casa, y durante años estuvimos muy unidos [...], ¡ya que HHE era tu amigo!»⁸⁹ Hanfstaengl admitió entonces a la «querida Josephine» que efectivamente Ewers había sido sin duda «un valeroso alemán, persona de gran corazón, de sentimientos patrióticos y una verdadera naturaleza artística», y que por supuesto «se sentía atraído por él».⁹⁰ Como en otros casos, conviene a nuestro objetivo dirigir una mirada más atenta a ese buen amigo de Hanfstaengl de su época en América.⁹¹

Mediante creaciones literarias poco convencionales como su libro de culto *Alraune* y un modo de vida igualmente poco convencional, Ewers había alcanzado ya cierta fama a comienzos del siglo XX. Entre sus amigos había artistas, políticos y ocultistas, y se movía en los círculos de la homosexualidad. Tenía fama de ser un excéntrico *snob*, al que le gustaba visitar países lejanos y que necesitaba alcohol (absenta) y drogas (mescalina) para mantenerse productivo. Su drama *Enterbt* [Desheredado], trata en cierta forma de las preocupaciones, necesidades y tentaciones de los homo-

sexuales aislados, buscando en su sinceridad a otros como él en la Alemania de entonces. Ya antes de la primera guerra mundial se le consideraba un maestro en el tratamiento de cuestiones espinosas.

En 1914 se marchó a Nueva York, donde trabó amistad con Hanfstaengl. Llevaban una vida disoluta y el sexo y las drogas jugaban un papel de primer orden en el medio en el que se movían. Ewers ha descrito ese ambiente en su novela *Vampir* (1919), que para unos representa una amoral «ciénaga aburrida de patologías sexuales» y para otros «una comedia gótica y al mismo tiempo una sátira».⁹² En la alta sociedad allí representada, el joven Hanfstaengl se hallaba como en casa.

A esto se añade que Hanns Heinz Ewers, como hemos dicho, en sus relaciones eróticas y sexuales se inclinaba especialmente por los hombres, pese a dos matrimonios (que no fracasaron en definitiva por eso) y diversas amistades femeninas. Esto arroja también indudablemente una clara luz sobre su amistad durante años con PH, como acostumbraba a nombrar a *Putzi* Hanfstaengl. Lo que unía a esas dos personalidades tan extremadas era algo así como un parentesco anímico y la pulsión común hacia experiencias homoeróticas. Y para la satisfacción de esa pulsión la liberal Nueva York de los primeros años veinte resultaba un lugar manifiestamente adecuado.⁹³

Fue por otra parte Ewers quien le «proporcionó» en 1920 una mujer a su amigo, que con 33 años seguía soltero: Helene Niemeyer, la hija de un hombre de negocios germano-americano. El inesperado interés de esta joven lo había apartado del abismo, según escribía Hanfstaengl por aquel entonces a su madre.⁹⁴ De la noche a la mañana decidieron casarse. Sobre su atractiva esposa, con la que al fin y al cabo vivió casi dieciséis años, Hanfstaengl no dejó prácticamente nada escrito, y en todo caso nada cariñoso. No cabe hablar de una vida amorosa del matrimonio Hanfstaengl, dice actualmente su hijo Egon, y añade que su madre comenzó muy pronto a pensar en la separación.⁹⁵

En el verano de 1921, Hanfstaengl y su mujer regresaron a Alemania junto con su hijo Egon de seis meses y trataron de instalarse en Munich. Pero eso resultó ser más difícil de lo previsto, ya que el hermano de Hanfstaengl, Edgar, se negó tenazmente a

aceptarlo como partícipe de las posesiones de la familia. Además ambos hermanos no se entendían, ya que Edgar consideraba a Ernst absolutamente incapaz y dependiente. Así pues, éste se dedicó a buscar otras posibilidades profesionales y se puso a escribir. También pensó en producir películas y trabajó con viejos y nuevos amigos en la elaboración de guiones cinematográficos. De paso, frecuentaba el seminario de historia de la universidad de Munich, en la que se había matriculado en 1921 como estudiante ordinario. Con los ahorros en dólares que había traído de América pudo mantenerse a flote sin dificultad.

Hasta 1922 Hanfstaengl no manifestó ambiciones políticas: «Yo era un artista —escribía un decenio más tarde—, un músico o un escritor, pero de ningún modo un político.»⁹⁶ Sin embargo de repente se lanzó a la política o, mejor dicho, a determinado político. Kurt Lüdecke fue al parecer quien presentó a Hitler a aquel tipo altísimo, con rostro alargado y enjuto, en noviembre de 1922, con la intención de abastecer al «movimiento» con los bienes que supuestamente poseía.⁹⁷ Hanfstaengl supo ganarse en poco tiempo la confianza de Hitler, y muchos de los miembros del NSDAP veían esa relación como una especie de «camarilla».⁹⁸ «Durante el año 1923 —escribía el *Münchener Post* unos años más tarde— «era un secreto a voces que Hitler no prestaba a nadie tanta atención como a E. Hanfstaengl.»⁹⁹ Ese acercamiento tan rápido no tenía nada que ver con intereses políticos. Hitler representaba ya un gran poder y estaba firmemente decidido a conducir el movimiento populista a su imagen y semejanza. ¿Y cómo le podía beneficiar, también políticamente, Hanfstaengl?

Hanfstaengl encontró fascinante «la espectacular luminosidad de sus ojos», «sus manos más bien tiernas y su elegancia en el manejo de la expresión oral». En sus apariciones públicas lo veía como «un hombre con una gigantesca energía psíquica», que con el «ardor» de su lenguaje ejercía un increíble «magnetismo». Pero también en el trato privado tenía Hitler «algo que por sí mismo era cautivador, una especie de inmediatez», que atraía mucho a Hanfstaengl. Hitler no era, según él, «en absoluto engreído», sino por el contrario «amistoso, sencillo y parecía tímido y no del todo seguro de sí mismo».

Eso le proporcionó a Hanfstaengl el espacio necesario para entrar en escena como una aparición resplandeciente. Muy pronto se convirtió para Hitler en una presencia imprescindible, con su aspecto de hijo predilecto de la gran burguesía, y Hanfstaengl significaba para él algo muy especial: «Yo [Hanfstaengl] le solía tomar el pelo y era el único a su alrededor que le podía gastar bromas hasta cierto punto.»¹⁰⁰ Esto, que a otros les parecía afectado y excéntrico y les irritaba,¹⁰¹ a Hitler aparentemente no sólo no le molestaba, sino que quizá le agradaba. En Hanfstaengl, escribía en 1925, había conocido a «un hombre, cuyo fanatismo se reparte entre el amor por el movimiento y el odio contra los enemigos del mismo». Y añadía: «Para mí, personalmente, se había convertido en un amigo.»¹⁰²

Desde enero de 1923, como muy tarde, Hitler solía acudir regularmente a visitar a Hanfstaengl en su pequeña vivienda en la calle Gentz, en los alrededores de Schwabing. Se veían ahora casi a diario y su interés común por el arte, la música y la historia no les permitía aburrirse. A Hitler le gustaba jugar con el hijo de Hanfstaengl, Egon; en ocasiones puede que se sintiera incluso como un miembro más de la familia. Para una vida matrimonial normal habría sido naturalmente desfavorable semejante «intruso», pero no para la de Hanfstaengl, que, aunque vivían en una casa relativamente pequeña, le recibían con gusto en ella. Helene disfrutaba con su presencia y décadas más tarde todavía recordaba con entusiasmo la «calidad vibrantemente expresiva»¹⁰³ de su voz. Su «enorme fuerza» también había cautivado a su marido, que se sentía emocionado por sus «efectos de sonido».

En ocasiones también se encontraban Hanfstaengl y Hitler en el alojamiento de éste último en la calle Thiersch o iban juntos al cine. Visitaban a compañeros del partido fuera de Munich y pasaban la noche en su casa, por lo que compartían con frecuencia el mismo dormitorio. En su calidad de «moderador», Hanfstaengl acompañó a Hitler repetidamente durante 1922-23 en tales «visitas», ya fuera al lago Starnberger o a Berchtesgaden, Neuschwanstein, Murnau o Berlín. Lo hacía con agrado, ya que Hitler era para él «un compañero de viaje extraordinariamente entretenido». También salían a pasear juntos «por las calles tranquilas de Oberwie-

senfeld en los días de fiesta».¹⁰⁴ Hitler «podía ser maravilloso y [...] desarrollar grandes pensamientos». A menudo mostraba «grandes dotes teatrales», especialmente cuando imitaba a otras personas como un «experto cabaretista», de forma que Hanfstaengl no podía contener la risa.

A Hitler le gustaba especialmente que Hanfstaengl, con su «temperamento desbordante», maltratara el «piano algo deteriorado» de su apartamento de la calle Thiersch «con apasionadas florituras y hermosos gestos románticos», y «casi gritaba de satisfacción: "Así, Hanfstaengl [...]. ¡Magnífico!"».¹⁰⁵ Según la opinión de una oyente, la forma de tocar de Hanfstaengl era marcadamente «excitante y adornada»; aquel gigante se volcaba en su interpretación hasta el completo agotamiento y así subyugaba a sus oyentes.¹⁰⁶ Con Hitler, sus mayores éxitos los alcanzaba naturalmente con la música de Wagner, en particular con el preludio de *Los Maestros Cantores de Nuremberg* o *La Muerte de Isolda*: «¡Así se toca!, decía. Esos fragmentos debí de tocarlos para él cientos de veces y nunca le parecía suficiente.» Le sentaban «físicamente bien», tanto que Hitler «cloqueaba de placer». Hanfstaengl le procuraba con su representación la ansiada «distensión»;¹⁰⁷ por eso, «solía llamarme por teléfono para pedirme que le tocara algo al piano». Y «aunque su autocrática disposición sobre mi tiempo no me agradaba, me ponía en camino hacia la calle Thiersch».¹⁰⁸

Por la investigación de Thomas Mann conocemos el «efecto liberador» y la «función de válvula de escape» que tiene la música de Wagner para los homosexuales,¹⁰⁹ al liberar sus necesidades sensuales. Hanfstaengl contó más tarde a su hijo Egon, ahijado de Hitler, que, para él, Hitler era sexualmente muy atractivo.¹¹⁰ El componente sexual se sublimaba en uno de ellos en la oratoria, en el otro en el piano, buscando en uno u otro caso un medio de expresión. Hanfstaengl lo veía claramente: «Todo el movimiento de los *leitmotiv*, de los adornos, contrapuntos y contrastes musicales se reflejaba en la compleja disposición de su oratoria; sus discursos estaban contruidos como sinfonías y culminaban con una poderosa erupción parecida al sonido de los trombones en Wagner.»¹¹¹ Décadas más tarde, Hanfstaengl utilizó de nuevo el simbolismo del piano para explicar alusivamente la sexualidad de Hitler.¹¹²

Todo esto muestra que para la amistad entre Hanfstaengl y Hitler, las cuestiones políticas eran secundarias, aunque no totalmente desprovistas de importancia. Con su *Libro de canciones en honor de Hitler*, por ejemplo, Hanfstaengl pretendió en 1923-24 ofrecer una contribución propia a la propaganda popular, lo que sin duda agradó enormemente al *Führer*. En él se reúne una colección de clichés de la retórica hitleriana de entonces, desde la conspiración judía que pretendía «el declive de Alemania» hasta la «resurrección» del Reich bajo el signo de la cruz gamada. Los textos de las canciones rebosaban contenido racista y naturalmente, según Hanfstaengl, sólo la «medicina hitleriana» podía «salvar» a Alemania.¹¹³ Sin cuestionárselo mucho, el burguesito que había vivido largo tiempo en la Tierra de la Libertad se había convertido en poco tiempo en un auténtico nacionalsocialista. Con sus briosas canciones recomendaba la purga hitleriana no sólo al pueblo llano, sino a la burguesía ilustrada de Munich. Hasta en el seminario del historiador Hermann Oncken llevó a cabo entonces una «afanosa y efectiva propaganda» como miembro de la dirección del grupo de estudiantes nacionalsocialistas.¹¹⁴

La relación entre Hitler y Hanfstaengl era ciertamente sobre todo de carácter amistoso, pero eso no excluye que el segundo se prometiera también ventajas profesionales, y «estaba convencido de que sus geniales dotes [de Hitler] lo llevarían a la cumbre».¹¹⁵ En la prensa de la oposición se señalaba entonces a Hanfstaengl como «ministro de asuntos exteriores»¹¹⁶ de Hitler. Pero también Alfred Rosenberg consideraba que ese puesto le estaba reservado, de forma que no era difícil pronosticar el conflicto entre ambos.

Y a Hanfstaengl le molestaba que las actividades de su amigo siempre se desarrollaran «envueltas en una atmósfera de conspiración e intriga», lo que también acarreaba consecuencias para la relación entre ambos: «Hitler [...] llevaba una doble vida; nunca se sabía con seguridad dónde se escondía. Era en el fondo un bohemio, que no arraigaba firmemente en ningún lugar.»¹¹⁷ La gente del entorno de Hitler en la dirección del NSDAP criticaba a su jefe de forma muy parecida: «Creemos que debería mantener un contacto más estrecho con sus colaboradores y con quienes lo precisan para trabajar en la misma línea.» Pocas veces se sabía dónde

estaba y dedicaba poco tiempo a las cuestiones importantes del partido; al parecer exageraba su «esparcimiento en círculos de artistas y bellas mujeres» y daba con ello «ocasión al surgimiento de rumores»¹¹⁸ dañinos para el partido. También la patrona de Hitler, la señora Reichert, lo describía, en contraste con Hanfstaengl, como un «auténtico bohemio».¹¹⁹ Todo esto indica que Hitler llevaba una doble vida, que ni siquiera sus amigos más íntimos conocían. ¿Por qué eran tantos los que pensaban que Hitler ocultaba algo? ¿Qué había tras ello?

Dossiers secretos

Los seis volúmenes de informes de la policía de Munich acerca de las actividades de Hitler nos podrían quizá haber dado una respuesta, pero Hitler los hizo confiscar inmediatamente después de su incorporación al puesto de canciller del Reich.¹²⁰ Una pequeña compensación de esa irremplazable pérdida podría ser lo que conocemos a través de Eugen Dollmann de los papeles secretos que mantenía guardados el general de la *Reichswehr*, Otto von Lossow.¹²¹

Era la fiesta de Navidad de 1923 en el Ministerio de la Guerra de Baviera. Von Lossow había invitado al joven estudiante de historia Dollmann, cuya madre era una antigua conocida del alto mandatario. Tras la cena, el anfitrión pidió a un grupo de invitados que pasaran a su despacho para hablar del fracasado golpista Hitler y justificar su enérgica oposición a la iniciativa de éste. Según las notas que tomó Dollmann, von Lossow dijo lo siguiente en aquella ocasión: «Desde la derrota del *putsch* recibo continuas cartas de amenaza de antiguos y nuevos nazis, y mis subordinados son insultados y escupidos allí donde aparecen. Pero no nos pasará nada, ni a mí ni a ellos; afortunadamente he aprendido en China y en Turquía cómo hay que comportarse frente a las injurias y coacciones de Braunau.* Desde el 9 de noviembre Hitler y sus seguidores están avisados de que cualquier atentado contra mí o mis ofi-

* Pueblo natal de Hitler (*N. del t.*).

ciales originaría un escándalo a escala europea.¹²² Tengo buenos amigos en el mundo entero, y Adolf perderá ese juego como perdió el del 9 de noviembre.» Y con esas palabras, prosigue Dollmann, «sacó el general de un cajón de su mesa un dossier policial que incluía informes secretos y testimonios acerca de la vida privada del señor Adolf Hitler, desde la época en que volvió a aparecer en Munich después de la guerra, todos ellos procedentes de la brigada antivicio o de la jefatura de policía de la calle Ett». Los presentes comprendieron inmediatamente «cuál era la peligrosa arma que Otto von Lossow había urdido en los años de su gran poder en Munich». Con voz cortante, el general leyó entonces algunos de los documentos:

«Yo, Michael, de 18 años de edad, encontré en la tarde noche del [...] 19 de diciembre [...] en la calle del Land Rosenheimer a un hombre de aspecto joven, que me invitó a cenar y a pasar la noche con él (pagándome por ello). Como llevaba meses sin trabajo y mi madre y mis hermanos estaban pasando hambre, acompañé a aquel caballero a su casa. Por la mañana me fui.» Firmado: Michael [...].

Otro:

«A mí, Joseph, se me acercó un hombre cuando paseaba, con el que entré a un cine, y luego me quiso llevar a su casa, después de ofrecerme comida y cigarrillos. Al decirle que de joven había sido un soldado ferviente y que me habría gustado llegar a suboficial, me habló durante horas acerca de un nuevo ejército alemán y me pidió que repartiera entre mis conocidos propaganda para construir una nueva agrupación militar fundada por él. Habló mucho, pero no quería que fumara en su habitación. Pasé con él toda la noche y [...]» Firmado: Joseph [...], de 22 años.

Más:

«Yo, Franz [...], aprendiz, conocí en una cafetería próxima a la Universidad a un caballero que hablaba en dialecto austríaco y que me contó muchas cosas de Viena. Al notar que me interesaba por sus explicaciones, prosiguió con la necesidad de una reunificación entre Alemania y Austria. Me preguntó si yo estaría dispuesto a dedicar mis energías a ese objetivo. Quería darme libros

y revistas sobre ese asunto, por eso le acompañé a su casa. Y como era muy tarde y ya no circulaban tranvías me invitó a quedarme con él, y yo acepté [...]. El señor aquél se llamaba Adolf Hitler; llevaba un abrigo claro de gabardina y una de sus características es el flequillo que le caía continuamente sobre la frente.» Firmado: Franz [...]

Von Lossow citó a otros jóvenes que habían confesado unánimemente haber sido invitados por un cierto Adolf Hitler a comer en pequeños restaurantes y hoteles de los alrededores de Munich. Había hablado con ellos de política y les había dicho que a ellos, a los jóvenes, les pertenecía Alemania y el mundo. Con tales conversaciones se les había hecho de noche «y esos jóvenes de los años de posguerra, a los que en casa sólo les esperaba hambre y miseria, se mostraron dispuestos a dormir con Adolf Hitler, aquel buen amigo que no se cansaba de prometerles ayuda».

Von Lossow, según prosigue Dollmann, finalizó la lectura de las actas policiales con la siguiente explicación: «Mediante hombres de su confianza se había ocupado de que quedara claro de que el personaje en cuestión era Hitler y de hacer llegar ese material [incriminatorio] al extranjero. En caso de que él, von Lossow, o sus oficiales fueran atacados [por los nazis], esos documentos serían inmediatamente publicados por la prensa internacional. Además aconsejó vivamente a los presentes, en su propio interés, mantener en secreto cuanto habían oído.» De hecho, von Lossow siguió viviendo sin ser molestado, hasta su fallecimiento en 1938, en Schwabing y a la orilla del lago Starnberg, mientras que por ejemplo su amigo político, el comisario bávaro von Kahr, fue liquidado en julio de 1934, en las secuelas del asesinato de Röhm.

Llama la atención esa indulgencia, ya que el odio de Hitler hacia el «traidor» von Lossow está repetidamente documentado.¹²³ «Von Lossow, Kahr y Seisser son tres grandes mierdas»,* fue hasta los años treinta un lema muy repetido por los nazis.¹²⁴ Así pues, habría sido del todo natural que en junio de 1934 se ejerciera contra él la misma venganza que contra Kahr o Seisser. También

* En alemán rima (*N. del t.*).

se confirma en el testamento de Dollmann la gran amistad entre este último y von Lossow.¹²⁵ En resumen, no existe ningún fundamento razonable para dudar de la existencia de ese dossier policial sobre Hitler. Von Lossow mantuvo en su poder esos documentos comprometedores porque suponía que en algún momento tendría que utilizarlos. Todo lo cual se ve ratificado por otras piezas documentales de los archivos estatales que se encuentran hasta hoy en posesión de la familia von Lossow. El general de las Reichswehr sabía que debía protegerse, tanto más cuanto que también había declarado de forma notablemente valiente en el proceso por alta traición contra Hitler.

«La época en la que nadie me conocía fue para mí la mejor», decía Hitler más tarde en reuniones nocturnas. «Todos me tenían por alguien importante, pero no por Hitler.» Y también: «No existían retratos míos. Quienes no me conocían no podían saber cuál era mi aspecto.»¹²⁶ A partir de 1923 su imagen se difundió tanto en Munich que Hitler ya no podía establecer contactos furtivos como los que la policía múniquesa había registrado. Los citados documentos tienen que datar por tanto de los años 1920 a 1922. Eso no significa que Hitler no buscara nuevos acercamientos, pero no nos es posible determinar cómo se vio afectada su vida sexual bajo las condiciones de su ascenso político.

Es digno de atención lo que el escritor Peter Martin Lampel ha dejado dicho sobre la vida privada de Hitler durante esos años en sus memorias no publicadas, *Niemandes Knecht* [Siervo de nadie]:¹²⁷ en concreto, que la homosexualidad de Hitler «para muchos de nosotros, antiguos camaradas del Cuerpo de Voluntarios, no [era] desconocida». Por ejemplo, la *liaison* circunstancial con el joven Edmund Heines, quien tras su asesinato en 1934 fue señalado por la propaganda de Goebbels, al igual que Röhm, como un corrupto homosexual depravado. «Por eso no me sorprendió en absoluto» —prosigue Lampel— cuando mi buen amigo Magnus Hirschfeld «me dijo confidencialmente que guardaba con gran esmero dos documentos originales que contenían las declaraciones de dos jóvenes de diecisiete o dieciocho años, de los tiempos de la fundación de las SA, junto con las fotografías de ambos; Hirschfeld me contó también los detalles descritos en esos documentos. [...]

En esos papeles quedaba Hitler irrecusablemente comprometido, en el sentido más personal que quepa imaginar». Hirschfeld los había enviado, al parecer, a Moscú, «mediante un correo especial». Lampel estaba «absolutamente convencido» de la veracidad de la información que le había proporcionado Hirschfeld y creía, a comienzos de los años cincuenta, «que todavía vivían bastantes testigos de aquello».¹²⁸

Así queda del todo claro por qué Hitler, como escribe Hanfstaengl, «[mantenía] separados, como en compartimentos estancos, [...] sus distintos grupos de conocidos. No contaba a nadie dónde había estado ni adónde iba, y mucho menos los ponía en contacto entre sí». Sin embargo, opinaba Hanfstaengl, Hitler nunca «había [encontrado] en la tierra de nadie sexual en la que vivía a quien le pudiera proporcionar alivio».¹²⁹ Puede ser.

¿Era tan sólo una casualidad que Hitler encontrara a comienzos de los años veinte a hombres, a los que mantenía cerca de sí, que podían llevarle rápidamente hacia arriba? Seguro que no. Sus relaciones con Ernst Röhm y Dietrich Eckart, protagonistas de dos mundos tan diferentes, muestran que el homoerotismo le ayudaba a franquear las fronteras de clase. Hitler pudo así ponerse a la altura de sus amigos, que tan por encima de él estaban en tantos sentidos, y confiarse a ellos. Sin la protección sin reservas de Röhm y Eckart habría fracasado. Reconocieron en él un «talento» y le allanaron el camino. En su carrera política Hitler tan sólo aportaba en un principio dos cosas: su retórica sugestivo-agresiva y la capacidad de ofrecerse como portador de redención política y representante inmejorable del principio-*Führer*. Todo lo demás fueron impulsos y estímulos desde fuera. En resumen: sin las escalas privadas, la carrera pública de Hitler resultaría incomprensible.

CAPÍTULO IV

Vanos trabajos de amor

Cuando Hitler fue detenido en noviembre de 1923, dos días después del fracasado intento de golpe, acababa de pasar por una crisis existencial. Pero pocos meses después todas sus dudas habían desaparecido y se sentía como si hubiera vuelto a nacer. El período de detención en Landsberg lo había cambiado; cuando en diciembre de 1924 fue puesto en libertad anticipadamente, se lanzó lleno de impulso y confianza en sí mismo a la prosecución de su carrera política. Hitler estaba convencido de que sólo él podía ofrecer al campo populista objetivos y dirección. Por supuesto, eso exigía un cambio de estrategia política, cuyo marco ideológico había ya expuesto en *Mein Kampf*.¹ Al mismo tiempo proponía, en lugar de la actitud «revolucionaria antigua», la vía legal y parlamentaria hacia el poder. Para ello se precisaba sin embargo un cambio de imagen más general: una apariencia menos bufa del movimiento y de su *Führer*. En 1930 ese propósito se había alcanzado, el NSDAP aparecía como una fuerza política relativamente coherente, como el «partido de Hitler».²

En esos años de ascenso, Hitler consiguió también ganarse a nuevos colaboradores para su «asociación de lucha». Entre ellos, el más importante era con seguridad, desde el punto de vista político, Joseph Goebbels, en el que Hitler encontró no sólo un admirador apasionado, sino también un demagogo de su misma talla. Pero Goebbels estaba ocupado construyendo desde sus cimientos el partido en la capital del Reich y apenas podía acudir a Munich. Fueron otros tres hombres con los que Hitler mantuvo un intenso contacto durante aquellos años.

Una fotografía del año 1932 muestra a dos de esos estrechos colaboradores junto a él:³ Rudolf Hess, su secretario privado desde 1925, y Julius Schreck, su chófer desde 1928. En ese grupo falta únicamente el predecesor de Schreck, Emil Maurice, por razones que explicaré más adelante. Hess, Schreck y Hitler, con sombreros a la moda de entonces, miran distendidos a la cámara de Heinrich Hoffmann desde el talud de un dique del mar del Norte; no se aprecia ni el menor indicio de distancia hacia el *Führer*, todo da la impresión de tres amigos que pasan juntos unas horas de esparcimiento. Y así era efectivamente la relación de Hitler con Hess, Schreck y Maurice: cargada de la conciencia de la mutua solidaridad y lealtad.

Esa «situación de servicio» no deja traslucir en modo alguno una relación homosexual y quizá también por eso aparecen repentinamente algunas mujeres en la vida de Hitler (también en la pública) en los años posteriores a su detención en Landsberg. Pero no está de más cierta precaución: la tradición al respecto es de lo más oscura y rebosa leyendas. Lo único seguro es que Hitler se preocupó ostensiblemente en esa época por entablar contacto con mujeres. Conviene aclararlo, si bien desde una perspectiva que no sitúa en primer plano a las «mujeres de Hitler», sino precisamente a los «hombres de Hitler».

Rudolf Hess

El 25 de diciembre de 1924, Hitler haraganeaba nervioso por la casa de Ernst Hanfstaengl hasta que al final gimió: «¡Ay, mi Rudi, mi Hesserl! [...] ¿No es terrible que todavía siga encerrado?». ⁴ Hanfstaengl lo escuchaba con disgusto; se sentía celoso.

Rudolf Hess, que fue puesto en libertad tan sólo nueve días después que Hitler, no se separó a partir de entonces de su lado. Así comenzó, no sólo para él, una época «de las más hermosas vivencias personales» con la participación común «en alegrías y penas, en preocupaciones y esperanzas, en odios y amores, en todas las manifestaciones de la grandeza y también en todas las minucias de las debilidades personales, que hacen a alguien digno de amor». ⁵

La amistad tejida en 1924 se mantuvo inalterable hasta la muerte de Hitler.

Muchos testigos de la época veían en Hess a una «persona delicada y sensible, al borde de una emotividad patológica», ⁶ y apreciaban en él evidentes actitudes femeninas. Pronto corrieron rumores y le llamaban *Fräulein Hess* (Otto Strasser), *Fräulein Gusti* (Ernst Hanfstaengl), *la negra Paula* (según dicen, Ernst Röhm), *la negra Grete* (Bella Fromm) o *la negra Emma* (Erich Ebermayer). ⁷ En 1934 Strasser acusó a Rudolf Hess «con pleno conocimiento de las consecuencias jurídicas, ante el pueblo alemán y la opinión pública internacional, de actividades homosexuales *contra natura*» y tomó por testigo de su acusación a la propia mujer de Hess. ⁸ Kurt Lüdecke, por el contrario, no podía comprender, tras un encuentro con *Fräulein Hess*, cómo habían podido darle ese apodo, ya que el entonces «lugarteniente del *Führer*» le parecía «la masculinidad personificada». Pero como a muchos otros, Hess le pareció inaccesible; no consiguió que le mirara ni una sola vez a los ojos. ⁹

Evidentemente, no era fácil profundizar en la esencia de aquel hombre, tan cerrado y silencioso. Es más revelador el retrato que Hess hizo de sí mismo en 1923, en una carta a la que luego sería su mujer, Ilse Pröhl: «Soy en todo, creo, una mezcla singular, de la que surgen tensiones que de vez en cuando me hacen difícil la vida. Hoy necesito equilibrio, trabajo sereno en soledad, sin oír nada de política ni gritos de guerra, anhelo un entorno que me llene de cultura por todos los poros, de Mozart, piano, flauta... Y mañana marchas de ataque y charcos borboteantes, arrojarse en el tumulto, discusiones en público, debates salvajes, desprecio de quienes todavía ayer me querían y consagraban; hoy extrasuave, mañana rudo, arisco, alborotador. No me reconozco a mí mismo. Si es el malestar actual de la cultura llevado a su extremo, o es algo vulgar que busca inútilmente una salida, no lo sé.» ¹⁰ Aquí se manifiesta un carácter parecido al de Ernst Röhm: una «naturaleza luchadora» de soldado con inclinaciones musicales. Un conflicto anímico que Hess también observaba en Hitler: «Esa persona aparentemente tan áspera es en su interior conmovedoramente tierna.» ¹¹ Y también: «¡Qué mezcla de fría y madura superioridad con desinhibida infantilidad!» ¹² Si eso no eran auténticas afinidades electivas...

¿Qué sabemos de la vida de Hess antes de que se encontrara con Hitler? Hijo de un comerciante, nacido en 1894, pasó su infancia en la ciudad portuaria egipcia de Alejandría. Cuando tenía 13 años sus padres lo enviaron a un internado en Bad Godesberg. Tres años después se trasladó a Suiza, a una escuela de comercio, completando esos estudios desde octubre de 1912 en Hamburgo. En agosto de 1914 se presentó como voluntario en el ejército. A comienzos de 1919, con 24 años, se trasladó tras su licenciamiento en el servicio activo a Munich. Pretendía estudiar economía en la capital bávara, pero su camarada de guerra y amigo Max Hofweber lo arrastró pronto a la escena política, formando parte de la extrema derecha. Hofweber lo introdujo en la asociación Thule, populista y antisemita, y participó en actos de sabotaje contra el gobierno de los consejos obreros y en el aplastamiento militar de éstos. Los contactos personales que se establecieron durante esos meses fueron decisivos para el curso posterior de su vida. Conoció a Dietrich Eckart, Ernst Röhm y Karl Mayr, así como al geopolítico y profesor universitario Karl Haushofer. Desde mayo hasta octubre de 1919 sirvió en el Cuerpo de Voluntarios de Epp, donde se encontró por primera vez con Hitler.¹³

Según Ilse Hess, la vida de su marido se repartía entonces entre «ambos polos, la universidad y el partido: la encarnación del primero era su paternal amigo Haushofer, la del otro Adolf Hitler». ¹⁴ Hess había alcanzado una gran intimidad con Haushofer, ¹⁵ 25 años mayor que él, en cuyo domicilio solían conversar hasta la madrugada, y también viajaban juntos. «Es un hombre espléndido», ¹⁶ contaba entusiasmado Hess a sus padres, mientras que Haushofer dedicaba un poema a su «joven amigo Rudolf Hess» que recordaba a Stefan George: «Con tus ojos festivamente claros / has sabido abrir puertas cerradas / tal como da vida a un paisaje oscuro / el sol a la caída de la tarde...». ¹⁷ Ilse Hess admitía más tarde con renuencia que «durante mucho tiempo [se había sentido] casi un poco celosa» de Haushofer, ya que éste parecía «tener absorbido» a su marido. ¹⁸

Pero a Hess no le llenaba por aquel entonces tan sólo la relación con su «Karli», ¹⁹ sino también su trabajo con y para Hitler. Oficialmente no entró en el NSDAP hasta el 1 de julio de 1920,

pero probablemente se movía desde comienzos de ese mismo año en su entorno. Puso en pie su «servicio de información» y se ocupaba además de cuestiones organizativas. Pero era aún más importante que desde muy pronto sintiera una proximidad especial hacia Hitler. «Se ha convertido para mí en un amigo íntimo», comunicaba en abril de 1921 a su prima. «¡Es una persona magnífica!» ²⁰ Y en agosto se enfrentó a los críticos internos del partido, que censuraban el modo de vida de Hitler: «Pasa usted mucho tiempo sentado con Dietrich Eckart y el joven Hess en el bar Fledermaus», —le advirtieron—, «¡Eso no es bueno para usted!» ²¹ Hess explicó en el *Völkischer Beobachter* que «conocía muy bien» a Hitler, que desde hacía «año y medio [se encontraba] con él casi a diario» y por eso sabía como nadie lo injustos que eran los reproches de ociosidad que le habían dirigido. ²² En un escrito al primer ministro de Baviera von Kahr, en el que pocos meses antes Hess había defendido también a su amigo, decía: «Conozco personalmente muy bien al Sr. Hitler, ya que hablo con él casi todos los días y me siento muy próximo a él.» ²³

Así pues, estamos autorizados a suponer que el vínculo entre Hess y Hitler ya era muy estrecho en la fase inicial de la carrera política de este último. A ojos de Ilse Hess les unían fuerzas «casi mágicas», ²⁴ y el capitán Karl Mayr informó más tarde de que Hess estimulaba emocionalmente a Hitler cada vez más y de que éste transformaba sus estados de excitación así generados en agitación política. Antes de los discursos importantes Hitler solía retirarse durante días con Hess, y éste conseguía «de algún modo» «ponerle en aquel estado de furia [...] que enardecía a las masas». ²⁵ En su entusiasmo con respecto a la por fin hallada «personalidad del *Führer* que le permitía encabezar la lucha», Hess no se dejaba aventajar por nadie: «La esencia de Hitler es la pura voluntad.» ²⁶ Con semejantes fórmulas elevó a Hitler, ya en 1921, a figura política de culto. Además, en razón de sus orígenes gran burgueses, su grado de oficial y sus educados modales, gozaba de la confianza de influyentes personalidades y pudo así proporcionar a Hitler valiosos contactos. Para Karl Mayr era incluso el «primer y más exitoso mentor» del futuro *Führer* del partido.

Cuando en 1921-22 Hitler se apoyó cada vez más en Dietrich

Eckart y Ernst Hanfstaengl, Hess desapareció transitoriamente por el foro. Reanudó sus estudios y se marchó por algunos meses a la Escuela Técnica Superior de Zurich.²⁷ En esa época se intensificó también su relación con Ilse Pröhl.²⁸ Cuando Hitler puso en marcha su *putsch* en Munich en el otoño de 1923, él se mantuvo en la casa solariega de sus padres en Fichtelgebirge. Pocos días antes del intento de golpe le llegó una petición personal de Hitler para que se presentara inmediatamente en Munich. Y así se halló Hess en la noche del 8 de noviembre de nuevo en su puesto; juntos asaltaron la sala de la Bürgerbräukeller. Tras el fracaso del *putsch* Hess huyó a Austria, pero pronto regresó en secreto a Munich, donde halló refugio en casa de su amigo Haushofer. A mediados de mayo se presentó a las autoridades y fue enviado por poco tiempo a la fortaleza de Landsberg.

Allí estuvo con Hitler, *el Tribuno*, como ahora lo llamaba. Se convirtió pronto en su apoyo más importante. Ambos ocupaban —junto al jefe de la *Kampfbund* [Coalición de lucha], Hermann Kriebel y el jefe de *Bundes Oberland*, Friedrich Weber— la llamada «ala de los generales». Emil Matrice hacía de enlace entre éstos y los lansquenets. De las posteriores descripciones del también detenido Hans Kallenbach se deduce qué tipo de sociedad se había establecido tras los muros de la fortaleza: una comunidad de combatientes que disfrutaba de un alojamiento a medio camino entre albergue masculino y casino de oficiales. Ni un indicio de depresión o arrepentimiento. Su horario se repartía entre competiciones deportivas y veladas de camaradería. En suma, los golpistas disfrutaban de las comodidades del «centro penitenciario». «Los baños calientes, siempre a nuestra disposición, en instalaciones modernas acondicionadas especialmente para nosotros»²⁹ eran magníficos, según contaba un jubiloso Hess a su madre en una carta, y esos baños eran utilizados con regocijo a todas horas.³⁰ Muchos de los hábitos de aquellos hombres obligaron a intervenir más de una vez al director del establecimiento: «Está prohibido practicar el nudismo en el exterior de las salas de la fortaleza (en los vestíbulos comunes). Hay que cuidar la decencia y las buenas maneras, especialmente allí donde varios detenidos comparten el espacio con ustedes.»³¹ Sin comentarios.

Los meses de encierro en Landsberg no fueron para Hitler un verdadero castigo, sino que allí pudo recuperarse y relajarse. «El Tribuno tiene un aspecto resplandeciente», escribía Hess a su prometida. Hitler hace ejercicio y se baña, y como «aparte de un poco de cerveza apenas [bebe] alcohol, estará del todo sano cuando acabe la actual campaña difamatoria, gracias al abundante sueño, al aire libre y a un estado anímico nada deprimido. ¡Por el contrario! Lo que es planes para el futuro no le faltan».³²

De hecho, Hitler se encontraba estupendamente, y Kershaw tiene toda la razón cuando dice que su «fe mística en su propia persona, que recorre con su misión salvífica de Alemania el camino del destino, data precisamente de esa fecha».³³ Fue Rudolf Hess quien indujo a Hitler a creer en esa misión y el que le ayudó a asumir el papel de «*Führer* del pueblo alemán». Ciertamente, en 1923, Hitler había desarrollado ya una manifiesta manía redentora, pero hasta el infatigable trabajo de Hess sobre los «mitos» no se creó la correspondiente dramaturgia política. La primera parte de *Mein Kampf* se elaboró en Landsberg a través del diálogo con Hess. Con este libro Hitler no sólo fundamentó ideológicamente su programa político: también quería presentar su vida hasta entonces como prehistoria de su misión. Con Hess podía comprobar, antes de entregarlas a la publicidad, si sus mentiras eran convincentes. Al mismo tiempo, ese amigo fiel influyó en la orientación ideológica del conjunto; el concepto de *espacio vital* fue idea suya o de su amigo Haushofer, quien acudió repetidamente a Landsberg para conversar con los detenidos.³⁴

Hitler y Hess desarrollaron poco a poco y con plena conciencia un guión preciso: Hitler era el *Führer* y Hess su fiel «Hagen»,³⁵ que quería servirle hasta la muerte. Entre ambos se creó una gran intimidad y Hess conocía a Hitler mejor que nadie, «los pensamientos íntimos del Tribuno, su actitud hacia todas las posibles cuestiones, todo su carácter. [...] La confianza mutua sin límites, la comprensión está ahí».³⁶ Así pues, no dejaba de ser lógico que en la primavera de 1925 renunciara a la oferta de un puesto de ayudante que le hizo Haushofer y que, en lugar de ello, aceptando un mal salario, se convirtiera en secretario personal de Hitler. Para Joseph Goebbels, Hess era entonces exactamente el prototipo del perfecto ayudante,

«sereno, amistoso, inteligente, reservado: la personificación misma del secretario privado».³⁷ Organizaba las citas, respondía al correo, acompañaba a Hitler en sus viajes, se preocupaba por las comidas y el alojamiento... Ambos pasaron mucho tiempo juntos en los parajes aislados de Obersalzberg, y en 1926 nació en Kampfhäusl, una pequeña cabaña junto al bosque, la segunda parte de *Mein Kampf*.³⁸

Nada indica que la amistad trabada en Landsberg entre Hitler y Hess se viera nunca amenazada en los años posteriores. Ni siquiera la decisión de Hess de casarse por fin en diciembre de 1927 con su prometida desde hacía varios años causó ninguna desavenencia entre ambos. El propio Hitler había aconsejado ese paso. Pero el día de la boda lo halló «pálido y tembloroso», escribía Hess a su madre. «El buen Tribuno» no había podido comer nada, «de pura emoción», y no se relajó «hasta [haber estado] con el amigo Maurice, una vez que la fiesta hubo terminado».³⁹ Esa reacción muestra lo mucho que afectó a Hitler la decisión de su amigo, por más que la ceremonia nupcial no representase más que el comienzo de un matrimonio de camuflaje.

Cierto es que hasta entonces Hess había encontrado palabras llenas de amor para Ilse, aquella «compañera en todos los pensamientos y sentimientos», pero al final quedó únicamente en una «buena camarada». Como decía, recordando la frase de Schopenhauer, había pescado a la única anguila de un saco lleno de víboras, que estaba allí por equivocación.⁴⁰ ¿Cabe sorprenderse entonces de que Ilse se lamentara más tarde de haber obtenido de su boda «tanto como del día de su confirmación»?⁴¹ Sopesando «las alegrías del matrimonio», Ilse se llegó a comparar con una «novicia».⁴² Aunque Hitler no tenía pues por qué temer, sentía una profunda antipatía por aquella mujer. Como confesó a uno de sus médicos, le ponía nervioso que por pura ambición de dominar a su marido «perdiera su feminidad», convirtiéndose en una «marimacho».⁴³ Esto es interesante, ya que era precisamente en los rasgos masculinos de su comportamiento donde Hitler temía su competencia, no en los femeninos. Para estos últimos, como él debía de saber, Hess no era especialmente receptivo.

También Goebbels, en cuanto lo conoció personalmente, quiso «tenerlo como amigo». Veía en él una «mente efervescente», pero también estaba convencido de que tenía «mucho corazón», como pudo constatar tras un discurso pronunciado en la Bürgerbräukeller de Munich: «Al terminar abracé a Hitler.» Goebbels estaba «feliz», conmovido hasta las lágrimas, y encontró a Hitler «brillante. Podía enloquecerlo a uno» En resumen: «Le quiero.»⁴⁴

Hess se había mostrado parecidamente subyugado por los caprichos sentimentales de Hitler en Landsberg. Cuando su «Tribuno» le relataba un episodio de su época de soldado y de repente comenzó a «sollozar», cuenta Hess que «allí mismo se vino abajo mi compostura». «¡Me entregué a él más que nunca! ¡Le quiero!»⁴⁵

«Me ha alcanzado como a nadie en el corazón»,⁴⁶ decía Goebbels. Pero Hitler también pretendió despertar ese sentimiento en otros. Era un experto en cortejar a la gente, en seducirla, y sus camaradas debían saber cómo ponerse a su disposición. Como embaucador —más allá de cualquier tipo de adoctrinamiento ideológico— nadie podía competir con Hitler. Conocía como nadie la sed humana de reconocimiento, la misma que le había llevado a él a la política, y procuraba con todas sus fuerzas saciar esa sed en sus seguidores. Sentía que sólo así podía recibir a cambio algo parecido a lo que existencialmente le era imprescindible: colaboración devota y una fe incondicional en su misión.

¿Entraba en juego en todo ello el homoerotismo? Con Hess seguro que sí. Su mujer contaba que había elementos del movimiento juvenil, especialmente los «pensamientos y propuestas» de los escritores Hans Blüher y Gustav Wyneken, «sobre las que solíamos discutir».⁴⁷ La obra de Blüher, *El papel del erotismo en la sociedad masculina*, aparecida en dos volúmenes en 1917 y 1919, fue para muchos hombres como un evangelio. Y el director de escuela Wyneken, sospechoso de pedofilia, había publicado en 1921 un texto apologético que causó sensación, en el que defendía el «amor por los niños» y el «eros platónico».⁴⁸ Tanto en un caso como en otro se trataba en el fondo de lo mismo: A los chicos —así lo formulaba Wyneken— no les podía «tocar en suerte una felicidad mayor, un destino más elevado [...] que tropezarse con un hombre en el que poder confiar. El hombre que entiende su anhelo, al

que puede ofrecer su amor, porque siente que irradia amor, que le abre su corazón, permitiéndole participar en su vida, convirtiéndose para él en símbolo de una vida divina más elevada». ⁴⁹ Ya en los primeros años de los *Wandervogel*, se podía leer en el libro de Blüher, se habían podido percibir «auténticos gritos de anhelo por el hombre amado»; cambiar el mundo mediante «acciones creadoras» significaba hacer que esas acciones se inspiraran en «Eros, que prevalece sobre héroes y semidioses». ⁵⁰

No sabemos cuán intensamente se entretenía Hess en esos pensamientos. Pero hay numerosas indicaciones de que podían significar algún sostén para quien decía de sí mismo «no me reconozco». ⁵¹ Y le abrían la posibilidad de aceptar su inclinación homosexual, de entenderla positivamente. Hitler, en cualquier caso, se convirtió —conforme a lo que el texto de la época ofrecía como modelo— en su «héroe» y «semidiós», y siguió siendo para él uno de los «últimos ideales auténticos en este [...] mundo». ⁵² Hitler nunca lo olvidó. En una carta a su marido, Ilse Hess le informaba en 1954 de una conversación con Erich Kempka, el último chófer de Hitler. Éste le había contado una «memorable conversación» que había mantenido con el *Führer* en 1945, poco antes de la derrota final. En ella, Hitler había manifestado «un poco nostálgico, un poco resignado, un poco irónico, pero con infinito afecto, que en todos aquellos años había logrado al menos introducir en la Historia un manantial inextinguible de puro idealismo», concretamente Hess. ⁵³

Hess sirvió a Hitler con invariable devoción hasta su espectacular vuelo a Inglaterra. Pero en el plano personal se produjo cierto alejamiento en 1930. A Hitler se le planteaban ahora tareas a cuya resolución Hess poco o nada podía contribuir. Sus vidas privadas se separaron. Justamente por eso el 30 de enero de 1933 fue para Hess un momento tanto más emocionante, cuando el ahora canciller del Reich le llamó «a su dormitorio en el Kaiserhof, destacándolo entre los muchos que esperaban al *Führer* en el recibidor». ⁵⁴ Con ese gesto subrayaba Hitler simbólicamente una vez más la antigua amistad que les unía, pero no significaba nada más. Ciertamente estaba fuera de cuestión que el nuevo mandatario premiaría a su amigo de tantos años como se merecía por sus fieles servicios. Pero cuando nombró a Hess en abril de 1933 su «lugar-

teniente», y unos meses después ministro, eso ya sólo representaba una formalización de su relación, no el retorno a la que antes había sido tan estrecha. Daba igual que Hess pudiera estar seguro, e incluso proclamara públicamente, «que conozco al *Führer* y sus más recónditos pensamientos como ningún otro». ⁵⁵

Hitler, Emil Maurice y Geli Raubal: un triángulo amoroso

«La solemne seriedad de Hess a veces me saca de quicio», dijo al parecer Hitler a Heinrich Hoffmann en el verano de 1927. Aunque valoraba el carácter introvertido de su favorito, de vez en cuando no le parecía lo bastante vivaz. Muy diferente era el caso de Emil Maurice, el exaltado emprendedor al que Hitler llevaba cada vez más en el corazón. Maurice recibió su primera distinción pública en enero de 1922, cuando Hitler lo llamó entusiásticamente «nuestro galgo corredor». ⁵⁶ El *Führer* del partido recordaba con ello una batalla campal en la Hofbräuhaus, que más tarde llegó a señalar como «bautismo de fuego» de las SA. Entonces, en noviembre de 1921, el esbelto y joven Maurice, lleno de vigor y ansioso de pelea, ya le había llamado la atención.

Emil Maurice nació en 1897 en las cercanías de Eckernförde y había realizado en su patria chica del norte de Alemania estudios de relojero, antes de trasladarse en el otoño de 1917 a Munich. Al finalizar la primera guerra mundial, en la que sirvió algunos meses como soldado, comenzó a interesarse por la política. En 1919 se afilió al partido de Hitler y pronto le pusieron a cargo de la «sección de entrenamiento y deportes», lo que significaba en realidad la vigilancia y protección de las salas donde se efectuaban reuniones y debates. En 1921 Hitler lo convirtió en su chófer, y con ello en uno de sus más íntimos colaboradores. ⁵⁷ Que ya entonces se contaba entre los elegidos es algo que confirma también Julius Schaub, quien señaló tras la guerra a Maurice como el que «sabía más de los primeros tiempos de Hitler hasta 1925». ⁵⁸ Participó con el «grupo de choque Hitler» en el *putsch* de noviembre de 1923. Fue juzgado y cumplió su condena desde abril de 1924 hasta enero de 1925 en Landsberg. ⁵⁹

Allí sirvió como enlace y hombre de confianza del *Führer*, se encargó de su correspondencia y de pasar a limpio el manuscrito de *Mein Kampf*.⁶⁰ Al igual que para Hitler y Hess, los meses de prisión no fueron para él una carga. Por el contrario, en una fotografía tomada en aquellos días sorprende al observador el buen aspecto de aquel joven. Maurice está de pie, justamente detrás de Hitler, y ambos sonríen a la cámara. Llama la atención la vestimenta de ambos, un atuendo que más tarde se vuelve a ver en circunstancias privadas en el entorno de Hitler: Cuando Hitler y Maurice salían de viaje solían llevar «pantalones de cuero, camisas blancas y chaquetas tirolesas de armonioso azul claro, con botones de cuerno de ciervo». ⁶¹ Para gente no bávara se trataba de una ropa poco habitual. Cuando Goebbels encontró a su jefe en 1926, «vestido de montañero», tan sólo se le ocurrió este comentario: «Tiene un aspecto muy divertido.»⁶² El chófer Maurice, procedente del norte de Alemania, divertía al parecer a Hitler con aquel gracioso atavío.

La amistad y el tuteo entre Hitler y Maurice se inició como muy tarde en Landsberg. El primero llamaba al segundo Maurizl o Mosel, y para éste el *Führer* era sencillamente «mi querido Hitler», un trato algo arrogante por parte de un subordinado ocho años más joven y sin especiales méritos políticos. Así se constata, por ejemplo, en una carta de enero de 1925, en la que Maurice pedía al jefe del partido que lo recibiera personalmente el día de su puesta en libertad, «como le había prometido»: «Esperando un pronto reencuentro en libertad, se alegra tu E. M». ⁶³ A partir de aquel momento Hitler permitió a su chófer participar de cerca en su vida. Maurice tenía una llave del domicilio de Hitler en la calle Thiersch, se ocupaba de la ropa de éste y de muchas otras cosas de la vida cotidiana, lo que normalmente habría sido la tarea de un ama de llaves. ⁶⁴ Pero también estaba en su puesto cuando había jaleo y no se asustaba ante ninguna riña, ⁶⁵ lo que Hitler nunca dejó de agradecer a su «bravo Maurice», ⁶⁶ ni tampoco su habilidad como conductor, que encantaba al apasionado amante del automovilismo que era Hitler. Como recordaba más tarde Rudolf Hess, «siempre iban a toda velocidad»: «¡Maurice, acelera!»; así corríamos por todo el país.»⁶⁷

Pero Maurice tenía también un lado romántico y cierta sen-

sibilidad artística. En la fotografía mencionada empuña, en cierto modo como signo reconocible, un laúd. El gusto artístico de «Mauritzel» permaneció en el recuerdo de muchos de los miembros de la camarilla muniquesa de Hitler, como en el de la hija de Heinrich Hoffmann, Henriette, que contaba cómo Maurice, al salir de excursión, «cogía su guitarra del maletero, se sentaba en el suelo y apoyado en un árbol cantaba canciones populares irlandesas mientras los demás tarareábamos siguiendo el compás». Para ella, Maurice era «una persona sensible, no un ambicioso luchador; su amabilidad era ternura apenas velada». ⁶⁸ Era precisamente esa mezcla de masculinidad y encanto lo que también le atraía tanto a Hitler.

Al igual que Hitler, Maurice resultaba atractivo para las mujeres, sólo que él no rechazaba los encantos del otro sexo. Hans Kallenbach informa en sus recuerdos de los meses de detención en Landsberg acerca de un romance que se habría desarrollado sobrepasando los muros de la prisión. El «languideciente amante» había intercambiado cada noche señales con una joven que vivía en una de las casas de enfrente. ⁶⁹ Las incesantes bromas de los codetenidos habían hecho por fin que «hasta el *Führer* se enterara del dulce secreto del bello Emil. Una sonrisa indulgente [de aquél] acabó con su lío de faldas». ⁷⁰

¿Pero qué es lo que había que «perdonar»? Al parecer, Hitler vigilaba un poco celoso a su «guapo Emil». Y probablemente le envidiaba sus dotes bisexuales, su comportamiento juguetón con el otro sexo. Si Hitler hubiera podido hacer lo mismo, se habría ahorrado una situación tan penosa como la que tuvo que vivir en la Nochevieja de 1924-25. La festividad se celebraba en el domicilio de Heinrich Hoffmann, quien todavía recuerda que una de sus colaboradoras de la tienda de fotos —una joven muy atractiva— había atrapado a Hitler bajo una ramita de muérdago fijada a una puerta. Siguiendo la costumbre, ella le echó los brazos al cuello y le dio un apasionado beso: «Nunca olvidaré —escribe Hoffmann— la expresión asombrada y aterrorizada de Hitler.» Por un momento se hizo un silencio absoluto. «Hitler estaba allí, confuso y desamparado como un niño; se mordió los labios para dominar su enfado», y poco después abandonó la fiesta totalmente turbado. ⁷¹ Su comportamiento hacia el otro sexo era todavía adoles-

cente, por no decir triste. A los funcionarios de Landsberg les llamaba la atención «que Hitler permaneciera indiferente frente a las mujeres y jovencitas». ⁷²

El hombre que ahora contaba apenas cuarenta años y que quería gobernar Alemania necesitaba ayuda y consejo, y Maurice no se los negó. «Juntos seguíamos muchas veces a las chicas; yo era como su sombra.» ⁷³ Cuando estaba de viaje con su jefe fuera de Munich, según le confió a la secretaria de Hitler, Christa Schroeder, tuvo que «ligarse a chicas en el tiempo que Hitler empleaba en reuniones». «Nos sentábamos con ellas y charlábamos. Hitler les daba dinero, pero sin pedirles nada a cambio.» ⁷⁴ Por aquel entonces, recuerda Maurice, también fueron muchas veces juntos a la Academia de Arte, «a admirar a las modelos que posaban desnudas». ⁷⁵ ¿Qué se prometía Hitler con todo eso? Probablemente pretendía deshacerse de su enorme timidez, pero para eso no bastaban los diversos esfuerzos ocasionales descritos.

En definitiva, parece ser que en los años que siguieron a su detención en Landsberg Hitler realizó algunos avances hacia distintas mujeres. En un primer momento, las hijas de las casas que visitaba privadamente, ⁷⁶ luego Ada Klein, una colaboradora del *Völkischer Beobachter* con la que, según Christa Schroeder, salió varias veces en los años 1925-26, encontrándose con ella en el domicilio de Emil Maurice, si bien «nunca habían llegado a la intimidad». ⁷⁷ Pero cuando conoció en el otoño de 1926, en Berchtesgaden, a Maria Reiter, quien entonces contaba apenas 16 años, fue algo muy diferente. ⁷⁸ Lo que esta «amada de Hitler» contó en 1959 a la revista *Stern* acerca de esa relación no se debe dar a ciegas por bueno, pero eso no significa que lo inventara todo. Ambos se encontraron efectivamente en varias ocasiones en 1926-27. Hitler la llamaba Mimi, Mizzi y Mizzerl; se escribieron cartas y se hicieron mutuamente regalos. Sin embargo, las manifestaciones de amor de Hitler parecen preparadas de antemano, huecas y poco comprometedoras, ⁷⁹ como copiadas de las guías de consulta para enamorados: «Sí, mi niña. No sabes verdaderamente lo que eres para mí y cuánto amor te tengo.» Y cuando ella pretende conocerle mejor, le recomienda la lectura de *Mein Kampf*: «Lee mi libro y así podrás conocerme.» ¿Se puede llamar a esto pasión?

Cierto es que, durante algún tiempo, Hitler dejó creer a la señorita Reiter que podrían llegar a constituir una pareja. Pero en el transcurso del año 1927 su afecto hacia la «querida niña» se enfrió de nuevo. Y es que no se podía transformar en una relación de amor real, como se había demostrado antes. Así relata ella uno de sus encuentros: Maurice condujo a la pareja a un bosque. Mientras él permanecía discretamente en el automóvil, Hitler y su Mizerl salieron de él y llegaron finalmente a un claro, donde él guió a su acompañante hacia un alto abeto: «Me hizo girar hacia la izquierda, hacia la derecha, retrocedía un par de pasos y me miraba atentamente desde allí, como un pintor a su modelo. [...] “Una imagen maravillosa”, exclamaba.» Finalmente se aproximó a ella y le dijo: «Mimi, querida, no puedo más.» Me abrazó y me besó. No sabía qué hacer a continuación.» ¿Cómo podría haberlo sabido, cuando ningún deseo le mostraba el camino? Sólo el capricho de imitar a un pintor le había dado el valor de atreverse a llegar tan lejos.

Lotte Bechstein, la hija de su patrona Helene Bechstein, a la que según parece cortejó, respondía así a la pregunta de su marido de por qué no había llegado a acostarse con Hitler: «No era capaz de besarme.» ⁸⁰ No, realmente no podía hacerlo con mujeres; su obsesión por la gente de su propio sexo era demasiado fuerte y la auto coerción a la heterosexualidad demasiado impuesta por la voluntad. Todos los intentos de llevar hasta el final una relación amorosa con una mujer fracasaron.

Hitler parecía haberse hecho a la idea de permanecer soltero cuando en el segundo semestre de 1927 apareció en Munich su sobrina Angela Raubal, a la que llamaban Geli. Sigue discutiéndose hasta hoy vivamente el carácter de la relación que se estableció entre él y la hija de su hermanastra Angela. ⁸¹ A mi entender, cualquier interpretación debe incluir como figura clave a Maurice, ya que se trataba de un triángulo amoroso. Dicho de otra forma, aquí se entremezcló el problema de Hitler con las mujeres con su amor hacia un hombre.

No sabemos con seguridad cuándo se conocieron Hitler y su sobrina. Cabe suponer que el primer encuentro tuviera lugar en el verano de 1924, cuando Angela Raubal visitó a su hermanastro en Landsberg junto a su hija Geli, de dieciséis años, y su hijo Leo.

Pero hasta 1927 no se trataron más de cerca tío y sobrina, cuando Geli llegó en un viaje de estudios a Munich y junto con sus compañeros de escuela fue a ver a su famoso pariente. Ese mismo año terminó el bachillerato en Linz y en otoño se trasladó a Munich, pero antes de inscribirse en la facultad de medicina y de ocupar una habitación muy próxima a la universidad,⁸² Hitler las invitó a ella, a su madre y a una amiga de Geli a un viaje por toda Alemania. Resulta muy reveladora una carta de Rudolf Hess, quien se había unido al grupo «para hacer un favor al Tribuno». Hitler se lo había pedido «para no tener que estar todo el tiempo solo con la "pandilla de mujeres"». Estuvieron en Dresde y en Berlín, y fueron juntos a la ópera y al teatro. Sobre Geli escribía Hess que la «sobrinita del tribuno [era] una preciosa jovencita de diecinueve años, siempre alegre y a la que nunca le faltaban las palabras, como a su tío; por el contrario, éste apenas podía estar a la altura de su inagotable labia». Hitler estaba «convencido de que no pasaría del segundo semestre y de que antes se casaría. Otros, incluida la sobrinita, son de la misma opinión».⁸³ Aunque se trataba de una broma, pronto iban a cambiar las cosas.

En efecto, la sobrina de Hitler se enamoró en seguida de Maurice. No sabemos si el sentimiento era recíproco. Como se deduce de una carta que la languideciente Geli escribió a su «amado Emil» en la Nochebuena de 1927, Hitler no quería al principio aceptar aquella relación de ningún modo. Dos días antes de Navidad había intentado desanimar a la joven, amenazándola incluso con devolverla junto a su madre a Viena. Geli escribía que aquello la había «hecho sufrir como nunca. Pero tenía que ser así, y es bueno para ambos; tengo ahora la sensación de que estos días nos han unido para siempre». Que Hitler no prohibiera categóricamente la relación en aquel momento se debió en gran medida a una intervención de Ilse Hess. De todos modos exigió, según proseguía Geli en su carta, «que esperemos dos años. Piensa, Emil, dos años enteros, durante los que sólo nos podremos besar a escondidas, y siempre bajo la vigilancia de T[ío] A[dolf]». Tienes que trabajar, construir para los dos una vida, y por ahora sólo nos podremos ver en presencia de otros». A partir de entonces, el amor entre ambos tenía que permanecer en «absoluto secreto». Sin embargo,

Geli se sentía «feliz de poder permanecer cerca de ti. Mi tío A. me ha prometido que podremos vernos con frecuencia. Es tan comprensivo...».⁸⁴

Al parecer la señora Hess era por aquel entonces «la única persona [...] que cree que verdaderamente me amas». Hitler lo sabía probablemente mejor, ya que conocía a su Mauritzl y no podía creer que sus intenciones fueran serias. Pero puso buena cara al juego y al final se portó de forma «increíblemente amable». La carta de Geli se puede valorar en ese sentido como un signo de cese de alarma; parecía como si hubieran encontrado un *modus vivendi*. Encarnando algo así como la figura de un abuelo, el tío había retenido a su amada sobrina en el terreno de la moral burguesa, mostrándose —apenas se puede creer— asombrosamente dispuesto a llegar a un compromiso. Si uno se pregunta qué se prometía Hitler exactamente, los pensamientos ocultos que le guiaban son fácilmente imaginables: No podía renunciar ni a Geli ni a Maurice y mantenía suficientes hilos en sus manos para conducir el desarrollo de los acontecimientos en el sentido deseado.

Pero semejante triángulo amoroso no podía durar mucho tiempo, y provocó a los pocos meses profundas desavenencias entre Maurice y Hitler. Según las posteriores declaraciones de Maurice, su jefe le despidió en la Navidad de 1927 «como consecuencia de una disputa personal».⁸⁵ Hitler no se había podido acomodar a su compromiso matrimonial,⁸⁶ y añadió que habían sido los celos de Hitler los que le habían instigado contra él: «Él la amaba, pero era un amor extraño, que no se confesaba a sí mismo.»⁸⁷ Sus declaraciones no coinciden en cualquier caso con el tono de la carta de Geli. Nada prueba que Hitler en aquella época se consumiera de amor y celos por su sobrina. ¿Pero por qué se produjo entonces el conflicto? ¿Tenía algo que ver realmente con Geli Raubal? Quizá menos de lo que hasta ahora se ha supuesto.

Está confirmado que Maurice presentó una denuncia en abril de 1928 contra Hitler por salarios devengados hasta una suma de 3 000 marcos. El juez le dio la razón parcialmente, ya que Hitler fue condenado a pagarle, pero sólo 500 marcos.⁸⁸ Aun así, Maurice no consideró el asunto resuelto y ejerció nuevas presiones. Geli escuchó a escondidas un excitado intercambio de palabras entre

él y Hitler, que Otto Strasser ha relatado así: «¡No vuelvas a pisar esta casa!», gritó Hitler, a lo que Maurice respondió enfurecido: «¡Si me echas, voy y le cuento todo al *Frankfurter Zeitung*!». ⁸⁹ Así se abrió efectivamente la vía del chantaje, como muestra el asunto «Mimi Reiter», que él se encargó de airear.

Ya en 1927 habían llegado cartas anónimas a la dirección del partido que acusaban a Hitler de corrupción de menores. Más tarde se supo que las había enviado cierta Ida Arnold, amiga de Maurice, quien había invitado a Mimi a café y la había interrogado a fondo. Hitler se sintió entre la espada y la pared y exigió a Maria Reiter una declaración jurada de que no había contraído «ningún tipo de vínculo» con él, ⁹⁰ lo que equivalía lisa y llanamente a un perjurio. Pero quizá en aquellos días del verano de 1928 no se le ocurrió nada mejor. Al parecer se sentía muy presionado, temiendo eventuales revelaciones sobre los detalles más íntimos de su vida privada. ¿Y quién sabía más al respecto que Emil Maurice?

Sea como sea, Hitler temía que su problema con las mujeres se viera expuesto a la luz pública. Tanto, que ya se estaba preparando para una querrela ante los tribunales. Halló una importante ayuda en el juez superior del partido, Walter Buch, al que pidió a comienzos de julio en su casa que le hiciera un encargo «en una cuestión personal». Buch quedaba obligado «con su palabra de honor» a mantener silencio sobre ese encargo secreto. Según parece, Hitler amenazó entonces con un escándalo, un proceso en el que iban a hacerse públicos detalles oscuros de su vida privada. El juez del partido invitó a Geli y a Hitler a una larga estancia en su casa, para ayudarles «en aquella difícil situación [¿de la ruptura de confianza?]». ⁹¹ Pero ambos se decidieron por un viaje al norte de Alemania, donde pasaron «hermosos días» en Hamburgo y Helgoland en compañía de Joseph Goebbels. ⁹² Sin embargo esa distracción no ayudó a Hitler en su «difícil situación», y Buch se sentía «muy preocupado» a causa del «menosprecio a los seres humanos» que Hitler había mostrado en el otoño de 1928. Trataba de comprender «que las amargas decepciones que le han causado personas en las que durante largo tiempo ha creído le hayan llevado en estos últimos meses a ese estado de ánimo». Pero le aconseja la sepa-

ración, no la venganza. «No debe usted mancharse con gente que ha traicionado su confianza, que le ha mentado (aunque eso haya sucedido tras largo tiempo de aparente lealtad y fidelidad).» «La confianza en el *Führer* [se fortalecerá] si la opinión pública comprueba que es lo bastante fuerte para desprenderse de gente débil y sin carácter a pesar de años de confianza.» ⁹³

Estas fórmulas estereotipadas no permiten ninguna conclusión sobre el verdadero trasfondo del conflicto, pero vemos cuán dramáticamente se habían agravado las cosas. Al parecer, los colaboradores de Hitler tuvieron que hacer uso de toda su influencia para impedir que el irritado *Führer* del partido emprendiera acciones poco meditadas. Los intentos de apaciguamiento dieron fruto, ya que a finales de ese año el conflicto estaba resuelto y sin escándalo público, proceso ni derramamiento de sangre. Pero el malestar debía de proseguir soterrado, de otra forma no se puede entender la anotación que hizo Goebbels en su diario, tras una conversación con el jefe de distrito Karl Kaufmann, quien le había contado «cosas absurdas del Jefe»: «Él, su sobrina Geli y Maurice. La tragedia tiene nombre de mujer. ¿Hay pues que desesperar? ¿Por qué tenemos que sufrir tanto por las mujeres? Creo firmemente en Hitler. Lo entiendo todo. Lo verdadero y lo falso.» ⁹⁴ Así pues, tampoco Goebbels sabía cómo poner orden en ese «absurdo». Dio por cierta la razón del conflicto como competencia por una mujer, y Hitler sólo podía tener razón. Ya que el drama de la separación entre éste y Maurice habría podido poner en marcha cosas que había que mantener obligatoriamente bajo siete llaves hasta para los colaboradores más cercanos.

El 1 de agosto de 1928 Hitler extendió a Maurice un certificado de trabajo lleno de reproches, ⁹⁵ según el cual Maurice era un «proscrito» que debía vivir «totalmente aislado» y construirse una nueva vida «sometido a duras privaciones». ⁹⁶ Pero no le fue tan mal, ya que pronto abrió en Munich una relojería, aunque hacía muchos años que no había trabajado como relojero y no poseía el título de maestro. Además, debía de contar con un considerable capital inicial. ¿Y quién sino Hitler pudo proporcionárselo? Otto Strasser aseguraba que Maurice había recibido 20 000 marcos como precio por su silencio. ⁹⁷ Maurice desapareció efectivamente de la

escena; no se marchó del partido,⁹⁸ pero su camino y el de Hitler ya no eran el mismo.

¿Y Geli Raubal? Había perdido a su prometido, pero su tío Hitler la «indemnizó». Desde finales de 1928 se convirtió en su acompañante perpetua; él la sacaba de casa y se les veía juntos de compras, en la ópera, en el cine y en el teatro; también le pagaba las clases de canto. Ella le acompañaba en sus viajes, y hasta en los reductos más reservados para hombres como el café Heck la pimpante sobrinita estaba autorizada a permanecer. En el otoño de 1928 se trasladó a una habitación en la casa de Hitler en la plaza del Príncipe Regente. Hitler disfrutaba sin duda de ese juego de pareja de novios, ya que Geli era una acompañante muy agradable, en lo que coincidían casi todos los miembros del entorno de Hitler. Hess la apreció desde el principio, e incluso para Julius Schaub era «una niña grande, a la que había que querer por fuerza», «con unas formidables ganas de vivir» y sin «inhibiciones». ⁹⁹ A Hitler le gustaba su forma de ser y estaba orgulloso de «mostrarla en todas partes» a su lado, para «impresionar [...] a sus camaradas de partido». ¹⁰⁰ Hanfstaengl llegaba a afirmar «que Hitler, durante cierto tiempo, se comportó como un jovencito enamorado». ¹⁰¹ Lo que había realmente entre él y Geli sigue sujeto a especulación, pero es más que improbable que Hitler llegara a la intimidad con su sobrina; Christa Schroeder, por ejemplo, estaba segura de que «no había tenido relaciones sexuales con ella». ¹⁰²

Hitler disponía cada vez más de la joven sedienta de vida y de proyectos y la llevaba al compás de sus intereses egoístas. A Hoffmann le dijo, por lo visto: «¡Exactamente! Amo a Geli y podría casarme con ella, pero usted conoce mis opiniones y sabe que estoy decidido a permanecer soltero. Por eso me reservo el derecho de vigilar a sus conocidos varones, hasta que aparezca el más adecuado. Lo que ella considera ahora una restricción es en realidad una sabia medida de precaución. Estoy firmemente decidido a vigilarla para que no caiga en manos de un aventurero o un estafador indigno.» ¹⁰³ Esto concuerda con lo que Christa Schroeder oyó decir más tarde al propio Hitler, que «había pensado educar a Geli para una vida en común». ¹⁰⁴ Parece evidente, ya que Hitler había encontrado por fin en su atractiva sobrina a una verdadera mujer, con

lo que resolvía el problema de su reputación. Su comportamiento aparentemente matrimonial daba pábulo a rumores, que era precisamente lo que él deseaba.

Pero Hitler había hecho la cuenta sin consultar a la dueña: Geli Raubal no veía para sí ninguna perspectiva de vida, al menos duradera. Lo que al principio le había divertido se acabó convirtiendo en fastidio y aburrimiento, en una jaula de oro. Quería ser algo más que una simple pieza de exhibición. Por eso, como escribe Henriette von Schirach, «en los años en que vivió tan cerca de Hitler, encerrada, se volvió esquiva y huraña». ¹⁰⁵ Las consecuencias son conocidas: depresiones, intentos de fuga, peleas y, finalmente, su muerte precoz mediante una bala del revólver de Hitler. Se ha intentado una y otra vez reconstruir lo que le sucedió efectivamente en septiembre de 1931 a aquella joven de 23 años, pero todo ha sido hasta ahora en vano por falta de fuentes fiables. Moralmente, en cualquier caso, la cosa está clara: Hitler utilizó a su sobrina para apartar de sí un problema personal irresoluble. Que su víctima pudiera romperse era algo que no le importaba.

Año y medio después de que Geli Raubal hubiese puesto fin a su joven vida reapareció de repente su antiguo prometido Emil Maurice. Tras la toma del poder por los nacionalsocialistas se ofreció de nuevo en la primavera de 1933 a su «querido Hitler». Más tarde justificó ese intento de aproximación afirmando que Himmler lo había amenazado y perseguido en esas semanas. ¹⁰⁶ Puede que fuera así, ya que en 1928 el *Führer* había dejado muchas cuentas pendientes que el nuevo jefe de policía de Munich quería ajustar ahora. Maurice manifestaba que viéndose en aquella situación se había dirigido personalmente a Hitler. Afortunadamente, éste «le había tendido la mano como signo de reconciliación» y le había dicho: «Mosel, en aquel momento no me porté bien contigo.» ¹⁰⁷ Lo que calla Maurice es que tuvo que pagar con cierta complicidad aquella «muestra de clemencia», pensada al mismo tiempo como prueba de valor y de fidelidad. El 9 de marzo de 1933, concretamente, el día de la toma del poder en Baviera, asaltó junto a Max Amann y un pelotón de las SA la redacción del *Gerade Weg*, la revista del enemigo jurado de Hitler, Fritz Gerlich. «¿Dónde está Gerlich, ese cerdo?», rugía una y otra vez. Cuando por fin encon-

tró a su víctima le golpeó brutalmente en el rostro.¹⁰⁸ Cuatro días después de su actuación en el *Gerade Weg* recibió de Hitler la confirmación por escrito de que iba a ser nombrado consejero de la ciudad.¹⁰⁹ Un retrato del año 1933 lo muestra lleno de orgullo con el uniforme de oficial de las SS y con la cadena de consejero al cuello.¹¹⁰

Maurice pudo poner a prueba su nueva alianza con Hitler con ocasión del sangriento ajuste de cuentas con Röhm.¹¹¹ Como reconocimiento a «sus méritos en el aplastamiento de la revuelta criminal» fue ascendido a *Standartenführer* [coronel] de las SS. Con eso quedaba borrada la mancha de la apostasía. Para esa época, como muy tarde, renovaron Hitler y él su antigua amistad; Hitler le invitó en octubre de 1934 a una excursión a Landsberg y también estuvo presente en la conmemoración anual del *putsch* de noviembre de 1923; una foto de aquel año lo muestra ante la Feldherrenhalle [Sala de Generales] en primera fila, directamente tras Hess y Hitler.¹¹³ Después de la guerra se demostró que ambos hombres no sólo se habían reconciliado, sino que de nuevo eran amigos: durante la estancia de Hitler en Munich, Maurice «había sido siempre su acompañante»,¹¹⁴ afirmaba el acta de desnazificación. Y su abogado reconoció que, a partir de 1933, «el *Führer* lo recibía con gusto cuando visitaba Munich».¹¹⁵

Ahora Hitler ya no disimulaba sus atenciones. Maurice se había decidido en 1935 a casarse con una estudiante de medicina, catorce años más joven que él. Hitler participó en la fiesta de compromiso. «Se portó de forma encantadora conmigo», recordaba más tarde Hedwig Maurice. «No con un encanto aprendido, sino con el que proviene del corazón.»¹¹⁶ Se anunció ostentosamente que el *Führer* ponía su casa a disposición de los novios para la celebración de la boda.¹¹⁷ Hitler tuvo que desdecirse de su ofrecimiento al poco tiempo, pero visitó poco después a los recién casados en su nuevo domicilio y les entregó 1 000 marcos como regalo de bodas.¹¹⁸

Ese enlace matrimonial le causó sin embargo ciertas incomodidades: Antes de su boda, como miembro de las SS, Maurice tuvo que presentar un árbol genealógico, y los aplicados inquisidores de Himmler hallaron un antepasado judío, por lo que el Reichsführer de las SS, Himmler, se proponía expulsar de su organiza-

ción a aquel «no-ario». Pero Hitler decidió «que en este caso, como excepción» Maurice y sus hermanos podrían permanecer en las SS, «ya que era su acompañante más antiguo y él, sus hermanos y toda la familia de Maurice habían servido al movimiento con extraordinaria valentía y lealtad desde los primeros y más duros años».¹¹⁹

Es de señalar el variable trato que Hitler dispensó a Emil Maurice en el transcurso de un decenio: afecto, condena, compromiso, rehabilitación, protección. Para esa especie de ducha escocesa caben dos explicaciones: o bien, pese a todas las decepciones y enfados, Hitler no había dejado nunca de querer a su «galgo corredor», o le temía tanto que le pareció más inteligente corromperlo que liquidarlo (lo que podía acarrear incalculables consecuencias). No obstante, la verdad se sitúa probablemente entre ambos extremos.

Las mujeres de Hitler: Magda Quandt y Leni Riefenstahl

La muerte de Geli Raubal en 1931 fue una catástrofe para Hitler. Su problema con las mujeres, que mediante su relación con ella había conseguido ocultar, volvió a manifestarse agudamente, y por el momento no había ninguna solución a la vista, o al menos ninguna que pudiera hacer medio creíble hacia adentro y hacia afuera. Esa situación hacía peligrar el sensacional salto adelante en su carrera que significaron para él las elecciones al Reichstag de septiembre de 1930, ya que como persona pública no podía dejar indefinidamente sin respuesta la pregunta acerca de la causa de su temor al matrimonio, tanto para sus seguidores como para sus oponentes. Pero también tenía que hacer frente al problema porque, al deberse su aura en gran medida a fuerzas de autosugestión, no quería quedar como un fracasado ante sí mismo.

Observemos pues cómo se presentaba a las mujeres en los meses posteriores al trágico fin de su sobrina; con mayor precisión, frente a las mujeres que evidentemente le gustaban (y recíprocamente), atractivas y capaces o deseosas de mantener una relación con él. La primera a la que debemos mencionar es Magda Quandt, y a continuación Leni Riefenstahl. Con cualquiera de ellas se habría

podido casar Hitler en 1931-32 de haberlo querido. Pero no sólo no quería, sino que presentó ese rechazo de forma que de él resultara un paliativo de largo efecto frente al público.

Magda Quandt, secretaria privada y amante de su jefe de propaganda Goebbels, conoció a Hitler más de cerca en 1931. Se sentía tan «entusiasmada y excitada» por las apariciones en público de Hitler que a mediados de octubre decidió hacerle la limpieza en su cuartel general berlinés, el hotel Kaiserhof.¹²⁰ Los sentimientos que ese encuentro desencadenó en ambos parecían acercar al terreno de lo posible una relación más estrecha.¹²¹ Pero aquella adora-dora de Hitler admitió sin más frente a Leni Riefenstahl que aunque estaba profundamente enamorada se sentía «vencida»: «Sólo cuando quedó claro para mí que Hitler, con excepción de su sobrina Geli, cuya muerte nunca superará, no puede amar a ninguna otra mujer, sino, como siempre dice, a "su Alemania", acepté casarme con el doctor Goebbels para poder estar siempre cerca del *Führer*.»¹²²

Aquí aparece por primera vez un truco terminológico que más adelante se iba a convertir en una pieza importante del camuflaje de Hitler, su «incapacidad de amar» tras la muerte de su sobrina. Ahora bien, esa fórmula no sólo está en crasa oposición al hecho de que el inconsolable tío ya se sentía capaz de amar cuatro semanas después del suicidio de Geli Raubal, sino que al parecer el acercamiento de Magda Quandt duró algo más de lo admitido en los escasos datos disponibles. Al final desembocó en el triángulo Quandt-Goebbels-Hitler, zurcido por el entonces jefe de estado mayor de las SA, Otto Wagener, por indicación de Hitler. Kurt Lüdecke nos ha transmitido un revelador comentario de Magda Quandt. En su boda, celebrada el 19 de diciembre de 1931, Hitler había sido «*the best-man*», «*while the Doctor was only the groom*». Hitler fue pues el testigo de la boda, y Goebbels «tan sólo» el novio. Con este claro énfasis concuerda también la observación posterior de que Hitler ahora —medio año después— consideraba el domicilio de los Goebbels en Berlín como su «segundo hogar» y se sentía en él totalmente a gusto.¹²³

A comienzos de 1932, con 43 años, Hitler había conseguido por fin lo que quizá pretendía: gozaba del apoyo, la admiración y la atención de una mujer encantadora, sin haber contraído ningún tipo de obligaciones. Además había hecho feliz a uno de sus más importantes seguidores, facilitando a Goebbels un matrimonio al que Magda Quandt no habría dado en otro caso su consentimiento.¹²⁴ Al mismo tiempo podía proclamar, aludiendo a la muerte de Geli, que no podía amar a ninguna otra mujer e incluso que había «superado el deseo de la posesión física de una mujer».¹²⁵ Siete años antes había pretendido hacer creer a Rudolf Hess algo muy diferente: Evitaba «la vinculación estrecha [...] con cualquier persona de sexo femenino» porque debía «estar preparado en cualquier momento para exponerse a todos los peligros y a morir si fuera preciso, sin el menor apego personal».¹²⁶

Pero Hitler no habría sido Hitler si en 1931 no hubiera intentado sacar rendimiento político de esa situación personal. La muerte de Geli Raubal le ofreció la oportunidad de enriquecer con una nueva faceta su descubrimiento de sí mismo como salvador político del pueblo alemán, concretamente con la leyenda de que Alemania era su verdadera y única novia, por la que él ofrecía su persona. En un primer momento esto no fue más que la teatral exageración del dolor más o menos verdadero que Hitler pudo sentir tras el suicidio de su sobrina. Pero cuantas más veces representaba su melodrama más claramente destaca lo artificial e intencionado de su actitud.¹²⁷ La exhibición de su luto se convirtió en una maniobra de distracción, en un camuflaje para su fábula de que a partir de entonces el *Führer* no podía atender a otro amor que el que sentía por Alemania.

Leni Riefenstahl ha descrito en sus *Memorias* un encuentro con Hitler en la playa de Horemersiel en el mar del Norte¹²⁸ que nos permite hacernos una idea de la naturaleza de aquel mito privado, un mito basado en última instancia en el íntimo rechazo de un hombre predominantemente homosexual a sus deseos heterosexuales. Una tarde casi veraniega a orillas del mar a finales de mayo de 1932 fue el romántico marco para una escena que Riefenstahl nos cuenta como sigue: «Hitler estaba totalmente relajado y hablaba de su vida privada y de cosas que le interesaban especialmente,

sobre todo de arquitectura y música. Me habló de Wagner, del rey Luis [II de Baviera] y de Bayreuth. Al cabo de un rato cambió repentinamente de tema y de voz, y me dijo apasionadamente: "Pero me llena más que nada mi tarea política. Siento en mí la vocación de salvar a Alemania, y no puedo ni debó sustraerme a ella". [...] Había oscurecido y ya no podía ver a los hombres que nos custodiaban. Paseábamos juntos en silencio. Tras una larga pausa se detuvo, me miró largamente, alzó los brazos y me atrajo hacia sí. [...] Me miraba excitado. Cuando notó que yo lo rechazaba me soltó en seguida. Se separó un poco de mí y vi que levantaba las manos y decía pesaroso: "No puedo amar a ninguna mujer hasta que haya culminado mi tarea".»¹²⁹ Aunque Riefenstahl, que por aquel entonces buscaba manifiestamente el favor del hombre predestinado,¹³⁰ quizá no reaccionó tan secamente como nos quiere hacer creer. Así es como parecen haberse desarrollado los encuentros de Hitler con las mujeres enamoradas de él, como vanos esfuerzos de amor desde una pose donjuanesca, cuya satisfacción queda impedida en nombre de una vocación más alta. Frente al rechazo insistivo que le causaba el contacto de una mujer, Hitler había desarrollado aquel método tan sugestivo para ocultar su incapacidad de amarla y ganarse su perdón. Las ganancias en cuanto a seguridad en sí mismo que ese artificio teatral le procuraba no eran insignificantes y además era un truco que nunca fallaba.

Cuando en agosto de 1932 Lüdecke intentó en una conversación confidencial con Hitler descubrir los verdaderos motivos por los que había eludido los afanes matrimoniales de Magda Quandt, éste se limitó a observar que con su Geli «había sido el hombre más feliz del mundo». ¹³¹ Lüdecke, que al parecer no sabía que el *affaire* con Quandt había tenido lugar cuatro semanas después de la muerte de Geli, se sintió completamente desarmado, sobre todo cuando Hitler comenzó a llorar. Y cuando Goebbels se enteró de que una «joven poco recomendable» —la hija del jefe de distrito, Karl Weinrich— se había convertido en el nuevo objeto de deseo de Hitler, escribió admirado en su diario: «¿Tan grande es el anhelo de mujer de Hitler?». ¹³²

Hitler se sentía a sus anchas en ese papel y dijo al respecto: «Es cierto que amo las flores, pero eso no es una razón para que me

convierta en jardinero». ¹³³ Con semejante formulación nebulosa pretendía conscientemente dar pábulo a las especulaciones. En la conversación con Kurt Lüdecke, éste le hizo saber que había oído hablar repetidamente de «escandalosas historias de mujeres» en las que andaba envuelto, a lo que sólo supo responder que era mejor «tener mujeres que hombres». ¹³⁴ Hitler dedujo inmediatamente que le podía venir bien que se hablara de supuestas relaciones suyas con mujeres. También colaboró en ese sentido en los años 1932-33 su círculo íntimo, difundiendo numerosas historias hasta que Hitler se hartó del alcahueteo y comenzó a rehuirlo. «No soy enemigo de las mujeres», le dijo a finales de 1933 a Leni Riefenstahl. «Me gusta tener cerca a mujeres hermosas, pero no soporto que se me quiera obligar a algo.» ¹³⁵ Tras la toma del poder se pudo permitir una reducción en el número de supuestas conquistas.

La sombra de Hitler, Julius Schreck

Al mediodía del 19 de mayo de 1936 tuvo lugar un acto oficial en el nuevo cementerio de Munich en Gräfelfing. Allí estaba casi toda la élite nazi para dar el último adiós al que había sido el último chófer de Hitler, Julius Schreck. Semejante asistencia para un simple chófer era algo desacostumbrado, pero el hombre al que se enteraba era algo más que un empleado fiel. Hitler fue quien depositó personalmente la primera corona, dedicada «a mi viejo fiel colaborador y querido camarada». Desde su llegada, su rostro mostraba «toda la emoción de que es capaz un hombre que ha perdido a su camarada, al hombre que estuvo a su lado durante una larga y azarosa vida», ¹³⁶ informaba el reportero del *Völkischer Beobachter*. La muerte de su «sombra» afectó tanto a Hitler que tuvo que abandonar el cementerio tras el corto discurso de Heinrich Himmler. ¹³⁷

El propio Hitler no pronunció ni siquiera una frase de despedida, y durante esos días no se le podía arrancar apenas una palabra. Hasta el 30 de mayo no apareció de nuevo en público. Los discursos y notas necrológicas de sus seguidores más próximos apuntan a lo que Hitler no estaba en condiciones de decir o no quería mos-

trar, concretamente cuánto le había afectado la pérdida de aquel «áspero camorrista con tan gran corazón». El «amor al *Führer*» de Schreck «no conocía límites», escribió por ejemplo Rudolf Hess, y «se había preocupado incansablemente por él», gozando siempre de su «más alta estima». ¹³⁸ También Himmler se había referido en su discurso fúnebre a su entrega, dedicado íntegramente a «leer en sus ojos y satisfacer cada deseo y cada pensamiento» ¹³⁹ del *Führer*.

Julius Schreck tenía menos de 40 años cuando murió súbitamente de una infección. ¹⁴⁰ En la primera guerra mundial había llegado a sargento y en mayo de 1919 se había incorporado al Cuerpo de Voluntarios de Epp. ¹⁴¹ Junto a Josef Berchtold fundó en la primavera de 1923 el Grupo de choque Hitler. ¹⁴² La ficha policial de Schreck registra en esos años diversos delitos, desde estafa, allanamiento de morada e injurias hasta lesiones corporales. Tras el fracasado *putsch* de noviembre intentó huir a Austria, pero fue detenido a comienzos de 1924 en la frontera. En el correspondiente proceso fue condenado a un año y tres meses de prisión en libertad condicional. Bajo su dirección se formó en abril de 1925 el Comando de Protección, que el 9 de noviembre de ese mismo año adoptó el nombre de *Schutzstaffel* [SS: Escuadras de protección], de las que fue nombrado su primer comandante. ¹⁴³ Pero cuando en abril de 1926 el antiguo jefe del Grupo de choque, Berchtold, volvió de su exilio en Austria, Schreck fue destituido sin más. La comandancia de las SS era de la opinión «de que Schreck no está dotado del necesario talento organizativo y de dirección y tampoco su nombre ofrece la garantía de que las SS se conviertan en grupo de élite del movimiento». ¹⁴⁴

Ese desaire no impidió a Hitler convertirlo en su chófer dos años más tarde, es decir, en el sustituto de Maurice. Ya antes había conducido ocasionalmente su automóvil, ¹⁴⁵ pero desde 1928 no se separó de él, estando a su disposición tanto para viajes privados como para citas políticas. Cuando la fama de Hitler creció, en particular gracias a sus numerosas giras políticas, también el «terror» de la carretera alcanzó cierta notoriedad. ¹⁴⁶ «Siempre sabía inme-

diatamente si debía poner en práctica su fuerza física, su astucia o su destreza como chófer», informa Schaub, ¹⁴⁷ indicando con ello que Schreck era para Hitler mucho más que un conductor de automóviles. Por otra parte, su habilidad al volante de la rápida y vistosa limusina Mercedes complacía el deseo de Hitler de llamar la atención. Los frecuentes y velocísimos viajes no sólo le agradaban extraordinariamente, ¹⁴⁸ sino que servían también sin duda a la creación de una imagen, simbolizando el dinámico inicio de una nueva era.

Incluso miembros de los más elevados círculos del partido se dirigían al constante acompañante del *Führer* cuando querían entrevistarse con él rápida y directamente o comunicarle algo confidencial. ¹⁴⁹ Al cabo de pocos años, Schreck disfrutaba de una posición privilegiada en la proximidad inmediata de Hitler. Incluso estaba algo ensoberbecido por ello, según Albert Speer, y se atrevía a hacer «observaciones irónicas o mordaces sobre los lameculos que rodeaban a Hitler». «Era el único que se permitía esas libertades». ¹⁵⁰ Y tras la muerte de Schreck corrieron rumores de que había caído víctima de un atentado contra Hitler, habiendo equivocado los magnicidas su objetivo ya que Schreck solía vestir igual que el *Führer*. ¹⁵¹ De hecho, la apariencia exterior de ambos era muy similar. Ciertamente es que Schreck era algo más corpulento y tenía un rostro más redondo, pero su estatura y color de pelo eran casi idénticos. Al igual que su jefe, Schreck se peinaba con raya a la derecha y llevaba un pequeño bigote recortado.

Durante los innumerables viajes a lo largo y ancho de Alemania, ambos hombres habían desarrollado un trato casi familiar. Hitler «alimentaba» afectuosamente a su conductor durante el viaje «pasándole panecillos»; ¹⁵² un gesto trivial, pero muy significativo del trato fraternal entre ambos. Y no todos los viajes que hicieron juntos correspondían a obligaciones políticas. A menudo viajaban solamente para «disfrutar del paisaje lejos de las carreteras de gran circulación». Como Hitler todavía no era tan conocido, escribía retrospectivamente Schreck en 1935, esas excursiones eran más fáciles: «Muchas veces se podía almorzar o pernoctar en un hotelito sin ser reconocidos». ¹⁵³ Poca es naturalmente la información que nos ha llegado al respecto, pero al menos hay pruebas

* En alemán, *Schreck* (N. del t.).

de un episodio del año 1931. Hitler había anunciado que iría a pasar las Navidades a Wahnfried, en Bayreuth, pero los Wagner le esperaron en vano. Una llamada a Munich les confirmó que Hitler se había puesto efectivamente en camino con Schreck, pero hasta pasados unos días no informó Hitler a su amiga Winifred de que había preferido estar solo y que por eso había emprendido una excursión por la comarca.¹⁵⁴ Se encontraba en Bad Berneck, un balneario a unos veinte kilómetros. Allí se habían alojado Hitler y Schreck en el Hotel Bube —el lugar preferido desde 1923 del entorno de Hitler— para pasar las Navidades; eran los únicos huéspedes del hotel.¹⁵⁵

Julius Schreck estaba casado desde 1920. Oficialmente vivió hasta los años treinta junto a su mujer Maria en el domicilio de su madre en Munich. Luego se mudó a Gräfelfing, dejando a su mujer con su madre, pero sin pedir la separación. Pocas semanas después de su muerte se dirigieron Magda y Maria Schreck a Hitler pidiéndole dinero. De la carta de la madre se deduce que había tenido que compartir su vivienda con la mujer de su hijo por «expreso deseo» de éste, pero que ahora esa vida en común había quedado obsoleta, «apareciendo en primer plano» la «desde hace tiempo proyectada separación» de su nuera. Pero, como no contaba con suficientes medios, al faltarle el dinero que le había proporcionado su hijo hasta entonces «contemplaba el futuro con gran preocupación». En resumen: «La benevolencia mostrada hacia mi hijo hasta su muerte me permite esperar de usted que extienda la misma hacia mis anteriores líneas.»¹⁵⁶

Maria Schreck planteaba sus exigencias en un tono mucho menos devoto. Su carta, fría y enérgica, iba directamente al asunto: De su marido tan sólo había recibido lo más estrictamente necesario. Como ahora deseaba tener un hogar propio, pero no poseía ni un solo mueble —los de su antiguo domicilio pertenecían todos a su suegra— necesitaba además de la pensión de viudedad «una vivienda y los correspondientes muebles, cocina, dormitorio y cuarto de estar. Con confianza en su benevolencia cuento con una digna solución para mi situación económica». Y a continuación: «Durante muchos años no he emprendido ninguna acción legal contra mi esposo para reclamar mi derecho a una ayuda suficien-

te, porque no deseaba crearle dificultades en su profesión. Él solía afirmar que no olvidaría nunca que yo había compartido con él tan valientemente los años más amargos de su vida. La muerte le ha impedido cumplir su promesa y con ello satisfacer un deber evidente. Confío firmemente en que las autoridades competentes no desatenderán mi legítima petición ni me exigirán llevar una vida que la opinión pública consideraría impropia de la situación realmente existente.»¹⁵⁷ Una mujer sencilla, que en 1936 se dirigía en estos términos al todopoderoso dictador, tenía que estar muy segura de su posición. Su inequívoca alusión al extraño comportamiento matrimonial tuvo efectos inmediatos: Hitler ordenó que el salario de su difunto chófer se repartiera hasta nuevo aviso por partes iguales entre su madre y su viuda.¹⁵⁸ Como informó Albert Speer a Joachim Fest, Hitler tenía en Obersalzberg, junto al retrato de su adorada madre, una fotografía de Julius Schreck.¹⁵⁹

La camarilla muniquesa

Hitler disponía en Munich de un pequeño apartamento de dos habitaciones en la calle Thiersch que había alquilado en 1920, aunque raramente lo utilizaba. Al escritor Hans Grimm, que le visitó allí en abril de 1928, le pareció «una pensión de mala muerte».¹⁶⁰ Su vivienda no mejoró hasta una fecha relativamente tardía, octubre de 1929, si bien el cambio fue entonces radical, a una casa con nueve habitaciones en la plaza del Príncipe Regente, en el elegante barrio de Bogenhausen.¹⁶¹

Desde mediados de los años veinte, el *Führer* del partido iba y venía de Munich a Berchtesgaden, el pequeño y retirado lugar de los Alpes próximo a la frontera con Austria. Desde sus excursiones con Eckart solía acudir una y otra vez a aquella región. Hasta 1928 se alojaba siempre en pensiones y hoteles, pero en octubre de ese año alquiló la pequeña Casa Wachenfeld en Obersalzberg,¹⁶² un refugio idílico. Junto a Berchtesgaden, los destinos preferidos de sus viajes en los años veinte eran Weimar, Bayreuth y de vez en cuando también Bad Godesberg.¹⁶³

Casi siempre iba acompañado. Tanto en Munich como en

los Alpes bávaros o en sus recorridos por Alemania se rodeaba siempre de miembros de su rara corte, aquel entorno al que más tarde se dio el nombre de *Chauffeureska*.¹⁶⁴ Representativa de la impresión que causaban en muchos testigos contemporáneos es la extrañeza con que reaccionó Goebbels en 1930 tras un encuentro con la camarilla múniquesa de Hitler: «¡Oh, esa banda de pequeños burgueses! [...] ¿Cómo puede una persona como Hitler aguantarlos ni cinco minutos?». ¹⁶⁵ De hecho, cabe plantearse la pregunta de por qué pasaba tanto tiempo con aquella gente. ¿Para qué los necesitaba? ¿Qué es lo que buscaba —y al parecer encontraba— en ellos?

A primera vista, los acompañantes de Hitler aparecen efectivamente como una cruda mezcla de callados y un tanto simples ayudantes, contundentes guardaespaldas, arrojados conductores y toscos pero joviales bromistas. En los primeros años nos encontramos en el entorno más próximo a Hitler con figuras como el antiguo comerciante en caballos y matón Christian Weber, el guardaespaldas Ulrich Graf o el comprobado gallito de bar y hábil orador en asambleas Hermann Esser. A mediados de la década había cristalizado como núcleo fijo el formado por tres hombres, Max Amann, Heinrich Hoffmann y Julius Schaub, que no se dejaron disputar por nadie esa posición hasta 1945. Al parecer, en ese círculo no existía ninguna jerarquía rígidamente fijada ni una especialización de funciones. Cada uno de esos fieles servía para múltiples tareas y eran en cierto sentido intercambiables. Ciertamente ninguno de ellos significaba para Hitler algo semejante a aquellas figuras iniciáticas que fueron Ernst Röhm o Dietrich Eckart, pero aun así cumplían como parte del estado mayor hitleriano una función importante: todos ellos contribuían a proporcionarle un espacio libre privado.

A este respecto hay que mencionar especialmente a Julius Schaub, el segundo factótum de Hitler tras Julius Schreck. Desde comienzos de 1925 hasta la primavera de 1945 se encargó de organizar la vida privada de Hitler. Le acompañaba en sus viajes, se ocupaba de pagar las cuentas y cuidaba los detalles de la administración hogareña. Recibía a los invitados, espantaba a los visitantes no deseados y controlaba el acceso a Hitler.¹⁶⁶ De todos los hombres de ese entorno cercano, él era quien en esa época «estaba [mejor]

informado de todas las circunstancias personales e íntimas de Hitler». ¹⁶⁷ Speer veía en él al «más fiel seguidor del *Führer*», ¹⁶⁸ y el propio Schaub aseguraba después de la guerra que él había sido «la sombra de Hitler», «su acompañante cotidiano, su perpetuo seguidor [...], quizá el único que le podía decir todo lo que le venía al magín». ¹⁶⁹

Pero junto a las características de un ayudante personal —en especial discreción, fiabilidad y circunspección— podía ofrecer algo más a su señor: Schaub era un manifiesto amante del cine y del teatro y un buen conocedor de las *Varietés*. Es conocida la debilidad que sentía Hitler por el cine; acudía a los estrenos «con notable puntualidad y regularidad» ¹⁷⁰ y también era un aficionado «entusiasta del teatro», como contaba Schaub en uno de los interrogatorios a que fue sometido después de la guerra. Cuando el *Führer* no podía acudir al estreno, Schaub iba solo a la representación y le informaba al día siguiente mientras desayunaba. ¹⁷¹ El ayudante disponía de numerosos contactos personales en el teatro y la cinematografía de Munich. ¹⁷² De vez en cuando invitaba a danzarinas y actrices «a una conversación en el domicilio del *Führer*». En tales ocasiones, afirma la testigo ocular Christa Schroeder, el ayudante de Hitler, siempre tan áspero y malhumorado, era capaz de desplegar «una amabilidad desarmante». ¹⁷³

Los hombres del círculo íntimo de Hitler tenían en común la capacidad y la determinación absoluta de «satisfacer» al detalle sus necesidades y caprichos personales. Le garantizaban un espacio de retiro seguro, una esfera privada y le ofrecían una especie de sustituto de familia. Con ellos no necesitaba fingir, podía disfrutar libremente y sin molestias de su afición a lo trivial y lo primitivo. Esos fieles estaban acostumbrados a sus repentinos cambios de humor y a sus excentricidades y lo aceptaban tal como era. Su conducta grosera podía ser percibida por muchos observadores como repulsiva, pero a Hitler le era útil su tosquedad, ya que así no tenía que mancharse personalmente las manos cuando había que resolver por las bravas algo desagradable.

Sus protegidos eran muy inferiores a él intelectualmente, por lo que no disponían de la capacidad ni la voluntad de influir políticamente sobre él. Cuando más, si se trataba de cuestiones perso-

nales, participaban en esta o aquella intriga. En cualquier caso, no se trataba de una camarilla. Como sus bien pagados peones, tejían con aplicación y constancia el capullo que protegía la vida privada de Hitler. Absolutamente entregados, callados, fieles y fiables: así es como aparecían de cara al exterior. En un examen más atento se habrían podido descubrir sin embargo en la mayoría de ellos ciertos defectos personales, y eso explica también algo acerca de la estructura interna de aquel equipo, ya que Hitler quería ayudantes con una biografía preferiblemente dañada. Sólo un conocimiento preciso de los detalles vergonzosos e incriminatorios de la vida de sus hombres le ofrecía la seguridad de tenerlos permanentemente bajo control. Ernst Hanfstaengl estaba convencido de que Hitler contaba con «una garantía y un medio de presión»¹⁷⁴ contra casi cada uno de ellos. Sus fieles debían tener cuentas pendientes y ser por ello mismo sumisos; sólo así podía Hitler arrojar sobre ellos una espesa red de las más diversas dependencias, de la que no había salida.

Así, por ejemplo, las actas policiales nos informan de algunas hazañas de la vida privada de Julius Schaub. En abril de 1923 llegó a la dirección del NSDAP un escrito de denuncia en el que se acusaba a la mujer de Schaub de prostitución y proxenetismo: «¿Conocen ustedes las ocupaciones de esa mujer? Seguro que no, ya que en caso contrario las habrían sacado ustedes mismos a la luz, y al Sr. Hitler le alarmaría tener afiliados que mantienen ocupada a la brigada contra el vicio.»¹⁷⁵ El matrimonio quedó disuelto en mayo de 1925. El tribunal consideró culpable a la mujer, ya que se había embarcado en una relación extramatrimonial con el boxeador Edmund Schneider, quien estuvo detenido con su marido en Landsberg.¹⁷⁶ Pero también Schaub, según la sentencia, había desatendido gravemente a su mujer; en ella se le reprochaba su «grosera falta de amor».

Schaub no se volvió a casar hasta 1931. Hitler fue testigo de la boda y puso su casa a disposición de los recién casados para la celebración.¹⁷⁷ Pero tampoco ese matrimonio puso fin al parecer a sus escapadas.¹⁷⁸ Otro de sus puntos flacos era su dependencia del alcohol. En las recepciones siempre se «comportaba inadecuadamente», pero cuando alguien le decía algo al respecto a Hitler

respondía con «un desesperado encogimiento de hombros» y suspiraba: «Ya, ya sé, pero qué queréis que haga, no tengo otro ayudante.»¹⁷⁹ En cierta ocasión comenzó a hablar de una «fea historia de corrupción» y llegó a enfadarse con Hitler durante un rato.¹⁸⁰ A pesar de todo, poco después, Hitler le agració en su testamento con 10 000 marcos y una renta mensual de 500.¹⁸¹ Eso fue en 1938. Cinco años más tarde le dio por las buenas un «aguinaldo» de 300 000 marcos.¹⁸² Hitler quería asegurarse la lealtad de Schaub, incluso más allá de su muerte, y tomó por adelantado las medidas necesarias.

No menos importante que esos medios concretos fue cómo supo vincular indisolublemente a su propia suerte a los más escogidos de sus fieles. Les creó el sentimiento de estar obligados a una fidelidad sin límites hacia su *Führer*. La mejor prueba de que era efectivamente así se la dio a finales de abril de 1945 el propio Julius Schaub cuando salió de Berlín hacia Baviera en el último minuto para quemar el contenido de las cajas fuertes de las casas de Munich y de Obersalzberg.¹⁸³ Qué clase de papeles había allí es algo sobre lo que Schaub se negó a hablar hasta su muerte. Tan sólo insinuó en una ocasión que su contenido «habría tenido consecuencias fatales».¹⁸⁴ Probablemente también para él mismo, pero sobre todo, como es natural, para la memoria de Hitler.

CAPÍTULO V

La persecución (y muerte) de Röhm

Tras su separación de la camarilla dirigente de los nacionalsocialistas a mediados de los años veinte, el antiguo compañero de Hitler, Ernst Röhm, se había tenido que arreglar al principio con trabajos ocasionales, primero como representante de la Editora Nacional Alemana y después como empleado de la fábrica Nobel de máquinas para el tendido de vías férreas.¹ Por aquel entonces escribió sus memorias, que aparecieron en 1928 bajo el título *La historia de un gran traidor*.² Pero para un soldado tan apasionado como Röhm todo eso no eran más que soluciones provisionales desde el punto de vista profesional y por eso aceptó en diciembre de 1928, en cuanto recibió la oferta, el puesto de consejero militar del ejército boliviano. En Sudamérica le llegó en otoño de 1930 una carta de Hitler en la que éste le ofrecía el puesto de jefe de las SA. Röhm aceptó y el 5 de enero de 1931 tomó posesión de su nuevo puesto.³ Pronto dispuso de gran poder político y a finales de 1933 Hitler lo introdujo como ministro en el gobierno del Reich. Sin embargo, pocos meses después, Röhm se convirtió en víctima de un asesinato insólito, un crimen que tuvo lugar por mandato del *Führer*. ¿Qué se ocultaba tras ese asombroso acontecimiento y cómo cabe explicarlo?

El regreso de Röhm

La pregunta de por qué Hitler le pidió a Röhm que volviera a Alemania y le ofreció el mando de las SA, a pesar de sus anterio-

res discrepancias, sólo encuentra respuesta en el marco de la constelación política de los años 1930-31. Tras la retirada de Röhm de la dirección del NSDAP en 1925, Hitler había conseguido en principio imponer su nueva concepción de las SA como grupos de combate interpartidario especializados en la propaganda y el terror en las calles. Desde enero de 1930 el NSDAP contaba con su primer consejero en un gobierno regional (Wilhelm Frick, en Turingia), y en junio de ese año era ya el segundo partido en Sajonia. En las elecciones al Reichstag del 14 de septiembre consiguió un espectacular aumento de votos [18,30 %, 107 escaños], convirtiéndose así en una fuerza política con la que había que contar.

A partir de entonces, como muy tarde, el *Führer* del movimiento nacionalsocialista tuvo que pensar y actuar desde la categoría de los «grandes políticos». Eso significaba ante todo unir a las élites tradicionales y ofrecerles mayor protección. Hitler afrontó ese problema instintivamente y con bastante éxito, como muestran sus sofisticados pactos con las fuerzas de la derecha tradicional.⁴ Desde un principio tenía muy claro que si quería hacerse con el poder, debía a cambio hacer concesiones políticas y satisfacer hasta cierto punto los criterios morales de las viejas élites. Pero las SA no eran conscientes al parecer de esa necesidad. Creaban continuas tensiones con sus ruidosas apariciones, incluso en el interior del partido. En agosto de 1930, en plena campaña electoral, el jefe de las SA en Berlín, Walther Stennes, se había rebelado abiertamente contra la dirección muniquesa del partido, exigiendo, al parecer, un aumento en las retribuciones y en la proporción de miembros de las SA en las listas del NSDAP. Pero, en realidad, la estrategia de la conquista legal del poder no le parecía bien, como sucedía con muchos otros miembros de las tropas de combate del NSDAP.⁵ Así es como se llegó al final al espectáculo grotesco de que grupos alborotadores de las SA ocuparan la sede de la jefatura de distrito del partido en Berlín. Hitler consiguió retomar el control de la situación tras viajar apresuradamente hasta el río Spree: el 2 de septiembre de 1930 asumió personalmente el cargo de jefe supremo de las SA y dispuso, como primera medida, un aumento de la paga de sus grupos de combate.⁶ Pero el daño político causado estaba a la vista, por no mencionar que en todo el Reich se anuncia-

ban conflictos parecidos entre las SA y la organización del partido.⁷ La denominada crisis-Stennes parecía tan amenazante que Hitler tuvo que pedir ayuda a Ernst Röhm.

En la situación creada en el invierno de 1930-31 Hitler no había podido encontrar una solución más inteligente. Röhm procedía del medio de las asociaciones masculinas en el que se reclutaban esencialmente las SA; conocía el lenguaje de aquellos hombres y su concepción de la vida. Debido a su «glorioso» pasado en el Cuerpo de Voluntarios tenía fama de ser un luchador temible, y siendo como había sido uno de los primeros activistas del movimiento nacionalsocialista, disponía también naturalmente de un notable peso que arrojar en la balanza. Ese doble anclaje ofrecía la mejor garantía para que las Secciones de Asalto y el partido no se enfrentaran y para disciplinar políticamente a los «batallones pardos». Además le abrió al partido la vía de acceso a un importante aliado, la jefatura de la *Reichswehr*. El oficial de estado mayor Röhm disponía en ella de las mejores conexiones. En una palabra, Röhm era el hombre que podía hacer «acceptables» a las SA, sin perturbar en exceso el talante un tanto simple que predominaba en aquellos grupos de combate. Y con su libro *La historia de un gran traidor*, situado no sin razón entre los libros canónicos del nacionalsocialismo a la misma altura que el *Mein Kampf* de Hitler y *El Mito del Siglo xx*⁸ de Rosenberg, aparecía también como una «figura simpática» para la juventud rebelde. Que Hitler lograra en 1930-31 convencer a destacados personajes de sangre azul, como el hijo del Kaiser, August Wilhelm de Prusia, o al príncipe Philipp von Hessen, para que se incorporaran a las SA y no a las más elitistas SS, muestra en otro plano lo serios que eran sus esfuerzos por mejorar la capacidad de integración de las SA. Ernst Röhm era para él una ayuda decisiva en esa tarea.

Pero Hitler sabía que al reinstalar a Röhm corría al mismo tiempo un riesgo político. Röhm había proclamado su homosexualidad demasiado abiertamente para los criterios de la época y con ello ofrecía un flanco de ataque para los opositores, tanto dentro como fuera del partido. Hitler había sido advertido explícitamente de ese peligro y se le pidió que al menos adoptara públicamente una posición sobre la cuestión de la homosexualidad, natu-

ralmente sin éxito.⁹ Por el contrario, trató de protegerse a sí mismo y al nuevo jefe de las SA simultáneamente. Ya el 3 de febrero de 1931 pronunció una notable declaración referida a los «ataques contra la vida privada de determinados jefes de las SA», debidos, en opinión de Hitler, a hechos «totalmente al margen del servicio de las SA». Hitler rechazó categóricamente la posibilidad de «tomar decisiones al respecto», como «absolutamente exagerada. Dejando a un lado que con ello se dilapida inútilmente un tiempo muy valioso y muy necesario para la lucha por la libertad, tengo que manifestar que las SA constituyen una agrupación de hombres con un objetivo político preciso. No es una institución moral para la formación de señoritas, sino una asociación de rudos luchadores. [...] La vida privada sólo puede convertirse en objeto de consideración cuando contraría fundamentos esenciales de la ideología nacionalsocialista».¹⁰ Hitler pretendía mostrar con esta declaración que estaba al tanto del problema y que ofrecía su apoyo a Ernst Röhm. Al homófobo Goebbels ese planteamiento no le gustó: «Eso no puede ser —escribió el 27 de febrero de 1931 en su diario—, el partido como un paraíso para los del Artículo 175. Me opondré con todas mis fuerzas.»¹¹

Röhm colmó pronto todas las esperanzas en él depositadas. Logró impedir disturbios como los de los últimos meses y cerrar la brecha abierta entre las SA y la organización del partido, aunque las discrepancias no desaparecieron del todo hasta 1934. Las SA reclutaron muchos nuevos miembros, incluso fuera del medio tradicional del Cuerpo de Voluntarios, lo que reconoció sin ambages el propio Goebbels: «El jefe de estado mayor Röhm ha realizado el milagro de formar una organización firme e inquebrantable a partir de grupos confusos y dispersos.»¹² Las SA respetaban ahora la legalidad al menos hacia el exterior, y Hitler había logrado conjurar el peligro de *putsch*.

Pero los éxitos de Röhm se debían no sólo a su reputación como eficiente oficial, sino también a su obstinada política personal. Designó preferentemente para los puestos clave en las SA a hombres con tendencias homosexuales, quienes a su vez situaron a sus amigos en lugares destacados. Así, por ejemplo, el amante de Röhm en los años veinte, Edmund Heines, al que también debió

de conocer bien Hitler,¹³ se convirtió en 1931 en su *lugarteniente y Obergruppenführer* [general] de las SA en Silesia.¹⁴ El muy importante puesto de *Gruppenführer* de las SA en Berlín-Brandemburgo quedó a cargo de otro hombre de confianza de los viejos tiempos del Cuerpo de Voluntarios, el conde Wolf Heinrich von Helldorf, a quien se atribuían especiales conexiones con los medios homosexuales de Berlín y una muy estrecha relación con sus superiores.¹⁵ Hasta 1933 se le conocía como «el hombre de confianza de Röhm» en Berlín.¹⁶ También hizo una sensacional carrera en las SA Karl Ernst, quien había conocido en los años veinte en el local para homosexuales Eldorado al capitán Paul Röhrbein, el jefe de la primera SA de Berlín.¹⁷ Röhrbein presentó en 1931 a Röhm a su amigo Ernst, a quien pronto se conocería como Frau Röhrbein, y le amparó con todas sus fuerzas. En abril de 1931 ya se había convertido Ernst, ahora amante de Röhm, en jefe del grupo Este de las SA, y un año después ocupaba un escaño en el Reichstag.

Como consecuencia de tales encadenamientos, las SA fueron cobrando fama de cofradía dedicada al libertinaje homosexual. Goebbels veía «muy negro el futuro de las SA. La sombra del artículo 175 se cierne [...] sobre ellas».¹⁸ Y el historiador de arte Christian Isermeyer, homosexual, recordaba hace pocos años en una entrevista: «También conocí a gente de las SA. Daban fiestas muy sonadas en Berlín. [...] Me invitaron a una de ellas; alguien a quien yo conocía me llevó con él. [...] Era muy recatado, pero marcadamente gay, sólo hombres. [...] Bueno, las SA eran por aquel entonces ultragay.»¹⁹ Eugen Dollmann, en aquella época estudiante en Munich, cuenta cosas parecidas: en Munich todo el mundo sabía «lo que sucedía en las casas de Röhm y de sus ayudantes».²⁰

También en la *Braune Haus*, en la sede de la dirección de las SA, notorios homosexuales alcanzaron gran influencia política, como el conde Spreti, íntimo de Röhm, seguidor de Du Moulin-Eckart, sobre cuyas inclinaciones se contaban cosas muy contradictorias.²¹ Hitler se vio obligado más tarde a declarar (en una reunión del gobierno) que había que «examinar, en razón de la infeliz tendencia del [ya muerto] jefe de las SA [...] la composición de su dirección».²² La orientación homoerótica de las SA se había con-

vertido en un punto débil para la dirección nacionalsocialista, un flanco de ataque para sus enemigos políticos, para los competidores en el interior del partido y para los apóstoles pardos de la moral. Los éxitos de Röhm no alcanzaban a contrarrestar esos inconvenientes.

Röhm en apuros

La exclusión del jefe de las SA en Berlín, Walther Stennes, era una de las tareas más urgentes que había confiado Hitler a Ernst Röhm. Cuando Stennes, a finales de marzo de 1931, se amotinó de nuevo contra la dirección muniquesa del partido, Röhm le destituyó de su puesto sin vacilar.²³ Mientras que en agosto del año anterior el NSDAP se vio amenazado por una seria crisis, ahora toda la cuestión se resolvió rápidamente a plena satisfacción de Hitler, gracias en gran medida al meticuloso trabajo previo de Röhm, quien había privado a tiempo a Stennes del elevado puesto de jefe supremo de las SA en favor de Hitler. La situación política en la capital del Reich, tan importante para el movimiento nacionalsocialista y para su imagen pública, quedaba definitivamente aclarada en beneficio de Hitler gracias a Röhm.

También el jefe del distrito berlinés, Joseph Goebbels, quien intentaba jugar su propio juego en medio de los enfrentamientos y conflictos, y cuya posición hasta ahora no estaba clara, tuvo que tomar partido. Quizá por rencor contra su desatención, que amenazaba marginarlo políticamente, o quizá por auténtico temor a una «sexualización» del movimiento nacionalsocialista, se opuso abiertamente en la primavera de 1931 al hombre que había ejecutado con tanto éxito la voluntad de Hitler. En todas las oportunidades que se le presentaban hacía malévolas bromas acerca de la homosexualidad de Röhm y procuró de esa forma que la cocina de rumores siguiera en ebullición.²⁴ Goebbels se mostraba ahora cada vez más preocupado con respecto al artículo 175: «En ese asunto no me confío a muchos. ¿Röhm? Hay que advertir a Hitler a tiempo. Eso significaría el comienzo del fin.»²⁵ Según un informe del periódico comunista *Rote Fahne* la jefatura de distrito de

Berlín era entonces «un hervidero de corrupción e intrigas» y pretendía descabalar a Röhm con todas las de la ley. No sólo se difundían, sino que incluso se vendían al mejor postor testimonios comprometedores sobre el jefe de las SA.²⁶ En una reunión del consejo editorial de *Der Angriff*, a la que había acudido desde Munich el amigo de confianza de Hitler, Max Amann, Goebbels le exigió «que pidiera a Hitler, por encargo de los miembros del partido del norte de Alemania, la destitución de Röhm», ya que éste, a causa de las revelaciones embarazosas realizadas, entre otros periódicos, por el socialdemócrata *Münchener Pos*²⁷ se había hecho del todo insoportable,²⁸ y el jefe de distrito berlinés no era el único en sostener esa opinión.

En el frente de opuestos a Röhm en el partido destacaba el seguidor de Stennes y capitán en la reserva Paul Schulz.²⁹ Inmediatamente después de su nombramiento como jefe (comisario) de las SA en el este había buscado una alianza con el debilitado jefe de distrito Goebbels, al que le vino que ni pintado: «Schulz quiere actuar políticamente. Con esto se vuelve de repente maravillosa y clara mi situación en Berlín.»³⁰ A finales de mayo de 1931 Goebbels y Schulz visitaron juntos a Hitler en el Kaiserhof para alcanzar un compromiso más serio en Prusia. El «jefe» debía «hacer valer su influencia personal más que hasta entonces aquí arriba». Pero Hitler «no se mostró de acuerdo», según anotó Goebbels más tarde. «Esto traerá consigo amargas consecuencias.»³¹ También Schulz estaba «muy descontento con Munich», y envió a Hitler una dura carta el 2 de junio de 1931 —inmediatamente después de mantener una «conversación» con Goebbels—,³² de la que también hizo probablemente una copia para su amigo y superior Gregor Strasser. De una forma u otra, el hermano de éste, Otto, hizo llegar a finales de junio esa carta al editor del *Münchener Post*, dando a conocer así «lo que pretenden Hitler y el movimiento».³³ Cuando se hizo pública³⁴ se produjo en la central del partido en Munich, según Goebbels, «una excitación loca».³⁵ Y a Röhm le pareció «estremecedor» verse confrontado con semejantes «ataques procedentes de las propias filas».³⁶

Schulz quería «señalar [a Hitler] los peligros que puede acarrear, en mi opinión, la utilización de personas de conducta no pre-

cisamente intachable en puestos decisivos». Al respecto nombraba junto al propio jefe de las SA al jefe de estado mayor en el distrito de Berlín, Karl Ernst, a su antiguo compañero Paul Röhrbein, al adjunto de Röhm, Reiner, y al conde Du Moulin-Eckart, así como al «espía» doctor Meyer. Los amigos más cercanos al jefe de las SA constituían, según proseguía Schulz, una «línea homosexual» que se extendía «desde Munich hasta Berlín» empezando por el propio Röhm. En los locales homosexuales de Berlín hablaba ya «cada prostituto de las fabulosas relaciones del “amigo” Röhrbein, desde Röhm hasta Hitler». Como agravante añadía «que el capitán Röhm no hace absolutamente nada por ocultar sus preferencias sexuales, sino que por el contrario proclama abiertamente su aversión por el sexo femenino». Aunque él, Schulz, «considera [al jefe de las SA] un oficial altamente cualificado, incapaz de cualquier acción infame», se sentía obligado a poner reparos a su «elevado puesto como jefe de estado mayor teniendo en cuenta su inclinación homosexual». Con respecto a los rumores públicos al respecto, «el jefe supremo del NSDAP [no podía ni debía] pasarlos por alto sin más. Se ha llegado a propagar desde círculos marxistas que usted, respetado *Führer*, también es homosexual. Hay incluso amplias capas, aunque parezca increíble, que piensan que en la *Braune Haus* hay muchos más homosexuales».

Si la propia carta casi sobrepasaba los límites de lo razonable, su publicación representó una catástrofe para el partido de Hitler. Pese a algunas declaraciones en sentido contrario, a éste no le convenía lo más mínimo llevar el asunto a los tribunales. Los procedimientos entablados, en consecuencia, no «fueron adelante»;³⁷ con otras palabras, se les dio largas, y más tarde se retiraron incluso las denuncias planteadas contra el *Münchener Post*. La prensa nacionalsocialista publicó un desmentido vacilante y poco convincente, e insultó a la «cenagosa prensa roja» de un modo que hacía pensar inequívocamente que el golpe contra el «criminal de noviembre» había dado en el blanco.³⁸ Schulz había tocado un punto sensible, relacionando además, por primera vez, al propio *Führer* con lo que Goebbels había llamado en su diario «Eldorado para los del Artículo 175». No era fácil encontrar una salida; Hitler prefirió callar, como ya había hecho en 1928-29, cuando el

antiguo director de orquesta Wilhelm Hillebrand le había pedido que reprendiera a funcionarios nacionalsocialistas homosexuales, como el jefe de distrito Kube, y el coronel de las SA Götting.³⁹

El *Münchener Post* informó en posteriores artículos sobre las tendencias homosexuales de Röhm. Se refirió por ejemplo a un informe del ya mencionado doctor Meyer, un amigo de Röhm de comienzos de los años veinte, que había servido durante algún tiempo como informador al jefe de las SA y que ahora puso en venta cuanto conocía sobre su círculo de amigos homosexuales.⁴⁰ Pero este testigo privilegiado no pudo declarar ante los tribunales; el 15 de diciembre de 1931 lo encontraron ahorcado en la celda de una prisión provisional donde lo habían encerrado por fraude. La causa de la muerte, según el informe oficial, era suicidio.⁴¹

Pero Röhm no se había librado con ello del peligro que le acechaba. Todo su odio se dirigió ahora contra Paul Schulz, de quien no pudo deshacerse a pesar de sus grandes esfuerzos. La situación del jefe de las SA en el interior del partido permaneció amenazada hasta comienzos de 1932, ya que Hitler no hizo hasta entonces ni un ademán de zanjar las intrigas con su autoridad. Creyó que era mejor dejar la cuestión en suspenso. Durante todo el año 1931 no se produjo ninguna reacción por su parte en esta cuestión. Tampoco emprendió ninguna iniciativa personal que pudiera ayudar a Röhm. En privado decía, según Heinrich Hoffmann, que «nunca haría ningún reproche ni le pediría cuentas» a Röhm en relación con su homosexualidad.⁴² Pero había demasiados imponderables políticos en juego como para arriesgarse y Hitler consideró más prudente dejar que Röhm se sacara como pudiera las castañas del fuego. Posiblemente consideraba el «caso Röhm» como una especie de globo sonda para comprobar cómo se tomaba la opinión pública la acusación de homosexualidad, ya que era su propio «problema» lo que sometía así a la discusión pública sin ponerse a sí mismo en peligro. Mantenía naturalmente en secreto esa instrumentalización, pero también necesitaba cómplices, y cuando examinemos ahora con más detalle el desarrollo del «caso Röhm» podremos entender mejor cómo funcionó todo.

Los subsiguientes acontecimientos sólo se pueden entender en el contexto de la constelación del poder político a finales del año 1931, cuando se convirtió en tema dominante la convocatoria adelantada de elecciones a la presidencia de la república para la primavera. El gobierno Brüning había intentado prolongar por dos años la presidencia de Hindenburg mediante una modificación constitucional, pero no había logrado reunir la necesaria mayoría de dos tercios. Y así comenzó con el cambio de año la lucha electoral, que todavía iba a agudizarse en las elecciones pendientes en cinco *Länder*, en particular en Prusia, donde los socialdemócratas debían defender su bastión político más importante. Hitler se anduvo al principio con rodeos, sin decidir durante un tiempo si el NSDAP debía o no apoyar a Hindenburg.⁴³

Hitler se hallaba en una situación difícil y ante una decisión de gran alcance. Presentarse como candidato frente a Hindenburg, quien era considerado en general como una relevante figura integradora por encima de toda sospecha, suponía a pesar del aliento de sus partidarios un gran peligro personal, ya que para todos estaba claro que un candidato para la más alta magistratura del Estado, es decir, para representar a la totalidad de la nación, debía satisfacer criterios más rigurosos que el jefe de un partido. Se iba a examinar al microscopio su vida y sus obras. Muchos eran los que no concedían crédito a la biografía que había pergeñado y difundido en *Mein Kampf*, por lo que se veía obligado a añadir algo. Tironeado por un lado por la espera ansiosa de sus seguidores y por otro por la conciencia de los peligros que corría, tardó semanas en decidirse; la prolongada controversia con el *Münchener Post* no se lo ponía más fácil. Hasta el 22 de febrero de 1932 no pudo dar a conocer el jefe de propaganda Goebbels la candidatura de Hitler, abriendo así finalmente una campaña en la que el *Führer* nacionalsocialista debía aparecer no sólo como un político brillante, sino como un hombre íntegro.

Esto se desarrolló en dos planos políticos muy diferentes: uno de ellos se ha descrito y analizado en varias ocasiones, concretamente la genial puesta en escena del mito Hitler. Joseph Goebbels escribió nuevos guiones para las apariciones públicas del *Führer*, evitando cualquier confrontación directa con Hindenburg.⁴⁴

El jefe de propaganda hizo planear sobre las concentraciones de masas aviones con la imagen del candidato del NSDAP, portador de las últimas esperanzas de la nación, bajo las palabras «Hitler sobre Alemania». A las crecientes multitudes de seguidores les parecía como si el Espíritu Santo descendiera sobre ellos.

El otro plano de aquella escenificación anclada en lo místico es menos conocido, pero no menos importante: la consolidación de sus opciones de poder a costa de un estrecho colaborador. Sucedió así: El 7 de marzo de 1932 el periódico liberal de izquierdas *Welt am Montag* hizo públicas tres cartas del jefe de las SA Röhm; dos días después aparecieron en el *Münchener Post*⁴⁵ e inmediatamente se incorporaron a la campaña otros periódicos socialdemócratas.⁴⁶ Las mencionadas cartas eran extraordinariamente íntimas y procedían de los años 1928-29. Estaban dirigidas al médico y amigo de Röhm, Karl-Günther Heimsoth, quien también estaba en contacto con otros jefes nazis homosexuales. Röhm había intentado recuperarlas en la primavera de 1931, al menos eso afirmaba entonces el informante doctor Meyer a los socialdemócratas de Munich.⁴⁷ Poco después de su publicación en los periódicos se imprimieron como folleto, dos de ellas incluso como manuscritos facsímiles.⁴⁸ No se podía dudar de la autenticidad de las cartas y el propio Röhm no puso obstáculos en autentificarlas.⁴⁹

El editor del folleto era un tal Helmuth Klotz.⁵⁰ Oficial de la Marina durante la primera guerra mundial, había pertenecido luego al Cuerpo de Voluntarios y en 1920 se contaba entre los fundadores de las SA. Junto a su amigo Walter Buch, quien luego sería juez supremo del NSDAP, participó en 1923 en el *putsch* de Hitler. En 1924 fue candidato de la derecha populista al Reichstag, pero luego cambiaron de orientación sus ideas políticas; se convirtió en decidido defensor de la República de Weimar y se aproximó al SPD. Su publicación de las cartas de Röhm fue precedida en febrero de 1932 por la edición del folleto «Damos forma al futuro mediante nuestro *Führerkorps*», título que reproducía un conocido lema nacionalsocialista.⁵¹ Lotz presentaba allí una lista metódicamente comprobada de antecedentes penales de los jefes de las SA, para ofrecer al lector una imagen de la índole moral de aquellos nazis de élite. Ambos folletos, que fueron utilizados por el SPD

como material de propaganda en las elecciones presidenciales, alcanzaron una difusión de 300 000 ejemplares.⁵²

Las cartas publicadas bajo el título «El caso Röhm» ponían a éste al descubierto frente a todo el mundo.⁵³ En su primera carta a Heimsoth decía que en determinados párrafos de su libro *La historia de un gran traidor* se había manifestado, «naturalmente, contra el artículo 175», y que «en su primer borrador había tratado con más detalle ese tema», pero que «por consejo de algunos amigos había modificado la redacción, con el propósito de alcanzar mayor eficacia». Y también: «Estoy en absoluto desacuerdo con Alfred Rosenberg, ese zoquete que se presenta como atleta moral. Sus artículos [homóforos] apuntan directamente contra mí, dado que no hago ningún secreto de mi punto de vista.»⁵⁴ En la segunda carta, escrita el 25 de febrero de 1929 desde la capital boliviana, Röhm se explaya entre otras cosas acerca de sus «sentimientos y actos homosexuales» y de su rechazo hacia el «trato antinatural» con mujeres.⁵⁵ En la tercera, finalmente, enviada el 11 de agosto de 1929 desde Uyuni, dice: «Lo que me cuenta usted sobre Berlín ha despertado de nuevo toda mi nostalgia de esa ciudad única. Dios mío, cuento los días hasta que vuelva a estar allí y pretendo ahorrar aquí cuanto pueda para tener allí de qué vivir. El baño de vapor [sauna] es en mi opinión la cumbre de la felicidad humana. Siempre me ha gustado especialmente el trato de la gente de allí. [...] Dele usted recuerdos a nuestro común amigo Fritz Schirmer y en mi nombre —desgraciadamente— un beso. Dado que, como espero, sigue casado con él, le desaconsejo naturalmente un cambio de residencia que conllevara una separación. Debo además objetar enérgicamente, por otra parte, que su señor marido (¿o su señora esposa?) no le haya dado ninguna foto suya para mí: Aquí somos muy susceptibles para esas cosas (en relación con esto le pido de corazón: en cierta ocasión me mostró usted una encantadora colección de escenas sugerentes. ¿No podría usted enviarme algunas que le sobren, o si fuera preciso comprar alguna para mí? Se lo agradecería eternamente).»⁵⁶ ¿De dónde había sacado Klotz esos escandalosos documentos? ¿Qué intereses había aquí en juego y qué tenía que ver Hitler con todo esto?

La toma del poder por Hitler en 1933 obligó a Helmuth Klotz

a exiliarse en París. Tras la ocupación de Francia en 1940 cayó en poder del Servicio de Seguridad [*Sicherheitsdienst*, SD] de Himmler y fue enviado de vuelta a Alemania. Bajo la tortura confesó los detalles de los acontecimientos de 1932. Sus declaraciones son creíbles, ya que el SD contaba en cualquier caso con la posibilidad de verificarlas.⁵⁷ Según Klotz, la publicación de las cartas de Röhm se debió a una iniciativa del Ministerio del Interior prusiano, con mayor precisión de tres funcionarios de alto rango: el Secretario de Estado, Wilhelm Abegg, el consejero del gobierno, Rudolf Diels, y el jefe de prensa, Hans Hirschfeld. Esos tres caballeros le pidieron «poco antes de las elecciones presidenciales de 1932» que publicara las cartas que le habían hecho llegar como fotocopias. En un primer momento Klotz se mostró reticente: «Les dije [...] que no creía que se debieran utilizar tales asuntos en la lucha política. Abegg afirmó que ésa era también su opinión, pero Hirschfeld y Diels no querían ceder.» De hecho, semejante denuncia sexual podía tener consecuencias que dañaran la pretensión socialdemócrata de llegar a un acuerdo general sobre la moral política. Pero entonces «Diels mostró —para respaldar su propuesta de actuación rigurosa— una orden firmada por el propio Röhm en la que se decía entre otras cosas que en las SA no había lugar para los homosexuales; al mismo tiempo exhibió escritos de la dirección nacional-socialista que apuntaban a la presentación en el Reichstag de un proyecto de ley especial contra los homosexuales». Sólo con esa demostración de la hipócrita doble moral de los nacionalsocialistas pudo convencer finalmente Diels al titubeante Klotz.⁵⁸

La decisión de Klotz de llevar a cabo el «encargo» se debió también, al menos en parte, a su indignación por los peligros que amenazaban a la «juventud alemana», como sugiere la nota que adjuntó en septiembre de 1932 a una nueva edición de su folleto: «El “caso Röhm” hace tiempo que dejó de ser una cuestión privada del jefe del estado mayor de Hitler. Se ha convertido, quiérase o no, en un escándalo público de primer orden, en una vergüenza alemana. Una vergüenza, sobre todo, para el partido nacionalsocialista, que se atrevía a exigir en sus declaraciones programáticas “castigos” draconianos contra los homosexuales, llegando a mencionar la castración obligatoria, y que mantiene no obstante al capi-

tán Röhm como guía de jóvenes. Lo repito: por el capitán Röhm siento más bien compasión, la merezca o no. Pero por aquél que lo ha llamado de nuevo a su puesto, aun conociendo desde hace años la agresiva homosexualidad del jefe de estado mayor Röhm, lo desprecio profundamente y lucharé contra él a cuchillo si es preciso. ¡Lo acuso de haberle encargado, consciente y premeditadamente, el trabajo sucio de la contaminación homosexual de la juventud alemana!».⁵⁹

Klotz contó también al SD cómo reaccionó Diels durante la conversación en el Ministerio del Interior, cuando por fin accedió a su solicitud: «Diels me felicitó y me aseguró que las mujeres me estarían eternamente agradecidas.» Y más adelante: «Sin la colaboración activa del entonces consejero del gobierno Diels y sin sus continuas presiones la acción contra Röhm no se habría emprendido nunca; [...] Diels fue su auténtico promotor.»⁶⁰ ¿Por qué se había tomado aquel burócrata de ministerio un interés tan vivo en la denuncia pública del jefe de las SA?

Rudolf Diels ocupaba el puesto de jefe de sección para la lucha contra el radicalismo de izquierda (léase el KPD) y para el contraespionaje en el departamento político del Ministerio de Interior prusiano. Gozaba de gran influencia en la administración, como deja suponer su alto cargo. En la cumbre del ministerio estaba Carl Severing, uno de los políticos socialdemócratas más relevantes de la República y figura simbólica del «sistema de Weimar» como enemigo incondicional de nacionalsocialistas y comunistas, por lo que era mortalmente odiado desde ambos extremos del arco político. Como muestra una anotación en su autobiografía, Severing estaba al corriente de los detalles del «caso Röhm», aunque prefirió mantenerse en la sombra.⁶¹

Pero volvamos a Diels, cuyas posiciones políticas resumía Helmuth Klotz del siguiente modo: «Abegg me había descrito a Diels como un convencido republicano y demócrata, admirador profundo de Severing [...]; por encima de todo era un enemigo convencido de los nacionalsocialistas, de los que había hablado en mi presencia con gran desprecio [...]. Simplemente no podía concebir cómo una persona tan razonable como yo podía haber participado en el *putsch* de 1923.»⁶²

Ahora bien, Diels no era en realidad el ardiente republicano y demócrata que sus colegas veían en él. Un currículum que escribió en 1935 —cuando ya era *Standartenführer* [coronel] de las SS— arroja algo de luz sobre su personalidad: «En 1930 fui llamado al Ministerio de Interior, donde se me confió la jefatura de sección para la lucha contra el movimiento comunista. Después del 20 de junio de 1932 [*sic*: julio de 1932⁶³] se ampliaron significativamente mis atribuciones para la lucha contra el comunismo y pude dedicarme, en estrecha conexión con los dirigentes del NSDAP, a la preparación del aplastamiento del comunismo en Alemania. Nombrado por el primer ministro de Prusia [Göring], tras la toma del poder, Jefe de la Policía Secreta del Estado [Geheime Staatspolizei, Gestapo] y vicepresidente de la policía de Berlín, tuve la oportunidad de colaborar, bajo las órdenes del primer ministro Göring y a partir de las decisiones ya tomadas en Prusia con ocasión de la preparación de la toma del poder, en la rápida y completa liquidación del peligro comunista. A mediados de 1934, tras repetidas peticiones en ese sentido al primer ministro de Prusia y al *Führer*, fui relevado de la dirección de la Gestapo y nombrado presidente del gobierno regional en Colonia».⁶⁴ Pero la imagen sólo se completa cuando se sabe que ya en marzo de 1932 —esto es, en la época de la publicación de las cartas de Röhm por Helmuth Klotz— Diels era «miembro patrocinador» de las SA y que su autoridad máxima lo nombró *Ehrenführer* [jefe honorario], de las mismas en 1933. Ahora bien, desde septiembre de 1930 la autoridad máxima de las SA era, como todo el mundo sabe, ¡el propio Hitler!

Además, Diels mantenía un contacto personal llamativamente bueno con el *Führer*. Esto se deduce en particular de su muy embellorada autobiografía *Lucifer ante portas*, publicada en 1949, en la que cuenta por ejemplo cómo reunió, por encargo personal de Hitler, material acusador contra Röhm y conversó ampliamente con el *Führer* sobre la cuestión de la homosexualidad. También se extiende sobre las acciones emprendidas contra las SA.⁶⁵ Ciertamente que sus actividades se limitaron al parecer a los años 1933 y 1934, pero en cuestión de pistas falsas este hombre era un maestro.

En sus memorias no dedica ni una sola palabra a la cuestión

Diels consiguió al parecer interesar en la acción al primer ministro prusiano Otto Braun (SPD). De otra forma no es fácil entender por qué éste pretendía, a comienzos de marzo de 1932, hacer política precisamente con las «cartas de Röhm», como prueba el envío de los documentos «en copia fotográfica» al canciller del Reich, Heinrich Brüning, el 4 de marzo de 1932, que Braun justificaba como sigue: «Me abstengo de comentar en este escrito el contenido de las cartas. Le pido sin embargo que las lea y se forme opinión sobre ellas, y le agradecería que las diera a conocer también al Sr. Presidente del Reich, para darle una idea de la personalidad del hombre que como jefe de las secciones de asalto nacionalsocialistas disfruta de la protección especial del *Führer* del partido.»⁷⁸ Brüning se sentía en esta cuestión cubierto, aunque la mantuvo oculta⁷⁹ temiendo que los socialdemócratas lo quisieran uncir a su carro.⁸⁰ Posiblemente influyeron sobre él también el ministro de Defensa Groener y el general von Schleicher, a los que la campaña contra Röhm «disgustaba extraordinariamente».⁸¹

Pero esto es en todo caso secundario. La pregunta de la que debemos ocuparnos es: ¿Qué pretendía conseguir Hitler con todo aquel diseño conspirativo?

Un intento de interpretación

Algunos testigos de la época ya sospecharon de qué iba la cosa; por ejemplo, el antiguo coronel de las SA, Franz Pfeffer von Salomon, que había sido destituido con ocasión de la crisis de Stennes: «Hitler eligió a Röhm, no a pesar de, sino probablemente en razón de sus inclinaciones», decía después de la guerra. La homosexualidad de Röhm era «un punto débil que podía utilizar en cualquier momento». Hitler, proseguía Pfeffer, había situado en los puestos clave a hombres «que tenían algún punto débil, de forma que pudiese ponerles freno en cualquier momento, siempre que le pareciese necesario». Además así podía tener en jaque al conjunto de las SA: «Cuanto más se afirmaba la popularidad y la autoridad de Röhm en las SA, más profundamente se hundirían éstas si caía en desgracia su jefe.»⁸²

El cálculo de Hitler debió de seguir más o menos esos derroteros. El «caso Röhm» ofrece así un ejemplo paradigmático de su estrategia frente a sus seguidores más próximos: les confiaba «grandes» tareas y posiciones influyentes, les garantizaba una considerable libertad de acción en el desempeño de sus obligaciones cotidianas, localizaba sus «puntos débiles» y, finalmente, les amenazaba con el «freno de seguridad». Resultado: total dependencia y obediencia. Si se examinara con detalle y uno por uno al equipo dirigente nacionalsocialista se hallaría con seguridad en casi todos los casos el mismo esquema: fascinación, halago, corrupción y extorsión.

En 1932, en un momento de profunda depresión, Röhm reconoció abiertamente a Kurt Lüdecke que «mi vulnerabilidad me ha puesto en sus manos [de Hitler]». Para él era «una cosa horrible», ya que había perdido definitivamente su «independencia». Lüdecke sabía por sí mismo cómo podía «resolver» Hitler un asunto. «Éramos sin embargo nosotros mismos quienes habíamos hecho de él lo que es ahora.» La situación de Röhm era extraordinariamente «precaria». «Pero me atengo a mis tareas y sigo ciegamente a Hitler, leal hasta no poder más; no me queda otra opción.»⁸³

En la llamada Carta de Schulz la presunción de homosexualidad había recaído sobre el propio Hitler, y esa sospecha seguía presente en 1932. Precisamente por eso le imploraban tan insistentemente altos funcionarios del partido, como Konstantin Hierl, que destituyera a Röhm para no convertirse en víctima de los acontecimientos: «Lo que pretenden ante todo los enemigos no es colocar en una situación mortalmente delicada a Röhm, sino al movimiento y, sobre todo, culpar a usted personalmente de una deficiencia, y eso es para todos nosotros lo más insoportable.»⁸⁴ En el partido llegaron a concebirse, en la primavera de 1932, planes de asesinato contra Röhm y su círculo.⁸⁵ Hitler se libró del asunto de una forma muy diferente, en concreto dirigiendo el amenazante dardo aún más específicamente contra Röhm. Mientras los enemigos de éste trataban efectivamente de derribarlo, Hitler quería mantenerlo todo el tiempo que fuera posible; contribuyó decisivamente a la campaña de descrédito, pero no pensaba dejar caer por las buenas a su jefe de estado mayor. Hitler pretendía más

bien aparecer como camarada y hombre de honor, que aborrecía tan miserables ataques; quería mostrar que la «lealtad» no era para el *Führer* una palabra vacía. El 6 de abril de 1932, esto es, poco antes de la decisiva segunda vuelta en las elecciones presidenciales, declaró públicamente: «El teniente coronel Röhm seguirá siendo mi jefe de estado mayor, ahora y después de las elecciones. Eso no lo cambiarán las difamaciones más sucias y asquerosas que se lancen sobre él, que en su momento hallarán reparación conforme a la ley por falsificación, transgresión de leyes y abuso de autoridad.»⁸⁶ ¡Eso es astucia!

Hitler apuntaba con esta jugada menos a sus seguidores, quienes habrían aprobado en cualquier caso su proceder,⁸⁷ que a la opinión pública en general. Finalmente, el asunto entró en una fase decisiva para el éxito político del movimiento nacionalsocialista. Se estaba «a las puertas de la toma del poder por los nacionalsocialistas», decía entonces el *Völkischer Beobachter*.⁸⁸ Hacer estallar un asunto de política privada como el escándalo Röhm precisamente durante la campaña electoral de la primavera de 1932 parece absurdo, si únicamente se contempla la cuestión del descrédito moral; del linchamiento público de su jefe de estado mayor Hitler no podía esperar una mejora de imagen. Pero por extraño que parezca, como consecuencia del escándalo Röhm, ganó aún más popularidad. ¿Por qué?

La izquierda política planteó la lucha electoral en el plano emocional, casi exclusivamente con la campaña contra «Röhm y sus amigos».⁸⁹ Se precipitó ávidamente sobre los documentos publicados y esperaba aniquilar al odiado enemigo con las pruebas de la homosexualidad del jefe de las SA. No vio que Hitler les había arrojado ese hueso con el fin de protegerse a sí mismo. Quizá era pedir demasiado, ya que la revelación con que contaban era pintiparada, como sólo se atreven a soñar los enemigos políticos. Así pues, mientras que los adversarios del nacionalsocialismo se concentraban en Röhm, víctima del escándalo, el *Führer*, a salvo de las disputas en el partido, podía hacer su aparición como mesías nacional. La socialdemocracia se quedó pronto sola en su ofensiva. El *Vorwärts* [Adelante], casi desesperado, decía: «Cabrá esperar que esa opinión [la indignación contra el libertinaje sexual en las SA]

se hubiera extendido a la generalidad de los círculos políticos. ¡Pero ni los partidos de derecha ni los párrocos protestantes que tocan los tambores en honor de Hitler parecen escandalizarse por la Röhmosexualidad!»⁹⁰

La campaña equivocó su objetivo. Nadie lo expresó más claramente que Klaus Mann, quien en 1934 explicó, como sigue, la ineficacia política de esa «lucha, falsa e indignamente llevada»: «Aquéllos a quienes se quería ganar contra él [Röhm], o no se creían del todo la historia o no la hallaban tan relevante, y los que sí se indignaban ya no lo querían desde antes. El hecho de que Hitler se pusiera entonces por delante de él y amparara a quien se veía comprometido en un sentido pequeño burgués ofrecía —por primera y última vez— una imagen casi simpática del odiado compadreo. Los más simples debieron decirse: está bien que Hitler defienda a sus subordinados de lo que los periódicos propalan acerca de su vida privada.»⁹¹

Así rebotó sin efecto la protesta moral contra los jefes de las SA en Hitler, quien en aquellas semanas se había construido con gran lujo propagandístico una imagen de hombre de Estado. Empleando una estrategia mediática muy elaborada consiguió apartar a su propia persona de la línea de fuego. Más aún, Goebbels lo había convertido en un «hombre que no sólo como político, sino también como persona goza del amor y admiración de todos cuantos le conocen».⁹² Obviamente, ese aspecto «privado» del *Führer* no era sino un producto propagandístico, pero las muy preparadas escenas que lo presentaban a la opinión pública como un buen camarada y destacaban sus «cualidades de carácter» no erraron su efecto: los caricaturistas se ocupaban mucho más de «Röhm y sus amigos» que del *Führer*.

Hindenburg fue elegido de nuevo presidente, pero Hitler, que frente a aquel anciano encarnaba la juventud, la fuerza y el futuro, consiguió más votos que en la elección precedente [36,8 %]. En abril logró hacer caer el último bastión que les quedaba a los defensores de la República de Weimar, el parlamento prusiano. Y en las siguientes elecciones adelantadas al parlamento del Reich del 31 de julio de 1932, el NSDAP alcanzó una estruendosa victoria electoral, convirtiéndose con diferencia en la fuerza política con

mayor respaldo en Alemania [37,30 %]; de esta forma, la toma del poder por Hitler era ya sólo cuestión de tiempo.

Hitler tiene que ceder

¿Cómo reaccionó Röhm frente a los ataques contra su persona? ¿Cómo encaró las intrigas cuyo causante último no conocía? Aunque sabía lo delicada que era su situación, presentó una querrela por difamación contra Helmuth Klotz,⁹³ quien sin embargo contaba ya desde el 7 de septiembre de 1932 con una sentencia que le permitía «publicar las cartas del capitán Röhm con la finalidad de proteger a la juventud alemana de la degeneración homosexual»,⁹⁴ y que de forma igualmente clara se salió con la suya frente al órgano goebbelsiano *Der Angriff*: la Audiencia de Berlín confirmó una vez más expresamente el 13 de noviembre «la autenticidad de las cartas de Röhm» y condenó a la redacción a la «publicación de esta sentencia en la primera página del periódico».⁹⁵

Según los criterios de la moral pública de la época, la carrera de Röhm, cuya homosexualidad había quedado establecida oficialmente, tenía que haber acajado aquí.⁹⁶ Hindenburg dijo, al parecer, a algunos de sus colaboradores más cercanos que en tiempos del Kaiser le habrían puesto a Röhm una pistola sobre el escritorio, y si aquel sinvergüenza no hubiera querido tener en cuenta esa sugerencia, le habrían expulsado deshonrosamente del ejército.⁹⁷ Pero no sucedió nada de eso. Para cuando la justicia hubo emitido un juicio sobre la cuestión, el tema de la homosexualidad en las SA había desaparecido hacía tiempo de las primeras páginas de los periódicos. Tampoco en la dirección nacionalsocialista se habían tomado medidas contra él. Ernst Röhm, quien según su propia estimación se había visto entre la espada y la pared en el primer semestre, volvía a sentirse a finales de año de nuevo a sus anchas. ¿Cómo se puede explicar esto?

Que Hitler pretendía utilizar a las SA con fines de intimidación general, respondiendo así al palo que la camarilla de Hindenburg había tratado de meterle entre las ruedas en el verano de

1932, sólo es parte de la respuesta. Ya que Röhm, pese a su encontronazo con la prensa, había sido rehabilitado por Hitler ya en el otoño de 1932, de forma que hasta algunos de sus más fieles seguidores se sintieron indignados.⁹⁸ Respaldar de nuevo al «amigo» fue una decisión más o menos solitaria que Hitler debió de tomar por razones absolutamente personales.

Posiblemente habló del «caso Röhm» el 8 de noviembre de 1932 en un encuentro en Munich, en el que instruyó a su gente más próxima acerca de las nuevas tareas políticas tras las elecciones al Reichstag.⁹⁹ Precisamente el día anterior le había amenazado Hans Mend con ponerlo en la picota. De esos mismos días procede la declaración de Hitler de que «se mantendría o caería con Röhm».¹⁰⁰ Y de ahí resultó el «nombramiento por el propio Führer del Dr. Luetgebrune como consejero legal máximo de la dirección suprema de las SA».¹⁰¹ Luetgebrune era aquel abogado al que Hitler, pocas semanas antes, había echado un duro rapapolvo a causa de su estrategia de defensa en el asunto Röhm.¹⁰² Hitler hizo ahora cuanto pudo por reforzar a Röhm, y lo consiguió: En 1933 el jefe de las SA volvía a contar entre las figuras centrales más poderosas de la dirección nacionalsocialista.

El abogado Luetgebrune sentó las bases para esa rehabilitación oficial en el partido con el texto «Una batalla por Röhm», que apareció a comienzos de 1933. Subrayaba la inalterable amistad entre Röhm y Hitler, «que no ha olvidado ni por un momento a su camarada en apuros».¹⁰³ «Como abogado y como amigo del públicamente ofendido jefe de las SA», Luetgebrune quería al parecer «aclarar ciertas cosas en las que se había pretendido engañar al pueblo alemán con falsas apariencias en un debate público deliberadamente distorsionado». Sobre la cuestión «de si es cierta la suposición de una tendencia sexual especial de Röhm» no decía en realidad nada. «Se debe plantear más bien, claramente y sin rodeos, que la *orientación* sexual de una persona no tiene nada que ver en sí misma con la moral y la decencia.» Y menos en una personalidad como la de Röhm: «Es mucho más importante para el bien de la patria que en tiempos de dificultad y vergüenza, de impotencia e indefensión, uno sea un luchador y un compañero leal que si tiene o no en cuenta, o incluso transgrede, la hipocresía moral

de una capa social en decadencia.» Con las «peculiaridades atribuidas a aquel humanísimo hombre» se había cometido un vergonzoso y repugnante asesinato moral; en concreto, los «círculos marxistas» y «el conjunto de la prensa judía» se habían hecho culpables de la «utilización de imputaciones sexuales». Peor todavía era no obstante el «abuso de la justicia» con fines políticos que había permitido el gobierno del SPD en Prusia. Pese a todo, aquella «vil y odiosa campaña de difamación» había fracasado en su objetivo, ya que Röhm había respondido «con serenidad militar e invencible combatividad» a los indignos ataques dirigidos contra su persona. «Para el jefe de estado mayor habría sido fácil contraatacar con los mismos medios, transformando su defensa en ataque, ya que disponía de suficiente material para hacer callar definitivamente a los censores y moralistas.»

Para Ernst Röhm eso fue como un «certificado de buenas costumbres». Un último intento del juez del partido, Walter Buch, de evitar ese giro de 180 grados en una conversación privada con Hitler en mayo de 1933, fracasó, aunque había llevado consigo un «grueso paquete» lleno de cartas de queja y acusaciones contra Röhm. Todo eso son calumnias, replicó el *Führer*, y se atrevió incluso a añadir que Röhm «lo pasaba demasiado bien con las mujeres como para entregarse a tales cosas».¹⁰⁴

Durante todo aquel año se vio a Röhm frecuentemente con Hitler en las celebraciones y actos oficiales, y precisamente como figura del mismo rango en el «movimiento». En el congreso del NSDAP en septiembre de 1933 se llegó a tener la impresión de que ahora había dos *Führer* nacionalsocialistas. Poco después, Röhm tuvo la oportunidad de proclamar en un espectacular decreto¹⁰⁵ la lucha dentro y fuera del partido contra «hipócritas, mojigatos y portadores de complejos reprimidos». La indignación allí mostrada contra el «ridículo abuso de mojigatería y moralina» habría sido impensable tan sólo un año antes. Ahora, por el contrario, el jefe de las SA podía mostrarse desenfadadamente como un «espíritu libre». Su 43 cumpleaños fue celebrado el 28 de noviembre de 1933 como una fiesta oficial, y un mes después Hitler sometía a la firma de Hindenburg su nombramiento como ministro. Para el anciano presidente del Reich, que un año antes había afirmado que «le

habría sido imposible estrechar la mano de aquel marica»,¹⁰⁶ aquella firma tuvo que ser un trago bien amargo.

Al finalizar 1933 Hitler escribió una carta a Röhm, que apareció junto a otras felicitaciones a diversas personalidades nacionalsocialistas en el *Völkischer Beobachter* y en la que se apreciaba un tono especialmente cordial y lleno de confianza.¹⁰⁷ El *Führer* se había esforzado visiblemente: «Cuando te llamé para que ocuparas tu actual puesto, mi querido jefe de estado mayor, las SA atravesaban una grave crisis. Es ante todo mérito tuyo que en muy pocos años ese instrumento político haya podido desplegar la fuerza que me permitió acometer la lucha por el poder y derrotar definitivamente a los enemigos marxistas. Al finalizar este año de la revolución nacionalsocialista me siento obligado a agradecerte a ti, mi querido Ernst Röhm, los servicios imperecederos que has prestado al movimiento nacionalsocialista y al pueblo alemán, y a confirmarte lo muy agradecido que me siento al Destino que me ha permitido llamar amigos y compañeros de lucha a hombres como tú. Con mi cordial amistad y mi aprecio reconocido, tu Adolf Hitler.» Con este exaltado texto no sólo atestiguaba Hitler a Ernst Röhm el papel fundamental que había desempeñado éste en la construcción del Tercer Reich, también contenía un mensaje oculto, cuyo núcleo decía: quien ataca a Röhm ataca al *Führer*. Con eso parecía definitivamente asegurada la posición de poder de Röhm y su rehabilitación, cuando pocos meses antes se había visto proscrito de la honrada sociedad de «los buenos alemanes» y sometido a la burla del pueblo.¹⁰⁸

Hitler no tuvo tampoco ningún reparo en promover a (antiguos) amigos de Röhm, y nombró a Karl Ernst jefe de la sección de Berlín-Brandemburgo de las SA, con lo que el ex camarero de bares frecuentados por homosexuales se vio elevado al rango de casi un general. Ernst fue también, al parecer, «favorito del canciller del Reich», por lo que Göring lo llamó asimismo para formar parte del gobierno prusiano. En el partido muchos se asombraron de la decisión de Hitler de «distinguir tan aparatosamente a ese mal tipo», al que consideraban un «individuo amoral».¹⁰⁹ Pero para todos estaba claro que Hitler estaba dispuesto a aplastar el germen de cualquier nueva rebelión contra su política con respecto a Röhm,

lo que explica la desentrevista con la que Röhm y Ernst se atrevían a comportarse con ocasión de celebraciones sociales, como la recepción en la embajada turca en octubre de 1933.¹¹⁰ Con eso concuerda lo que le dijo Hitler a Hermann Rauschning durante un almuerzo en la cancillería del Reich a comienzos del verano de aquel mismo año: «No le voy a estropear sus entretenimientos a mi gente. Si les exijo al máximo, también tengo que concederles que se desfoguen *como les parezca*, no como viejas beatas. [...] No me preocupa su vida privada, del mismo modo que no consiento que nadie olisque la mía.»¹¹¹ Ésta era exactamente la posición que Röhm había defendido desde siempre, por lo que no es de extrañar que éste, al que Kurt Lüdecke había encontrado en el verano de 1932 tan compungido, pudiera ahora, un año después, echar las campanas al vuelo: había sufrido demasiado por su homosexualidad y esa «espada de Damocles ya no iba a pender sobre su cabeza».¹¹²

Desde la primavera de 1933 la «camarilla homosexual en torno a Röhm» (así se la designaba hasta en los más altos niveles, como el del presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht), aparecía no sólo como presentable, sino incluso como un factor de poder político.¹¹³ Esta asombrosa evolución requiere cierta explicación. Tanto más, cuanto que sólo unos meses después se produjo la súbita caída del «círculo-Röhm» y su condena moral pública. Hanfstaengl lo contaba de este modo en un pasaje no publicado de sus memorias: «Ernst, otro jefe homosexual de las SA, daba a entender en los años treinta que bastaban un par de palabras para obligar a Hitler a callar, si se quejaba del comportamiento de Röhm.»¹¹⁴ Ahí parece haber algo que investigar.

Hay pruebas concretas de que Röhm, tras la campaña desencadenada en su contra, dejó de lado la lealtad incondicional mantenida hasta entonces hacia Hitler y se decidió por una política propia. Para eso necesitaba aliados, espías, delatores. Ya en abril de 1931 había confiado a su agente Georg Bell la puesta en pie de un Servicio de Información para las SA y la protección de su propia persona.¹¹⁵ Al principio se trataba únicamente de intimidar a los «políticos del NSDAP que pretenden aprovecharse de la situación difícil de Röhm», bien mediante denuncias en su contra o alcan-

zando «armisticios» mediante negociaciones, como sucedió con Gregor Strasser y Paul Schulz, quien según Rosenberg era un «decidido opositor al homosexual Röhm».¹¹⁶

Durante la primavera de 1932, esto es, después de la publicación de las «Cartas de Röhm», cambió de táctica. Röhm se situó ahora «en contra de la dirección nacional» del NSDAP y dispuesto a pactar incluso con fuerzas enemigas.¹¹⁷ Así, por ejemplo, Bell acordó un encuentro con un antiguo camarada de la *Reichswehr* de los tiempos de Munich, el entonces oficial de inteligencia Karl Mayr, quien había acabado recalando en el SPD.¹¹⁸ El jefe de las SA intentó con su ayuda descubrir al causante último de la campaña y tomar medidas contra él. Mayr era especialmente apropiado para ese objetivo, ya que compartía con Röhm muchos secretos sobre los comienzos de Hitler en Munich en los años 1919-20. Que Röhm conviniera con Mayr «mantener en secreto la conversación»¹¹⁹ entre ambos no se contradice con su posterior declaración jurada de que había dado cuenta de ella «inmediatamente» a Hitler;¹²⁰ solo muestra que ahora pretendía deliberadamente achantar al «Führer del movimiento».

Hasta el momento en que los «tratos secretos entre el nazi Röhm y el socialdemócrata Mayr» se dieron a conocer en un proceso en Munich en octubre de 1932 y fueron utilizados ventajosamente por los comunistas,¹²¹ parece que Röhm estaba al corriente del trasfondo de las maniobras en su contra, al menos en la medida en que las conocía Mayr.¹²² Según éste, Röhm «había llegado a buscar en mí un respaldo frente a sus enemigos en su propio campo».¹²³ Y el jefe de las SA sabía ahora qué debía hacer: presionar a su vez a Hitler.

Walther Stennes, el enemigo jurado de Röhm en los años 1930-31, informaba de que éste «había roto internamente con el Partido [en el año 1932], ya que se entrevistó conmigo y me explicó que la situación en el Partido era cada vez más insoportable. Se lamentaba de no haber juzgado adecuadamente la situación a su regreso de Bolivia y de haberse opuesto a mí. Me propuso [...] una colaboración oculta. En aquel momento no confié en él, ya que conocía su amistad con Hitler; temí una trampa y rechacé cualquier colaboración. Los acontecimientos posteriores muestran

sin embargo que su oferta iba en serio, por muy extraño que pareciera.¹²⁴

Además, Röhm había hablado de la misma cuestión con Schleicher un día antes de la conversación con Mayr.¹²⁵ El político del SPD Carl Severing lo confirma en sus *Memorias*, y habla incluso de un amistoso intercambio de cartas entre ambos, que Röhm debió de iniciar en 1932.¹²⁶ Según se leía más tarde en un informe sobre el trasfondo de los asesinatos del «putsch de Röhm», éste «conspiraba realmente con Schleicher», quien a su vez «ridiculizaba cuanto podía»¹²⁷ a Hitler en la camarilla de Hindenburg. Al parecer tuvo más suerte con este intrigante que con Stennes,¹²⁸ lo que está posiblemente relacionado con el hecho de que también corrieran rumores sobre Schleicher, según los cuales éste «tenía tendencias anormales».¹²⁹ También el almirante Magnus von Levetzow advirtió expresamente a Göring acerca de aquel «tipo profundamente hundido, tanto ética como moralmente», sobre el que había oído contar cosas horribles.¹³⁰

En cualquier caso, Röhm encontró en Schleicher un aliado, que como ministro de Defensa no sólo tenía acceso a la cartilla militar de Hitler, sino que también disponía de un servicio secreto excelente.¹³¹ Que a partir de esa base se pudiera establecer un trato comercial sobre datos escandalosos con ventajas mutuas no es sólo una especulación, sino algo documentado a partir de una fuente muy creíble: Schleicher, según cuenta Bredow en *Hitler rast*, había «dado a entender en círculos de confianza que Röhm le había informado sobre ciertas cosas cuya publicación habría podido dañar gravemente a Hitler».¹³²

También el que Röhm se distanciara ahora de Paul Röhrbein y Georg Bell y procurara mantener alejados a sus antiguos amigos¹³³ pertenece a ese arsenal de medidas preventivas prudentemente calculadas. Ambos habían tenido que ver con la vida privada de Hitler, y Bell había llegado a «proclamar desvergonzadamente esa relación y a aprovecharse de ella públicamente», lo que no interesaba en absoluto a Röhm, quien no pretendía montar una campaña de descrédito a partir de esos datos ocultos, sino disponer de instrumentos de poder con los que lanzar una ofensiva política.¹³⁴ Con otras palabras: Ernst Röhm se disponía desde el vera-

no de 1932 a emprender una acción que no precisaba cartas de extorsión ni campañas de difamación, ya que gozaba de acceso irrestricto al *Führer*; sus advertencias podían ser tanto más eficaces en una conversación privada entre ambos. Ante todo no se dejaba intimidar. «Si Hitler vociferaba —según el abogado de entonces de Röhm, Luetgebrune—, Röhm estaba dispuesto a gritar más alto.»¹³⁵

Fritz Günther von Tschirschky, un colaborador del vicescanciller Franz von Papen, fue testigo involuntario a comienzos de 1934, en la antecámara de Hitler en la cancillería del Reich, de un encuentro semejante: «En la habitación de Hitler se estaba produciendo al parecer una disputa muy viva. Al cabo de un momento le dije a Brückner [el ayudante de Hitler]: “¿Por Dios, quién está ahí dentro? ¿Se van a matar?”. A lo que Brückner respondió: “Es Röhm, que quiere convencer al viejo (así es como llamaba siempre a Hitler) para que vaya a ver al presidente del Reich y le exponga sus deseos”. Así pues, esperé. A través de la delgada puerta se podían oír fragmentos de la conversación y hasta frases enteras. [...] De nuevo se oyó: “Eso no puedo hacerlo, me pides algo imposible”. Sin embargo, «Por el palacio del presidente del Reich supe pocos días más tarde que Hitler había planteado efectivamente a Hindenburg los deseos de Röhm, pero que había chocado con un rechazo muy explícito y brusco».¹³⁶

Todo esto muestra luminosamente cómo hay que evaluar la espectacular revalorización de Röhm desde finales de 1932: como el resultado de concesiones obligadas. En la misma dirección apunta el hecho de que Röhm forzara a mediados de 1933 la discusión sobre la denominada «segunda revolución» y el futuro de la *Reichswehr*, pese a que Hitler mantuviera una posición completamente distinta.¹³⁷ El jefe de las SA había tenido que pagar en el pasado un alto precio por su ingenuidad, pero ahora quería cobrárselo con intereses.

Röhm no sólo conocía los dudosos comienzos de la carrera política de Hitler,¹³⁸ sino que también sabía —como pocos— de su homosexualidad. Que algún día pudiera iniciar una campaña de difamación debió de ser una pesadilla continua para él; el *Führer* se hallaba pues en una situación embarazosa. Si no hubiera sido tan vulnerable debido a su homosexualidad, habría podido res-

ponder a los ataques de Röhm de una forma mucho más racional, por ejemplo amonestándolo públicamente o destituyéndolo. En el partido lo habría podido resolver sin más, pero esa vía la tenía bloqueada.

A la pregunta de si no habría podido emplear «otro método», Hitler dio pocos días después del «*putsch* de Röhm» esta expresiva respuesta: «Sólo aquél que conoce los hechos y que ha seguido atentamente las intrigas y maniobras secretas de los últimos meses [...] tiene derecho a indicar con qué métodos se podría haber evitado el peligro.»¹³⁹ «Conocía los hechos», por ejemplo, el entonces director del «contraespionaje nacional contra maquinaciones comunistas», Walther Korrodi, quien huyó en 1935 a Suiza y desde allí dio a conocer un año más tarde en un folleto contra Hitler cuánto sabía de ellos. A Korrodi se le habían abierto los ojos durante una entrevista mantenida en el otoño de 1933 con el amigo de Röhm, Edmund Heines, quien se mostró enfurecido por una reprimenda de Hitler con respecto a su modo de vida: «Adolf no tiene ningún derecho a abrir tanto el pico; basta una palabra mía y tendrá que callar para siempre!»¹⁴⁰ Esta expresión, dice Korrodi refiriéndose a Hitler, «deja ver claramente que Heines, que era uno de sus más tempranos colaboradores [...], disponía de algún secreto acerca de su *Führer*. Pero no era el único, ¿verdad, señor Canciller? El segundo que conocía ese secreto era su amigo íntimo Ernst Röhm, al que usted ha pagado con tan notable «lealtad»».¹⁴¹

Escalada

Eso mismo o algo parecido debieran de parecer las tensiones que se establecieron en 1933 entre el *Führer* y las SA, sembrado de desconfianzas y numerosos intentos de extorsión. Hitler cayó, según sus propias palabras, en una «crisis que muy fácilmente habría podido tener consecuencias verdaderamente destructivas para un futuro previsible».¹⁴² El instinto político de conservación de Hitler le obligaba a una escalada. Al mismo tiempo le alentaba el pensamiento de poder de esa forma mantener oculta para siempre su

propia homosexualidad, mediante la eliminación de testigos peligrosos. En el primer puesto de la lista de potenciales chantajistas estaba sin duda Ernst Röhm. Si damos crédito al entonces jefe de la Gestapo, Rudolf Diels, desde enero de 1934 se había ocupado de espiar a Röhm.¹⁴³ Desde febrero, como ha quedado probado, lo hizo también la *Reichswehr*.¹⁴⁴ Y, como muy tarde en abril, se pusieron en marcha también en el asunto Röhm el jefe supremo de las SS, Heinrich Himmler, dotado de nuevos y amplios poderes, y su asistente Reinhard Heydrich.¹⁴⁵ A mediados de mayo, también con vistas a los acontecimientos que se preparaban, se decretó una nueva «Reglamentación sobre el cumplimiento de las condenas de prisión», que suprimía las apelaciones ante el juez contra una detención (*habeas corpus*) y restringía sustancialmente las posibilidades de intervención de los abogados defensores en favor de sus representados. Con ello se abría portal y puerta a la arbitrariedad de la Gestapo.

Röhm y sus colaboradores de alto rango en las SA aceleraron sus propios preparativos e intentaron armar a su gente en la medida de lo posible.¹⁴⁶ El 16 de mayo de 1934 el jefe de estado mayor dio la orden a las SA de recabar informes sistemáticos sobre la «hostilidad hacia las SA».¹⁴⁷ Y según su lugarteniente en Berlín, Karl Ernst, Röhm comenzó entonces a depositar «importante material» en «lugares seguros», porque «debemos estar preparados para todo».¹⁴⁸ Röhm sabía pues lo que se preparaba. En la boda de Ernst en febrero había ya hablado claramente anunciando la lucha contra el gobierno de Hitler. Según un informe de un testigo ocular, dijo allí que «los hombres de las SA no son pobres cerdos que tengan que dejar libre la calle a los educados caballeros». Hizo ahora «de sus multitudes un ejército, y dijo, pegando un puñetazo sobre la mesa: «¡Ésa es la consigna!»». «Observábamos enmudecidos —prosigue el informe— el corto y afilado cuchillo donado por Röhm a las SA sobre cuya hoja figuraban grabadas las palabras: ¡Todo por Alemania!»¹⁴⁹

Pero precisamente con su plan de poner en pie su propio ejército, el jefe de estado mayor de las SA había ido demasiado lejos, ya que ello iba contra los intereses de la *Reichswehr*, que se convirtió así en el principal aliado de Hitler contra Röhm. Además,

Hitler tenía consigo a los restantes jefes nazis, a cada uno de los cuales tenía algo que ofrecer: Himmler, que con sus SS quería liberarse de una vez de la tutela de las SA; Heydrich, que especulaba con una rápida carrera; Goebbels, que tenía pendiente una cuenta con Röhm desde los tiempos del asunto Stennes; y Göring, ansioso por convertirse en el segundo hombre del régimen. A mediados de abril de 1934 Hitler debió de dejar claro a Göring, y Himmler que toda la policía tendría que someterse a un mando único, «si queremos —dijo Hitler literalmente— deshacernos de ese Röhm».¹⁵⁰ Y una vez que hubo aislado en el partido a su antiguo amigo y promotor pudo atreverse, a comienzos del verano de 1934, a tenderle una trampa mortal.

A comienzos de junio Hitler obtuvo de Röhm la promesa de ofrecer unas vacaciones de cuatro semanas a las SA. La correspondiente orden deja fácilmente entrever lo poco que le gustaba al jefe de estado mayor aquella medida: «Si los enemigos de las SA esperan que las SA no se reincorporen al cabo de su permiso o de que tan sólo lo hagan parcialmente, les permitiremos disfrutar de esa corta esperanza. Ya recibirán la debida respuesta en el momento y en la forma adecuados.»¹⁵¹ Un ambiente general parecidamente agresivo registra Hanfstaengl, quien vio a Röhm el 6 de junio de 1934 en una celebración festiva en el cuartel general de las SA, «manifiestamente ebrio» y «entregado a los exabruptos más bárbaros que nunca hubieran llegado a mis oídos; maldecía, gritaba, amenazaba. [...] Me pregunté qué tenebroso juego se desarrollaba allí entre bastidores».¹⁵²

Con el permiso concedido a las SA Hitler pretendía arrebatar a su adversario el instrumento de protección más potente de que disponía. Finalmente pudo convencer incluso a Röhm para que hiciese una cura de varias semanas en el balneario de Wiessee, a orillas del lago Tegern, y entonces se lanzó a la ofensiva. Pocos días después de la conversación de Hitler con Röhm, Rudolf Hess ordenó la disolución del servicio secreto de las SA.¹⁵³ El 21 de junio, Hitler recibió personalmente de Hindenburg en su finca de Neudeck la conformidad para una actuación enérgica contra la dirección de las SA.¹⁵⁴ Las SS de Himmler elaboraron a continuación listas de condenados a muerte a partir de la valoración de

sus correspondientes «pruebas de cargo», proceso en el que participaron también otros dirigentes de primera fila del Partido como Göring o el juez supremo del partido Buch.¹⁵⁵ El 25 de junio Hess pronunció un largo y amenazante discurso que se retransmitió por todas las emisoras de radio alemanas, hablando de una virulenta lucha por el poder. Pero «hay alguien que permanece al margen de toda crítica, y es el *Führer*».¹⁵⁶ Así se llevaron a cabo los preparativos necesarios. En cuatro días todo estaba acordado, y sin que la Reichswehr participara en esas maniobras de guerra civil partidaria: «La tropa no tiene nada que ver con todo esto», explicó Hitler a un oficial del ejército el 30 de junio: «Nosotros lavamos nuestra ropa sucia en casa.»¹⁵⁷

Tras nuevas valoraciones de la situación, Hitler hizo asesinar entre el 30 de junio y el 3 de julio de 1934 a unos ciento cincuenta «opositores al régimen».¹⁵⁸ Durante el transcurso de la acción, Hermann Göring ordenó la destrucción o requisa de todos los documentos hallados en los correspondientes registros, e inmediatamente después el gobierno del Reich aprobó la Ley sobre medidas del estado de emergencia, que daba simplemente por «buenos»¹⁵⁹ los asesinatos. Con ello se había privado a la justicia del fundamento para cualquier investigación.

La estremecida opinión pública pedía naturalmente explicación y justificación, por lo que el mayor demagogo nacionalsocialista después de Hitler tuvo que «aclarar» al pueblo alemán el trasfondo de aquel hecho sangriento. El 1 de julio, esto es, mientras todavía se estaban cometiendo los asesinatos, pronunció un discurso transmitido por radio.¹⁶⁰ Su alcance permite concluir que todo estaba ya decidido en lo esencial antes del 30 de junio. La rapidez con la que se llevó a cabo el asalto por sorpresa fue presentada por Goebbels como una refinada táctica: «El *Führer* se ha atenido de nuevo, como en tantas otras situaciones graves y difíciles, a su viejo principio de decir *únicamente* lo que hay que decir, *a quien* lo debe saber y *cuando* lo debe saber.» Se trataba de derrotar a «grandes traidores». Pero en lugar de revelar los planes conspirativos de golpe de estado, Goebbels se perdió en reproches estereotipados contra una «pequeña camarilla de saboteadores profesionales» que no querían «comprender nuestra paciencia indul-

gente». Ahora «el *Führer* los había llamado al orden con la severidad de su rigor». Todo quedaba así claro: «Ahora haremos tabla rasa. [...] Las pústulas, los reductos de corrupción, la proliferación de síntomas de enfermedad moral que se manifestaban en la vida pública serán extirpados hasta la raíz.»

Pero el motivo principal por el que se había atizado deliberadamente esa escalada era otro, al que Goebbels se había referido de pasada, pero con notable claridad, cuando dijo: Los jefes de las SA «estaban a punto de hacer caer sobre toda la dirección del partido la sospecha de una insultante y asquerosa anormalidad sexual». No se puede pasar por alto alegremente esta afirmación. En primer lugar, de una «sospecha» de que «toda» la dirección del NSDAP fuera homosexual no había hablado nadie hasta entonces en el Tercer Reich. ¿Quién habría podido difundirla, si ni siquiera los socialdemócratas lo habían conseguido cuando todavía existía la libertad de opinión? ¿Y qué quiere decir «estaban a punto»? ¿Maliciosamente? ¿Por negligencia? ¿Involuntariamente? No, esa afirmación no era una argucia ni una gracia demagógica, sino el reflejo de una amenaza real, frente a la que Hitler supo reaccionar en el verano de 1934 con la ley de Lynch.

Un ejemplo muy parecido de revelación involuntaria es el que ofreció el primer comunicado del departamento de prensa del Reich, que afirmaba: «Su [de Röhm] desdichada inclinación llevaba a tan desagradables imputaciones que el propio *Führer* del movimiento y jefe supremo de las SA se había visto envuelto en difíciles conflictos de conciencia.»¹⁶¹ Y en la rendición de cuentas que presentó el 3 de julio a su gobierno resuenan igualmente los verdaderos motivos para la acción criminal de los días anteriores: La «camarilla encabezada por Röhm, vinculada por sus especiales inclinaciones», le había «atacado con calumnias», y él «reprocha al antiguo jefe de estado mayor su insinceridad y deslealtad». Röhm le había amenazado, al parecer, con su dimisión, y esa amenaza no era «otra cosa que una desvergonzada extorsión». El «ejemplo» que acababa de dar servía además para dejar bien sentado a cada uno de sus subordinados «que arriesgaba la cabeza si de algún modo conspirara contra el régimen establecido».¹⁶²

Con otras palabras, Hitler sólo podía defenderse recurriendo

a los medios más extremos. Por eso tenían que ser asesinados o amedrentados con la mayor severidad todos cuantos sabían que no sólo Röhm, sino también Hitler era homosexual. Eso es lo que confirma un examen más atento de cada una de las víctimas. Fueron asesinados o encarcelados: los jefes homosexuales de las SA, Röhm, Ernst y Heines, todos ellos relacionados personalmente con Hitler; Gregor Strasser, quien hasta entonces había sido un «íntimo amigo» del *Führer* y que había elegido a Hitler como «padrino de sus hijos»;¹⁶³ los respectivos amigos de esos antiguos hombres de confianza, aunque se hubiesen alejado desde hacía tiempo de «Röhm y su camarilla», como el doctor Heimsoth o Paul Röhrbein. Altos funcionarios del Estado, que conocían material documental escandaloso sobre Hitler, como Erich Klausener, jefe del departamento de policía del ministerio del Interior prusiano y su asesor Eugen von Kessel;¹⁶⁴ el ministro de Defensa y ex canciller Kurt von Schleicher y su mano derecha Ferdinand von Bredow; el jefe de la policía de Munich, August Schneidhuber, y también al anterior primer ministro de Baviera, Gustav von Kahr, del que Hitler sospechaba lo que Lossow efectivamente había conseguido.¹⁶⁵ Abogados de Röhm, Strasser, Lüdecke y otros destacados dirigentes nacionalsocialistas, que a partir de sus defendidos y de los documentos investigados en los respectivos procesos habían entrado en conocimiento de cuestiones explosivas, como Walter Luetgebrune, Gerd Voss, Robert Sack o Alexander Glaser. Finalmente, el escritor muniqués Fritz Gerlich, que sabía más sobre Hitler y su círculo íntimo que cualquier otro periodista de la época.

Hitler quería evitar a toda costa que su persona quedara comprometida. Se vengó de un modo verdaderamente despiadado de la «camarilla de conjurados» que la habían tomado con su «vida» e intentó dismantelar por adelantado cualquier eventual intriga posterior. Se deshizo sin consideración alguna de potenciales testigos de cargo. Algunos ejemplos ilustran su forma de proceder: El hotelero totalmente apolítico Karl Zehnter, de 34 años y arrendatario del Nürnberger Bratwurstglöckl, junto a la catedral de Nuestra Señora en Munich, pertenecía al círculo de amigos homosexuales de Röhm, con los que a veces salía de viaje;¹⁶⁶ pero también le unía una estrecha y antigua amistad con Edmund Heines. Ambos

jefes de las SA solían acudir a su local y hasta Hitler estuvo en él en alguna ocasión. En el primer piso del Bratwurstglöckl había siempre una habitación libre para conversaciones reservadas entre destacados dirigentes nacionalsocialistas. Zehnter se ocupaba de servir personalmente a sus huéspedes, con lo que tuvo necesariamente que darse cuenta de los lazos que les unían, en particular con Hitler. Eso, y sólo eso, es lo que le llevó a la muerte.

También el pintor muniqués Martin Schätzl, de sólo 25 años de edad, que había acompañado a Ernst Röhm a Bolivia, fue asesinado.¹⁶⁷ Aunque allí no se llegó a establecer la relación amorosa que Röhm esperaba, fue durante dos años su compañero más próximo en una tierra extraña y su mutua amistad no se rompió luego. Schätzl entró en las SA cuando Röhm retomó su mando, y el 1 de febrero de 1934 éste le incorporó a su estado mayor, por lo que ambos debieron de hablar sobre muchas cosas, en particular sobre la amistad de Röhm con Hitler. Y precisamente por eso no podía de ningún modo seguir con vida.

El general Ferdinand von Bredow, quien desde el nombramiento de Hitler como canciller vivía retirado en su domicilio berlinés, fue asesinado literalmente en un vehículo policial, siendo arrojado a continuación su cadáver a una cuneta. Lo que causó su perdición fue al parecer su actividad como jefe del servicio secreto militar durante el mandato de Heinrich Brüning como canciller.¹⁶⁸ Bredow, que era uno de los colaboradores más fieles de Schleicher, se había ocupado en el último medio año antes de la toma del poder por Hitler de la dirección administrativa del ministerio de Defensa, puesto que le dio acceso a ciertos documentos como por ejemplo un informe sobre el encuentro de la Orden de la Joven Alemania¹⁶⁹ el 3-4 de julio de 1932, en el que se decía que el contenido principal de las conversaciones allí mantenidas había sido del siguiente tenor: «El ministro de Defensa Schleicher apoya al NSDAP, movimiento cuyos principales líderes son homosexuales, y según el material que nos ha hecho llegar Otto Strasser [...] el ministro de Defensa es también de ese mismo talante. Las pruebas provienen de la época de cadete del ministro de Defensa. El Sr. Otto Strasser visitó a Mahraun [el Alto Maestro de la Orden] con objeto de hacerle partícipe de estos datos. También le comu-

nicó que con ocasión de una larga estancia del Sr. Hitler en su casa observó en él una conducta que induce a pensar en el mismo tipo de inclinación. También hay que incluir en ese círculo al canciller del Reich von Papen. [...] Asimismo, el club de caballeros próximos al Canciller consta en su mayor parte de individuos de tendencias «anormales». [...] La Orden de la Joven Alemania [...] procederá, cuando se haya aclarado la cuestión del poder, en función del material que posee.»¹⁷⁰ En los diversos dossiers que pasaron por el escritorio de Bredow debía de haber muchas más informaciones explosivas. Esto permite entender por qué tenía que morir aquel general de la *Reichswehr*, al igual que su jefe, de quien se sabía que al jubilarse se había hecho con una «valiosa posesión», concretamente copias de ciertos documentos secretos. «Pero esa posesión no sólo era valiosa, sino también peligrosa.»¹⁷¹

El abogado estrella del NSDAP, doctor Alfons Sack, fue encarcelado durante todo el mes de julio de 1934, a fin de que la Gestapo pudiera registrar con toda tranquilidad de arriba abajo su despacho y su domicilio privado.¹⁷² También él había caído en la red de Himmler tan sólo porque le frecuentaban los jefes de las SA, Röhm, Heines y Ernst,¹⁷³ a lo que se añadía su fama de homosexual. Igualmente se detuvo al abogado de Röhm, Luetgebrune, y según sus propias declaraciones «le hicieron de todo». Un cliente que pasó en 1935 a visitar a Luetgebrune, quien «siempre había vivido bien», señalaba asustado: «El Sr. abogado lo ha perdido todo». ¹⁷⁴ Todavía peor le fue de todas formas al abogado de Strasser, Gert Voss. Cuando se negó a abrir su caja fuerte fue asesinado allí mismo por un comando de asalto, y la caja forzada.¹⁷⁵

También resulta significativo el destino del joven adjunto de Röhm, Du Moulin-Eckart, quien advertido por unos amigos consiguió esconderse durante el baño de sangre. Cuando volvió a aparecer, creyéndose a salvo, fue inmediatamente detenido y enviado para varios años al campo de concentración de Dachau. Ni siquiera Winifred Wagner pudo salvar al hijo del célebre biógrafo de Wagner, que era un asiduo visitante de Wahnfried. «No pida por ese chico —le dijo decididamente Hitler—, es el peor de todos» y se quedará en Dachau.¹⁷⁶

Finalmente, para acabar de describir el escenario del 30 de

junio, queda por contar que muchos supervivientes recibieron en su domicilio la clínica notificación de que estaban en la lista y que podían agradecer al cielo haberse salvado. El propio Rudolf Diels recibió personalmente la comunicación, anunciada en persona por Heydrich, de que su nombre había sido compasivamente tachado de la lista por Göring.¹⁷⁷

Como se deduce fácilmente de estos pocos ejemplos, la acción que se desarrolló en los días en torno al 30 de junio de 1934 fue algo más que un golpe de mano de Hitler contra la dirección de las SA y algunos cómplices reaccionarios de aquellos «putschistas». Fue una campaña cuidadosamente planeada contra gente que sabía demasiado, o podía creerse que sabía demasiado, sobre él y sus «circunstancias». El «estado de excepción» establecido con violencia debía posibilitar a los gobernantes apoderarse rápidamente de documentos que Hitler y su régimen consideraban una amenaza. Más de mil cien personas fueron detenidas en el transcurso de la «acción de limpieza», de las que en otoño quedaban todavía 34 en prisión.¹⁷⁸ Las detenciones posibilitaron el acceso a domicilios y establecimientos privados que fueron exhaustivamente registrados en cuanto se dispuso de ellos. En su discurso al Reichstag del 13 de julio de 1934 Hitler dio a conocer del modo más traicionero que tras el «putsch de Röhm» se había ocupado principalmente de «leer numerosos documentos, diarios y otros papeles estrechecedores» que constituían el material requisado.¹⁷⁹

El motivo central para la actuación contra «Röhm y sus amigos» fue el miedo del *Führer* a quedar al descubierto y a la extorsión. En favor de esta tesis habla también el hecho de que la montaña de documentos requisados no diera lugar a la instrucción de ningún proceso —el propio Hitler había rechazado de antemano estrictamente ese procedimiento formal—,¹⁸⁰ sino que quedaran en poder de la Gestapo de Himmler y fueran entregados personalmente a Hitler. Eliminar a los testigos, ése era el verdadero objetivo de aquella acción terrorista, tras la que no estaba ninguna banda armada, sino las brigadas volantes de un Estado policial ya considerablemente centralizado.

Cuando Hitler compareció en el Reichstag el 13 de julio —esto es, casi dos semanas después de los terribles acontecimientos—,

había dejado atrás días de preocupación y miedo, miedo de que alguien en el extranjero pudiera destapar la caja de los truenos y dar a conocer un material aniquilador. Pero no sucedió nada parecido. Sólo ahora, cuando se sentía ya medio a salvo, se atrevió a rendir cuentas ante el «Foro más autorizado de la nación». Pronunció un discurso que para muchos se cuenta entre los más hábiles de su carrera oratoria. La opinión pública tuvo ante sí a un *Führer* que tras la inicial inseguridad llevaba a su auditorio —con ironía y sarcasmo, como señalaba el acta escenográfica de la sesión del Reichstag—, a la «hilaridad», provocando «carcajadas»: ¹⁸¹ una hazaña notable en cuanto a falta de escrúpulos. Así y todo, Hitler admitió abiertamente que sólo la ruptura con Röhm, sólo el fatal fracaso de aquella estrecha amistad entre hombres, había provocado el conflicto político rápidamente creciente. Göring habló en aquella misma sesión del Reichstag, de forma sibilina, de las «terribles horas de sufrimiento del *Führer* ante la traición del hombre a quien él mismo había considerado un ejemplo de lealtad para todos nosotros». ¹⁸² Lo personal había tomado la delantera a lo político, en eso Hitler había dicho la verdad. Pero sólo se trataba de media verdad, ya que nadie se dio cuenta de qué era lo que había destruido verdaderamente su relación con Röhm. Sin embargo, Hitler había salido del apuro nuevamente y había no sólo renovado, sino incluso aumentado la confianza de sus seguidores. «Lo ha conseguido usted», le dijo entonces Göring, y ni siquiera sonaba del todo falso. «Usted es el depositario de esa confianza, y a partir de ella puede usted hacer lo preciso para el resurgir de Alemania.»

Guerra preventiva en asuntos privados

Hitler había conseguido amedrentar hasta la estupefacción a los enemigos que aún le quedaban en el Tercer Reich. La prensa del exilio, por el contrario, era menos fácil de someter. Por ejemplo, el periódico comunista *Deutsche Volks-Zeitung*, que se editaba en París, publicó el 5 de julio de 1934 que Hitler había derrotado a «cómplices que se habían vuelto peligrosos». Cómplices «asimis-

mo en la vida privada del *Führer* homosexual». ¹⁸³ Y también Otto Strasser sabía de qué hablaba cuando publicó un artículo en su revista del exilio *Die Deutsche Revolution* con el siguiente titular, «¿Sólo es válido el Artículo 175 para los muertos? Una pregunta a Adolf Hitler». La indignación de la prensa nacionalsocialista hacia la «inclinación anormal» del asesinado jefe de las SA, decía allí Strasser, era una «repugnante hipocresía»: «Quienes —como nosotros— nos hemos referido desde hace años a esa circunstancia, quienes —como nosotros— hemos pretendido y exigido esclarecimiento judicial de esa cuestión, estamos inmunizados contra el reproche de simpatía hacia ese tipo de conducta. ¿Pero no fueron precisamente el Sr. Hitler y su partido los que contra todas las denuncias provenientes de su propio campo y todos los ataques de los enemigos sobre esa herida abierta defendieron a Röhm y a sus amigos homosexuales?» Y eso sigue haciendo todavía el *Führer* con respecto a los «ministros vivos».

Strasser anunció por eso «una primera lista de altos dignatarios del sistema hitleriano» con el fin de «inculparlos —con pleno conocimiento de las consecuencias jurídicas— ante el pueblo alemán y ante la opinión pública internacional de actividades homosexuales *contra natura*». ¹⁸⁴ Una semana después se publicó efectivamente esa lista, en la que aparecían «para empezar», los siguientes nombres: Rudolf Hess; Baldur von Schirach, jefe nacional de las juventudes hitlerianas; Helmut Brückner, jefe del distrito de Silesia; Karl Kaufmann, jefe del distrito de Hamburgo; Wilhelm Brückner, ayudante personal de Hitler. Un apéndice confería credibilidad a esa revelación: «Como testigos de nuestra declaración, que estamos en condiciones de sostener en cualquier momento ante la justicia, nombramos (dado que los principales testigos, el capitán Röhm y Gregor Strasser, han sido desgraciadamente asesinados) al ministro Dr. Frick, al *Oberpräsident* Erich Koch, al general von Heinemann (antiguo presidente de la USCHLA [esto es, el tribunal superior del partido nazi, llamado *Untersuchungs-und Schlichtungsausschuss*, Comisión de investigación y conciliación]), al comandante Buch (actual presidente de la USCHLA), a la Sra. ministra Hess, al primer ministro von Killinger, etc., en cuyas declaraciones directas (junto al examen perso-

nal de actas secretas del partido) están basadas nuestras acusaciones.» ¹⁸⁵

Dada la rigurosa censura de prensa en el Tercer Reich, esa acusación sólo fue conocida por los lectores de algunos periódicos extranjeros y Hitler pudo rechazarla como parte de la oleada de protestas que se desencadenó contra él por la acción contra Röhm. No sin lamentos, naturalmente, como muestra una entrevista con Hitler publicada en el *New York Herald* el 11 de julio de 1934: «Es una desgracia para todos nosotros que se difundan continuamente en América y en otros países rumores enloquecidos sin fundamento alguno.» Tales rumores «causan daños enormes». ¹⁸⁶ Pero sobre todo le desconcertaban; así nunca podría saber con seguridad lo que se decía en su propio «pueblo» acerca de su homosexualidad, ¹⁸⁷ y ese sentimiento de falta de control le desasosegaba incluso después del golpe liberador del 30 de junio. Veía el pilar central de su dictadura, esto es, el mito del *Führer*, amenazado por la propagación de rumores. Y por eso preparaba febrilmente nuevas medidas preventivas.

Tan sólo medio año después del asesinato de Röhm entró en vigor la llamada Ley contra la insidia, ¹⁸⁸ que castigaba todas las expresiones, manifestaciones, palabras, declaraciones «atentatorias contra el bienestar del Reich o la imagen pública de su gobierno, del NSDAP o de sus miembros». Lo mismo valía para «las expresiones públicas hostiles, difamatorias o injuriosas contra las personalidades públicas del Estado o del NSDAP». Las disposiciones contenidas en la citada ley procedían en su mayor parte del decreto firmado por Hindenburg en marzo de 1933 «para defender al país frente a ataques alevosos contra el gobierno de salvación nacional» y ahora se extendieron al partido de Hitler y se estipularon por escrito en forma de ley. Lo más curioso era, sin embargo, que la persecución se hacía depender de la autorización del ministerio de Justicia del Reich, es decir, en última instancia del propio Hitler, cuya autorrepresentación como «juez supremo del pueblo alemán» debía pues cobrar eficacia en cierto punto, que para el *Führer* era al parecer especialmente delicado: las expresiones despectivas hacia su persona.

Por lo que sabemos de aquel entonces, los tribunales tuvie-

ron que ocuparse sobre todo de manifestaciones acerca del propio Hitler y su homosexualidad.¹⁸⁹ Si el acusado sentía simpatía o había rendido servicios al movimiento nacionalsocialista era algo que no parecía importar en absoluto a fiscales y jueces ni afectar a las sentencias. Un ejemplo de Nuremberg:¹⁹⁰ Un ingeniero homosexual que desde mediados de los años veinte pertenecía al NSDAP había importunado a un joven en el verano de 1935 con las siguientes palabras: «Ya ves a nuestro *Führer*, que también disfruta haciéndolo con hombres.» A pesar de la petición de gracia que la mujer del acusado dirigió al ministro de Justicia y en la que se refería a «las convicciones nacionalsocialistas» de su marido, éste fue condenado a la máxima pena prevista, esto es, a dos años de prisión. «La enorme e infame calumnia contra el *Führer* excluye cualquier medida de gracia», opinó el juez. Otros casos parecidos muestran lo extraordinariamente sensibles que se mostraban los tribunales especiales cuando se enfrentaban a manifestaciones alusivas a una supuesta homosexualidad de Hitler.¹⁹¹

Pero, a pesar o precisamente a causa de todas las amenazas y castigos, los rumores acerca de la orientación sexual del *Führer* no tenían fin. En 1937 se le escapó a un hombre de las SA la observación de que Hitler era, al igual que Röhm, «uno de los del Artículo 175», lo que le costó dos años de encierro e inhabilitación.¹⁹² Otro ejemplo, de mayor relevancia, sucedido en Berlín en 1942:¹⁹³ El adjunto personal de Hitler, Julius Schaub, denunció al escritor Hans Walter Aust, por aquel entonces miembro del gabinete de prensa del Reich y declarado «insustituible». Ese Aust le había dicho a una informante de Schaub «que el *Führer* hospedaba en Obersalzberg a una joven, de nombre Everl [se supone que se trata de Eva Braun], pero sólo con la finalidad de disimular su homosexualidad». Aust afirmó que sólo había repetido lo que le había contado «una conocida dama», pero el tribunal no lo consideró un atenuante y le condenó a dos años de prisión. La sentencia exhibe con toda claridad la necesidad de argumentación del juez: «Si bien la persona del *Führer* está demasiado alta para que tales maledicciones lo alcancen [...] en tiempos de guerra no se puede subestimar el peligro que amenazaría al pueblo alemán si tales murmuraciones socavaran la confianza de amplios círculos en su guía y dirección.»

Esa «calumnia es tanto más grave, cuanto que con ella se atribuye al *Führer* la misma inclinación antinatural que él condenó de la forma más rotunda con ocasión del incidente Röhm en el año 1934». Pero ni siquiera ese retorcimiento de la justicia le era suficiente a Hitler: desde 1943 la pena con que se castigaba a quienes atribuyeran una orientación homosexual al *Führer* era la muerte.¹⁹⁴

Volvamos al año 1934. Tres meses después de la acción contra Röhm, Hitler ordenó al jefe nacional de las SS, Heinrich Himmler, la confección de un registro de todos los «delitos homosexuales», especialmente los de «personalidades políticas».¹⁹⁵ De ahí la instalación de un departamento especial en la sede central de su aparato de violencia política. Ese interés en mantener un control lo más detallado posible de la vida homosexual en Alemania muestra lo muy inquieto que seguía Hitler, aun después de haberse deshecho de «Röhm y su camarilla» en aquel golpe brutal. Quería controlar el «problema» de la homosexualidad de forma que nunca más pudiera volver a significar un peligro para su poder, para lo que precisaba un completo conocimiento y una intimidación continua, junto al agravamiento de las penas que ofrecía campo libre a la policía y la justicia.

Así se produjo pocos meses después de la promulgación de la *Ley contra la insidia* una nueva medida decisiva, el endurecimiento del Artículo 175.¹⁹⁶ A partir de entonces bastaba la simple sospecha de «actividades inmorales» para llevar a cabo una detención. Se había dado vía libre a la arbitrariedad más completa de la policía. La subcultura homosexual, hasta entonces más o menos intacta, especialmente en las grandes ciudades, fue destruida hasta sus cimientos en la segunda mitad de los años treinta, y se implantó una persecución sistemática de los homosexuales, a los que amenazaba la tortura, el campo de concentración y la muerte.¹⁹⁷ Hitler sentía un terror infernal a la opacidad de los medios homosexuales que él mismo había conocido desde dentro en Viena y Munich. Sabía que de ese submundo podían emerger en cualquier momento rumores que le alcanzaran a él mismo. Quería ahogar en su germen ese potencial amenazador en todo el país, lo que sólo era posible encargando la tarea al jefe de su aparato de terror, Heinrich Himmler. No le interesaba particularmente la política repre-

siva contra los homosexuales «corrientes», sino sólo aquellos «casos» en los que estaban en juego grandes intereses.

Eso es lo que prueba con la mayor evidencia el ejemplo del *Oberpräsident* y jefe del distrito de Silesia, Helmut Brückner, uno de los hombres «señalados» como homosexuales por la prensa en el exilio en el verano de 1934. Aquel veterano hombre de partido estaba ya bajo sospecha desde 1932-33,¹⁹⁸ pero había conseguido sobrevivir indemne a la «noche de los cuchillos largos». Sin embargo, un mes después fue denunciado ante la fiscalía general de Breslau [Wrocław] como «del Artículo 175»¹⁹⁹ por el representante de Himmler en Silesia, Udo von Woyrsch. Brückner dirigió ingenuamente a Hess, Göring y otros destacados nacionalsocialistas un «memorándum» en el que apuntaba que podía comprometer a Woyrsch, a su jefe Himmler, y quizá también a otros dirigentes del régimen con acusaciones parecidas.²⁰⁰ Fue inmediatamente detenido por la Gestapo y trasladado a Berlín, donde los esbirros de Himmler lo mantuvieron encerrado hasta arrancarle en diciembre una confesión de sus «delitos» homosexuales. Las consecuencias fueron la expulsión del partido y la inhabilitación para cargos públicos.

Pero no bastaba con eso. Por mandato expreso de Hitler, que siguió este caso con notable atención y hasta encontró tiempo para mantener una conversación de una hora con la señora Brückner, el antiguo compañero de lucha fue encarcelado, sin que valiera para nada su afirmación de que mantendría el juramento de lealtad a Hitler «aun fuera del NSDAP».²⁰¹ Aunque Göring prometió a la señora Brückner que no se llegaría a un proceso público, Hitler quería evidentemente sacarlo de su mutismo y ordenó una investigación por parte de la fiscalía en relación con el Artículo 175. Brückner advirtió entonces «que si llevaban su asunto ante un tribunal podía dar a conocer cosas que causarían grandes daños al movimiento y al Estado».²⁰² Pero precisamente esas cosas era lo que quería conocer Hitler, si bien fuera del alcance de la publicidad, por lo que se decidió celebrar un juicio a puerta cerrada en octubre de 1935. En los preliminares del proceso Brückner aportó en su defensa los siguientes detalles, que había escrito en una carta —interceptada— a su abogado:

Su «tendencia bisexual» provenía de un «onanismo mutuo practicado desde muy joven», si bien negó decididamente haber transgredido el Artículo 175, ya que hasta el verano de 1935 no había decidido el Tribunal Supremo del Reich incluir el onanismo mutuo en las previsiones penales de ese artículo y sus «actividades» eran muy anteriores. Era el mismo argumento que había empleado con éxito Röhm en 1931. Brückner protestó enfáticamente contra la acusación de haber dañado al partido con su comportamiento, argumentándolo como sigue: «En mí se despertaron profundos escrúpulos cuando en el partido nacionalsocialista tuvo lugar el cambio radical del 30 de junio [de 1934], pasando de la tolerancia a la proscripción más radical. [...] La jurisprudencia de diez años y la decisión del Tribunal Supremo que se refiere por igual a la época anterior y posterior a la guerra mundial se ha convertido en patrimonio común de la Alemania nacional. Esta interpretación fue expresamente confirmada por el NSDAP en el caso Röhm, tanto en 1932 con ocasión de las cartas de Röhm en el interior del partido y desde su dirección, como tras la toma del poder en 1933, especialmente cuando en el Año Nuevo de 1934 Hindenburg nombró ministro al jefe de estado mayor Röhm a propuesta del Canciller del Reich. Así quedaba aclarada cualquier eventual duda. El nacionalsocialismo no sólo ha confirmado, sino expresamente sancionado la interpretación del Tribunal Supremo en la cuestión del onanismo mutuo.»

A la vista está lo desconcertado que había dejado a Brückner el «giro radical» que había efectuado la dirección del NSDAP en 1934: de la homofilia a la homofobia. Pero reconoció pronto que «aquí lo importante son las cuestiones políticas» y que la fiscalía sólo era «el peón del sistema judicial»: «Se nos ha mentado.» En el juicio oral celebrado el 22 de octubre de 1935 no denunció a nadie ni defendió la cultura homosexual a la que la dirección del NSDAP había dejado campo libre hasta el verano de 1934. Se refirió en cambio a sus méritos en el partido y a su inocencia penal. El tribunal le condenó a quince meses de prisión, decisión contra la que apeló Brückner.

Después de que Hitler hubiera ya influido en el proceso a través del ministro de Justicia Gürtner,²⁰³ Himmler tuvo que infor-

marle personalmente el 1 de noviembre de 1935 acerca de «la cuestión Brückner». Hitler decidió entonces, como anotó Himmler unos días más tarde, «que en el proceso de apelación la fiscalía no debe dar su brazo a torcer. Tras la segunda vista es al *Führer* a quien corresponde decidir».²⁰⁴ Con otras palabras, la interpretación de las disposiciones legales queda en manos del hombre para cuya seguridad se aprobaron. Hitler se convertía así en Señor de los Hechos en un espacio que, de facto, quedaba al margen de la justicia. Cuando Brückner hubo purgado la primera mitad de su condena el *Führer* le concedió, con aparente indulgencia, la libertad condicional. Quizá se prometía así una especie de garantía de lealtad, tanto más cuanto que en 1938 encargó a Himmler y Göring que le buscaran a Brückner un empleo satisfactorio fuera de la política.²⁰⁵

El monopolio del *Führer*

Como jefe del Estado, Hitler tenía otras cosas que hacer que ocuparse personalmente del proceso contra un compañero de partido bisexual. En general nunca se interesó en detalle por la persecución de los «oposidores al régimen»; eso lo dejaba en manos de Himmler y sus SS. Pero en cuanto aparecía en el orden del día el tema de algún «político homosexual», y más aún si se trataba de alguien de las propias filas, quería estar al tanto de todos los detalles desde el primer momento. En estos asuntos sólo valía su decisión. Igual de ardientemente interesado se mostraba en saber qué es lo que oían o decían sobre él al respecto. Sobre su escritorio se acumulaban hasta los más nimios informes procedentes de la última aldea de Alemania. Así se fue desarrollando la paranoia de un hombre que por un lado creía realmente en el mito del *Führer* y por otro notaba que no estaba a su altura. Y así se manifestaba su incontrolable terror al desenmascaramiento, que le había llevado, tras el «*putsch* de Röhm», a la *Ley contra la insidia* y al endurecimiento del Artículo 175 del código penal. El «caso Brückner» muestra por otra parte que las revelaciones de Otto Strasser no habían salido de la nada; en el equipo dirigente del nacionalsocialismo seguía

habiendo a finales de 1934 algunos políticos homosexuales, como Rudolf Hess, Baldur von Schirach y Hans Frank, en los que el psicólogo norteamericano Gilbert detectó más tarde en Nuremberg «tendencias homosexuales»,²⁰⁶ o Karl Kaufmann, sobre el que se dijeron cosas parecidas en diversos procesos después de la guerra.²⁰⁷ Brückner fue sin embargo el único que infringió la ley no escrita que prevalecía por aquel entonces en el movimiento nacionalsocialista: ¡No hablar nunca de amor entre hombres y no dar ningún nombre! Fue esa insólita transgresión de la regla y no su homosexualidad la que le privó de su puesto. Cada funcionario homosexual debió de sentir no obstante tras el asesinato de Röhm terror hacia las SS de Himmler y las listas de proscripción de Reinhard Heydrich.²⁰⁸

La consecuencia fue una total entrega a la benevolencia de Hitler. El conocimiento que esos paladines tenían de las inclinaciones de Hitler había perdido en 1935 su valor como reaseguro. El dictador había convertido la homosexualidad en un privilegio exclusivo para ayudantes escogidos, además de un monopolio para sí mismo, que no permitía ninguna competencia. Era el único al que nunca podría alcanzar la legislación sobre homosexualidad. El *Führer* de Alemania se convirtió así además en *Redentor* de sí mismo.

Pero Hitler perseguía también un objetivo político. En 1934 había llegado a la conclusión de que no podía consentir avances de los homosexuales en el interior de su movimiento, ¡por su propio bien! En el transcurso de la batalla pública contra Röhm había aprendido algo de incalculable importancia: que en Alemania no había ninguna posibilidad de recobrase del estigma de la homosexualidad, ni siquiera en su propio partido. No vio otra posibilidad que ceder cada vez más a la presión de la adaptación. Y logró lo que deseaba: pueblo y élites festejaban ahora el valor y la fuerza de su *Führer*, que se había adelantado a «Röhm y su camarilla».²⁰⁹ El aparente aplastamiento de un *putsch* le daba aún más poder político y, mediante el acercamiento a la jefatura de la *Reichswehr* y la inclusión de las tradicionales élites conservadoras, que se mostraban fascinadas por su decidida «voluntad de orden», pudo incrementar su fama como «Salvador de la Nación». El *affaire* Röhm

había fortalecido tanto la dictadura de Hitler, motivando una nueva oleada de admiración, que la dura crítica procedente del extranjero se desvaneció rápidamente ante su firmeza.

Tres meses después de ese gigantesco éxito, Hitler pudo considerarse feliz y confesar muy privadamente: «¡Creo que mi vida es la mayor novela de la historia del mundo!»²¹⁰ Eso mismo y no otra cosa es lo que le parece al historiador. Pero a esa vida correspondía un lema atroz, que el *Führer* había aullado pocas semanas antes al micrófono en otro contexto político: «¡Nada nos detendrá! ¡Bajo ningún tipo de circunstancias capitularemos!»²¹¹

CAPÍTULO VI

Revelaciones póstumas: Erich Ebermayer y sus informantes

La destrucción sistemática de documentos que demostrarían inequívocamente la homosexualidad de Hitler no pudo evitar que ciertas personas, cuyo interés en que se conociera cuanto sabían al respecto no era sólo político, sino en muchas ocasiones personal, nos hayan transmitido informaciones de gran valor al respecto. Entre ellas se cuenta el abogado y novelista homosexual Erich Ebermayer, nacido en 1900. Si sus afirmaciones responden a la verdad —y es mucho lo que habla en favor de tal hipótesis— constituyen un auténtico descubrimiento.

En 1959 la famosa editorial Zsolnay publicó las notas de Ebermayer de los años 1933 a 1935, con el título *Diario personal y político*.¹ Entre los párrafos más palpitantes se cuentan los referidos al «putsch de Röhm» del verano de 1934.² Ebermayer dice que le sobrecogió un «espanto paralizante». Los primeros comentarios sobre el comunicado oficial atestiguan la misma perplejidad y temor de nuevos abusos. Pero pronto se hace notar la indignación que finalmente culmina en la sospecha de que aquella acción hubiera estado guiada por la intención de «eliminar a incómodos conocedores del pasado personal del *Führer* y de los primeros tiempos del movimiento». Ebermayer puede ofrecer buenas razones para su sospecha: «Lo más interesante y estremecedor es el viraje, o el giro de 180 grados, se podría decir, que se ha producido en el terreno de la lucha contra la homosexualidad. Que esa lucha no es genuina ni honrada no merece apenas una palabra. Según su cartilla militar, puesta a disposición del entonces ministro del Interior del Reich

Dr. Külz, el *Führer* fue excluido del ascenso a suboficial, pese a su heroísmo frente al enemigo, debido a sus actividades homosexuales. El movimiento nacionalsocialista, en sus primeros tiempos —y no sólo la “camarilla de Röhm”—, era una “asociación masculina”, como las que Blüher describía en sus libros, cuya fuerza impulsora era el homoerotismo. Hess, a quien en los círculos dirigentes del Partido llaman la negra Emma, fue, en opinión de cuantos conocen de cerca las circunstancias, el amigo íntimo del *Führer* durante varios años, en particular durante la detención común de ambos en Landsberg. [...] Mis informadores más dignos de confianza en esas cuestiones internas [...] han subrayado con orgullo hasta ahora la inclinación homoerótica del *Führer* y de su círculo más íntimo [...] dando a entender que desde que la política absorbe cada vez más sus fuerzas, el *Führer* ya no dedica tiempo a esas inclinaciones. Sólo ocasionalmente, durante sus viajes en automóvil de Berlín a Munich, tiene oportunidad de relajarse, sobre todo en el hotel Bube en Berneck, en los montes Fichtel. Aun así, sigue considerando como antes con gran simpatía y comprensión este problema, como prueba la indulgencia y el respaldo ofrecido a Röhm y su círculo.»³

Tras la lectura de este párrafo aparecen bajo una luz distinta aquellos otros en los que se hacen indicaciones muy prudentes sobre la vida privada de Hitler. Refiriéndose a un discurso de Goebbels con ocasión del 44.º cumpleaños de éste en abril de 1933, por ejemplo (dedicado al «fabuloso ascenso» de Adolf Hitler «desde la profundidad del pueblo»), escribe Ebermayer: «La trayectoria de Napoleón no es nada en comparación, ¡él era oficial! El nuestro, en cambio, un pintor en paro (¿o un holgazán?) que se las apañaba dando sablazos, y de vez en cuando con empleos poco agradables.» Refiriéndose a la sorprendente rehabilitación de Röhm, nos transmite la sospecha de que el *Führer* debía de estar en sus manos, siendo como era uno de los pocos conocedores desde antiguo de su vida privada. Y finalmente comenta los innumerables esfuerzos de Hitler por presentar una biografía aceptable: «Los muros no se derrumbaron ante cuentos tan portentosos. Pero el mayor milagro me parece a mí que él mismo parezca creer en la leyenda de su vida. Si alguien se la contara tal como efectivamente fue, lo llamaría

mentiroso con gran convencimiento. [...] Como escritor, puedo entenderlo bien; con frecuencia yo también llego a creermis historias, aun habiéndolas inventado: más aún, tengo que creerme las, si no no podría contarlas de forma más o menos convincente.»⁴

Las informaciones que Ebermayer nos transmite sobre Hitler constituyen una fascinante mezcla de noticias obtenidas muy de cerca, deducciones razonables y elaboración literaria. Desgraciadamente no se han estudiado sus textos al respecto con una curiosidad parecida a la empleada, por ejemplo, con Albert Speer. Actualmente, cuando ya han pasado más de treinta años desde la muerte de Ebermayer, es mucho más difícil precisar el grado de veracidad de sus afirmaciones. Aun así conviene hacer el intento, aunque sólo sea porque se atrevió a escribir lo que muchos otros prefirieron mantener callado. Comencemos pues ocupándonos de la cuestión de si Ebermayer pudo efectivamente conocer lo que cuenta.

Erich Ebermayer

Erich Ebermayer era el único hijo del jurista Ludwig Ebermayer, muy conocido en su tiempo y con gran influencia política, quien había llegado entre 1910 y 1930 a la cumbre de su carrera en el tribunal del Reich en Leipzig y disfrutaba de gran consideración en las primeras décadas del siglo como reformador del derecho penal,⁵ habiendo servido como consejero a varios ministros del Interior y de Justicia. Su casa de Leipzig era visitada por muchos destacados políticos, lo que no dejó de influir sobre el joven Ebermayer: «A través de mi padre —escribía retrospectivamente— conocí a mucha gente inteligente y famosa, y pude contemplar entre bastidores, a medio camino entre la atracción y la repulsión, el funcionamiento político de aquellos tiempos de guerra y de posguerra.»⁶ De hecho, Ludwig Ebermayer había alcanzado durante su colaboración durante años en numerosas comisiones parlamentarias y ministeriales un conocimiento preciso de la estructura política de Alemania, y su campo específico, la reforma del derecho penal, era en muchos aspectos un terreno minado. Así, por ejem-

plo, ya en los años anteriores a la guerra se discutía la reforma del Artículo 175, asunto en el que Ebermayer había adoptado una posición marcadamente progresista: abogaba por eliminar la penalización de la homosexualidad sin más, un punto de vista digno de consideración, al que se atuvo incluso en la encendida polémica de los años veinte.⁷

Pero no se deben deducir sin más sus opiniones políticas de su actitud liberal en esa cuestión. Pese a su proximidad a determinados dirigentes políticos permaneció durante toda su vida sin adscripción partidista, si bien podía situarse en las cercanías de la derecha burguesa. En favor de esta idea habla su estrecha relación con Curt Joel,⁸ un político más bien conservador que en 1931-32 estuvo durante un corto tiempo en la cumbre del aparato judicial, siendo por lo demás un importante consejero del gobierno. Joel era una de las «eminencias grises» de la República de Weimar; quien lo tuviera como amigo y confidente podía gozar de acceso a los *arcana imperii*, al menos hasta la dimisión del gobierno Brüning. Pero también el propio Ebermayer disponía de algunos secretos que había llegado a conocer en su papel de acusador en determinados procesos contra los enemigos extremistas de la República.⁹

Otro «viejo amigo y colega de mi padre», escribía Erich Ebermayer a Alfred Rosenberg,¹⁰ era Franz Gürtner. Este defensor del Estado autoritario, nacionalista y conservador, había dirigido el aparato judicial en Baviera en los años veinte.¹¹ A él le debía Hitler haber salido con bien de sus diversas infracciones de la ley en aquellos años. Cabe suponer que por eso, tras la toma del poder por los nacionalsocialistas, éstos le honraran con el elevado puesto de ministro de Justicia del Reich. Como tal, junto al ministro de Justicia bávaro Hans Frank y «en nombre del *Führer*», invitó en 1933 a Ludwig Ebermayer a participar en la planeada reforma del derecho penal. Cuando éste murió poco después, Gürtner acudió personalmente a sus exequias y depositó tras un corto discurso una corona de flores en nombre del gobierno del Reich.¹²

Los lazos amistosos con Joel y Gürtner no ponen en cuestión, en principio, la independencia de Ludwig Ebermayer, pero muestran que estaba bien informado de los asuntos políticos internos. También mantenía buenas relaciones con la izquierda bur-

guesa, en particular con Wilhelm Külz,¹³ quien fue ministro del Interior del Reich durante más de un año a partir de enero de 1926 como representante del Partido Democrático Alemán. Se trataba de un adversario decidido de la militarización de las organizaciones políticas, en particular de la derecha nacionalista, lo que más tarde le reprocharían duramente los nacionalsocialistas.¹⁴ En Hitler reconoció, ya a mediados de los años veinte, un peligro político, y quizá por eso aprovechó la oportunidad que le brindó Hindenburg en la primavera de 1926, al cederle durante tres meses la administración del ministerio de Defensa en representación del enfermo Gessler,¹⁵ para examinar la cartilla militar de Hitler. Como «ministro civil» no habría tenido normalmente acceso a esa fuente de información.¹⁶ No es sorprendente que no registrara en el archivo de su despacho¹⁷ el examen de los papeles militares mencionado por Erich Ebermayer, ya que se trataba de una acción semilegal, cercana al espionaje. Y que este último tuviera conocimiento del hecho se explica por su amistad con el hijo de Külz, más estrecha aún que la que había existido entre sus padres,¹⁸ en particular desde aquel verano de 1934 en que Erich Ebermayer, desesperado, buscara una explicación de los acontecimientos del «30 de junio». Cuando en 1959 dio a conocer finalmente a la opinión pública lo que había averiguado Wilhelm Külz al examinar los documentos militares referidos a Hitler, el hijo de éste, Helmut Külz, era presidente del senado del Tribunal Administrativo Federal, por lo que no sólo habría podido, sino debido en razón de su posición, desautorizar un testimonio eventualmente falso en una cuestión tan delicada.

Estas conexiones mutuas explicarían también por qué detuvieron preventivamente a finales de 1934 a Wilhelm Külz sin dar explicación alguna; se trataba, lógicamente, de intimidarlo. Pero la información crucial contenida en los papeles militares de Hitler se filtró en otro círculo de funcionarios: en marzo de 1937 se denunció ante la Gestapo a un miembro del juzgado de primera instancia de Frankfurt del Oder porque había afirmado que «sabía de fuentes irrefutables que el *Führer*, pese a la concesión de la Cruz de Hierro de primera clase, no había sido ascendido porque era homosexual. Himmler había intentado con un pelotón de las SS obtener

de Blomberg [el entonces ministro de Defensa del Reich] la cartilla de Hitler, pero Blomberg se había negado a entregársela».¹⁹

Desde el comienzo de sus estudios de derecho en el año 1919, el joven Erich Ebermayer se había ocupado del tema de la homosexualidad. Al igual que Thomas Mann en el relato *Muerte en Venecia*, lo empleó en sus propios intentos literarios y utilizó sus proyectos novelísticos para entrar en contacto con el famoso escritor.²⁰ La benevolencia que Thomas Mann y otros manifestaron hacia sus esfuerzos poéticos animaron a Ebermayer a publicar en 1924 su primer libro *Dr. Angelo*. Ya la crítica de entonces apreció que se trataba de una apenas disimulada confesión autobiográfica.²¹ Ese debut literario halló su acogida más favorable en el movimiento de emancipación homosexual, tanto más entusiasmado cuanto que provenía del hijo del fiscal general del Reich alemán.

Ebermayer debió de sentirse especialmente orgulloso de la «sincera felicitación» de Thomas Mann, quien se había mostrado convencido de que «el talento demostrado en esa hermosa publicación [...] le hará ganar sin duda muchos amigos».²² A partir de esa primera obra, y llevado por un ímpetu homoerótico bastante manifiesto, Ebermayer escribió varias novelas y obras de teatro que le aseguraron a finales de los años veinte un lugar entre los grandes de la literatura.²³ A su fama como defensor del «nuevo Eros» se añadía la estrecha amistad con el reformador de la pedagogía Gustav Wyneken.²⁴ Ya en 1923, Ebermayer se había declarado abiertamente partidario de este último y de su ideología del «Eros pedagógico»; en 1925 fue elegido presidente del consejo de administración de la escuela de Wyneken, rodeada por el escándalo.²⁵

Entretanto Ebermayer, tras el doctorado y la pasantía, trabajaba como abogado «en un despacho en el que no tenía nada que hacer y [...] sólo cuando tenía ganas me ocupaba ocasionalmente de alguna defensa ante el tribunal»,²⁶ por ejemplo de acusados en relación con el Artículo 175.²⁷ Especialmente significativo en ese sentido fue el compromiso puesto de manifiesto en su ensayo *Juventud y Eros*, publicado en 1926, en el que hacía un llamamiento a «ayudar a los injustamente acusados» en relación con el Artículo 175. Lo planteaba como «una tarea y una reivindicación de la juventud, a toda la cual concierne por igual en qué dirección se inclina

en las relaciones eróticas, dado que actualmente la lucha en torno al Artículo 175 ya no es tan sólo una «lucha de liberación de los homosexuales», como equivocadamente se considera a menudo, sino un combate por el reconocimiento social de una variante de la naturaleza, por la justa libertad humana, por una discreción generosa y prudente del Estado en cosas que no pueden ser de su competencia debido a su carácter puramente privado y determinado por la naturaleza».²⁸ En esta requisitoria notablemente abierta en favor del amor homosexual, que cada afectado debe «considerar, no como una maldición atroz y digna de compasión, sino [...] reconocer como gracia y distinción», Ebermayer se remite no sólo a argumentos de Gustav Wyneken, también están presentes los razonamientos y justificaciones del erotismo entre hombres inspirados en Hans Blüher. Ciertamente es que no disponemos de fuentes documentales que nos informen más concretamente sobre el intercambio personal entre Blüher y Ebermayer, pero una lectura detallada de la novela clave *Kampf um Odilienberg* (1929), en la que el Eros «masculino» compite con una homosexualidad «femenina»,²⁹ no deja ninguna duda de que Ebermayer conocía muy bien los textos de Blüher. Ese trasfondo da profundidad y relevancia a la referencia de Ebermayer a Blüher como testigo experto para su diagnóstico del movimiento nacionalsocialista citado al comienzo del capítulo.

Además, el propio Blüher dejó un manuscrito, publicado póstumamente en 1966, en el que caracteriza al partido de Hitler de forma muy parecida a la de Ebermayer: «Al observador concienzudo no le dan explicación sobre la inclinación sexual de una persona sus acciones individuales, por interesantes que puedan ser para las murmuraciones sexuales, sino la *atmósfera* en que vive. En lo que se refiere a Hitler, no resulta difícil de caracterizar. Para él vale el diagnóstico [...] sobre la proliferación de asociaciones masculinas. [...] Quien las ha observado y conoce todo esto no puede poner en duda que Hitler pensaba y actuaba en términos de la relación hombre-hombre, que era un marcado héroe masculino, que transformó su asociación originalmente masculina en un partido político y que también fundó una asociación masculina de dimensiones únicas, una asociación masculina en la que colectivos de jóvenes

y parejas eróticas de amigos, bajo la dirección de Ernst Röhm, desempeñaban un importante papel político que Hitler no desconocía. [...] En los primeros tiempos tras la llamada «toma del poder» muchos representantes del heroísmo masculino creyeron que por fin había sonado la hora para la derogación del Artículo 175, ya que ellos y sus iguales habían ofrecido a su *Führer* [...] su fuerza creadora, anclada en Eros, para erigir su nuevo y poderoso Estado [...]. Así pues, todas las leyes penales que habían difamado y amenazado su vida amorosa debían hundirse de una vez y para siempre en el abismo. Escuché personalmente esas opiniones, pero aconsejé a algunos crédulos héroes masculinos que aguardaran antes de desenmascararse y quedar a la intemperie demasiado pronto.»³⁰

Aunque Ebermayer no pensaba incorporarse al movimiento nazi, también él se contaba entre aquellos «héroes masculinos» que hasta 1934 creyeron que el *Führer* y sus fieles no iban a traicionar al homoerotismo como base de su triunfo político. Quizá estaba incluso convencido de ello, ya que disponía de informaciones excepcionalmente buenas sobre ese arcano, especialmente a través de su primo Philipp Bouhler, quien desde 1925 pertenecía al círculo más íntimo de Hitler y con quien Ebermayer tenía buenos contactos desde 1930.³¹ «Mi primo, administrador general del NSDAP, me contaba hace poco que mis libros estaban desde hacía años entre las obras que el *Führer* y sus allegados leían con mayor fruición», escribía Ebermayer en octubre de 1933 a Costa, director de la editorial Zsolnay de Viena.³²

Pero para Ebermayer el homoerotismo no era únicamente un objeto de reflexión poética, también formaba parte de su cotidianidad. Como muy tarde desde que estableció lazos de amistad con Klaus Mann,³³ con quien también colaboró ocasionalmente, sabía del valor cultural de las refinadas relaciones entre hombres, como las calificaba el exaltado hijo del premio Nobel de 1929. En torno al cambio de año 1932-33, cuando el hundimiento de la democracia de Weimar era algo más que previsible, planearon ambos un nuevo proyecto común: la dramatización de la novela *Vuelo nocturno* de Antoine de Saint-Exupéry. A finales de enero de 1933 el proyecto cobró forma y ambos amigos se encontraron en Leipzig con objeto de concertar su puesta en escena.³⁴ Era el día de la «toma

del poder» de Hitler. Este acontecimiento no suponía en principio ninguna interrupción para sus planes. Apenas llegado a Munich, Mann escribió a su amigo en Leipzig diciéndole cuánto se alegraba del trabajo en común realizado, a lo que añadía esta curiosa frase: «Por lo demás, ojalá mantenga el canciller del Reich su benévola mano sobre nosotros. Tu fiel Klaus.»³⁵ ¿Qué quiere decir esto? ¿Que Mann había recibido en casa de Ebermayer la tranquilizadora garantía de que el ahora jefe del gobierno admitía e incluso simpatizaba con el Eros homoerótico de los literatos? ¿O sólo se trataba de una mordaz ironía?³⁶ No lo sabemos.

En cualquier caso, y pese a su actitud básicamente antifascista, Klaus Mann mantuvo en un principio su idea de realizar junto con Ebermayer su proyecto literario. Sólo cuando tras el incendio del Reichstag y las elecciones de marzo se fue perfilando un cambio de clima político-cultural que amenazaba a toda su familia decidió exiliarse, «más por instinto que por “convencimiento”»,³⁷ y precisamente por el mismo motivo permaneció su amigo Ebermayer en Alemania. Pero ni uno ni otro se extrañó de la reacción tan diferente del otro frente a la situación política. Hasta finales de 1933 entrecruzaron cartas cordiales, en las que Klaus se despedía siempre diciendo: «Saludos para tu *boy*.»³⁸ En ningún caso fue el miedo a la represión como homosexual lo que le hizo huir de Alemania, y el amigo que había decidido quedarse tampoco sentía ese temor.

Ebermayer observó a Hitler desde muy cerca tras la «toma del poder», en concreto en el hotel Kaiserhof de Berlín, el «cuartel general» del movimiento nazi. Sabía que Hitler «seguía tomando su café [de medianoche], también ahora cuando ya era canciller, en un rincón del salón». En febrero de 1933, Ebermayer acudió allí «un par de veces», sentándose «justo al lado de la mesa reservada para Hitler», y confirmó lo que ya sabía desde hacía tiempo, que «sólo había hombres a su mesa. [...] Todo da la impresión de un maestro que conversa con sus discípulos. [...] Luego aparece un nuevo “joven”, que se hace notar ostensiblemente en los alrededores de la mesa del maestro. Hitler saluda, sin levantarse, alzan-

do la mano curvada hacia atrás, con el meñique separado del resto de los dedos. Ese saludo tiene algo de femenino, muy suave, muy austríaco. Por lo demás, el rostro muestra una seriedad sombría y una dureza pétrea. [...] ¡Es sorprendente la cantidad de dulces que engulle! Llego a contar hasta ocho. [...] Llama la atención el ligero y gracioso juego de sus manos. Cómo se lleva la taza a la boca o cómo corta los dulces: todo es tan poco prusiano, tan suavemente sureño, tan femenino...».³⁹ En resumen, Ebermayer había entendido.

Por otra parte, su impresión se vio confirmada pocas semanas más tarde por Hans Severus Ziegler, el nuevo director escénico del Teatro Nacional Alemán en Weimar, quien le había invitado junto a su amigo Peer Baedeker, con el que mantenía relaciones desde 1932, al estreno de una obra de Ebermayer en mayo de 1933. Ziegler era para su invitado de Leipzig no sólo «uno de los más antiguos luchadores del movimiento en Turingia», sino sobre todo «un hombre educado, amable, dotado de sensibilidad artística», al que había conocido en 1929. Ya entonces había intentado el convencido seguidor de Hitler ganarse a Ebermayer para su movimiento: «¡Usted es de los nuestros —le había dicho entonces—, y cuanto antes lo entienda mejor para usted... y para nosotros! Las oportunidades que tendrá con nosotros serán enormes. [...] Siendo primo de Bouhler e hijo de su padre, jurista y poeta, sus características raciales le predestinan a usted, casi como a ningún otro, a incorporarse inmediatamente al más alto grupo dirigente del partido. Basta con que diga que sí y mañana llamo al *Führer* y al Dr. Goebbels para concertar una entrevista.»⁴⁰

Ziegler también era homosexual, y no era ésa la última razón por la que se desarrolló entre ambos desde un principio, pese a todas sus diferencias ideológicas, «cierta simpatía»,⁴¹ que cuatro años después de aquella oferta y pocos meses después de la toma del poder por Hitler no se había desvanecido: «Me envolvió una oleada de auténtico bienestar», anotó Ebermayer. Y le alegró especialmente lo muy desenvuelto que se mostró Ziegler al incluir en su amabilidad a su compañero: «Nos reunimos con los actores y un grupo de amantes del teatro de Weimar hasta la madrugada. Ziegler tocó piezas de Wagner, Liszt, Chopin, fantaseando sobre

todas ellas libremente y con buen gusto. El alcohol corría a torrentes. De política, gracias a Dios, ni una palabra. Cuando abandonamos la bodega ya había salido el sol. [...] Ziegler no quería irse a dormir todavía, por lo que nos dirigimos a Belvedere y caminamos una hora por el parque. [...] Cuando nos sentamos en la terraza, mirando a Weimar, la ciudad eterna, todavía envuelta en la ligera niebla matutina, Ziegler apoyó los brazos en mi hombro y el de mi a. [Peer Baedeker] y nos dijo: “Cabezas de chorlito, ¿por qué no os habéis unido a nosotros? ¿No os arrepentís? Claro, vosotros no podéis saber que el *Führer* es la persona más maravillosa del mundo...”»⁴²

Una impresión parecida de la despreocupación con que destacados homosexuales prosiguieron su vida hasta el verano de 1934 la tuvo Ebermayer a comienzos de junio durante una visita al castillo Zeesen, cerca de Berlín, adquirido poco antes por Gustaf Gründgens. Ambos se habían conocido en el círculo de amigos de Klaus Mann a finales de los años veinte. Gründgens se había convertido en un protegido de los personajes más poderosos del régimen, en particular del propio Hitler.⁴³ Ebermayer se muestra profundamente impresionado por la lujosa mansión y estilo de vida de aquel astro de la escena y la pantalla: «Salimos al parque. Paseamos por la orilla del lago. Vemos bañándose a jóvenes bien proporcionados, invitados del intendente, que no se atreven a molestarnos, abstraídos como vamos en nuestra conversación. [...] Almorzamos a la sombra, en la terraza. [...] Y vuelven a aparecer los jóvenes bañistas, encantadores y atractivos, y entre ellos el gran artista de la escena y de la vida.»⁴⁴ Gründgens le dice satisfecho a Ebermayer: «Usted tiene grandes probabilidades... si sabe tener paciencia.» Se muestra entusiasmado con Göring, «un “increíble *gentleman*”», que le había dicho literalmente: «Represente usted la obra de Ebermayer, y el día siguiente al estreno hago detener a todos los críticos que se muestren poco favorables.»

Con esas impresiones Ebermayer no podía dudar de que el Tercer Reich practicaría al menos cierta tolerancia hacia los homosexuales y les garantizaría permisividad, y no es difícil de imaginar cuánto le tuvieron que desconcertar e irritar los acontecimientos del 30 de junio de 1934, visto incluso desde la distancia de los años.

Hans Blüher, en cambio, emprendió tras la caída del Tercer Reich la muy desatendida tarea de analizar la ruptura de Hitler con Röhm y de mostrar sus consecuencias para la actitud nacionalsocialista frente a la homosexualidad: «Röhm, que había organizado para Hitler la asociación masculina, fue eliminado como un cómplice molesto cuando ya no se le necesitaba y había puesto en marcha la realización de otros planes. Su error fue el de pensar demasiado en la sexualización de la asociación masculina, dedicándole la mayor atención y descuidando con ello el aspecto político y de construcción del Estado. Con Röhm desapareció el antiguo espíritu de la liga masculina hitleriana, basado en el Eros amistoso, para ceder la primacía al de la represión total, que lleva al odio fanático. Así es como sucedió lo inesperado. De la mañana a la noche el amor entre hombres, hasta entonces benevolentemente tolerado, fue condenado como una repugnante depravación. [...] Hitler dio ahora a su liga masculina, con un nuevo nombre, también otro rostro, y al mismo tiempo instituyó su doble moral. El sexo ya no debía desempeñar ningún papel en el interior de la liga y todos sus hombres debían comportarse como su (impotente) *Führer*. [...] Fuera del servicio se les concedía toda libertad, en particular *in sexualibus*. Instruido por Röhm, Hitler había entendido que el amor entre hombres podía servir como fuerza fundacional de la construcción del Estado, especialmente del revolucionario. Por eso quiso dar mayor alcance al Artículo 175 y puso en marcha una policía especialmente adiestrada en la persecución de los homosexuales, con el fin de aplastar inmediatamente esa fuerza básica que podían utilizar contra él sus potenciales enemigos. Por otra parte, sin embargo, dictó disposiciones especiales para que entre sus seguidores más fieles [...] siguiera sin restricciones. [...] Pero esa doble moral establecida por Hitler debía considerarse y gestionarse como el secreto de Estado mejor guardado. El gran número de los agraciados y partícipes hacía inevitable no obstante que se convirtiera en un secreto a voces.» De forma que Hitler «pretendió tensar y utilizar para sus propios fines la fuerza natural constructora del Estado del Eros entre hombres. Y supo emplear esa fuerza como látigo, transformarla en un tormento rompenervios». ⁴⁵

No hay que entender el análisis de Blüher como una explica-

ción empíricamente garantizada de la realidad histórica, sino como un intento de interpretación que nos ayuda a penetrar tras la cruda lógica de la dominación de Hitler, especialmente en cuanto se refiere a las consecuencias para la política sexual y al cambio de situación tras el asesinato de Röhm. Ofrece una posible explicación del fenómeno aparentemente paradójico de que la homosexualidad fuera al mismo tiempo perseguida y protegida en el Tercer Reich: Hitler la había reducido a sus necesidades políticas y personales. A la seguridad de su soberanía absoluta correspondía que la vida homosexual en Alemania estuviera subordinada a una razón de Estado definida muy arbitrariamente. El ejemplo de Ebermayer, y más todavía el de Ziegler, muestran cómo funcionaba eso.

Homosexualidad tolerada: Dos carreras

Cuando en mayo de 1933 se perfiló llameante con la quema de libros la revolución político-cultural que se avecinaba, Erich Ebermayer cayó durante algún tiempo en descrédito como un escritor «decadente», sobre todo a causa de su presunta proximidad a los odiados círculos de literatos «bolchevistas» en torno a Heinrich Mann, cuyo *Professor Unrat* [El profesor basura o El ángel azul] había adaptado para la escena en 1931. ⁴⁶ Pero con ayuda de su primo Bouhler y sus propios esfuerzos consiguió pronto eludir el peligro. «Mis relaciones con la nueva Alemania y su nuevo gobierno —escribía en octubre de 1933 a su editor en Viena— son ahora, tras las desconfianzas iniciales, razonablemente buenas. Van a representar obras mías en los teatros estatales nacionalsocialistas de Weimar, Cassel y Meiningen [...]. Tras la toma del poder me ofrecieron a través de intermediarios dos puestos de intendente en el centro de Alemania, lo que rechacé debido a mis tareas como escritor. Lo digo, no para hacer ostentación de ello, sino para tranquilizarle acerca de mi situación aquí.» ⁴⁷ Y no sin cierta presunción anotaba tres días más tarde en su diario: «En todas partes contemplan con gran asombro que todavía no “ocupe un puesto relevante en Berlín”, ya que disfruto de la fabulosa suerte de ser primo de dos caballeros tan importantes como Bouhler y Todt.» ⁴⁸ No es de extra-

ñar, pues, que a comienzos de 1934 se atreviera a inaugurar un nuevo período de su vida con la compra de una villa en Grunewald, junto a Berlín, en compañía de su amigo Peer Baedeker. «En mi vida «privada» —escribía a su amigo exiliado Klaus Mann— me va muy, muy bien; sin dinero, pero con amor».⁴⁹

Pero entonces, algunos meses después del llamado «putsch de Röhm» y de las primeras razzias en los medios de la subcultura homosexual,⁵⁰ se produjo un nuevo ataque contra Ebermayer. En *Das Schwarze Korps*, la hoja-panfleto de las SS, que en esa época descollaba especialmente en la malintencionada instigación de campañas difamatorias homófobas, se le reprocharon a primeros de mayo de 1935, «con desconsiderada claridad» sus pecados literarios. Desde *Dr. Angelo* hasta la novela *Jürgen Ried* (1931), la última obra en la que se había ocupado de la temática homoerótica, constituían para el comentarista «una cadena ininterrumpida de los más lamentables escándalos», en los que se aprecia un «abismal placer en lo más nauseabundo, depravado, repugnante y abyecto».⁵¹ Que no se trataba de un crítico individual intrigante excediéndose en sus competencias lo prueba un dossier de los archivos del «servicio de seguridad» de Himmler, en el que se incluye a Ebermayer entre los autores «que pretenden dar forma literaria al erotismo, las perversiones y el exotismo. Con excitación casi infantil se vuelca sobre el problema sexual. Aquí presenta a partir del sentimiento torturado y el temor sexual una experiencia sensual extremada que va incrementando hasta llegar a un éxtasis enfermizo. [...] Toda la obra de Ebermayer muestra una fuerte inclinación hacia la estridencia, a menudo cuestionable desde el punto de vista de la moral sexual; el espíritu que alienta en ella no es sano, sino patológicamente erótico».⁵²

Sin protección desde las esferas más elevadas ningún escritor del Tercer Reich habría salido airoso de semejante intento de exclusión. Pero a Ebermayer no le pasó nada. Logró conectar personalmente con Goebbels a través de su primo, y en el otoño de 1935 pudo anunciar con aplomo a Viena «que, primero, soy del todo intachable en cualquier aspecto político y, segundo, que ese hecho es subrayado por el Sr. ministro Dr. Göbbels y por el administrador general Bouhler cada vez que hace falta pararles los pies a esos

viejos camorristas y adversarios».⁵³ Aun así, otras instancias del partido seguían llevando a Ebermayer en su lista negra particular. Por ejemplo, la «oficina para el cuidado de la escritura» comunicaba en el verano de 1939 al «departamento central de formación del NSDAP» lo que sigue: «Aunque hoy en día no quepa poner reparos oficialmente a la obra de Ebermayer y siga en activo precisamente como autor de guiones cinematográficos, siguen existiendo motivos para rechazarlo por parte del partido y al menos no promocionarlo.»⁵⁴

La carrera de Ebermayer no sufrió pese a todo ninguna interrupción. En la segunda mitad de los años treinta obtuvo sus mayores éxitos materiales y sociales,⁵⁵ gracias en particular a su intensa colaboración con Emil Jannings. Las «tendencias anormales» de Ebermayer, bien conocidas por la policía de seguridad de Himmler, para la que era «según los informes aquí recogidos, por toda su apariencia y esencia, un típico representante de esos círculos»,⁵⁶ no le impedían mantener una actividad normal en la maquinaria cultural del Tercer Reich. Ni a él ni a su compañero les tocaron ni un pelo hasta 1945; podía viajar al extranjero y ni siquiera le convocaron para tareas militares. En 1939 adquirió un castillito barroco en las cercanías de Bayreuth, en el que vivió hasta el fin de la guerra. Supo adaptarse como un conformista y oportunista a las circunstancias de la dictadura de Hitler, tan perfectamente que ni su comprometedor pasado literario ni su conocida homosexualidad le causaron problemas. Esto distingue radicalmente su vida, como la de otros personajes destacados, del fatal destino que corrieron los homosexuales corrientes en el Tercer Reich.

Entre esos privilegiados se contaba también el ya mencionado Hans Severus Ziegler. Hasta su muerte en 1978 siguió siendo un seguidor convencido de Hitler, al que dedicó en 1964 un memento tan llamativo como insólito, *Adolf Hitler*, configurado a partir de sus propias «vivencias».⁵⁷ Esta terquedad sólo se puede entender a partir de su biografía.⁵⁸ Nacido en 1893, hijo de un banquero, disfrutó de una esmerada educación musical y obtuvo un título en literatura e historia del arte. En 1923 se trasladó

a Weimar, donde al cabo de pocos años asumió una posición de primera fila en la política cultural. Buscó una explicación para la catástrofe de 1918-19 en el nacionalismo de la derecha populista y en febrero de 1925 dio el paso que le faltaba para llegar al NSDAP. Un mes más tarde conoció a Hitler en Weimar. En las numerosas estancias de éste allí⁵⁹ —con la excepción de Bayreuth no hubo otra ciudad que visitara más en los años de 1925 a 1933 que la metrópoli cultural de Turingia— Ziegler fue su eterno acompañante. Según éste, Bayreuth y Weimar eran para Hitler «oasis en los que reposaba con tanta frecuencia como podía»,⁶⁰ aun sin motivo concreto: «Con ello se permitía el *Führer* una pausa en sus viajes a Munich; eran los días-Weimar, que disfrutaba al máximo, y en los que todos nosotros disponíamos de su inmediata impresión humana.»⁶¹ Ziegler lo introdujo en la vida social de la ciudad, se lo presentó por ejemplo al anterior intendente general Carl B. N. von Schirach y a su hijo Baldur, así como a la hermana de Nietzsche.

¿Pero qué es lo que llevó a Hitler a aquel lugar preñado de cultura? No fueron, evidentemente, ni Goethe ni Schiller, ni Herder ni List, ni tampoco los arquitectos de la Bauhaus ni el círculo en torno a Harry Graf Kessler, ni mucho menos Nietzsche. Más bien los acontecimientos teatrales, los acogedores cafés de artistas, el cómodo hotel Elephant, el parque de Belvedere... En resumen, el excitante y sin embargo acogedor ambiente de un mundo alejado del inquieto negocio diario. Pero con eso no quedan aclaradas las razones del fenómeno, que ya llamó la atención de los coetáneos, «de que los escasos días de descanso que se puede reservar el *Führer* siempre le lleven a Weimar».⁶² Ziegler, quien según sus propios datos estuvo presente en «casi cuarenta» de esas visitas, sólo hizo discretas alusiones a la «agitada e intensa vida de Hitler», que según él ofrecían explicación sobre todo a aquellos lectores que «sepan leer estas notas y ordenar adecuadamente las piezas aquí expuestas».⁶³ Por eso no hay que quitar importancia como minucia neonazi a esa insoportable apología de Hitler, aunque también lo sea, sin duda; habría que intentar seguir la pista a lo no dicho y lo latente en su relato. Ya que, en definitiva, Ziegler no era un testigo cualquiera, era un nacionalsocialista homosexual que adoraba entusiásticamente

(por no decir amaba) a Hitler. Nunca se sentía saciado con lo que podía «observar, sentir y aprender» en aquel hombre. Y al parecer recibía de él algo que reforzaba su encendida defensa.

«Cuando Hitler llegaba al hotel Elephant de Weimar, hacía venir inmediatamente al peluquero y se hacía masajear por éste tras tomar un baño, y recuerdo que el joven en cuestión me describía el no sólo cuidado, sino también bien proporcionado, flexible y entrenado cuerpo de Hitler»,⁶⁴ escribe Ziegler. Los médicos de Hitler, sin embargo, nos han transmitido algo muy diferente, por ejemplo su aversión a desnudarse o a cualquier contacto corporal, y que su constitución era todo menos atlética.⁶⁵ También informa Ziegler de que «quienquiera que se encontrara cerca de él podía contarle sin rodeos todo cuanto le agobiara. «Nada humano me es ajeno. Dígame todo lo que le preocupa.» Con estas palabras animaba un día a uno de mis camaradas más próximos, que deseaba hacerle partícipe de un asunto complicado». En general, Hitler se movía mejor «en círculos de hombres, a los que se sentía como persona especialmente inclinado, [...] pudiéndose expresar en ellos con mayor libertad. [...] con los ojos brillantes en conversaciones divertidas y alegres». Zeigler disfrutó de la «intensa presencia» de Hitler no sólo en el teatro o en celebraciones artísticas, también en conversaciones «privadas», por ejemplo, en las que se trataban «las cuestiones más íntimas y personales» y en las que el rostro de Hitler «resplandecía» de excitación, en «paseos juntos»,⁶⁶ etcétera.

¿Son nada más que las habladurías de un fanfarrón? ¿La nostalgia kitsch de un hitleriano de pro? Contra esa hipótesis hablan no sólo el elevado nivel cultural del autor, sino sobre todo que tales descripciones poco eco podían encontrar en el público de la República Federal en 1964. La testarudez política puede contribuir en parte a explicar semejante apoteosis anacrónica de Hitler, pero seguramente hay que buscar su causa más allá, en la profunda vinculación emocional de Ziegler con Hitler, que sobrevivió incluso a su fracaso catastrófico. La cuestión que se plantea inmediatamente es si ese afecto era recíproco y si Ziegler era acaso el «masajista», el «cercano camarada» y —al menos durante un tiempo— la razón personal para el amor de Hitler por Weimar. Hay muchos indicios que avalan esta sospecha.

En primer lugar, los que hacen aparecer a Ziegler como favorito especial del *Führer*, entre ellos su nombramiento como director artístico y escénico del Teatro Nacional Alemán en Weimar así como comisario de Estado para el teatro en Turingia, inmediatamente después de la «toma del poder», ya que tuvo que imponerse a la irritada oposición de influyentes círculos de Weimar en torno a Carl B. N. von Schirach, a quien le habría gustado ocupar el puesto de Ziegler y que también disponía, a través de su hijo y nuera, de una conexión directa con Hitler. Tras el nombramiento de Ziegler, Von Schirach rezongaba: «Por desgracia, no le puedo arrebatrar al Dr. Ziegler su puesto, como querría, debido a enojosas consideraciones de partido, ya que en primer lugar habría que citarlo ante un tribunal de honor y expulsarlo de la Sociedad de Artistas. Nos hemos puesto de acuerdo en tratarlo fríamente y con la mayor precaución, ya que es muy peligroso. Nunca se puede saber lo que anda tramando a espaldas de otros. Por otra parte, resulta bastante inaguantable y él mismo se pondrá la soga al cuello.»⁶⁷ (Una inequívoca alusión a la homosexualidad de Ziegler.) Pero, ya en abril de 1934, Ziegler se convirtió en intendente general (provisional) del Teatro Nacional Alemán⁶⁸ que Hitler patrocinaba generosamente, hasta con medios «personales».⁶⁹ La mayor prueba de favor fue sin embargo seguramente la invitación a una visita privada de dos semanas en Obersalzberg en agosto de 1932. «Creo que le conocí mejor en esos inolvidables días que otros en muchos años.» Eso es lo que decía Ziegler más de treinta años después.⁷⁰

El invitado de Hitler concedió amplio espacio en sus memorias a aquellos «inolvidables días». El énfasis con que describe retrospectivamente su estancia se aprecia también en un apunte en el libro-álbum de visitantes de Ernst Hanfstaengl por aquellos días: «La villa de Hanfstaengl es como la casa de mis sueños. Volveré aquí. Hans Severus Ziegler, Weimar. Medianoche, tras *Tannhäuser*, camino de Obersalzberg.»⁷¹ Hitler había propuesto a su invitado de Weimar, justo tras su llegada a Wachenfeld, que le acompañara a los tres días de representaciones de óperas de Wagner en Munich, como un «paseo nocturno», se entiende, «justo cuando la luna llena se liberaba de la aglomeración de nubes».⁷² Así pues,

llegó el 17 de agosto «con un automóvil nuevo» al domicilio de Hitler en la plaza del Príncipe Regente en Munich, donde su anfitrión mostró a Ziegler su «magnífica biblioteca». «Las dos horas hasta la representación pasaron rápidamente.» Hitler había concedido «permiso» a su ayudante. En el teatro se les unió Eva Braun, y tras la representación se sentaron los tres en el café Heck. Pero la acompañante de Hitler estaba allí, como es obvio, únicamente para la galería: «Tras una animada conversación de casi tres cuartos de hora, me pidió que le esperara allí mientras acompañaba a su casa a Fräulein Braun en taxi. [...] Al cabo de un cuarto de hora regresó, encargó un té y otro *Römer* para mí, y pronto volvimos a casa [...] en Obersalzberg. Ese programa se repitió tres veces en aquel festival.» A la pregunta de por qué no se quedaron ambos en Munich, la respuesta está, según parece, en que en la ciudad faltaba «la atmósfera íntima que [...] se disfrutaba en Obersalzberg». Dos semanas de vacaciones allí con Hitler era algo que sólo los más escogidos de sus seguidores —incluso de primera fila, entre los que no se contaba Ziegler— podían disfrutar. Desgraciadamente, el invitado de Weimar no nos cuenta con más detalle en qué ocupaba aquellas largas horas con Hitler. Hubo, naturalmente, «conversaciones sobre arte», en las que Ziegler tuvo oportunidad de constatar los «conocimientos de Hitler sobre las óperas y dramas musicales de Wagner». Además estaban los paseos al aire libre, ¿pero qué más? Ziegler calla, pero su silencio habla por sí mismo.

Tras la «vivencia» de Obersalzberg se siguieron viendo hasta mayo de 1933 casi cada mes, antes de que el contacto se apagara, dado que el jefe del partido y del gobierno tenía otras obligaciones que atender.⁷³ Para Ziegler siguió siendo «la persona más fascinante». Y entonces llegó el 30 de junio de 1934, que parecía ofrecer al notorio enemigo de Ziegler en Weimar la esperada oportunidad para saldar viejas cuentas. No sabemos con precisión qué es lo que se le reprochó en particular, pero las acusaciones debieron de ser tan sonoras que el ministro del Interior de Turingia tuvo que hacer el 3 de julio una declaración pública apoyando a su director teatral. En ella decía: «Con respecto al punto 7 del decreto de nuestro *Führer* del 30 de junio [el que se refería a la «limpieza» de homosexuales en el movimiento nazi] instancias incom-

petentes se han atrevido a levantar calumnias contra la persona del comisario de Estado Dr. Ziegler. He tomado la iniciativa de examinar personalmente todos esos rumores, y como resultado de una investigación exhaustiva he comprobado irrecusablemente que no son de aplicación acciones cubiertas por el decreto del *Führer* relacionadas con el Artículo 175 del código penal del Reich. Espero pues que a la vista de esta constatación no se vuelvan a propagar de nuevo tales rumores infundados, y procederé implacablemente contra todos aquellos que infrinjan esta orden.»⁷⁴ Ningún ministro regional se habría arriesgado en aquellos inciertos momentos a hacer semejante declaración sin haber recibido una indicación en ese sentido desde muy altas, si no las más altas, esferas. Podemos pues estar casi seguros de que Hitler intervino personalmente en este asunto. En favor de ello habla también que el 9 de julio de 1934, en el camino de Obersalzberg a Berlín, Hitler hiciera un alto en Weimar y pasara allí la noche.⁷⁵

Pero, al parecer, el material probatorio que habían reunido los enemigos de Ziegler era tan aplastante que ni siquiera el *Führer* podía sin más hacerlo desaparecer; Ziegler se vio, según sus propias palabras, «odiado y perseguido». «Lo que he tenido que sufrir estos meses —reconocía en enero de 1935 a Ebermayer— no se lo puede imaginar nadie.» Pero «había dado los primeros pasos hacia la aclaración del aspecto *fundamental* del problema e iba a depositar su última y más profunda confesión ante el propio *Führer* y a exigirle una clara decisión. Soy el único en el movimiento que tiene la posibilidad de hablar así, desde el punto de vista desde el que hay que tratar el tema».⁷⁶ Con esta última frase Ziegler daba a entender lo que él, como homosexual «declarado», todavía se podía permitir, incluso en el movimiento «purificado» del que se había eliminado a «Röhm y su camarilla». Sólo su incommovible confianza en que Hitler no le iba a dejar en la estacada podía infundirle ese optimismo. Por eso concluye su carta a Ebermayer con cierto sosiego, con consejos y recomendaciones que quizá había recibido él mismo, tan acosado, desde una fuente autorizada: «No me tome a mal mi diplomacia; la razón de Estado puede en ocasiones reprimir los sentimientos, pero en un verdadero carácter eso no supone ningún peligro. [...] Manténgase en segundo plano, lejos

del alcance de la opinión pública, cuya mirada lasciva y vulgar profana las vidas dotadas de estilo y nivel. De nuevo volverán la calma y la razón, y con ellas por fin la claridad.»

Lo más desconcertante es que, de hecho, el optimismo de Ziegler no quedó defraudado. Aunque a comienzos de marzo de 1935 se repitieron los ataques contra él, se proclamó públicamente de nuevo «la inconsistencia de los rumores difundidos acerca del Dr. Ziegler», advirtiendo expresamente «contra la propagación de habladurías malintencionadas referidas al consejero de Estado Dr. Ziegler».⁷⁷ Con ello quedaba éste bajo amparo político. Ahora sólo esperaba «una conversación con el *Führer*».⁷⁸ Pero no se le concedió, cabe suponer que en razón precisamente de su hasta entonces estrecha relación con Hitler, quien ahora debía tomarse distancias, sobre todo hacia afuera, pero también hacia adentro. Ziegler experimentó así la nueva política de Hitler de la doble moral entre augurios de distinto signo: ésta pretendía proteger a la gente como él, por supuesto, pero también impedir, provisionalmente al menos, que se acercaran al *Führer*, lo que les hizo sentir aquel «tormento rompenervios» del que hablaba Blüher.

Ziegler esperó en vano una señal personal de Hitler. Aguantó hasta el otoño de 1935, cuando intentó un avance directo, una carta semiformal que hizo llegar a Hitler a través de su adjunto Brückner. Lo hizo con el sentimiento «de que puedo atreverme a elegir en esta cuestión especial esta rara vía y que también le puedo pedir este favor personal». El pretexto para esa carta fue el próximo nombramiento del intendente general de Dresde, para el que se proponía él mismo, aunque sobre todo pretendía obtener una invitación «a una conversación personal» de la que saldría «infinitamente agradecido y feliz».⁷⁹ Pero Hitler no se desvió de la línea que él mismo se había marcado e hizo saber al demandante a través de Sauckel, jefe del distrito de Turingia, que prefería que permaneciera en Weimar.⁸⁰ A pesar de ese desaire no terminó ahí la carrera de Ziegler. En septiembre de 1936 fue nombrado intendente general del Teatro Nacional Alemán en Weimar con carácter definitivo y, dos meses después, Goebbels lo designó para formar parte del senado cultural del Reich.

En algún momento de 1937 tuvo lugar por fin la tan ansia-

da audiencia. «Cuando [...] llegué hasta él, me recibió solo, con un saludo que me hizo profundamente feliz. Su tono era el mismo, íntimo y privado, de sus estancias en Weimar.»⁸¹ Así y todo, sólo hablaron, al parecer, de asuntos insustanciales, «cuestiones culturales de Weimar y Turingia que precisaban su decisión». Por otra parte, el encuentro sólo había sido posible porque entretanto ya había crecido mucho la hierba sobre los acontecimientos del «30 de junio» y la doble moral del dictador había quedado firmemente establecida. Hacia el exterior, el Eros homosexual era considerado tabú y estaba discriminado; los homosexuales tolerados en el partido tuvieron que adaptarse a esa política. Si querían asegurar su influencia y no correr riesgos, tenían que aceptar aquella moral sexual perversa y mojigata, y casi todos se mostraron dispuestos a pagar ese precio, lo que vale tanto para Ziegler como para Gustaf Gründgens o Baldur von Schirach, por no mencionar más que dos ejemplos adicionales.⁸²

El «Dorado» Bayreuth

Ebermayer había escrito, como hemos citado, que a comienzos de los años treinta Hitler «sólo ocasionalmente tenía oportunidad de relajarse, sobre todo en el hotel Bube en Berneck, en los montes Fichtel [...] durante sus viajes en automóvil de Berlín a Munich». Y Ziegler cuenta cómo ayudó en cierta ocasión a Hitler a escapar de Weimar sin que nadie se apercibiera. Hitler pretendía «hacer una escapada rápida a Bayreuth [...] para tomar aliento durante veinticuatro horas en el balneario Berneck, junto a los montes Fichtel. [...] A veces necesitaba un Dorado». Entre 1925 y 1933 «se escabullía de vez en cuando privadamente a Bayreuth, para gozar de cierta relajación junto a la familia Wagner y recuperar fuerza espiritual para su agotadora actividad».⁸³ Joachim Fest deducía a partir de las notas de sus conversaciones con Speer que esas escapadas tan frecuentes del hotel Bube a Villa Wahnfried sólo se podían explicar en razón de un *affaire* entre Hitler y Winifred Wagner: «Por aquel entonces [Speer] estaba “completamente seguro, basándose en innumerables signos delatores”. Además había oído

que en el viaje de vuelta Hitler se mostraba “raramente recuperado”, “con una mirada brillante, hasta dichoso”. [...] Poco más o menos, ésa era también la opinión de casi todos los que tenían noticia de los viajes. Muchas veces, cuando Hitler pasaba varios días de mal humor, “bromeaban” diciéndose unos a otros que le vendría bien una “cura en Bayreuth”».⁸⁴

Brigitte Hamann mostrará en su biografía de Winifred Wagner, a punto de publicarse, que en realidad entre Hitler y la viuda del hijo de Wagner no sucedió nada que pudiera corroborar esa sospecha.⁸⁵ Sin embargo, algo había seguramente que justificaba los comentarios de Speer y otros miembros del entorno de Hitler.

En cualquier caso, éste no era el único en Bayreuth con tendencias homosexuales. Las compartía por ejemplo con el hijo de Richard Wagner, que hasta su muerte en 1930 cedió a su pasión tan abiertamente que se vio sometido a chantajes y otras presiones.⁸⁶ La exaltada amistad de Siegfried Wagner con jóvenes tuvo que ser para Hitler un estímulo. Así surgió aquella «estrecha relación entre Hitler y Siegfried» sobre la que ha informado Syberberg aludiendo a las correspondientes cartas cruzadas entre ellos.⁸⁷ Al parecer, también le impresionó mucho «la gran disciplina que reinaba en Wahnfried»; Goebbels alude a ello en relación con la «homosexualidad» de Siegfried, sobre la que el *Führer* se mostraba «muy al tanto».⁸⁸ En tales circunstancias puede que no le fuera especialmente difícil sincerarse con él, ya que «en aquel entonces —dice Winifred— no tenía a nadie en quien pudiera confiar».⁸⁹

Así creció entre Hitler y los Wagner una amistad y una confianza muy especiales. «Me llevaba muy bien con ellos —dijo más adelante Hitler—; amo a esas personas.»⁹⁰ Para Winifred no había razones de tipo político,⁹¹ sino «una vinculación puramente humana, personal y de confianza entre nosotros». «Nunca hablábamos de política.»⁹² Seguramente es cierto, pero, sobre la base homoeorótica de ese vínculo, Winifred se mantuvo en silencio hasta su muerte. Aun así, no resulta tan difícil descubrirla, ya que no sólo afectaba a la familia Wagner. Ya Magnus Hirschfeld sabía que Bayreuth era «un lugar privilegiado de reunión para los uranistas [...] que llegaban a veces solos, y otras en compañía de sus respectivas parejas».⁹³ También eran homosexuales algunos de los artis-

tas que trabajaban allí; el ejemplo más destacado es el del tenor preferido de Hitler, Max Lorenz, quien a pesar de sus problemas con la justicia en relación con el Artículo 175 nunca fue condenado, lo que sí sucedió en cambio con alguno de sus amantes.⁹⁴

No es de extrañar pues que Hitler recordara los primeros años de su entusiasmo por Bayreuth, mucho después, con manifiesta euforia. Había pasado allí «días maravillosos», y no sólo con los Wagner en Wahnfried. «En general, allí se vivía fabulosamente. Cuando iba a "Eule", inmediatamente entraba en contacto con todos los artistas.» También comía a menudo con ellos en «Anker», «o íbamos a Berneck, al hotel Bube».⁹⁵ Esto se refiere en particular a los años anteriores a 1933, cuando Hitler, según sus propias palabras, «acudía a menudo a Bayreuth» y allí «realizaba numerosas visitas». Una fotografía nunca publicada, probablemente de 1930, muestra a Hitler abandonando el hotel Bube, en privado y un poco distraído. Para la hija del entonces propietario del hotel era una visita frecuente. Antes de 1933, dice la señora Jobst que lo veía allí tres o cuatro veces al año, pero también en compañía de hombres, sobre todo con su amigo Julius Schreck. Nunca lo vio con mujeres.⁹⁶ En aquella época, según contaba Winifred Wagner a un periodista inglés, Hitler era un hombre solitario y por eso acudía allí tan frecuentemente. «*Pero no buscaba esposa.*»⁹⁷ De hecho, los indicios presentados conducen como única conclusión a suponer que las frecuentes visitas de Hitler al «triángulo mágico» Weimar-Berneck-Bayreuth estaban motivadas, no por intereses culturales, sino sexuales. Pero a partir de 1934 ya no podía repetir allí esas experiencias; sólo le quedaba como refugio Obersalzberg.

Entre la conjetura y la ficción

Uno de los más importantes «informadores dignos de confianza» a los que debía Ebermayer sus conocimientos sobre la homosexualidad de Hitler debió de ser, como hemos visto, el director teatral Ziegler. En el *Libro de los Amigos*, publicado en 1960, esto es, un año después de los *Diarios*, para conmemorar el 60.º cumple-

años de Ebermayer, no se mostró muy complacido precisamente. De ahí sólo cabe concluir que los descubrimientos de Ebermayer tuvieron que molestarle mucho. Pero no tuvo el valor de desmentirle públicamente, con lo que en definitiva los confirmaba. Por el contrario, Winifred Wagner dio su visto bueno a las notas de Ebermayer, a quien escribió con ocasión de su 60.º cumpleaños estas reveladoras palabras: «Usted mismo admiró cuando joven a Siegfried Wagner. Nos conocemos desde hace 43 años y nos une desde hace tiempo una buena, tranquila y fiel amistad. Así pues, ¡Felicidades por el nuevo decenio!»⁹⁸ Una felicitación tan amistosa y cordial no se puede considerar únicamente una fórmula de cortesía, por lo que estamos autorizados a contar también a esa importante figura en la vida privada de Hitler entre los «informantes» de Ebermayer. Tanto más cuanto que éste mantuvo su estrecho contacto con Wahnfried después de 1945.⁹⁹

Entre esos confidentes estaba también, naturalmente, Philipp Bouhler, el «fiel primo» a través del cual quería Ebermayer desde 1930 obtener una entrevista con Hitler.¹⁰⁰ El contacto familiar entre ambos jóvenes, casi de la misma edad —el administrador general del NSDAP no se casó hasta después del «30 de junio»—,¹⁰¹ debió de ser mucho más intenso antes de 1935, como deja suponer Ebermayer en las anotaciones en su diario. Y se puede dar por hecho que Bouhler, quien había participado desde los comienzos del partido nazi en el ambiente de las asociaciones masculinas en torno a Hitler, disponía de informaciones muy detalladas gracias a sus buenos contactos, en particular con su amigo de muchos años Max Amann.¹⁰²

Así pues, hay buenas razones para suponer acertadas las conclusiones de Ebermayer sobre la homosexualidad de Hitler, aunque sean de segunda mano. Y eso no cambia por el hecho de que sus diarios, originalmente «escritos en cuadernos con tapas de hule», no recibieran «su forma literaria» hasta una década más tarde y permanecieran guardados otros quince años antes de ser publicados.¹⁰³ Por el contrario, Ebermayer pudo así contrastar su visión de los acontecimientos a la luz de otras publicaciones e introducir, dado el caso, nuevas informaciones recibidas más tarde, por ejemplo a través de conversaciones con Winifred Wagner o con Emmy Göring,

de cuya defensa se hizo cargo en 1946.¹⁰⁴ La reelaboración de sus notas le hizo aparecer al final más crítico con el régimen de lo que en realidad había sido; debió de valorar cuidadosamente qué daba a la imprenta y cómo. Difícilmente se le puede reprochar que no se atreviera a reconocer abiertamente su propia homosexualidad, ya que en la Alemania de 1959 eso habría sido demasiado arriesgado, por no decir imposible. Y aun así hay que considerar su orientación sexual como el motivo principal para su empeño en «sacar del armario» a Hitler. Ziegler no podía hacerlo —más que, en todo caso, de forma muy disimulada— porque para él eso equivalía a una denuncia. Pero Ebermayer no tenía esos escrúpulos: su objetivo era precisamente desenmascarar al embustero, al hipócrita, al autonegador, y distanciarse así aún más del dictador y su régimen.

La crítica reaccionó en 1959-60 frente a ese ensayo de forma muy variada, aunque sin poner en duda el valor de su testimonio. «El *Diario* de Ebermayer es impulsivo, emotivo, arrogante, amable, conmovedor, carente de prejuicios; es imparcial y por tanto auténtico», juzgaba *Die Welt*. También el *Berliner Telegraph* atribuyó al libro «una gran significación», al ser como era «honrado y revelador». Para la recensionista del *Süddeutsche Rundfunk* se trataba de un «documento muy importante [...], que cobra todo su valor inserto como un mosaico más en una totalidad». El más mordaz fue *Das Parlament*, que creyó oportuno someter a juicio al autor, quien había creado, ciertamente, «cierta imagen de los años de la toma del poder [...] aunque ésta se veía emborronada y enturbiada por la maraña de las restantes impresiones», entre las que se cuenta «la peculiar vida en común [...] con un joven», «cuya orgullosa descripción, así como en general la predilección por las hermosas formas de los jóvenes, impregnan todo el libro». El comentarista de *Mitteldeutsche Jahrbuch* también se sentía trastornado por la mezcla de privacidad y política, de cultura y erotismo: «Se echa en falta una reflexión sobre las relaciones entre lo histórico y lo personal.» Tan sólo el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* consideró relevantes los detalles picantes contenidos en el libro: «Se aprecia la importancia política del papel que pudieron jugar las asociaciones de amistad masculina de la camarilla Hitler, Röhm, Hess [...].»¹⁰⁵

Como se ve, Ebermayer, con su *collage* documental lleno de

alusiones, referencias crípticas y apologías, pedía demasiado de la crítica de su tiempo. Desentrañar la dialéctica entre desvelamiento y ocultación es una tarea muchas veces ardua, y mucho más fácil actualmente que en la era de Adenauer. Su reconstrucción deliberadamente subjetiva del pasado pardo hace aparecer como una farsa determinados aspectos de la dictadura alemana, y es que efectivamente lo fue en parte. Ebermayer no desempeñó ningún papel importante en esa bufonada, pero como comparsa y telonero podía ver con ojos muy distintos a los del público la dirección y la técnica escénica. Y hay que agradecerle que nos haya transmitido tan al desnudo al menos algunas de sus observaciones.

Tal como yo lo entiendo, Ebermayer no emprendió el intento de convertir lo que sabía sobre Hitler en un auténtico retrato literario. Probablemente porque siendo homosexual él mismo no se sentía en condiciones de juzgar la homosexualidad de Hitler. En sus textos literarios había idealizado ese Eros, pero una figura como la de Hitler no cabía en esa idealización y tampoco cabía ignorar por las buenas su lado homosexual. Ebermayer, evidentemente, no se sintió capaz de hallar una solución para las dificultades ligadas a esa empresa, a diferencia de su viejo amigo Klaus Mann, quien experimentó como un desafío tal posibilidad. Por eso es tan interesante lo que llevó a cabo, porque partía de los mismos supuestos que Ebermayer: También él era homosexual, también él contaba con el conocimiento fundado de la vida privada de Hitler y también él había conocido de cerca a Hitler. En una anotación en su diario, del 13 de julio de 1932, reflejó así un encuentro en el café Carlton Tearoom de Munich: «Justo en la mesa de al lado, Adolf Hitler, con la compañía más estúpida que imaginar quepa. Su llamativa mediocridad, su falta absoluta de talento; la fascinación que ejerce, el mayor ridículo de la historia; cierto impacto patológico sexual no puede explicarlo todo.»¹⁰⁶ Semejante impresión corresponde al juicio habitual de las viejas y respetadas familias de Munich sobre el *Führer* del partido y sus hordas pardas: sin espíritu, estúpidos, inferiores, tontos. Y también el «impacto patológico sexual» de Hitler era algo conocido por el hijo del gran escritor, antes de pararse a observar al ocupante de la mesa de al lado.

Tras aquel encuentro casual, Klaus Mann no volvió a ocuparse de Hitler hasta diciembre de aquel mismo año. En la revista *Das Tagebuch* informaba en una minúscula glosa que había descubierto una pintura de Hitler precisamente en el escaparate de la librería de ciencia sexual en la plaza Wittenberg de Berlín. «¿Quería el propietario de la tienda exteriorizar así la relación interna que para cada uno de nosotros siempre ha sido evidente? En cualquier caso, denuncio este hecho como causa de escándalo público. Por decirlo más claro, le hace a uno odiar toda la patología sexual.»¹⁰⁷ Tras esa divertida observación se oculta en realidad un auténtico problema, que hasta un enemigo tan decidido de Hitler como Klaus Mann tenía con el dictador: Para los intelectuales homosexuales Hitler era de algún modo, debido a su orientación sexual, «uno de los suyos» y eso era difícil de soportar psicológicamente. El antifascista Klaus Mann reaccionó a esa provocación en 1934 con su artículo *La izquierda y el vicio*,¹⁰⁸ en el que decía que constituía un desatino «identificar homosexualidad y fascismo únicamente porque en las asociaciones nacionalsocialistas haya muchos a los que les gustan los jovencitos más que las mujeres». En definitiva, «siempre ha habido cientos de tipos diferentes de homosexuales, incluidos los muy repulsivos y fatales». Aunque un «canalla rudo y cínico» como Röhm también lo fuera, eso no quiere decir nada: «Haber mantenido relaciones con un par de bandidos no lo convierte a uno en bandido.»

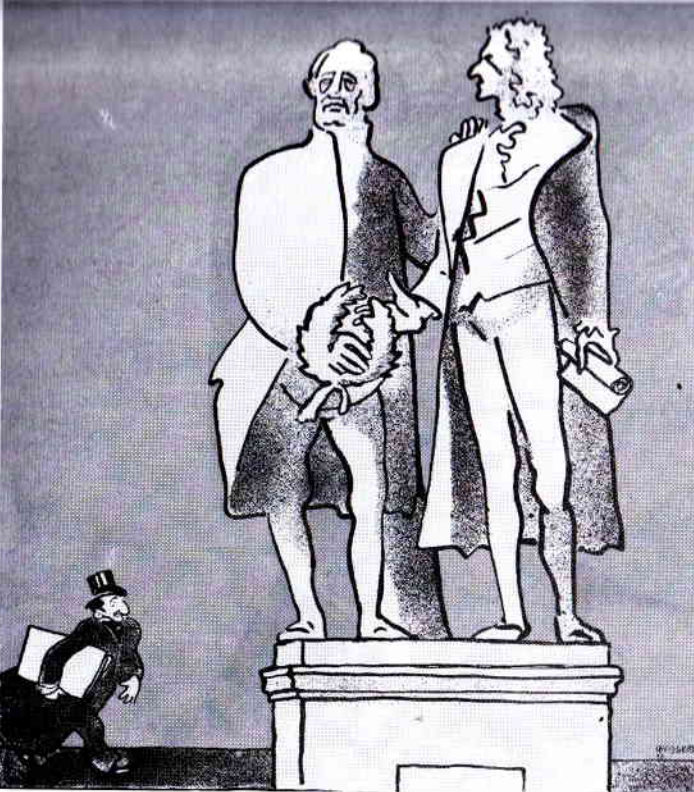
En general, ese artículo de Klaus Mann pretende defender la homosexualidad frente a los habituales prejuicios, pero en el fondo se trata de expulsar al que poco después su padre llamaría «Bruder Hitler» del campo de ese Eros: «De lo que depende es del espíritu, no del engrudo erótico.»

A propósito de *Bruder Hitler* [hermano], si se toma en consideración la más reciente tendencia en las investigaciones sobre Thomas Mann de buscar hasta en la más mítica de sus obras literarias un núcleo real (léase autobiográfico) así como confesiones disimuladas,¹⁰⁹ también habría que reflexionar sobre el argumento de este brillante desmontaje de Hitler de abril de 1938, el «muy embarazoso parentesco» que tanto «avergüenza» al gran escritor. Klaus Harpprecht, biógrafo de Thomas Mann, cree que «la más



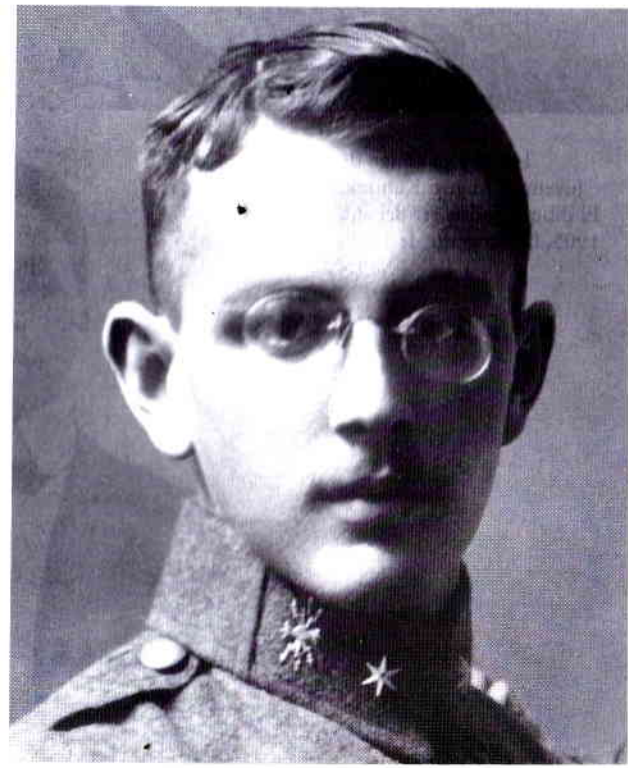
Hitler y su amigo de juventud August Kubizek. El dibujo podría ser del año 1905, la fotografía de 1907.





Parodia cenida
de antisemitismo
en la revista
intelectual *Jugend*.
Sobre el pedestal,
estatuas de Goethe y
Schiller, y abajo a la
izquierda, una
caricatura de
Hirschfeld. En el pie
de la viñeta podía
leerse lo siguiente:
«Suéltame la mano,
Wolfgang, que viene
el doctor Magnus
Hirschfeld.»

Rudolf Häusler, con quien
Hitler trabó amistad en Viena
en 1912. En 1913 se
trasladaron juntos a Munich.



Hitler celebra la movilización
alemana el 2 de agosto de
1914 en la plaza del Odeón
de Munich.



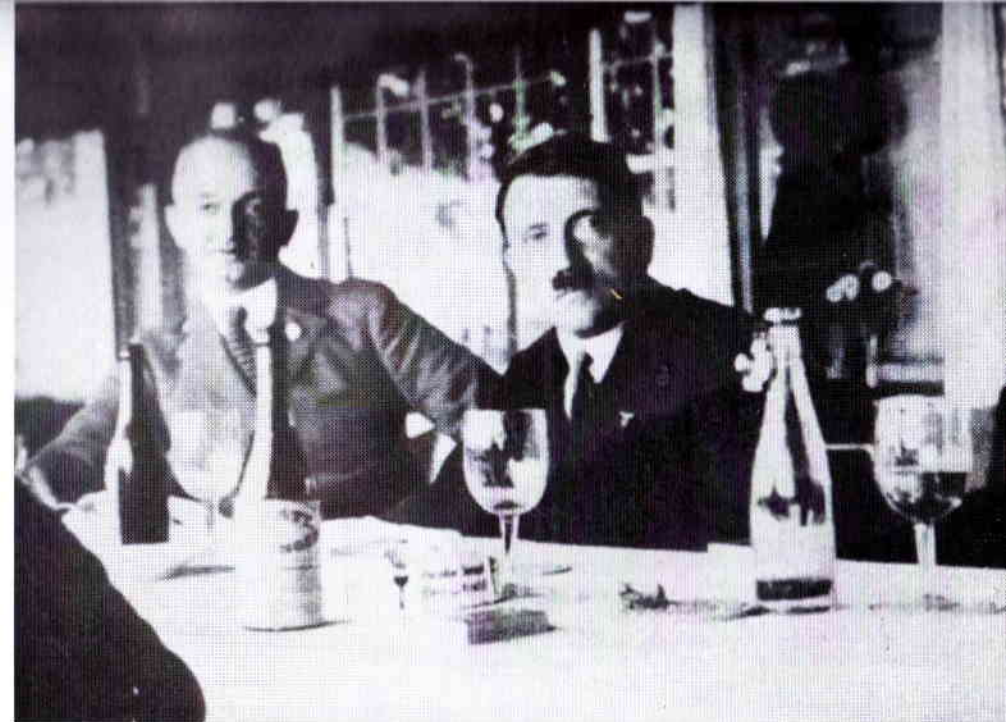
En su texto de propaganda,
publicado en 1932, *Adolf
Hitler im Felde*, Hans Mend
presentó al *Führer* como
soldado ejemplar.



El soldado Hitler disfruta de una representación musical de sus camaradas, que habían formado la Kapelle Krach (Orquestina Ruido).



Hitler y su amigo «Schmidt» (Ernst Schmidt) junto a otros compañeros de campaña. Entre 1914 y 1919 una estrecha amistad unió a ambos correos.



Tras su ascenso a *Führer* y canciller del Reich, Hitler siguió manteniendo el contacto personal con Ernst Schmidt, como muestra esta toma de 1932 del álbum de fotos de Eva Braun.



Caricatura del vano intento de Hitler de acallar a los numerosos incrédulos sobre su heroísmo de guerra mediante resoluciones judiciales. Aquí, en particular, se alude a su querrela contra el diario socialdemócrata *Hamburger Echo* en 1932.



El oficial de estado mayor Ernst Röhm, con 31 años, y su «informador» Adolf Hitler en 1919.



Amigo y «padre adoptivo» de Hitler, el escritor e ideólogo antisemita Dietrich Eckart a comienzos de los años veinte.



El «creador de buen ambiente» de Hitler en Munich, Ernst Hanfstaengl, cuando tenía unos 36 años.



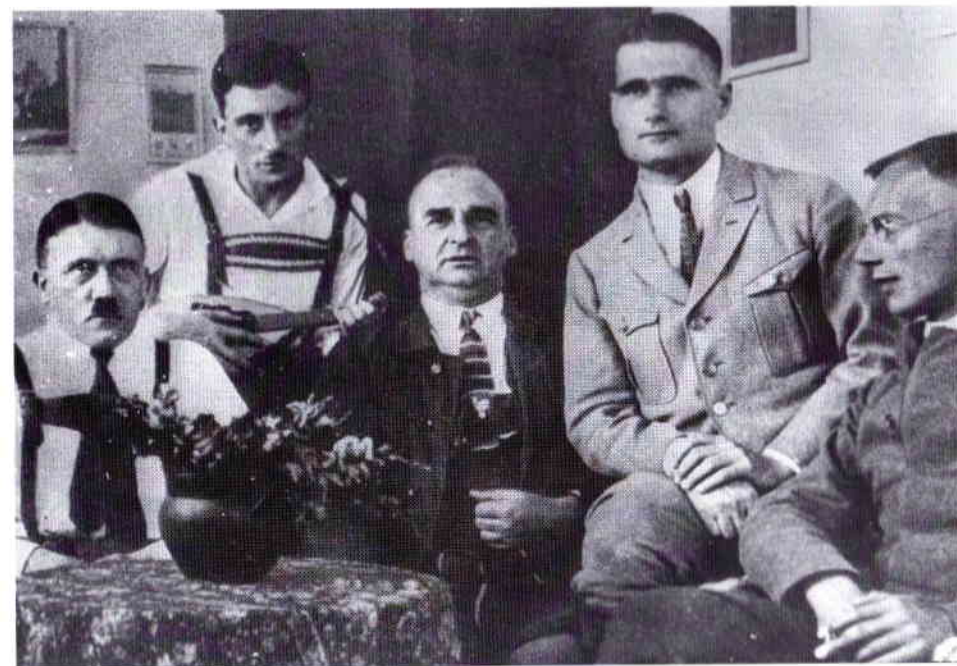
Hitler junto a Julius Schaub y quien luego sería su ayudante jefe, Wilhelm Brückner, en una campaña de propaganda durante 1932.



Hitler y Rudolf Hess en Obersalzberg (Berchtesgaden), presumiblemente en 1929.



Hitler con su «querido discípulo» Rudolf Hess y Julius Schreck en 1932.



Hitler al lado de su *Mosel*, Emil Maurice, durante el período de detención de ambos en la fortaleza de Landsberg en 1924, junto a otros.



La sobrina de Hitler,
Angelika Raubal, la mujer
entre él y Emil Maurice.



Eva Braun en uno de los «papeles»
que solía representar para Hitler.



«Funeral de Estado» para el chófer y amigo de Hitler, Julius Schreck, en 1936.



Hitler en compañía
de su ayudante personal,
Julius Schaub, ante la
Braune Haus en Munich
hacia 1932.



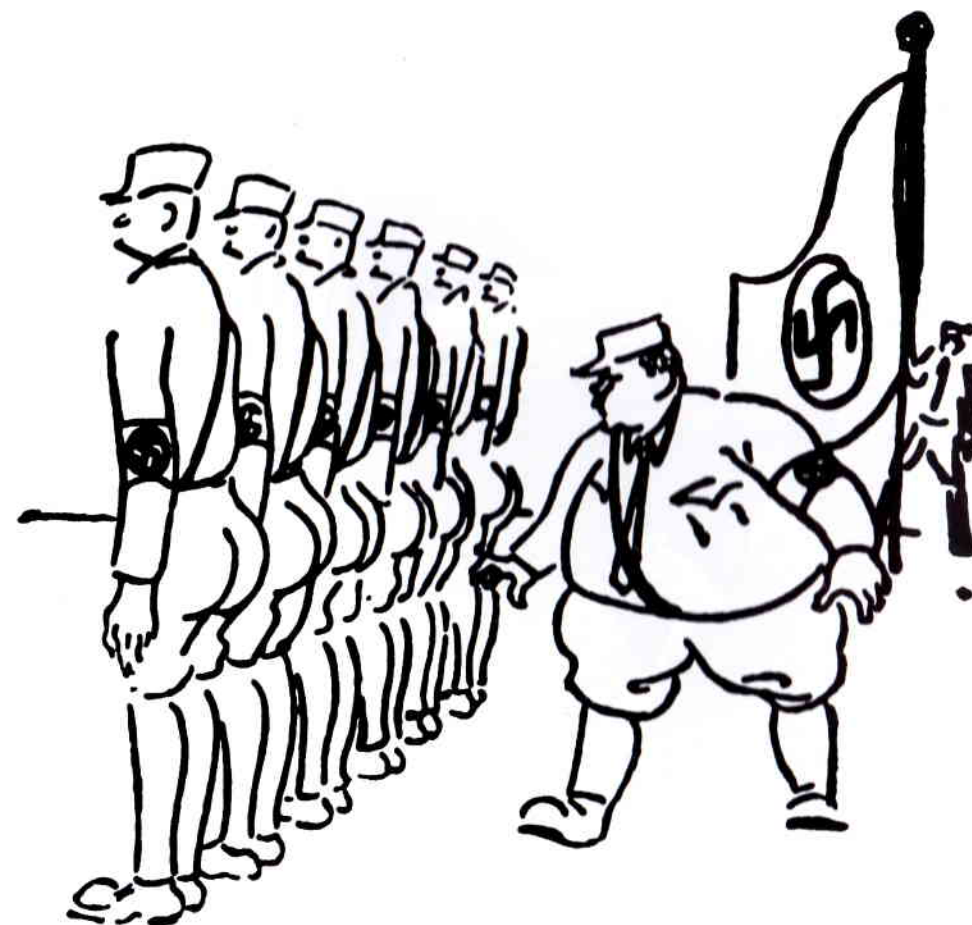
Amistad inquebrantable:
Hitler y su jefe de
estado mayor, Ernst
Röhm, en la fase de la
llamada «toma del
poder» (1932-1933).



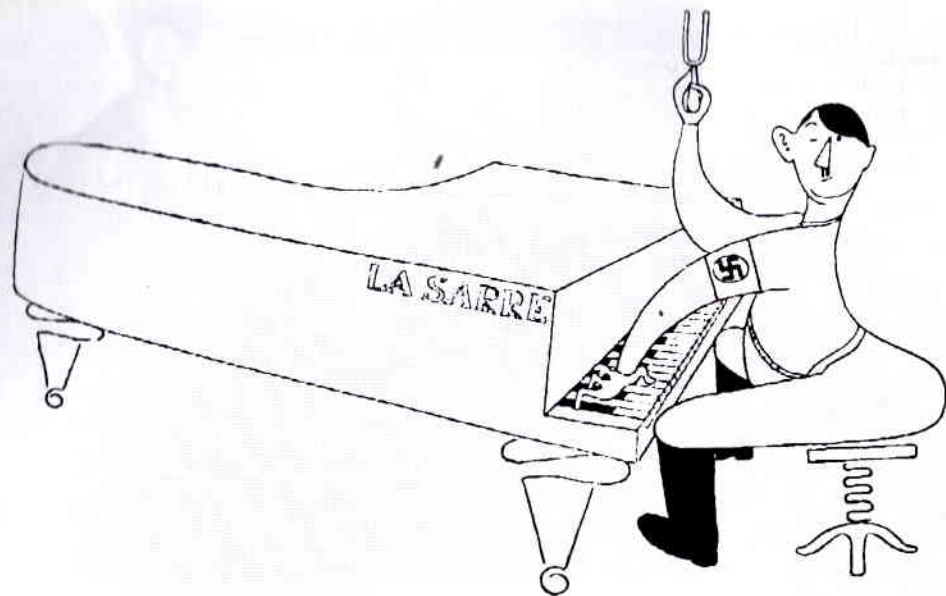
El antiguo agente
de Hitler, consejero
ministerial Rudolf
Diels, tras su
nombramiento como
jefe de la Gestapo
y oficial de las SS,
en conversación con
Heinrich Himmler
en 1933.



Con caricaturas como
ésta del *Roten Pfeffer*
de diciembre de 1933
intentó la prensa
alemana en el exilio
desprestigiar al
homosexual jefe de las
SA, Ernst Röhm.



Die Saarfrage



„So, das hätten wir abgestimmt. Jetzt kommt Elsaß-Lothringen dran.“

Ya antes de la «ruptura» con Ernst Röhm aparecieron en la prensa extranjera alusiones al afeminamiento del *Führer*. Ésta es una caricatura del diario praguense *Der Simplicius* de abril de 1934.



Tras la toma del poder en enero de 1933, Ernst Röhm pudo sentirse por poco tiempo como la segunda autoridad del Estado, con gran pesar de su rival Joseph Goebbels.



La *Balada del pobre jefe de estado mayor*, de Bertolt Brecht, ilustrada con duras caricaturas, se distribuyó en Alemania desde el otoño de 1934 como folleto ilegal del KPD.



El escritor Erich Ebermayer a mediados de los años veinte.



Hitler ante el hotel Bube en Berneck, cerca de Bayreuth, en el que solía alojarse en sus frecuentes viajes privados antes de 1933.



Dibujo del famoso caricaturista múniqués Thomas Theodor Heine para la revista intelectual de izquierdas *Tage-Buch* del año 1930.



Hitler en el taller del escultor Josef Thorak (mediados de los años treinta), que dio forma a algunas de sus ideas estéticas.



Kurt Lüdecke de picnic con Hitler. Instantánea de 1933.

En septiembre de 1934
apareció en el diario inglés
Daily Express un alusivo
artículo sobre Ernst Putzy
Hanfstaengl, «Hitler's
Putzy Is Here».

Daily
TODAY'S WEATHER: SHOWERY.
WEDNESDAY.

DOES



Hanfstaengl has ideas about
culture.

**Hitler's
"Putzy"
Is Here**

DR. ERNST "PUTZY"
HANFSTAENGL, inti-
mate friend of Leader Hitler
and Harvard-educated head
of the Nazi Foreign Press
Department, is in London.
He is staying at Claridge's
Hotel.

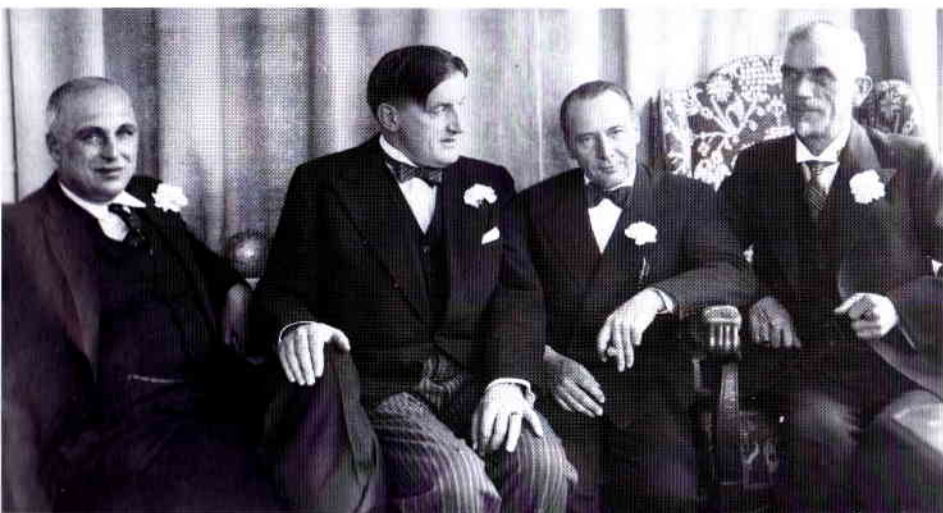
Dr. Hanfstaengl holds emphatic
opinions on the subject of
culture.

When he visited Harvard last
month he gave bunts of Goethe
and Schopenhauer to his old
university.

Recently William Ormonde Thomp-
son, one-time partner of the great
American lawyer Clarence Darrow
was shown through the Nazi
"People's Court" by Dr. Hanf-
staengl.

According to the account in the
journal "Time" of September 19,
"When persistent lawyer Thomp-
son started quoting the opinions of
British jurists on the subject of
the justice, Harvard Harvardman
Hanfstaengl grew highly excited,
and finally incoherent."
"Roared he: 'Damn those Oxford
professors! I'll send some of our
wise to burn down their Oxford!'"

El jefe de prensa de Hitler para el extranjero, Ernst
Hanfstaengl, junto a sus amigos en su casa de Berlín,
presumiblemente en 1933. En la imagen, a su izquierda,
el agregado militar de la embajada de Estados Unidos,
Truman Smith.



Der Reichsminister und Chef
der Reichskanzlei

Berlin W. 8, den 23. Februar 1939
Voßstr. 6

185

RM.Nr. 821/39 A

Eilbrief !

An

die Adjutantur des Führers und Reichskanzlers
z.Hd. von Herrn ~~W~~-Gruppenführer S c h a u b

z.Zt. Obersalzberg/Berchtesgaden

Berghof

Lieber Herr Schaub !

Ich bitte, den anliegenden, am 21. Februar d.Js. bei mir
eingegangenen Brief des Dr. Hanfstaengl vom 12. Februar
d.Js. dem Führer vorzulegen.

Heil Hitler !

[Handwritten signature]

London, Sonntag, den 12. II. 1939

186

An den Führer und Reichskanzler

Berlin

Sehr geehrter Herr Hitler!

Der elfte Februar, mein 52. Geburtstag ist vorübergegangen. Ich stehe nunmehr auf der Schwelle meines dritten Jahres im Exil. . . . Ich hatte gerade gestern gehofft, ein Zeichen von Ihnen zu erhalten, aus dem ich hätte entnehmen können, dass mir endlich Gerechtigkeit & Genugtuung würde. Ich habe ein solches Zeichen nicht erhalten.

Im Herbst 1934 wurde ich eines Lächerlichen halber von Ihnen, Herr Hitler, aus der Reichskanzlei verbannt. Zwei Jahre später würde ich — Es war am 10. II. 1937, dem Vorabend meines 50. ten Geburtstags — von Ihnen, Herr Hitler, durch Fortdauern einer Mission

(2)

nach Salamanca in eine Lage gebracht, derenthalber ich Deutschland zu verlassen gezwungen war. . . . 187
Zwei weitere Jahre sind seither vergangen, während welchen ich trotz des Vorgefallenen, im Gegensatz zu manchen andern, eine peinlich loyale Haltung eingenommen habe.

Ich bin, wie Sie sehr wohl wissen, vor einiger Zeit der Homosexualität mit Ihnen bezichtigt worden. Da ich nicht willens bin, diese Beleidigung hinzunehmen, habe ich Klage erhoben. Der Termin zur mündlichen Verhandlung ist auf Mitte März festgesetzt. Für die Verhandlung selbst sind zwei Tage vorgesehen.

Ich werde in diesem Prozess u. a. Aufschluss zu geben haben:

- 1) über meine früheren & derzeitigen Beziehungen zu Ihnen;
- 2) über die Gründe meiner Verbannung aus der Reichskanzlei;
- 3) über die Gründe meiner Abreise von Deutschland.

Mit Rücksicht hierauf muss ich Sie, Herr Hitler, nunmehr zum letzten Mal um eine unverzügliche Klärung

(3)

meiner Angelegenheit bitten. Seit vollen zwei Jahren haben mich verschiedene Persönlichkeiten der Partei mit allgemeinen Versicherungen abzuspeisen gesucht, um mich zur Heimkehr nach Deutschland zu bewegen; die erbetene Rehabilitation durch Sie, Herr Hitler, ist mir jedoch bis zur Stunde konsequent verweigert worden.

188

Will ich nun im kommenden Prozess meine & damit Ihre Ehre verteidigen, muss ich zum Mindesten wissen, ob ich als ein von Ihnen verleugneter Exilant oder als ein, in seiner Ehre und seiner Stellung voll rehabilitierter Nationalsozialist vor Gericht stehe. Sollte ich daher bis Anfang März Ihre diesbezüglichen, eindeutigen Weisungen samt umfassender Rehabilitation nicht in Händen haben, so müsste ich zu meinem Leidwesen daraus folgern, dass Sie noch immer nicht gesonnen sind mir Gerechtigkeit werden zu lassen. Ich müsste aber daraus noch weiterhin den Schluss ziehen, dass Ihnen, Herr Hitler, nicht nur meine seit Jahren bewiesene Anhänglichkeit und Treue sondern auch meine Ehre & Zukunft total gleichgültige Dinge sind. Sollte sich dies als Ihre Einstellung erweisen, so werde ich wissen, was ich zu tun habe.

Mit deutschem Gruss!

Ernst Hanfstaengl



Hitler junto a la construcción de la autopista Salzburgo-Viena en el año 1938, en su pose favorita.



Hitler y su «favorito» Albert Speer en un momento de aparente desavenencia. La foto se hizo en Obersalzberg, seguramente en el verano de 1939.



Hitler con la «señorita Braun» en la escalinata del Berghof, presumiblemente pocos meses antes de su oscura boda.

ferviente y eficaz oposición contra el dictador requiere determinada cercanía, una comprensión que resulta de la idea de parentesco y que permite despertar un mayor odio». ¹¹⁰ ¿Pero en qué podía consistir esa «percepción del parentesco», esa «determinada cercanía»? ¿No es en definitiva un camuflaje el muy trillado «genio artístico» como explicación de la afinidad erótica? ¿Cómo logró el «mago» emparentarse tanto con aquel «triste haragán, impotente para todo y «soñador» de tercera fila», hasta poner al desnudo, de forma tan convincente, la «fatal vida espiritual de aquella persona»? ¿Qué sabía él sobre el hombre que no podía hacer nada de lo que «pueden los hombres [...], ni siguiera engendrar un hijo»? ¹¹¹ ¿Al que pocos meses antes de escribir su ensayo había asociado con un «Siegfried absolutamente indecente»? ¹¹² Dejaremos que sean otros investigadores los que respondan a esas preguntas.

Dos años después de *Bruder Hitler*, Klaus Mann experimentó también la necesidad de aproximarse a esa «turbia figura» con los medios de la literatura, en concreto en su autobiografía *The Turning Point*. La imagen de Hitler allí dibujada era para él tan importante que la enriqueció con nuevos colores para el lector alemán una vez terminada la guerra. ¹¹³ De ahí salió un texto que oscila entre acercamiento y rechazo, entre desvelamiento y ocultación.

Éstos son los pasajes esenciales de la última redacción (en alemán): «No me cabía en la cabeza que los alemanes pudieran tomar en serio a Hitler por un gran hombre, e incluso por el mesías. ¿Grande? ¿Pero si bastaba con mirarlo! Tuve en varias ocasiones la oportunidad de estudiar su fisonomía. Una vez desde muy cerca, durante una media hora. Eso fue en 1932. [...] Había dos preguntas que me obsesionaban, durante esos treinta minutos de inquietante proximidad: en primer lugar, ¿dónde estaba el secreto de su influencia, de su fascinación? Y en segundo lugar, ¿a quién me recordaba, a quién se parecía? Sin duda, a un hombre a quien yo no conocía personalmente, pero cuyo retrato había visto muchas veces. ¿A quién, pues? No a Charlie Chaplin, evidentemente. Chaplin tiene el bigotito, pero no la nariz, la carnosa, vulgar y obscena nariz, que de inmediato me había impresionado como el detalle más repulsivo y más característico de la fisonomía de Hitler. Chaplin tiene encanto, gracia, espíritu, intensidad... Atributos todos

ellos ausentes en mi vecino, con sus ruidos al sorber la nata montada, manifestando una índole y sustancia innoble; un pequeño-burgués malvado con la mirada empañada e histérica en el rostro hinchado y pálido. ¡No había nada que hiciera pensar en grandeza o talento! No era, obviamente, una sensación agradable estar sentado cerca de tal criatura, y, sin embargo, no me saciaba de aquella repugnante bazofia. Nunca lo había encontrado especialmente atractivo, ni en los carteles ni en la tribuna iluminada, pero la fealdad frente a la que me hallaba sobrepasaba todas mis expectativas. La vulgaridad de sus rasgos me tranquilizó, me hizo sentir bien. Le miraba y pensaba: No triunfarás, Schicklgruber, aunque te saques el alma del cuerpo a gritos. ¿Quieres dominar Alemania? ¿Quieres ser dictador, con tu nariz? No me hagas reír. Eres tan miserable que casi podrías hacer daño, si tu vileza no fuera de una naturaleza tan repulsiva... [...] Mientras llamaba a la camarera para pagar mi consumición, recordé de repente a quién me recordaba aquel tipo. Haarmann, naturalmente. ¿Cómo no había caído antes? Efectivamente, se parecía al infanticida de Hannover, cuyo proceso había levantado tanta expectación hacía poco. ¿Y si éste, el austríaco aficionado a las operetas de la mesa de al lado, fuera al fin y al cabo tan eficiente como su doble del norte de Alemania? Aquel Barbazul homosexual había conseguido arrastrar a treinta o cuarenta niños a su pocilga, donde les cortaba el cuello mientras los sodomizaba, y de los cadáveres hacía luego sabrosas salchichas. Un rendimiento tremendo, especialmente si se piensa que ese diligente amigo de los niños se alojaba en un pequeño piso de alquiler entre vigilantes vecinos. Donde hay voluntad, hay un camino; la constancia tenaz alcanza lo aparentemente imposible... El parecido entre ambos hombres de acción me chocó. Bigote y flequillo, la mirada huidiza, la boca a un tiempo quejumbrosa y grosera, la frente obstinada y hasta la indecente nariz. ¡Eran iguales en todo!»¹¹⁴

Hay aquí tres cuestiones importantes, más o menos codificadas. En primer lugar: Sí, Hitler era homosexual, pero su fantasía sexual se inspiraba en la bestial sed de sangre del célebre psicópata de comienzos del siglo XX, Fritz Haarmann,¹¹⁵ o de aquel jinete del cuento cruel —igualmente descontextualizado—, que por su parte la había tomado con las mujeres. Segundo mensaje: Hitler

no era en modo alguno un «hermano», ni siquiera de los que cualquiera trataría de ocultar; era un «Schicklgruber»,¹¹⁶ un provinciano de Bohemia, evadido de su condición miserable, un imán para la mofa y el escarnio de todos los hombres y mujeres del mundo. Y finalmente: lo correcto era odiar a Hitler desde lo más hondo cuando todavía no dominaba Alemania, suponer ya entonces en él aquella imaginable maldad que más tarde desplegaría.

El intento de Klaus Mann, más retórico que analítico, de explicar el fenómeno Hitler, es un ejemplo paradigmático de los esfuerzos tan desesperados como vanos de descubrir sus intrigas cubriéndolo de invectivas, dispuestas a ser posible con buen gusto literario. No, aquel a quien las élites del poder alemanas ayudaron en 1933 a conquistar el Estado entre las entusiastas aclamaciones de sus partidarios, que ya se contaban por millones, no era un «Barbazul homosexual» con el aura de una horripilante figura de cuento. Pero si era homosexual, y Klaus Mann no quería omitir eso, aunque para él habría sido preferible no saberlo y poder presentarlo como Barbazul *sans phrase* —una metáfora, por otra parte, proveniente de la infancia de Klaus Mann en Munich, habitual también en otros miembros de la familia.¹¹⁷ Léase asimismo lo que escribió Heinrich Mann en su libro, publicado en el exilio, *Der Hass* [El odio]: «[Hitler] había comenzado, como es debido, con mujeres maduras [...]. Por amor a su misión no las desdeñó, pero prefirió, con mucho, el varonil atractivo de los muchachos. Él mismo empleaba como principal hechizo encantos femeninos de un tipo muy especial.» Y también: «Algunos de los suyos saben muy bien dónde están. Tienen muy claro que tanto él mismo como su resplandeciente movimiento, coronado por el éxito, provienen de regiones ambiguas de la naturaleza humana, que difícilmente podrían soportar verse expuestas a la luz.»¹¹⁸

En este punto —las siempre presentes y sin embargo siempre disimuladas alusiones de los Mann a la homosexualidad de Hitler— se cierra el círculo, y salta a la vista la razón profunda para ocuparse una vez más de este tema. Ya que como la condesa Mathilde von Schönwörth había confiado a Erich Ebermayer en 1935, las viejas familias de Munich sabían «absolutamente *todo*, aun lo más privado, del *Führerkorps*. [...] A esos viejos muniqueses no les pasa

nada desapercibido. Se ríen de las palabras huecas y la gran cantidad de mentiras con las que los nuevos señores inundan al pueblo alemán y al mundo. Pueden tomarse a broma con la mejor de sus sonrisas todo eso, simplemente no entienden que esa camarilla de aventureros políticos, charlatanes encantadores, "invertidos" eróticos, que querían ser admitidos en sociedad como dirigentes de un partido de oposición radical y que incluso nos divertían, ahora son los dueños absolutos de Alemania». ¹¹⁹ Los diarios que Thomas Mann hizo desaparecer, que cubrían los años de 1921 a 1933, nos habrían dado sin duda mucha información al respecto de lo que se sabía sobre Hitler en las viejas familias de Munich antes de 1933. Pero aquel gran escritor, manifestamente, no lo quiso así.

Sea como sea, todos los autores aquí mencionados —los Mann de forma poética distanciada y críptica, Ebermayer mucho más directa y abiertamente— nos dicen lo mismo: que Hitler era homosexual, y que todos lo sabíamos.

CAPÍTULO VII

Intrigas arriesgadas:

Kurt Lüdecke y Ernst Hanfstaengl

En 1922, Ernst Hanfstaengl y Hitler eran buenos amigos. Apenas dos décadas después, el antiguo «discípulo»¹ describía al *Führer* ante el servicio secreto americano como un «Narciso egocéntrico y masturbador», que debido a su gran frustración sexual se había montado una «vida pública artísticamente dramatizada». ² No es difícil entender cómo llegó Hanfstaengl a ese juicio, pero es una larga historia, complejamente engranada con la de un hombre que conoció a Hitler en la misma época y que no era menos brillante, Kurt Lüdecke. Hitler se mostró al principio desconfiado, pero no dejó de apreciar sus cualidades: «si era un espía, no sólo era uno de los más taimados, sino también uno de los más peligrosos que actuaban en Alemania». ³ Y todavía en 1941 se entusiasmaba: «Ese tipo hablaba francés, inglés, español e italiano como el alemán; habría sido el hombre adecuado [para tareas complicadas en el extranjero], lo habría husmeado todo.» ⁴

Ernst Hanfstaengl no podía compartir esa valoración de Lüdecke: en 1937 advertía a «cualquiera que se atreva a abogar, directa o indirectamente, en serio o en broma, por esa basura [...], por un miserable canalla, chulo de prostitutas, parásito del partido y traidor a la patria». ⁵ La ocasión para su ira fue el explosivo libro *I knew Hitler*, que Lüdecke había publicado en su exilio americano tras una espectacular huida de Alemania. Para Hanfstaengl se trataba de una pura «fantasía de chantajista». Sin embargo, el primer jefe de la Gestapo, Rudolf Diels, dio a entender después de la guerra que tras esa fantasía se ocultaba una historia absolutamente real,

«desarrollada bajo la protección de las instancias más altas y resguardadas». Y añadió significativamente que «el caso Lüdecke le había sugerido la sospecha de que Hitler también fuera homosexual». ⁶ Basta con esto para investigar más a fondo dónde y cómo se cruzaron los caminos de Hitler y Lüdecke.

Kurt Lüdecke

Lüdecke nació en 1890 en Berlín y pasó su infancia en Oranienburg, donde su padre dirigía una fábrica de productos químicos. Su período de enseñanza secundaria en Berlín terminó en un fiasco, ya que fue expulsado de la escuela y tuvo que mudarse a Braunschweig, donde cursó en 1907 su último año de estudios. Tras hacer el servicio militar viajó a Londres y luego a Francia, donde en 1910 ganó tanto dinero en juegos de azar que se pudo permitir a partir de entonces una vida de lujo y sin ataduras. ⁷ Pero las actas de la fiscalía en la audiencia territorial de Berlín nos dan otra versión: en enero de 1911, concretamente, se abrió un sumario contra él que lo relacionaba con «extorsión por motivos sexuales». Era conocido en «círculos homosexuales» por buscarse amigos ricos y obligarles a pagar tras mantener relaciones con ellos. ⁸ En el momento en que se recibió la denuncia contra él desapareció de Berlín. También hay una explicación simple para su fastuoso estilo de vida. Había hecho fortuna, no en la ruleta, sino como gigoló y chantajista. Así se paseó por los clubes nocturnos de Europa, hasta que la primera guerra mundial interrumpió bruscamente su carrera de crápula. Pero Lüdecke consiguió que le licenciaran tras pasar únicamente dos años como soldado y sin haber visto el frente ni siquiera de lejos.

Los aventureros proyectos que hasta 1920 le llevaron de un extremo a otro del mundo no se pueden reconstruir en detalle. No sólo se hizo con un pasaporte mexicano, sino también con dos impresionantes cuentas en dólares. En mayo de 1921 se dejó caer por Munich, donde según decía preparaba «una exposición de pintura alemana en Nueva York». ⁹ En un informe policial de la época consta que «la exposición no obtuvo éxito económico», pero vendiendo distintos objetos de arte «pudo disponer a su vuelta

a Munich —a comienzos de abril de 1922— de una suma de 1 400 dólares», ¹⁰ lo que en aquel momento de inflación galopante constituía una fortuna.

Pero en Estados Unidos Lüdecke no comerció únicamente con arte y antigüedades. También trabajó para un capitalista legendario, Henry Ford, quien había urdido una especie de servicio secreto privado. ¹¹ Esa organización llevó a cabo desde 1920, entre otras tareas, una campaña de agitación y descrédito contra judíos influyentes en Estados Unidos. Para indagar sus vidas privadas se había abierto en Nueva York una oficina de detectives, dotada de abundantes medios y dinero, en la que se enroló toda una tropa de fantásticos fisgones. Lüdecke entró en contacto con buenos amigos del poderoso industrial y se dio cuenta de que con el antisemitismo agresivo también se podía hacer dinero. Al parecer encontró en Alemania aliados influyentes para la campaña de Ford, y cabe que fuera enviado a su patria precisamente con ese encargo secreto y la correspondiente dotación financiera.

En cualquier caso, cuando regresó a Alemania, en abril de 1922, llevaba en su equipaje el folleto publicado por Henry Ford *The International Jew: The World's Foremost Problem*. ¹² Con sus precisos conocimientos sobre el trasfondo de esa campaña antisemita y la promesa de sobornos americanos pretendió entonces colocar unos cuantos cebos en el movimiento populista. Ya en mayo conoció en Berlín a Ernst von Reventlow, que había alcanzado gran fama como editor de la revista *Der Reichswart*, muy apreciada en los círculos de derechas, precisamente donde Lüdecke buscaba enlaces. A principios del verano había sido presentado a los más importantes portavoces de la extrema derecha, entre ellos a Hitler. Pero la recomendación personal de Ernst von Reventlow no era suficiente para superar los recelos que despertaba en ciertos ambientes. ¹³ La «primera impresión» de Hitler, por ejemplo, fue «desfavorable, tanto más cuanto que algunos recordábamos haber sido advertidos al respecto. Puesto que Lüdecke había conseguido entre tanto acceso a casi todas las asociaciones, no parecía oportuno un brusco rechazo de su persona». Aun así, Hitler ordenó a sus colaboradores más próximos «tomar notas de sus conversaciones con Lüdecke». ¹⁴

Max Amann, el hombre de Hitler para los negocios sucios, tuvo en su primer encuentro con Lüdecke la siguiente impresión: «Es un individuo muy astuto, un viejo zorro, seguramente experto en todo tipo de canalladas. Su soltura mundana y su presuntuoso comportamiento me hacen pensar que si —como estoy convencido— se ha incorporado a nuestro movimiento como espía, sus jefes le deben de pagar muy bien.»¹⁵ También Dietrich Eckart se expresó con desprecio acerca de Lüdecke, quien «se abría paso a codazos de forma tan poco escrupulosa» y «atufaba a perfume a seis pasos, con el aspecto de un dandy prepotente»; con «semejante ostentación» se hallaba en óptimas condiciones para «comprometer a todos los niveles»¹⁶ al partido.

Todo eso no impidió a Hitler incorporar a Lüdecke a sus filas. Puede que lo reclutara para espiar a los demás jefes del campo populista, y que se creyera capaz de mantenerlo a raya combinando vigilancia y doblez. Pero en esa colaboración debía de haber algo más en juego, de otro modo Hitler habría mantenido las distancias. Por lo que se refiere a Lüdecke, nunca disimuló que se sentía cautivado por Hitler,¹⁷ e incluso vio en él en algún momento a «una persona generosa con sentido del honor».¹⁸ El dibujo de Federico el Grande que Hitler recibió de su admirador como regalo de Navidad en 1922 adornó durante muchos años su domicilio privado, y en su oficina del partido estaba colgado el retrato de Henry Ford que Lüdecke había traído de América.¹⁹

Hasta enero de 1923 Lüdecke tenía quizá motivos para creer que Hitler era su «amigo»,²⁰ lo que también se reflejaba en el trabajo político que se le había encargado. Así, por ejemplo, viajó a Italia, respaldado por Hitler y Ludendorff, para establecer una alianza con el Duce fascista Mussolini. También se le permitió «establecer en su domicilio una oficina de noticias»²¹ para «encargarse de la propaganda en el extranjero».²² Pero la satisfacción por esos logros no duró mucho, ya que el 27 de enero de 1923, para su gran sorpresa, fue detenido preventivamente bajo sospecha de traición a la patria. Eso sucedió diez días después de que Hitler hubiera admitido ante las autoridades que Lüdecke —si es que actuaba realmente como espía para una potencia extranjera— «por su indudable conocimiento de importantes cuestiones internas, especial-

mente de Baviera, [representa] a mi entender un enorme peligro. Esta fatal una detención sin neutralizarlo al menos durante cierto tiempo».²³ ¿Cómo se pudo producir un cambio tan repentino?

En el invierno de 1922-23, Hitler debió de llegar a la conclusión de que su influencia sobre Lüdecke era mucho menor de lo que había creído en principio y de que éste servía a demasiados señores y en consecuencia podía convertirse en un peligro para él. Quizá le habían informado además de la carrera de Lüdecke como chantajista sexual. Pero con su detención no se había acabado todo, ya que sólo una sentencia condenatoria podía hacerle «inofensivo» a largo plazo. Aunque la fiscalía de Munich se esforzó con frecuencia en el proceso por traición,²⁴ Lüdecke volvió pronto a estar en libertad y el proceso se archivó sin ruido ni consecuencias.

El detenido había advertido en las indagaciones preliminares que, dado el caso, estaba en condiciones de contraatacar y que, literalmente, «su paciencia se estaba agotando».²⁵ Dado que Hitler mantenía entonces muy buenas relaciones con un funcionario del departamento político de la Jefatura de Policía de Munich,²⁶ quizá tuvo noticia de esas amenazas y desactivó por eso toda la operación. Lüdecke pudo incluso volver a su círculo, pero antes se tomó unas largas vacaciones para dejar —como se le sugirió— que volviera a crecer la hierba sobre todo aquel asunto. En realidad, Hitler quería evitar que Lüdecke investigara las causas de su detención y dejarle creer que quienes le habían denunciado eran *enemigos* del NSDAP. Esa «tesis» fue también la razón de que se presentara a Lüdecke en el *Völkischer Beobachter* como un «convencido nacionalsocialista».²⁷ Mientras que para Hitler todo el asunto quedaba así liquidado, la prensa de Munich no dejó de extrañarse de lo rápidamente que se había resuelto, sin mayores consecuencias, la «traición de Lüdecke». Por ejemplo, el *Münchener Zeitung* escribía: «Será necesario que las autoridades pertinentes den algunas explicaciones más detalladas del sorprendente desenlace de este asunto, en concreto cómo es posible que sobre ese hombre pudiera caer una sospecha tan grave, que después se ha demostrado completamente infundada.»²⁸

En los meses siguientes, la táctica de Hitler consistió en impli-

car más profundamente a Lüdecke en sus proyectos. A finales del verano se encontró con él en Salzburgo en una conferencia de la coalición populista y le invitó a continuación a un corto viaje privado a Linz,²⁹ donde pasaron todo un día solos mientras que los demás acompañantes proseguían el viaje. Lo que siguió, según cuenta Lüdecke en sus memorias, fue un «encuentro íntimo», sin aclarar todo a sus lectores dado lo «delicado»³⁰ del asunto. Tan sólo a partir de algunas insinuaciones puede uno imaginarse el resto.³¹ Al parecer, Hitler pretendió preparar a Lüdecke en su encuentro en Linz para una nueva conversación con Mussolini. Pero en la retrospectiva de Lüdecke predominan matices muy alejados de la política, ya que allí descubrió un Hitler al que pocos conocían. La plática de su amigo era de una belleza centelleante, casi «poética». Cuando pasearon juntos por el monte Poestling —allí donde decenio y medio antes tuvo tantas vivencias románticas con su amigo de juventud Kubizek— Hitler «abrió» nuevamente su corazón. Almorzaron juntos en silencio, disfrutando del hermoso paisaje; Hitler con «encanto amoroso en los ojos» y lleno de visiones. En resumen, su desinteresada grandeza dejó a Lüdecke «sin habla por la excitación emocional». Al final se separaron con promesas recíprocas, que Lüdecke elevó más tarde al rango de «votos solemnes».

Sobre el sentido profundo de ese encuentro sólo podemos especular, pero entre líneas se adivina que Hitler puso en escena un melodrama con el que pretendía conmover a Lüdecke y obligarlo a discreción y lealtad. Y, efectivamente, en los años que siguieron la relación entre ambos cambió: era un tanto sentimental y no del todo sincera, pero no se volvieron a hacer daño mutuamente.

Lüdecke se dedicó en el otoño de 1923 a su tarea política, sobre todo la de procurar amparo italiano para los planes de golpe de estado de Hitler, obteniendo a pesar de las grandes palabras resultados más bien mediocres.³² Tras el fracaso del *putsch* de noviembre se sintió de nuevo ante la nada. Le vino entonces de primera haberse encontrado durante su estancia en Roma con parte del clan de los Wagner.³³ La relación extraordinariamente amistosa de éstos con Hitler no se había visto dañada por la detención del *Führer* del partido; antes al contrario, Siegfried y Winifred Wagner querían ahora, a comienzos de 1924, hacer propaganda en su favor

en el extranjero, con ocasión de una gira de conciertos en Estados Unidos.³⁴ Cuando Lüdecke se enteró de esos planes se sumó a ellos como acompañante conocedor de la lengua y el país y, en enero de 1924, embarcó en Bremerhaven junto a los Wagner, rumbo a Estados Unidos.

Hitler le había proporcionado para ese viaje un escrito de su puño y letra en el que le pedía «que defendiera en Norteamérica los intereses del movimiento alemán por la libertad y especialmente que obtuviera para éste ayudas financieras».³⁵ Pero el esperado éxito no se produjo. El matrimonio Wagner y Lüdecke fueron recibidos personalmente por Henry Ford, pero el fiasco político de Hitler había puesto en guardia al hombre de negocios y ya no quería amparar a alguien tan temerario. Además, la suma con la que había enviado a Lüdecke a Baviera en 1922 había resultado una inversión fallida. Lüdecke volvió en mayo de 1924 a Munich con las manos vacías y allí pudo constatar pronto que sin la protección personal de Hitler no era nadie. El resto no encarcelado de la camarilla dirigente del NSDAP lo dejó en la estacada y sólo encontró cierto amparo en Alfred Rosenberg y Ernst Röhm.

Cuando Lüdecke visitó en Landberg al *Führer* del partido, se dio cuenta inmediatamente de que éste había cambiado. «El recuerdo de nuestro encuentro íntimo en el monte Poestling [...] causaba a Hitler tanta turbación como a mí mismo, por lo que evité gustosamente el tema.»³⁶ Al despedirse, Hitler le entregó una fotografía suya dedicada y le pidió que en adelante trabajara con provecho para el partido.

Pero a partir de entonces se le vio cada vez más raramente en actos políticos, la mayoría de las veces cuando había de por medio algún «negocio»,³⁷ como en la Pascua de 1925, con ocasión de un congreso internacional antisemita celebrado en Salzburgo. A Heinrich Himmler, por aquel entonces administrador-gerente del Bloque Populista, Lüdecke le causó una «mala» impresión: por su comportamiento de «vividor», con el que había mostrado «que su moral era cualquier cosa menos intachable» y por «su asiduo y persistente afán de conocer todas las novedades y noticias», lo que le había hecho tan «sospechoso» como «las buenas informaciones de que dispone de todos los países». Himmler tenía a Lüdecke por un

«impostor político internacional» que quería impulsar al movimiento populista en una «dirección equivocada [...] mediante su influencia directa sobre el *Führer*» y que «hacía negocios con los enemigos de Alemania» sobre lo que iba conociendo en el movimiento. Por lo que él sabía, decía Himmler, Lüdecke seguía «todavía hoy en el entorno más próximo a Hitler». ³⁸

Apenas nadie de la dirección nacionalsocialista confiaba en Lüdecke. Hasta Hitler debió de adivinarle las intenciones; sin embargo, no prescindió de él, sino que más bien le dio coba, escribiendo por ejemplo en el *Völkischer Kurier* que Lüdecke «es un idealista» y que todavía le dolía que un año antes «hubiera sido detenido por mi culpa». ³⁹ Por esa época invitó a Lüdecke a visitarle privadamente en la calle Thiersch, otro signo de aprecio personal, ⁴⁰ y le ofreció un contrato de trabajo como representante del *Völkischer Beobachter* en Berlín, lo que significaba actuar como su contacto personal en la capital del Reich.

Cabe preguntarse por qué mantuvo Hitler junto a sí a un hombre de características tan dudosas. El propio Lüdecke ha dado la respuesta en sus memorias: «Yo era prácticamente el único que le podía dar informaciones de primera mano sobre asuntos que iban más allá de las cuestiones partidarias en sentido estricto.» ⁴¹ Lo que hay que entender por eso es que Lüdecke actuaba como espía personal de Hitler, siéndole tan extraordinariamente valioso no a pesar de, sino a causa precisamente de su cuestionable carácter y su oscuro pasado. «Muchas veces tenemos que emplear métodos poco corrientes y seguir vías dudosas si queremos seguir en la carrera», le dijo al parecer en cierta ocasión Hitler. ⁴² Tampoco lo podía tener como enemigo, por lo mucho que sabía. En cuanto a Lüdecke, sintió según decía la «ardiente curiosidad» de conocer cuanto pudiera del verdadero rostro de Hitler. ⁴³ La posesión de ese tipo de secretos significaba en su ambiente una especie de seguro, y las relaciones que intentó establecer, ⁴⁴ por ejemplo con Röhm, muestran que sabía dónde le convenía buscar.

Pero antes de que pudiera hacer uso de sus conocimientos sus caminos se separaron por primera vez durante siete años, ya

que lo que el *Führer* del partido le podía ofrecer inmediatamente después de la refundación del NSDAP le pareció tan poco atractivo que decidió en el verano de 1925 buscar fortuna de nuevo en América.

Hanfstaengl y Hitler: el fracaso de un amor entre hombres

En el año 1923, la amistad entre Hitler y Hanfstaengl todavía estaba intacta, pero este último sospechaba la existencia de rivales, tanto en el terreno erótico como en el político, y por eso procuraba amarrar a Hitler con más fuerza. Al principio empleó los consabidos métodos de la coquetería y el servilismo, pero tras el fallido *putsch* de noviembre, cuando se confió provisionalmente a su mayor enemigo, Alfred Rosenberg, la representación del encarcelado *Führer*, optó por poner en práctica, cada vez más, determinadas intrigas. Quería hacer caer irremediabilmente a aquel «tipo repugnante», con sus «innumerables y repulsivas historias amorosas», ⁴⁵ y halló en Hermann Esser un aliado tan motivado como él mismo. ⁴⁶ También trató de poner de su parte a Kurt Lüdecke, pero éste rechazó los «frívolos» métodos de Hanfstaengl, se mantuvo fiel a Rosenberg y así se convirtió en enemigo del hombre que quería ser la mano derecha de Hitler. ⁴⁷ El complot de Hanfstaengl llegó tan lejos que Rosenberg creyó que sólo podría ponerse a salvo con una denuncia por injurias contra sus dos compañeros de partido, pero eso habría desencadenado un escándalo embarazoso y Hitler prefirió evitarlo. ⁴⁸

Hanfstaengl desplegó también en 1924 un notable interés por conocer con mayor detalle el pasado de Hitler. Sabía que éste «podría haber huido a Austria, de haber querido», como habían hecho el 9 de noviembre él mismo y otros dirigentes del partido. Puso entonces todo su empeño en averiguar por qué no lo había hecho, tanto más cuanto que no había logrado nunca «que Hitler le hablara de su vida antes de la guerra». Hanfstaengl utilizó pues su estancia provisional en Austria «para buscar a la familia de Hitler en Viena. Me interesaba averiguar todo lo posible de su pasado». Pero en sus memorias calla cuanto pudiera haber descubierto. ⁴⁹

Cuando tras la puesta en libertad anticipada de Hitler en el invierno de 1924-25 Hanfstaengl pretendió ejercer de nuevo su influencia sobre él, se dio cuenta —como Lüdecke— de que había cambiado mucho en Landsberg. Ciertamente es que siguió aceptando las invitaciones de Putzi [Hanfstaengl] a su casa y que en esas ocasiones se mostraba tan relajado y entusiasmado por la música como antes, pero Hanfstaengl apreciaba «un creciente desencanto en mi relación con Hitler». ⁵⁰ ¿A qué era debido?

En el plano político, Hanfstaengl estaba decepcionado de que Hitler hubiera frustrado su intriga contra el odiado Rosenberg. Más aún, Hitler aseguró su estima al controvertido ideólogo nacional-socialista: «No sólo veo en usted a uno de los más valiosos colaboradores de nuestro movimiento, [...] sino que también estoy convencido de la sinceridad personal de sus opiniones», le escribió en abril de 1925. ⁵¹ Al principio se había tenido la impresión de que Hitler iba a apartar a Rosenberg del círculo más interno del partido, ya que el exégeta de su programa no apareció en la sesión de refundación del NSDAP el 27 de febrero, y Hanfstaengl se mostró diez años más tarde orgulloso «de que el *Führer* hubiera pasado conmigo, en mi casita de la calle Pienzenauer, la velada de aquel día de la refundación». ⁵² Pero, a continuación, Hitler reincorporó a Rosenberg a su equipo de dirección y le confió de nuevo en abril, como indicaba el *Völkischer Beobachter*, la jefatura de redacción de este periódico. Hanfstaengl tuvo que aplazar así su sueño de alcanzar una influencia decisiva en el partido de Hitler como jefe cultural o de política extranjera.

Pero tampoco en la esfera privada se desarrollaban los acontecimientos a satisfacción de Hanfstaengl. Ya en sus visitas a Landsberg había observado en Rudolf Hess «cierta renuencia a apartarse de Hitler cuando yo hablaba con él». Hanfstaengl se sentía «extraordinariamente preocupado» por el acercamiento entre ambos hombres, ya que, como pudo observar, «el vínculo entre ellos [era] muy fuerte. Allí fue donde les oí por primera vez tratarse de tú». Hanfstaengl reaccionó con el intento, «algo torpe» como él mismo reconocía, de convencer al círculo monárquico en torno al consejero de policía Rupprecht para que pusieran pronto en libertad a su «amenazado» amigo. Pero esa acción guiada por los celos obtu-

vo tan poco éxito como sus ulteriores esfuerzos por recuperar a Hitler para sí. Ya en su primer encuentro tras el regreso de Hitler de Landsberg en la Navidad de 1924, dejó éste traslucir tan claramente «la intensidad del sentimiento amistoso que había desarrollado hacia Hess» que Hanfstaengl se creyó rechazado. ⁵³

Hanfstaengl debió de sentirse como un amante cornudo. Quizá fue él quien difundió por eso el rumor de que Hitler se había prometido con su hermana Erna, o quizá intentó efectivamente hacer de alcahuete para su amigo, para asegurarse así su influencia sobre él. Fue curioso en todo caso el desmentido de Hitler, después de que algunas revistas se hubieran hecho eco del supuesto compromiso: «Estoy tan casado con la política que no puedo pensar por ahora en "prometerme"». ⁵⁴ Y más curioso aún fue que su «secretario privado (R. Hess)» tuviera que confirmar de nuevo expresamente ese desmentido medio año después a causa de «preguntas sobre una cuestión provenientes de nuestras propias filas». ⁵⁵

Hanfstaengl estaba «muy decepcionado» por todo esto. Tanto, que se vengó; retiró todo el dinero que había puesto durante años a disposición del partido e hizo saber al mismo tiempo a Hitler que «no estaba interesado» en mantener una estrecha relación con él mientras Rosenberg y Hess [...] impongan su influencia». Con eso acabó su amistad en 1925: «Las relaciones entre nosotros se vieron durante algún tiempo más o menos rotas.» Hanfstaengl se había vengado, y también resignado: «Ya no gozo de su confianza.» ⁵⁶ Es probable que Hitler se distanciara de Hanfstaengl porque éste, con sus intrigas y fisgoneos, se le había hecho incómodo y también porque para sus nuevas ideas políticas necesitaba ahora colaboradores menos excéntricos. Hanfstaengl se apartó ofendido, pero pronto tuvo que llegar a la conclusión «de que, pese a todas las decepciones, no había conseguido en absoluto borrar la impresión que Hitler había dejado en mí». Eso no cambiaba sin embargo nada en su distanciamiento, y sus reanudados encuentros «a penas expresaban una simpatía mutua». ⁵⁷

El *Führer* le había planteado, ciertamente, muchos enigmas, pero el mayor de todos ellos parece ser la cuestión de su identidad

sexual, que Hanfstaengl no supo resolver durante décadas, y casi arriesgó su vida en la búsqueda de una respuesta. Hanfstaengl se extendió por primera vez sobre esa cuestión en un dossier para el servicio secreto americano elaborado en el verano de 1942.⁵⁸ No sabemos si confesó a los enemigos de Hitler todo cuanto sabía, pero sin duda hay que tomarse en serio ese dossier,⁵⁹ ya que se basa, como se ha demostrado, en las observaciones, investigaciones e interrogatorios del propio Hanfstaengl. En los primeros años de posguerra, éste concedía un valor especial a la constatación de que a él le había llevado años «sondear la profundidad de sus [de Hitler] problemas más personales». ¿Y cuál era su «problema más personal»? Que a su realización «le faltaba un factor muy importante»: carecía, según Hanfstaengl, de «una vida sexual normal».⁶⁰

Lo que quería decir con eso se lo explicó en 1951 al historiador Fritz von Siedler de la forma más terminante y precisa: «La potencia (sexual) de Hitler era en parte limitada y en parte pervertida en un sentido anormal. Los fundamentos para lo que llamo anormal debieron desarrollarse a partir de sus vivencias en el asilo para hombres de Viena. No me cabe la menor duda de que [...] mantenía relaciones con Hess». Ahí se mencionan los dos polos entre los que oscilaba el «diagnóstico» de Hanfstaengl: la «impotencia parcial» de Hitler, como él la llama, y su «tendencia 175».⁶¹ Vivía en una «tierra de nadie sexual» en la que no había quien «le pudiera aportar una solución»,⁶² ni hombre ni mujer. En otro lugar Hanfstaengl llama a la atrofiada vida amorosa de Hitler «una especie de vanidad bisexual de tipo narcisista».⁶³ Esa marca en el sentimiento tuvo efectos fatales debido al «exceso de energía masculina» que «no hallaba ninguna salida normal». «Anormal» significaba para Hanfstaengl que Hitler «no era ni del todo heterosexual ni del todo homosexual».⁶⁴ Obsérvese la expresión «del todo». ¿De dónde podía haber sacado eso Hanfstaengl, sino de sus propias experiencias personales con Hitler?

Hanfstaengl sabía con tanta exactitud de qué hablaba porque su propio sentimiento no era del todo distinto al de Hitler, como muestran por ejemplo sus amistades con el príncipe Auwi de Prusia,⁶⁵ de inclinaciones homosexuales, o con el ya mencionado escritor Hanns Heinz Ewers. Dado que Hanfstaengl no quería reco-

nocer abiertamente su propia homosexualidad, también él tenía un «problema sexual». Cabe que proyectara, esperara o deseara la ayuda de Hitler para resolverlo. Y quizá se había imaginado, recíprocamente, que él podía jugar un papel parecido para Hitler. Pero ~~este~~ **no** entendía, como Hanfstaengl deja suponer de nuevo, que algo ~~de esa~~ «flotante, extraña constitución sexual [...] se había activado durante su encarcelamiento en Landberg [...] en presencia de Hess».⁶⁶ Sea como sea, es esa profunda inmersión en lo personal lo que hace tan interesantes y valiosas las afirmaciones de Hanfstaengl sobre la sexualidad de Hitler. Creo que son verídicas ~~por eso~~ precisamente, porque Hanfstaengl no reprochaba a Hitler su homosexualidad, sino el hecho de que no la viviera abiertamente; en cierto lugar habla decepcionado de la «muy inconsistente inversión sexual» de Hitler.

Hanfstaengl no estaba del todo equivocado en su «diagnóstico», pero éste precisaba cierta objetivación. Hitler era homosexual, cierto; pero también se interesaba por las mujeres, era receptivo a sus encantos, aunque físicamente no las deseara. A este respecto ~~se puede~~ **se** puede decir que sus pasiones estaban tan entrelazadas con su narcisismo que su sexualidad presentaba un fuerte matiz autoerótico. ~~Esta~~ **era** la «tierra de nadie sexual» de la que hablaba Hanfstaengl. ¿Cómo habría podido pues alcanzar cierta estabilidad emocional? ~~Era~~ **era** algo absolutamente imposible.

Uno de más: Lüdecke y Hanfstaengl compiten por el favor de Hitler

Lüdecke hizo en América lo que siempre había hecho: procurarse ventajas y placeres. En 1927 se casó con una americana,⁶⁷ aunque poco antes había conocido y valorado en Nueva York a la preciosa mujercita del hombre de negocios Günther Quandt (la que luego sería Magda Goebbels). Cuando en el verano de 1930, durante una corta visita a Alemania, volvió a encontrarse con ella, al parecer se entretuvieron agradablemente.⁶⁸ A partir de entonces, en cualquier caso, se llevaron muy bien.⁶⁹

Lüdecke intentó de nuevo establecer contacto con la direc-

ción del NSDAP, que sin embargo sólo había recibido noticias poco edificantes de su estancia en América.⁷⁰ Cuando en el otoño de 1931 pidió el reingreso en el partido se le rechazó sin miramientos: «Con el debido respeto hacia su muy controvertida persona, la dirección nacional no ve ninguna ventaja en su incorporación al partido.»⁷¹ A principios del verano de 1932 regresó de nuevo a Alemania y pudo contemplar muy de cerca el asalto al poder de Hitler y su NSDAP. Tras sondear la situación, se encontró a mediados de agosto con su amiga, ya casada, Magda Goebbels, en cuyo domicilio en Berlín mantuvieron ambos una larga y amable conversación.⁷² Lüdecke escuchó complacido que Hitler había hablado de él de forma amistosa y reconocida y que seguramente se le daría una segunda oportunidad.

Esa noticia animó a Lüdecke en su plan de fundar algo así como una «oficina de asuntos exteriores» del NSDAP, con Rosenberg en el vértice y él mismo como su mano derecha. A primeros de septiembre de 1932 tuvo la oportunidad de hablar sobre eso con el propio Hitler, que no pareció oponerse aun exigiendo que se llegara a un arreglo con Hanfstaengl. Sin embargo, como el intento de concertación fracasó lamentablemente, Lüdecke apostó sin reparos por Rosenberg. El 12 de septiembre tuvo otra conversación con Hitler en el hotel Kaiserhof. Trataron especialmente de política exterior y de una posible ubicación de Lüdecke en ese terreno, quizá en América. Pero también hablaron de asuntos privados. Lüdecke informó con franqueza al *Führer*, por ejemplo, de que Magda Goebbels habría preferido casarse con él y no con su actual marido. Hitler desechó el tema, así como el problema planteado por Lüdecke de la homosexualidad en la dirección de las SA: «Pero bueno, ¿qué me importa a mí la vida privada de mis seguidores? [...] Me gusta la música de Richard Wagner; ¿debo acaso cerrarle mis oídos porque fuera un pederasta? Todo eso es absurdo.»⁷³ A finales de septiembre tuvo ocasión de visitarle otra vez, ahora en su domicilio. El *Führer* del partido mostró a su invitado su antigua sentimentalidad, conmovido hasta lo más hondo e incluso con lágrimas en los ojos. Lüdecke podía darse por satisfecho. Cuando pocos días más tarde partía de nuevo hacia América, había conseguido efectivamente algo: no sólo lo habían admitido en el

partido,⁷⁴ sino que Rosenberg le había otorgado plenos poderes para la «representación exterior» del NSDAP en Estados Unidos.⁷⁵ Pero sobre todo se había reconciliado con Hitler.⁷⁶

El principal rival y competidor de Lüdecke por el favor de Hitler era Ernst Hanfstaengl, quien en los años de 1926 a 1928 se había dedicado principalmente a sus estudios de historia y no se había reincorporado hasta 1929 a la dirección del NSDAP. En la celebración del congreso del partido en Nuremberg estableció lazos de amistad con el príncipe August Wilhelm de Prusia, que acababa de hacer público su entusiasmo por el nacionalsocialismo. «En seguida nos llevamos muy bien», escribía Putzi sobre sus sentimientos hacia *Auwi*, a quien desde entonces solía recibir en su casa, a veces también en compañía de Göring. «En cualquier caso fue sobre todo el príncipe Auwi quien despertó de nuevo mis esperanzas en el futuro del partido.»⁷⁷ Hasta qué punto había prosperado ese nuevo acercamiento en el otoño de 1929 se muestra en una anotación de Joseph Goebbels en su diario tras una velada ante la chimenea en la villa de Hanfstaengl: «Hanfstaengl es inteligente e ingenioso. [...] Mientras que nosotros discutíamos sobre política exterior, Göring yacía sobre el sofá y roncaba.» Pero Goebbels no oculta lo «mordaz» que se había mostrado Hanfstaengl «contra Hitler», porque éste «atiende más a Rosenberg, a quien Hanfstaengl odia».⁷⁸

No sabemos con exactitud por qué éste se volvió a abrir paso en noviembre de 1931 hasta el círculo más cercano a Hitler. Probablemente porque no quería quedarse al margen, ahora que el *Führer* pujaba cada vez más prometedoramente por la conquista del poder político.⁷⁹ Pero también iba en interés de Hitler incluir en sus planes a su antiguo amigo; en esa fase de su carrera pretendía, más que nunca, asegurarse la lealtad de sus viejos compañeros. Tras el desagradable enfriamiento en sus relaciones y la imprevisibilidad de aquel exaltado puede que Hanfstaengl supusiera un riesgo para su seguridad y por eso lo reclutó. La cosa debió de exigir promesas. Más tarde se habló de un puesto en el consejo municipal de Munich, un escaño en el Reichstag e incluso una embaja-

da⁸⁰. Por lo pronto, en noviembre de 1931 Hitler nombró a su antiguo amigo jefe de prensa del partido para el extranjero⁸¹ y seguía invitándole, según Hanfstaengl, «a tocar el piano, aunque no con tanta frecuencia como antes o como se pudo creer en general». ⁸² Así y todo, de nuevo estaba entre los elegidos y se veía al comienzo de una gran carrera.

Durante las campañas electorales de 1932 Hanfstaengl se convirtió en un importante miembro del entorno del *Führer*. Hitler le necesitaba para encontrar el tono justo frente a los periodistas extranjeros cuya curiosidad había despertado. Algo que Hanfstaengl, con su arrebatado encanto, sabía hacer muy bien. También lo necesitaba como quitapenas, alguien que le podía distraer y «restaurar» cuando sufría un bajón de moral.⁸³ Por eso se les veía muy a menudo juntos, no sólo en público, sino también en el partido. Aunque Hitler no se volvió a confiar a él de nuevo, parecía como si ambos fuesen grandes amigos. Hanfstaengl se sentía satisfecho de que la gente pensara «que tengo mano con Hitler»,⁸⁴ ya que para su carrera era esencial que le consideraran tan influyente: financieramente, mediante la gestión de entrevistas con Hitler y la venta de informaciones exclusivas; políticamente, mediante el postín que le facilitaba valiosos vínculos, como por ejemplo el jefe de la policía de seguridad prusiana Rudolf Diels. En cierto pasaje de sus memorias Hanfstaengl se delata llamando Rudi a aquel tipo insondable, que al parecer fue uno de los «contactos más útiles» que nunca había tenido.⁸⁵

Su estatus dependía de la inestimable pertenencia al estado mayor de Hitler y por eso hacía cuanto podía por no perder el favor del *Führer*, especialmente tras la «toma del poder», que proporcionó a Hanfstaengl una importante posición. Sobre eso se escribió y se ironizó mucho, y todos los testimonios de la época nos muestran a un celoso funcionario ansioso de reconocimiento, esforzándose por descargar de trabajo a Hitler.⁸⁶ Pero era la única obligación que Hanfstaengl se imponía, dispuesto como estaba a apuñalar por la espalda a sus colegas, como bien pronto iban a apreciar Rosenberg y Lüdecke.

Hanfstaengl se procuró entonces a través de Rudi Diels material incriminatorio contra sus dos peores enemigos, en particular ~~estas~~ ~~policiales~~ ~~de las~~ ~~que se deducía~~ ~~que el implacable antisemita Rosenberg~~ ~~había~~ ~~mantenido~~ ~~relaciones~~ ~~con la hija de un redactor judío y~~ ~~que Lüdecke~~ ~~actuaba~~ ~~ya desde 1911~~ ~~como chantajista y~~ ~~matador~~ ~~de~~ ~~Hanfstaengl~~ ~~buscó~~ ~~esas pruebas~~ ~~al parecer~~ ~~porque Rosenberg~~ ~~había~~ ~~sido~~ ~~nombrado~~ ~~por Hitler~~ ~~en marzo de 1933~~ ~~director~~ ~~de la Oficina de Asuntos Exteriores del NSDAP~~ ~~bajo su supervisión~~ ~~directa~~. Ciertamente es que aquel puesto carecía del menor peso político, pero Rosenberg podía ahora concebir esperanzas acerca de una significativa posición de poder.⁸⁷ La situación era peligrosa para Hanfstaengl, pero sobre todo porque el nombramiento se debía a una nueva iniciativa de Lüdecke.

Ante la noticia de la toma del poder por Hitler, éste había regresado rápidamente a Berlín. Poco después fue recibido en la cancillería, donde mantuvieron una larga conversación.⁸⁸ Lüdecke trató de retomar la cuestión con la que medio año antes había intentado en Munich: sacar al *Führer* de su reserva. «Aunque ha aprendido a ejercer un maravilloso autocontrol —recordaba más tarde— es por naturaleza demasiado impulsivo para controlar del todo sus ojos y su boca [...], y quien le conoce desde hace tiempo puede deducir muchas cosas de sus cambios de expresión.» A esas reacciones deladoras había apuntado el enviado de Hitler a América cuando en su informe sobre las críticas que allí se hacían a los nacionalsocialistas dejó caer con toda intención: «Y todo el mundo habla ahora de uno de los temas preferidos de la actual campaña de difamación, el que lo señala a usted como homosexual... "Paed". Hitler me interrumpió y parecía enfadado. "¡Increíble!" Era evidente que no quería seguir oyendo hablar de aquel asunto.» Pero Lüdecke había dado en el blanco, concretamente haciendo saber a Hitler lo que traía en su zurrón. Ahora podía recoger el premio e insinuó a Hitler que lo acreditara como agregado de prensa en la embajada alemana en Washington. Eso le aseguraría inmunidad diplomática y desde allí podría igualmente rendir servicios muy útiles como informante. Para ello precisaba naturalmente un trampolín en el partido, a ser posible en forma de «oficina de política exterior», y un montón de dinero.

Hitler no se opuso a la propuesta y Lüdecke intentó también, mediante visitas al jefe de prensa Walter Funk, Rosenberg y Hess, afianzar el proyecto. Pero quienes querían darle vida pretendían también quedarse con las competencias anejas y eso significaba quitárselas a otros cargos y personas.⁸⁹ No sólo Hanfstaengl, sino también el ministro de Asuntos Exteriores von Neurath y Hermann Göring, igualmente interesado en la política exterior, tuvieron que sentirse desplazados. La situación se había hecho en verdad amenazadora cuando en abril de 1933 Lüdecke consiguió recaudar varios cientos de miles de marcos de distintos próceres económicos en un gran acto organizado en el hotel Kaiserhof, que supuestamente debían utilizarse para la propaganda en el extranjero. Con ese dinero podía construir un aparato de poder capaz de funcionar antes o después a partir del «tigre de papel» oficial del partido.

En consecuencia, Hanfstaengl preparó un contragolpe. Según sus propias notas, tenía en sus manos material sobre un chantaje cometido en Estados Unidos por Lüdecke, quien al parecer había amenazado a un médico de nueva York con denunciar un aborto provocado y le había sacado de esa forma unos cientos de dólares. «Elevé el material al respecto [...] a instancias superiores, como era mi deber.»⁹⁰ No sabemos con precisión si fue sólo eso lo que indujo a Göring a ordenar la detención de Lüdecke; sea como fuere, tanto él como la amante judía de Rosenberg estaban el 9 de mayo de 1933 en prisión. Al mismo tiempo, Hanfstaengl intentó lanzar una campaña de descrédito y publicó un artículo en el *New Yorker Staatszeitung* el 12 de ese mismo mes bajo el título «Lüdecke detenido, acusado de estafa y extorsión».⁹¹ Con eso parecía definitivamente liquidado su rival. Pero Hanfstaengl había actuado sin consultar a Hitler, quien ordenó a Göring liberar inmediatamente al detenido y disculparse por el abuso. Lüdecke ha contado en sus memorias con delectación cómo el poderoso jefe del gobierno prusiano asumió esa desagradable tarea, más que sorprendido por la gran influencia que Lüdecke ejercía sobre Hitler, cuyos evidentes escrúpulos ofrecieron a aquél no sólo la libertad, sino también la posibilidad de ufanarse de la indulgencia con que lo trataba el *Führer*.

Lüdecke no estaba en absoluto dispuesto a huir inmediatamente a Estados Unidos, como le habían insinuado desde distintos sitios. Aunque Hitler había dispuesto entretanto su adscripción a la embajada alemana en Washington, Lüdecke quería además que lo apoyara expresamente ante el partido. Pero en su siguiente encuentro el canciller le hizo desistir de su empeño. El irritado intercambio de cartas entre ambos mostraba que Hitler no deseaba de ningún modo una investigación a fondo y la posterior ejemplarización del caso «Lüdecke».

Pero ~~esto~~ no cedió del todo e intentó cobrarse venganza por otros medios. Se le ofreció una oportunidad en relación con el mencionado artículo aparecido en el *New Yorker Staatszeitung*, de cuyo origen pronto se enteró. Decidido a cobrarse la piel de Hanfstaengl con una denuncia por difamación, se puso en contacto con el conocido abogado doctor Alfons Sack, al que dijo abiertamente que con ese proceso pretendía arrojar luz sobre «una zona caliente del nazismo». El abogado no se echó atrás, aunque tanto él como su cliente estaban convencidos de antemano de que Hitler no iba a permitir un proceso escandaloso. Pero según los cálculos de Lüdecke su iniciativa obligaría a Hitler al menos a defenderle políticamente con mayor decisión. Si no, quedaría como un miserable hipócrita. Frente a esa eventualidad, Lüdecke pretendía asegurarse con una especie de alianza secreta que intentó establecer con Röhm. Entretanto, la fecha de la vista quedó fijada para mediados de julio. Entre bastidores, Max Amann indujo a Rosenberg a convencer a Lüdecke de que dejara la política y en su lugar se hiciera cargo de un lucrativo puesto en la editorial Eher. Rosenberg tampoco se sentía satisfecho de la escalada de Lüdecke y le desaconsejó encarecidamente el arreglo de cuentas ante el tribunal. Pero Lüdecke no estaba dispuesto a escuchar a nadie y eso le llevó de nuevo a prisión el 5 de julio de 1933, sólo que esta vez por orden de Hitler.

Del propio relato de Lüdecke, que hemos seguido hasta ahora, se desprende que sus iniciativas políticas iban en su propio beneficio y en distintas direcciones, lo que no le debió de pasar inadvertido a Hitler, para el que Lüdecke se había convertido en un peligroso intrigante. Peligroso porque sabía demasiado y en su ansia por escalar se había vuelto imprevisible. Por eso le pareció inevi-

table apartarlo de la circulación, confiscar sus papeles personales y examinarlos, como efectivamente sucedió.

La reacción de Lüdecke no se hizo esperar. En cartas de protesta —cuyo contenido no se conoce— a Hitler, Göring y Himmler, insinuó que no estaba tan desasistido como quizá suponían⁹² y amenazó con hacer públicos ciertos documentos depositados en el extranjero referidos a la dirección nazi. Pero Hitler mostró nervios de acero e hizo que Lüdecke se fuera cociendo a fuego lento durante algunas semanas bajo condiciones de detención más duras en Plötzensee. A principios de septiembre de 1933, cuando lo deportaron al campo de concentración de Brandemburgo, apareció ante él un enviado de Rosenberg que le explicó que en su caso «Hitler personalmente» se había reservado la decisión.⁹³ A Lüdecke no le quedaba más solución que la retirada: pidió a Hitler perdón por sus faltas contra «el compás y el ritmo del movimiento»⁹⁴ y le aseguró su lealtad incondicional. Parecido tenor tenía el escrito que dirigió al juez del partido, Buch. Pero Hitler no hizo aún ningún ademán de ayudar a su colaborador de otros tiempos. A Röhm le dijo al parecer en diciembre de 1933 que se trataba de un «tipo peligroso».⁹⁵ Entraba pues en sus cálculos que a su prisionero, tras ocho meses de detención, se le fuera creando la sensación de que «poco a poco la angustiosa incertidumbre y la desmoralización me iban venciendo».⁹⁶

Pero Lüdecke buscó otras escapatorias para su dilema. Supo corromper a los guardianes del campo de concentración de Oranienburg mientras estaba allí encerrado y ganarse al comandante del campo.⁹⁷ Así pudo salir durante algunas horas por la noche y en enero de 1934 consiguió reunirse con Röhm y urdir con él un complot. Al mismo tiempo intentó a través de su amigo Rosenberg prepararse una vía de acceso hacia Hitler. El 19 de febrero pudo de hecho obtener un permiso y viajar acompañado de un guardián a Berlín, donde mantuvo una larga conversación con Rosenberg.⁹⁸ Pero no alcanzó el auténtico objetivo de su visita, en concreto el de llegar directamente a Hitler con su petición. Éste ya había descartado rotundamente ante Rosenberg cualquier intervención en aquel asunto. Lüdecke supo entonces lo que tenía que hacer. Durante su segundo permiso, el 1 de marzo, huyó a Che-

coslovaquia y desde allí a Suiza. Desde Ginebra envió el 10 de abril un texto «personal y urgente» a Hitler, con copias para Rosenberg, Amann, Heinrich Hoffmann, Brückner (el ayudante de Hitler) y hasta para Magda Goebbels.⁹⁹

En esa larga carta de seis páginas y media, Lüdecke decía querer dirigirse a Hitler «abierto y francamente, de hombre a hombre [...] como más de una vez hemos hablado sobre asuntos confidenciales». Le parecía —y el siguiente párrafo de su carta está subrayado— «que precisamente conmigo debe usted obrar con especial precaución antes de permitir que [se me pueda infligir] una cruel injusticia». Si no era rehabilitado por Hitler personalmente y con la mayor rapidez, estaba decidido a «obligarle». Para una «completa rehabilitación y satisfacción» le daba un plazo de catorce días, a partir del cual debía «sacar todas las consecuencias», y reconocía «francamente que —sopesando todas las eventualidades— en lo que a mí respecta me he preparado y asegurado a fondo».

Sólo a la luz de esta carta, que se podría considerar una lección en el arte de la extorsión, es posible situar el «caso Lüdecke» en su contexto. Afectaba personalmente al dictador, quien sólo puso al corriente a unos pocos iniciados de confianza. Hitler sabía que era principalmente Hanfstaengl quien le había jugado aquella mala pasada; él habría preferido enviar a Lüdecke a Norteamérica, quitándole así de enmedio. Por otra parte, suponía que el jefe de los SA también estaba implicado de algún modo en aquel embrollo, lo que lo hacía especialmente peligroso, puesto que Röhm andaba al acecho y la lucha por el poder todavía no estaba en absoluto resuelta. Por otro lado, Lüdecke había dispuesto con lo que sabía sobre Hitler una amenaza tal que le hacía creer que tenía al dictador en sus manos; había vuelto al oficio que mejor dominaba desde que empezó a afeitarse. Hitler tenía que tomárselo muy en serio, como se vio a comienzos de mayo de 1934, cuando el *Evening Star* publicó un artículo de Lüdecke sobre su espectacular huida de Alemania, con la vaga insinuación de que influyentes jefes del partido le habrían ayudado confiando en obtener beneficios de su actividad en el extranjero.¹⁰⁰ Hay que tener en cuenta otra fuente posterior, los interrogatorios de la Gestapo a algunos supuestos

colaboradores en la fuga, pertenecientes a los círculos dirigentes del NSDAP, con los que preparó «un interesante fascículo especial de declaraciones juradas».¹⁰¹ En octubre de 1934 el caso fue «sometido a una revisión a fondo»¹⁰² de la que se ocupó personalmente Himmler.¹⁰³ Con todo ello Hitler pretendía conocer de qué armas disponía efectivamente Lüdecke. No se han hallado los documentos correspondientes.

En los meses siguientes Lüdecke se mantuvo totalmente callado, de lo que se deduce que Hitler logró de algún modo apaciguar al chantajista. Probablemente se le pagó su silencio, como indica también Hans Mend en su documento de 1939, donde dice que un cierto «Liedtke» había huido a Norteamérica poco antes del «putsch de Röhm» llevándose los diarios del jefe de las SA y que desde allí había pretendido extorsionar a la dirección del partido». Y Mend añadía: «Rudolf Hess llamó entonces a Hanfstaengl cuando Liedtke exigió más dinero, en concreto 50 000 dólares en metálico y otros 50 000 en «medicamentos» para venderlos en América con beneficio.»¹⁰⁴ La grafía equivocada no nos debe engañar, ya que el propio *Münchener Post* había utilizado ese erróneo «Liedtke» en sus artículos sobre Lüdecke.¹⁰⁵ Todo lo demás, no obstante, concuerda con lo que sabemos: los diarios de Röhm con la fama de Lüdecke como chantajista y el estraperlo medicinal con su sentido de los negocios. Hasta la conversación telefónica entre Rudolf Hess y Ernst Hanfstaengl tiene explicación, pero para ello tendremos que ocuparnos nuevamente de la carrera de Hanfstaengl.

Extorsiones mutuas

En la primavera de 1933 Hanfstaengl había cifrado toda su ambición en apartar a Rosenberg y Lüdecke para lograr mayor influencia en la política exterior, pero eso no consolidó en modo alguno su posición en el interior de la dirección nazi. En cierta ocasión, Goebbels lo llamó «cabeza de chorlito» después de que insultara «terriblemente» a Rosenberg.¹⁰⁶ El propio Goebbels nos ha transmitido una clara advertencia de Hitler en aquella época: «Hanfstaengl, lleva usted demasiado lejos su crítica a Rosenberg. Si no

vea en esa actitud, tendré que prescindir de usted.»¹⁰⁷ Pese a esa amonestación Hanfstaengl intentó de nuevo en febrero de 1934 promocionarse mediante una iniciativa diplomática privada: en Roma ofreció a Mussolini no sólo el *copyright* italiano para una película de propaganda nazi, sino un próximo encuentro con el dictador alemán. La reacción de Hitler a esa arbitraria propuesta de su jefe de prensa para el extranjero debió de ser parecida a la que ya tuvo en el otoño de 1933 cuando calificó de «idiotéz»¹⁰⁸ un programa de paz austro-alemán preparado por Hanfstaengl. Hasta en los círculos diplomáticos de Berlín corrió la noticia de que Hanfstaengl ya «no gozaba de la confianza» del dictador.¹⁰⁹

En modo alguno se le podía reprochar una intención «torcida», ya que en su actividad oficial Hanfstaengl se presentaba siempre como un nacionalsocialista fiel a la línea: comenzando por el busto de Hitler sobre su escritorio,¹¹⁰ pasando por sus profesiones de fe en una «cura de sangre» para los alemanes,¹¹¹ hasta sus groseras declaraciones antisemitas en el terreno diplomático¹¹² y la propaganda en favor de la «enorme obra por la paz»¹¹³ de Hitler. No era un compromiso escaso con el régimen nazi lo que provocaba sus desavenencias con la dirección del NSDAP, sino única y exclusivamente su arribismo.

La huida de Kurt Lüdecke era lo peor que le podía suceder a Hanfstaengl. No sólo porque había contribuido decisivamente a ella al provocar tan desmesuradamente a su rival, sino también porque Lüdecke advertía a Hitler contra él en su carta, diciéndole que «no sólo intrigaba y arremetía contra Rosenberg [...] y contra mí de forma incalificable y condenable, sino que también ha adoptado ocasionalmente contra usted una actitud que da mucho que pensar».¹¹⁴ Hanfstaengl advirtió que Hitler veía en esa indicación algo más que una simple venganza. Además, existía el peligro de que Lüdecke le denunciara públicamente quedando con ello moralmente aniquilado. En esa situación, en marzo de 1934 le llegó una invitación al jubileo de su promoción en Harvard que dio un nuevo giro al caso.

Hanfstaengl la acogió con alegría, para explicar poco después

de mala gana que debido a sus ocupaciones oficiales urgentes no le era posible por el momento un viaje a América.¹¹⁵ Obviamente, Hitler se lo había vetado. Desde la carta de Lüdecke, a la que siguió otra a comienzos de mayo,¹¹⁶ a Hanfstaengl se le había puesto freno. De repente pudo sin embargo viajar precipitadamente a Estados Unidos a mediados de junio, sin avisar a la prensa y no como era habitual desde Bremerhaven, sino desde Cherburgo, adonde tuvo que llevarlo un aeroplano. Precisamente en ese momento salía del mismo puerto un barco canadiense en el que Kurt Lüdecke se dirigía a Estados Unidos.¹¹⁷ A comienzos de julio de 1934 ambos íntimos enemigos se hallaban en Nueva York, donde el asistente de Hanfstaengl, Voigt, sondeaba el terreno desde hacía unos días,¹¹⁸ por lo que no cabe pensar que se tratara de un viaje privado, pero con algunas maniobras de distracción consiguió ocultar el objetivo real de toda la empresa, concretamente —es mi tesis—, impedir por encargo de Hitler que Lüdecke siguiera haciendo tonterías.

No existen testimonios ni documentos sobre ese encargo ni sobre cómo lo llevó a cabo Hanfstaengl, pero hay varios indicios que hablan en favor de que se trataba de una misión secreta. En primer lugar, el hecho de que Lüdecke no hiciera ningún movimiento durante meses tras el viaje de Hanfstaengl. Esa actitud sólo se explica por el pago de su silencio y, lo que también era valioso psicológicamente, la visita a Canosa de su peor enemigo, que es lo que al parecer le exigió Hitler cuando se puso en camino. Entretanto demostraba con el asesinato de Röhm, del modo más brutal, cómo pensaba tratar a los «traidores» de su propio campo. Al tener conocimiento de esos hechos, Hanfstaengl habría preferido permanecer en América: «Se me ablandaron las rodillas, [...] las imágenes me bailaban delante de los ojos.» Estaba «totalmente desconcertado y escandalizado».¹¹⁹ Pero el ministro de Asuntos Exteriores le ordenó personalmente que regresara a Alemania, y el 14 de julio desembarcaba en Bremerhaven, siendo inmediatamente citado para rendir informes en Heiligendamm,¹²⁰ donde Hitler y Goebbels disfrutaban de unos días de vacaciones.

Goebbels sólo menciona de pasada en su diario la visita de Hanfstaengl el 15 de julio.¹²¹ Posiblemente no estaba al tanto, ya

que Hitler lo recibió a solas. Hanfstaengl, por el contrario, se extiende en sus memorias sobre ese encuentro, ya que para él, retrospectivamente, marcó el comienzo de su separación definitiva de Hitler. De su misión en América, como es natural, ni una palabra; lo único que hace creíble su relato es precisamente la fría reserva, y hasta la mordaz ironía, con que al parecer reaccionó Hitler frente a su informe. Ignoramos si en efecto le informó sobre todo lo que había hecho en América con respecto al caso Lüdecke. Pero hay algo evidente: tuvo que tratarse de una cuestión harto significativa desde el punto de vista político cuando Hitler le llamó inapropiadamente a la residencia de vacaciones a la que se acababa de trasladar. El *Führer* tenía con seguridad cosas mejores que hacer en esos agitados días que informarse acerca de cómo había transcurrido el jubileo en Harvard.

Tras el encuentro en Heiligendamm, concluye Hanfstaengl en su último informe, «ya no me quedaba nada que esperar».¹²² Pero todavía tuvo que cumplir un encargo del canciller para el ministro de Asuntos Exteriores, de otro modo no se entiende por qué el ministerio ordenó al día siguiente a la embajada en Washington responder de inmediato a las eventuales intrigas políticas de Lüdecke, haciendo referencia a su carrera criminal.¹²³ El siguiente paso de Hanfstaengl consistió en valerse para sus propósitos del magnate de la prensa William Randolph Hearst, que en aquel momento visitaba Alemania.¹²⁴ En agosto de 1934, el *Völkischer Beobachter* publicó con grandes titulares que el jefe de prensa para el extranjero había mantenido «una serie de conversaciones privadas» con el célebre editor «sobre la actual situación política» y estaba expresamente autorizado para hacer pública una declaración al respecto, según la cual, Hearst se manifestaba solidario con la «lucha» del pueblo alemán «por su liberación de las perversas estipulaciones del Tratado de Versalles». Con «todo su corazón» aprobaba «cuanto fuera provechoso para Alemania».¹²⁵ Semejante declaración de simpatía de boca de uno de los creadores de opinión norteamericanos más relevantes significaba obviamente una considerable inyección de prestigio frente a la destructiva mala prensa que el régimen nazi tenía en el extranjero desde el asesinato de Röhm, y también constituía un éxito para Hanfstaengl, quien in-

mediatamente propuso y dispuso una entrevista entre Hitler y Hearst.¹²⁶

Como recompensa por su buen trabajo Hanfstaengl pudo a mediados de septiembre aceptar una invitación de Hearst y acompañarle durante un par de días a su propiedad en Gales. De camino hicieron un alto en Londres, donde el potentado de la prensa británica Beaverbrook se fijó en el invitado procedente de la Alemania nazi. El 19 de septiembre apareció en el diario *Daily Express* de Beaverbrook un artículo titulado «*Hitler's "Putzy" is here*», en el que se le calificaba de «íntimo amigo del *Führer* Hitler».¹²⁷ Cuando al día siguiente un reportero de ese diario se dirigió a Hanfstaengl, éste le echó en cara con vehemencia el empleo del apelativo Putzy, ya que en inglés sonaba como *Pussy*, lo que aludía, como explicó muchos años después, «al mote para hombres de inclinaciones contra natura».¹²⁸ Pero el periodista confeccionó a partir de su entrevista otro artículo lleno de mordaces insinuaciones, que daban la impresión de que había algo poco claro en aquel alemán.¹²⁹ De ello se deduce que en los círculos bien informados de periodistas la tendencia homosexual de Hanfstaengl era un secreto a voces. Pero lo más jugoso del reportaje era que además sugería una relación íntima con Hitler, esto es, con el hombre que había proclamado con el asesinato de Röhm la lucha más decidida contra la homosexualidad.

Hanfstaengl apreció que esos ataques, pese a todos sus inconvenientes, le ofrecían una gran oportunidad, concretamente la de involucrar a Hitler en el problema. Por eso presentó de inmediato y sin consultar con Berlín una querrela por difamación contra el propietario del *Daily Express*, acogida por éste con la escueta observación de que se alegraba de esa denuncia.¹³⁰ Cuando Hanfstaengl regresó a Berlín a finales de septiembre tenía por fin en sus manos algo con lo que podía presionar a Hitler. No sabemos cómo reaccionó éste, pero del hecho de que el comienzo del proceso se demorara durante meses y quedara finalmente en agua de borrajas cabe deducir que debió de suceder algo entre bastidores.¹³¹

También se produjeron novedades en el «caso Lüdecke». De un escrito que el ministerio de Exteriores envió en septiembre de 1934 a la Gestapo se deduce que éste posiblemente iba a ser con-

vocado pronto por una comisión de la Cámara de Representantes norteamericana para que informara acerca de la propaganda nacionalsocialista en Estados Unidos, por lo que convenía «preparar cuidadosamente medidas contra el previsible efecto de las declaraciones de Lüdecke». Para ello se precisaba «una exhaustiva exposición de las acciones punibles de las que será inculpado».¹³² Ésa era la señal que Hanfstaengl había esperado durante tanto tiempo, y ahora parecía que por fin contaba con una justificación para aniquilar a su odiado enemigo.

Aunque nadie había dado la orden para ello, Hanfstaengl aprovechó en octubre de 1934 sus buenos contactos con la Gestapo para reconstruir desde ese aparato, «junto al comisario criminal Braschwitz, el expediente sobre Kurt Lüdecke».¹³³ Además, como miembro de la llamada «comisión de investigación Hamburgo-Bremen» (una «organización que trabajando confidencialmente a disposición de los ministerios debía proporcionar a la prensa extranjera artículos y noticias favorables para Alemania»),¹³⁴ hizo aparecer en la prensa germano-americana noticias comprometedoras sobre Lüdecke.¹³⁵

Pero esas iniciativas arbitrarias tenían que llevar más pronto o más tarde a un enfrentamiento con Hitler. A finales de octubre de 1934 Hanfstaengl fue efectivamente «expulsado de la cancillería a causa de mi consecuente lucha contra Lüdecke por encargo del *Führer*, con las siguientes palabras: "El *Führer* desea que no regrese a la cancillería hasta que haya quedado resuelto el caso Lüdecke."»¹³⁶ Eso era algo más que una proscripción a la ligera, ya que, como bien pronto se iba a manifestar de plano, Hanfstaengl había caído definitivamente en desgracia. Aunque más tarde trató de atribuir su ruptura con Hitler a diferencias políticas, el propio Hanfstaengl dio a conocer un detalle que revela el aspecto puramente personal de aquel conflicto. En el curso de una discusión durante un almuerzo en la cancillería sobre la cuestión de cómo se debería haber tratado a Lüdecke, Hitler se había dirigido a él, «pálido de ira», con estas palabras: «Todo esto es culpa suya, Hanfstaengl. Usted debería haberle tratado más diplomáticamente.»¹³⁷

A Hitler le irritó sobremanera haberse visto obligado a actuar por la torpeza de Hanfstaengl. Por eso lo convirtió en chivo expiatorio y decidió que a partir de entonces decidiría personalmente todo lo relativo a esa cuestión.

Pero el caso de extorsión Lüdecke-Hitler estaba ligado al asunto Lüdecke-Hanfstaengl, y este último se creía capaz de protegerse frente a cualquier eventualidad, cuando a pesar de la reprimenda de Hitler emprendió nuevas investigaciones sobre Lüdecke por su propia cuenta. El 1 de noviembre depositó en el ministerio de Asuntos Exteriores un informe de la Gestapo que dirigió personalmente, con el encabezamiento «Dirección Nacional del NSDAP», al entonces director ministerial Dieckhoff. Ese informe contenía todos los datos esenciales sobre las actividades delictivas de Lüdecke desde 1911 y lo desenmascaraba como «timador y estafador [...], que había utilizado su dudosa actividad para el NSDAP como un medio para lograr grandes ingresos». ¹³⁸ En el escrito oficial, casi idéntico, que la Gestapo envió al día siguiente al ministerio de Asuntos Exteriores, faltaba el párrafo que le interesaba particularmente a Hanfstaengl, en el que decía, según este último, que «había mantenido relaciones íntimas con otros hombres recibiendo por ello el correspondiente pago». Eso deja claro lo que verdaderamente se proponía: presentar a Lüdecke como un prostituto, ponerlo en evidencia como homosexual, de forma que cualquier denuncia sexual *por su parte* quedara por adelantado totalmente desautorizada y resultara increíble.

Hanfstaengl abasteció también con sus datos obtenidos de la Gestapo al ministro bávaro de Justicia Hans Frank, que como antiguo abogado de Hitler y miembro del tribunal interno del NSDAP había tenido que ver en varios sentidos con el caso Lüdecke, incluyéndolo así en su propia campaña. ¹³⁹ De cara a la galería procuró dar siempre la impresión de que trabajaba en aquel asunto por encargo del *Führer*, del que todavía se le consideraba en general un buen amigo. Así pudo permitirse, por ejemplo, poner al ministerio de Asuntos Exteriores al servicio de su campaña contra Lüdecke, ¹⁴⁰ o exhortar al entonces consejero ministerial de Justicia de Baviera para «agilizar cuanto sea posible las indagaciones en el caso Lüdecke, ya que corre prisa». ¹⁴¹ Y consiguió en ambos ministe-

rios hacerse con documentos confidenciales y hacer preparar copias de ellos (también tuvo así acceso a su propio expediente, ¹⁴² a cargo de la Jefatura de Policía de Munich, un indicio de que también indagaba sobre sus propias cosas). Además reunió testimonios escritos en los que antiguos conocidos de Lüdecke habían hecho declaraciones comprometedoras sobre éste. ¹⁴³ De este modo había conseguido a finales de noviembre un dossier que ningún servicio secreto profesional habría podido mejorar.

Hitler, por el contrario, pretendía actuar más prudentemente en el caso Lüdecke. Cabe así imaginarse cómo reaccionaría el dictador cuando supo a finales de noviembre que Hanfstaengl había proseguido su guerra privada contra Lüdecke pese a su veto explícito. Cuando hizo preguntar al ministerio de Justicia bávaro por qué se habían entregado a Hanfstaengl copias certificadas de documentos oficiales tuvo que escuchar que éste había justificado su petición de consulta de los autos en que debía «informar al *Führer* sobre la personalidad de Lüdecke». ¹⁴⁴ Hitler se había visto así burlado, y nadie sabe cómo consiguió Hanfstaengl salir airoso de ese paso en falso. En cualquier caso, todo el material oficial sobre Lüdecke fue ahora retirado de la circulación por orden de Hitler y puesto bajo la custodia de su ayudantía en la sección de acceso reservado. ¹⁴⁵

Pero con eso no quedó cerrado el caso por mucho tiempo. En diciembre de 1934 Lüdecke se hizo oír de nuevo, y de un modo que volvía a presentarlo como maestro en su campo. Recurrió a intercesores americanos para aprovechar las conexiones de éstos con el presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht. A primeros de enero de 1935 llegó a Berlín un paquete de escritos explosivos, ¹⁴⁶ confeccionados todos ellos por Lüdecke, aunque algunos se hicieron pasar por informes neutrales de sus ayudantes. Schacht, como se dice en un apéndice, «se ocupará con seguridad de que el Sr. Hitler disponga lo necesario para que el caso L. se resuelva como queda propuesto». Lüdecke planteaba como un ultimátum las siguientes exigencias: una disculpa publicada en el *Völkischer Beobachter* de la dirección nacional del NSDAP por su injustificado internamiento, ligada a la explicación de que «había cumplido de forma impecable sus tareas y trabajos nacionalsocialistas»; una «com-

pensación de 50 000 dólares, [de los cuales] al menos 25 000 dólares en metálico» y la otra mitad en forma de «mercancías de calidad de primera clase». Si no se aceptaba su «propuesta», «procedería sin escrúpulos ni consideración con todos los medios a su alcance [...], para vengarse de sus enemigos». Decía tener en sus manos la posibilidad de «llevar ante el gran público todo su caso [...] en un proceso sensacional, lo que naturalmente supondría un escándalo de primer orden». Mediante sus revelaciones podría «ocasionar grandes daños en especial para el prestigio de Hitler». Advertía expresamente contra el intento de «apartarlo de forma violenta o querer hacerlo inofensivo, ya que se ha asegurado a todos los efectos [...] frente a esa eventualidad» o de «presentarlo como insignificante o mentiroso, lo que en razón de su material probatorio documental con fotografías y de los acontecimientos del 30 de junio no resultaría creíble para nadie». ¹⁴⁷

Lo más llamativo de ese documento es sin duda la osadía de su redacción. Pero todavía es más significativo que otorgue credibilidad al documento Mend. Hans Mend sólo pudo obtener sus informaciones de Hanfstaengl, quien en aquellos momentos estaba evidentemente contactando con gente como él. Hanfstaengl y Hitler reaccionaron de inmediato a la amenaza procedente de Nueva York. El jefe de prensa para el extranjero aleccionó a sus conocidos en Norteamérica para que publicaran el folleto «Extractos de expedientes alemanes», pretendiendo así convertir en centro del debate el pasado criminal de Lüdecke. El extracto de las actas era idéntico al informe de la Gestapo antes mencionado. ¹⁴⁸ Hitler, por el contrario, reaccionó de forma muy diferente. Hizo que el jefe de su cancillería, Philipp Bouler, redactara para el hombre de confianza de Lüdecke un escrito de lo más complaciente pidiéndole que transmitiera al «Sr. Lüdecke» la noticia «de que me ocuparé tan pronto como sea posible de su asunto. [...] Puede estar seguro de que aquí se hará todo cuanto sea preciso para resolver la cuestión». ¹⁴⁹

Con esa promesa Hitler se dejaba todas las puertas abiertas, y de hecho debió de hallar pronto un *modus vivendi*, ya que Lüdecke no volvió a moverse en dos años. No hubo proceso escandaloso, ni artículos sensacionalistas, ni nuevos escritos extorsiona-

dores, aunque a principios de enero de 1935 Lüdecke había pronunciado en Nueva York la siguiente advertencia pública: «Si ese tribunal [el tribunal interno del NSDAP] no me declara inocente, sabré limpiar mi honor, por mucho que se empeñen Hitler y su partido nacionalsocialista.» ¹⁵⁰ Nunca sabremos con detalle cómo hizo el dictador alemán para desactivar la carga explosiva del caso Lüdecke, pero seguro que tuvo que emplear una sustanciosa cantidad de dinero.

Hitler no podía saber, de todos modos, que a pesar de sus esfuerzos por llegar a un arreglo, Lüdecke iba a contratar en 1936 con la editorial Charles Scribner's Sons de Nueva York la publicación de un libro en el que debería informar sobre sus experiencias con Hitler y con el movimiento nazi. ¹⁵¹ Siguiendo el leitmotiv de toda su vida, quería hacerlo sin renunciar por ello a cobrar el precio de su silencio y vender al mismo tiempo cuanto sabía por mucho dinero. Después de que Hitler sólo se hubiera mostrado dispuesto a pagarle una parte de aquello a lo que creía tener derecho, en concreto la «completa rehabilitación y satisfacción», trató de cobrar: se el resto con sus revelaciones.

El título del libro, *Yo conocí a Hitler*, era algo más que un reclamo publicitario: a los enemigos de Lüdecke les debió de sonar como una amenaza. Ese sentido oculto se aprecia mejor atendiendo al subtítulo del libro, *La historia de un nazi que logró escapar a la masacre* [del llamado «putsch de Röhm»] y a su dedicatoria, «para el capitán Ernst Röhm». Ya desde la primera frase deja claro Lüdecke que sólo su «conocimiento y consideraciones de buen gusto» le habían impuesto limitaciones en la presentación de la «verdad desnuda». En otro lugar menciona una conversación secreta con Röhm en la primavera de 1934 y explica que todavía no habían madurado las condiciones para hacer público todo el contenido de esa conversación. ¹⁵² Donde se muestra más refinado es en los pasajes en los que se refiere a la sexualidad de Hitler. Lo que le hace decir a Magda Goebbels sobre el peculiar comportamiento de Hitler frente a las mujeres ¹⁵³ está tan lleno de insinuaciones que el lector sólo puede inferir que el *Führer* tenía un verdadero problema con el otro sexo. «Hitler era del todo encantador —asegura la Sra. Goebbels—, pero en cierto modo...» Y al remitirse inmediatamente en

ese momento a la homosexualidad de Röhm, deja clara toda su astucia. Si Hitler, sugiere, sólo es capaz de mantener relaciones pláticas con las mujeres y, al mismo tiempo, encubre y protege hacia el exterior al homosexual Röhm, uno de sus colaboradores más estrechos, entonces tiene que haber algo de cierto en los rumores sobre las inclinaciones homoeróticas de Hitler. Tanto más cuanto que el *Führer*, como se lee más adelante, había respondido con la mayor sequedad a una pregunta al respecto por parte de Lüdecke. Y luego está la indignación de Röhm frente a la hipocresía de Hitler. Su «anomalía», según le había dicho el jefe de las SA a Lüdecke, no le concernía a nadie: «Entre mis cuatro paredes hago lo que me parece.» Y Röhm añadió expresivamente: «como cualquier otro...». ¹⁵⁴

Hitler debió de ver en la publicación del libro un nuevo intento de extorsión, ya que no pudo ser una casualidad que su ayudante personal Wiedemann partiera inmediatamente hacia Nueva York. ¹⁵⁵ En sus memorias Wiedemann no se refirió a esa misión, pero el solo hecho de que la disfrazara como unas vacaciones privadas y luego fuera contabilizada como un viaje de servicio oficial hace más que probable un encargo secreto de Hitler. ¹⁵⁶ Algunos meses después la embajada alemana en Washington anunció que Lüdecke, según sus propios datos, «se había retirado finalmente de la política y en el futuro se proponía vivir únicamente para sí mismo». ¹⁵⁷ El chantajista debió pues de ser apaciguado de nuevo. A eso apunta la circunstancia de que a finales de 1937 retirara la demanda contra el *New Yorker Staatszeitung*, pese a que estaba en juego una indemnización por daños y perjuicios de 100 000 dólares. ¹⁵⁸

Con eso quedaba resuelto para Hitler el «caso Lüdecke». A eso se añadió que la prensa inglesa apenas había sabido sacar provecho de él, al menos nada amenazador. ¹⁵⁹ Ciertamente es que aquella publicación se consideraba como «el libro más personal hasta la fecha acerca de los nazis», pero no se utilizó como desencadenante de una campaña contra el dictador alemán. ¹⁶⁰ Algo parecido sucedió en Estados Unidos, donde el libro encontró un eco muy limitado. ¹⁶¹ Por eso, a comienzos de 1939, Hitler pudo rechazar sin inmutarse el último intento de Lüdecke de sacar rendimiento de sus recuerdos. En concreto, éste propuso al embajador alemán

en Washington que el NDSAP le comprara por una «sustanciosa» suma todos los derechos sobre *I knew Hitler*, indicando «el interés alemán en evitar una mayor difusión del libro». Como transmitía la embajada, «se trata de un simple intento de extorsión», ¹⁶² por lo que se negó incluso a certificar a Lüdecke la recepción de su carta. Pero la iniciativa le parecía tan brillante que él mismo se encargó sin demora de hacer llegar su escrito al ministerio de Asuntos Exteriores, que lo remitió a su vez a la cancillería. «El *Führer* aprueba por supuesto la conducta del embajador en Washington», respondió su jefe Lammers al Ministerio de Exteriores. ¹⁶³ Hitler se serenó, teniendo en cuenta además que una edición del libro en alemán, tras la «unión» con Austria, era impensable. Y el ejemplar del ministerio de Asuntos Exteriores fue guardado «en un sobre cerrado en la cámara acorazada». ¹⁶⁴

Otro extorsionador

Hanfstaengl tuvo que pagar un alto precio por el encarnizamiento con que había procurado en 1933-34 la desgracia de su rival Lüdecke: perdió el favor de Hitler. Rosenberg estaba feliz cuando en la primavera de 1935 supo tras «varias visitas al *Führer*» que éste «ha dejado caer por fin a un parásito tan dañino y maligno como el Dr. Hanfstaengl». ¹⁶⁵ De todas formas, Hanfstaengl no fue despedido y pudo por tanto conservar una cierta capacidad de acción, si bien nunca volvió a contar entre los más próximos a Hitler y su jefatura de prensa para el extranjero quedó bajo tutela.

Todo su esfuerzo se volcó entonces en obtener por la fuerza la solidaridad del *Führer*. Esto se vio claramente a finales de 1935, cuando solicitó al tesorero nacional del NSDAP, Schwarz, la concesión de la «medalla al honor» y de la «orden de la sangre», apelando a su larga pertenencia al partido y a sus méritos. ¹⁶⁶ Pero Schwarz lo mandó a paseo. ¹⁶⁷ Hanfstaengl renovó su petición, dirigiéndose esta vez personalmente al «querido camarada Schwarz» y justificando pérfidamente su pretensión del siguiente modo: «Participé en la refundación del partido en 1925. Por deseo y con repetida aprobación del *Führer* prescindi durante años de solici-

tar la incorporación oficial al partido. Las razones para ello deben ser bien conocidas por usted.» Y proseguía: «En relación con esto recuerdo que el *Führer* pasó conmigo la velada del día de la refundación en mi casita de la calle Pienzenauer.»¹⁶⁸ No se necesitaba una fantasía excesiva para reconocer aquí el perfil de un gesto amenazante, el intento de sacar ventaja de su antigua intimidad con Hitler. Aunque Schwarz no se mostró impresionado y le dio largas indicándole «que con respecto a ese asunto se dirigiera al *Führer*»,¹⁶⁹ cabe deducir que Hanfstaengl estaba a punto de seguir las huellas de su rival Lüdecke y de jugar la carta de la extorsión contra Hitler.

Por esa época debió de comenzar a reunir material comprometedor contra Hitler. En cualquier caso, Hitler tuvo noticia de las correspondientes notas de Hanfstaengl, no sabemos exactamente cómo.¹⁷⁰ Lo que sí sabemos, y por el propio Hanfstaengl, es que a raíz de aquello fue convocado a la cancillería por el ayudante Schaub y que allí fue severamente reprendido. ¿Cómo se había atrevido a buscar camorra contra Lüdecke en determinadas instancias del partido y del Estado? ¿Y de dónde le había venido la idea de reunir semejante material sobre Hitler? Los clamorosos reproches de Schaub fueron creciendo, según Hanfstaengl, hasta la amenaza, si no se andaba con ojo, de confeccionar un dossier sobre él que lo liquidara definitivamente.¹⁷¹ Eso era más que una intimidación, era un ultimátum que amenazaba su propia vida. Hanfstaengl temió un complot debido a Lüdecke, y en esa situación desesperada reaccionó del mismo modo que Hans Mend, diciéndole a la cara cuanto tenía contra Hitler y recriminándole haber perdido su bienestar de forma injustificada.

Sabemos esto por Hertha Oldenbourg (de soltera Hertha Frey), una antigua secretaria de Hitler, que en el verano de 1936 escribió a Wiedemann lo siguiente sobre Hanfstaengl: En abril de ese mismo año se lo había encontrado casualmente en Starnberg, donde «con un torrente de palabras que le erizó los cabellos» se había explayado hablándole de Hitler, lo que ella, «tras larga reflexión y considerando su deber hacia el *Führer*» pasaba a referir. Hanfstaengl le había justificado así su postura: «Ese cerdo, ese Lüdecke, a quien usted ya conoce, ha estado acaparando mucha atención

en Berlín. Usted ya sabe qué tipo de estafador, rufián, etcétera, es. El ministerio de Exteriores, el Sr. Meissner [Jefe de la Cancillería], la legación, etcétera, todos conocen su calaña, y aun así Hitler lo respalda. Rosenberg, que lleva una vida privada absolutamente desordenada, [...] le protege, porque Lüdecke está al tanto de que mantiene o mantenía una relación con la hija de Georg Bernhard [un escritor judío], y teme que lo proclame a los cuatro vientos. También se trata con el Dr. Goebbels, a pesar de que éste sabe que su mujer estuvo liada con el tal Lüdecke, quizá por la preocupación de que ese tipo pueda airearlo.» Al respecto el Dr. Hanfstaengl utilizó la expresión: «Es una porquería que Hitler aguante a ese elemento [...], y que aun sabiéndolo todo no haga nada.» Y la denunciante añadía: «Temo que Hanfstaengl haya podido dirigirse en los mismos términos a otras personas.»¹⁷²

Wiedemann sólo pudo confirmar en su escrito de respuesta a la «querida y digna señora Oldenbourg» que: «[...] no es nueva para nosotros esa forma incontrolada de expresarse del Dr. Hanfstaengl, y creo que el *Führer* ya había sido informado anteriormente de ello». Intentó desdramatizar el asunto, añadiendo que quería «notificar al Sr. Hess el contenido de su escrito».¹⁷³ En realidad, esa denuncia provocó un pequeño terremoto entre los más fieles a Hitler. Rosenberg mantuvo una conversación con su viejo enemigo Goebbels para contarle «el desagradable asunto con Lüdecke», en el que también andaba enredada su mujer. Cuando Goebbels le preguntó por ello, ésta respondió tras algunas vacilaciones «que era cierto lo de Lüdecke». Goebbels estaba anonadado: «Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que me reponga de esto», anotó en su Diario.¹⁷⁴

Si las quejas de Hanfstaengl sobre Hitler sólo hubieran sido el producto de su autocompasión se le habría podido dejar que se lamentara cuanto quisiera. Pero gran parte de lo que había dicho era cierto, hablando además sobre cosas que no sólo debían tratarse con discreción, sino que eran tabú. En esa medida, las preocupaciones de Hertha Oldenburg eran razonables, aunque en un sentido diferente al que ella creía: «Expresarse de forma tan vulgar sobre el *Führer* y otras personas es inaceptable y aun peligroso.» Ella no podía compartir el punto de vista conciliador de Wiede-

nada desapercibido. Se ríen de las palabras huecas y la gran cantidad de mentiras con las que los nuevos señores inundan al pueblo alemán y al mundo. Pueden tomarse a broma con la mejor de sus sonrisas todo eso, simplemente no entienden que esa camarilla de aventureros políticos, charlatanes encantadores, "invertidos" eróticos, que querían ser admitidos en sociedad como dirigentes de un partido de oposición radical y que incluso nos divertían, ahora son los dueños absolutos de Alemania». ¹¹⁹ Los diarios que Thomas Mann hizo desaparecer, que cubrían los años de 1921 a 1933, nos habrían dado sin duda mucha información al respecto de lo que se sabía sobre Hitler en las viejas familias de Munich antes de 1933. Pero aquel gran escritor, manifiestamente, no lo quiso así.

Sea como sea, todos los autores aquí mencionados —los Mann de forma poética distanciada y críptica, Ebermayer mucho más directa y abiertamente— nos dicen lo mismo: que Hitler era homosexual, y que todos lo sabíamos.

CAPÍTULO VII

Intrigas arriesgadas:

Kurt Lüdecke y Ernst Hanfstaengl

En 1922, Ernst Hanfstaengl y Hitler eran buenos amigos. Apenas dos décadas después, el antiguo «discípulo»¹ describía al *Führer* ante el servicio secreto americano como un «Narciso egocéntrico y masturbador», que debido a su gran frustración sexual se había montado una «vida pública artísticamente dramatizada». ² No es difícil entender cómo llegó Hanfstaengl a ese juicio, pero es una larga historia, complejamente engranada con la de un hombre que conoció a Hitler en la misma época y que no era menos brillante, Kurt Lüdecke. Hitler se mostró al principio desconfiado, pero no dejó de apreciar sus cualidades: «si era un espía, no sólo era uno de los más taimados, sino también uno de los más peligrosos que actuaban en Alemania». ³ Y todavía en 1941 se entusiasma: «Ese tipo hablaba francés, inglés, español e italiano como el alemán; habría sido el hombre adecuado [para tareas complicadas en el extranjero], lo habría husmeado todo.» ⁴

Ernst Hanfstaengl no podía compartir esa valoración de Lüdecke: en 1937 advertía a «cualquiera que se atreva a abogar, directa o indirectamente, en serio o en broma, por esa basura [...], por un miserable canalla, chulo de prostitutas, parásito del partido y traidor a la patria». ⁵ La ocasión para su ira fue el explosivo libro *I knew Hitler*, que Lüdecke había publicado en su exilio americano tras una espectacular huida de Alemania. Para Hanfstaengl se trataba de una pura «fantasía de chantajista». Sin embargo, el primer jefe de la Gestapo, Rudolf Diels, dio a entender después de la guerra que tras esa fantasía se ocultaba una historia absolutamente real,

«desarrollada bajo la protección de las instancias más altas y resguardadas». Y añadió significativamente que «el caso Lüdecke le había sugerido la sospecha de que Hitler también fuera homosexual». ⁶ Basta con esto para investigar más a fondo dónde y cómo se cruzaron los caminos de Hitler y Lüdecke.

Kurt Lüdecke

Lüdecke nació en 1890 en Berlín y pasó su infancia en Oranienburg, donde su padre dirigía una fábrica de productos químicos. Su período de enseñanza secundaria en Berlín terminó en un fiasco, ya que fue expulsado de la escuela y tuvo que mudarse a Braunschweig, donde cursó en 1907 su último año de estudios. Tras hacer el servicio militar viajó a Londres y luego a Francia, donde en 1910 ganó tanto dinero en juegos de azar que se pudo permitir a partir de entonces una vida de lujo y sin ataduras. ⁷ Pero las actas de la fiscalía en la audiencia territorial de Berlín nos dan otra versión: en enero de 1911, concretamente, se abrió un sumario contra él que lo relacionaba con «extorsión por motivos sexuales». Era conocido en «círculos homosexuales» por buscarse amigos ricos y obligarles a pagar tras mantener relaciones con ellos. ⁸ En el momento en que se recibió la denuncia contra él desapareció de Berlín. También hay una explicación simple para su fastuoso estilo de vida. Había hecho fortuna, no en la ruleta, sino como gigoló y chantajista. Así se paseó por los clubes nocturnos de Europa, hasta que la primera guerra mundial interrumpió bruscamente su carrera de crápula. Pero Lüdecke consiguió que le licenciaran tras pasar únicamente dos años como soldado y sin haber visto el frente ni siquiera de lejos.

Los aventureros proyectos que hasta 1920 le llevaron de un extremo a otro del mundo no se pueden reconstruir en detalle. No sólo se hizo con un pasaporte mexicano, sino también con dos impresionantes cuentas en dólares. En mayo de 1921 se dejó caer por Munich, donde según decía preparaba «una exposición de pintura alemana en Nueva York». ⁹ En un informe policial de la época consta que «la exposición no obtuvo éxito económico», pero vendiendo distintos objetos de arte «pudo disponer a su vuelta

a Munich —a comienzos de abril de 1922— de una suma de 1 400 dólares», ¹⁰ lo que en aquel momento de inflación galopante constituía una fortuna.

Pero en Estados Unidos Lüdecke no comerció únicamente con arte y antigüedades. También trabajó para un capitalista legendario, Henry Ford, quien había urdido una especie de servicio secreto privado. ¹¹ Esa organización llevó a cabo desde 1920, entre otras tareas, una campaña de agitación y descrédito contra judíos influyentes en Estados Unidos. Para indagar sus vidas privadas se había abierto en Nueva York una oficina de detectives, dotada de abundantes medios y dinero, en la que se enroló toda una tropa de fanáticos fisgones. Lüdecke entró en contacto con buenos amigos del poderoso industrial y se dio cuenta de que con el antisemitismo agresivo también se podía hacer dinero. Al parecer encontró en Alemania aliados influyentes para la campaña de Ford, y cabe que fuera enviado a su patria precisamente con ese encargo secreto y la correspondiente dotación financiera.

En cualquier caso, cuando regresó a Alemania, en abril de 1922, llevaba en su equipaje el folleto publicado por Henry Ford *The International Jew: The World's Foremost Problem*. ¹² Con sus precisos conocimientos sobre el trasfondo de esa campaña antisemita y la promesa de sobornos americanos pretendió entonces colocar unos cuantos cebos en el movimiento populista. Ya en mayo conoció en Berlín a Ernst von Reventlow, que había alcanzado gran fama como editor de la revista *Der Reichswart*, muy apreciada en los círculos de derechas, precisamente donde Lüdecke buscaba enlaces. A principios del verano había sido presentado a los más importantes portavoces de la extrema derecha, entre ellos a Hitler. Pero la recomendación personal de Ernst von Reventlow no era suficiente para superar los celos que despertaba en ciertos ambientes. ¹³ La «primera impresión» de Hitler, por ejemplo, fue «desfavorable, tanto más cuanto que algunos recordábamos haber sido advertidos al respecto. Puesto que Lüdecke había conseguido entretanto acceso a casi todas las asociaciones, no parecía oportuno un brusco rechazo de su persona». Aun así, Hitler ordenó a sus colaboradores más próximos «tomar notas de sus conversaciones con Lüdecke». ¹⁴

Max Amann, el hombre de Hitler para los negocios sucios, tuvo en su primer encuentro con Lüdecke la siguiente impresión: «Es un individuo muy astuto, un viejo zorro, seguramente experto en todo tipo de canalladas. Su soltura mundana y su presuntuoso comportamiento me hacen pensar que si —como estoy convencido— se ha incorporado a nuestro movimiento como espía, sus jefes le deben de pagar muy bien.»¹⁵ También Dietrich Eckart se expresó con desprecio acerca de Lüdecke, quien «se abría paso a codazos de forma tan poco escrupulosa» y «atufaba a perfume a seis pasos, con el aspecto de un dandy prepotente»; con «semejante ostentación» se hallaba en óptimas condiciones para «comprometer a todos los niveles»¹⁶ al partido.

Todo eso no impidió a Hitler incorporar a Lüdecke a sus filas. Puede que lo reclutara para espiar a los demás jefes del campo populista, y que se creyera capaz de mantenerlo a raya combinando vigilancia y doblez. Pero en esa colaboración debía de haber algo más en juego, de otro modo Hitler habría mantenido las distancias. Por lo que se refiere a Lüdecke, nunca disimuló que se sentía cautivado por Hitler,¹⁷ e incluso vio en él en algún momento a «una persona generosa con sentido del honor».¹⁸ El dibujo de Federico el Grande que Hitler recibió de su admirador como regalo de Navidad en 1922 adornó durante muchos años su domicilio privado, y en su oficina del partido estaba colgado el retrato de Henry Ford que Lüdecke había traído de América.¹⁹

Hasta enero de 1923 Lüdecke tenía quizá motivos para creer que Hitler era su «amigo»,²⁰ lo que también se reflejaba en el trabajo político que se le había encargado. Así, por ejemplo, viajó a Italia, respaldado por Hitler y Ludendorff, para establecer una alianza con el Duce fascista Mussolini. También se le permitió «establecer en su domicilio una oficina de noticias»²¹ para «encargarse de la propaganda en el extranjero».²² Pero la satisfacción por esos logros no duró mucho, ya que el 27 de enero de 1923, para su gran sorpresa, fue detenido preventivamente bajo sospecha de traición a la patria. Eso sucedió diez días después de que Hitler hubiera admitido ante las autoridades que Lüdecke —si es que actuaba realmente como espía para una potencia extranjera— «por su indudable conocimiento de importantes cuestiones internas, especial-

mente de Baviera, [representa] a mi entender un enorme peligro. Sería fatal una detención sin neutralizarlo al menos durante cierto tiempo».²³ ¿Cómo se pudo producir un cambio tan repentino?

En el invierno de 1922-23, Hitler debió de llegar a la conclusión de que su influencia sobre Lüdecke era mucho menor de lo que había creído en principio y de que éste servía a demasiados señores y en consecuencia podía convertirse en un peligro para él. Quizá le habían informado además de la carrera de Lüdecke como chantajista sexual. Pero con su detención no se había acabado todo, ya que sólo una sentencia condenatoria podía hacerle «inofensivo» a largo plazo. Aunque la fiscalía de Munich se esforzó consecuentemente en el proceso por traición,²⁴ Lüdecke volvió pronto a estar en libertad y el proceso se archivó sin ruido ni consecuencias.

El detenido había advertido en las indagaciones preliminares que, dado el caso, estaba en condiciones de contraatacar y que, literalmente, «su paciencia se estaba agotando».²⁵ Dado que Hitler mantenía entonces muy buenas relaciones con un funcionario del departamento político de la Jefatura de Policía de Munich,²⁶ quizá tuvo noticia de esas amenazas y desactivó por eso toda la operación. Lüdecke pudo incluso volver a su círculo, pero antes se tomó unas largas vacaciones para dejar —como se le sugirió— que volviera a crecer la hierba sobre todo aquel asunto. En realidad, Hitler quería evitar que Lüdecke investigara las causas de su detención y dejarle creer que quienes le habían denunciado eran *enemigos* del NSDAP. Esa «tesis» fue también la razón de que se presentara a Lüdecke en el *Völkischer Beobachter* como un «convencido nacionalsocialista».²⁷ Mientras que para Hitler todo el asunto quedaba así liquidado, la prensa de Munich no dejó de extrañarse de lo rápidamente que se había resuelto, sin mayores consecuencias, la «traición de Lüdecke». Por ejemplo, el *Münchener Zeitung* escribía: «Será necesario que las autoridades pertinentes den algunas explicaciones más detalladas del sorprendente desenlace de este asunto, en concreto cómo es posible que sobre ese hombre pudiera caer una sospecha tan grave, que después se ha demostrado completamente infundada.»²⁸

En los meses siguientes, la táctica de Hitler consistió en impli-

car más profundamente a Lüdecke en sus proyectos. A finales del verano se encontró con él en Salzburgo en una conferencia de la coalición populista y le invitó a continuación a un corto viaje privado a Linz,²⁹ donde pasaron todo un día solos mientras que los demás acompañantes proseguían el viaje. Lo que siguió, según cuenta Lüdecke en sus memorias, fue un «encuentro íntimo», sin aclarar todo a sus lectores dado lo «delicado»³⁰ del asunto. Tan sólo a partir de algunas insinuaciones puede uno imaginarse el resto.³¹ Al parecer, Hitler pretendió preparar a Lüdecke en su encuentro en Linz para una nueva conversación con Mussolini. Pero en la retrospectiva de Lüdecke predominan matices muy alejados de la política, ya que allí descubrió un Hitler al que pocos conocían. La plática de su amigo era de una belleza centelleante, casi «poética». Cuando pasearon juntos por el monte Poestling —allí donde decenio y medio antes tuvo tantas vivencias románticas con su amigo de juventud Kubizek— Hitler «abrió» nuevamente su corazón. Almorzaron juntos en silencio, disfrutando del hermoso paisaje; Hitler con «encanto amoroso en los ojos» y lleno de visiones. En resumen, su desinteresada grandeza dejó a Lüdecke «sin habla por la excitación emocional». Al final se separaron con promesas recíprocas, que Lüdecke elevó más tarde al rango de «votos solemnes».

Sobre el sentido profundo de ese encuentro sólo podemos especular, pero entre líneas se adivina que Hitler puso en escena un melodrama con el que pretendía conmover a Lüdecke y obligarlo a discreción y lealtad. Y, efectivamente, en los años que siguieron la relación entre ambos cambió: era un tanto sentimental y no del todo sincera, pero no se volvieron a hacer daño mutuamente.

Lüdecke se dedicó en el otoño de 1923 a su tarea política, sobre todo la de procurar amparo italiano para los planes de golpe de estado de Hitler, obteniendo a pesar de las grandes palabras resultados más bien mediocres.³² Tras el fracaso del *putsch* de noviembre se sintió de nuevo ante la nada. Le vino entonces de primera haberse encontrado durante su estancia en Roma con parte del clan de los Wagner.³³ La relación extraordinariamente amistosa de éstos con Hitler no se había visto dañada por la detención del *Führer* del partido; antes al contrario, Siegfried y Winifred Wagner querían ahora, a comienzos de 1924, hacer propaganda en su favor

en el extranjero, con ocasión de una gira de conciertos en Estados Unidos.³⁴ Cuando Lüdecke se enteró de esos planes se sumó a ellos como acompañante conocedor de la lengua y el país y, en enero de 1924, embarcó en Bremerhaven junto a los Wagner, rumbo a Estados Unidos.

Hitler le había proporcionado para ese viaje un escrito de su puño y letra en el que le pedía «que defendiera en Norteamérica los intereses del movimiento alemán por la libertad y especialmente que obtuviera para éste ayudas financieras».³⁵ Pero el esperado éxito no se produjo. El matrimonio Wagner y Lüdecke fueron recibidos personalmente por Henry Ford, pero el fiasco político de Hitler había puesto en guardia al hombre de negocios y ya no quería amparar a alguien tan temerario. Además, la suma con la que había enviado a Lüdecke a Baviera en 1922 había resultado una inversión fallida. Lüdecke volvió en mayo de 1924 a Munich con las manos vacías y allí pudo constatar pronto que sin la protección personal de Hitler no era nadie. El resto no encarcelado de la camarilla dirigente del NSDAP lo dejó en la estacada y sólo encontró cierto amparo en Alfred Rosenberg y Ernst Röhm.

Cuando Lüdecke visitó en Landberg al *Führer* del partido, se dio cuenta inmediatamente de que éste había cambiado. «El recuerdo de nuestro encuentro íntimo en el monte Poestling [...] causaba a Hitler tanta turbación como a mí mismo, por lo que evité gustosamente el tema.»³⁶ Al despedirse, Hitler le entregó una fotografía suya dedicada y le pidió que en adelante trabajara con provecho para el partido.

Pero a partir de entonces se le vio cada vez más raramente en actos políticos, la mayoría de las veces cuando había de por medio algún «negocio»,³⁷ como en la Pascua de 1925, con ocasión de un congreso internacional antisemita celebrado en Salzburgo. A Heinrich Himmler, por aquel entonces administrador-gerente del Bloque Populista, Lüdecke le causó una «mala» impresión: por su comportamiento de «vividor», con el que había mostrado «que su moral era cualquier cosa menos intachable» y por «su asiduo y persistente afán de conocer todas las novedades y noticias», lo que le había hecho tan «sospechoso» como «las buenas informaciones de que dispone de todos los países». Himmler tenía a Lüdecke por un

«impostor político internacional» que quería impulsar al movimiento populista en una «dirección equivocada [...] mediante su influencia directa sobre el *Führer*» y que «hacía negocios con los enemigos de Alemania» sobre lo que iba conociendo en el movimiento. Por lo que él sabía, decía Himmler, Lüdecke seguía «todavía hoy en el entorno más próximo a Hitler». ³⁸

Apenas nadie de la dirección nacionalsocialista confiaba en Lüdecke. Hasta Hitler debió de adivinarle las intenciones; sin embargo, no prescindió de él, sino que más bien le dio coba, escribiendo por ejemplo en el *Völkischer Kurier* que Lüdecke «es un idealista» y que todavía le dolía que un año antes «hubiera sido detenido por mi culpa». ³⁹ Por esa época invitó a Lüdecke a visitarle privadamente en la calle Thiersch, otro signo de aprecio personal, ⁴⁰ y le ofreció un contrato de trabajo como representante del *Völkischer Beobachter* en Berlín, lo que significaba actuar como su contacto personal en la capital del Reich.

Cabe preguntarse por qué mantuvo Hitler junto a sí a un hombre de características tan dudosas. El propio Lüdecke ha dado la respuesta en sus memorias: «Yo era prácticamente el único que le podía dar informaciones de primera mano sobre asuntos que iban más allá de las cuestiones partidarias en sentido estricto.» ⁴¹ Lo que hay que entender por eso es que Lüdecke actuaba como espía personal de Hitler, siéndole tan extraordinariamente valioso no a pesar de, sino a causa precisamente de su cuestionable carácter y su oscuro pasado. «Muchas veces tenemos que emplear métodos poco corrientes y seguir vías dudosas si queremos seguir en la carrera», le dijo al parecer en cierta ocasión Hitler. ⁴² Tampoco lo podía tener como enemigo, por lo mucho que sabía. En cuanto a Lüdecke, sintió según decía la «ardiente curiosidad» de conocer cuanto pudiera del verdadero rostro de Hitler. ⁴³ La posesión de ese tipo de secretos significaba en su ambiente una especie de seguro, y las relaciones que intentó establecer, ⁴⁴ por ejemplo con Röhm, muestran que sabía dónde le convenía buscar.

Pero antes de que pudiera hacer uso de sus conocimientos sus caminos se separaron por primera vez durante siete años, ya

que lo que el *Führer* del partido le podía ofrecer inmediatamente después de la refundación del NSDAP le pareció tan poco atractivo que decidió en el verano de 1925 buscar fortuna de nuevo en América.

Hanfstaengl y Hitler: el fracaso de un amor entre hombres

En el año 1923, la amistad entre Hitler y Hanfstaengl todavía estaba intacta, pero este último sospechaba la existencia de rivales, tanto en el terreno erótico como en el político, y por eso procuraba amarrar a Hitler con más fuerza. Al principio empleó los consabidos métodos de la coquetería y el servilismo, pero tras el fallido *putsch* de noviembre, cuando se confió provisionalmente a su mayor enemigo, Alfred Rosenberg, la representación del encarcelado *Führer*, optó por poner en práctica, cada vez más, determinadas intrigas. Quería hacer caer irremediamente a aquel «tipo repugnante», con sus «innumerables y repulsivas historias amorosas», ⁴⁵ y halló en Hermann Esser un aliado tan motivado como él mismo. ⁴⁶ También trató de poner de su parte a Kurt Lüdecke, pero éste rechazó los «frívolos» métodos de Hanfstaengl, se mantuvo fiel a Rosenberg y así se convirtió en enemigo del hombre que quería ser la mano derecha de Hitler. ⁴⁷ El complot de Hanfstaengl llegó tan lejos que Rosenberg creyó que sólo podría ponerse a salvo con una denuncia por injurias contra sus dos compañeros de partido, pero eso habría desencadenado un escándalo embarazoso y Hitler prefirió evitarlo. ⁴⁸

Hanfstaengl desplegó también en 1924 un notable interés por conocer con mayor detalle el pasado de Hitler. Sabía que éste «podría haber huido a Austria, de haber querido», como habían hecho el 9 de noviembre él mismo y otros dirigentes del partido. Puso entonces todo su empeño en averiguar por qué no lo había hecho, tanto más cuanto que no había logrado nunca «que Hitler le hablara de su vida antes de la guerra». Hanfstaengl utilizó pues su estancia provisional en Austria «para buscar a la familia de Hitler en Viena. Me interesaba averiguar todo lo posible de su pasado». Pero en sus memorias calla cuanto pudiera haber descubierto. ⁴⁹

Cuando tras la puesta en libertad anticipada de Hitler en el invierno de 1924-25 Hanfstaengl pretendió ejercer de nuevo su influencia sobre él, se dio cuenta —como Lüdecke— de que había cambiado mucho en Landsberg. Ciertamente es que siguió aceptando las invitaciones de Putzi [Hanfstaengl] a su casa y que en esas ocasiones se mostraba tan relajado y entusiasmado por la música como antes, pero Hanfstaengl apreciaba «un creciente desencanto en mi relación con Hitler». ⁵⁰ ¿A qué era debido?

En el plano político, Hanfstaengl estaba decepcionado de que Hitler hubiera frustrado su intriga contra el odiado Rosenberg. Más aún, Hitler aseguró su estima al controvertido ideólogo nacional-socialista: «No sólo veo en usted a uno de los más valiosos colaboradores de nuestro movimiento, [...] sino que también estoy convencido de la sinceridad personal de sus opiniones», le escribió en abril de 1925. ⁵¹ Al principio se había tenido la impresión de que Hitler iba a apartar a Rosenberg del círculo más interno del partido, ya que el exégeta de su programa no apareció en la sesión de refundación del NSDAP el 27 de febrero, y Hanfstaengl se mostró diez años más tarde orgulloso «de que el *Führer* hubiera pasado conmigo, en mi casita de la calle Pienzenauer, la velada de aquel día de la refundación». ⁵² Pero, a continuación, Hitler reincorporó a Rosenberg a su equipo de dirección y le confió de nuevo en abril, como indicaba el *Völkischer Beobachter*, la jefatura de redacción de este periódico. Hanfstaengl tuvo que aplazar así su sueño de alcanzar una influencia decisiva en el partido de Hitler como jefe cultural o de política extranjera.

Pero tampoco en la esfera privada se desarrollaban los acontecimientos a satisfacción de Hanfstaengl. Ya en sus visitas a Landsberg había observado en Rudolf Hess «cierta renuencia a apartarse de Hitler cuando yo hablaba con él». Hanfstaengl se sentía «extraordinariamente preocupado» por el acercamiento entre ambos hombres, ya que, como pudo observar, «el vínculo entre ellos [era] muy fuerte. Allí fue donde les oí por primera vez tratarse de tú». Hanfstaengl reaccionó con el intento, «algo torpe» como él mismo reconocía, de convencer al círculo monárquico en torno al consejero de policía Rupperecht para que pusieran pronto en libertad a su «amenazado» amigo. Pero esa acción guiada por los celos obtu-

vo tan poco éxito como sus ulteriores esfuerzos por recuperar a Hitler para sí. Ya en su primer encuentro tras el regreso de Hitler de Landsberg en la Navidad de 1924, dejó éste traslucir tan claramente «la intensidad del sentimiento amistoso que había desarrollado hacia Hess» que Hanfstaengl se creyó rechazado. ⁵³

Hanfstaengl debió de sentirse como un amante cornudo. Quizá fue él quien difundió por eso el rumor de que Hitler se había prometido con su hermana Erna, o quizá intentó efectivamente hacer de alcahuete para su amigo, para asegurarse así su influencia sobre él. Fue curioso en todo caso el desmentido de Hitler, después de que algunas revistas se hubieran hecho eco del supuesto compromiso: «Estoy tan casado con la política que no puedo pensar por ahora en “prometerme”». ⁵⁴ Y más curioso aún fue que su «secretario privado (R. Hess)» tuviera que confirmar de nuevo expresamente ese desmentido medio año después a causa de «preguntas sobre esa cuestión provenientes de nuestras propias filas». ⁵⁵

Hanfstaengl estaba «muy decepcionado» por todo esto. Tanto, que se vengó; retiró todo el dinero que había puesto durante años a disposición del partido e hizo saber al mismo tiempo a Hitler que «no estaba interesado» en mantener una estrecha relación con él «mientras Rosenberg y Hess [...] impongan su influencia». Con eso acabó su amistad en 1925: «Las relaciones entre nosotros se vieron durante algún tiempo más o menos rotas.» Hanfstaengl se había vengado, y también resignado: «Ya no gozo de su confianza.» ⁵⁶ Es probable que Hitler se distanciara de Hanfstaengl porque éste, con sus intrigas y fisgoneos, se le había hecho incómodo y también porque para sus nuevas ideas políticas necesitaba ahora colaboradores menos excéntricos. Hanfstaengl se apartó ofendido, pero pronto tuvo que llegar a la conclusión «de que, pese a todas las decepciones, no había conseguido en absoluto borrar la impresión que Hitler había dejado en mí». Eso no cambiaba sin embargo nada en su distanciamiento, y sus reanudados encuentros «apenas expresaban una simpatía mutua». ⁵⁷

El *Führer* le había planteado, ciertamente, muchos enigmas, pero el mayor de todos ellos parece ser la cuestión de su identidad

sexual, que Hanfstaengl no supo resolver durante décadas, y casi arriesgó su vida en la búsqueda de una respuesta. Hanfstaengl se extendió por primera vez sobre esa cuestión en un dossier para el servicio secreto americano elaborado en el verano de 1942.⁵⁸ No sabemos si confesó a los enemigos de Hitler todo cuanto sabía, pero sin duda hay que tomarse en serio ese dossier,⁵⁹ ya que se basa, como se ha demostrado, en las observaciones, investigaciones e interrogatorios del propio Hanfstaengl. En los primeros años de posguerra, éste concedía un valor especial a la constatación de que a él le había llevado años «sondear la profundidad de sus [de Hitler] problemas más personales». ¿Y cuál era su «problema más personal»? Que a su realización «le faltaba un factor muy importante»: carecía, según Hanfstaengl, de «una vida sexual normal».⁶⁰

Lo que quería decir con eso se lo explicó en 1951 al historiador Fritz von Siedler de la forma más terminante y precisa: «La potencia (sexual) de Hitler era en parte limitada y en parte pervertida en un sentido anormal. Los fundamentos para lo que llamo anormal debieron desarrollarse a partir de sus vivencias en el asilo para hombres de Viena. No me cabe la menor duda de que [...] mantenía relaciones con Hess». Ahí se mencionan los dos polos entre los que oscilaba el «diagnóstico» de Hanfstaengl: la «impotencia parcial» de Hitler, como él la llama, y su «tendencia 175».⁶¹ Vivía en una «tierra de nadie sexual» en la que no había quien «le pudiera aportar una solución»,⁶² ni hombre ni mujer. En otro lugar Hanfstaengl llama a la atrofiada vida amorosa de Hitler «una especie de vanidad bisexual de tipo narcisista».⁶³ Esa marca en el sentimiento tuvo efectos fatales debido al «exceso de energía masculina» que «no hallaba ninguna salida normal». «Anormal» significaba para Hanfstaengl que Hitler «no era ni del todo heterosexual ni del todo homosexual».⁶⁴ Obsérvese la expresión «del todo». ¿De dónde podía haber sacado eso Hanfstaengl, sino de sus propias experiencias personales con Hitler?

Hanfstaengl sabía con tanta exactitud de qué hablaba porque su propio sentimiento no era del todo distinto al de Hitler, como muestran por ejemplo sus amistades con el príncipe *Auwi* de Prusia,⁶⁵ de inclinaciones homosexuales, o con el ya mencionado escritor Hanns Heinz Ewers. Dado que Hanfstaengl no quería reco-

nocer abiertamente su propia homosexualidad, también él tenía un «problema sexual». Cabe que proyectara, esperara o deseara la ayuda de Hitler para resolverlo. Y quizá se había imaginado, recíprocamente, que él podía jugar un papel parecido para Hitler. Pero éste no entendía, como Hanfstaengl deja suponer de nuevo, que algo de esa «flotante, extraña constitución sexual [...] se había activado durante su encarcelamiento en Landberg [...] en presencia de Hess».⁶⁶ Sea como sea, es esa profunda inmersión en lo personal lo que hace tan interesantes y valiosas las afirmaciones de Hanfstaengl sobre la sexualidad de Hitler. Creo que son verídicas por eso precisamente, porque Hanfstaengl no reprochaba a Hitler su homosexualidad, sino el hecho de que no la viviera abiertamente; en cierto lugar habla decepcionado de la «muy inconsistente inversión sexual» de Hitler.

Hanfstaengl no estaba del todo equivocado en su «diagnóstico», pero éste precisaba cierta objetivación. Hitler era homosexual, cierto; pero también se interesaba por las mujeres, era receptivo a sus encantos, aunque físicamente no las deseara. A este respecto se puede decir que sus pasiones estaban tan entrelazadas con su narcisismo que su sexualidad presentaba un fuerte matiz autoerótico. Ésa era la «tierra de nadie sexual» de la que hablaba Hanfstaengl. ¿Cómo habría podido pues alcanzar cierta estabilidad emocional? Era algo absolutamente imposible.

Uno de más: Lüdecke y Hanfstaengl compiten por el favor de Hitler

Lüdecke hizo en América lo que siempre había hecho: procurarse ventajas y placeres. En 1927 se casó con una americana,⁶⁷ aunque poco antes había conocido y valorado en Nueva York a la preciosa mujercita del hombre de negocios Günther Quandt (la que luego sería Magda Goebbels). Cuando en el verano de 1930, durante una corta visita a Alemania, volvió a encontrarse con ella, al parecer se entretuvieron agradablemente.⁶⁸ A partir de entonces, en cualquier caso, se llevaron muy bien.⁶⁹

Lüdecke intentó de nuevo establecer contacto con la direc-

ción del NSDAP, que sin embargo sólo había recibido noticias poco edificantes de su estancia en América.⁷⁰ Cuando en el otoño de 1931 pidió el reingreso en el partido se le rechazó sin miramientos: «Con el debido respeto hacia su muy controvertida persona, la dirección nacional no ve ninguna ventaja en su incorporación al partido.»⁷¹ A principios del verano de 1932 regresó de nuevo a Alemania y pudo contemplar muy de cerca el asalto al poder de Hitler y su NSDAP. Tras sondear la situación, se encontró a mediados de agosto con su amiga, ya casada, Magda Goebbels, en cuyo domicilio en Berlín mantuvieron ambos una larga y amable conversación.⁷² Lüdecke escuchó complacido que Hitler había hablado de él de forma amistosa y reconocida y que seguramente se le daría una segunda oportunidad.

Esa noticia animó a Lüdecke en su plan de fundar algo así como una «oficina de asuntos exteriores» del NSDAP, con Rosenberg en el vértice y él mismo como su mano derecha. A primeros de septiembre de 1932 tuvo la oportunidad de hablar sobre eso con el propio Hitler, que no pareció oponerse aun exigiendo que se llegara a un arreglo con Hanfstaengl. Sin embargo, como el intento de concertación fracasó lamentablemente, Lüdecke apostó sin reparos por Rosenberg. El 12 de septiembre tuvo otra conversación con Hitler en el hotel Kaiserhof. Trataron especialmente de política exterior y de una posible ubicación de Lüdecke en ese terreno, quizá en América. Pero también hablaron de asuntos privados. Lüdecke informó con franqueza al *Führer*; por ejemplo, de que Magda Goebbels habría preferido casarse con él y no con su actual marido. Hitler desechó el tema, así como el problema planteado por Lüdecke de la homosexualidad en la dirección de las SA: «Pero bueno, ¿qué me importa a mí la vida privada de mis seguidores? [...] Me gusta la música de Richard Wagner; ¿debo acaso cerrarle mis oídos porque fuera un pederasta? Todo eso es absurdo.»⁷³ A finales de septiembre tuvo ocasión de visitarle otra vez, ahora en su domicilio. El *Führer* del partido mostró a su invitado su antigua sentimentalidad, conmovido hasta lo más hondo e incluso con lágrimas en los ojos. Lüdecke podía darse por satisfecho. Cuando pocos días más tarde partía de nuevo hacia América, había conseguido efectivamente algo: no sólo lo habían admitido en el

partido,⁷⁴ sino que Rosenberg le había otorgado plenos poderes para la «representación exterior» del NSDAP en Estados Unidos.⁷⁵ Pero sobre todo se había reconciliado con Hitler.⁷⁶

El principal rival y competidor de Lüdecke por el favor de Hitler era Ernst Hanfstaengl, quien en los años de 1926 a 1928 se había dedicado principalmente a sus estudios de historia y no se había reincorporado hasta 1929 a la dirección del NSDAP. En la celebración del congreso del partido en Nuremberg estableció lazos de amistad con el príncipe August Wilhelm de Prusia, que acababa de hacer público su entusiasmo por el nacionalsocialismo. «En seguida nos llevamos muy bien», escribía Putzi sobre sus sentimientos hacia *Auwi*, a quien desde entonces solía recibir en su casa, a veces también en compañía de Göring. «En cualquier caso fue sobre todo el príncipe Auwi quien despertó de nuevo mis esperanzas en el futuro del partido.»⁷⁷ Hasta qué punto había prosperado ese nuevo acercamiento en el otoño de 1929 se muestra en una anotación de Joseph Goebbels en su diario tras una velada ante la chimenea en la villa de Hanfstaengl: «Hanfstaengl es inteligente e ingenioso. [...] Mientras que nosotros discutíamos sobre política exterior, Göring yacía sobre el sofá y roncaba.» Pero Goebbels no oculta lo «mordaz» que se había mostrado Hanfstaengl «contra Hitler», porque éste «atiende más a Rosenberg, a quien Hanfstaengl odia».⁷⁸

No sabemos con exactitud por qué éste se volvió a abrir paso en noviembre de 1931 hasta el círculo más cercano a Hitler. Probablemente porque no quería quedarse al margen, ahora que el *Führer* pujaba cada vez más prometedoramente por la conquista del poder político.⁷⁹ Pero también iba en interés de Hitler incluir en sus planes a su antiguo amigo; en esa fase de su carrera pretendía, más que nunca, asegurarse la lealtad de sus viejos compañeros. Tras el desagradable enfriamiento en sus relaciones y la imprevisibilidad de aquel exaltado puede que Hanfstaengl supusiera un riesgo para su seguridad y por eso lo reclutó. La cosa debió de exigir promesas. Más tarde se habló de un puesto en el consejo municipal de Munich, un escaño en el Reichstag e incluso una embaja-

da⁸⁰. Por lo pronto, en noviembre de 1931 Hitler nombró a su antiguo amigo jefe de prensa del partido para el extranjero⁸¹ y seguía invitándole, según Hanfstaengl, «a tocar el piano, aunque no con tanta frecuencia como antes o como se pudo creer en general».⁸² Así y todo, de nuevo estaba entre los elegidos y se veía al comienzo de una gran carrera.

Durante las campañas electorales de 1932 Hanfstaengl se convirtió en un importante miembro del entorno del *Führer*. Hitler le necesitaba para encontrar el tono justo frente a los periodistas extranjeros cuya curiosidad había despertado. Algo que Hanfstaengl, con su arrebatado encanto, sabía hacer muy bien. También lo necesitaba como quitapenas, alguien que le podía distraer y «restaurar» cuando sufría un bajón de moral.⁸³ Por eso se les veía muy a menudo juntos, no sólo en público, sino también en el partido. Aunque Hitler no se volvió a confiar a él de nuevo, parecía como si ambos fuesen grandes amigos. Hanfstaengl se sentía satisfecho de que la gente pensara «que tengo mano con Hitler»,⁸⁴ ya que para su carrera era esencial que le consideraran tan influyente: financieramente, mediante la gestión de entrevistas con Hitler y la venta de informaciones exclusivas; políticamente, mediante el postín que le facilitaba valiosos vínculos, como por ejemplo el jefe de la policía de seguridad prusiana Rudolf Diels. En cierto pasaje de sus memorias Hanfstaengl se delata llamando Rudi a aquel tipo insondable, que al parecer fue uno de los «contactos más útiles» que nunca había tenido.⁸⁵

Su estatus dependía de la inestimable pertenencia al estado mayor de Hitler y por eso hacía cuanto podía por no perder el favor del *Führer*, especialmente tras la «toma del poder», que proporcionó a Hanfstaengl una importante posición. Sobre eso se escribió y se ironizó mucho, y todos los testimonios de la época nos muestran a un celoso funcionario ansioso de reconocimiento, esforzándose por descargar de trabajo a Hitler.⁸⁶ Pero era la única obligación que Hanfstaengl se imponía, dispuesto como estaba a apuñalar por la espalda a sus colegas, como bien pronto iban a apreciar Rosenberg y Lüdecke.

Hanfstaengl se procuró entonces a través de Rudi Diels material incriminatorio contra sus dos peores enemigos, en particular actas policiales de las que se deducía que el implacable antisemita Rosenberg había mantenido relaciones con la hija de un redactor judío y que Lüdecke actuaba ya desde 1911 como chantajista y estafador. Hanfstaengl buscó esas pruebas al parecer porque Rosenberg había sido nombrado por Hitler en marzo de 1933 director de la Oficina de Asuntos Exteriores del NSDAP bajo su supervisión directa. Ciertamente es que aquel puesto carecía del menor peso político, pero Rosenberg podía ahora concebir esperanzas acerca de una significativa posición de poder.⁸⁷ La situación era peligrosa para Hanfstaengl, pero sobre todo porque el nombramiento se debía a una nueva iniciativa de Lüdecke.

Ante la noticia de la toma del poder por Hitler, éste había regresado rápidamente a Berlín. Poco después fue recibido en la cancillería, donde mantuvieron una larga conversación.⁸⁸ Lüdecke trató de retomar la cuestión con la que medio año antes había intentado en Munich: sacar al *Führer* de su reserva. «Aunque ha aprendido a ejercer un maravilloso autocontrol —recordaba más tarde— es por naturaleza demasiado impulsivo para controlar del todo sus ojos y su boca [...], y quien le conoce desde hace tiempo puede deducir muchas cosas de sus cambios de expresión.» A esas reacciones delatorias había apuntado el enviado de Hitler a América cuando en su informe sobre las críticas que allí se hacían a los nacionalsocialistas dejó caer con toda intención: «Y todo el mundo habla ahora de uno de los temas preferidos de la actual campaña de difamación, el que lo señala a usted como homosexual... ¡Psst!». Hitler me interrumpió y parecía enfadado. «¡Increíble!» Era evidente que no quería seguir oyendo hablar de aquel asunto. Pero Lüdecke había dado en el blanco, concretamente haciendo saber a Hitler lo que traía en su zurrón. Ahora podía recoger el premio e insinuó a Hitler que lo acreditara como agregado de prensa en la embajada alemana en Washington. Eso le aseguraría inmunidad diplomática y desde allí podría igualmente rendir servicios muy útiles como informante. Para ello precisaba naturalmente un trampolín en el partido, a ser posible en forma de «oficina de política exterior», y un montón de dinero.

Hitler no se opuso a la propuesta y Lüdecke intentó también, mediante visitas al jefe de prensa Walter Funk, Rosenberg y Hess, afianzar el proyecto. Pero quienes querían darle vida pretendían también quedarse con las competencias anejas y eso significaba quitárselas a otros cargos y personas.⁸⁹ No sólo Hanfstaengl, sino también el ministro de Asuntos Exteriores von Neurath y Hermann Göring, igualmente interesado en la política exterior, tuvieron que sentirse desplazados. La situación se había hecho en verdad amenazadora cuando en abril de 1933 Lüdecke consiguió recaudar varios cientos de miles de marcos de distintos próceres económicos en un gran acto organizado en el hotel Kaiserhof, que supuestamente debían utilizarse para la propaganda en el extranjero. Con ese dinero podía construir un aparato de poder capaz de funcionar antes o después a partir del «tigre de papel» oficial del partido.

En consecuencia, Hanfstaengl preparó un contragolpe. Según sus propias notas, tenía en sus manos material sobre un chantaje cometido en Estados Unidos por Lüdecke, quien al parecer había amenazado a un médico de nueva York con denunciar un aborto provocado y le había sacado de esa forma unos cientos de dólares. «Elevé el material al respecto [...] a instancias superiores, como era mi deber.»⁹⁰ No sabemos con precisión si fue sólo eso lo que indujo a Göring a ordenar la detención de Lüdecke; sea como fuere, tanto él como la amante judía de Rosenberg estaban el 9 de mayo de 1933 en prisión. Al mismo tiempo, Hanfstaengl intentó lanzar una campaña de descrédito y publicó un artículo en el *New Yorker Staatszeitung* el 12 de ese mismo mes bajo el título «Lüdecke detenido, acusado de estafa y extorsión».⁹¹ Con eso parecía definitivamente liquidado su rival. Pero Hanfstaengl había actuado sin consultar a Hitler, quien ordenó a Göring liberar inmediatamente al detenido y disculparse por el abuso. Lüdecke ha contado en sus memorias con delectación cómo el poderoso jefe del gobierno prusiano asumió esa desagradable tarea, más que sorprendido por la gran influencia que Lüdecke ejercía sobre Hitler, cuyos evidentes escrúpulos ofrecieron a aquél no sólo la libertad, sino también la posibilidad de ufanarse de la indulgencia con que lo trataba el *Führer*.

Lüdecke no estaba en absoluto dispuesto a huir inmediatamente a Estados Unidos, como le habían insinuado desde distintos sitios. Aunque Hitler había dispuesto entretanto su adscripción a la embajada alemana en Washington, Lüdecke quería además que lo apoyara expresamente ante el partido. Pero en su siguiente encuentro el canciller le hizo desistir de su empeño. El irritado intercambio de cartas entre ambos mostraba que Hitler no deseaba de ningún modo una investigación a fondo y la posterior ejemplarización del «caso Lüdecke».

Pero éste no cejó del todo e intentó cobrarse venganza por otros medios. Se le ofreció una oportunidad en relación con el mencionado artículo aparecido en el *New Yorker Staatszeitung*, de cuyo origen pronto se enteró. Decidido a cobrarse la piel de Hanfstaengl con una denuncia por difamación, se puso en contacto con el conocido abogado doctor Alfons Sack, al que dijo abiertamente que con ese proceso pretendía arrojar luz sobre «una zona caliente del nazismo». El abogado no se echó atrás, aunque tanto él como su cliente estaban convencidos de antemano de que Hitler no iba a permitir un proceso escandaloso. Pero según los cálculos de Lüdecke su iniciativa obligaría a Hitler al menos a defenderle políticamente con mayor decisión. Si no, quedaría como un miserable hipócrita. Frente a esa eventualidad, Lüdecke pretendía asegurarse con una especie de alianza secreta que intentó establecer con Röhm. Entretanto, la fecha de la vista quedó fijada para mediados de julio. Entre bastidores, Max Amann indujo a Rosenberg a convencer a Lüdecke de que dejara la política y en su lugar se hiciera cargo de un lucrativo puesto en la editorial Eher. Rosenberg tampoco se sentía satisfecho de la escalada de Lüdecke y le desaconsejó encarecidamente el arreglo de cuentas ante el tribunal. Pero Lüdecke no estaba dispuesto a escuchar a nadie y eso le llevó de nuevo a prisión el 5 de julio de 1933, sólo que esta vez por orden de Hitler.

Del propio relato de Lüdecke, que hemos seguido hasta ahora, se desprende que sus iniciativas políticas iban en su propio beneficio y en distintas direcciones, lo que no le debió de pasar inadvertido a Hitler, para el que Lüdecke se había convertido en un peligroso intrigante. Peligroso porque sabía demasiado y en su ansia por escalar se había vuelto imprevisible. Por eso le pareció inevi-

table apartarlo de la circulación, confiscar sus papeles personales y examinarlos, como efectivamente sucedió.

La reacción de Lüdecke no se hizo esperar. En cartas de protesta —cuyo contenido no se conoce— a Hitler, Göring y Himmler, insinuó que no estaba tan desasistido como quizá suponían⁹² y amenazó con hacer públicos ciertos documentos depositados en el extranjero referidos a la dirección nazi. Pero Hitler mostró nervios de acero e hizo que Lüdecke se fuera cociendo a fuego lento durante algunas semanas bajo condiciones de detención más duras en Plötzensee. A principios de septiembre de 1933, cuando lo deportaron al campo de concentración de Brandemburgo, apareció ante él un enviado de Rosenberg que le explicó que en su caso «Hitler personalmente» se había reservado la decisión.⁹³ A Lüdecke no le quedaba más solución que la retirada: pidió a Hitler perdón por sus faltas contra «el compás y el ritmo del movimiento»⁹⁴ y le aseguró su lealtad incondicional. Parecido tenor tenía el escrito que dirigió al juez del partido, Buch. Pero Hitler no hizo aún ningún ademán de ayudar a su colaborador de otros tiempos. A Röhm le dijo al parecer en diciembre de 1933 que se trataba de un «tipo peligroso».⁹⁵ Entraba pues en sus cálculos que a su prisionero, tras ocho meses de detención, se le fuera creando la sensación de que «poco a poco la angustiosa incertidumbre y la desmoralización me iban venciendo».⁹⁶

Pero Lüdecke buscó otras escapatorias para su dilema. Supo corromper a los guardianes del campo de concentración de Oranienburg mientras estaba allí encerrado y ganarse al comandante del campo.⁹⁷ Así pudo salir durante algunas horas por la noche y en enero de 1934 consiguió reunirse con Röhm y urdir con él un complot. Al mismo tiempo intentó a través de su amigo Rosenberg prepararse una vía de acceso hacia Hitler. El 19 de febrero pudo de hecho obtener un permiso y viajar acompañado de un guardián a Berlín, donde mantuvo una larga conversación con Rosenberg.⁹⁸ Pero no alcanzó el auténtico objetivo de su visita, en concreto el de llegar directamente a Hitler con su petición. Éste ya había descartado rotundamente ante Rosenberg cualquier intervención en aquel asunto. Lüdecke supo entonces lo que tenía que hacer. Durante su segundo permiso, el 1 de marzo, huyó a Che-

coslovaquia y desde allí a Suiza. Desde Ginebra envió el 10 de abril un texto «personal y urgente» a Hitler, con copias para Rosenberg, Amann, Heinrich Hoffmann, Brückner (el ayudante de Hitler) y hasta para Magda Goebbels.⁹⁹

En esa larga carta de seis páginas y media, Lüdecke decía querer dirigirse a Hitler «abierto y francamente, de hombre a hombre [...] como más de una vez hemos hablado sobre asuntos confidenciales». Le parecía —y el siguiente párrafo de su carta está subrayado— «que precisamente conmigo debe usted obrar con especial precaución antes de permitir que [se me pueda infligir] una cruel injusticia». Si no era rehabilitado por Hitler personalmente y con la mayor rapidez, estaba decidido a «obligarle». Para esa «completa rehabilitación y satisfacción» le daba un plazo de catorce días, a partir del cual debía «sacar todas las consecuencias», y reconocía «francamente que —sopesando todas las eventualidades— en lo que a mí respecta me he preparado y asegurado a fondo».

Sólo a la luz de esta carta, que se podría considerar una lección en el arte de la extorsión, es posible situar el «caso Lüdecke» en su contexto. Afectaba personalmente al dictador, quien sólo puso al corriente a unos pocos iniciados de confianza. Hitler sabía que era principalmente Hanfstaengl quien le había jugado aquella mala pasada; él habría preferido enviar a Lüdecke a Norteamérica, quitándoselo así de enmedio. Por otra parte, suponía que el jefe de las SA también estaba implicado de algún modo en aquel embrollo, lo que lo hacía especialmente peligroso, puesto que Röhm andaba al acecho y la lucha por el poder todavía no estaba en absoluto resuelta. Por otro lado, Lüdecke había dispuesto con lo que sabía sobre Hitler una amenaza tal que le hacía creer que tenía al dictador en sus manos; había vuelto al oficio que mejor dominaba desde que empezó a afeitarse. Hitler tenía que tomárselo muy en serio, como se vio a comienzos de mayo de 1934, cuando el *Evening Star* publicó un artículo de Lüdecke sobre su espectacular huida de Alemania, con la vaga insinuación de que influyentes jefes del partido le habrían ayudado confiando en obtener beneficios de su actividad en el extranjero.¹⁰⁰ Hay que tener en cuenta otra fuente posterior, los interrogatorios de la Gestapo a algunos supuestos

colaboradores en la fuga, pertenecientes a los círculos dirigentes del NSDAP, con los que preparó «un interesante fascículo especial de declaraciones juradas».¹⁰¹ En octubre de 1934 el caso fue «sometido a una revisión a fondo»¹⁰² de la que se ocupó personalmente Himmler.¹⁰³ Con todo ello Hitler pretendía conocer de qué armas disponía efectivamente Lüdecke. No se han hallado los documentos correspondientes.

En los meses siguientes Lüdecke se mantuvo totalmente callado, de lo que se deduce que Hitler logró de algún modo apaciguar al chantajista. Probablemente se le pagó su silencio, como indica también Hans Mend en su documento de 1939, donde dice que un cierto «Liedtke» había huido a Norteamérica poco antes del «putsch de Röhm» llevándose los diarios del jefe de las SA y que desde allí había pretendido extorsionar a la dirección del partido». Y Mend añadía: «Rudolf Hess llamó entonces a Hanfstaengl cuando Liedtke exigió más dinero, en concreto 50 000 dólares en metálico y otros 50 000 en “medicamentos” para venderlos en América con beneficio.»¹⁰⁴ La grafía equivocada no nos debe engañar, ya que el propio *Münchener Post* había utilizado ese erróneo «Liedtke» en sus artículos sobre Lüdecke.¹⁰⁵ Todo lo demás, no obstante, concuerda con lo que sabemos: los diarios de Röhm con la fama de Lüdecke como chantajista y el estraperlo medicinal con su sentido de los negocios. Hasta la conversación telefónica entre Rudolf Hess y Ernst Hanfstaengl tiene explicación, pero para ello tendremos que ocuparnos nuevamente de la carrera de Hanfstaengl.

Extorsiones mutuas

En la primavera de 1933 Hanfstaengl había cifrado toda su ambición en apartar a Rosenberg y Lüdecke para lograr mayor influencia en la política exterior, pero eso no consolidó en modo alguno su posición en el interior de la dirección nazi. En cierta ocasión, Goebbels lo llamó «cabeza de chorlito» después de que insultara «terriblemente» a Rosenberg.¹⁰⁶ El propio Goebbels nos ha transmitido una clara advertencia de Hitler en aquella época: «Hanfstaengl, lleva usted demasiado lejos su crítica a Rosenberg. Si no

cesa en esa actitud, tendré que prescindir de usted.»¹⁰⁷ Pese a esa amonestación Hanfstaengl intentó de nuevo en febrero de 1934 promocionarse mediante una iniciativa diplomática privada: en Roma ofreció a Mussolini no sólo el *copyright* italiano para una película de propaganda nazi, sino un próximo encuentro con el dictador alemán. La reacción de Hitler a esa arbitraria propuesta de su jefe de prensa para el extranjero debió de ser parecida a la que ya tuvo en el otoño de 1933 cuando calificó de «idiotez»¹⁰⁸ un programa de paz austro-alemán preparado por Hanfstaengl. Hasta en los círculos diplomáticos de Berlín corrió la noticia de que Hanfstaengl ya «no gozaba de la confianza» del dictador.¹⁰⁹

En modo alguno se le podía reprochar una intención «torcida», ya que en su actividad oficial Hanfstaengl se presentaba siempre como un nacionalsocialista fiel a la línea: comenzando por el busto de Hitler sobre su escritorio,¹¹⁰ pasando por sus profesiones de fe en una «cura de sangre» para los alemanes,¹¹¹ hasta sus groseras declaraciones antisemitas en el terreno diplomático¹¹² y la propaganda en favor de la «enorme obra por la paz»¹¹³ de Hitler. No era un compromiso escaso con el régimen nazi lo que provocaba sus desavenencias con la dirección del NSDAP, sino única y exclusivamente su arribismo.

La huida de Kurt Lüdecke era lo peor que le podía suceder a Hanfstaengl. No sólo porque había contribuido decisivamente a ella al provocar tan desmesuradamente a su rival, sino también porque Lüdecke advertía a Hitler contra él en su carta, diciéndole que «no sólo intrigaba y arremetía contra Rosenberg [...] y contra mí de forma incalificable y condenable, sino que también ha adoptado ocasionalmente contra usted una actitud que da mucho que pensar».¹¹⁴ Hanfstaengl advirtió que Hitler veía en esa indicación algo más que una simple venganza. Además, existía el peligro de que Lüdecke le denunciara públicamente quedando con ello moralmente aniquilado. En esa situación, en marzo de 1934 le llegó una invitación al jubileo de su promoción en Harvard que dio un nuevo giro al caso.

Hanfstaengl la acogió con alegría, para explicar poco después

de mala gana que debido a sus ocupaciones oficiales urgentes no le era posible por el momento un viaje a América.¹¹⁵ Obviamente, Hitler se lo había vetado. Desde la carta de Lüdecke, a la que siguió otra a comienzos de mayo,¹¹⁶ a Hanfstaengl se le había puesto freno. De repente pudo sin embargo viajar precipitadamente a Estados Unidos a mediados de junio, sin avisar a la prensa y no como era habitual desde Bremerhaven, sino desde Cherburgo, adonde tuvo que llevarlo un aeroplano. Precisamente en ese momento salía del mismo puerto un barco canadiense en el que Kurt Lüdecke se dirigía a Estados Unidos.¹¹⁷ A comienzos de julio de 1934 ambos íntimos enemigos se hallaban en Nueva York, donde el asistente de Hanfstaengl, Voigt, sondeaba el terreno desde hacía unos días,¹¹⁸ por lo que no cabe pensar que se tratara de un viaje privado, pero con algunas maniobras de distracción consiguió ocultar el objetivo real de toda la empresa, concretamente —es mi tesis—, impedir por encargo de Hitler que Lüdecke siguiera haciendo tonterías.

No existen testimonios ni documentos sobre ese encargo ni sobre cómo lo llevó a cabo Hanfstaengl, pero hay varios indicios que hablan en favor de que se trataba de una misión secreta. En primer lugar, el hecho de que Lüdecke no hiciera ningún movimiento durante meses tras el viaje de Hanfstaengl. Esa actitud sólo se explica por el pago de su silencio y, lo que también era valioso psicológicamente, la visita a Canosa de su peor enemigo, que es lo que al parecer le exigió Hitler cuando se puso en camino. Entretanto demostraba con el asesinato de Röhm, del modo más brutal, cómo pensaba tratar a los «traidores» de su propio campo. Al tener conocimiento de esos hechos, Hanfstaengl habría preferido permanecer en América: «Se me ablandaron las rodillas, [...] las imágenes me bailaban delante de los ojos.» Estaba «totalmente desconcertado y escandalizado».¹¹⁹ Pero el ministro de Asuntos Exteriores le ordenó personalmente que regresara a Alemania, y el 14 de julio desembarcaba en Bremerhaven, siendo inmediatamente citado para rendir informes en Heiligendamm,¹²⁰ donde Hitler y Goebbels disfrutaban de unos días de vacaciones.

Goebbels sólo menciona de pasada en su diario la visita de Hanfstaengl el 15 de julio.¹²¹ Posiblemente no estaba al tanto, ya

que Hitler lo recibió a solas. Hanfstaengl, por el contrario, se extiende en sus memorias sobre ese encuentro, ya que para él, retrospectivamente, marcó el comienzo de su separación definitiva de Hitler. De su misión en América, como es natural, ni una palabra; lo único que hace creíble su relato es precisamente la fría reserva, y hasta la mordaz ironía, con que al parecer reaccionó Hitler frente a su informe. Ignoramos si en efecto le informó sobre todo lo que había hecho en América con respecto al caso Lüdecke. Pero hay algo evidente: tuvo que tratarse de una cuestión harto significativa desde el punto de vista político cuando Hitler le llamó inaplaazablemente a la residencia de vacaciones a la que se acababa de trasladar. El *Führer* tenía con seguridad cosas mejores que hacer en esos agitados días que informarse acerca de cómo había transcurrido el jubileo en Harvard.

Tras el encuentro en Heiligendamm, concluye Hanfstaengl en su último informe, «ya no me quedaba nada que esperar».¹²² Pero todavía tuvo que cumplir un encargo del canciller para el ministro de Asuntos Exteriores, de otro modo no se entiende por qué el ministerio ordenó al día siguiente a la embajada en Washington responder de inmediato a las eventuales intrigas políticas de Lüdecke, haciendo referencia a su carrera criminal.¹²³ El siguiente paso de Hanfstaengl consistió en valerse para sus propósitos del magnate de la prensa William Randolph Hearst, que en aquel momento visitaba Alemania.¹²⁴ En agosto de 1934, el *Völkischer Beobachter* publicó con grandes titulares que el jefe de prensa para el extranjero había mantenido «una serie de conversaciones privadas» con el célebre editor «sobre la actual situación política» y estaba expresamente autorizado para hacer pública una declaración al respecto, según la cual, Hearst se manifestaba solidario con la «lucha» del pueblo alemán «por su liberación de las perversas estipulaciones del Tratado de Versalles». Con «todo su corazón» aprobaba «cuanto fuera provechoso para Alemania».¹²⁵ Semejante declaración de simpatía de boca de uno de los creadores de opinión norteamericanos más relevantes significaba obviamente una considerable inyección de prestigio frente a la destructiva mala prensa que el régimen nazi tenía en el extranjero desde el asesinato de Röhm, y también constituía un éxito para Hanfstaengl, quien in-

mediatamente propuso y dispuso una entrevista entre Hitler y Hearst.¹²⁶

Como recompensa por su buen trabajo Hanfstaengl pudo a mediados de septiembre aceptar una invitación de Hearst y acompañarle durante un par de días a su propiedad en Gales. De camino hicieron un alto en Londres, donde el potentado de la prensa británica Beaverbrook se fijó en el invitado procedente de la Alemania nazi. El 19 de septiembre apareció en el diario *Daily Express* de Beaverbrook un artículo titulado «Hitler's "Putzy" is here», en el que se le calificaba de «íntimo amigo del *Führer* Hitler». ¹²⁷ Cuando al día siguiente un reportero de ese diario se dirigió a Hanfstaengl, éste le echó en cara con vehemencia el empleo del apelativo Putzy, ya que en inglés sonaba como *Pussy*, lo que aludía, como explicó muchos años después, «al mote para hombres de inclinaciones contra natura». ¹²⁸ Pero el periodista confeccionó a partir de su entrevista otro artículo lleno de mordaces insinuaciones, que daban la impresión de que había algo poco claro en aquel alemán. ¹²⁹ De ello se deduce que en los círculos bien informados de periodistas la tendencia homosexual de Hanfstaengl era un secreto a voces. Pero lo más jugoso del reportaje era que además sugería una relación íntima con Hitler, esto es, con el hombre que había proclamado con el asesinato de Röhm la lucha más decidida contra la homosexualidad.

Hanfstaengl apreció que esos ataques, pese a todos sus inconvenientes, le ofrecían una gran oportunidad, concretamente la de involucrar a Hitler en el problema. Por eso presentó de inmediato y sin consultar con Berlín una querrela por difamación contra el propietario del *Daily Express*, acogida por éste con la escueta observación de que se alegraba de esa denuncia. ¹³⁰ Cuando Hanfstaengl regresó a Berlín a finales de septiembre tenía por fin en sus manos algo con lo que podía presionar a Hitler. No sabemos cómo reaccionó éste, pero del hecho de que el comienzo del proceso se demorara durante meses y quedara finalmente en agua de borrajas cabe deducir que debió de suceder algo entre bastidores. ¹³¹

También se produjeron novedades en el «caso Lüdecke». De un escrito que el ministerio de Exteriores envió en septiembre de 1934 a la Gestapo se deduce que éste posiblemente iba a ser con-

vocado pronto por una comisión de la Cámara de Representantes norteamericana para que informara acerca de la propaganda nacionalsocialista en Estados Unidos, por lo que convenía «preparar cuidadosamente medidas contra el previsible efecto de las declaraciones de Lüdecke». Para ello se precisaba «una exhaustiva exposición de las acciones punibles de las que será inculpado». ¹³² Ésa era la señal que Hanfstaengl había esperado durante tanto tiempo, y ahora parecía que por fin contaba con una justificación para aniquilar a su odiado enemigo.

Aunque nadie había dado la orden para ello, Hanfstaengl aprovechó en octubre de 1934 sus buenos contactos con la Gestapo para reconstruir desde ese aparato, «junto al comisario criminal Braschwitz, el expediente sobre Kurt Lüdecke». ¹³³ Además, como miembro de la llamada «comisión de investigación Hamburgo-Bremen» (una «organización que trabajando confidencialmente a disposición de los ministerios debía proporcionar a la prensa extranjera artículos y noticias favorables para Alemania»), ¹³⁴ hizo aparecer en la prensa germano-americana noticias comprometedoras sobre Lüdecke. ¹³⁵

Pero esas iniciativas arbitrarias tenían que llevar más pronto o más tarde a un enfrentamiento con Hitler. A finales de octubre de 1934 Hanfstaengl fue efectivamente «expulsado de la cancillería a causa de mi consecuente lucha contra Lüdecke por encargo del *Führer*, con las siguientes palabras: "El *Führer* desea que no regrese a la cancillería hasta que haya quedado resuelto el caso Lüdecke."» ¹³⁶ Eso era algo más que una proscripción a la ligera, ya que, como bien pronto se iba a manifestar de plano, Hanfstaengl había caído definitivamente en desgracia. Aunque más tarde trató de atribuir su ruptura con Hitler a diferencias políticas, el propio Hanfstaengl dio a conocer un detalle que revela el aspecto puramente personal de aquel conflicto. En el curso de una discusión durante un almuerzo en la cancillería sobre la cuestión de cómo se debería haber tratado a Lüdecke, Hitler se había dirigido a él, «pálido de ira», con estas palabras: «Todo esto es culpa suya, Hanfstaengl. Usted debería haberle tratado más diplomáticamente.» ¹³⁷

A Hitler le irritó sobremanera haberse visto obligado a actuar por la torpeza de Hanfstaengl. Por eso lo convirtió en chivo expiatorio y decidió que a partir de entonces decidiría personalmente todo lo relativo a esa cuestión.

Pero el caso de extorsión Lüdecke-Hitler estaba ligado al asunto Lüdecke-Hanfstaengl, y este último se creía capaz de protegerse frente a cualquier eventualidad, cuando a pesar de la reprimenda de Hitler emprendió nuevas investigaciones sobre Lüdecke por su propia cuenta. El 1 de noviembre depositó en el ministerio de Asuntos Exteriores un informe de la Gestapo que dirigió personalmente, con el encabezamiento «Dirección Nacional del NSDAP», al entonces director ministerial Dieckhoff. Ese informe contenía todos los datos esenciales sobre las actividades delictivas de Lüdecke desde 1911 y lo desenmascaraba como «timador y estafador [...], que había utilizado su dudosa actividad para el NSDAP como un medio para lograr grandes ingresos». ¹³⁸ En el escrito oficial, casi idéntico, que la Gestapo envió al día siguiente al ministerio de Asuntos Exteriores, faltaba el párrafo que le interesaba particularmente a Hanfstaengl, en el que decía, según este último, que «había mantenido relaciones íntimas con otros hombres recibiendo por ello el correspondiente pago». Eso deja claro lo que verdaderamente se proponía: presentar a Lüdecke como un prostituto, ponerlo en evidencia como homosexual, de forma que cualquier denuncia sexual *por su parte* quedara por adelantado totalmente desautorizada y resultara increíble.

Hanfstaengl abasteció también con sus datos obtenidos de la Gestapo al ministro bávaro de Justicia Hans Frank, que como antiguo abogado de Hitler y miembro del tribunal interno del NSDAP había tenido que ver en varios sentidos con el caso Lüdecke, incluyendo así en su propia campaña. ¹³⁹ De cara a la galería procuró dar siempre la impresión de que trabajaba en aquel asunto por encargo del *Führer*, del que todavía se le consideraba en general un buen amigo. Así pudo permitirse, por ejemplo, poner al ministerio de Asuntos Exteriores al servicio de su campaña contra Lüdecke, ¹⁴⁰ o exhortar al entonces consejero ministerial de Justicia de Baviera para «agilizar cuanto sea posible las indagaciones en el caso Lüdecke, ya que corre prisa». ¹⁴¹ Y consiguió en ambos ministe-

rios hacerse con documentos confidenciales y hacer preparar copias de ellos (también tuvo así acceso a su propio expediente, ¹⁴² a cargo de la Jefatura de Policía de Munich, un indicio de que también indagaba sobre sus propias cosas). Además reunió testimonios escritos en los que antiguos conocidos de Lüdecke habían hecho declaraciones comprometedoras sobre éste. ¹⁴³ De este modo había conseguido a finales de noviembre un dossier que ningún servicio secreto profesional habría podido mejorar.

Hitler, por el contrario, pretendía actuar más prudentemente en el caso Lüdecke. Cabe así imaginarse cómo reaccionaría el dictador cuando supo a finales de noviembre que Hanfstaengl había proseguido su guerra privada contra Lüdecke pese a su veto explícito. Cuando hizo preguntar al ministerio de Justicia bávaro por qué se habían entregado a Hanfstaengl copias certificadas de documentos oficiales tuvo que escuchar que éste había justificado su petición de consulta de los autos en que debía «informar al *Führer* sobre la personalidad de Lüdecke». ¹⁴⁴ Hitler se había visto así burlado, y nadie sabe cómo consiguió Hanfstaengl salir airoso de ese paso en falso. En cualquier caso, todo el material oficial sobre Lüdecke fue ahora retirado de la circulación por orden de Hitler y puesto bajo la custodia de su ayudantía en la sección de acceso reservado. ¹⁴⁵

Pero con eso no quedó cerrado el caso por mucho tiempo. En diciembre de 1934 Lüdecke se hizo oír de nuevo, y de un modo que volvía a presentarlo como maestro en su campo. Recurrió a intercesores americanos para aprovechar las conexiones de éstos con el presidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht. A primeros de enero de 1935 llegó a Berlín un paquete de escritos explosivos, ¹⁴⁶ confeccionados todos ellos por Lüdecke, aunque algunos se hicieron pasar por informes neutrales de sus ayudantes. Schacht, como se dice en un apéndice, «se ocupará con seguridad de que el Sr. Hitler disponga lo necesario para que el caso L. se resuelva como queda propuesto». Lüdecke planteaba como un ultimátum las siguientes exigencias: una disculpa publicada en el *Völkischer Beobachter* de la dirección nacional del NSDAP por su injustificado internamiento, ligada a la explicación de que «había cumplido de forma impecable sus tareas y trabajos nacionalsocialistas»; una «com-

pensación de 50 000 dólares, [de los cuales] al menos 25 000 dólares en metálico» y la otra mitad en forma de «mercancías de calidad de primera clase». Si no se aceptaba su «propuesta», «procedería sin escrúpulos ni consideración con todos los medios a su alcance [...], para vengarse de sus enemigos». Decía tener en sus manos la posibilidad de «llevar ante el gran público todo su caso [...] en un proceso sensacional, lo que naturalmente supondría un escándalo de primer orden». Mediante sus revelaciones podría «ocasionar grandes daños en especial para el prestigio de Hitler». Advertía expresamente contra el intento de «apartarlo de forma violenta o querer hacerlo inofensivo, ya que se ha asegurado a todos los efectos [...] frente a esa eventualidad» o de «presentarlo como insignificante o mentiroso, lo que en razón de su material probatorio documental con fotografías y de los acontecimientos del 30 de junio no resultaría creíble para nadie». ¹⁴⁷

Lo más llamativo de ese documento es sin duda la osadía de su redacción. Pero todavía es más significativo que otorgue credibilidad al documento Mend. Hans Mend sólo pudo obtener sus informaciones de Hanfstaengl, quien en aquellos momentos estaba evidentemente contactando con gente como él. Hanfstaengl y Hitler reaccionaron de inmediato a la amenaza procedente de Nueva York. El jefe de prensa para el extranjero aleccionó a sus conocidos en Norteamérica para que publicaran el folleto «Extractos de expedientes alemanes», pretendiendo así convertir en centro del debate el pasado criminal de Lüdecke. El extracto de las actas era idéntico al informe de la Gestapo antes mencionado. ¹⁴⁸ Hitler, por el contrario, reaccionó de forma muy diferente. Hizo que el jefe de su cancillería, Philipp Bouler, redactara para el hombre de confianza de Lüdecke un escrito de lo más complaciente pidiéndole que transmitiera al «Sr. Lüdecke» la noticia «de que me ocuparé tan pronto como sea posible de su asunto. [...] Puede estar seguro de que aquí se hará todo cuanto sea preciso para resolver la cuestión». ¹⁴⁹

Con esa promesa Hitler se dejaba todas las puertas abiertas, y de hecho debió de hallar pronto un *modus vivendi*, ya que Lüdecke no volvió a moverse en dos años. No hubo proceso escandaloso, ni artículos sensacionalistas, ni nuevos escritos extorsiona-

dores, aunque a principios de enero de 1935 Lüdecke había pronunciado en Nueva York la siguiente advertencia pública: «Si ese tribunal [el tribunal interno del NSDAP] no me declara inocente, sabré limpiar mi honor, por mucho que se empeñen Hitler y su partido nacionalsocialista.» ¹⁵⁰ Nunca sabremos con detalle cómo hizo el dictador alemán para desactivar la carga explosiva del caso Lüdecke, pero seguro que tuvo que emplear una sustanciosa cantidad de dinero.

Hitler no podía saber, de todos modos, que a pesar de sus esfuerzos por llegar a un arreglo, Lüdecke iba a contratar en 1936 con la editorial Charles Scribner's Sons de Nueva York la publicación de un libro en el que debería informar sobre sus experiencias con Hitler y con el movimiento nazi. ¹⁵¹ Siguiendo el leitmotiv de toda su vida, quería hacerlo sin renunciar por ello a cobrar el precio de su silencio y vender al mismo tiempo cuanto sabía por mucho dinero. Después de que Hitler sólo se hubiera mostrado dispuesto a pagarle una parte de aquello a lo que creía tener derecho, en concreto la «completa rehabilitación y satisfacción», trató de cobrarle el resto con sus revelaciones.

El título del libro, *Yo conocí a Hitler*, era algo más que un reclamo publicitario: a los enemigos de Lüdecke les debió de sonar como una amenaza. Ese sentido oculto se apreciaba mejor atendiendo al subtítulo del libro, *La historia de un nazi que logró escapar a la masacre* [del llamado «putsch de Röhm»] y a su dedicatoria, «para el capitán Ernst Röhm». Ya desde la primera frase deja claro Lüdecke que sólo su «conocimiento y consideraciones de buen gusto» le habían impuesto limitaciones en la presentación de la «verdad desnuda». En otro lugar menciona una conversación secreta con Röhm en la primavera de 1934 y explica que todavía no habían madurado las condiciones para hacer público todo el contenido de esa conversación. ¹⁵² Donde se muestra más refinado es en los pasajes en los que se refiere a la sexualidad de Hitler. Lo que le hace decir a Magda Goebbels sobre el peculiar comportamiento de Hitler frente a las mujeres ¹⁵³ está tan lleno de insinuaciones que el lector sólo puede inferir que el *Führer* tenía un verdadero problema con el otro sexo. «Hitler era del todo encantador —asegura la Sra. Goebbels—, pero en cierto modo...» Y al remitirse inmediatamente en

ese momento a la homosexualidad de Röhm, deja clara toda su astucia. Si Hitler, sugiere, sólo es capaz de mantener relaciones pláticas con las mujeres y, al mismo tiempo, encubre y protege hacia el exterior al homosexual Röhm, uno de sus colaboradores más estrechos, entonces tiene que haber algo de cierto en los rumores sobre las inclinaciones homoeróticas de Hitler. Tanto más cuanto que el *Führer*, como se lee más adelante, había respondido con la mayor sequedad a una pregunta al respecto por parte de Lüdecke. Y luego está la indignación de Röhm frente a la hipocresía de Hitler. Su «anomalía», según le había dicho el jefe de las SA a Lüdecke, no le concernía a nadie: «Entre mis cuatro paredes hago lo que me parece.» Y Röhm añadió expresivamente: «como cualquier otro...». ¹⁵⁴

Hitler debió de ver en la publicación del libro un nuevo intento de extorsión, ya que no pudo ser una casualidad que su ayudante personal Wiedemann partiera inmediatamente hacia Nueva York. ¹⁵⁵ En sus memorias Wiedemann no se refirió a esa misión, pero el solo hecho de que la disfracara como unas vacaciones privadas y luego fuera contabilizada como un viaje de servicio oficial hace más que probable un encargo secreto de Hitler. ¹⁵⁶ Algunos meses después la embajada alemana en Washington anunció que Lüdecke, según sus propios datos, «se había retirado finalmente de la política y en el futuro se proponía vivir únicamente para sí mismo». ¹⁵⁷ El chantajista debió pues de ser apaciguado de nuevo. A eso apunta la circunstancia de que a finales de 1937 retirara la demanda contra el *New Yorker Staatszeitung*, pese a que estaba en juego una indemnización por daños y perjuicios de 100 000 dólares. ¹⁵⁸

Con eso quedaba resuelto para Hitler el «caso Lüdecke». A eso se añadió que la prensa inglesa apenas había sabido sacar provecho de él, al menos nada amenazador. ¹⁵⁹ Ciertamente es que aquella publicación se consideraba como «el libro más personal hasta la fecha acerca de los nazis», pero no se utilizó como desencadenante de una campaña contra el dictador alemán. ¹⁶⁰ Algo parecido sucedió en Estados Unidos, donde el libro encontró un eco muy limitado. ¹⁶¹ Por eso, a comienzos de 1939, Hitler pudo rechazar sin inmutarse el último intento de Lüdecke de sacar rendimiento de sus recuerdos. En concreto, éste propuso al embajador alemán

en Washington que el NDSAP le comprara por una «sustanciosa» suma todos los derechos sobre *I knew Hitler*, indicando «el interés alemán en evitar una mayor difusión del libro». Como transmitía la embajada, «se trata de un simple intento de extorsión», ¹⁶² por lo que se negó incluso a certificar a Lüdecke la recepción de su carta. Pero la iniciativa le parecía tan brillante que él mismo se encargó sin demora de hacer llegar su escrito al ministerio de Asuntos Exteriores, que lo remitió a su vez a la cancillería. «El *Führer* aprueba por supuesto la conducta del embajador en Washington», respondió su jefe Lammers al Ministerio de Exteriores. ¹⁶³ Hitler se serenó, teniendo en cuenta además que una edición del libro en alemán, tras la «unión» con Austria, era impensable. Y el ejemplar del ministerio de Asuntos Exteriores fue guardado «en un sobre cerrado en la cámara acorazada». ¹⁶⁴

Otro extorsionador

Hanfstaengl tuvo que pagar un alto precio por el encarnizamiento con que había procurado en 1933-34 la desgracia de su rival Lüdecke: perdió el favor de Hitler. Rosenberg estaba feliz cuando en la primavera de 1935 supo tras «varias visitas al *Führer*» que éste «ha dejado caer por fin a un parásito tan dañino y maligno como el Dr. Hanfstaengl». ¹⁶⁵ De todas formas, Hanfstaengl no fue despedido y pudo por tanto conservar una cierta capacidad de acción, si bien nunca volvió a contar entre los más próximos a Hitler y su jefatura de prensa para el extranjero quedó bajo tutela.

Todo su esfuerzo se volcó entonces en obtener por la fuerza la solidaridad del *Führer*. Esto se vio claramente a finales de 1935, cuando solicitó al tesorero nacional del NSDAP, Schwarz, la concesión de la «medalla al honor» y de la «orden de la sangre», apelando a su larga pertenencia al partido y a sus méritos. ¹⁶⁶ Pero Schwarz lo mandó a paseo. ¹⁶⁷ Hanfstaengl renovó su petición, dirigiéndose esta vez personalmente al «querido camarada Schwarz» y justificando pérfidamente su pretensión del siguiente modo: «Participé en la refundación del partido en 1925. Por deseo y con repetida aprobación del *Führer* prescindi durante años de solici-

tar la incorporación oficial al partido. Las razones para ello deben ser bien conocidas por usted.» Y proseguía: «En relación con esto recuerdo que el *Führer* pasó conmigo la velada del día de la refundación en mi casita de la calle Pienzenauer.»¹⁶⁸ No se necesitaba una fantasía excesiva para reconocer aquí el perfil de un gesto amenazante, el intento de sacar ventaja de su antigua intimidad con Hitler. Aunque Schwarz no se mostró impresionado y le dio largas indicándole «que con respecto a ese asunto se dirigiera al *Führer*»,¹⁶⁹ cabe deducir que Hanfstaengl estaba a punto de seguir las huellas de su rival Lüdecke y de jugar la carta de la extorsión contra Hitler.

Por esa época debió de comenzar a reunir material comprometedor contra Hitler. En cualquier caso, Hitler tuvo noticia de las correspondientes notas de Hanfstaengl, no sabemos exactamente cómo.¹⁷⁰ Lo que sí sabemos, y por el propio Hanfstaengl, es que a raíz de aquello fue convocado a la cancillería por el ayudante Schaub y que allí fue severamente reprendido. ¿Cómo se había atrevido a buscar camorra contra Lüdecke en determinadas instancias del partido y del Estado? ¿Y de dónde le había venido la idea de reunir semejante material sobre Hitler? Los clamorosos reproches de Schaub fueron creciendo, según Hanfstaengl, hasta la amenaza, si no se andaba con ojo, de confeccionar un dossier sobre él que lo liquidara definitivamente.¹⁷¹ Eso era más que una intimidación, era un ultimátum que amenazaba su propia vida. Hanfstaengl temió un complot debido a Lüdecke, y en esa situación desesperada reaccionó del mismo modo que Hans Mend, diciéndole a la cara cuanto tenía contra Hitler y recriminándole haber perdido su bienestar de forma injustificada.

Sabemos esto por Hertha Oldenbourg (de soltera Hertha Frey), una antigua secretaria de Hitler, que en el verano de 1936 escribió a Wiedemann lo siguiente sobre Hanfstaengl: En abril de ese mismo año se lo había encontrado casualmente en Starnberg, donde «con un torrente de palabras que le erizó los cabellos» se había explayado hablándole de Hitler, lo que ella, «tras larga reflexión y considerando su deber hacia el *Führer*» pasaba a referir. Hanfstaengl le había justificado así su postura: «Ese cerdo, ese Lüdecke, a quien usted ya conoce, ha estado acaparando mucha atención

en Berlín. Usted ya sabe qué tipo de estafador, rufián, etcétera, es. El ministerio de Exteriores, el Sr. Meissner [Jefe de la Cancillería], la legación, etcétera, todos conocen su calaña, y aun así Hitler lo respalda. Rosenberg, que lleva una vida privada absolutamente desordenada, [...] le protege, porque Lüdecke está al tanto de que mantiene o mantenía una relación con la hija de Georg Bernhard [un escritor judío], y teme que lo proclame a los cuatro vientos. También se trata con el Dr. Goebbels, a pesar de que éste sabe que su mujer estuvo liada con el tal Lüdecke, quizá por la preocupación de que ese tipo pueda airearlo.» Al respecto el Dr. Hanfstaengl utilizó la expresión: «Es una porquería que Hitler aguante a ese elemento [...], y que aun sabiéndolo todo no haga nada.» Y la denunciante añadía: «Temo que Hanfstaengl haya podido dirigirse en los mismos términos a otras personas.»¹⁷²

Wiedemann sólo pudo confirmar en su escrito de respuesta a la «querida y digna señora Oldenbourg» que: «[...] no es nueva para nosotros esa forma incontrolada de expresarse del Dr. Hanfstaengl, y creo que el *Führer* ya había sido informado anteriormente de ello». Intentó desdramatizar el asunto, añadiendo que quería «notificar al Sr. Hess el contenido de su escrito».¹⁷³ En realidad, esa denuncia provocó un pequeño terremoto entre los más fieles a Hitler. Rosenberg mantuvo una conversación con su viejo enemigo Goebbels para contarle «el desagradable asunto con Lüdecke», en el que también andaba enredada su mujer. Cuando Goebbels le preguntó por ello, ésta respondió tras algunas vacilaciones «que era cierto lo de Lüdecke». Goebbels estaba anonadado: «Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que me reponga de esto», anotó en su Diario.¹⁷⁴

Si las quejas de Hanfstaengl sobre Hitler sólo hubieran sido el producto de su autocompasión se le habría podido dejar que se lamentara cuanto quisiera. Pero gran parte de lo que había dicho era cierto, hablando además sobre cosas que no sólo debían tratarse con discreción, sino que eran tabú. En esa medida, las preocupaciones de Hertha Oldenbourg eran razonables, aunque en un sentido diferente al que ella creía: «Expresarse de forma tan vulgar sobre el *Führer* y otras personas es inaceptable y aun peligroso.» Ella no podía compartir el punto de vista conciliador de Wiede-

mann de que «se trata únicamente de "incontinencia verbal"». «En definitiva, ese buen hombre anda diciendo por ahí a quien quiera oírle que él es "uno de los más antiguos y buenos amigos del *Führer*, quien ahora lo menosprecia y olvida todo el agradecimiento que le debe.»¹⁷⁵ Con otras palabras, Hanfstaengl no sólo se permitía hablar de asuntos que en el Tercer Reich estaban castigados, sino que lo hacía apelando a su intimidad con Hitler.

Resulta difícil juzgar si Hanfstaengl, intuyendo el golpe que le esperaba, había perdido el control o si se trataba de una deliberada huida hacia adelante. En cualquier caso, se hallaba entre la espada y la pared. Estaba en juego todo su proyecto de vida. El sueño fracasado de un burgués ilustrado, que había construido toda su carrera sobre la cruz gamada, el «sagrado símbolo de una nueva Alemania»,¹⁷⁶ y también, naturalmente, sobre su relación personal con Hitler.

Pero también el *Führer* tenía que actuar. Su jefe de prensa para el extranjero era demasiado conocido para poder simplemente relegerlo, pero por otra parte no podía contemplar impasible la actividad de Hanfstaengl. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar su amigo de otros tiempos. En un primer momento envió por delante al cornudo Goebbels, quien no sólo le cerró el grifo financiero a Hanfstaengl, sino que puso tras él al fiscal. «Van a interrogar a Hanfstaengl. Su suerte está echada», anotó venenosamente en su Diario el ministro de Propaganda el 16 de agosto de 1936; cinco días más tarde proclamaba triunfalmente: «Hanfstaengl hundido.»¹⁷⁷ Y cuando por esos mismos días Helene Hanfstaengl se separó de su marido, Hitler dijo: «Tengo que enviarle un telegrama felicitándola.»¹⁷⁸

De ahí en adelante, Hanfstaengl no podía estar seguro de conservar su vida, como comprobó en febrero de 1937, cuando Hitler le dio una cruel lección. Un día antes de su 50.º cumpleaños, Hanfstaengl recibió la orden de unirse a los periodistas alemanes enviados a España, donde la guerra civil hacía estragos. Después de que el avión hubiera despegado de Berlín se le comunicó el «verdadero» objetivo de su misión: debía saltar en paracaídas tras el frente de las «tropas rojas». Hanfstaengl presintió un atentado contra su vida y lleno de angustia consiguió tras un aterrizaje intermedio

llegar a Suiza.¹⁷⁹ Desde el verano de 1936 había sopesado la posibilidad de la fuga, pero al final tuvo que decidirse a ella improvisadamente. Aun así dispuso de la libertad de emplear sin rodeos los medios con los que creía poder reconquistar en el Reich nazi una posición de poder. Comenzó así una lucha de dos años y medio, un amargo tira y afloja.

Pocos días después de que se conociera su fuga los sobresaltados dirigentes del Reich trataron de «hacer regresar a Alemania» al renegado. Primero fue Goebbels, con el «cebo de grandes honorarios por la música para películas».¹⁸⁰ Poco después Göring, con un escrito que su ayudante Bodenschatz llevó en mano a Hanfstaengl a Zurich: el comando de ascensión al cielo en el que se le incluyó había sido un escarmiento por sus descuidadas declaraciones, pero si regresaba a Alemania sería un hombre libre.¹⁸¹ Cuando el enviado le anunció sin embargo desagradables consecuencias en caso de que rechazara la oferta que se le hacía, Hanfstaengl respondió contraatacando: estaba en posesión de documentos secretos sobre la élite nazi desde 1922, cuya publicación comprometería a la dirección política del Tercer Reich. Había varias copias en manos seguras y llegado el caso se harían llegar a la prensa mundial.¹⁸² Hitler, Göring y Goebbels quedaron perplejos y preocupados: «Esperemos que no se convierta en otro emigrado.»¹⁸³ Pero no le pudieron atrapar ni con las más generosas ofertas, como la completa restitución de su posición profesional y material. Además, ahora sabía que disponía de hecho de un poderoso y eficaz medio de presión.

En abril de 1937 se trasladó a Londres y amenazó desde allí con «revelaciones», como anotó consternado Goebbels. «Si ése es larga, dejará pequeños a todos los demás emigrados.» Por eso estaban tan ansiosos de hacerle cambiar de opinión y de convencerle para que regresara. «Si llegamos a agarrarlo, habrá que ponerle a la sombra de inmediato y no volver a soltarlo nunca.» Él, Goebbels, «nunca había apreciado a ese cerdo», que era «capaz de todo».¹⁸⁴ La Gestapo requisó las posesiones personales de Hanfstaengl, pero algunos amigos suyos habían conseguido ya salvar y hacerle llegar algunas cosas.¹⁸⁵ También le amenazaron con un proceso por alta traición; el propio Heydrich condujo las indagaciones.¹⁸⁶ Pero, a

mediados de mayo Bodenschatz puso en manos de Hanfstaengl propuestas conciliadoras de Göring, invitándole a una conversación en Berlín con un salvoconducto. También apareció en Londres un enviado del denominado «estado mayor de comunicaciones» y le exhortó a que no se convirtiera en un «cerdo». Hanfstaengl replicó diciendo que la gente de la cancillería no estaba «limpia», ni siquiera Hitler. Un «maricón y chantajista» (se refería naturalmente a Lüdecke) contaba allí más que él. Eso muestra suficientemente qué espíritu dominaba allí.¹⁸⁷

Así quedaron fijadas las posiciones de Hanfstaengl y de la cancillería tras un trimestre de mutuos tanteos; el huido seguía obsesionado con Lüdecke y quería por encima de todo que Hitler lo desautorizara públicamente y se disculpara ante él en debida forma. En el lado contrario estaban, junto a Hitler, Goebbels y Göring, todos los dirigentes del régimen nazi, empavorecidos frente a las eventuales «revelaciones» infernales de Hanfstaengl. Tenían que evitar por todos los medios que el ex jefe de prensa para el extranjero convirtiera en realidad sus amenazas y al mismo tiempo salvar la cara.

Cuando en noviembre de 1937 apareció el libro de Lüdecke *I knew Hitler*, Hanfstaengl vio confirmadas todas sus posiciones. Aun reconociendo que el autor «todavía no ha gastado toda su pólvora»,¹⁸⁸ quedaba claro que su rival le había vuelto a ganar por la mano, pero se precipitó con brío sobre las revelaciones para echar la bronca correspondiente al partido y a la dirección estatal del Tercer Reich. En definitiva, él había sido el único nacionalsocialista que había arriesgado incluso su posición para alejar del círculo de colaboradores de Hitler a aquel «cerdo bisexual», que se había revelado finalmente como partidario de Röhm.¹⁸⁹ Amenazaba con la publicación de sus dossiers de 1934 si no era rehabilitado sin demora. Y, cuando Hitler se mostró impasible, envió a no menos de cuarenta y cinco destacados nacionalsocialistas un informe abreviado en el que bajo el título *I knew Lüdecke* resumía los pasajes supuestamente más espinosos del libro de Lüdecke. Con ello apuntaba menos a éste que a quienes «durante años me han subestimado, calumniado, combatido y finalmente apartado de mi puesto y empujado al exilio por “fidelidad” a Lüdecke». Ahora sólo les que-

da «una cosa: disculparse ante mí desde el primero hasta el último».¹⁹⁰

La dirección nazi, especialmente Hitler, reconoció en ese tono lastimero el ladrido del perro que no muerde. «A Hanfstaengl le gustaría volver a Alemania», pronosticó Goebbels aliviado en enero de 1938. «Hasta ahora no ha emprendido ninguna acción contra nosotros.»¹⁹¹ Cuando poco después Hanfstaengl pidió precisamente al «querido señor Himmler» que respaldara sus peticiones ante Hitler, el jefe de las SS anotó así el punto de vista del dictador: «Hanfstaengl debe permanecer donde está. El *Führer* no desea otra cosa.»¹⁹² Hasta finales de marzo de 1938, lo más que el repudiado podía esperar del Tercer Reich era la perspectiva de un regreso sin castigo, pero sin ningún tipo de «satisfacción» y «únicamente con el propósito de una vida tranquila sin desarrollar ningún tipo de actividad política».¹⁹³ Para una agotadora contienda de doce meses el resultado era desolador. Pero Hanfstaengl no había jugado todavía su mejor carta, lo que sabía acerca de la homosexualidad de Hitler. Quizá por escrúpulos o por miedo ante las consecuencias, o quizá sólo por falta de oportunidad.

Ésta se le presentó por fin en abril de 1938 bajo la forma de un corto artículo en la revista *The New Republic*, y Hanfstaengl no dudó ni un momento en aprovecharla según todas las reglas del arte de la extorsión. Se trataba de la siguiente frase: «El doctor Hanfstaengl era conocido como el novio de Hitler hasta que fue víctima de una intriga palaciega.»¹⁹⁴ El calificativo «novio de Hitler» [*Hitler's boyfriend*] fue para él la ocasión bienvenida para presentar por fin la querella por difamación que tres años antes había querido plantear a propósito del apelativo Hitler's Putzy. Ahora pretendía de nuevo tomar la iniciativa y estaba convencido de alcanzar al dictador alemán en un punto neurálgico.

Hanfstaengl urdió su golpe haciendo uso de distintos canales. En un primer momento trató de convencer al embajador alemán en Londres, Herbert von Dirksen, de que la frase en cuestión representaba «una ofensa inadmisibile contra la persona del *Führen*». Aquella calumnia era probablemente sólo el principio de una campaña de difamación de gran envergadura por parte de círculos interesados.¹⁹⁵ De forma muy parecida se expresó poco

semanas después ante su anciana madre, porque quería convencerla para que intercediera por él ante Göring. El artículo en cuestión no era tan sólo una provocación muy seria para él mismo, sino también para Hitler, ya que «dañaba su reputación como hombre». Si el gobierno alemán lo dejaba en la estacada en la lucha por su honor, eso le obligaría a acudir a los tribunales, lo que evidentemente provocaría un gran escándalo: «¡Homosexualidad en relación con A. H. en la sala de un tribunal! Se me ponen los pelos de punta solo de pensar en lo que dirá la prensa. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?»¹⁹⁶ La madre, que reconoció inmediatamente la hipocresía de su hijo, estaba espantada. Un proceso como el que él pretendía sólo podía acarrear las peores consecuencias para todos los participantes: «No puedo comprender qué te propones.»¹⁹⁷

Dos días después le escribió también Göring, aconsejándole que regresara de inmediato a Alemania, donde podría vivir sin ser molestado; sobre eso le daba su palabra de mariscal del Reich. Debía ignorar sin temor el artículo en cuestión; esos «plumillas» no podían afectar lo más mínimo al honor de Hitler. «Creo que no hará falta recordarte que tú mismo has hecho observaciones de la más baja estofa sobre el *Führer* y que es por eso por lo que él se distanció de ti.» Göring concluye su carta con la súplica formal: «¡Déjate de paranoias! [...] ¡Y olvídate sobre todo de ese extravagante proceso!»¹⁹⁸

Pero esta vez Hanfstaengl no se dejó engañar ni intimidar. En su carta de respuesta a Göring del 9 de septiembre de 1938, que concluía con un «Heil Hitler!», insistía en su lealtad al *Führer* y se ofrecía para seguir sirviendo fielmente al nacionalsocialismo. Pero la condición previa para ello era una carta personal de disculpa de Hitler, pidiéndole que regresara a Alemania y ofreciéndole un puesto atractivo. Si no se cumplía su legítima reivindicación, permanecería en el extranjero y mantendría la demanda por difamación.¹⁹⁹ Cuando cuatro semanas después, en lugar de una respuesta, recibió la comunicación de que en la embajada alemana le esperaba un cheque por valor de 20 000 marcos, junto con la exigencia de que regresara sin más dilación a Alemania, supo que había acertado con el tono y que había dado en el blanco. Rechazó el dinero con el que se le pretendía sobornar y redobló la presión, haciendo que sus abo-

gados presentaran el 17 de noviembre la querrela contra el editor de *The New Republic*. Al día siguiente escribió jactanciosamente a Göring y Ribbentrop que ahora «el honor y la vida privada del *Führer*» quedaban sujetos a la deliberación de los tribunales, al tiempo que les preguntaba si había instrucciones de Berlín para su conducta.²⁰⁰

Esta vez le alcanzó dando un rodeo la noticia de que si volvía a Alemania podría disfrutar de una generosa pensión por el resto de su vida. Eso le animó a escribir directamente a Hitler tratando de ponerle nervioso. En su escrito, del que sólo conocemos un borrador, le advertía frente a un «malintencionado ataque» del «partido enemigo» basado en material incriminatorio obtenido en los círculos de sus antiguas amistades. También le planteaba la cuestión de por qué precisamente él había tenido que abandonar la cancillería. La prensa judía se iba a precipitar con seguridad sobre el proceso, utilizándolo a él para agitar implacablemente contra Hitler, por más que, como siempre, hiciera cuanto estuviera a su alcance por proteger la figura de Hitler frente a los intentos de «mancillarla».²⁰¹

El 2 de diciembre recibió una respuesta a esa provocación a través de Bodenschatz, mano derecha de Göring. Éste le hacía saber que Hitler no veía ofensa ni alusión sexual alguna en el término *boyfriend*, que al fin y al cabo equivalía al alemán *Jugendfreund*, amigo de juventud. ¿A qué venía entonces el proceso? Hanfstaengl respondió el 14 de diciembre explicando por fin, negro sobre blanco, que en el proceso se trataba de aclarar «si la parte contraria estaba en condiciones de aportar material probatorio que confirmara su difamatoria afirmación de que el *Führer* y yo habíamos mantenido relaciones culpables en el sentido del Artículo 175». Puesto que ese material probatorio difícilmente podría ser aportado, la parte contraria se serviría con seguridad de un método indirecto, sacando a colación a compañeros de lucha homosexuales de los primeros tiempos (Röhm, Heines, etcétera) o colaboradores actuales del *Führer* moralmente controvertidos. Su tarea consistía en defender el honor del *Führer* frente a semejantes ataques. Una retirada de la demanda sería interpretada como una confesión implícita «de que el *Führer* es culpable del delito de homosexualidad».²⁰²

Hanfstaengl había puesto así en funcionamiento un arma sin duda poderosa; nadie del entorno del *Führer* se había atrevido nunca a tanto: ¡Relacionar al propio Hitler con el Artículo 175! Sólo podía aventurarse a hacerlo alguien que estuviera fuera del alcance del régimen y muy seguro de su posición. Si Hitler no hubiera sabido que Hanfstaengl todavía guardaba en la recámara munición de grueso calibre esas cartas le habrían hecho reír, y a todos les habrían parecido el producto de la fantasía de un loco. Por el contrario, se convirtieron en objeto de la diplomacia más secreta y ocuparon el tiempo de casi la totalidad de la dirección nacionalsocialista. En pocas palabras, se trataba de un peligro real. No es de extrañar, pues, que se extendiera el rumor de que Hanfstaengl estaba presionando al gobierno alemán y de que se le satisfaría pagando por su silencio.²⁰³

Acababa el año 1938 cuando Hanfstaengl, que ya parecía a punto de salirse con la suya en su extorsión, recibió una cariñosa carta de Winifred Wagner en la que ésta le decía que Hitler se había comprometido, en caso de que volviera a Alemania, no sólo a que no le sucedería nada, sino a permitirle proseguir su carrera.²⁰⁴ Pero para Hanfstaengl eso no era suficiente. Quería garantías del propio Hitler. Por eso se dirigió de nuevo al *Führer* a comienzos de febrero de 1939 con una carta manuscrita: «Como sabe usted muy bien, desde hace algún tiempo se me viene acusando de haber mantenido con usted relaciones homosexuales. Dado que no estoy dispuesto a aceptar esa ofensa, he presentado una denuncia. La vista oral está fijada para mediados de marzo. Para el juicio en sí se prevén dos días.» En esa vista pública debía informar «sobre mis antiguas y actuales relaciones con usted. [...] Si quiero defender en ese proceso mi honor y junto a él el suyo, debo saber al menos si estoy ante el tribunal como un exiliado rechazado por usted o como un nacionalsocialista totalmente rehabilitado en su honor y en su puesto. Si a primeros de marzo no contara con su pertinente indicación inequívoca de una completa rehabilitación tendría que entender, muy a pesar mío, que usted sigue sin estar dispuesto a tratarme con justicia, y sacar la conclusión de que para usted no sólo mi fidelidad y lealtad demostrada durante años, sino asimismo mi honor y mi futuro le son absolutamente indiferentes.

Si ésa fuera su posición, Sr. Hitler, yo también sabré qué debo hacer».²⁰⁵

También esa carta era una obra maestra del más elaborado arte de la extorsión, como reconocerían inmediatamente todos los implicados. Por indicación de Göring, quien muy bien podría haberla hecho desaparecer, llegó primero al jefe de la cancillería, quien no se la entregó a Hitler hasta finales de febrero, por lo que Hanfstaengl, utilizando otros canales, le envió otra carta el 27 de febrero que no nos ha sido dado recuperar. Sea como fuere, en febrero-marzo de 1939 los hombres más poderosos del régimen se vieron llevados al trote por las amenazas de Hanfstaengl: Hitler, Himmler, Göring y sus respectivas manos derechas, Bormann, Heydrich y Bodenschatz, quien además desempeñó el papel de mensajero. Las concesiones que se hicieron finalmente a Hanfstaengl «por encargo del *Führer*» son dignas de reflexión: el pago de todos los costes que le había causado el exilio involuntario, la recuperación de una posición de privilegio en el Tercer Reich, ninguna sanción.²⁰⁶ Hanfstaengl se veía cerca de su objetivo. La única condición que le faltaba, según sus propias palabras, era «un escrito de rehabilitación [...] firmado por el *Führer*».²⁰⁷ Pero éste prefirió esperar al comienzo del proceso. Conocía bien a Hanfstaengl y daba quizá por sentado que éste se echaría atrás en el último momento. Y así fue efectivamente.

El proceso de los días 18 y 19 de mayo de 1939 no transcurrió agradablemente para Hanfstaengl. El editor ofreció disculpas por el pasaje más comprometido del artículo publicado, aceptando que quizá podía considerarse denigratorio, pero no se habló de denuncia sexual ni de la vida privada de Hitler. La petición de indemnización de Hanfstaengl fue rechazada, habida cuenta de que no se había cometido ningún delito, de forma que tuvo también que arrostrar las costas del juicio.²⁰⁸ Hanfstaengl no se había atrevido a dar el último y decisivo paso. No se produjo el anunciado escándalo de prensa y para los implicados estaba ahora claro que sus amenazas no volverían a surtir efecto. Él necesitó más de cinco semanas, durante las que escribió nuevas cartas a los íntimos de Hitler, para comprenderlo.

Hanfstaengl sabía ahora que había sobrecalentado la olla y

así surgió de sus desesperados esfuerzos hacia Hitler una carta en la que se refería al inicio de su relación: «Usted me conoce, Sr. Hitler, y sabe tan bien como yo lo que me llevó a usted en 1922-23. A usted, y sólo a usted, al elegido, me entregué entonces. Ningún otro tiene derecho a exigirme lealtad y obediencia. Mientras esté usted ahí tan sólo oiré su voz y ninguna otra. Sólo usted puede hacerme volver. Le he escrito desde el fondo de mi corazón; haga usted lo mismo. No le pido otra cosa.»²⁰⁹

Que ese tono tan personal todavía podía conmover a Hitler lo prueba un escrito de Bormann a Wolff, ayudante de Himmler, en el que le dice que Hitler tenía «la intención de escribir en breve a Hanfstaengl».²¹⁰ Al parecer sólo se trataba de un arrebato sentimental, ya que Hanfstaengl no recibió respuesta. Pero en septiembre de 1939, poco después de que la guerra hubiera comenzado a asolar Europa, recordó una vez más a su antiguo amigo: «El *Führer* pide que nuestra embajada en Londres se ocupe inmediatamente de ponerse en contacto con Hanfstaengl para posibilitarle el regreso a Alemania. Debe ponerse a su disposición dinero en divisas para pagar las eventuales deudas que haya contraído.»²¹¹ Pero ya era demasiado tarde; pocos días después del inicio de la guerra Hanfstaengl había sido internado por los ingleses y más tarde trasladado a Canadá. Y en el verano de 1942 reveló una parte considerable de cuanto sabía sobre Hitler al servicio secreto norteamericano.

Epílogo

Desde mediados de los años treinta Hitler parece haber vivido su homosexualidad de forma muy sublimada. Al menos no se conocen fuentes que nos permitan para esa época una reconstrucción de su doble vida semejante a la que se ha podido llevar a cabo respecto a los tres decenios anteriores.

De Albert Speer se ha dicho que fue el «amor desgraciado» de Hitler, pero la historia que se oculta tras esa formulación está lejos de ser transparente.¹ Hay ciertamente algunos testimonios que sugieren que la relación entre el *Führer* y su arquitecto jefe era algo más que pura exaltación mutua. Para el escritor Günther Weisenborn, que los observó a ambos en el verano de 1939 en la sala de la Casa del Arte de Munich, «Speer parecía una especie de amante devoto» de Hitler; el dictador le tenía mucho afecto y le trató de forma muy diferente que a otros fieles seguidores.²

Pero el historiador Joachim Fest, que es quien mejor conoce la biografía de Speer, advierte que no se deben sacar conclusiones apresuradas. «Cuando le hablé [a Speer] en cierta ocasión de una relación homoerótica con Hitler, reaccionó de forma muy indignada. Supuso que yo quería referirme a una relación homosexual, lo que no era el caso. Pero creo que no le apetecía profundizar en ello. Y en sus memorias no hay ni el menor indicio de que hubiera reconocido ese carácter de su relación mutua».³ Fest habla de una «amistad masculina indudablemente homoerótica», en la que Speer era el fuerte y dominante y Hitler el dependiente y débil, pero insiste en que el arquitecto de Hitler «no se tomaba en serio,

curiosamente, ese componente erótico que estaba en juego entre ellos». ⁴ Quizá, tras su bárbaro ajuste de cuentas con Röhm, Hitler se disciplinó en la manifestación pública de sus inclinaciones. Quizá la verdad era sencillamente demasiado embarazosa para Speer. Así pues, seguirá siendo objeto de suposiciones sin confirmar en qué forma y hasta qué punto estaba marcada «homoeróticamente» la relación entre Hitler y Speer.

Hay sin embargo algo seguro: la gran emocionalidad de esa amistad siguió teniendo un gran valor político para Hitler hasta la «lucha final». Como ministro de armamento, Speer contribuyó decisivamente a demorar la derrota total del régimen. ⁵ Cuando debido a la llamada «orden de Nerón» —en la primavera de 1945 Hitler dio la orden de dejar tras de sí en la retirada únicamente «tierra quemada»— entraron en conflicto, Speer cedió tras una conversación personal con el dictador y acabó apoyándolo en su delirio, tan insensato como criminal, de resistir hasta el final. No se produjo una ruptura entre ellos, todo lo contrario. Todavía el 19 de marzo de 1945 Hitler le envió una fotografía de su penúltimo encuentro con la promesa de «eterna amistad», y pocos días antes del suicidio de Hitler Speer se abrió camino, como él dice, por motivos «románticos», hasta el búnker del *Führer*, ya asediado, en el centro de Berlín, a fin de asegurar al derrotado tirano su lealtad personal. Es obvio que ese gesto —extraña mezcla de subordinación, despedida y prueba de amor— tuvo que conmover a Hitler hasta las lágrimas. ⁶ ¿Fue una última escenificación o el cierre sentimental de una trayectoria vital homoerótica? Ambas posibilidades son concebibles.

Con este fotograma concluiría nuestra exposición, si no hubiera existido otro vínculo merecedor de atención, que también se había estabilizado a mediados de los años treinta y que terminaría en la primavera de 1945, en dramáticas circunstancias, con la muerte de ambos protagonistas: la relación de Hitler con una mujer, con Eva Braun.

Anticipándonos a las conclusiones, Eva Braun parece haber sido la única mujer de Hitler más o menos consciente del papel que tenía que desempeñar. Quizá contaba incluso con un verdadero talento para hacerlo; su sueño infantil era convertirse en actriz.

Ejercitó las poses ante la cámara con su descubridor, Heinrich Hoffmann, y fue también el fotógrafo oficial de Hitler quien los «emparejó» en 1930. Hasta el primer intento de suicidio de Eva Braun en 1932, Hitler no concedió al parecer gran importancia a esa *liaison*. Y después, cuando no sólo le regaló una villa en Munich sino que le prestó más atención, tuvo que recurrir de nuevo a la fórmula patética de la misión que le esperaba para defenderse de la avidez de aquella veinteañera y dar largas a la esperanzada «novia».

Hasta 1936, cuando concedió a Eva Braun un lugar fijo en el mundo de fachada de su vida privada «burguesa», no parece que su «niña» se hubiera sometido del todo a su destino. A eso apuntan al menos las conversaciones que ella mantuvo con el intérprete de Hitler Eugen Dollmann: «Es un santo —me decía—, el simple pensamiento de un contacto físico significaría para él contaminar su misión.» Muy a menudo le repetía «que su único amor era Alemania, y que olvidarlo, aunque fuera tan sólo por un breve instante, destruiría la energía mística de su misión». Pero en el mismo lugar cita Dollman a Eva Braun con las siguientes palabras: «Siempre la misión, la misión, la misión, el sacrificio y la abnegación. De esa forma —observó con una sonrisa— hemos creado felizmente el auténtico Reich masculino. Naturalmente, la gente cree que mi vida [junto a Hitler] es muy diferente: ¡si supieran!» ⁷ Hacia 1938, como muy tarde, tuvo que quedar claro para ella qué tipo de escenificación le aguardaba. Que asumiera el papel de «amante» y que incluso lo desempeñara satisfactoriamente apunta a su incapacidad para llevar una vida independiente.

¿Y Hitler? Su relación con Eva Braun suponía por fin la materialización feliz de un deseo largamente acariciado: un concubinato platónico. Prosiguió con la joven y bonita empleada del taller de fotografía de Hoffmann lo que ya había iniciado con Geli Raubal, con la única diferencia de que esta vez parecía ocultarlo. Sin embargo, desde el principio hubo «cómplices» que pronto hicieron de ese vínculo un secreto a voces. Pero eso no contrariaba en absoluto los planes de Hitler.

Aquella modelo le permitía aproximarse un poco más a la «normalidad»: ahora tenía una «amiga» que le pertenecía y se preocupaba por él, y que al mismo tiempo permanecía tan reservada y dis-

creta como correspondía a sus necesidades. Por banal y trivial que pueda sonar, Hitler consiguió así muchos respiros. En esa medida reflejaba el empeño personal con el que Hitler intentaba construir y mantener su microcosmos, el mismo que aplicaba en el mundo de la política; concretamente, explotar recursos ajenos en provecho propio. Él mismo lo expresó del modo más franco y brutal: «Cualquier hombre debe tener el derecho a estampar su sello sobre una muchacha. La mujer no quiere otra cosa.»⁸ La victoria que Hitler obtuvo a partir de esos principios sobre un carácter tan simple como el de Eva Braun quizá no cuente demasiado en el balance de su vida, pero es en todo caso sintomática de su continua doble estrategia de hechizar y subordinar a la gente respecto a su poder.

Indicativo de la rara indeterminación de esa relación es la esquiva respuesta que dio Julius Schaub en un interrogatorio tras la guerra a la pregunta de por qué no se había casado antes el *Führer* con su «Fräulein Braun», en lugar de esperar al último momento en el búnker: «Era su forma de ser; nos preguntábamos a menudo por qué, y no lo entendíamos. Al fin y al cabo, nosotros también estábamos casados y no con nuestras mujeres. Él tenía, seguro, sus propias ideas [...]; aparte de eso no sé decir otra cosa.» Y a la pregunta de cuáles podían ser esas «ideas propias» de Hitler, respondió: «No se extendía sobre ellas. Nunca nos las contaba en detalle». «¿La quería mucho?» «Le gustaba mucho, sí» «¿Qué quiere decir que le gustaba mucho? ¿La quería o no?» «Sí, sí que la quería.»⁹ Es decir, se gustaban.

Herbert Döring, gerente de Obersalzberg, recuerda igualmente una «tranquila y buena amistad, con momentos mejores y peores». Y a la pregunta de si aquella relación también era a su juicio de naturaleza sexual, respondía: «No, no llegaba tan lejos, seguro. De ningún modo.»¹⁰ También lo confirma una declaración de Heinrich Hoffmann: «En el cotilleo constante que reinaba en el entorno de Hitler yo tendría que haber oído algo, aunque sólo fuera a la chica que les hacía las camas.»¹¹ Toda una serie de testimonios parecidos refuerzan la sospecha de que probablemente Hitler ni siquiera se sentía encaprichado por ella.¹² Eso no está en contradicción con que Eva Braun pretendiera hacer creer algo diferente

al mundo, ya que cualquier otra cosa no sólo habría comprometido a Hitler, sino también herido su amor propio como mujer, agravando así su ya mutilado modo de vida.

Así pues, Hans-Severus Ziegler caracterizó muy acertadamente esa relación cuando habló del «amistoso y casi paternal trato» de Hitler hacia ella. «Como suelen decir los hombres coloquial y caballerosamente —observaba Ziegler—, Eva Braun es “un buen compañero”, al que nadie podría querer mal.»¹³ Nada más; pero en cualquier caso un «compañero» femenino, y eso era decisivo. Cuando Hitler la necesitaba estaba a su disposición, como siempre había exigido a su sobrina. Probablemente, ella se acordaba mucho de Geli Raubal; ambas compartían la juvenil despreocupación y la afición a los deportes, y al igual que de Raubal se cuenta de Braun que era una «niña salvaje». Un conocido de la adolescencia opinaba que en ella «se había perdido a un chico»; nunca había coqueteado con jóvenes. Además se divertía mucho disfrazándose y prefería «los papeles con pantalones».¹⁴ También se esforzaba por parecerse a la sobrina de Hitler, tanto en el peinado como en sus trajes.

Como acompañante del *Führer*, se quejaba Christa Schroeder, tenía poca talla. «¡Pero a mí me basta!», respondía Hitler.¹⁵ Por otra parte, tras la semilegalización de su relación en 1936, Eva Braun se había apaciguado un tanto; había llegado a convencerse de que su situación como «amiga» de Hitler tenía «su lado bueno y sus ventajas». «Imagínese usted —decía a Dollmann durante un vuelo de inteligente cinismo— lo cómodo que resulta para una mujer no tener que sentirse nunca celosa de otra.»¹⁶ Durante mucho tiempo se sintió en efecto celosa, y sufrió horriblemente como demuestran sus dos intentos de suicidio. Pero en algún momento se dio cuenta de que con sus celos se había dejado llevar por un fantasma y trató desde entonces de sacar el mejor partido de su situación. Posiblemente superó con sus amigas su preocupación por no ser amada, del mismo modo que aprovechó cuantas oportunidades se le brindaban para compensar sus frustraciones.

Éstas no debieron de intranquilizar demasiado a Hitler. Mientras ella cuidara las apariencias y se comportara como si fuera su amante, no le importaba lo más mínimo su modo de vida. Podía

jugar a la niña mimada y permitirse cuanto le apeteciera, joyas, bonitos vestidos y zapatos de Ferragamo. También ella vivía así una especie de doble vida: Hitler no la amaba en realidad, pero la compensaba con muchos caprichos y le dejaba la libertad de disfrutar a su antojo, exceptuando el trato con otros hombres, lo que le habría humillado. En esa medida, Eva Braun fue una auténtica compañera del *Führer*; juntos servían a la quimera de una relación amorosa hecha de abnegación.

En 1945 la «misión» de Hitler había fracasado. Aun así, supo todavía extraer algo de su relación con Eva Braun: quería que el espejismo creado siguiera existiendo tras su muerte (ya tenía planeado el suicidio), y elevó a su culmen para la posteridad el emparejamiento que ya duraba más de un decenio mediante la excelsa consagración de un «verdadero» matrimonio, que sin embargo no sería consumado. Ese enlace tardío no era sólo un premio para Eva Braun por su fiel servicio al mito Hitler, sino que ofrecía a la vez un importante pilar para ese mito, una última mentira genial, con la que el *Führer* convertido por fin en marido quedaba envuelto en un aura de normalidad. O para decirlo con las palabras de Hans Blüher: «Su boda in extremis fue un reconocimiento mecánico de la honorabilidad burguesa; se nos manifestó como efecto conclusivo de la comedia trágica que había representado ante el mundo.»¹⁷

Hasta la «toma del poder», la vida de Hitler estuvo bajo el dictado de su manía persecutoria. Ya en 1924 creía saber que «mis enemigos políticos querrán examinar mi vida con meticulosa atención, hasta la época de mi juventud». Y veía ahí «bandidos» trabajando, que «con la artera malevolencia judía [...] olisquean hasta en los asuntos de familia más secretos, y no pararán hasta que su olfato buscatrufas localice algún miserable suceso con el que hacer pica-dillo a la desgraciada víctima».¹⁸ Cuando se impuso en 1933 a los «calumniadores» del campo político enemigo y en 1934 a los chantajistas del propio, su manía persecutoria se convirtió en delirio de grandeza. A partir de entonces trabajó febrilmente para materializar sus planes de conquista del mundo y de aniquilación racista. Las consecuencias son conocidas por todos. Su vida privada quedó cada vez más alejada del horizonte visual, y al mismo tiempo

cada vez más blindada. Desde 1936 en adelante, la protección de su esfera privada era casi perfecta, y dejando a un lado provocaciones del estilo de las de Lüdecke y Hanfstaengl, el dictador alemán podía sentirse bastante seguro.

Fue el cercano derrumbe de la primavera de 1945 el que lo retrotrajo al problema cardinal de su existencia: cómo disimular y enmascararse. Con el suicidio y la orden de incinerar su cadáver no bastaba. Sólo con la destrucción sistemática de sus papeles privados y de los documentos por él confiscados, la boda con Eva Braun, su testamento y sobre todo la inmensa devastación de la que era responsable podía borrar los rasgos de su privacidad como ningún otro déspota anterior lo había hecho. Así huyó a la historia, instalándose en ella como presagio fatídico. Pero la suya no puede ser la última palabra. Si somos capaces de arrancarle sus secretos, estamos obligados a hacerlo.

POSTFACIO

Sobre la historia de un tabú

La homosexualidad de Hitler es uno de los últimos temas de la historia política del siglo XX que sigue siendo tabú. ¿Por qué, se pregunta uno, no debe conocer nada al respecto la opinión pública, cuando existen indicios más que suficientes? El no querer saber nada, el notable fenómeno del rechazo al debate, dura desde el final de la segunda guerra mundial hasta hoy mismo.

En 1949 aparecieron en Italia las memorias de Eugen Dollmann bajo el título escasamente sensacionalista *Roma Nazista*.¹ No fue la reputación científica de un historiador profesional lo que impulsó a la editorial a publicar el libro, sino el conocimiento desde dentro de uno de los representantes más influyentes del Tercer Reich en Roma durante los años de 1938 a 1945. Dollmann no era sólo el emisario personal de Himmler, sino también una especie de intérprete de confianza de Hitler, especialmente en sus conversaciones con Mussolini. Sabía muchas cosas y estaba dispuesto a dar a conocer algunas de ellas. Eso hizo de su libro un éxito, y no sólo en Italia.

El crítico del *Corriere della Sera* vio en Dollmann «una auténtica eminencia gris». Sus memorias eran «un valioso testimonio» y por eso mismo, sobre todo, de tan gran valor, porque nos presentaba «la esencia pública y privada de personalidades conocidas» y «contundentes revelaciones y comentarios que dan testimonio de un profundo estudio psicológico». ² Ya en el primer capítulo hablaba Dollmann de la homosexualidad de Hitler. ³ Como uno de los pocos que «conocía el secreto más delicado de la vida de Hitler»,

se sentía obligado a «presentar abiertamente ese hecho fundamental». Pero a continuación añadía: «No podía yo encargarme de iluminar la figura del dictador nacionalsocialista en la enormidad de su extravío durante la primera mitad de su vida [...]. Ésa debería ser tarea de otros conocedores de los secretos íntimos del *Führer*.»⁴ Los «conocedores» todavía vivos debieron probablemente entender la propuesta de Dollmann, en la medida en que tuvieran noticia de ella, como una exigencia excesiva, reforzando su decisión de negar tajantemente su participación en esos secretos. Únicamente Hans Blüher, el hasta 1934 influyente teórico sexual y apologeta del homoerotismo, tuvo en 1949 el valor de examinar el contexto homosexual de la carrera de Hitler.⁵

En el terreno literario fue Jean Genet el primero que abordó el tema en su novela *Pompes Funèbres*, de 1947.⁶ De forma drástica y sin miramientos, llamaba a Hitler «maricón». Genet trataba de provocar para atraer la atención (al menos así es como lo sentía Nicolaus Sombart, quien por aquel entonces vivía en París).⁷ Lo mismo se proponía Fritz von Unruh con su novela, aparecida en 1947, *Der nie verlor* [El que nunca perdió].⁸ Su retrato de un Hitler fuertemente sexualizado no se basaba únicamente en elementos ficticios, sino en vivencias personales. Unruh había pertenecido durante mucho tiempo al círculo de amigos de los príncipes Oskar y August Wilhelm Hohenzollern, y sabía de qué hablaba.⁹ Pero si bien el autor pedía expresamente en el epílogo que se escuchara la voz que había dado al dictador como «memento», su reconstrucción poética del «verdadero» Hitler no desató ninguna controversia pública.¹⁰ Si alguien le prestó atención, fue para mofarse de ella.

Todo esto era sintomático. El libro de Dollmann no se ha publicado en alemán, ni se le preguntó nunca por él a su autor, muerto en 1980. Sin embargo, su contenido podría, o incluso debería, haber servido como impulso para nuevas investigaciones. Pero la política hacia el pasado era la de expulsarlo del pensamiento, pretendiendo huir del recuerdo del *Führer*. Por eso tampoco despertó ningún interés ni suscitó ninguna discusión Erich Ebermayer, quien en 1959 volvió a llamar la atención sobre la vida sexual de Hitler con la publicación de su *Diario*.¹¹

En esa época, muchos debieron de sentir como insoportable

la idea de ir tras de alguien que no sólo era un criminal político, sino un «perverso», en el sentido de la moral sexual de los tiempos de Adenauer. Eso habría convertido la vergüenza del ya imperdonable seguimiento de Hitler en un estigma que amenazaba marcar para siempre con la ignominia. En esa medida, el no querer saber formaba parte integral de la psique nacional de los alemanes de posguerra, la negativa a admitir nuevas destrucciones de la identidad. Se mantuvo el tabú de una sociedad de colaboracionistas; expresaba que los alemanes no habían abjurado por completo de la fe en su *Führer*. Y por eso «sólo» se incluía en las biografías de Hitler lo que se *quería* saber: los fundamentos político-ideológicos y como mucho una u otra razón psicopatológica para el ascenso y fracaso de Hitler. A eso correspondía que en la ciencia de la época no se valorara la atención a la dimensión «personal» del devenir histórico. Evidentemente, desde entonces es mucho lo que ha cambiado, pero quien crea que eso vale también para la cuestión de la «homosexualidad de Hitler» está muy equivocado. Dollmann, Ebermayer, etcétera, han quedado hoy muy atrás, y sin embargo representan lo más avanzado en cuanto a la discusión de ese asunto.

Al debate crítico sobre Hitler no le basta una reactualización de ese tabú de posguerra. Su tendencia sexual no ofrece la clave de su vida, pero su conocimiento abre, desde luego, nuevas posibilidades de interpretación. Y si bien éstas no disminuyen de ningún modo la culpa y la criminalidad de Hitler, ni mejoran la apreciación de su política, pueden servir para precisar ciertos aspectos de ésta. Lo privado puede ser muy político, y no hay mejor prueba de ello que la que aporta Hitler con la historia de su vida.

Agradecimientos

Sin Malte Ritter no lo habría conseguido; de todos cuantos me han ayudado, él es quien con su competencia, minuciosidad y eficiencia más ha contribuido al resultado. Agradezco a Karsten Linne y Hans-Rudolf Wahl diversas aportaciones, y a mis amigos Maja Lobinski-Demedts y René Ott haber estado una vez más a mi lado como inteligentes críticos. También ha habido otra forma de amparo que no estimo menos que la procedente del campo profesional; en concreto, las «conversaciones ante la chimenea» durante las que fueron cobrando forma las ideas principales de este estudio. Aquí fueron, sobre todo, Anne Tietjen y mi amiga Kristina Nanns-Eggers las que me apoyaron o me desaconsejaron, me inspiraron o me advirtieron de eventuales trampas. ¡Qué agradable ha sido poderme expresar frente a ellas tan abiertamente! No hay alabanzas bastantes para el brillante trabajo de mi editor Gunnar Schmidt y para él mismo, especialmente por la lucha que ha tenido que llevar a cabo conmigo sobre la forma final del texto. Agnes Krup cuidó desde Nueva York de que el reto de confeccionar un buen libro fuera cada vez más incitante. A su extraordinario compromiso se debe que el trabajo aparezca simultáneamente en ocho idiomas y con ello que pueda ser discutido por el gran público. Entre las muchas ayudas que me han facilitado el acceso a archivos, bibliotecas y otras instalaciones, quisiera mencionar aquí al menos las de Hauke Hirsinger, Edith Lienenlücke, Jayna Maleri, Jens Müller-Kope y Michael Sohn. Gracias.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie*, Munich 1997, p. 13. Prólogo de la nueva edición.
2. *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 1-10-1998.
3. Ibídem. Se refiere a la obra *Der Mann ohne Eigenschaften* [El hombre sin atributos] del escritor austríaco Robert Musil (1880-1942), considerada por autores, críticos y especialistas en germanística como la mejor novela en lengua alemana del siglo XX (*N. del t.*).
4. Así decía Hans-Ulrich Wehler en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 23-11-1995.
5. Vid. Guido Knopp, *Hitler. Eine Bilanz* [Hitler. Un balance], Munich 1997, p. 9.
6. John Lukacs, *Hitler. Geschichte und Geschichtsschreibung* [Hitler. Historia y escritos sobre historia], Munich 1997, p. 75.
7. Ron Rosenbaum, *Die Hitler-Debatte. Auf der Suche nach dem Ursprung des Bösen* [El debate sobre Hitler. En busca de las raíces del mal], Munich/Viena, 1999, p. 11.
8. Robert Goldmann ha formulado recientemente ese credo con las siguientes palabras: «Intentar explicar racionalmente los grandes crímenes de los años treinta y cuarenta [...], lleva a ofender la memoria y a deshonorar la historia. A pesar de todos los intentos de explicación, seguirá siendo incomprensible. Y precisamente esa aplastante ininteligibilidad permite que se puedan prevenir nuevos desastres». *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 31-7-2000.
9. Alan Bullock, *Hitler. Eine Studie über Tyrannei*, Kronberg 1977 (Nueva edición de la primera publicada en alemán en Düsseldorf, 1967). La edición original en inglés es de 1952: *Hitler. A Study in Tyranny*. Hay traducción al castellano: *Hitler*, Bruguera, Barcelona, 1999, 6.ª ed.
10. Ibídem, p. 358.
11. Ibídem, p. 8.
12. Alan Bullock, *Hitler und Stalin. Parallele Leben*, Berlín, 1991, p. 196 y ss.; p. 461. [*Hitler y Stalin*, Plaza & Janés, Barcelona, 1994.]

13. *Ibidem*, p. 1258.
14. Rosenbaum, *Die Hitler-Debatte* [El debate sobre Hitler], p. 285.
15. Bullock, *Hitler und Stalin*, p. 947.
16. Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie* [Hitler. Una biografía], Munich, 2000 (3.^a reimpr. de la nueva ed. de 1995), p. 19. Vid. *Ibidem* el segundo capítulo del libro VI (pp. 724-769), donde se emplea explícitamente el concepto de «no-persona».
17. *Ibidem*, pp. 5 y 29.
18. *Ibidem*, p. 67.
19. *Ibidem*, p. 69.
20. *Ibidem*, p. 467.
21. *Ibidem*, p. 13.
22. Véase al respecto Rosenbaum, *Die Hitler-Debatte* [El debate sobre Hitler], pp. 211 y ss.
23. Douglas M. Kelley, *Twenty-Two Cells in Nuremberg. A Psychiatrist Examines the Nazi-Criminals*, Nueva York, 1972, p. 235.
24. Bela Grunberger y Pierre Dessuant, *Narzissmus, Christentum und Antisemitismus* [Narcisismo, cristiandad y antisemitismo], Stuttgart, 2000, pp. 451 y ss.
25. Rosenbaum, *Die Hitler-Debatte* [El debate sobre Hitler], p. 263.
26. Como ejemplos de ese intento debo citar dos ensayos modélicos al respecto: Hans Mommsen, «Adolf Hitler in der Sicht von Gefolgsleuten und Zeitgenossen. Anmerkungen zur Hitlerismus-Debatte» [Adolf Hitler según sus seguidores y contemporáneos. Observaciones al debate sobre el hitlerismo], en *Von Weimar nach Auschwitz. Zur Geschichte Deutschlands in der Weltkriegsepoche* [De Weimar a Auschwitz. Sobre la Historia de Alemania en la época de la Guerra Mundial], Stuttgart, 1999, pp. 73-91 (originalmente en *Jahrbuch des Wissenschaftskollegs zu Berlin* 1983-84, Berlín, 1985, pp. 229-246), y «Hitlers Stellung im nationalsozialistischen Herrschaftssystem» [El lugar de Hitler en el sistema de dominación nacionalsocialista], *ibidem*, pp. 214-247 (originalmente en Gerhard Hirschfeld/Lothar Kettenacker, *Der »Führerstaat«: Mythos und Realität. Studien zur Struktur und Politik des Dritten Reiches*, Stuttgart, 1981, pp. 43-72).
27. Mommsen, *Hitlers Stellung im nationalsozialistischen Herrschaftssystem* [El lugar de Hitler en el sistema de dominación nacionalsocialista], p. 246.
28. Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Stuttgart, 1998; *Hitler, 1936-1945*, Stuttgart, 2000. Hay traducción al castellano: *Hitler, 1889-1936*, Península, Barcelona, 1999; *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2000.
29. *Ibidem*, p. 22 y s.
30. *Ibidem*, p. 23.
31. *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 1 de octubre de 1998.
32. Entrevista en *Der Spiegel*, núm. 34/2000, p. 63.
33. Klaus Hildebrand, «Nichts Neues über Hitler. Ian Kershaws zünftige Biographie über den deutschen Diktator» [Nada nuevo sobre Hitler. La experiencia biográfica de Ian Kershaw sobre el dictador alemán]. En *Historische Zeitschrift*, 270 (2000), pp. 389-397.
34. Paul Marussek, Peter Matussek y Jan Marbach, *Hitler. Karriere eines Wahns* [Hitler. La carrera de un delirio], Munich, 2000, p. 25 y ss.
35. *Ibidem*, p. 9.
36. Ludolf Herbst, «Der Fall Hitler - Inszenierungskunst und Charismapolitik» [El caso Hitler. Arte teatral y política carismática], en Wilfried Nippel (ed.), *Virtuosen der Macht*, Munich, 2000, p. 172 y ss.
37. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 22.
38. *Frankfurter Rundschau*, 7 de octubre de 1998.
39. *Welt am Sonntag*, 6 de diciembre de 1998.
40. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de octubre de 1998.
41. *Die Welt*, 10 y 11 de octubre de 1998.
42. Ésa era la observación al respecto del entrevistador (*Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 1-10-1998).
43. Por eso fracasa la interpretación de Manfred Koch-Hillebrecht en su *Homo Hitler*, Munich, 1999, dejando a un lado las encubiertas conclusiones histórico-políticas que cree haber deducido de sus descubrimientos.
44. Al respecto, y asimismo para lo que sigue, vid. la Introducción de Bernd-Ulrich Hergemöller al libro por él compilado *Mann für Mann. Biographisches Lexikon zur Geschichte von Freundschaft und mann-männlicher Sexualität im deutschen Sprachraum* [De hombre a hombre. Diccionario biográfico sobre la historia del amor entre amigos y la sexualidad entre hombres en los países de lengua alemana], Hamburgo, 1998, p. 35 y ss.
45. Vid. Helmut Blazek, *Rosa Zeiten für Rosa Liebe. Geschichte der Homosexualität* [Tiempos rosa para el amor rosa. Historia de la homosexualidad], Frankfurt a.M. 1996.
46. Incluso en lo que se refiere a asuntos no privados, como por ejemplo la actividad en el gobierno de Hitler, faltan fuentes contrastadas. Vid. la introducción de Martin Moll a la edición por él preparada *Führer-Erlasse, 1939-1945*, Stuttgart, 1997, p. 9 y ss.
47. Vid. Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier* [Conversaciones en torno a una mesa en el cuartel general del Führer], Wiesbaden, 1983, p. 117 y s.
48. Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], Munich, 1970, p. 63.
49. Vid. *Der Hitler-Putsch* [El golpe de Estado de Hitler], Ernst Deuerlein (ed.), Stuttgart, 1962, p. 117 y ss.; además, Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in Munich. 1913-1923*, [El camino de Hitler se inició en Munich. 1913-1923], Munich, 2000, pp. 34 y 361; Harry Slapnicka, *Hitler und Oberösterreich*, Grünbach 1998, p. 102 y ss.; *Der letzte Befehl* [La última orden] (Manuscrito), en *IfZ*, Munich, ED 203 (Schaub), vol. 2.
50. Hitler a Otto Wagener, citado en *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen*

- eines Vertrauten [Hitler desde muy cerca. Notas de un amigo íntimo], Henry Ashby Turner (ed.), Frankfurt a.M. 1978, p. 392.
51. Rosenbaum, *Die Hitler-Debatte* [El debate sobre Hitler], p. 127 y ss.
 52. Albert Speer, *Alles, was ich weiss* [Todo cuanto yo sé] Actas del servicio secreto, verano de 1945, publicadas por Ulrich Schlie, Munich, 1999, pp. 39 y 49.
 53. Vid. Bernward Dörner, «Heimtücke»: *Das Gesetz als Waffe. Kontrolle, Abschreckung und Verfolgung in Deutschland 1933 bis 1945* [«Insidia»: La Ley como arma. Control, intimidación y persecución en Alemania de 1933 a 1945], Paderborn, 1998.

CAPÍTULO PRIMERO

1. Sobre la juventud de Hitler, los títulos más interesantes son: Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit* [La juventud de Hitler. Fantasías, mentiras y la verdad], Viena, 1956; Bradley F. Smith, *Adolf Hitler. His Family, Childhood and Youth* [Adolf Hitler. Su familia, infancia y juventud], Stanford, 1967; Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], Munich, 2000; Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators* [La Viena de Hitler. Años de aprendizaje de un dictador], Munich/Zurich, 1997.
2. Nos atendremos aquí a los datos de Hamann y Joachimsthaler, que se basan a su vez en las fuentes más contrastadas.
3. Resolución de la comisión de reconocimiento del 5-2-1914, cit. en Jetzinger, *Hitlers Jugend* [La juventud de Hitler], p. 265.
4. Sobre la «elusión del servicio militar» de Hitler, vid. ibídem, pp. 253-272.
5. Vid. Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 81, así como la reproducción de la hoja del registro civil, ibídem, p. 20.
6. Vid. ibídem, p. 105 y ss.
7. A este respecto resultan muy instructivos los trabajos empíricos del investigador sexual Magnus Hirschfeld. En especial su estudio, publicado en 1914, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes*, arroja luz sobre la situación de los homosexuales a comienzos del siglo XX y nos ofrece un instructivo panorama de su entorno sociocultural. Las citas provienen de Magnus Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], Berlín, 1920 (2ª edición, sin cambios).
8. Postal de Kubizek a Jetzinger del 11-6-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956 (Jetzinger-Materialien), núm. 64.
9. Mientras no se diga otra cosa, el resumen biográfico ofrecido a continuación se basa en los datos del propio Kubizek en el apéndice a su libro *Adolf Hitler. Mein Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], Graz, Göttingen, 1953.

10. Vid. August Kubizek, «*Ausbildungswerdegang*» [Currículum académico], apéndice a la carta a Jetzinger del 16-8-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 64. En su libro asegura Kubizek que terminó sus estudios en octubre de 1912 (p. 319).
11. Información por escrito del archivo de la ciudad de Eferding del 17-7-2000. Hamann indica, en cambio, como fecha de la boda el 1 de agosto (p. 78). Sobre la mujer de Kubizek y su vida matrimonial no disponemos de más datos.
12. Kubizek, «*Ausbildungswerdegang*» [Currículum académico], apéndice a la carta a Jetzinger del 16-8-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 64.
13. Declaración ante el tribunal del distrito de Eferding el 4-7-1938, en OÖLA Linz, caja fuerte, documentos Hitler-Kubizek.
14. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 322 y ss.
15. Hitler a Kubizek del 4-8-1933, publicado ibídem, junto a la p. 16.
16. Vid. ibídem, p. 333.
17. Información oral, OÖLA Linz del 28-6-2000.
18. Vid. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 335.
19. Vid. Escrito del ayudante de Hitler, Albert Bormann, a Kubizek del 29-4-1938, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 60. Kubizek había felicitado al parecer a Hitler por su 49.º cumpleaños.
20. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 336.
21. Vid. Franz Neuburger, BAB, BDC.
22. Retracción de Franz Neuburger del 6-10-1938, en OÖLA Linz, Landesregierung-Film 349, Abschnitt GR 879.
23. Vid. ibídem.
24. Declaración del 4-7-1938, en OÖLA Linz, caja fuerte, documentos Hitler-Kubizek.
25. Kubizek a Hitler del 21-7-1939, en BAB, NS 10/453; publicado en Beatrice Heiber y Helmut Heiber (ed.), *Die Rückseite des Hakenkreuzes. Absonderliches aus den Akten des Dritten Reiches* [El reverso de la cruz gamada. Singularidades en los documentos del Tercer Reich], Munich, 1993, p. 72 y s.
26. Vid. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 343 y ss.
27. Vid. August Kubizek, BAB, BDC. El propio Kubizek afirmaba no haberse incorporado hasta 1942; Vid. *Jugendfreund*, p. 348.
28. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 80.
29. Vid. informe del gobernador de Oberdonau al ministro del Interior del Reich del 3-5-1943, en BAB, BDC Reichskulturkammer/Bildende Künste Gerhardine Troost; cita tomada de Heiber (ed.), *Die Rückseite des Hakenkreuzes. Absonderliches aus den Akten des Dritten Reiches* [El reverso de la cruz gamada. Singularidades en los documentos del Tercer Reich], p. 100.
30. Vid. nota del ministro regional Meissner al ministro de Finanzas del Reich del 5-7-1943, en BAB, R2/17752; tomado de Heiber (ed.), *Die Rückseite des Hakenkreuzes. Absonderliches aus den Akten des Dritten Reiches* [El rever-

- so de la cruz gamada. Singularidades en los documentos del Tercer Reich], p. 101.
31. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 326.
 32. Sobre la biografía de Franz Jetzinger, vid. Harry Slapnicka, *Oberösterreich. Die politische Führungsschicht 1918-1938* [Alta Austria. La clase dirigente, 1918-1938], Linz, 1976, p. 140 y ss.; *Mühlviertler Bote*, núm. 12 del 27-3-1965, así como los detalles que el propio Jetzinger ofrece en su libro.
 33. Vid. Kubizek a Jetzinger del 25-3-1949 y Kubizek a Jetzinger del 16-8-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 64.
 34. Kubizek a Jetzinger del 3-6-1949, ibídem.
 35. Vid. ibídem.
 36. Vid. Rudolf Hans Bartsch, *Schwammerl. Ein Schubertroman* [Taponcito. Una novela sobre Schubert], Leipzig, 1912, p. 110 y ss.
 37. Kubizek a Jetzinger del 19-6-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 64.
 38. Kubizek a Jetzinger del 20-12-1948, ibídem.
 39. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 10.
 40. Ibídem, p. 22.
 41. Ese intento unilateral de interpretación aparece en Paul Matussek, Peter Matussek, Jan Marbach, *Hitler. Karriere eines Wahns* [Hitler. La carrera de un delirio], Munich, 2000, p. 119 y s.
 42. Las anteriores citas son todas de Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], pp. 305, 26, 180, 130, 29, 285, 183, 184 y 130.
 43. August Kubizek, *Erinnerungen an die mit dem Führer gemeinsam verlebten Jünglingsjahre 1904-1908 in Linz und Wien* [Recuerdos de los años de juventud 1904-1908 vividos junto al Führer en Linz y Viena], vol. 2 (Manuscrito), Viena, 1943, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, p. 22. Kubizek le confirmó a Jetzinger más tarde expresamente: «La tragicomedia de los gabanes es verídica.» Kubizek a Jetzinger del 19-6-1949, ibídem, núm. 64.
 44. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 39.
 45. Vid. ibídem, p. 38 y ss.
 46. Ibídem, p. 195.
 47. Vid. Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], p. 689.
 48. Vid. las cartas de los lectores en el *Wiener Kriminal- und Detektive-Zeitung*, núm. 45, 1907, p. 6.
 49. Vid. Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], p. 689.
 50. Vid. Oskar Panizza, «Bayreuth und die Homosexualität» [Bayreuth y la homosexualidad], en *Die Gesellschaft*, núm. 11, 1895, pp. 88-92.
 51. Las anteriores citas son todas de Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], pp. 229, 203, 215 y 339. Hay más datos interesantes en las pp. 139, 305, 328, 333, 341, 342 y 344.
 52. Kubizek, *Jünglingsjahre* [Años de juventud], p. 1.
 53. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 186.
 54. Ibídem, p. 271 y s.
 55. Vid. ibídem, p. 194 y s.
 56. Vid. ibídem, p. 273 y s.
 57. Kubizek a Jetzinger del 6-5-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 64.
 58. Vid. Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], p. 104 y ss.
 59. Las anteriores citas provienen todas de Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], pp. 13, 165, 167 y 169.
 60. Franz Jetzinger, *Das Hitler-Buch Greiners, ein Lügengewebe zur Verunglimpfung Hitlers* [El libro sobre Hitler de Greiner, una trama de mentiras para denigrar a Hitler] (Manuscrito), en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 146, p. 19.
 61. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 276.
 62. Vid. Jetzinger, *Hitlers Jugend* [La juventud de Hitler], p. 143 y s.
 63. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 198.
 64. Vid. ibídem, p. 273 y ss.
 65. Ibídem, p. 189 y s.
 66. Kubizek, *Jünglingsjahre* [Años de juventud], p. 2 y s.
 67. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 283 y s.
 68. Vid. Jetzinger, *Hitlers Jugend* [La juventud de Hitler], p. 209 y s.
 69. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 199; vid. también p. 239.
 70. Ibídem, p. 287.
 71. Ibídem, p. 210 y s.
 72. Jetzinger, *Hitlers Jugend* [La juventud de Hitler], p. 218.
 73. Vid. Reinhold Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, Partes I-III, en *The New Republic* del 5, 12 y 19-4-1939, aquí parte I, p. 239.
 74. Vid. Samuel Igra, *Germany's National Vice*, Londres, 1945, p. 57.
 75. «Zum Prozess Moltke-Harden», en *Illustrierte Oesterreichische Kriminal-Zeitung*, núm. 30 del 11-11-1907.
 76. Sobre la situación en Viena, vid. Magnus Hirschfeld, «Die Homosexualität in Wien» [La homosexualidad en Viena], en *Wiener klinische Rundschau*, vol. 15, 1901, pp. 788-790; así como el relato de un «informante austríaco» en Magnus Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], p. 543 y ss.
 77. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 275.
 78. Stefan Zweig, *Die Welt von gestern. Erinnerungen eines Europäers* [El mundo de ayer. Recuerdos de un europeo], Frankfurt a.M., 1947, p. 91.
 79. *Illustrierte Oesterreichische Kriminal-Zeitung*, núm. 17 del 12-8-1907.
 80. *Illustrierte Oesterreichische Kriminal-Zeitung*, núm. 23 del 23-9-1907.
 81. Sobre esas iniciativas, vid. Hirschfeld, «Die Homosexualität in Wien» [La homosexualidad en Viena]; Manfred Herzer, «Hirschfeld in Wien» [Hirschfeld en Viena], en *Capri. Zeitschrift für schwule Geschichte*, 24, 1997, pp. 28-38.

82. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, 1930, 3.^a ed., p. 57 y s.
83. Ibídem, p. 93 y ss.
84. Hitler, *Mein Kampf*, p. 58.
85. Vid. William A. Jenks, *Vienna and the Young Hitler*, New York, 1960, p. 129. Jenks se refiere a un artículo en el *Deutsche Volksblatt* del 27-10-1907. (Versión original en inglés: «*The commotion he had stirred up in the Viennese, Jewish press was compared to scenes in a pigsty when the swill was dumped into the trough. Harden was the pigherd, from whose mouth flowed a broad stream of those spicy details which his racial associates greet as the finest of tidbits.*»)
86. Discurso en un mitin del NSDAP en Munich el 18-10-1920, en Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (ed.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen* [Hitler. Notas completas], Stuttgart, 1980, p. 248.
87. Discurso en una asamblea del NSDAP en Munich el 17-2-1922, ibídem, p. 577.
88. Vid. también John Weiss, *Der lange Weg zum Holocaust. Die Geschichte der Judenfeindschaft in Deutschland und Österreich* [El largo camino hacia el Holocausto. La historia de la persecución de los judíos en Alemania y Austria], Berlín, 1998, p. 271 y ss.
89. Adolf Hitler, «Zehn Jahre Kampf» [Diez años de lucha], *Illustrierter Beobachter* del 3-8-1929, en Klaus Lankheit (ed.), *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen* [Hitler. Discursos, escritos, decretos], III/2, Munich 1994, p. 337. Vid. en general B. Uwe Weller, *Maximilian Harden und die «Zukunft»* [Maximilian Harden y el «Futuro»], Bremen, 1970, p. 180 y ss.
90. Vid. Jenks, *Young Hitler*, p. 144. Los enfrentamientos en la universidad tuvieron lugar en noviembre de 1907.
91. «L'amour à l'allemande», editorial, en *Der Sturm*, núm. 23 del 4-8-1910.
92. Vid. todos los detalles que da Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 285 y ss.
93. Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], p. 501 y ss.; sobre la situación en los albergues para los sin techo, vid. además p. 715.
94. Vid. la gráfica descripción de Emil Kläger, *Durch die Quartiere der Not und des Verbrechens* [En el barrio de la miseria y el crimen], Viena, 1908, p. 76 y ss.; en general, vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 232 y ss.
95. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 331.
96. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], pp. 248 y 542.
97. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], pp. 72 y 331.
98. Joachimsthaler de agosto de 1912 como fecha del regreso a la patria (p. 331). Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, Parte III, p. 300, habla en cambio de 1913.
99. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 265 y ss.
100. Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, parte I, p. 240. (Versión original en inglés:

- «*At this time he and I were already close friends. We knew everything about each other.*»)
101. Declaración de Karl Leidenroth del 27-8-1935 al juzgado de primera instancia de Viena, en BAB, NS 26/64. Sobre la pareja Hanisch-Leidenroth frente a Hitler vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 248 y ss.
 102. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 332 y ss.
 103. Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, parte II, p. 271. (Versión original en inglés: «*Neumann was a business man by profession and didn't shrink from any work.*»)
 104. *Ibidem*, p. 271. (Versión original en inglés: «*The salesman Neumann became a real friend.*»)
 105. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 245.
 106. Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, parte I, p. 241. (Versión original en inglés: «*After that I couldn't find him for a week. He was sightseeing Vienna with Neumann and spent much of the time in the Museum.*») Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 69, y Smith, *Adolf Hitler*, p. 138, afirman que Hitler y Hanisch se habían alojado en un hotel; Hamann, en cambio, supone que Hitler viajó con Neumann a Waldviertel para visitar allí a su «tía Hani», p. 245.
 107. Tampoco duró mucho la relación entre Hitler y Neumann, ya que en julio de 1910 Neumann abandonó Viena en dirección a Alemania. Al parecer intentó en vano que le acompañara su amigo. Vid. Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, parte II, p. 272.
 108. La nota editorial que acompañaba a la serie de artículos de Hanisch en *The New Republic* insinuaba que no todo estaba claro en esa muerte: «Poco tiempo después la opinión pública recibió la noticia, como cabía esperar, de que Hanisch había muerto en prisión tras una repentina enfermedad. El informe oficial decía que había muerto de pleuresía al cabo de tres días.» (Versión original en inglés: «*Some time later the public was informed, as might have been expected, that Hanisch had died in prison after a sudden illness. He had died of pleurisy, in three days, the official report said.*») p. 239.
 109. Vid. Hanisch, *I was Hitler's Buddy*, parte III, p. 297.
 110. Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], p. 502.
 111. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 232.
 112. Vid. Brünner Anonymus, «Muj Prítel Hitler» [Mi amigo Hitler], en *Monuský Ilustrovany Zpravodaj* [El Observador Ilustrado de Moravia], núm. 40, 1935, p. 10. En cuanto a la credibilidad de la fuente, vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 271.
 113. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 542.
 114. Karl Honisch, «Wie ich im Jahre 1913 Adolf Hitler kennenlernte» [Cómo conocí a Adolf Hitler en 1913], escrito del 31-5-1939, en BAB, NS 26/27a; reproducido en Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 52 y ss.
 115. Ibídem.

116. Vid. Kubizek a Jetzinger del 25-4-1949, en OÖLA Linz, Zl. 2489/36-1956, núm. 64.
117. Ernst Hanfstaengl, *Adolf Hitler*, en F. D. Roosevelt Library, Henry Field's Papers, Box 44, Nueva York, p. 30. (Versión original en inglés: «*The Men's Hostel called Männerheim Brigittenau in Vienna had, Dr. Sedgwick believes, the reputation of being a place where elderly men went in search of young men for homosexual pleasures. It is probable that these types of old roués and young gigolos became familiar to the young Adolf at this time which would account for his relative lack of genuine disgust with them up to the present time.*»)
118. Vid. la investigación llevada a cabo por los nacionalsocialistas austríacos en julio de 1934, *Akten der Historischen Kommission des Reichsführers SS*, Viena, 1965, p. 74. También hay una alusión a las indagaciones de Dollfuss en Fritz Thyssen, *I paid Hitler*, Londres, 1941, p. 190 y s., y asimismo en Jetzinger, *Hitlers Jugend* [La juventud de Hitler], p. 289.
119. *Il Popolo di Roma* del 29-7-1934, cit. en Jens Petersen, *Hitler-Mussolini. Die Entstehung der Achse Berlin-Rom. 1933-1936* [Hitler-Mussolini. La formación del Eje Berlín-Roma. 1933-1936], Tübingen, 1973, p. 363. (Versión original en italiano: «*Che cosa sono i signori nazisti? Assassini e pederasti.*») Vid. también François Broche, *Assassinat du Chancelier Dollfuss*, París 1977, p. 167. Una indicación en ese sentido, aun sin citar fuentes, ofrece asimismo Igra, *Germany's National Vice*, p. 66 y s.
120. Cit. en Giorgio Pini y Duilio Susmel, *Mussolini l'uomo e l'opera*, vol. III, Florencia, 1954, p. 299.
121. Hitler, *Mein Kampf*, p. 135.
122. Vid. Rudolf Häusler, BAB, BDC, Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 273 y ss., sobre el incidente en Checoslovaquia, p. 608; Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 322.
123. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 274.
124. Cuestionario personal de la DAF del 9-10-1939, cit. en Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 80 y s.
125. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 566.
126. Vid. ibídem, pp. 566-574.
127. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 515 y s.
128. Hitler, *Mein Kampf*, p. 138.
129. Vid. Hitler al doctor Emil Gansser del 29-11-1921, reproducido en Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 92 y ss.
130. Kubizek, *Jugendfreund* [Adolf Hitler, mi amigo de juventud], p. 262.
131. Vid. Ernst Franz Weisl, «Kommentar zu den Militär-Strafprozess-Ordnungen» [Comentario a los decretos sobre procesos penales en el Ejército], Viena, 1913.
132. Vid. Georg Markus, *Der Fall Redl* [El caso Redl], Viena/Munich, 1984.
133. W. Marchand, *Die Knabenliebe in München! Münchens Homosexuelle. Sit-*

- tenbild aus der Grossstadt* [El amor a los muchachos en Munich! Los homosexuales de Munich. Cuadro de costumbres de la gran ciudad], Munich, 1904, p. 7. El periodista pretendía demostrar con ese folleto «el inquietante incremento del número de homosexuales en Munich» (prólogo) y señalar las escasas posibilidades de intervención de la policía (p. 12).
134. Erich Mühsam, *Namen und Menschen. Unpolitische Erinnerungen* [Nombres y personas. Memorias no políticas], Berlín, 1977, p. 110.
135. Ibídem, p. 112.
136. Bellamente descrito en el relato autobiográfico de Leonhard Frank, *Links wo das Herz ist* [A la izquierda, donde está el corazón], Berlín, 1955, p. 17.
137. Sobre los ambientes bohemios de Munich en el período de anteguerra, véanse los correspondientes pasajes de David Clay Large, *Hitlers München. Aufstieg und Fall der Hauptstadt der Bewegung* [El Munich de Hitler. Ascenso y decadencia de la capital del movimiento], Munich, 1998; una descripción de los criterios de pertenencia a uno u otro ambiente se da en Elisabeth Kleemann, *Zwischen symbolischer Rebellion und politischer Revolution. Studien zur deutschen Boheme zwischen Kaiserreich und Weimarer Republik* [Entre la rebelión simbólica y la revolución política. Estudios de la bohemia alemana entre el Reich imperial y la República de Weimar], Frankfurt a.M., 1985, pp. 13-23.
138. Vid. Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Londres, 1934, p. 56 y ss.
139. Vid. Paul Kutter, *Das materielle Elend der jungen Münchener Maler* [La miseria material de los jóvenes pintores muniqueses], Munich, 1911, p. 15 y ss.
140. Los anteriores datos y citas provienen todos del escrito de justificación de Hitler al juez de Linz en enero de 1914, en Jetzinger, *Hitlers Jugend* [La juventud de Hitler], p. 262 y ss.
141. En los años treinta, el Archivo Central del NSDAP se interesó activamente por las pinturas del *Führer*. Se las compró a sus propietarios y reunió informes de lo que éstos recordaban de sus encuentros con el pintor; vid. la correspondiente documentación en BAB, NS 26/25 y ss.
142. Recuerdos del doctor Hans Schirmer del 14-8-1935, en BAB, NS 26/30; reproducido también en Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 84.
143. Vid. al respecto Stefan Heiss, *Die Polizei und Homosexuelle in München zwischen 1900 und 1933* [La policía y los homosexuales en Munich entre 1900 y 1933], en Michael Farin (ed.), *Polizeireport Munich* (catálogo de la exposición), Munich, 1999, pp. 194-207. Al parecer, la plaza del Odeón solía ser uno de los puntos de encuentro favoritos de los homosexuales al anochecer, así como el Café Stefanie en la calle Amalien (p. 198).
144. Doctor Josef Schnell, BAB, BDC, citado en Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 88.
145. Informe del encargado Holtz del Archivo Central del NSDAP del 3-10-1939, en BAB, NS 26/43.
146. En febrero de 2001 debía subastarse un bodegón con flores de Hitler que éste vendió al parecer al colega de Hepp Ernst Doebner; vid. FAZ del 15 o

- del 16-2-2001 así como la «nota» de Doebner de la que la casa de subastas Bloss puso a mi disposición amablemente una copia. Vid. sobre Doebner HstA, Munich, MF 32256 (expediente personal); Stadtarchiv, Munich.
147. Vid. *Neue Revue*, núm. 46, 1952, p. 39 (Serie de artículos «Así era Hitler»).
 148. Vid. Informe del encargado Holtz del Archivo Central del NSDAP del 3-10-1939, en BAB, NS 26/43.
 149. Informe del encargado Holtz del Archivo Central del NSDAP del 3-10-1939, ibídem.
 150. Vid. Hitler a Hepp del 5-2-1915, en Jäckel y Kuhn (ed.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen* [Hitler. Notas completas], p. 69.
 151. Vid. *Neue Revue*, núm. 46, 1952, p. 39. Sobre ese ambiente vid. Hermann Wilhelm, *Die Münchener Bohème. Von der Jahrhundertwende bis zum Ersten Weltkrieg* [La bohemia de Munich, desde el cambio de siglo hasta la Primera Guerra Mundial], Munich, 1993.
 152. Sobre Schuler, vid. Eduard Gugenberger, *Hitlers Visionäre. Die okkulten Wegbereiter des Dritten Reiches* [Los visionarios de Hitler. Los ocultos profetas del Tercer Reich], Viena 2001, pp. 19-30; así como Bernd-Ulrich Hergemöller, *Mann für Mann. Biographisches Lexikon zur Geschichte von Freundschaft und mannlicher Sexualität im deutschen Sprachraum* [De hombre a hombre. Diccionario biográfico de la historia del amor entre amigos y la homosexualidad masculina en los países de lengua alemana], Hamburgo, 1998, p. 646 y ss. Sobre el contexto histórico de los medios homosexuales, vid. David Large, *Hitlers München*, p. 57 y ss.
 153. Alfred Schuler, *Cosmogonische Augen. Gesammelte Schriften* [Ojos cosmogónicos. Escritos reunidos], edición, comentarios e introducción de Baal Müller, Paderborn, 1997, p. 219.
 154. Vid. Robert Boehringer, *Mein Bild von Stefan George* [Mi imagen de Stefan George]. Text, Munich/Düsseldorf, 1951, p. 109.
 155. Vid. Hamann, *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], p. 333 y ss.

CAPÍTULO II

1. Vid. documentos del legado de Hentig, que se encuentran en el Archivo Político del ministerio de Asuntos Exteriores, en el Archivo Federal de Coblenza así como en el Instituto de Historia Contemporánea de Munich, seleccionados y recogidos bajo el epígrafe «Zeugenschrifttum» del IfZ Munich con el núm. 2397.
2. Werner Maser, *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit* [Adolf Hitler. Leyenda, Mito, Realidad], Munich 1971, pp. 456 y 139. Maser conocía el documento sólo de oídas.
3. HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
4. Vid. Susanne Meinel, *Nationalsozialisten gegen Hitler* [Nacionalsocialistas contra Hitler], Berlín, 2000, pp. 278 y ss. y 428.
5. Friedrich Alfred Schmid Noerr, «Dokument des Widerstandes Entwurf einer

Deutschen Reichsverfassung» [Documentos de la oposición. Proyecto de una constitución para el Reich alemán], en *Voran und beharrlich* [Por delante y perseverante], cuaderno 33-34, 1961, p. 36.

6. Meinel, *Nationalsozialisten gegen Hitler* [Nacionalsocialistas contra Hitler], p. 228.
7. Cit. en Heinz Höhne, *Canaris. Patriot im Zwielicht* [Canaris. Un patriota entre dos luces], Munich, 1976, p. 370. Vid. además Christian Hartmann, *Halder. Generalstabschef Hitlers 1938-1942* [Halder. General de estado mayor de Hitler, 1938-1942], Paderborn, 1991, p. 162 y ss.
8. Mend sirvió desde octubre de 1914 hasta junio de 1916 como correo a caballo en el estado mayor del regimiento List, manteniéndose en estrecho contacto con los correos a pie de esa unidad, entre los que se contaba Hitler desde octubre de 1914. En 1918-1919 se volvieron a encontrar en Munich.
9. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
10. El intento que sigue de reconstruir la vida de Mend se basa principalmente en el correspondiente expediente del StA, Munich, Fiscalfás, núm. 9959 y 34513, así como las cartillas militares 13184/6046 y 3040/737, en HStA, Munich, Abt. IV.
11. Mend calificaba esa carta en un escrito del 27-10-1938 a su casera como un documento «irreemplazable», en BAB, NS 26/64.
12. Vid. BAB, NS 26/9 y 10.
13. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
14. Escrito de la comisaría de policía de Munich al fiscal encargado de la acusación ante el Tribunal especial de Munich del 31-12-1940, en StA, Munich, Fiscalfás, núm. 9959. Vid. también la demanda de habeas corpus del abogado de Mend, Roder, del 8-1-1941 ibídem, en la que se dice: «Se encontraba casi a diario con el Führer durante las estancias de éste en Munich en el Café Heck, y el Führer le tuteaba.»
15. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
16. Esa editorial, que sigue existiendo en Diessen, no ha querido colaborar en aclarar la historia sobre cómo se dio a la imprenta esa publicación.
17. Conferencia de prensa de Mend del 1-12-1932, en *Der Gerade Weg*, núm. 49 del 4-12-1932.
18. Vid. por ejemplo el artículo «Kommandierender von Hitlers Gnaden», en *Münchener Post* del 8-1-1931.
19. Vid. Georg Franz-Willing, *Ursprung der Hitlerbewegung 1919-1922* [Orígenes del movimiento hitleriano, 1919-1922], Preussisch Oldendorf, 1974, p. 68.
20. Parecido fue el comportamiento con el camarada de guerra de Hitler, Balthasar Brandmayer, quien por esa misma época publicó su libro *Meldegänger Hitler* [El correo Hitler] en la editorial de Munich, Franz Walter Verlag. También en este caso se trataba de instrumentalizar a un testigo auténtico con una finalidad política, como indica la inserción en la última página del libro de anuncios de «juguetes» y «tarjetas postales nacionalsocialistas».

21. Vid. *Hamburger Echo* núm. 55 del 29-2-1932; así como Egon Erwin Kisch, *Gesammelte Werke* [Obras completas], vol. 7, Berlín, 1992, 4.ª ed., p. 299 y ss.
22. Las citas anteriores provienen todas de Hans Mend, *Adolf Hitler im Felde* [Adolf Hitler en el campo de batalla], Diessen, 1931, pp. 7 y ss., 61, 100, 113, 118, 172, 186 y 191.
23. Vid. conferencia de prensa de Mend del 1-12-1932, en *Der Gerade Weg*, núm. 49 del 4-12-1932; así como la carta de Amann a Wiedemann del 26-3-1935, en BAK, NS 10/173.
24. «Der Kriegsheld Hitler» [El héroe de guerra Hitler] (editorial), en *Münchener Post*, núm. 235 del 10-10-1932. Vid. también el suplemento semanal del diario socialdemócrata *Hamburger Echo* del 13-3-1932, en el que se denomina a Mend «testigo principal de Hitler» y «camarada ideológico de Hitler».
25. Vid. *Völkischer Beobachter* del 25-11-1931, 3-12-1931 y 10-12-1931.
26. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
27. Sobre Gerlich, vid. Hans-Günther Richardi y Klaus Schumann, «Geheimakte Gerlich/Bell» [Documentos secretos Gerlich/Bell], Munich, 1993, p. 28-51.
28. *Der Gerade Weg* núm. 41 del 9-10-1932.
29. Mend a Franz Xaver Schwarz del 8-7-1933, en BAB, BDC, Hans Mend.
30. Conferencia de prensa de Mend del 1-12-1932, en *Der Gerade Weg*, núm. 49 del 4-12-1932.
31. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
32. Escrito de la comisaría de policía de Munich al fiscal encargado de la acusación ante el Tribunal especial de Munich del 31-12-1940, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 9959.
33. Mend a Franz Xaver Schwarz del 8-7-1933, en BAB, BDC, Hans Mend.
34. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
35. Mend al Reichsleiter Bormann del 15-3-1935, en BAK, NS 10/173. En ese escrito se refiere Mend a correspondencia no entregada sobre el mismo asunto del verano de 1934.
36. Copia del escrito de Wiedemann a Mend del 27-3-1935, en BAK, NS 10/173.
37. Escrito del 26-3-1935, ibídem. Que el nombre Mend significaba algo importante para el círculo de íntimos de Hitler lo demuestra una carta de Wiedemann a Amann del 22-3-1935, ibídem, en la que dice: «Usted me contó en su momento algo muy diferente sobre Mend...»
38. Vid. «Documento Mend», en Stadtarchiv, Munich.
39. Acta del interrogatorio de Franz Schneider del 15-1-1958, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 34513.
40. Hans Mend a Michael Mend del 22-1-1934, propiedad de Jürgen Kamleiter, a quien agradezco vivamente su amable entrega de una copia.
41. Vid. Acta del interrogatorio a Hans Mend del 27.10.1938, en BAB, NS 26/64.
42. Schaub a Amann del 9-12-1935, en BAK, NS 10/172.
43. Vid. el escrito del doctor Paulus al juzgado de Starnberg del 28-7-1957, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 34513.
44. Acta del interrogatorio de Rosl Braunschweig del 5-2-1958, ibídem.
45. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
46. Copia de una carta de Mend a su casera, la señora Göringer, del 27-10-1938, en BAB, NS 26/64.
47. Copia de un escrito del abogado Hermann Alletag a Mend del 3-11-1938, ibídem.
48. Escrito de la comisaría de policía de Munich al fiscal encargado de la acusación ante el Tribunal Especial de Munich del 31-12-1940, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 9959. Vid. también el escrito del departamento de libros de Koehler & Volckmar en Leipzig al Archivo Central del NSDAP del 1-6-1938, en BAB, NS 26/64.
49. Vid. al respecto el fundamental estudio de Hans-Günther Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse gegen katholische Ordensangehörige und Priester* [Los procesos por inmoralidad contra los sacerdotes y monjes católicos], Mainz, 1971.
50. Vid. currículum manuscrito de Mend para el fiscal general ante la audiencia territorial de Munich, doctor Rasch, del 12-1-1941, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 9959.
51. «Dictamen criminológico» del doctor Riedl del 14-2-1941, ibídem.
52. Vid. escrito de la jefatura de la Gestapo en Munich al fiscal encargado de la acusación ante el Tribunal Especial de Munich del 14-11-1941, ibídem.
53. Ibídem.
54. Copia de una Carta de Mend a su casera, la señora Göringer, del 27-10-1938, en BAB, NS 26/64.
55. Doctor Paulus al juzgado de primera instancia de Starnberg del 28-7-1957, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 34513.
56. Acta del interrogatorio de Eva König del 24-2-1958, ibídem.
57. Escrito del puesto de la gendarmería de Aufkirchen al jefe de distrito en Starnberg del 24-9-1940, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 9959. En el mismo sentido habla lo que la entonces empleada del ayuntamiento, Rosl Braunschweig, afirmó el 5-2-1958 en su interrogatorio: «Recuerdo que Eva König jugó un papel muy oscuro en ese asunto»; en StA, Munich, Fiscalías, núm. 34513.
58. Sobre los pormenores, vid. StA, Munich, Fiscalías, núm. 9959.
59. Las circunstancias de la muerte de Mend nunca han sido aclaradas. La fiscalía de la audiencia territorial de Munich dio por cerrado el caso sin obtener resultados tras una corta investigación después de la guerra. La respuesta de la policía fue: «No se dispone de ningún documento escrito sobre la muerte de Mend.» (Escrito de la delegación criminal de Fürstentfeldbruck a la fiscalía del 21-6-1958, en StA, Munich, Fiscalías, núm. 34513).
60. Mend a la encargada del mantenimiento de su piso, Betty Heinzl, del 15-12-1940. Esa carta manuscrita fue confiscada por la dirección de la cárcel e incorporada a su expediente ibídem.

61. Carta urgente del fiscal encargado de la acusación ante el Tribunal Especial de Munich al departamento de aplicación de la pena del 18-3-1941, *ibídem*.
62. Diversas declaraciones de testigos, en StA, Munich, Fiscalfas, núm. 9959.
63. Fundamentos de la sentencia del 11-3-1941, *ibídem*.
64. Acta del interrogatorio de Eva König del 24-2-1958, en StA, Munich, Fiscalfas, núm. 34513.
65. Acta del interrogatorio de Franz Schneider del 15-1-1958, *ibídem*.
66. Vid. Magnus Hirschfeld (ed.), *Sittengeschichte des Ersten Weltkriegs* [Historia de las costumbres y usos morales en la Primera Guerra Mundial], Berlín, 1929, así como H. C. Fischer y E. X. Dubois, *Sexual Life During the World War*, Londres, 1937, p. 288 y ss.
67. Hirschfeld, *ibídem*, p. 219.
68. Vid. sobre lo que sigue la descripción, hasta el momento la más ajustada, de ese período de la vida de Hitler en Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], Munich 2000, pp. 98-197. Desgraciadamente, la valoración e interpretación de las muy trabajadas fuentes deja bastante que desear desde el punto de vista del rigor histórico.
69. Los siguientes datos proceden de las entrevistas a Schmidt de Heinz A. Heinz, *Germany's Hitler*, Londres, 1934, p. 97 y ss., así como de la *Neue Revue*, núm. 47, 1952 (Serie de artículos «Así era Hitler»); además, HStA, Munich, Abt. IV, cartillas militares 3071 y 4424/157; StA, Munich, Sentencias, Caja 1643.
70. «Bericht über meine politische Tätigkeit» [Informe sobre mi actividad política] del 31-7-1948, en StA, Munich, Sentencias, Caja 1643.
71. Vid. inscripciones en el registro de Rudolf Häusler (Stadtarchiv München), donde figura también el nombre Schmidt.
72. Schmidt al *Illustrierter Beobachter*, 15, de abril de 1937, p. 527. Vid. también Balthasar Brandmayer, *Meldegänger Hitler* [El correo Hitler], Munich, 1933, 2.ª ed., p. 86 y ss.; asimismo, Mend, *Adolf Hitler im Felde* [Adolf Hitler en el campo de batalla], pp. 39, 82 y 141.
73. Heinz, *Germany's Hitler*, p. 98. (Versión original en inglés: «[...] but three of us in particular seemed to hang together, Hitler, Bachmann and I. Personally I was very much attracted to Adolf...») El soldado voluntario Bachmann, nacido en 1895, que en 1917 fue destinado por razones desconocidas al frente del este, donde cayó al poco tiempo, aparece en las fotografías como un muchacho inocente, que al parecer estaba bajo la protección de Hitler y Schmidt. Probablemente se trata del mismo al que Mend denomina «Baumann» en *Hitler im Felde*, p. 163, ayudante del médico del regimiento «con el que Hitler mantenía una muy buena amistad».
74. Brandmayer, *Meldegänger Hitler* [El correo Hitler], pp. 100 y 78.
75. Discurso de Hitler del 4-6-1939, Cit. en Max Domarus (ed.), *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945* [Hitler. Discursos y Proclamaciones, 1932-1945], II/2, Wiesbaden, 1973, p. 1205.
76. Friedrich Wiedemann, *Der Mann, der Feldherr werden wollte. Erlebnisse und*

Erfahrungen des Vorgesetzten Hitlers im I. Weltkrieg und seines späteren Persönlichen Adjutanten [El hombre que quería ser mariscal. Vivencias y experiencias del superior de Hitler en la Primera Guerra Mundial, más tarde su ayudante personal], Velbert, 1964, p. 28 y ss.

77. Cit. en Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (ed.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen* [Hitler. Notas completas], Stuttgart, 1980, p. 78 y s.
78. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 158. Mend no es el único que habla del servilismo de Hitler frente a los oficiales del regimiento: vid. también Edgar Stern-Rubarth, [...] *Aus zuverlässiger Quelle verlautet* [...] *Ein Leben für Presse und Politik* [...] Sabemos de buena fuente ... Una vida dedicada a la prensa y la política], Stuttgart, 1964, p. 133 y s.; Walter C. Langer, *Das Adolf-Hitler-Psycho-gramm*, Viena/Munich/Zürich, 1973, p. 137.
79. Egon Erwin Kisch, «Es gilt, Hitler zu begreifen» [Conviene saber cómo es Hitler], aparecido primeramente en *Das Blaue Heft* (París) del 15-7-1933; citado aquí de la reproducción en *Gesammelte Werke* [Obras Completas], vol. 10, Berlín, 1993, 2.ª ed., p. 356.
80. Vid. IfZ Munich, ZS 1751; Vid. también *Nürnberger Nachrichten*, núm. 178 del 4-8-1961.
81. Vid. «Wie Hitler das E.K. I erwarb» [Cómo consiguió Hitler la Cruz de Hierro de primera clase], *Deutsche Allgemeine Zeitung* del 3-8-1933.
82. Vid. Friedrich Percyval Reck-Malleczewen, *Tagebuch eines Verzweifelten* [Diario de un desesperado], Stuttgart, 1947, p. 75, al que se lo hizo notar «un oficial familiarizado con los usos de la concesión de esa medalla en aquella época».
83. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 110.
84. Hauke Hirsinger ha echado una primera mirada a esas incongruencias en su obra: *Hitler im Ersten Weltkrieg. Fakten und Legenden* [Hitler en la Primera Guerra Mundial. Hechos y leyendas], Bremen, 2001.
85. Vid. John Toland, *Adolf Hitler*, Bergisch Gladbach, 1977, p. 98, quien se remite a comunicaciones personales de Ernst Schmidt.
86. Cit. en Jäckel y Kuhn (ed.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen* [Hitler. Notas completas], p. 82.
87. Vid. Maser, *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit* [Adolf Hitler. Leyenda, Mito, Realidad], p. 108.
88. *Neue Revue*, núm. 47, 1952, p. 37.
89. Vid. Maser, *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit* [Adolf Hitler. Leyenda, Mito, Realidad], p. 149.
90. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, 1930, 3.ª ed., p. 225.
91. Heinz, *Germany's Hitler*, p. 101. (Versión original en inglés: «We met, we two, and cemented our old friendship.»)
92. *ibídem*, p. 103. (Versión original en inglés: «We only bought the cheapest seats, but that didn't matter. Hitler was lost in the music to the very last note; blind and deaf to all else around him.»)

93. Siempre dispuesto a establecer amistad con quien se portara amablemente con él, en febrero de 1919, por poner un ejemplo, se dejó alimentar durante ocho días por un joven campesino con el que había compartido por una noche la habitación en el hotel de la estación de Bad Reichenhall. Éste se lo recordó por escrito en 1937 en una carta dirigida a «mi querido Führer» en la que le pedía que le concediera una corta visita «después de haber estado ya una vez en mi vida tan cerca». El lector pensará que el poderoso dictador no se tomó en serio semejante carta. Pues se equivoca. Hitler no pasó por alto la indirecta, pero fijó la cita con su admirador «para el año que viene». Escritos del y al campesino Josef Neumeier del 14-7-1937, 25-9-1937 y 4-10-1937, en BAK, NS 10/370. Como se desprende de ese intercambio de cartas, Hitler había pretendido originalmente visitar a su camarada de guerra Tiefenböck, pero éste no se hallaba en su casa.
94. Discurso ante los hombres de las SA el 7-3-1931 en Munich (informe policial), en Constantin Goschler (ed.), *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen* [Hitler. Discursos, escritos, decretos] IV/1, Munich, 1994, p. 229.
95. Vid. Katja-Maria Wächter, *Die Macht der Ohnmacht. Leben und Politik des Franz Xaver Ritter von Epp (1868-1946)* [El poder de la impotencia. Vida y política del Caballero Franz Xaver von Epp (1868-1946)], Frankfurt a.M., 1999, p. 56 y ss.
96. Vid. Klaus Bredow, «Hitler rast. Der 30. Juni. Ablauf, Vorgeschichte und Hintergründe» [Hitler se apresura. El 30 de junio. Desarrollo, antecedentes y trasfondo], Saarbrücken, 1934, p. 5. Este folleto, aparecido probablemente bajo seudónimo, procede de la pluma de un periodista, que disponía de conocimientos muy precisos sobre asuntos internos del movimiento nazi.
97. Vid. con numerosas fuentes documentales, Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 210 y ss.
98. Vid. al respecto los detalles en Ernst Deuerlein, *Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr* [La entrada de Hitler en política y la Reichswehr], en VfZ, vol. 7, 1959, p. 177 y ss.
99. Vid. el artículo, publicado anónimamente, «I was Hitler's Boss», en *Current History*, 1, núm. 3, noviembre de 1941, pp. 193-199, aquí la p. 193. Hay datos que apuntan a que este texto proceda de una entrevista, mantenida por Otto Strasser con Mayr en la emigración en Francia, que Strasser habría más tarde convertido en un texto autobiográfico «arreglándolo» en algunos aspectos.
100. Mayr en el *Münchener Post* del 13-11-1928.
101. Karl Rohe muestra en *Das Reichsbanner Schwarz Rot Gold* [La bandera del Reich, negra, roja y dorada], Düsseldorf, 1966, esp. pp. 189 y 349, que Mayr, aunque más tarde se enroló en la agrupación de lucha de orientación socialdemócrata Reichsbanner, siguió siendo una figura muy controvertida.
102. Eso afirma la (futura) biógrafa de Röhm Eleanor Hancock, «Ernst Röhm and the Experience of World War I», en *The Journal of Military History*, núm. 60, 1996, p. 56 y ss.

103. Vid. la inscripción en el registro de Rudolf Häusler así como de Ernst Schmidt (Stadtarchiv München).
104. Vid. Heinz, *Germany's Hitler*, p. 107; vid. también «I was Hitler's Boss», en *Current History*, núm. 3, noviembre de 1941, p. 194.
105. Declaración de Schmidt a Maser, en *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit* [Adolf Hitler. Leyenda, Mito, Realidad], p. 160.
106. Heinz, *Germany's Hitler*, p. 98 (versión original en inglés: «To my dear and faithful war-time comrade Ernst Schmidt, in remembrance, Adolf Hitler.»); también Fritz Demmel, *Geschichte und G'schichten aus der Gemeinde Garching a.d. Alz* [Historia e historias del municipio de Garching], Garching, 1999, p. 295.
107. Vid. especialmente los documentos relativos a la querrela de Hitler contra el *Hamburger Echo* en marzo de 1932, en StA, Hamburgo, 213-4 LG-Rechtsprechung, D 1933-2.
108. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 143.
109. *Folge*, núm. 15, abril de 1937.
110. Vid. Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 143 e ilustraciones después de la p. 96.
111. Actas del interrogatorio, en StA, Munich, Sentencias, Caja 1 643.
112. Cit. en Demmel, *Garching*, p. 295.
113. StA, Munich, Sentencias, Caja 1 643.
114. Cit. en Demmel, *Garching*, p. 294.
115. Vid. Heinz, *Germany's Hitler*, p. 97 y s.
116. Hay algunas referencias en Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], p. 143 y ss. Insatisfactorio al respecto resultan a mi juicio Gerd R. Ueberschär y Winfried Vogel, *Dienen und Verdienen. Hitlers Geschenke an seine Eliten* [Servicio y beneficio. Regalos de Hitler a sus élites], Frankfurt a.M., 1999.
117. Vid. David Lewis, *The Secret Life of Adolf Hitler*, Londres, 1977, p. 52 y ss.
118. Vid. Langer, *Hitler-Psychogramm*, p. 140.
119. Hitler, *Mein Kampf*, p. 176 y s.
120. Ibídem, p. 235.
121. Vid. Hans von Tresckow, *Von Fürsten und anderen Sterblichen. Erinnerungen eines Kriminalkommissars* [De príncipes y otros mortales. Recuerdos de un comisario de policía], Berlín 1922, p. 112, 135 y pássim; además están los testimonios de Karl-Heinz Janssen y Fritz Tobias, *Der Sturz der Generale. Hitler und die Blomberg-Fritsch-Krise 1938* [La caída de los generales. Hitler y la crisis Blomberg-Fritsch en 1938], Munich, 1994, p. 107.
122. Observación del periodista Karl Tschuppik en 1927 en un artículo para *Tagebuch*, reproducido en Wolfgang Weyrauch (ed.), *Ausnahmestand. Eine Anthologie aus «Weltbühne» und «Tagebuch»* [Estado de excepción. Una antología de *Weltbühne* y *Tagebuch*], Munich, 1966, p. 295.
123. Cit. en Gerhard Plumpe, *Alfred Schuler, Chaos und Neubeginn* [Alfred Schuler, Caos y nuevo comienzo], Berlín, 1978, p. 179.

CAPÍTULO III

1. Vid. Ian Kershaw, *Hitler. 1889-1936*, Stuttgart, 1998, pp. 185 y 200.
2. Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], Munich, 1934, 6.ª ed., p. 115.
3. Vid. Peter Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA* [Los batallones pardos. Historia de las SA], Munich, 1989, p. 15.
4. Sobre la biografía y la carrera militar de von Epp, vid. Katja-Maria Wächter, *Die Macht der Ohnmacht. Leben und Politik des Franz Xaver Ritter von Epp (1868-1946)* [El poder de la impotencia. Vida y política del caballero Franz Xaver von Epp (1868-1946)], Frankfurt a.M., 1999, p. 79 y ss.; aquí se mencionará sólo de pasada su relación con Röhm.
5. Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], p. 158 y ss. Vid. también Wächter, *Epp*, p. 87 y ss.
6. A este respecto, Brigitte Hamann informará con mayor detalle en su nuevo libro sobre Winifred Wagner, en particular sobre las visitas en común de la pareja Röhm-Epp.
7. Vid. Otto Wagener, *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932* [Hitler muy de cerca. Notas de un amigo íntimo, 1929-1932], Henry A. Turned (ed.), Frankfurt a.M., 1978, p. 197. Lo mismo afirmaba Walter Luetgebrune, abogado de Röhm, vid. Ernst von Salomon, *Der Fragebogen* [El cuestionario], Hamburgo, 1951, p. 449.
8. Vid. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3231.
9. Epp al general von Möhl del 16-2-1922, en BAK, N 1101/92; cit. en Wächter, *Epp*, p. 92.
10. Vid. Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA* [Los batallones pardos. Historia de las SA], p. 15 y ss.
11. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, 1930, 3.ª ed., p. 391.
12. Gerhard Rossbach, *Mein Weg durch die Zeit. Erinnerungen und Bekenntnisse* [Mi camino por el tiempo. Recuerdos y conocidos], Weilburg, 1950, p. 215.
13. Hitler, *Mein Kampf*, p. 391.
14. Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], pp. 9 y 313.
15. Vid. al respecto Ulfried Geuter, *Homosexualität in der deutschen Jugendbewegung. Jungenfreundschaft und Sexualität im Diskurs von Jugendbewegung, Psychoanalyse und Jugendpsychologie am Beginn des 20. Jahrhunderts* [Homosexualidad en el movimiento juvenil alemán. Amistad juvenil y sexualidad en el discurso del movimiento juvenil, psicoanálisis y psicología juvenil a comienzos del siglo XX], Frankfurt a.M., 1994.
16. Aparecido en *Der Eigene*, Núm. 10, 1925, pp. 415-425; las citas siguientes ibídem.
17. Hans Blüher, *Die Rolle der Erotik in der männlichen Gesellschaft. Eine Theorie der menschlichen Staatsbildung nach Wesen und Wert* [El papel del erotismo en la sociedad masculina. Una teoría de la construcción del Estado según esencia y valor], Stuttgart, 1962, p. 28.
18. Hans Blüher, *Werke und Tage. Geschichte eines Denkers* [Los trabajos y los días. Historia de un pensador], Munich, 1953, p. 256.
19. Vid. *Weissbuch über die Erschiessungen des 30. Juni 1934. Authentische Darstellung der deutschen Bartholomäusnacht* [Libro Blanco sobre los asesinatos del 30 de junio de 1934. Interpretación auténtica de la noche de San Bartolomé alemana], París, 1934, p. 124 y ss.
20. Entrevista con el *Freiherr* Friedrich Karl von Eberstein de 1975, en IfZ, Munich, ZS 539.
21. Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], p. 356.
22. Este conjunto de cartas del año 1929 se encuentra en StA, Munich, Staatsanwaltschaften [fiscalías], núm. 28791/41.
23. Anónimo, «Nationalsozialismus und Inversion», en *Mitteilungen des Wissenschaftlich-humanitären Komitees* [Comunicaciones del comité científico-humanitario], núm. 32, enero/marzo de 1932, pp. 340-345. Las siguientes citas se encuentran en las pp. 341, 343 y 345.
24. Röhm a Heimsoth del 25-2-1929, en *Mitteilungen des Wissenschaftlich-humanitären Komitees* [Comunicaciones del comité científico-humanitario], núm. 33, abril/agosto de 1932, p. 394.
25. Vid. conversación con el general Von Hörauf del 10-11-1951, en IfZ, Munich, ZS 70.
26. Vid. Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. Eine Biographie* [Adolf Hitler. La época de la irresponsabilidad. Una biografía], Zürich, 1936, p. 237; y también Heinz Höhne, *Mordsache Röhm. Hitlers Durchbruch zur Alleinherrschaft 1933-1934*, [El asesinato de Röhm. Hacia la dictadura unipersonal de Hitler, 1933-1934], Reinbek, 1984, p. 80.
27. Conversación con el general Von Hörauf del 12-11-1951, en IfZ, Munich, ZS 70.
28. Röhm a Heimsoth del 25-2-1929, en *Mitteilungen des Wissenschaftlich-humanitären Komitees* [Comunicaciones del comité científico-humanitario], núm. 33, abril/agosto de 1932, p. 394.
29. Vid. *Münchener Post* núm. 147 del 30-6-1931; Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], p. 269.
30. Vid. Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], p. 362 y 267 y ss.
31. Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse* [Frente al patíbulo. Interpretación de Hitler y de su época a partir de mis propias vivencias y conocimientos], Munich-Gräfelfing, 1953, p. 88.
32. Kurt G. W. Ludecke, *I knew Hitler. The Story of a Nazi Who Escaped The Blood Purge*, Nueva York, 1937, p. 245. (Versión original en inglés: «He was the living image of the war itself, in contrast to his polished manner and

- exceptional and instinctive courtesy. [...] I liked his keen, open gaze and his firm handclasp.»)
33. Publicadas por el exiliado socialdemócrata Helmuth Klotz, del que nos ocuparemos en un capítulo posterior, esas notas, atribuidas al general Ferdinand von Bredow, aparecieron por primera vez a comienzos de 1934 en la revista praguense *Wahrheit* [Verdad], núm. 7-36; Vid. las copias en IfZ, Munich, ED 86 (Bredow), vol. 7. Ese mismo año se publicaron también en Londres y Nueva York bajo el título *The Berlin Diaries*. Röhm aparece en ellas como «la otra mitad de Hitler».
 34. Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], Munich, 1970, p. 97.
 35. Vid. Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], p. 215.
 36. Las citas anteriores provienen todas de Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], pp. 340, 349 y 348.
 37. Vid. por ejemplo la anotación en su diario de Joseph Goebbels del 15-5-1928 tras una visita a Munich, donde encontró a Hitler y Röhm en confiada concordia, en Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente* [Diarios], vol. I/1, Munich, 1987, p. 224.
 38. Vid. Margarete Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler. Der «völkische» Publizist Dietrich Eckart* [En camino hacia Hitler. El escritor «populista» Dietrich Eckart], Bremen, 1970, p. 113.
 39. Artículo con el sencillo título 'Dietrich Eckart. Nacido el 23 de marzo de 1868, firmado con la abreviatura «HK» (por Herbert Küsel), *Frankfurter Zeitung*, núm. 150 del 23-3-1943.
 40. Acta del interrogatorio policial de Eckart el 15-11-1923, en BAB, NS 26/2180.
 41. Hitler en su artículo «10 Jahre Kampf» [Diez años de lucha] para el *Illustrierter Beobachter* del 3-8-1929.
 42. Informe de Fleischhauer, amigo de Eckart, en su carta a Ruttke, colaborador del archivo del NSDAP, del 7-4-1938, en BAB, NS 26/1311.
 43. Hitler en su instructivo monólogo del 16/17-1-1942, en Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], Munich, 1980, p. 208.
 44. Vid. Hans Hinkel, *Einer unter Hunderttausend* [Uno entre cien mil], Munich, 1938, p. 69.
 45. Vid. la nota de Franz Xaver Bauer, en BAB, NS 26/2183.
 46. Vid. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 122 y ss.
 47. Christa Schroeder, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler* [Él era mi jefe. De la herencia de la secretaria de Adolf Hitler], Anton Joachimsthaler (ed.), Munich, 1985, p. 65.
 48. Alfred Rosenberg (ed.), *Dietrich Eckart. Ein Vermächtnis* [Dietrich Eckart. Un legado], Munich, 1928.
 49. *Ibidem*, p. 16 y s.
 50. Cit. en Richard Linsert, *Kabale und Liebe. Über Politik und Geschlechtsleben* [Intriga y amor. Sobre política y vida sexual], Berlín 1931, p. 296. Resulta sorprendente leer que Hitler se expresó de forma muy parecida el 18-10-1920 en una reunión del NSDAP sobre el «cerdo judío» Hirschfeld, «al que acusó del asesinato moral de miles de compañeros alemanes», añadiendo «el pueblo debe defenderse y ejercer por sí mismo la justicia». Cit. en la documentación «Hitler como orador del partido en 1920», en VfZ, vol. 11 (1963), p. 323.
 51. Cit. en Rosenberg (ed.), *Dietrich Eckart. Ein Vermächtnis* [Dietrich Eckart. Un legado], p. 15.
 52. Guido Karl Bomhard a Philipp Feldl del 2-8-1935, en BAB, NS 26/1307.
 53. Vid. los detalles al respecto en Hans-Günther Reichel, *Das Königliche Schauspielhaus unter Georg Graf von Hülsen-Häseler 1903-1918* [El Teatro Real bajo el conde Georg von Hülsen-Häseler, 1903-1918], Berlín oeste, 1962, p. 3, 34 y 89-94.
 54. Vínculo amistoso atestiguado por el intercambio de cartas entre ambos, en BAK, Kleine Erwerbungen, núm. 124.
 55. Rosenberg (ed.), *Dietrich Eckart. Ein Vermächtnis* [Dietrich Eckart. Un legado], p. 18.
 56. Vid. Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler. Der «völkische» Publizist Dietrich Eckart*, [En camino hacia Hitler. El escritor «populista» Dietrich Eckart], p. 29 y ss.
 57. Bomhard a Feldl del 2-8-1935, en BAB, NS 26/1307 (subrayado en el original).
 58. Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], p. 208.
 59. Vid. Hermann Wilhelm, *Dichter, Denker, Fememörder. Rechtsradikalismus und Antisemitismus in Munich von der Jahrhundertwende bis 1921* [Poeta, pensador, asesino de mujeres. Radicalismo de derechas en Munich desde el inicio del siglo hasta 1921], Berlín, 1989, p. 105.
 60. Vid. «Los truhanes contra Hitler», *Völkischer Beobachter*, núm. 61 del 4-8-1921.
 61. Vid. Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler. Der «völkische» Publizist Dietrich Eckart*, [En camino hacia Hitler. El escritor «populista» Dietrich Eckart], p. 78 y ss.
 62. Vid. el artículo de Eckart «Delirio de revelaciones del Post» en el *Völkischer Beobachter*, núm. 81 del 26-10-1921.
 63. Vid. Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler. Der «völkische» Publizist Dietrich Eckart*, [En camino hacia Hitler. El escritor «populista» Dietrich Eckart], p. 94 y ss. Si Hermann Esser lleva razón (comunicación privada) en que Hitler ya conocía a Eckart desde el otoño de 1919 (*ibídem*, pp. 66 y 128), quizá se le podría considerar como «autor intelectual» de la carta del 16-9-1919, en la que Hitler presentó por primera vez su «antisemitismo de la razón». Docu-

- mento original en HStA, Munich, Abt. IV, Gruppenkommando 4, vol. 50/8, notas, pp. 88 y ss.
64. Cit. en el «El leal Eckart», *Münchener Post*, núm. 177 del 1-8-1922.
 65. Cit. en las memorias no publicadas del caballero Gustav von Kahr (1928), en HStA, Munich, NL Kahr, núm. 51, p. 1177.
 66. Vid. Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier* [Conversaciones a la mesa con Hitler en el cuartel general del Führer], Wiesbaden, 1983, p. 108.
 67. Ibidem, p. 116.
 68. Friedrich Percyval Reck-Malleczewen, *Tagebuch eines Verzweifelten* [Diario de un desesperado], Stuttgart, 1947, p. 23.
 69. Rossbach, *Mein Weg durch die Zeit. Erinnerungen und Bekenntnisse* [Mi camino por el tiempo. Recuerdos y conocidos], p. 215.
 70. Vid. Alfred Kruck, *Geschichte des Alldeutschen Verbandes 1890-1939* [Historia de la Unión de todos los alemanes, 1890-1939], Wiesbaden, 1954, p. 192.
 71. BAK, NL 659 Class, FC 1734 N, manuscrito, p. 8.
 72. Rudolf Pechel, *Deutscher Widerstand* [Oposición alemana], Erlenbach-Zürich, 1947, p. 280.
 73. Cit. en Detlev Clemens, *Herr Hitler in Germany. Wahrnehmung und Deutung des Nationalsozialismus in Grossbritannien 1920 bis 1939* [Herr Hitler en Alemania. Percepción e interpretación del nacionalsocialismo en Gran Bretaña de 1920 a 1939], Göttingen 1996, p. 47. (Versión original en inglés: «Herr Hitler has developed into something much more than a scurrilous and rather comic agitator.»)
 74. Pormenores al respecto en Kershaw, *Hitler. 1889-1936*, p. 230 y ss.
 75. Vid. al respecto las memorias no publicadas del caballero Gustav von Kahr (1928), en HStA, Munich, NL Kahr, núm. 51, p. 1166a/1167.
 76. Según la observación de Kurt Lüdecke, la vida espiritual de Eckart había oscilado entre la generosidad y los celos; Vid. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 123.
 77. Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], p. 203.
 78. Lo que sigue procede del memorándum de Ernst Hanfstaengl «Adolf Hitler» de 1942, en Franklin D. Roosevelt Library (Nueva York), Henry Field's Papers, Box 44, p. 34 y ss. (Versión original en inglés: «Hitler's exhibitionism», «silly cow», «a senile weakling», «this girl Annerl», «Schopenhauer has done Eckart no good. He has made him a doubting Thomas, who only looks forward a Nirvana.»)
 79. Aun así, el *Völkischer Beobachter*, núm. 49 del 24-3-1923 saludó a Eckart con ocasión de su 54º cumpleaños como el «admirado luchador y precursor espiritual del movimiento nacionalsocialista».
 80. Bomhard a Feldl del 2-8-1935, en BAB, NS 26/1307.
 81. Publicado póstumamente en Munich en 1924 bajo el título «El bolchevismo desde Moisés hasta Lenin».
 82. Cit. en Baldur von Schirach, *Ich glaube an Hitler* [Yo creí en Hitler], Hamburgo, 1967, p. 24.
 83. Vid. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 119.
 84. Príncipe Friedrich Christian zu Schaumburg-Lippe, [...] *Verdammte Pflicht und Schuldigkeit... Weg und Erlebnis 1914-1933* [...] Condenados deber y culpa... Camino y vivencias 1914-1933], Leoni am Starnberger See, 1966, p. 273.
 85. Las siguientes informaciones acerca de los estudios de Hanfstaengl están tomadas de su expediente militar, en HStA, Munich, Abt. IV, OP 32067; sus documentos para el doctorado, en Archiv der Ludwig-Maximilians-Universität Munich, O N prom 1927-1928; así como de los datos proporcionados al autor por su hijo, Egon Hanfstaengl.
 86. Hans von Kaltenborn, *Fifty Fabulous Years. 1900-1950*, Nueva York, 1950, p. 51. (Versión original en inglés: «He always went with the 'right' people but never achieved his ambition of making one of the exclusive final clubs.»)
 87. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], pp. 7 y 8.
 88. Vid. la interpretación de Hanfstaengl en el artículo «Ich habe gewarnt» [Yo ya lo había avisado] en el *Badische Illustrierte Woche*, núm. 50 del 15-12-1951.
 89. Josephine Ewers a Haefstaengl del 15-12-1951, en Heinrich-Heine Institut Düsseldorf, legado Josephine Ewers (subrayado en el original).
 90. Hanfstaengl a Josephine Ewers del 19-12-1951, ibídem.
 91. Sobre la biografía de Ewers vid. Wilfried Kugel, *Der Unverantwortliche. Das Leben des Hanns Heinz Ewers* [El irresponsable. La vida de Hanns Heinz Ewers], Düsseldorf, 1992.
 92. Cit. ibídem, p. 247.
 93. Vid. al respecto George Chauncey, *Gay New York. Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World 1890-1914*, Nueva York, 1994.
 94. Carta del 12-5-1920, tomado aquí de David George Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, Ph.D., Nueva York, 1988, p. 60.
 95. Conversación del autor con Egon Hanfstaengl en Munich el 21-10-2000.
 96. Ernst Hanfstaengl, *Wie ich Adolf Hitler kennenlernte* [Cómo conocí a Hitler], en *Der Freiheitskampf*, núm. 293 del 21-10-1934.
 97. Vid. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 94 y s.
 98. Escrito de Gottfried Feder a Hitler del 10-8-1923, cit. en Oron James Hale, «Gottfried Feder calls Hitler to Order: An Unpublished Letter on Nazi Party Affairs», en *The Journal of Modern History*, vol. 30, 1958, p. 360.
 99. «Un respaldo para las relaciones exteriores de Hitler. Quién es Ernst Hanfstaengl», *Münchener Post*, núm. 260 del 11-11-1930.
 100. Las citas anteriores provienen todas de las memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 101. Vid. las impresiones de los diplomáticos y periodistas norteamericanos en

- Philip Metcalfe, *Berlin 1933. Das Jahr der Machtergreifung* [Berlín 1933. El año de la toma del poder], Stuttgart, 1989, p. 43 y ss.
102. Hitler a Rosenberg del 2-4-1925, en *Archives du centre de documentation juive contemporaine Paris, document LXII - 1*.
 103. Según las «Notas» escritas en 1939-1940 por Helene Niemeyer, separada de Hanfstaengl, que su hijo Egon puso amablemente a mi disposición.
 104. Los anteriores datos y citas proceden todos de Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], pp. 84, 66 y ss., 111 y 124.
 105. Memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 106. Martha Dodd, *Through Embassy Eyes*, Nueva York, 1939, p. 44; en otro lugar se habla de la *vulgarity* con que Hanfstaengl tocaba el piano (p. 69). (Versión original en inglés: «He had a drink, was persuaded to go to the piano, where he tore out several exciting and flamboyant songs.»)
 107. Memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47. Vid. auch Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 189 y ss.
 108. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], pp. 54 y 81.
 109. Vid. numerosas alusiones en Klaus Harpprecht, *Thomas Mann. Eine Biographie* [Thomas Mann. Una biografía], Reinbek, 1995; también Karl Werner Böhm, *Zwischen Selbstzucht und Verlangen. Thomas Mann und das Stigma der Homosexualität* [Entre la autodisciplina y la exigencia. Thomas Mann y el estigma de la homosexualidad], Würzburg, 1991, p. 249 y ss.
 110. Conversación con el autor el 15-11-2000 en Munich.
 111. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 56.
 112. Vid. Ron Rosenbaum, *Die Hitler-Debatte. Auf der Suche nach dem Ursprung des Bösen* [El debate sobre Hitler. En busca de las raíces del mal], Munich/Viena, 1999, p. 276 y ss.
 113. Hanfstaengl, *Hitler-Liederbuch* [Libro de canciones dedicadas a Hitler], Munich 1924; en particular, *Hitler-Lied, Deutsche voran* y *Die Hitler-Medizin*.
 114. Eugenio Dollmann, *Roma Nazista*, Milán, 1949, p. 25 y ss. (Agradezco la traducción del italiano de este párrafo y otros a mi amigo René Ott).
 115. Memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 116. *Münchener Post*, núm. 260 del 11-11-1930.
 117. Memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 118. Escrito de Gottfried Feder a Hitler del 10-8-1923, cit. en Oron James Hale, «Gottfried Feder calls Hitler to Order: An Unpublished Letter on Nazi Party Affairs», en *The Journal of Modern History*, núm. 30, 1958, p. 360 y ss.
 119. Memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 120. Vid. sobre este suceso: StA, Munich, Jefatura de Policía de Munich, núm. 10082.
 121. En lo que sigue, vid. Dollmann, *Roma Nazista*, p. 26 y ss.
 122. De tales planes de atentado informó el *Münchener Post*, núm. 13 del 15-1-1924.
 123. Vid. al respecto, además de las *Memorias* no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47, sobre todo el artículo no publicado «Die Wahrheit zum 9. November 1923» [La verdad del 9 de noviembre de 1923], de Jobst von Lossow, sobrino del general de la Reichswehr, en HStA, Munich, Abt. IV, HS 3388, y también Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie* [Hitler. Una biografía], Munich, 2000, p. 326.
 124. Declaración del nieto de Lossow, Hermann, en una conversación mantenida con el autor el 14-11-2000 en Ammerland.
 125. Propiedad de la familia Hausleitner a la que agradezco la amable cesión de copias de esos papeles.
 126. Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], p. 204. Sobre la necesidad de anonimato de Hitler vid. también Ulrich Chaussy, *Nachbar Hitler. Führerkult und Heimatzerstörung am Obersalzberg* [Vecino de Hitler. El culto al Führer y la destrucción del país en Obersalzberg], Berlín, 2001, p. 30 y ss.
 127. Sobre la biografía de ese antiguo miembro del Cuerpo de Voluntarios, vid. Günter Rinke, *Sozialer Radikalismus und bündische Utopie. Der Fall Peter Martin Lampel* [Radicalismo social y utopía asociativa. El caso de Peter Martin Lampel], Frankfurt a.M., 2000. Las memorias no publicadas de Lampel se encuentran en la Staats- und Universitätsbibliothek, Hamburgo, NL Lampel, NK 432.
 128. Lampel, *Niemandes Knecht* [Siervo de nadie], p. 416 y ss., ibídem.
 129. Memorias no publicadas de Hanfstaengl (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.

CAPÍTULO IV

1. Vid. al respecto Barbara Zehnpfennig, *Hitlers «Mein Kampf»* [El «Mein Kampf» de Hitler], Munich, 2000, y como obra de referencia, Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung* [La concepción del mundo de Hitler], Stuttgart, 1991.⁴
2. Sobre la nueva orientación del partido, sobre la construcción del mito *Führer* y sobre el ascenso de Hitler como indiscutido jefe del partido, véan-

- se los correspondientes capítulos de Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Stuttgart, 1998 [Barcelona, Ed. Península, 1999].
3. Vid. la fotografía en Wulf Schwarzwäller, «Der Stellvertreter des Führers.» *Rudolf Hess. Der Mann in Spandau* [«El lugarteniente del Führer». Rudolf Hess. El hombre de Spandau], Viena/Munich/Zürich, 1974, Ilustraciones.
 4. *Memorias* de Hanfstaengl, no publicadas (1956), en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 5. Hess a su mujer, del 18.6.1945, en Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen. England - Nürnberg - Spandau. Gefangener des Friedens. Antwort aus Zelle Sieben* [Un destino en cartas. Inglaterra - Nuremberg - Spandau. Prisionero de la paz. Respuesta desde la celda siete], Leoni, 1984, p. 102.
 6. Albert Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP. Erinnerungen an die Frühzeit der Partei* [Tendencias y figuras del NSDAP. Recuerdos de los primeros tiempos del partido], Stuttgart, 1959, p. 171.
 7. Las citas anteriores provienen de Otto Strasser, *Gangsters around Hitler*, Londres 1942, p. 38; entrevista con Ernst Hanfstaengl del 28-10-1951, en IfZ, Munich, ZS 60; las dos siguientes, de Peter Padfield, *Hess. Flight for the Führer*, Londres 1991, Prólogo; Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland ... Persönliches und politisches Tagebuch*, [Ya que ahora Alemania nos pertenece ... Diario personal y político], Hamburgo/Viena, 1959, p. 381. Sobre la cuestión de la homosexualidad de Hess, véase también Bernd-Ulrich Hergemöller, *Mann für Mann. Biographisches Lexikon zur Geschichte von Freundschaft und mann-männlicher Sexualität im deutschen Sprachraum* [De hombre a hombre. Diccionario biográfico de la historia del amor entre amigos y la homosexualidad masculina en los países de lengua alemana], Hamburgo, 1998, p. 350 y ss., con las correspondientes referencias.
 8. *Die Deutsche Revolution*, núm. 9 del 8-7-1934 («Gilt der § 175 nur für Tote? Eine Frage an Adolf Hitler»); vid. además «Liste homosexueller Grosswürendträger des Hitler-Regimes», *Die Deutsche Revolution*, núm. 10 del 15-7-1934.
 9. Kurt G. W. Ludecke, *I knew Hitler. The Story of a Nazi Who Escaped The Blood Purge*, Nueva York, 1937, p. 586. (Versión original en inglés: «I couldn't quite see the epithet of 'Fräulein', for he was the virility itself.»)
 10. Hess a Ilse Pröhl del 24-10-1923, en Rudolf Hess, *Briefe 1908-1933*, Wolf Rüdiger Hess (ed.). Con una introducción y comentarios de Dirk Bavendamm, Munich/Viena, 1987, p. 309. Esta edición de cartas de Rudolf Hess preparada por su hijo supone la rara fortuna de una colección de testimonios auténticos de un íntimo amigo de Hitler. Aun así, se trata únicamente de una selección de cartas, que además sólo se reproducen en parte. Por respeto a los miembros de la familia todavía vivos, no se incluyen las «cartas de carácter íntimo» (Introducción, p. 8).
 11. Hess a su prima Milly Kleinmann del 11-4-1921, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 267.
 12. Hess a Ilse Pröhl del 23.7.1924, ibídem, p. 346.
 13. Sobre la biografía de Rudolf Hess, véase sobre todo Kurt Pätzold y Manfred Weissbecker, *Rudolf Hess. Der Mann an Hitlers Seite* [Rudolf Hess. El hombre al lado de Hitler], Leipzig, 1999, en particular pp. 12-87.
 14. Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 48.
 15. Sobre la naturaleza de esa amistad, vid. Hans-Adolf Jacobsen, *Karl Haushofer. Leben und Werk*. vol. 1: *Lebensweg 1869-1946 und ausgewählte Texte zur Geopolitik* [Karl Haushofer. Vida y obra. Tomo 1: Recorrido vital 1869-1946 y textos escogidos de geopolítica], Boppard, 1979, p. 225 y ss.
 16. Hess a sus padres, del 17-6-1920, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 261.
 17. Cita tomada de Jacobsen, *Karl Haushofer*, p. 231.
 18. Ilse Hess a Hans-Adolf Jacobsen en 1972; ibídem, p. 227 y ss.
 19. Así le llamaba, por ejemplo, en las cartas de Hess del 31-8-1946 y del 19-7-1953, en Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 110 y 301.
 20. Hess a su prima Milly Kleinmann del 11-4-1921, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 267.
 21. Heinrich Dölle, miembro del partido, a Hitler. 1921, citado en Schwarzwäller, «Der Stellvertreter des Führers.» *Rudolf Hess. Der Mann in Spandau* [«El lugarteniente del Führer». Rudolf Hess. El hombre de Spandau], p. 81.
 22. «Sobre la octavilla contra Hitler», *Völkischer Beobachter*, núm. 63 del 11-8-1921.
 23. Hess a Gustav Ritter von Kahr del 17-5-1921, en IfZ, Munich, F 18, p. 5 y s.
 24. Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 43.
 25. Anónimo (Karl Mayr), «I was Hitler's Boss», en *Current History*, 1, núm. 3, noviembre de 1941, p. 198. (Versión original en inglés: «Before every important speech Hitler was, sometimes for days, closeted with Hess who in some unknown way got Hitler into that frenetic state in which he came forth to address the public.») Hess confirmó más tarde, en la prisión de Spandau, que había preparado junto a Hitler los discursos de éste. Vid. Eugene K. Bird, *Hess der «Stellvertreter des Führers». Englandflug und britische Gefangenschaft* [Hess, el «lugarteniente del Führer». Vuelo a Inglaterra y prisión británica], Munich 1974, p. 302, tomado de Pätzold y Weissbecker, *Rudolf Hess. Der Mann an Hitlers Seite* [Rudolf Hess. El hombre al lado de Hitler], p. 474.
 26. «Sobre la octavilla contra Hitler», *Völkischer Beobachter*, núm. 63 del 11-8-1921.
 27. Vid. Raffael Scheck, «Swiss Funding for the Early Nazi Movement. Motivation, Context, and Continuities», en *The Journal for Modern History*, 71, 1999, p. 803.
 28. Vid. por ej., las cartas a su amiga del 31-8-1922, 11-9-1922, 13-9-1922 o del 10-8-1923, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933].
 29. Hess a su madre del 16-5-1924, ibídem, p. 325.

30. Vid. Hans Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], Munich, 1933, p. 55.
31. Apunte de una conversación del director de la instalación con Hansjörg Maurer del 4-12-1924, cit. en Winfried Schmidt (ed.) *«Der Chefredakteur und nachmalige Tierarzt Hansjörg Maurer und seine Würzburger politischen Tagebuchblätter aus den Jahren 1936 und 1937* [El redactor-jefe y después veterinario, Hansjörg Maurer, y sus diarios políticos de Würzburg de los años 1936 y 1937], Würzburg 1999, p. 53, «...estuvo de lo más indolente contra el Führer...» Tampoco aprobaba el director las «repetidas peticiones para pasearse en verano por el jardín de la fortaleza con la parte superior del cuerpo desnuda», informaba el empleado de la prisión, Franz Hemmrich, en sus memorias no publicadas, «Die Festung Landsberg am Lech» [La fortaleza de Landsberg en Lech], (manuscrito de 1970), en IfZ, Munich, ED 153.
32. Hess a Ilse Pröhl del 28-5-1924, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 326.
33. Kershaw, *Hitler. 1889-1936*, p. 299. (Versión original en inglés: «His almost mystical faith in himself as walking with destiny, with a "mission" to rescue Germany, dates from this time.», p. 240.)
34. Vid. Bruno Hipler, *Hitlers Lehrmeister. Karl Haushofer als Vater der NS-Ideologie* [El maestro de Hitler. Karl Haushofer como padre de la ideología nacionalsocialista], St. Ottilien, 1996, p. 108f. bzw. 121 y s.
35. Autodescripción de Hess a Albert Krebs, citado en *Tendenzen und Gestalten der NSDAP. Erinnerungen an die Frühzeit der Partei* [Tendencias y figuras del NSDAP. Recuerdos de los primeros tiempos del partido], p. 170.
36. Hess a sus padres, del 24-4-1925, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 367.
37. Joseph Goebbels en la anotación en su *Diario* del 13-4-1926 tras su primer encuentro con Hess, en Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente* [Los diarios de Joseph Goebbels. Fragmentos escogidos] vol. I/1, Munich u.a., 1987, p. 172.
38. Vid. al respecto Ulrich Chaussy, *Nachbar Hitler. Führerkult und Heimatzerstörung am Obersalzberg* [Vecino de Hitler. El culto al Führer y la destrucción del país en Obersalzberg], Berlín, 2001, p. 29 y ss.
39. Hess a su madre del 14-1-1928, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 390.
40. Hess a sus padres, del 20-11-1927, según Wolf Rüdiger, en Hess, *Mord an Rudolf Hess? [¿Asesinato de Rudolf Hess?]*, Leoni, 1989, p. 41 y ss.
41. Cit. en Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], Munich, 1970, p. 324.
42. Cit. en Schwarzwäller, «Der Stellvertreter des Führers.» *Rudolf Hess. Der Mann in Spandau* [«El lugarteniente del Führer». Rudolf Hess. El hombre de Spandau], p. 101.
43. Notas de una conversación con Hitler de su médico, Karl Brandt, en el verano de 1945, en Ulrich Schlie (ed.), *Albert Speer. «Alles, was ich weiss.» Aus unbekannten Geheimdienstprotokollen vom Sommer 1945* [Albert Speer. «Todo lo que sé.» Expediente desconocido del servicio secreto del verano de 1945], Munich, 1999, p. 237; vid. asimismo Hess a su mujer, del 26-6-1947, en Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 147.
44. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1 (1987), p. 144, 173, 389 y 172 (anotaciones del 23-11-1925, 13-4-1926, 22-6-1929 y 13-4-1926).
45. Hess a Ilse Pröhl, 29-6-1924, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 342.
46. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1 (1987), p. 175 (anotación del 19-4-1926).
47. Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 23.
48. Sobre el caso Wyneken, véase el correspondiente pasaje de Ulfried Geuter, *Homosexualität in der deutschen Jugendbewegung. Jungenfreundschaft und Sexualität im Diskurs von Jugendbewegung, Psychoanalyse und Jugendpsychologie am Beginn des 20. Jahrhunderts* [Homosexualidad en el movimiento juvenil alemán. Amistad juvenil y sexualidad en el discurso del movimiento juvenil, psicoanálisis y psicología juvenil a comienzos del siglo XX], Frankfurt a.M., 1994, p. 195 y ss. También Thijs Maasen, *Pädagogischer Eros. Gustav Wyneken und die Freie Schulgemeinde Wickersdorf* [Eros pedagógico. Gustav Wyneken y la comunidad escolar libre de Wickersdorf], Berlín, 1995.
49. Gustav Wyneken, *Eros*, Lauenburg, 1921, p. 48 y ss.
50. Hans Blüher, *Die Rolle der Erotik in der männlichen Gesellschaft* [El papel del erotismo en la sociedad masculina], Jena, 1917, pp. 243 y 248.
51. Hess a Ilse Pröhl del 24-10-1923, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 309.
52. Hess a su mujer, del 4-6-1950, en Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 215.
53. Ilse Hess a Hess del 11-10-1954, ibídem, p. 256 (subrayado en el original).
54. Hess a su mujer, del 31-1-1933, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 425 y s.
55. Discurso por radio del 25-6-1934, cit. según la reproducción en el *Völkischer Beobachter*, núm. 177 del 26-7-1934.
56. Hitler en un discurso en el congreso del NSDAP el 30-1-1922, en Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (ed.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen* [Hitler. Notas completas], Stuttgart, 1980, p. 559.
57. Vid. el certificado de trabajo extendido por Hitler a Maurice del 1.8.1928, en IfZ, Munich, ZS 270. Vid. asimismo el currículum de Maurice del 23-2-1948, en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
58. Schaub en un interrogatorio el 26-7-1951, en IfZ, Munich, ZS 137.
59. Vid. sobre su currículum en general el expediente en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
60. Vid. Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], p. 55 y ss.
61. Henriette von Schirach, *Frauen um Hitler. Nach Materialien von Henriette von Schirach* [Mujeres en torno a Hitler. A partir de materiales de Henriette von Schirach], Munich, 1983, p. 55.

62. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1, 1987, p. 192 (anotación del 12-7-1926).
63. Maurice a Hitler del 24-1-1925, en IfZ, Munich, ZS 270. Maurice afirmaba orgulloso en 1933 que «se tuteaba con el Führer», como aparece en un cuestionario a los primeros miembros del NSDAP del 8-10-1933, en BAB, BDC, Emil Maufice. Vid. también la felicitación de cumpleaños de Hitler a Maurice del 19.1.1925, facsímil en Hans Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], Munich, 1943 (nueva edición), p. 150.
64. Vid. Hitler an Maurice del 13-9-1927, facsímil en Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier* [Conversaciones a la mesa con Hitler en el cuartel general del Führer], Wiesbaden, 1983, Bildteil.
65. Lo confirman asimismo los documentos contenidos en StA, Munich, Sentencias, caja 1131. El expediente de la Jefatura de Policía de Munich sobre Maurice ha desaparecido.
66. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, 1930, 3.^a ed., p. 566.
67. Hess a su mujer, del 19-9-1954, en Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen* [Un destino en cartas], p. 254.
68. Schirach, *Frauen um Hitler. Nach Materialien von Henriette von Schirach*, [Mujeres en torno a Hitler. A partir de materiales de Henriette von Schirach], pp. 58 y 62.
69. Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], 1933, p. 92. Vid. al respecto también Hemmrich, *Erinnerungen* [Memorias], en IfZ, Munich, ED 153, Bl. 33.
70. Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], 1933, p. 93. Vid. también la edición de 1943, p. 102 y ss.
71. Heinrich Hoffmann, *Friend*, Londres 1955, p. 145. (Versión original en inglés: «I shall never forget the look of astonishment and horror on Hitler's face! [...] Bewildered and helpless as a child, Hitler stood there, biting his lip in an effort to master his anger.»)
72. Hemmrich, *Erinnerungen* [Memorias], en IfZ, Munich, ED 153, Bl. 44.
73. Cit. en Nerin Erin Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], Kiel, 1994 (nueva edición), p. 20.
74. Christa Schroeder, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler* [Él era mi jefe. De la herencia de la secretaria de Adolf Hitler] Anton Joachimsthaler (ed.), Munich, 1985, p. 153.
75. Cit. en Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], p. 57.
76. Vid. Schirach, *Frauen um Hitler. Nach Materialien von Henriette von Schirach* [Mujeres en torno a Hitler. A partir de materiales de Henriette von Schirach], p. 244 y s.; Memorias de Hanfstaengl, no publicadas, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47; y también, del mismo autor, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 184; *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 253 (anotación del 5-10-1932).
77. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 157 y ss. Hitler schrieb sich noch 1934 mit Ada Klein, vid. el facsímil de una carta de «Wolf» a esa amiga del 30-9-1934, en Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], Munich, 2000, p. 299.
78. Vid. en lo que sigue Günter Peis, *Hitlers unbekannte Geliebte* [Las amadas desconocidas de Hitler], en *Der Stern*, núm. 24, 1959, pp. 28-34 y pp. 62-65; así como Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], p. 58 y ss.
79. Hitler a Maria Reiter del 23-12-1926, facsímil reproducido en Peis, *Hitlers unbekannte Geliebte* [Las amadas desconocidas de Hitler].
80. Declaración de Rudolf Pfeiffer-Bechstein en el documental para televisión «Las mujeres y Hitler», primera parte, dirección de Thomas Hausner, Bayerischer Rundfunk, 2000.
81. El primer estudio, aunque sin análisis de las fuentes, de esa relación es el de Ronald Hayman, *Hitler & Geli*, Nueva York/Londres, 1997.
82. Vid. Anna Maria Sigmund, *Die Frauen der Nazis* [Las mujeres de los nazis], Viena, 1998, p. 136 y 138; así como Schroeder, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler*, [Él era mi jefe. De la herencia de la secretaria de Adolf Hitler], p. 296 (apartado de notas, elaborado por Anton Joachimsthaler); vid. además Alfred Maleta, *Bewältigte Vergangenheit. Österreich 1932-1945* [El pasado superado. Austria, 1932-1945], Graz, 1981, p. 48 y ss.
83. Hess a su familia del 17-9-1927, en Hess, *Brief 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 384 y s.
84. Facsímil de esa carta reproducido en el catálogo de 1993 de la casa de subastas de Munich, Hermann Historica. Según una información del hijo de Emil Maurice, doctor Klaus Maurice, era propiedad de su familia; cit. en Sigmund, *Die Frauen der Nazis* [Las mujeres de los nazis], p. 140.
85. Expediente del campo de internamiento de Regensburg del 13-5-1948, en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
86. Vid. currículum de Maurice del 23-2-1948, ibídem.
87. Cit. en Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], p. 20.
88. Vid. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 364 (Anmerkungsteil). Sobre la querrela ante los tribunales vid. también las memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47; así como la declaración jurada de Hans Kallenbach del 7-5-1947, en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
89. Otto Strasser, *Hitler und ich* [Hitler y yo], Konstanz, 1948, p. 97 y s.
90. Günter Peis, «Hitlers unbekannte Geliebte» [Las amadas desconocidas de Hitler], en *Der Stern*, núm. 24, 1959.
91. Borrador de carta de Walter Buch a Hitler del 1-10-1928, en Albrecht Tyrell, *Führer befiehlt... Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP. Dokumentation und Analyse* [El Führer ordena... Testimonios de los «tiempos de lucha» del NSDAP. Documentación y Análisis], Düsseldorf, 1969, p. 212.

92. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1, 1987, p. 246 (anotación del 17-7-1928).
93. Borrador de carta de Walter Buch a Hitler del 1-10-1928, en Albrecht Tyrell, *Führer befiehl...* [El Führer ordena...], p. 212. El pasaje entre paréntesis está tachado por Buch en el original.
94. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1, 1987, p. 280 (anotación del 19-10-1928).
95. Vid. el certificado de trabajo extendido por Hitler a Maurice del 1-8-1928, en IfZ, Munich, ZS 270: «El Sr. Emil Maurice ha trabajado para mí como chófer desde julio de 1921 hasta enero de 1928. El Sr. Maurice se ha acreditado como un conductor extraordinariamente seguro, muy por encima de la media.»
96. Currículum de Maurice del 23-2-1948, en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
97. Vid. Strasser, *Hitler und ich* [Hitler y yo], p. 98.
98. Vid. expediente del campo de internamiento de Regensburg del 13-5-1948, en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
99. Legado Julius Schaub (Colección Irving), vol. 1, en IfZ, Munich, ED 100/202, Bl. 3.
100. Emil Maurice a Nerin Erin Gun, cit. en *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], p. 20.
101. Memorias de Hanfstaengl, no publicadas, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
102. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 153.
103. Cit. en Hoffmann, *Friend*, p. 150. (Versión original en inglés: «Right! I love Geli, and I could marry her; but you know my views and you know that I am determined to remain a bachelor. Therefore I reserve to myself the right to watch over the circle of her male acquaintances until such a time as the right man comes along. What Geli now regards as restraint is in reality wise precaution. I am quite determined to see that she does not fall into the hands of some unworthy adventurer or swindler.»)
104. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 235.
105. Schirach, *Frauen um Hitler. Nach Materialien von Henriette von Schirach*, [Mujeres en torno a Hitler. A partir de materiales de Henriette von Schirach], p. 64.
106. Vid. Maurice al ministerio de Estado para tareas especiales del 12-9-1949, en StA Munich, Sentencias, caja 1131.
107. Expediente del campo de internamiento de Regensburg del 13-5-1948, en StA, Munich, Sentencias, ibídem.
108. Sentencia del tribunal de apelación del 17-7-1949, en StA, Munich, Sentencias, caja 20.
109. Una declaración jurada de la viuda de Emil Maurice del 3-8-1993 confirma la existencia de ese escrito de Hitler del 13-3-1933. Propiedad privada del doctor Klaus Maurice, al que agradezco su amable cesión de una copia.
110. Vid. «Munich. Capital del Movimiento» (Catálogo de la exposición), Munich, 1993, p. 234.
111. Vid. Wolfram Selig, *Ermordet im Namen des Führers. Die Opfer des Röhm-*
Putsches in München [Asesinados en nombre del Führer. Las víctimas del «putsch de Röhm» en Munich], en Winfried Becker y Werner Chrobak (ed.), *Staat, Kultur, Politik. Festschrift für Dieter Albrecht*, Kallmünz 1992, pp. 341-356, aquí p. 344.
112. *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, núm. 154 del 5-7-1934.
113. Vid. Julius Schaub, *Der Führer in der Festung Landsberg* [El Führer en la fortaleza de Landsberg], en *Adolf Hitler. Bilder aus dem Leben des Führers* [Adolf Hitler. Imágenes de la vida del Führer], Altona/Bahrenfeld, 1936, p. 127; así como ilustraciones ibídem, p. 118.
114. Informe relativo a las indagaciones sobre Maurice del 1-3-1948, en StA, Munich, Sentencias, caja 1131.
115. Réplica a la denuncia del 22-4-1948, ibídem.
116. Declaración jurada de la señora Hedwig Maurice del 3-8-1993, propiedad del doctor Klaus Maurice.
117. Vid. *Völkischer Beobachter*, núm. 133 del 13-5-1935.
118. Vid. Declaración jurada de la señora Hedwig Maurice del 3-8-1993, propiedad del doctor Klaus Maurice.
119. Expediente secreto de Heinrich Himmler del 31-8-1935, cit. en Peter Hoffmann, *Die Sicherheit des Diktators. Hitlers Leibwachen, Schutzmassnahmen, Residenzen, Hauptquartiere* [La seguridad del dictador. Guardaespaldas de Hitler, medidas de protección, residencias, cuarteles generales], Munich/Zürich, 1975, p. 66.
120. Auguste Behrend, «Meine Tochter Magda Goebbels» [Mi hija Magda Goebbels], en *Schwäbische Illustrierte* del 5-4-1952.
121. Vid. ibídem. así como la un tanto melodramática reconstrucción de la atmósfera en Otto Wagener, *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932* [Hitler muy de cerca. Notas de un amigo íntimo, 1929-1932], Henry A. Turner (ed.), Frankfurt a.M., 1978, p. 375 y ss.
122. Cit. en Leni Riefenstahl, *Memoiren* [Memorias], Munich, 1987, p. 201.
123. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 418. (Versión original en inglés: «We like to have Hitler think of this apartment as his second home.»)
124. Vid. Ralf Georg Reuth, *Goebbels. Eine Biographie* [Goebbels. Una biografía], Munich 1990, p. 196 y ss.; así como Anja Klabunde, *Magda Goebbels, Annäherung an ein Leben* [Magda Goebbels. Aproximaciones a una vida] Munich, 1999, p. 144.
125. Wagener, *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932* [Hitler muy de cerca. Notas de un amigo íntimo, 1929-1932], p. 358.
126. Hess a Ilse Pröhl del 8-6-1924, en Hess, *Briefe 1908-1933* [Cartas, 1908-1933], p. 332.
127. Anna Maria Sigmund muestra en *Die Frauen der Nazis* [Las mujeres de los nazis], p. 154, que el luto de Hitler en aquellos días era más bien limitado.
128. Entre el 22 y el 26-5-1932 Hitler estuvo efectivamente en campaña electoral en Oldenburg, vid. Klaus Schaap, *Oldenburgs Weg ins Dritte Reich* [El camino de Oldenburg en el Tercer Reich], Oldenburg 1983, p. 112 y ss.; así como Edgar Grundig, *Chronik der Stadt Wilhelmshaven* [Crónica de la

- ciudad de Wilhelmshaven], (reprografía de 1957), 2, p. 153, en StA Oldenburg.
129. Riefenstahl, *Memoiren*, p. 159 y s.
 130. Vid. al respecto Rainer Rother, *Leni Riefenstahl. Die Verführung des Talents* [Leni Riefenstahl. La seducción del talento], Berlín, 2000.
 131. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 476 y s. (Versión original en inglés: «*In those days I was the happiest man in the world.*»)
 132. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 253 (anotación del 5-10-1932).
 133. Cit. en Hoffmann, *Friend*, p. 141. (Versión original en inglés: «*You know my point of view, Hoffmann. It's perfectly true that I love flowers; but that's no reason why I should become a gardener!*»)
 134. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 477. (Versión original en inglés: «*I said that it was better for you to have women than men.*»)
 135. Cit. en Riefenstahl, *Memoiren*, p. 214. Vid. al respecto las memorias del jefe de distrito de Hannover Hartmann Lauterbacher, *Erlebt und mitgestaltet. Kronzeuge einer Epoche 1923 bis 1945* [Vivido y conformado. Testigo de una época. 1923 a 1945], Preussisch Oldendorff, 1984, p. 166.
 136. «El Führer se despidió de su leal acompañante.» *Völkischer Beobachter*, núm. 141 del 20-5-1936.
 137. Vid. programa del «entierro del Pg. Schreck», en BAB, BDC, Julius Schreck; así como *Völkischer Beobachter*, núm. 141 del 20-5-1936.
 138. Cit. en Hans Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], Munich, 1939 (nueva edición), p. 13.
 139. Discurso del *Reichsführer* de las SS, Himmler, ante la tumba del general de las SS, Schreck, el 19-5-1936, en IfZ, Munich, MA 311, Bl. 1823.
 140. La causa de la muerte no se aclaró nunca del todo; se habló de una infección en la mandíbula superior (*Völkischer Beobachter* del 16-5-1936), pero también de una meningitis (*Völkischer Beobachter* del 17-5-1936).
 141. Sobre la biografía de Schreck, vid. Los documentos en BAB, NS 26/1269.
 142. Vid. Hoffmann, *Die Sicherheit des Diktators. Hitlers Leibwachen, Schutzmassnahmen, Residenzen, Hauptquartiere* [La seguridad del dictador. Guardasespaldas de Hitler, medidas de protección, residencias, cuarteles generales], p. 22.
 143. Vid. Heinz Höhne, *Der Orden unter dem Totenkopf. Die Geschichte der SS* [La orden de la calavera. Historia de las SS], Gütersloh, 1967, p. 27 y s.
 144. Ernst Wagner a Hitler del 20-5-1926, cit. ibídem, p. 29.
 145. Vid. por ej., presidencia del gobierno de Oberfranken a la Jefatura de Policía de Munich del 16-12-1925, en StA, Munich, Jefatura de Policía de Munich, núm. 10148; de lo que se deduce que también Schreck viajaba entonces con Hitler.
 146. Vid. Herbert Seehofer, *Mit dem Führer unterwegs. Kleine Stimmungsbilder einer grossen Reise* [En camino con el Führer. Pequeñas imágenes de ambiente de un gran viaje], Munich, 1939, p. 103.
 147. Schaub, «Yo tenía un camarada», *Völkischer Beobachter*, núm. 140 del 19-5-36.
 148. «¡Qué a gusto viajábamos entonces por todo el país!», exclamaba Hitler el 16-17 de enero de 1942 en su cuartel general. Vid. Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], Munich 1980, p. 205.
 149. Vid. por ej., Ludecke, *I knew Hitler*, p. 583.
 150. Cit. en Gitta Sereny, *Das Ringen mit der Wahrheit. Albert Speer und das deutsche Trauma* [Enfrentados a la verdad. Albert Speer y el trauma alemán], Munich, 1995, p. 133.
 151. Vid. Klaus Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade). Dritter Jahrgang. 1936* [Informe del SPD], Salzhausen, 1980, p. 683.
 152. Legado Julius Schaub (colección Irving), 2, en IfZ, Munich, ED 100/203, Bl. 242.
 153. Julius Schreck, *Der Führer auf Reisen* [El Führer de viaje], en *Adolf Hitler. Bilder aus dem Leben des Führers* [Adolf Hitler. Imágenes de la vida del Führer], Altona/Bahrenfeld, 1936, p. 16.
 154. Vid. entrevistas con Friedlinde Wagner, en Office of Strategic Services, Hitler Source Book, p. 4 y s. (Tomado del Nizkor Project: www.nizkor.org).
 155. Información oral al autor de Frau Jobst, Bayreuth, del 29-2-2000.
 156. Magda Schreck a Hitler del 9-6-1936, en BAB, NS 10/121.
 157. Maria Schreck a la Cancillería del Reich del 11-6-1936, ibídem.
 158. Nota de la conversación telefónica de Bouhler con Schaub 25-6-1936, ibídem. La circunstancia de que Schaub fuera el transmisor de la noticia permite deducir que Hitler tomó esa decisión personalmente.
 159. Albert Speer a Joachim C. Fest, en Joachim C. Fest, *Hitler. Eine Biographie*, Munich, 2000, p. 716.
 160. Hans Grimm, *Suchen und Hoffen. 1928-1934* [Búsquedas y esperanzas, 1928-1934], Lippoldsberg, 1972, p. 11.
 161. Vid. Hoffmann, *Die Sicherheit des Diktators. Hitlers Leibwachen, Schutzmassnahmen, Residenzen, Hauptquartiere* [La seguridad del dictador. Guardasespaldas de Hitler, medidas de protección, residencias, cuarteles generales], p. 189.
 162. Vid. Horst Möller (ed.), *Die tödliche Utopie. Bilder, Texte, Dokumente, Daten zum Dritten Reich* [La utopía mortal. Imágenes, textos, documentos y fechas del Tercer Reich], Munich, 1999, p. 15 y ss.
 163. Vid. Otto Dietrich, *12 Jahre mit Hitler* [12 años con Hitler], Munich 1955, p. 162; sobre las estancias de Hitler en Hamburgo vid. Werner Johe, *Hitler in Hamburg. Dokumente zu einem besonderen Verhältnis* [Hitler en Hamburgo. Documentos sobre un comportamiento especial], Hamburgo, 1996, p. 238.
 164. Concepto acuñado por Ernst Hanfstaengl en *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 310.
 165. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1, 1987, p. 551 (anotación del 24-5-1930).

166. Vid. interrogatorio de Julius Schaub el 12-3-1947, en StA, Nuremberg, KV-Interrogations S-35.
167. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 42.
168. Telegrama de felicitación de Speer a Schaub del 21-8-1942, en BAB, NS 51/39, Bl. 55.
169. Cit. en Hans-Otto Meissner, *Der letzte Befehl* [La última orden], manuscrito no publicado, en IfZ, Munich, MS 291, p. 4.
170. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 103.
171. Interrogatorio de Schaub en Nuremberg el 7-12-1946, en StA, Nuremberg, KV-Interrogations S-35.
172. Que Schaub tenía muchos contactos en ese mundo lo prueban las numerosas felicitaciones recibidas con ocasión de su 44º cumpleaños en agosto de 1942; vid. BAB, NS 51/39.
173. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 44.
174. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 227.
175. Escrito de varios habitantes e inquilinos de Ickstatt del 5-4-1923, en StA, Munich, Jefatura de Policía de Munich, núm. 10142.
176. Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg* [Con Adolf Hitler en la fortaleza de Landsberg], 1943, p. 79.
177. Vid. legado Julius Schaub (colección Irving), 1, en IfZ, Munich, ED 100/202, Bl. 8.
178. Según Christa Schroeder, Schaub llegó en abril de 1945 de Obersalzberg a toda prisa, para destruir los papeles privados de Hitler, acompañado de «su amiga», «una bailarina del Metropól de Berlín», en Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 214.
179. Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 43.
180. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/3, 1987, p. 380 (anotación del 23-12-1937).
181. Reproducido en Werner Maser, *Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten* [Cartas y notas de Hitler. Su imagen del mundo en documentos manuscritos], Düsseldorf, 1973.
182. Vid. la relación de cheques firmados por Hitler al Reichsbank, en StA, Nuremberg, Nürnberger Dokumente, NG-5346.
183. Vid. Hans-Otto Meissner, *Der letzte Befehl* [La última orden], manuscrito no publicado, en IfZ, Munich, MS 291, p. 1. Vid. al respecto también Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 213.
184. Cit. en Meissner, *Der letzte Befehl* [La última orden], en IfZ, Munich, MS 291, p. 1.

CAPÍTULO V

1. Vid. Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], Munich, 1934, 6.ª ed., p. 350.
2. Vid. Heinrich Bennecke, *Die Memoiren des Ernst Röhm. Ein Vergleich der verschiedenen Ausgaben und Auflagen* [Las memorias de Ernst Röhm. Una comparación de las distintas ediciones], en *Politische Studien*, vol. 14, 1963, pp. 186-188.
3. Vid. Röhm, *Die Geschichte eines Hochverrätters* [La historia de un gran traidor], p. 357 y ss.
4. Vid. Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Stuttgart, 1998, p. 395 y ss.
5. Vid. Peter Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA* [Los batallones pardos. Historia de las SA], Munich, 1989, p. 93 y ss.
6. Vid. proclamación de Adolf Hitler «A todas las SA y SS» del 2 de septiembre de 1930, reproducido en Heinrich Bennecke, *Hitler und die SA* [Hitler y las SA], Munich/Viena, 1962, p. 252.
7. Sobre la Crisis Stennes y sus consecuencias, vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 437 y ss.; así como Susanne Meinl, *Nationalsozialisten gegen Hitler* [Nacionalsocialistas contra Hitler], Berlín, 2000, p. 167 y ss.
8. Vid. por ejemplo los anuncios del libro en el diario publicado en los buques de la Norddeutschen Lloyd, *Lloyd-Zeitung*, núm. 1, enero 1934.
9. Vid. Otto Wagener, *Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932* [Hitler muy de cerca. Notas de un amigo íntimo, 1929-1932], Henry A. Turner (ed.), Frankfurt a.M., 1978, pp. 195 y ss.
10. Cit. por Bennecke, *Hitler und die SA* [Hitler y las SA], p. 253.
11. Anotación del 27-2-1931, Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente* [Los Diarios de Joseph Goebbels], I/2, Munich, 1987, p. 27. «Ese vicio se extiende como la peste», anotó Goebbels el 2-6-1929 en su diario. «Me repugnan tanto que ni siquiera puedo sentir hacia ellos la misma comprensión que hacia un ladrón o un asesino», (ibídem, p. 381).
12. Ibídem, p. 125 (anotación del 9-2-1932).
13. Vid. Peter Martin Lampel, *Niemandes Knecht* [Siervo de nadie] (memorias no publicadas), en la Staats- und Universitätsbibliothek, Hamburgo, NL Lampel, NK 432, p. 418.
14. Vid. sobre Edmund Heines, Gerhard Rossbach, *Mein Weg durch die Zeit. Erinnerungen und Bekenntnisse* [Mi camino por el tiempo. Recuerdos y conocidos], Weilburg, 1950, p. 137 y ss. y 234; así como Kurt G. W. Ludecke, *I knew Hitler. The Story of a Nazi Who Escaped The Blood Purge*, Nueva York 1937, pp. 246, 351, 619 y esp. p. 777; también Bernd-Ulrich Herge-möller, *Mann für Mann. Biographisches Lexikon zur Geschichte von Freundschaft und mann-männlicher Sexualität im deutschen Sprachraum* [De hombre a hombre. Diccionario biográfico de la historia del amor entre amigos y la homosexualidad masculina en los países de lengua alemana], Hamburgo 1998, p. 332; así como Hermann Weiss (ed.), *Biographisches Lexikon zum*

- Dritten Reich* [Diccionario biográfico del Tercer Reich], Frankfurt a.M., 1999, p. 191.
15. Vid. Konrad Heiden, *Der Führer. Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944, p. 294; asimismo Hergemöller, *Mann für Mann*, p. 341 y ss. con numerosas referencias.
 16. Así lo denomina Arno Schickedanz, delegado de Alfred Rosenberg en Berlín y preciso conocedor del ambiente nazi en la capital, en su escrito a Rosenberg del 4-6-1932, en BAB, NS 8/116, Bl. 41. Sobre la carrera de Hellendorff en el nacionalsocialismo vid. también Ted Harrison, «Alter Kämpfer» im Widerstand. Graf Helldorff, die NS-Bewegung und die Opposition gegen Hitler [«Viejos luchadores» en la oposición. El conde Helldorff, el movimiento nacionalsocialista y la oposición contra Hitler], en VfZ, vol. 45, 1997, pp. 385-423.
 17. Sobre los comienzos de Karl Ernst, véase la declaración de Christian Adolf Isermeyer a Andreas Sternweiler (ed.), *Liebe, Forschung, Lehre. Der Kunsthistoriker Christian Adolf Isermeyer* [Amor, investigación, enseñanzas. El historiador del arte Adolf Isermeyer], Berlín 1998, p. 36; también Lampel, *Niemandes Knecht* [Siervo de nadie], en Staats- und Universitätsbibliothek Hamburg, NL Lampel, NK 432, p. 532 y ss.; así como Hergemöller, *Mann für Mann* [De hombre a hombre], pp. 206 y 591, con numerosas referencias.
 18. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 98 (anotación del 6-8-1931).
 19. Declaración de Isermeyer a Sternweiler, cit. por éste en *Liebe, Forschung, Lehre. Der Kunsthistoriker Christian Adolf Isermeyer* [Amor, investigación, enseñanzas. El historiador del arte Adolf Isermeyer], p. 36.
 20. Eugenio Dollmann, *Roma Nazista*, Milán, 1949, p. 34. (Versión original en italiano: «Dopo il 30 giugno del 1934, trovandomi a Monaco, Lossow mi assicurò che Hitler sapeva da tempo minutamente quanto accadeva nelle case di Roehm e dei suoi aiutanti, appunto perché i Michael, Joseph e Maxl erano ormai membri delle SA. [...]») Numerosos documentos al respecto en StA, Munich, Jefatura de Policía, núm. 15540; así como en BAB, R 22/5005.
 21. Vid. al respecto las muchas indicaciones de Andreas Dornheim, *Röhms Mann fürs Ausland. Politik und Ermordung des SA-Agenten Georg Bell* [El hombre de Röhm para el extranjero. Política y asesinato del agente de las SA, Georg Bell], Münster, 1998, p. 53 y ss.
 22. Reseña de la reunión del gobierno del 3 de julio de 1934, en «Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I: 1933/34» [Documentos de la Cancillería del Reich. El gobierno Hitler. Primera parte: 1933/34], 2 (comp. De Karl-Heinz Minuth), Boppard a.Rh., 1983, p. 1355.
 23. Vid. Meinl, *Nationalsozialisten gegen Hitler* [Nacionalsocialistas contra Hitler], p. 168.
 24. Vid. el fragmento de un informe secreto a la dirección del partido con fecha manuscrita del 21-12-1931, en BAB, NS 26/87.
 25. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 65 (anotación del 17-5-1931). Ya el 29 de abril había sospechado Goebbels que «él y Göring están jugando sucio contra mí», ibídem, p. 57.
 26. *Rote Fahne*, núm. 53 del 11-3-1932.
 27. Vid. *Münchener Post* del 14 de abril de 1931, donde en el artículo «La peña del 175» se acusaba a las SA de estar dirigidas por una camarilla «de cientosetentaycincoistas». Se mencionaba específicamente a Röhm y Heines. En su edición del 23 de abril de 1931, el *Münchener Post* reiteró sus acusaciones, echando en cara a Röhm sus encuentros con prostitutas.
 28. Fragmento de un informe secreto a la dirección del partido con fecha manuscrita del 21-12-1931, en BAB, NS 26/87.
 29. Sobre Schulz vid. Dornheim, *Röhms Mann fürs Ausland* [El hombre de Röhm para el extranjero], p. 107 y ss.
 30. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2 (1987), p. 45 (anotación del 9-4-1931). Vid. también anotación del 21-4-1931: «Estoy absolutamente de acuerdo con Schulz. Ha planteado el problema de Prusia. En lo que se refiere a Munich, las cosas no van bien. [...] Schulz parece claro e incorruptible», ibídem, p. 53.
 31. Ibídem, p. 67 (anotación del 20-5-1931).
 32. Ibídem, p. 72 (anotación del 2-6-1931).
 33. Fragmento de un informe secreto a la dirección del partido, sin fecha (presumiblemente agosto 1931), en BAB, NS 26/87.
 34. «La Casa Parda de los homosexuales», *Münchener Post*, núm. 142 del 24-6-1931.
 35. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2 (1987), p. 83 (anotación del 24-6-1931).
 36. Vid. la reproducción facsímil de la carta de Röhm a un «camarada» cuyo nombre no se mencionaba, del 17-7-1931, en *Rote Fahne*, núm. 53 del 11-3-1932.
 37. *Münchener Post* del 23-3-1932.
 38. Vid. los pormenores al respecto en la documentación de Herbert Heinersdorf (esto es, Richard Linsert), «Akten zum Falle Röhm» [Documentos del caso Röhm], en *Mitteilungen des Wissenschaftlich-humanitären Komitees* [Comunicaciones del comité científico-humanitario], núm. 32 de enero/marzo de 1932, pp. 349-363, núm. 33 de abril/agosto de 1932, pp. 387-396 y núm. 34 de septiembre de 1932/febrero de 1933, pp. 419-428.
 39. Vid. al respecto la pieza documental en el folleto de Wilhelm Hillebrand, *Herunter mit der Maske! Erlebnisse hinter den Kulissen der N.S.D.A.P.* [¡Abajo las máscaras! Vivencias tras bastidores en el NSDAP], Berlín-Lichterfelde, 1929, esp. p. 50. En los *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] se puede leer que el marcadamente homófobo jefe del distrito de Berlín se sentía al principio muy inquieto por el asunto Götting y se había irritado por la «táctica cómoda» de Hitler de mantenerse al margen, pero más adelante la aceptó: Götting era «un buen chico. Apenas puedo creer que realmente sea un convencido cientosetentaycincoista», *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/1, 1987, p. 331 (anotación del 13-2-1929), vid. también ibídem, pp. 285 y 295).
 40. Vid. «Cálida fraternidad en la Casa Parda», *Münchener Post*, núms. 140 y 141 del 22 y 23-6-1931. También aquí debió de intervenir de algún modo

- Otto Strasser, vid. informe secreto a la dirección del partido, no fechado (presumiblemente de agosto de 1931), en BAB, NS 26/87.
41. Así decía el abogado de Röhm, doctor Walter Luetgebrune, en un escrito del 7-3-1932, publicado en el *Völkischer Beobachter* del 9-3-1932; tomado aquí de «Akten zum Fall Röhm» [Documentos del caso Röhm], III, pp. 419-428, esp. p. 419.
 42. Cit. en los «Relatos de Heinrich Hoffmann», en *Münchener Illustrierte*, núm. 50, 1954.
 43. Vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 453 y ss.
 44. Vid. Erwin Barth, *Joseph Goebbels und die Formierung des Führer-Mythos 1917-1934*, [Joseph Goebbels y la construcción del mito *Führer*, 1917-1934], Erlangen, 1999, p. 110 y ss.
 45. *Münchener Post*, núm. 57 del 9-3-1932.
 46. Vid. el *Hamburger Echo*, núm. 63 del 9-3-1932, donde se reseñaron con todo detalle las «cartas de amor del capitán Röhm». *Vorwärts*, órgano central del SPD, había ya dado noticia de las cartas en el núm. 113 del 7-3-1932, bajo el epígrafe «El sistema de Röhm. Revelaciones sobre el mayor mercenario de Hitler»; en los siguientes números aprovechó escandalosamente esas revelaciones.
 47. Vid. «Cálida fraternidad en la Casa Parda», *Münchener Post*, núm. 140 del 22-6-1931.
 48. Helmuth Klotz, *Euer Hochwohlgeboren* [Sus Señorías], Berlín-Tempelhof, 1932; la segunda edición apareció con el título *Der Fall Röhm* [El caso Röhm], Berlín-Tempelhof, 1932.
 49. Vid. acta del interrogatorio de Röhm en 1931, «¡Röhm confiesa!», reproducido en *Vorwärts*, núm. 117 del 10-3-1932. Vid. también «¡Las cartas de Röhm son auténticas!», *Vorwärts*, núm. 157 del 4-4-1932.
 50. Sobre la biografía de Klotz, vid. Herbert Linder, *Von der NSDAP zur SPD. Der politische Lebensweg des Dr. Helmuth Klotz (1894-1943)* [Del NSDAP al SPD. La trayectoria política del doctor Helmuth Klotz (1894-1943)], Konstanz, 1998.
 51. Helmuth Klotz, *Wir gestalten durch unser Führerkorps die Zukunft* [Damos forma al futuro mediante nuestro Führerkorps], Berlín, 1932, 2.ª ed.
 52. Vid. Linder, *Von der NSDAP zur SPD* [Del NSDAP al SPD], p. 171. Sobre la interpretación de la campaña vid. También Harry Oosterhuis, «The "Jew" of the Antifascist Left. Homosexuality and Socialist Resistance to Nazism», en Gert Hekma et al. (eds.), *Gay Men and the Sexual History of the Political Left*, Nueva York, 1995, pp. 227-257.
 53. Sobre el significado histórico-sexual de esta autodescripción vid. Eleanor Hancock, «Only the Real, the True, the Masculine Held Its Value». *Ernst Röhm, Masculinity, and Male Homosexuality*, en *Journal of the History of Sexuality*, vol. 8, 1997-1998, p. 628 y ss.
 54. Cit. por Klotz, *Der Fall Röhm* [El caso Röhm], p. 7.
 55. Cit. ibidem, p. 8.
 56. Cit. ibidem, p. 16.
 57. Vid. apéndice a las actas del interrogatorio de la policía de seguridad y del SD de enero de 1941, en BAB-DH, NJ 2993, vol. 2, tomado aquí de Linder, *Von der NSDAP zur SPD* [Del NSDAP al SPD], p. 168; también son de allí las citas que siguen. Vid. además el artículo de Klotz «La mala conciencia del doctor Diehl» en la revista *Volkswille* del 7-2-1934, en BAB-DH, ZR 881, 6, vol. 124.
 58. Esto trajo como consecuencia que Klotz sufriera el 12 de mayo de 1932 en el vestíbulo del edificio del Reichstag una paliza brutal por parte de unos cuantos nacionalsocialistas, entre ellos el íntimo de Röhm, Edmund Heines. Pasados más de diez años, el «tribunal popular» condenó a muerte a Klotz, quien fue ejecutado en febrero de 1943 en Plötzensee; vid. Linder, *Von der NSDAP zur SPD* [Del NSDAP al SPD], pp. 174 y ss. y 318 y ss.
 59. Klotz, *Der Fall Röhm* [El caso Röhm], p. 4.
 60. Apéndice a las actas del interrogatorio de la policía de seguridad y del SD de enero de 1941, en BAB-DH, NJ 2993, vol. 2, tomado aquí de Linder, *Von der NSDAP zur SPD* [Del NSDAP al SPD], p. 169.
 61. Vid. Carl Severing, *Mein Lebensweg. vol. 2. Im Auf und Ab der Republik* [Mi trayectoria vital. En los vaivenes de la República], vol. 2, Colonia, p. 332.
 62. Apéndice a las actas del interrogatorio de la policía de seguridad y del SD de enero de 1941, en BAB-DH, NJ 2993, vol. 2, tomado aquí de Linder, *Von der NSDAP zur SPD* [Del NSDAP al SPD], p. 169.
 63. Ese día le fueron retirados los poderes del gobierno regional prusiano al SPD por un decreto de Estado del canciller del Reich, Franz von Papen.
 64. Rudolf Diels, BAB, BDC; reproducido en Christoph Graf, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur. Die Entwicklung der preussischen Politischen Polizei vom Staatsschutzorgan der Weimarer Republik zum Geheimen Staatspolizeiamt des Dritten Reiches* [La policía política entre la democracia y la dictadura. El desarrollo de la policía política prusiana, de órgano de protección del Estado de la República de Weimar a la Gestapo del Tercer Reich], Berlín, 1983, p. 411; los siguientes datos ibidem, p. 322.
 65. Vid. Rudolf Diels, *Lucifer ante portas. [...] es spricht der erste Chef der Gestapo...* [Lucifer ante portas. [...] habla el primer jefe de la Gestapo...], Stuttgart, 1950, esp. pp. 253 y ss. y 376 y ss.
 66. Vid. Sentencia contra Rudolf Diels, en BAK, Z 42 IV/1960, Bl. 273 y ss.
 67. Eso afirma al menos el entonces colega de Diels, Walther Korrodi, en su folleto, publicado anónimamente, «Ich kann nicht schweigen» [No puedo callar], Zürich, 1936, p. 167. Vid. también Graf, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur* [La policía política entre la democracia y la dictadura], p. 322.
 68. El meticuloso estudio de Alexander Bahar y Wilfried Kugel, *Der Reichstagsbrand* [El incendio del Reichstag], Berlín 2001, ofrece en sus datos biográficos valoraciones muy parecidas a las de Diels; vid. p. 717 y ss.
 69. Hans Bernd Gisevius, *Bis zum bitteren Ende. Vom Reichstagsbrand bis zum 20. Juli 1944* [Hasta el amargo final. Desde el incendio del Reichstag hasta el 20 de julio de 1944], Zürich, 1961, p. 100.

70. Anónimo (Walther Korrodi), «Ich kann nicht schweigen» [No puedo callar], p. 162 y ss.
71. Discurso en conmemoración del undécimo aniversario de la fundación del NSDAP en la Hofprähauhaus de Munich el 24-2-1931, en Klaus A. Lankheit (ed.), *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen* [Hitler. Discursos, escritos, decretos], vol. V/1, Munich, 1996, p. 224.
72. Vid. la documentación al respecto en Landesarchiv, Berlín, Rep. 58, Zug 399, núm. 517, vol. I-III.
73. Vid. al respecto, así como sobre lo que sigue, la detallada reconstrucción de la instrucción del sumario contra Röhm, a partir de las fuentes originales, en Burkhard Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], Paderborn 1990, p. 62 y ss.
74. Reproducción del expediente policial de Munich del 7-4-1931, cit. por Heinersdorf, «Akten zum Fall Röhm» [Documentos del caso Röhm], III, p. 425. Vid. también Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], p. 62.
75. «Declaración oficial» del asesor fiscal del ministerio de Justicia prusiano doctor Kreismann del 4-8-1932, en GStA PK, Berlín, I. HA Rep. 84 a, núm. 52606.
76. Vid. la declaración de Albert Grzesinski al servicio secreto norteamericano el 8-5-1943, en *Office of Strategic Services, Hitler Source Book*, tomado aquí de Nizkor Project, www.nizkor.org.
77. Informe secreto a la dirección del partido, no fechado (presumiblemente de agosto 1931), en BAB, NS 26/87. Vid. también BAK, NL Rheindorf núm. 427, Bl. 20 y ss.
78. Braun a Brüning («de su propia mano») del 4-3-1932, en BAK, R 43 I/2683, Bl. 27.
79. El abogado de Röhm, Walter Luetgebrune, presentó como un «hecho» «que el canciller del Reich, Brüning, quien por su cargo no tenía la menor relación con una acción penal en Prusia o en Baviera, no parecía tener nada mejor que hacer que inmiscuirse en el asunto Röhm»; Luetgebrune, *Ein Kampf um Röhm* [Una batalla por Röhm], Diessen, 1933, p. 10.
80. Sobre la táctica de Brüning, vid. los detalles en Herbert Hömig, *Kanzler in der Krise der Republik. Eine Weimarer Biographie* [Canciller en la crisis de la república. Una biografía de Weimar], Paderborn, 2000, p. 486 y ss.; sin embargo, no se ocupa de la propuesta del jefe del gobierno prusiano.
81. Así decía el abogado de Röhm, Luetgebrune, en un escrito al ministro de Justicia de Baviera, Gürtner, del 1-3-1932, en BAB, R 22/5005. Añadía que el ministro de Defensa del Reich había declarado que «no pasaría por alto semejante forma de combatir a alguien».
82. Notas de una conversación con Franz Pfeffer von Salomon del 20-2-1953, en IfZ, Munich, ZS 177.
83. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 493 y s. (Versión original en inglés: «It's also true, and I admit it to my shame, that the vulnerability you mentioned has delivered me into his hands. It's a terrible thing. [...] I've lost my independence

- for always. [...] You know as well as I do how Hitler can wear you down. [...] And we, we ourselves, have made him what he is. ... My position is so precarious [...]. I stick to my job, following him blindly, loyal to the utmost - there's nothing else left me.»)
84. Vid. Hietl a Hitler del 24-3-1932, en BAK, NL Epp, núm. 73, Bl. 1 y ss.
85. Vid. los pormenores al respecto en Hans-Günther Richardi y Klaus Schumann, *Geheimakte Gerlich/Bell. Röhm's Pläne für ein Reich ohne Hitler* [Documentos secretos Gerlich/Bell. Los planes de Röhm para un Reich sin Hitler], Munich, 1993, p. 72 y ss.; así como, con un análisis minucioso de las fuentes, Dornheim, *Röhm's Mann fürs Ausland* [El hombre de Röhm para el extranjero], p. 53 y ss.
86. Declaración de Hitler del 6-4-1932, en Klaus A. Lankheit (ed.), *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen* [Hitler. Discursos, escritos, decretos], V/1, Munich, 1996, p. 32. Vid. también los correspondientes comentarios en el *Vossische Zeitung*, núm. 168 del 7-4-1932, *Vorwärts*, núm. 163 del 7-4-1932, así como *Münchener Neueste Nachrichten* del 8-4-1932.
87. Vid. los correspondientes pasajes de la carta de Martin Bormann a Hess del 5-10-1932, en IfZ, Munich, Fa 36.
88. *Völkischer Beobachter* del 9-3-1932.
89. Vid. Harry Oosterhuis, «The "Jew" of the Antifascist Left. Homosexuality and Socialist Resistance to Nazism», en Gert Hekma et al. (eds.), *Gay Men and the Sexual History of the Political Left*, Nueva York, 1995, p. 228 y ss.; así como Hancock, *Ernst Röhm, Masculinity, and Male Homosexuality*, en *Journal of the History of Sexuality*, vol. 8 (1997/1998), p. 228 y ss.
90. *Vorwärts*, núm. 163 del 7-4-1932.
91. Klaus Mann, «Die Linke und das Laster» [La izquierda y el vicio], en *Europäische Hefte/Aufruf*, 1934, p. 675-678, aquí p. 676. Sobre el contexto, vid. Manfred Herzer, *Communists, Social Democrats, and the Homosexual Movement in the Weimar Republic*, en Hekma (ed.), *Gay Men*, pp. 197-226.
92. Así decía Goebbels en el artículo «Adolf Hitler como persona», en *Der Angriff*, núm. 64 del 4-4-1932.
93. Vid. las memorias del entonces abogado de Hitler, Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse* [Frente al patíbulo. Interpretación de Hitler y de su época a partir de mis propias vivencias y conocimientos], Munich-Gräfelfing, 1953, p. 87 y ss.
94. Klotz, en la segunda edición de su folleto «El caso Röhm» de septiembre de 1932, p. 2.
95. *Frankfurter Zeitung* del 14-11-1932.
96. Vid. el juicio de Paul Schulz en su memorándum sobre esos sucesos, redactado en 1951, reproducido en el folleto publicado por su hijo Alexander Paul Schulz «Auxilio y salvamento de perseguidos en 1933-1945 por parte del teniente retirado Paul Schulz», Laichingen, 1967, p. 8. Agradezco al doctor A.P. Schulz que me permitiera consultar ese documento.
97. Vid. Dollmann, *Roma Nazista*, p. 35.

98. Martin Bormann expresó la perplejidad existente en las filas del NSDAP ante el comportamiento de Hitler en una detallada carta a Rudolf Hess a comienzos de octubre de 1932. En ella decía que Röhm era «el punto más débil de nuestro frente» y que ponía al movimiento ante una prueba tras otra; apoyarle era, políticamente, «de lo más peligroso». «Desde ese punto de vista, la actitud del Jefe [Hitler] resulta totalmente incomprensible.» (Bormann a Hess del 5-10-1932, en IfZ, Munich, Fa 36). También el ayudante personal de Hitler, Schaub, debió de «escenificar alguna vulgaridad contra Röhm» por esa misma época, al parecer con el fin de crearle dificultades; *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 253 (anotación del 5-10-1932). El editor y posterior colaborador de Goebbels, Ernst Lehmann, quería convencer a Hitler en octubre de 1932, con el dictamen de un famoso psiquiatra alemán, de que la homosexualidad seguía considerándose en los medios competentes uno de los «fenómenos degenerados más cuestionables» y de que por tanto Röhm no servía para desempeñar tareas de dirección. Todo esto irritó sumamente al *Führer*, vid. Oswald Bumke, *Erinnerungen und Betrachtungen. Der Weg eines deutschen Psychiaters* [Recuerdos y consideraciones. La vía de un psiquiatra alemán], Munich, 1952, p. 163 y ss.
99. Una observación de Goebbels a Leni Riefenstahl en la víspera de ese encuentro muestra que la cuestión de la homosexualidad debió de jugar un gran papel en él. Vid. Riefenstahl, *Memoiren* [Memorias], Munich, 1987, p. 183 y s.
100. Cit. por Bumke, *Betrachtungen* [Consideraciones], p. 163. Según datos del *Münchener Post* del 15/16-10-1932, Hitler debió de pronunciar esas palabras a mediados de octubre.
101. Acta sin fecha del interrogatorio de Edith Gehse, colaboradora durante muchos años de Walter Luetgebrune (apéndice a un escrito de Heydrich al juez del partido Buch del 26-10-1934), en BAB, BDC, Walter Luetgebrune.
102. Eso se deduce de la carta de Röhm a Luetgebrune del 5-9-1932, en la que le asegura que «ya ha hablado con el *Führer* sobre la forma poco agradable en que le trató la última vez en el Kaiserhof», en BAK, NL 150/115. El propio Luetgebrune menciona esa «única conversación con el *Führer* sobre la cuestión» en su escrito al consejero de Estado, von Strauss, del 16-9-1936, en BAB, BDC, Walter Luetgebrune.
103. Walter Luetgebrune, *Ein Kampf um Röhm* [Una batalla por Röhm], Dissen, 1933, p. 4, las citas que siguen, ibídem, p. 6 y ss. (subrayado en el original).
104. Walter Buch al comisario de policía, Obermüller, de la Jefatura de Policía de Munich (presumiblemente del verano de 1949, poco antes del suicidio de Buch), en StA, Munich, Fiscalías, núm. 28791/1.
105. «Contra la mojigatería», *Völkischer Beobachter*, núm. 270 del 27-9-1933.
106. Anotación en el diario de Hermann Pünder del 18-8-1932, tras una conversación con el secretario de Estado, Planck, en la Cancillería del Reich. Cit. por el mismo, *Politik in der Reichskanzlei. Aufzeichnungen aus den Jahren 1929-1932* [Política en la cancillería del Reich. Notas de los años 1929-1932], Thilo Vogelsang (ed.), Stuttgart, 1961, p. 141.
107. Vid. *Völkischer Beobachter*, núm. 1/2 del 2-1-1934.
108. Como escribe Heinrich Böll en sus memorias, todavía en 1933 se veía escrito en las paredes: «¡SA, lavaos el culo, que viene Röhm!» en Böll, *Was soll aus dem Jungen bloss werden? Oder: Irgendwas mit Büchern* [¿Qué será de la juventud? O: Algo con libros], Bornheim, 1981, p. 37.
109. Anónimo (Walther Korrodi), «Ich kann nicht schweigen» [No puedo callar], pp. 107 y 110. Más datos sobre las funciones y actividades políticas de Karl Ernst en Bahar y Kugel, *Der Reichstagsbrand* [El incendio del Reichstag], p. 559 y ss.
110. Vid. la drástica exposición de Bella Fromm, *Als Hitler mir die Hand küsste* [Cuando Hitler me besó la mano], Berlín, 1993; p. 154, quien también se refiere a la recepción en la embajada turca del 30-10-1933.
111. Hermann Rauschning, *Gespräche mit Hitler* [Conversaciones con Hitler], Zürich 1940, p. 94 y s. (subrayado en el original).
112. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 673. (Versión original en inglés: «That Damocles sword isn't going to hang over me any longer.»)
113. Cit. por Fromm, *Als Hitler mir die Hand küsste* [Cuando Hitler me besó la mano], p. 122.
114. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL Hanfstaengl, Ana 405/47.
115. Bell preparó en octubre de 1932 un informe confidencial para su abogado acerca de su actividad con Röhm, que fue descubierto y publicado hace unos años: Richardi y Schumann, *Geheimakte Gerlich/Bell. Röhm's Pläne für ein Reich ohne Hitler* [Documentos secretos Gerlich/Bell. Los planes de Röhm para un Reich sin Hitler], pp. 214-221.
116. Alfred Rosenberg, *Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs. Aus den Jahren 1934/35 und 1939/40* [El diario político de Alfred Rosenberg. De los años 1934-35 y 1939-40], en Hans-Günther Seraphim (ed.), Göttingen, 1956, p. 35, anotación del 7-7-1934, donde dice que Strasser «consideraba a ese tipo de personas como una masonería, en la que cada uno ayuda al otro frente al resto de la humanidad, sin ningún escrúpulo».
117. Bell se jactaba más tarde, «bajo juramento» y con «documentos y testigos», de poder probar en detalle que «Röhm no había buscado únicamente en el SPD protección frente a la dirección política del NSDAP» (escrito de Bell a la jefatura nacional del NSDAP del 8-10-1932, en BAB, BDC, Georg Bell).
118. Sobre las intrigas conspirativas de Bell, con indicaciones adicionales, vid. Dornheim, *Röhm's Mann fürs Ausland* [El hombre de Röhm para el extranjero]; así como Bahar y Kugel, *Der Reichstagsbrand* [El incendio del Reichstag], p. 653 y ss.; sobre la oscura carrera de Mayr, vid. Karl Rohe, *Das Reichsbanner Schwarz Rot Gold* [La bandera del Reich, negra, roja y dorada], Düsseldorf, 1966, p. 169 y ss.; así como Dornheim, *Röhm's Mann fürs Ausland* [El hombre de Röhm para el extranjero], p. 101 y ss.

119. Röhm a Mayr del 28-9-1932, reproducido en el *Münchener Post*, núm. 240 del 15/16-10-1932. Mayr habló en una declaración jurada de «obligación bajo palabra de honor», «Röhm, desmentido», *Vorwärts*, núm. 471 del 6-10-1932.
120. *Völkischer Beobachter* del 6-10-1932.
121. Vid. el título del folleto publicado por el KPD en octubre de 1932.
122. También Goebbels comprendió inmediatamente, ante la divulgación de esos contactos secretos, que tenían alguna relación con la homosexualidad; vid. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 253 (anotación del 5-10-1932). Vid. además las declaraciones de Mayr en el llamado «proceso cheka» del verano de 1932, en BAB, NS 26/600.
123. «Röhm, desmentido», *Vorwärts*, núm. 471 del 6-10-1932.
124. Declaración transmitida por Charles Drage, camarada durante muchos años de Stennes, en *Als Hitler nach Canossa ging. Biografie des Walther Stennes* [Cuando Hitler fue a Canossa. Biografía de Walther Stennes], Berlín, 1982, p. 126.
125. Así se lo dijo al menos a Mayr, vid. «Röhm, desmentido», *Vorwärts*, núm. 471 del 6-10-1932.
126. Severing, *Mein Lebensweg* [Mi trayectoria vital], vol. 2, p. 322; así como las ilustraciones anteriores a la p. 321.
127. Bredow, *Hitler rast. Der 30. Juni. Ablauf, Vorgeschichte und Hintergründe* [Hitler se apresura. El 30 de junio. Desarrollo, antecedentes y trasfondo], p. 20.
128. Sobre la colaboración entre Schleicher y la dirección nacionalsocialista en el verano de 1932, vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 459 y ss.
129. Cit. en un informe de Wolfgang Abée sobre las deliberaciones del Cabildo Mayor de la Orden de la Joven Alemania del 3/4 de julio de 1932 en Berlín, enviado al jefe administrativo del ministerio de Defensa, von Bredow; vid. BAB, R 43 I, núm. 1238, Bl. 107. Allí mencionaba como informante a Otto Strasser. En favor de la credibilidad de esa denuncia habla que Schleicher renunciara a presentar una querrela contra Strasser; vid. el escrito del secretario de Estado de la cancillería del Reich al Jefe de la Administración ministerial del 29-8-1932, ibídem, Bl. 124. Vid. asimismo la notable observación del jefe del Cuerpo de Voluntarios, Gerhard Rossbach: Schleicher «evitaba el vino y las mujeres, prefiriendo en cambio las canciones y los caballos» en Rossbach, *Mein Weg durch die Zeit. Erinnerungen und Bekenntnisse* [Mi camino por el tiempo. Recuerdos y conocidos], p. 115.
130. Levetzow a Göring del 5 y 6-5-1932, cit. por Gerhard Granier, *Magnus von Levetzow. Seemann, Monarchist und Wegebreiter Hitlers* [Magnus von Levetzow. Oficial de marina, monárquico y allanador del camino de Hitler], Boppard a.Rh., 1982, p. 175.
131. En lo último insiste sobre todo Fritz Günther von Tschirschky, *Erinnerungen eines Hochverrätters* [Memorias de un gran traidor], Stuttgart, 1972, p. 80; en lo primero, Rudolf Olden, *Hitler*, Amsterdam, 1935, tomado aquí de la nueva edición, Frankfurt a.M., 1984, p. 52.
132. Bredow, *Hitler rast. Der 30. Juni. Ablauf, Vorgeschichte und Hintergründe* [Hitler se apresura. El 30 de junio. Desarrollo, antecedentes y trasfondo], p. 21.
133. Bell, quien servía al mismo tiempo a varios señores, fue asesinado en abril de 1933 por una unidad especial de las SS, y Röhrbein fue internado poco después en Dachau; vid. los pormenores al respecto en Richardi y Schumann, *Geheimakte Gerlich/Bell. Röhm's Pläne für ein Reich ohne Hitler* [Documentos secretos Gerlich/Bell. Los planes de Röhm para un Reich sin Hitler], p. 129 y ss.; Dornheim, *Röhm's Mann fürs Ausland* [El hombre de Röhm para el extranjero]; así como Bahar y Kugel, *Der Reichstagsbrand* [El incendio del Reichstag], pp. 634 y ss. y 653 y ss.
134. Informe secreto a la dirección del partido, no fechado (presumiblemente de agosto 1931), BAB, NS 26/87.
135. Cit. por Ernst von Salomon, *Der Fragebogen* [El cuestionario], Hamburgo, 1951, p. 446.
136. Tschirschky, *Erinnerungen eines Hochverrätters* [Memorias de un gran traidor], p. 115.
137. Vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 631 y ss.
138. En ciertos círculos del partido se trataba de un secreto a voces: «El Führer no podía deshacerse de su jefe de estado mayor, porque sabía mucho de 1923», (declaración de Danzeisen del 1-8-1932, cit. por Richardi y Schumann, *Geheimakte Gerlich/Bell. Röhm's Pläne für ein Reich ohne Hitler* [Documentos secretos Gerlich/Bell. Los planes de Röhm para un Reich sin Hitler], p. 194; hay que entender «1923» como sinónimo de los primeros pasos de Hitler en política.
139. Informe del Buró de Noticias alemán sobre una entrevista de Hitler con el norteamericano profesor Pearson, publicada en el *New York Herald* de París, que debió de tener lugar el 6-7-1934, vid. «Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I: 1933-1934» [Documentos de la Cancillería del Reich. El gobierno Hitler. Primera parte: 1933-1934] I/2, p. 1375 y ss., esp. p. 1377.
140. Anónimo (Walter Korrodi), «Ich kann nicht schweigen» [No puedo callar], p. 113; también proceden de la misma fuente las citas a continuación.
141. Del mismo modo argumentaba el indescifrable «Klaus Bredow» en el folleto «Hitler rast», publicado inmediatamente después del llamado «Putsch de Röhm» en el Sarre, todavía no «incorporado al Reich»: «Hitler no se podía arriesgar a dejar caer a Heines, porque éste amenazó con un escándalo en el que se habría hundido toda la jefatura del partido junto al propio Führer.», p. 16.
142. Hitler en su discurso al Reichstag del 13-7-1934, en «Stenographische Berichte der Verhandlungen des Deutschen Reichstages» [Informes estenográficos de las sesiones del Reichstag alemán], vol. 458. IX. Wahlperiode, p. 21.
143. Vid. Diels, *Lucifer ante portas*, p. 379 y ss.
144. Vid. Immo von Fallois, *Kalkül und Illusion. Der Machtkampf zwischen Reichswehr und SA während der Röhm-Krise 1934* [Cálculo e ilusión. La lucha

- por el poder entre las fuerzas armadas y las SA durante la crisis Röhm de 1934], Berlín, 1994, pp. 125 y 131.
145. Vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 637.
 146. Vid. Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA* [Los batallones pardos. Historia de las SA], p. 205.
 147. BAB, NS 23/1.
 148. Ernst a Heines del 5-6-1934, reproducido en el *Weissbuch über die Erschiessungen des 30 Juni 1934. Authentische Darstellung der deutschen Bartholomäusnacht* [Libro Blanco sobre los asesinatos del 30 de junio de 1934. Interpretación auténtica de la noche de San Bartolomé alemana], París 1934, pp. 108-111, aquí p. 110. La autenticidad de ese documento es dudosa, pero quizá menos improbable que lo que supone Hans Mommsen en *Nichts Neues in der Reichstagsbrandkontroverse. Anmerkungen zu einer Donquichotterie* [Nada nuevo en la controversia sobre el incendio del Reichstag. Notas a un quijotismo], en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, vol. 49, 2001, p. 352-357. Si se tratara efectivamente de una falsificación de Willi Münzenberg, sería en todo caso genial. Algo así no se puede fabricar de la nada, sino a lo más «adornar».
 149. Martin H. Sommerfeldt, *Ich war dabei. Die Verschwörung der Dämonen 1933-1939. Ein Augenzeugenbericht* [Yo estuve allí. La conjura de los demonios, 1933-1939. Informe de un testigo ocular], Darmstadt, 1949, p. 61.
 150. Transmitido por el ayudante de Himmler, Karl Wolff; cit. en Jochen von Lang, *Der Adjutant Karl Wolff. Der Mann zwischen Hitler und Himmler* [El ayudante Karl Wolff. El hombre entre Hitler y Himmler], Frankfurt a.M., 1989, p. 34.
 151. Cit. por Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA* [Los batallones pardos. Historia de las SA], p. 210.
 152. Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], Munich, 1970, p. 340.
 153. Vid. la transmisión de la orden por Heydrich a «todos los empleados y funcionarios de la Policía Secreta del Estado» el 25-6-1934, en BAB, R 58/241, Bl. 24. Vid. también Jens Banach, *Heydrichs Elite. Das Führerkorps der Sicherheitspolizei und des SD. 1936-1945* [La élite de Heydrich. El cuerpo dirigente de la policía de seguridad y del SD, 1936-1945], Paderborn, 1998, p. 95.
 154. Vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 643.
 155. Vid. Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA* [Los batallones pardos. Historia de las SA], p. 215.
 156. Cit. en *Völkischer Beobachter*, núm. 177 del 26-6-1934.
 157. Cit. por Michael Schramm, *Der Gleichschaltungsprozess der deutschen Armee 1933-1938* [El proceso de unificación del ejército alemán, 1933-1938], Munich, 1990, p. 135.
 158. Sobre el número de víctimas, vid. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, p. 650; así como, sobre sus identidades, Otto Gritschneider, «El Führer los ha condenado a muerte...», *Hitlers «Röhm-Putsch»-Morde vor Gericht* [Los asesinatos de Hitler en el «putsch de Röhm» ante el tribunal], Munich, 1993, pp. 60 y ss. y 121-149.
 159. Reseña de la reunión del gobierno del 3 de julio de 1934, en «Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I: 1933/34» [Documentos de la Cancillería del Reich. El gobierno Hitler. Primera parte: 1933-34], I/2, p. 1358.
 160. Reproducido en *Der Angriff*, núm. 152 del 2 de julio 1934; las citas a continuación ibídem, (subrayados en el original).
 161. Cit. en el número especial del *Völkischer Beobachter* del 1-7-1934.
 162. Reseña de la reunión del gobierno del 3 de julio de 1934, en «Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I: 1933-34» [Documentos de la Cancillería del Reich. El gobierno Hitler. Primera parte: 1933/34] I/2, p. 1355 y ss.
 163. Eso aseguraba el hermano de Gregor Strasser, Otto, en su periódico en el exilio *Die deutsche Revolution*, núm. 16 del 26-8-1934.
 164. Klausener poseía «material embarazoso» sobre la jefatura del NSDAP: «Quien escribe estas líneas ha visto parte [!] de ese material», en Bredow, *Hitler rast*, p. 52. Vid. también Luetgebrune, *Kampf um Röhm*, p. 12, donde se informa asimismo de que Klausener había reunido «material muy escandaloso contra el odiado nacionalsocialismo».
 165. Sobre von Lossow y sus dossiers secretos, vid. el capítulo 2.
 166. Sobre Zehnte, vid. Gritschneider, *Hitlers «Röhm-Putsch»-Morde vor Gericht* [Los asesinatos de Hitler en el «putsch de Röhm» ante el tribunal], p. 148; Otto Strasser, *Die deutsche Bartholomäusnacht* [La noche de San Bartolomé alemana], Zürich, 1935, 3.ª ed., p. 88; Wolfram Selig, «Ermordet im Namen des Führers. Die Opfer des Röhm-Putsches in München» [Asesinados en nombre del Führer. Las víctimas del putsch de Röhm en Munich], en Winfried Becker y Werner Chrobak (ed.), *Staat, Kultur, Politik. Festschrift für Dieter Albrecht*, Kallmünz, 1992, pp. 341-356, aquí p. 355.
 167. Sobre Schätzl, vid. Gritschneider, *Hitlers «Röhm-Putsch»-Morde vor Gericht* [Los asesinatos de Hitler en el «putsch de Röhm» ante el tribunal], p. 143; Selig, «Ermordet im Namen des Führers. Die Opfer des Röhm-Putsches in München» [Asesinados en nombre del Führer. Las víctimas del putsch de Röhm en Munich], p. 347 en BAB, BDC, Martin Schätzl. Vid. además los instructivos documentos sobre la relación entre Schätzl y Röhm, en *StA*, Munich, Fiscalfas, núm. 28791/41.
 168. Vid. Friedrich-Karl von Plehwe, *Reichskanzler Kurt von Schleicher* [El Canciller del Reich Kurt von Schleicher], Frankfurt a.M., 1989, pp. 222 y 229.
 169. Se trataba de una asociación populista-nacionalista, que tomaba como modelo de organización las órdenes militares tradicionales alemanas de la Edad Media.
 170. Copia de un informe de Wolfgang Abée sobre las deliberaciones del Cabildo Mayor de la Orden de la Joven Alemania del 3-4 de julio de 1932 en Berlín; vid. BAB, R 43 I, núm. 1238, Bl. 107. El esbozo hagiográfico de Johann

- Hiller, *Mahraun, der Pionier des Arbeitsdienstes* [Mahraun, pionero del Servicio del Trabajo], Leipzig, 1933, pp. 44 y ss. y p. 50, sugiere que Mahraun mantenía por aquel entonces un trato muy personal con Schleicher.
171. Olden, *Hitler*, p. 53; también Bredow, *Hitler rast*, p. 21.
 172. Vid. al respecto las convincentes pruebas de Bahar y Kugel, *Der Reichstagsbrand* [El incendio del Reichstag], pp. 678 y ss. y 708.
 173. Vid. Diels, *Lucifer ante portas*, p. 203.
 174. Salomon, *Der Fragebogen* [El cuestionario], p. 444 y ss. Sobre la persecución y exclusión del partido y de las SA, vid. los instructivos documentos BDC de Luetgebrune, sobre todo la carta de seis páginas de Heydrich a Buch del 26-10-1934 con extractos de documentos de la Gestapo, en BAB.
 175. Vid. Strasser, *Die deutsche Bartholomäusnacht* [La noche de San Bartolomé alemana], p. 39.
 176. Cit. por Friedelind Wagner, *Nacht über Bayreuth. Die Geschichte der Enkelin Richard Wagners* [Cae la noche sobre Bayreuth. La historia de la nieta de Richard Wagner], Berlín, 1999, p. 150.
 177. Vid. los testimonios en Bahar y Kugel, *Der Reichstagsbrand* [El incendio del Reichstag], p. 725 y ss.; así como —un ejemplo entre muchos— sobre el destino de Hanns Heinz Ewers: Wilfried Kugel, *Der Unverantwortliche. Das Leben des Hanns Heinz Ewers* [El irresponsable. La vida de Hanns Heinz Ewers], Düsseldorf, 1992, p. 356.
 178. Vid. Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], p. 103.
 179. Discurso en el Reichstag del 13-7-1934, en «Stenographische Berichte der Verhandlungen des Deutschen Reichstages» [Informes estenográficos de las sesiones del Reichstag alemán], vol. 458. IX, Wahlperiode, p. 24.
 180. Vid. las explicaciones de Hitler al respecto en la reunión del gobierno del 3-7-1934, en «Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I: 1933/34» [Documentos de la Cancillería del Reich. El gobierno Hitler. Primera parte: 1933-34], I/2, p. 1358.
 181. Las notas estenográficas registran repetidamente esa actitud. Vid. «Stenographische Berichte der Verhandlungen des Deutschen Reichstages» [Informes estenográficos de las sesiones del Reichstag alemán], vol. 458. IX, Wahlperiode, p. 27 y ss.
 182. *Ibidem*, p. 33, también la cita a continuación.
 183. Cit. por Alexander Zinn, *Die soziale Konstruktion des homosexuellen Nationalsozialisten. Zu Genese und Etablierung eines Stereotyps* [La construcción social de los nacionalsocialistas homosexuales. Sobre la génesis y consolidación de un estereotipo], Frankfurt a.M., 1997, p. 114. Zinn, que ofrece una genial reconstrucción y análisis del discurso del exilio sobre esta cuestión, se sitúa por su parte en el marco de un modelo interpretativo estereotipado en cuanto al papel político de la homosexualidad en el nacionalsocialismo, lo que a menudo le conduce a conclusiones excesivamente apresuradas. Probablemente, los constructores del «nacionalista homosexual» no eran en conjunto tan homófobos como nos asegura su estudio.
 184. *Die Deutsche Revolution*, núm. 9 del 8-7-1934.
 185. *Die Deutsche Revolution*, núm. 10 del 15-7-1934. Vid. también *Neuer Vorwärts* del 8-7-1934, que ofrecía los mismos nombres, salvo el de Wilhelm Brückner. Medio año más tarde, Strasser había añadido a su lista los nombres del jefe de prensa del Reich, Otto Dietrich, del ministro del Reich, Hans Frank, y del general de las SA, Dietrich von Jagow, quienes «se contaban desde hacía tiempo entre los miembros del «partido caliente»» (*Die Deutsche Revolution*, núm. 1 del 6-1-1935).
 186. Informe del Buró de Noticias alemán sobre una entrevista de Hitler con el norteamericano profesor Pearson, publicada en el *New York Herald* de París, que debió de tener lugar el 6-7-1934. Vid. «Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I: 1933/34» [Documentos de la Cancillería del Reich. El gobierno Hitler. Primera parte: 1933/34] I/2, p. 1376.
 187. En los círculos diplomáticos de Berlín era un secreto a voces que muchos hombres del entorno más próximo a Hitler eran homosexuales; si también lo era o no el propio Hitler era algo sobre lo que sólo se especulaba. Vid. Martha Dodd, *Through Embassy Eyes*, Nueva York, 1939, p. 214.
 188. Vid. al respecto así como sobre lo que sigue Bernward Dörner, «Heimtücke: Das Gesetz als Waffe. Kontrolle, Abschreckung und Verfolgung in Deutschland 1933 bis 1945» [«Insidia»: La Ley como arma. Control, intimidación y persecución en Alemania de 1933 a 1945], Paderborn, 1998, pp. 9 y ss. y 20 y ss.
 189. Vid. *ibidem*, p. 67 y ss. con numerosos ejemplos. Las estadísticas muestran que las «expresiones hostiles hacia jefes nacionalsocialistas» casi sólo eran sancionadas en el caso de Hitler, y que éstas constituían con mucho el mayor porcentaje de los procesos amparados en la Ley contra la insidia; vid. *ibidem*, p. 69.
 190. Expediente judicial en StA, Bamberg, Tribunal especial de Bamberg, núm. 389.
 191. Vid. al respecto los estudios pioneros, aunque no exhaustivos, de Dörner, en «Heimtücke: Das Gesetz als Waffe. Kontrolle, Abschreckung und Verfolgung in Deutschland 1933 bis 1945» [«Insidia»: La Ley como arma. Control, intimidación y persecución en Alemania de 1933 a 1945], p. 189 y ss.
 192. Vid. los documentos al respecto en StA, Bamberg, Tribunal especial de Bamberg, núm. 847.
 193. Vid. los documentos al respecto en BAB, Actas de tribunales especiales, 30-01, IV g 5 774/42.
 194. Vid. Dörner, «Heimtücke» [«Insidia»], p. 191.
 195. Cit. por Günter Grau, *Homosexualität in der NS-Zeit. Dokumente einer Diskriminierung und Verfolgung* [Homosexualidad en la época nacionalsocialista. Documentos de una discriminación y persecución], Frankfurt a.M., 1993, p. 74. Vid. también Hans Günter Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse gegen katholische Ordensangehörige und Priester 1936/1937. Eine Studie zur nationalsozialistischen Herrschaftstechnik und zum Kirchenkampf* [Los procesos por inmoralidad contra los sacerdotes y monjes católicos en

- 1936-37. Un estudio sobre la técnica de dominio nacionalsocialista y sobre la lucha contra la Iglesia], Mainz, 1971, p. 11.
196. Vid. Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], p. 110 y ss.; así como Kai Sommer, *Die Strafbarkeit der Homosexualität von der Kaiserzeit bis zum Nationalsozialismus. Eine Analyse der Straftatbestände im Strafgesetzbuch und in den Reformentwürfen (1871-1945)* [La penalización de la homosexualidad desde los tiempos del Káiser hasta el nacionalsocialismo. Un análisis de las circunstancias penales en el código y en los proyectos de reforma (1871-1945)], Frankfurt a.M., 1998, p. 310 y ss.
 197. Vid. al respecto, con numerosas indicaciones sobre el estado actual de la investigación, el ejemplar estudio de Joachim Müller y Andreas Sternweiler, *Homosexuelle Männer im KZ Sachsenhausen* [Hombres homosexuales en el campo de concentración de Sachsenhausen], Berlín, 2000; así como Stephan R. Heiss, *Ein Schandfleck für das dritte Reich. Homosexuelle als Opfer von Verfolgung und Vernichtung während der Diktatur des Nationalsozialismus in Bayern* [Un estigma vergonzoso para el tercer Reich. Homosexuales como víctimas de la persecución y aniquilación durante la dictadura nacionalsocialista en Baviera], en Michael Farin (ed.), *Polizeireport München* (catálogo de la exposición), Munich, 1999. En general, vid. Till Bastian, *Homosexuelle im Dritten Reich. Geschichte einer Verfolgung* [Homosexuales en el Tercer Reich. Historia de una persecución], Munich, 2000.
 198. Sobre el caso Brückner, vid. las pruebas y fuentes en Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], p. 96.
 199. Vid. al respecto así como sobre lo que sigue, los correspondientes documentos en BAB, BDC, Helmut Brückner; así como BAK, NS 19/1270.
 200. Vid. Brückner a Darré del 10-10-1934, en BAB, BDC, Helmut Brückner. Al parecer, también Woyrsch era homosexual; vid. Hergemöller, *Mann für Mann. Biographisches Lexikon zur Geschichte von Freundschaft und männlicher Sexualität im deutschen Sprachraum* [De hombre a hombre. Diccionario biográfico de la historia del amor entre amigos y la homosexualidad masculina en los países de lengua alemana], p. 155. Según Heinz Höhne, *Mordsache Röhm* [El asesinato de Röhm], Reinbek, 1984, pp. 299 y 343, en el Archivo privado Tobias existiría un ejemplar de ese memorándum.
 201. Brückner a Himmler del 14-12-1934, en BAK, NS 19/1270.
 202. Cit. según el informe elaborado para Hitler por un colaborador de Heinrich Himmler sobre el caso Brückner el 1-11-1935, ibídem; de ahí provienen también las citas que siguen.
 203. Vid. por ejemplo la anotación en su diario del ministro de Justicia del Reich, Gürtner, del 22-10-1935, en BAB, R 22/1080.
 204. *Reichsführer SS* [Heinrich Himmler] a la Policía Secreta del Estado del 6-11-1935, en BAK, NS 19/1270.
 205. Vid. BAB, BDC, Helmut Brückner; así como la anotación en su diario de Gürtner del 20-5-1936, en BAB, R 22/929.
 206. Vid. Telford Taylor, *Die Nürnberger Prozesse. Hintergründe, Analysen und*

Erkenntnisse aus heutiger Sicht [El proceso de Nuremberg. Trasfondo, análisis y conclusiones desde el punto de vista actual], Munich, 1992, p. 631. Vid. asimismo Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], p. 87 y ss. También en el Libro Blanco sobre los fusilamientos del 30 de junio de 1934 se hablaba de que el doctor Heimsoth estaba en posesión de cartas de Schirach y Frank, «de las que se deducía su tendencia homosexual», p. 125. Lo mismo afirma Bredow en *Hitler rast*, p. 17. Dentro del partido se hablaba en 1935 de «relaciones prohibidas entre el Führer y Schirach»; anotación de Gürtner en su diario del 10-9-1935, en BAB, R 22/1088.

207. Debo esta indicación a Frank Bajor, del Instituto de Investigación en Historia Contemporánea de Hamburgo.
208. Vid. Dollmann, *Roma Nazista*, p. 35.
209. Vid. al respecto, con pruebas impactantes, Ian Kershaw, *Der Hitler-Mythos*, Stuttgart, 1999, p. 109 y ss.
210. Hitler a Ada Klein del 30-9-1934, reproducción facsímil en Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München* [El camino de Hitler se inició en Munich], Munich, 2000, p. 299.
211. Discurso a la llamada Manifestación de lealtad del Sarre, en la fortaleza de Ehrenbreitstein junto a Coblenza el 26-8-1934, tomado aquí de la reproducción en el *Völkischer Beobachter*, núm. 240 del 28-8-1934.

CAPÍTULO VI

1. Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], Hamburgo/Viena, 1959.
2. Vid. ibídem, p. 327 y ss.
3. Ibídem, p. 331 y s. (anotación del 30-6-1934, subrayado en el original).
4. Ibídem, p. 67, 294 y 202 (anotaciones del 20-4-1933, 24-4-1934 y 12-11-1933).
5. Vid. Ludwig Ebermayer, *Fünfzig Jahre Dienst am Recht. Erinnerungen eines Juristen* [Cincuenta años de servicio al Derecho. Recuerdos de un jurista], Leipzig, 1930.
6. Fragmento autobiográfico de Ebermayer, no fechado (cabe suponer que del año 1937), en BAB, BDC, Erich Ebermayer.
7. Vid. Kai Sommer, *Die Strafbarkeit der Homosexualität von der Kaiserzeit bis zum Nationalsozialismus. Eine Analyse der Straftatbestände im Strafgesetzbuch und in den Reformentwürfen (1871-1945)* [La penalización de la homosexualidad desde los tiempos del Káiser hasta el nacionalsocialismo. Un análisis de las circunstancias penales en el código y en los proyectos de reforma (1871-1945)], Frankfurt a.M., 1998, pp. 156 y 236.
8. Vid. Klaus-Detlev Godau-Schüttke, *Rechtsverwalter des Reiches. Staatssekretär Dr. Curt Joel* [Administrador del Derecho en el Reich. El Secretario

- de Estado Dr. Curt Joel], Frankfurt a.M., 1981, pp. 141 y 191; Vid. también, sobre las influencias políticas, Herbert Hömig, *Kanzler in der Krise der Republik. Eine Weimarer Biographie* [Canciller en la crisis de la República. Una biografía de Weimar], Paderborn, 2000, pp. 180, 394, 438 y 529 y ss.
9. Vid. al respecto, por ejemplo, Martin Sabrow, *Der Rathenau-Mord. Rekonstruktion einer Verschwörung gegen die Republik von Weimar* [El asesinato de Rathenau. Reconstrucción de una conjura contra la República de Weimar], Munich, 1994, pp. 103 y ss. y 212 y ss.
 10. Ebermayer a Rosenberg del 3-6-1939, en BAB, BDC, Erich Ebermayer.
 11. Vid. Ekkehard Reiter, *Franz Gürtner. Politische Biographie eines deutschen Juristen 1881-1941* [Franz Gürtner. Biografía política de un jurista alemán. 1881-1941], Berlín, 1976.
 12. Vid. Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch*, [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], pp. 81 y 129 y s. anotaciones del 13-5-1933 y del 3-7-1933. Vid. además, Helmut Külz a la redacción de los Cursos de formación nacional-socialista del 2-6-1939, en BAB, BDC, Erich Ebermayer.
 13. Sobre la biografía de Wilhelm Külz, vid. los estudios de Armin Behrendt, *Wilhelm Külz. Aus dem Leben eines Suchenden* [Wilhelm Külz. De la vida de un buscador], Berlín Este, 1968; así como Hergard Robel (ed.), *Ein Liberaler zwischen Ost und West. Aufzeichnungen 1947-1948* [Un liberal entre el Este y el Oeste. Notas 1947-1948], Munich, 1989.
 14. Vid. Killinger a Külz del 26-3-1933, tomado aquí de Behrendt, ibídem, p. 280.
 15. Vid. el manuscrito autobiográfico «De la vida del doctor Wilhelm Külz», II/6, p. 41, tomado aquí de Behrendt, ibídem, p. 268.
 16. Vid. al respecto también las declaraciones del muy bien informado periodista y biógrafo de Hitler, Rudolf Olden, *Hitler*, Amsterdam, 1935, tomado aquí de la nueva edición, Frankfurt a.M., 1984, p. 52 y ss.
 17. Vid. «Documentos personales del ministro Külz», en BAB, R 1501, núm. 13098.
 18. Vid. al respecto como documento clave la carta (no fechada) escrita por Helmut Külz a Erich Ebermayer con ocasión de su 60º cumpleaños, reproducida en Peer Baedeker y Karl Lemke (ed.), *Erich Ebermayer. Buch der Freunde* [Erich Ebermayer. Libro de los amigos], Lohhof bei Munich, 1960, p. 28.
 19. Escrito de la Gestapo de Berlín al ministro de Justicia del Reich del 9-4-1937, tomado aquí de la anotación en el diario de Gürtner del 12-4-1937, en BAB, R 22/721.
 20. Vid. Die Briefe Thomas Manns. Regesten und Register [Las cartas de Thomas Mann], vol. 1, Hans Bürgin (ed.), Frankfurt a.M., 1976, núm. 1921/76 y 105.
 21. Vid. al respecto Joachim p. Hohmann, *Der heimliche Sexus. Homosexuelle Belletristik in Deutschland der Jahre 1920-1970* [El sexo oculto. Literatura homosexual en Alemania de los años 1920-1970], Frankfurt a.M., 1979, p. 296 y ss.; así como Marita Keilsohn-Lauritz, *Die eigene Geschichte. Literatur und Literaturkritik in den Anfängen der Schwulenbewegung am Beispiel des Jahrbuchs für sexuelle Zwischenstufen und der Zeitschrift Der Eigene* [La historia propia. Literatura y crítica en los comienzos del movimiento gay en el ejemplo del Anuario para el grado medio sexual y de la revista El raro], Berlín, 1997, p. 202 y ss.
 22. Thomas Mann a Ebermayer del 2-11-1924, en Baedeker y Lemke (eds.), *Erich Ebermayer. Buch der Freunde* [Erich Ebermayer. Libro de los amigos], p. 41.
 23. Vid. Andreas Sternweiler (ed.), *Liebe, Forschung, Lehre. Der Kunsthistoriker Christian Adolf Isermeyer* [Amor, investigación, enseñanzas. El historiador del arte Adolf Isermeyer], Berlín, 1998, p. 22.
 24. Wyneken fue condenado por abuso sexual de alumnos tras un proceso espectacular celebrado en 1921/22. Vid. al respecto en esp. Ulfried Geuter, *Homosexualität in der deutschen Jugendbewegung. Jungenfreundschaft und Sexualität im Diskurs von Jugendbewegung, Psychoanalyse und Jugendpsychologie am Beginn des 20. Jahrhunderts* [Homosexualidad en el movimiento juvenil alemán. Amistad juvenil y sexualidad en el discurso del movimiento juvenil, psicoanálisis y psicología juvenil a comienzos del siglo XX], Frankfurt a.M., 1994, p. 195 y ss.; así como Thijs Maasen, *Pädagogischer Eros. Gustav Wyneken und die Freie Schulgemeinde Wickersdorf* [Eros pedagógico. Gustav Wyneken y la comunidad escolar libre de Wickersdorf], Berlín, 1995, p. 140 y ss.
 25. Vid. la aclaradora retrospectiva sobre la historia de esa relación en Erich Ebermayer, *Gustav Wyneken. Chronik einer grossen Freundschaft* [Gustav Wyneken. Crónica de una gran amistad], Frankfurt a.M., 1969.
 26. Así decía Ebermayer en un currículum no fechado (presumiblemente de 1947), en DLA Marbach, NL, Ebermayer.
 27. Vid. Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 257 (anotación del 7-2-1934).
 28. Erich Ebermayer, «Jugend und Eros» [Juventud y Eros], en *Junge Menschen. Monatsheft für Politik, Kunst, Literatur und Leben aus dem Geist der jungen Generation*, 3 de marzo de 1926, p. 61; de ahí procede también la siguiente cita.
 29. Vid. Ebermayer, *Kampf um Odilienburg* [Lucha por Odilienburg], Viena, 1929, p. 257. Allí dice: «Ese nuevo Eros sería un fuego, un ascua, un don de Dios ante la belleza, la inspiración, la gracia y la felicidad de la juventud; asexual, suprasexual, una eterna procreación a partir de la belleza y el espíritu, generadora de vida como sólo puede serlo una procreación que confiera al hombre fuerza para el trabajo, y felicidad, orgullo y entrega al muchacho al que el guía [Führer] ha escogido como compañero. Territorio oscuro y peligroso.»
 30. Hans Blüher, *Die Rede des Aristophanes. Prolegomena zur einer Soziologie des Menschengeschlechtes* [El discurso de Aristófanes. Prolegómenos a una

- sociología de la especie humana], Hamburgo, 1966, p. 64 y ss. (subrayado en el original).
31. Vid. Jeremy Noakes, «Philipp Bouhler und die Kanzlei des Führers der NSDAP» [Philipp Bouhler y la cancillería del Führer del NSDAP], en Dieter Rebenisch y Karl Teppe (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers* [Administración contra liderazgo en el Estado de Hitler], Göttingen, 1986, pp. 208-236; vid. también las cartas de Bouhler a Ebermayer, en DLA Marbach, NL, Ebermayer.
 32. Ebermayer a Costa del 19-10-1933. Agradezco a la editorial Zsolnay de Viena la amable cesión de una copia de esa carta depositada en sus archivos.
 33. Vid. Elke Nicolai, *Die literarische Generationsgruppe Klaus Manns 1924-1933* [El grupo generacional literario de Klaus Mann, 1924-1933], Frankfurt a.M., 1998, p. 51 y ss.; también Nicole Schaezler, *Klaus Mann. Eine Biographie* [Klaus Mann. Una biografía], Frankfurt a.M., 1999; así como Uwe Naumann (ed.), «*Ruhe gibt es nicht, bis zum Schluss*». Klaus Mann (1906-1949). *Bilder und Dokumente* [«No hay paz hasta el final». Klaus Mann (1906-1949). Imágenes y documentos], Reinbek, 1999.
 34. Vid. Fredric Kroll (ed.), *Klaus-Mann-Schriftenreihe* [Colección de escritos de Klaus Mann], vol. 3, Wiesbaden 1979, p. 208 y ss.; así como Nicolai, *Literarische Generationsgruppe* [Grupos literarios generacionales], p. 56.
 35. Klaus Mann a Ebermayer del 4-2-1933, en StaBi, Berlín, NL, Ebermayer.
 36. Lo mismo se pensaba entonces en círculos de la Reichswehr, como se deduce de la segunda parte (no publicada) del *Tagebuch eines Reichswehrgenerals* [Diario de un general de la Reichswehr], que cayó en manos del servicio de seguridad de Himmler con ocasión de la detención de Helmut Klotz en Francia en 1940. En la anotación del 6-2-1933 se habla *expressis verbis* de las «amistades íntimas à la Röhm» de Hitler. Vid. especulaciones acerca de cuánto dinero le podrían costar al canciller del Reich esos placeres, en BAB, Zentrale Parteiarhiv der SED, St 3/467, p. 42. Sobre Klotz y la publicación de su «diario» vid. también cap. 3, nota 33.
 37. Cit. en Kroll (ed.), *Klaus-Mann-Schriftenreihe* [Colección de escritos de Klaus Mann], vol. 3, p. 222.
 38. Klaus Mann a Ebermayer del 17-4-1933, en StaBi Berlín, NL, Ebermayer.
 39. Ebermayer *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 28 (anotación del 21-2-1933).
 40. Ibídem, p. 90 y ss. (anotación del 21-5-1933).
 41. Ziegler hablaba incluso, en una carta a Ebermayer del 13-1-1935, de «buena camaradería»; reproducido ibídem, p. 465, lo que era bien poco usual con respecto a alguien que no pertenecía al partido.
 42. Ibídem, p. 92 y s. (anotación del 21-5-1933).
 43. Vid. al respecto los pormenores en Peter Michalzik, Gustaf Gründgens. *Der Schauspieler und die Macht* [El actor y el poder], Berlín, 1999, p. 134 y ss.
 44. Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 315 (anotación del 3-6-1934), ibídem, p. 315 y ss., también las siguientes citas.
 45. Blüher, *Die Rede des Aristophanes. Prolegomena zur einer Soziologie des Menschengeschlechtes* [El discurso de Aristófanes. Prolegómenos a una sociología de la especie humana], p. 69.
 46. Vid. Murray G. Hall, *Der Paul Zsolnay Verlag. Von der Gründung bis zur Rückkehr aus dem Exil* [La editorial Paul Zsolnay. Desde su fundación hasta el regreso del exilio], Tübingen, 1994, p. 258 y s.
 47. Ebermayer a Costas del 19-10-1933, en Archivo de la editorial Paul Zsolnay, Viena.
 48. Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 190 (anotación del 22-10-1933). El aquí mencionado Fritz Todt, un primo por matrimonio de Ebermayer e «inspector general para el estado de las carreteras alemanas» de Hitler, estaba en 1933 sólo al comienzo de su brillante carrera.
 49. Ebermayer a Klaus Mann («Herr Reisinger») del 23-12-1933, en Stadtbibliothek, Munich, Monacensia, Literaturarchiv, NL, Klaus Mann.
 50. Klaus Mann se mostró preocupado en diciembre de 1934 por su viejo amigo: «Temo que las últimas razzias en el Reich puedan ser fatales para él.» (Carta a Franz Goldstein del 30-12-1934, en Klaus Mann, *Briefe* [Cartas], Friedrich Albrecht (ed.), Berlín este/Weimar, 1988, p. 200.) En general, sobre ese tema, véase la ejemplar investigación de Adreas Pretzel y Gabriele Rossbach, *Wegen der zu erwartenden hohen Strafen. Homosexuellenverfolgung in Berlin 1933-1945* [Debido al gran castigo que se espera. Persecución de homosexuales en Berlín, 1933-1945], Berlín, 2000.
 51. «Un representante especial de la escritura alemana.» *Das Schwarze Korps*, núm. 9 del 1-5-1935
 52. Apéndice a un escrito del SD al encargado de personal de la intendencia de la cinematografía del Reich del 17-11-1942, en BAB, BDC, Ebermayer.
 53. Ebermayer a Costas del 6-10-1935, cit. por Hall, *Der Paul Zsolnay Verlag. Von der Gründung bis zur Rückkehr aus dem Exil* [La editorial Paul Zsolnay. Desde su fundación hasta el regreso del exilio], p. 610.
 54. Fragmento de un escrito de la Oficina para el Cuidado de la Escritura al Departamento central de Formación del NSDAP del 19-6-1939, en BAB, BDC, Erich Ebermayer.
 55. Vid. Hall, *Der Paul Zsolnay Verlag. Von der Gründung bis zur Rückkehr aus dem Exil* [La editorial Paul Zsolnay. Desde su fundación hasta el regreso del exilio], p. 599 y s.; así como Boguslaw Drewniak, *Der deutsche Film 1938-1945* [La cinematografía alemana, 1938-1945], Düsseldorf, 1987, pp. 140 y ss. y 511.
 56. Jefe de la policía de seguridad y del SD al encargado de personal de la intendencia de la cinematografía del Reich del 16-10-1942, en BAB, BDC, Erich Ebermayer.

57. Hans Severus Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], Göttingen, 1964.
58. Vid. al respecto ibídem, p. 291 y ss.; además, acta de desnazificación de Ziegler, en HStA, Düsseldorf, NW 1005 - Ge 35/105.
59. Durante los años de 1925 a 1933 se produjeron más de treinta visitas demostrables de Hitler a Weimar, sin contar las numerosas estancias de incógnito, para las que sólo hay indicios, pero no pruebas precisas, vid. Holm Kirsten, *Hitlers Besuche in Weimar (Magisterarbeit)* [Visitas de Hitler a Weimar (tesis)], Jena, 1999, p. 72 y ss., así como el apéndice «Cronología de las visitas de Hitler» (este trabajo aparecerá probablemente en otoño de 2001 con el título «Weimar im Banne des Führers». *Die Besuche Adolf Hitlers 1925-1940* [«Weimar en el hechizo del Führer». Las visitas de Adolf Hitler, 1925-1940], Colonia 2001).
60. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], pp. 87 y 156.
61. Hans Severus Ziegler, *Der Führer im alten «Elephanten». Erinnerungen* [El Führer en el viejo «Elephant». Recuerdos], en Fritz Sauckel (ed.), *Der Führer in Weimar 1925-1938*, Weimar 1938, p. 34.
62. *Thüringer Staatszeitung* del 3-10-1934. Cit. en Kirsten, *Hitlers Besuche in Weimar* [Visitas de Hitler a Weimar], p. 75.
63. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 68.
64. Ibídem, p. 62.
65. Vid. al respecto, incluyendo ahora todas las fuentes disponibles, que aun así proceden principalmente de los años de guerra, Fritz Redlich, *Hitler. Diagnosis of a Destructive Prophet*, Nueva York/Oxford, 1999, p. 290.
66. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], pp. 80, 113 y ss., 52, 119 y 121.
67. Carl B. N. von Schirach a Werner Detjen del 17-4-1933, en Goethe- und Schiller-Archiv, Weimar, 132/740.
68. Vid. Thüringisches HStA, Weimar, Generalintendanz des DNT, núm. 128/1.
69. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 52 y s. Vid. también Ziegler a Hitler del 25-2-1936, en Thüringisches HStA, Weimar, Volksbildungsministerium, núm. 34848 (expediente personal de Ziegler).
70. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 72.
71. Libro de invitados de Hanfstaengl (anotación del 18-8-1932), propiedad de Egon Hanfstaengl, Munich, al que agradezco vivamente la posibilidad de consultarlo.
72. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 64, ibídem, p. 64 y ss., también las citas a continuación.
73. Vid. Kirsten, *Hitlers Besuche in Weimar* [Visitas de Hitler a Weimar], apéndice.
74. Declaración del ministro del Interior de Turingia del 3-7-1934, en Thü-

- ringisches HStA, Weimar, Volksbildungsministerium, núm. 34848 (expediente personal de Ziegler).
75. Vid. Ziegler, *Der Führer im alten «Elephanten». Erinnerungen* [El Führer en el viejo «Elephant». Recuerdos], p. 33.
76. Ziegler a Ebermayer del 13-1-1935, reproducido en Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 465 (subrayado en el original); ibídem también las citas a continuación.
77. Conferencia de prensa del ministro del Instrucción Pública de Turingia del 18-3-1935, quien ya el 7-3-1935 adelantó la declaración de que «sin la menor duda, no hay *ningún* comportamiento del doctor Ziegler susceptible de ser castigado en aplicación del código penal», en Thüringisches HStA, Weimar, Volksbildungsministerium, núm. 34848 (expediente personal de Ziegler).
78. Ziegler a Ebermayer del 2-6-1935, reproducido en Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 535.
79. Ziegler a Hitler (con copia a Brückner) del 19-10-1935, en Thüringisches HStA, Weimar, Reichsstatthalter in Thüringen, núm. 395.
80. Vid. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 13.
81. Ibídem, p. 110.
82. Vid. Michalzik, Gründgens, p. 130 y ss.; así como Burkhard Jellonnek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz* [Homosexuales bajo la cruz gamada], Paderborn, 1990, p. 87 y ss. Tras el «30 de junio», Schirach se comportó incluso de forma marcadamente homófoba en las juventudes hitlerianas.
83. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 157 y s. o 156.
84. Joachim Fest, *Speer. Eine Biographie* [Speer. Una biografía], Berlín, 1999, pp. 71 y 487.
85. Agradezco a Brigitte Hamann la estimulante conversación que pude tener con ella en Munich en noviembre de 2000 sobre su nuevo libro.
86. Vid. Peter P. Pachel, *Siegfried Wagner. Genie im Schatten* [Siegfried Wagner. Genio en la sombra], Munich, 1988, pp. 236 y 360; así como Renate Schoslack, *Hinter Wahnfrieds Mauern* [Tras los muros de Wahnfried], Hamburgo, 1998, p. 51 y ss.
87. Hans-Jürgen Syberberg, *Syberbergs Filmbuch* [Libro de películas de Syberberg], Munich, 1976, p. 265.
88. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] II/4, 1995, p. 408 (anotación del 30-5-1942); vid. asimismo la anotación en el diario de Gürtner del 14-5-1937, en BAB, R 22/721.
89. Cit. en Syberberg, *Syberbergs Filmbuch*, p. 271; ibídem también la siguiente cita.
90. «Así decía Hitler el 24/25-1-1942», en Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], Munich, 1980, p. 225.

91. Sobre la actitud apolítica de Siegfried Wagner, vid. Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt* [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], p. 157; también Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], pp. 224 (24/25-1-1942) y 308 (28-2/1-3-1942): «En lo personal éramos amigos, pero políticamente era pasivo.»
92. Cita textual del documental de Syberberg «Winifred Wagner y la historia de la Casa Wahnfried», 1975.
93. Magnus Hirschfeld, *Die Homosexualität des Mannes und des Weibes* [La homosexualidad del hombre y de la mujer], Berlín, 1920 (segunda edición, sin cambios), p. 689.
94. Sobre esos sucesos, vid. las anotaciones en el diario de Gürtner del 27 de mayo y 20-11-1937, en BAB, R 22/721.
95. Henry Picker (ed.), *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier* [Conversaciones a la mesa con Hitler en el cuartel general del Führer], Wiesbaden, 1983, p. 116 (28-2/1-3-1942) y Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], p. 259 (3/4-2-1942); ibídem p. 308 la siguiente cita.
96. Entrevista del autor con la señora Jobst en Bayreuth el 29-2-2000.
97. Cit. en Gerald McKnight, *The Strange Loves of Adolf Hitler*, Londres, 1978, p. 140.
98. Cit. en Baedeker y Lemke (eds.), *Erich Ebermayer. Buch der Freunde* [Erich Ebermayer. Libro de los amigos], p. 37.
99. Tal como me comunicó por carta la señora Verena Lafferenz-Wagner el 22-7-2000, Ebermayer quiso «representar profesionalmente a mi madre en el proceso de desnazificación, por lo que seguramente conocía muchos detalles, si bien hasta 1945. Después, tanto Ebermayer como Ziegler siguieron manteniendo trato social con la casa Siegfried-Wagner; dado que mi madre era muy franca y sincera en sus expresiones, puede que ambos caballeros “recogieran” algo».
100. Vid. por ejemplo la carta de Bouhler a su «querido Erich» del 15-10-1930, donde «lamenta» no poder satisfacer su «deseo de publicar una entrevista con el Sr. Hitler en una revista literaria», ya que «Hitler sólo concede en general entrevistas políticas», en DLA Marbach, NL, Ebermayer.
101. Vid. al respecto la declaración de la madre de su mujer al acusador general del ministerio de Estado para tareas especiales del 19-12-1949, en la que habló de «matrimonio de protección», en StA, Munich, Sentencias, caja 179. El político agrario nacionalsocialista Richard Darré recordaba en sus *Memoirs* la reputación «no muy buena» de la señora Bouhler, una guapísima actriz de segunda fila: «Tanto por carácter como por naturaleza, era un tanto “disoluta”.» Vid. «Notas de Walter Darré de 1945-1948», vol. 3, en IfZ, Munich, Ed 110.
102. Sobre la carrera de Bouhler en el partido, vid. Bernd Diroll, *Personen-Lexikon der NSDAP*, vol. 1. SS-Führer A-B, Norderstedt, 1998, p. 322 y ss.
103. Nota editorial de Ebermayer a la publicación de sus *Diarios*.
104. Vid. Emmy Göring, *An der Seite meines Mannes. Begebenheiten und Bekenntnisse* [Al lado de mi marido. Sucesos y confesiones], Göttingen, 1967, p. 322, donde dice que Ebermayer se había ofrecido voluntariamente a hacerse cargo de su defensa, naturalmente sin cobrarle. Cabe pensar pues en un deseo de conseguir informaciones como motivo.
105. Agradezco a la editorial Zsolnay de Viena la amable cesión de copias de las revistas de prensa depositadas en sus archivos.
106. Klaus Mann, *Tagebücher 1931 bis 1933* [Diarios 1931 a 1933], Joachim Heimannsberg, Peter Laemmle y Wilfried F. Schoeller (eds.), Munich, 1989, p. 64.
107. Klaus Mann, *Zwilling der Sexualpathologie* [Gemelos de la patología sexual], en *Das Tagebuch*, núm. 53 del 31-12-1932.
108. En lo que sigue, las citas proceden de la reimpresión de Klaus Mann y Kurt Tucholsky, *Homosexualität und Faschismus* [Homosexualidad y fascismo], Hamburgo, 1990, 3.ª ed., pp. 5-13.
109. Vid. el provocativo ensayo de Michael Maar, *Das Blaubartzimmer. Thomas Mann und die Schuld* [El cuarto de Barbazul. Thomas Mann y la culpa], Frankfurt a.M., 2000. (Traducido al castellano en *New Left Review*, núm. 7, Tres Cantos, Akal, 2001.)
110. Klaus Harpprecht, *Thomas Mann. Eine Biographie* [Thomas Mann. Una biografía], Reinbek, 1995, p. 1020.
111. Thomas Mann, *Bruder Hitler* [Hermano Hitler], en *Politische Reden und Schriften* [Conferencias y escritos políticos], vol. 3, Frankfurt a.M., 1968, p. 58; las citas a continuación ibídem, p. 53.
112. Thomas Mann, *Tagebücher 1937-1939* [Diarios 1937-1939], ed. por Peter de Mendelssohn, Frankfurt a.M., 1980, p. 115 (anotación del 13-10-1937).
113. Sobre la historia de su origen, vid. Klaus Mann, *Der Wendepunkt. Ein Lebensbericht* [El punto de no retorno. Informe de una vida], Reinbek, 1984, pp. 590 y ss. y 709 y ss.
114. Ibídem, pp. 352-356.
115. Vid. Theodor Lessing, *Haarmann. Geschichte eines Werwolfs* [Historia de un hombre-lobo], Berlín 1925. Muchos escritores famosos de la República de Weimar, como por ejemplo Döblin, han sondeado en ese notorio caso psicoanalítico. Vid. al respecto la introducción de Rainer Marwedel a la nueva edición de las *Obras de Lessing* (Frankfurt a.M., 1989), esp. p. 21 y ss. Lessing publicó parte de su trabajo sobre Haarmann en la revista *Das Tagebuch*, para la que también escribía Klaus Mann.
116. Aquí juega el autor con el cambio de nombre del padre de Hitler, descubierto en la primavera de 1932; Alois Schicklgruber, hijo ilegítimo, adoptó en 1876 el nombre de su padre adoptivo, Hitler. Vid. Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators* [La Viena de Hitler. Años de aprendizaje de un dictador], Munich/Zürich, 1997, p. 64 y ss.
117. Vid. Maar, *Das Blaubartzimmer. Thomas Mann und die Schuld* [El cuarto de Barbazul. Thomas Mann y la culpa], Frankfurt, a.M., 2000, p. 11. Traducido al castellano en *New Left Review*, núm. 7, Tres Cantos, Akal, 2001.

118. Heinrich Mann, *Der Hass. Deutsche Zeitgeschichte* [El odio. Historia contemporánea de Alemania], Amsterdam, 1933, tomado aquí de la nueva edición, Berlín este/Weimar, 1983, pp. 66 y 68.
119. Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], p. 551 (anotación del 3-7-1935, subrayado en el original).

CAPÍTULO VII

1. Eso decía Hanfstaengl de sí mismo en su artículo, aparecido primero en inglés, «Cómo conocí a Adolf Hitler», citado aquí tal como se publicó en *Der Freiheitskampf*, núm. 293 del 21-10-1934.
2. Del memorándum «Adolf Hitler» que preparó Hanfstaengl en el verano de 1942 para el servicio secreto norteamericano, en Franklin D. Roosevelt Library (Nueva York), Henry Field's Papers, Box 44, p. 30. (Versión original en inglés: «Artificially dramatized public life»).
3. Copia certificada del interrogatorio de Hitler el 17-1-1923, en HStA, Munich, Mju/16312.
4. Así decía Hitler el 30-10-1941, en Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], Munich, 1980, p. 117.
5. Hanfstaengl a Julius Streicher del 19-12-1937 (copia), en BAK, NS 10/149.
6. Rudolf Diels, *Lucifer ante portas. [...] es spricht der erste Chef der Gestapo...* [Lucifer ante portas. [...] habla el primer jefe de la Gestapo...], Stuttgart, 1950, pp. 124 y 382.
7. Vgl. Kurt G. W. Ludecke, *I knew Hitler. The Story of a Nazi Who Escaped The Blood Purge*, Nueva York, 1937, p. 20.
8. «Copia de la acusación de la fiscalía ante la audiencia territorial real Berlín II contra Lüdecke por extorsión» (del año 1911), en PAA, Berlín, R 100097.
9. Informe no fechado de la investigación de la Jefatura de Policía de Munich (probablemente de enero de 1923), en HStA, Munich, MA. 1943. D.R., núm. 473; hay otro ejemplar en BAB, BDC, Kurt Lüdecke.
10. Ibídem.
11. Vid. Keith Sward, *The Legend of Henry Ford*, Nueva York, 1948, tomado aquí de la nueva edición, Nueva York 1968, p. 106 y ss.; también allí las informaciones que siguen.
12. Henry Ford (ed.), *Der internationale Jude. Ein Weltproblem; das erste amerikanische Buch über die Judenfrage*. [El judío internacional. Un problema mundial; el primer libro americano sobre la cuestión judía.] Leipzig, 1921 (traducido al alemán por Paul Lehman). El libro fue distribuido por la editorial Hammer, especializada en textos populistas y antisemitas.
13. Esto se deduce del expediente que elaboró la policía de Munich en el invierno de 1922-23 sobre Lüdecke. Existe copia de la mayor parte de los documentos en HStA, Munich, Mju/16312.

14. Copia certificada del interrogatorio de Hitler el 17-1-1923, ibídem.
15. Copia certificada de un documento redactado por Max Amann el 29-8-1922, ibídem.
16. Copia certificada del interrogatorio policial de Dietrich Eckart el 3-3-1923, ibídem.
17. Vid. Ludecke, *I knew Hitler*, pp. 1 y 13.
18. Copia certificada del interrogatorio de Hitler el 17-1-1923, en HStA, Munich, Mju/16312.
19. Así informaba un corresponsal del *New York Times*, que también aludía a los muchos ejemplares del *Judío Internacional* de Ford acumulados en la sede central del NSDAP; vid. *New York Times*, núm. 23-706 del 20-12-1922. (Versión original: «Berlin hears Ford is backing Hitler. Bavarian Anti-Semitic Chief has American's Portrait and Book in his Office. Spends Money lavishly.»)
20. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 105. (Versión original en inglés: «My friend.»)
21. Acta del interrogatorio de Hermann Esser del 15-2-1923, en HStA, Munich, Mju/16312.
22. Acta del interrogatorio de Lüdecke del 23-3-1923, ibídem.
23. Copia certificada del interrogatorio de Hitler el 17-1-1923, ibídem.
24. Vid. por ejemplo la toma de posición del tribunal Munich I, del 7-3-1923, ibídem.
25. Acta del interrogatorio de Lüdecke del 23-3-1923, ibídem.
26. Vid. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL Hanfstaengl, Ana 405/47.
27. «Sobre el caso Lüdecke». *Völkischer Beobachter*, núm. 59 del 5-4-1923.
28. *Münchener Zeitung*, núm. 86 del 29-3-1923.
29. Una carta de Hitler a su amigo de juventud Fritz Seidl del 16-10-1923 confirma esa estancia en Linz; vid. BAB, NS 26/14.
30. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 234. (Versión original en inglés: «our intimate meeting on the Poestlingberg», «Gladly I eschewed the subject as too delicate.»)
31. Lo que sigue, ibídem, pp. 135-139. (Versión original en inglés: «When his words came close to poetry.», p. 136. O: «In private speech he often is gifted with beauty of language.», p. 136, o «poetic mood» (p. 138); «Next afternoon, Hitler revealed still another side of his character.», p. 136; «Hitler gazed over the vast landscape with love in his eyes.», p. 137; «The selfless grandeur of his vision held me spellbound.», p. 138; «Also, Hitler was plainly embarrassed, as I was, by the memory of our intimate meeting on the Poestlingberg, when we had mutually vowed so many things which never came to pass. Gladly I eschewed the subject as too delicate.», p. 234.
32. Vid. los testimonios en Ernst Deuerlein (ed.), *Der Hitler-Putsch. Bayerische Dokumente zum 8/9 November 1923* [El putsch de Hitler. Documentos bávaros sobre el 8-9 de noviembre de 1923], Stuttgart, 1962, pp. 452 y 543 y ss.
33. Vid. los detalles al respecto en Joachim Köhler, *Wagners Hitler. Der Prophet und sein Vollstrecker* [El Hitler de Wagner. El profeta y su ejecutor], Munich, 1997, p. 231 y ss.
34. Vid. al respecto la explicación algo resumida de von Zdenko von Kraft,

- Der Sohn. Siegfried Wagners Leben und Umwelt* [El hijo. La vida y ambiente de Siegfried Wagner], Graz/Stuttgart, 1969, p. 234 y ss.; así como la presentación, por el contrario demasiado extensa, de James Pool, *Who Financed Hitler. The Secret Funding of Hitler's Rise to Power, 1919-1933*, Nueva York, 1997, 2ª ed., p. 89 y ss.
35. Un facsímil de ese escrito del 4-1-1924 aparece reproducido en Ludecke, *I knew Hitler*, tras la p. 190.
 36. Ibídem, p. 234. (Versión original en inglés: «Also, Hitler was plainly embarrassed, as I was, by the memory of our intimate meeting on the Poestlingberg, when we had mutually vowed so many things which never came to pass. Gladly I eschewed the subject as too delicate.»)
 37. Vid. interrogatorio de Ludecke por la policía de Munich el 2-1-1925, en HStA, Munich, Mju/16312.
 38. Copia certificada de un acta policial levantada en Landshut el 22-5-1925, ibídem.
 39. «Hitler contra Pittinger», *Völkischer Kurier* del 28-2/3-3-1925, tomado aquí de Clemens Vollnhals (ed.), *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen* [Hitler. Discursos, escritos, decretos], I, Munich, 1992, p. 12.
 40. Vid. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 271 y ss.
 41. Ibídem, p. 271. (Versión original en inglés: «I was practically the only one who could give him first-hand information about other than strictly Party matters.»)
 42. Ibídem, p. 276 y s. (Versión original en inglés: «We must sometimes adopt strange methods and use dubious ways if we want to stay in the race.»)
 43. Ibídem, p. 273. (Versión original en inglés: «This time I meant to satisfy my burning curiosity.»)
 44. Vid. el facsímil del documento ibídem, p. 799.
 45. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 46. Quince años después, Hanfstaengl recordaba ese complot en sus dos cartas a Esser del 31-1 y del 23-2-1939; tomado aquí de David George Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, Ph.D., Nueva York, 1988, pp. 379 y 389.
 47. Vid. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 230 y ss. Sobre el contexto, vid. Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Stuttgart, 1998, p. 280 y ss.
 48. Vid. Hitler a Rosenberg del 2-4-1925, en Archives du Centre de Documentation Juive Contemporaine, París, document LXII - 1.
 49. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 50. Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], Munich, 1970, pp. 163 y ss. y 170.
 51. Hitler a Rosenberg del 2-4-1925, en BAB, NS 8/143, Bl. 13.
 52. Hanfstaengl al Tesorero Schwarz del 9-3-1936, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
 53. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 54. «Aclaración», *Völkischer Beobachter* del 5-3-1925.
 55. «El "compromiso matrimonial" de Hitler», *Völkischer Beobachter* del 15-10-1925.
 56. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 57. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 189.
 58. Sobre esa confesión al servicio secreto, vid. los pormenores en el detallado estudio de Steven Casey, «Franklin D. Roosevelt, Ernst "Putzi" Hanfstaengl and the "S-Project", June 1942-June 1944», en *Journal of Contemporary History*, núm. 35, 2000, pp. 339-359. Vid. además Christof Mauch, *Schattenkrieg gegen Hitler. Das Dritte Reich im Visier der amerikanischen Geheimdienste 1941-1945* [Guerra en la sombra contra Hitler. El Tercer Reich en el punto de mira del servicio secreto norteamericano, 1941-1945], Stuttgart, 1999, p. 74 y ss.
 59. Una copia de ese dossier, acabado a finales del verano de 1942 y fechado el 3-12-1942, se halla en Franklin D. Roosevelt Library (Nueva York), Henry Field's Papers, Box 44.
 60. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 61. Entrevista con Ernst Hanfstaengl el 28-10-1951, en IfZ, Munich, ZS 60.
 62. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 63. Ernst Hanfstaengl, Hitler. *The missing Years*, Londres 1957, p. 169.
 64. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 65. Vid. al respecto las notas de Theo Schwarzmüller, *Zwischen Kaiser und «Führer». Generalfeldmarschall August von Mackensen* [Entre el Káiser y el Führer. El mariscal de campo August von Mackensen], Paderborn, 1995, pp. 78, 176 y 196. Schwarzmüller se halla en posesión de la correspondencia privada del mariscal con su hijo Georg, por aquel entonces ayudante del príncipe. Sobre la base de su conocimiento de las fuentes considera innegables esas inclinaciones. Agradezco a Theo Schwarzmüller su información.
 66. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47; ahí también la cita a continuación.
 67. Vid. «Certified Copy of Marriage Record», en PAA, Berlín, R 1000097.
 68. Vid. Ralf Georg Reuth, Goebbels. Eine Biographie [Goebbels. Una biografía], Munich, 1995, p. 350 (con referencias a la parte no publicada de los *Goebbels-Tagebücher* [Diarios]).
 69. Vid. Ludecke, *I knew Hitler*, p. 317.
 70. Vid. las pruebas en Sappo Kuusisto, *Alfred Rosenberg in der nationalsozia-*

- listischen Aussenpolitik 1933-1939 [Alfred Rosenberg en la política exterior nacionalsocialista, 1933-1939], Helsinki, 1984, p. 46.
71. Escrito del tesorero del NSDAP del 19-11-1931, en BAB, BDC, Kurt Lüdecke.
 72. Lo que sigue, según Lüdecke, *I knew Hitler*, pp. 414-537.
 73. Ibídem, p. 477. (Versión original en inglés: «Ach, why should I concern myself with the private lives of my followers! [...] I love Richard Wagner's music -must I close my ears to it because he was a pederast? The whole thing's absurd.»)
 74. Vid. BAB, BDC, Kurt Lüdecke.
 75. Vid. das Faksimile bei Lüdecke, *I knew Hitler*, gegenüber, p. 531.
 76. Vid. Lüdecke a Hitler del 10-4-1934, en Archives du Centre de Documentation Juive Contemporaine Paris, CXXIXa-120. Vid. también las fotos en Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 530 y ss.
 77. Memorias no publicadas de Hanfstaengl, 1956, en BSB, NL, Hanfstaengl, Ana 405/47.
 78. Anotación de Goebbels en su Diario del 22-11-1929, en Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente*, vol. I/1, Munich, 1987, p. 459.
 79. Vid. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 217.
 80. Vid. Hanfstaengl a su colaborador Voigt del 31-10-1937 (borrador), tomado aquí de Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 251.
 81. Vid. BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
 82. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 314.
 83. Ibídem, p. 283. Vid. también *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 126 (anotación del 11-2-1932).
 84. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 301.
 85. Ibídem, pp. 106 y 302.
 86. Vid. por ejemplo Bella Fromm, *Als Hitler mir die Hand küsste* [Cuando Hitler me besó la mano], Berlín, 1993, p. 106 (Diario-anotación del 17-3-1933); Martha Dodd, *Through Embassy Eyes*, Nueva York, 1939, p. 25; Philip Metcalfe, *Berlin 1933. Das Jahr der Machtergreifung*, [Berlín 1933. El año de la toma del poder], Bonn, 1989, p. 193 y ss.; Karlheinz Schädlich, *Die Mitford sisters* [Las hermanas Mitford], Düsseldorf, 1993, p. 111 y ss.
 87. Vid. Kuusisto, *Alfred Rosenberg in der nationalsozialistischen Aussenpolitik 1933-1939* [Alfred Rosenberg en la política exterior nacionalsocialista, 1933-1939], p. 44 y ss.; así como Andreas Molau, *Alfred Rosenberg*, Coblenza, 1993, p. 101 y ss.
 88. Sobre lo que sigue, vid. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 573 y ss. (Versión original en inglés: «Although he has learned to exercise marvellous self-control, he is by nature too impulsive entirely to control his eyes and mouth. Whenever something really touches him and he passes over it without a word, one who has known him from the early days can read a lot in the expression of his mobile face.», p. 575; «And the whispering-campaign branding you as a homosexual is common talk now. It...» «Tstse...tstse... Hitler interrupted me, looking annoyed. Incredible! He clearly wanted to hear no more of that.», p. 575).
 89. Vid. los fragmentos reproducidos por Kuusisto, *Alfred Rosenberg in der nationalsozialistischen Aussenpolitik 1933-1939* [Alfred Rosenberg en la política exterior nacionalsocialista, 1933-1939], p. 48 y s.
 90. Hanfstaengl a Hitler del 4-2-1938, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
 91. «Gran operación de limpieza de los nazis en sus propias filas», *New Yorker Staatszeitung*, núm. 113 del 12-5-1933.
 92. Vid. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 686.
 93. Lüdecke a Buch del 16-9-1933, en BAB, NS 43/157.
 94. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 705. No se ha encontrado el original de esa carta. (Versión original en inglés: «Acted contrary to the tact and rhythm of the movement.»)
 95. Ibídem, p. 735. (Versión original en inglés: «An unpleasant business, this Lüdecke affair. A strange bird, a good head, but a dangerous brother!»)
 96. Lüdecke a Amann del 28-2-1934, en Hoover Institution Archives Stanford, Lüdecke Papers, TS Germany P 214a.
 97. Vid. las memorias de su codetenido Kurt Hiller, *Leben gegen die Zeit* [Vida contra el tiempo], Hamburgo, 1969, p. 276.
 98. Vid. al respecto Rosenberg a Brückner del 17-4-1934, en BAB, NS 8/175, Bl. 172; así como Lüdecke a Hitler del 10-4-1934, en Archives du Centre de Documentation Juive Contemporaine, París, document CXXIXa-120.
 99. Lüdecke a Hitler del 10-4-1934, ibídem. Ahí también las siguientes citas (subrayado en el original).
 100. «Kurt Lüdecke Believed Headed for U.S. After Escape in Germany», *Evening Star* del 5-5-1934.
 101. Así decía Hanfstaengl en su carta a Julius Streicher del 19-12-1937, en BAK, NS 10/149, Bl. 198.
 102. Gestapo al ministerio de Asuntos Exteriores del 3-10-1934, en PAA, Berlín, R 100097.
 103. Vid. Himmler a Rosenberg del 28-8-1934, en Archives du Centre de Documentation Juive Contemporaine París, document CXXIXa-120.
 104. «Documento Mend», en HStA, Munich, Abr. IV, HS 3231.
 105. Vid. por ejemplo el *Münchener Post*, núm. 30 del 6-2-1923.
 106. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 457 (anotación del 13-8-1933).
 107. Cit. en Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 319.
 108. Cit. en Franz Langoth, *Kampf um Österreich. Erinnerungen eines Politikers* [Lucha por Austria. Recuerdos de un político], Wels, 1951, p. 146; vid. tam-

- bién «Akten zur deutschen auswärtigen Politik» [Documentos de la política exterior alemana], serie C, II, 1, Göttingen 1973, núm. 35 y 71. Hanfstaengl ofrece una explicación de su intervención diplomática en Italia en la primera redacción impresa de sus memorias «Ich habe gewarnt» [Yo ya lo había avisado], en *Badische Illustrierte Woche*, núm. 1 del 5-1-1952; vid. sobre el trasfondo «Akten zur deutschen auswärtigen Politik» [Documentos de la política exterior alemana], serie C, III, 1, núm. 26.
109. Cit. en Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 360.
 110. Vid. «Doctor Ernst Hanfstaengl», *Hamburger Fremdenblatt*, núm. 355 del 24-12-1933.
 111. Cit. en «Arte internacional y regional. Una conversación con el doctor Ernst Hanfstaengl», *Deutsche Allgemeine Zeitung* núm. 410-411 del 21-9-1933.
 112. Vid. Fromm, *Als Hitler mir die Hand küsste* [Cuando Hitler me besó la mano], p. 185.
 113. Cit. en «El doctor Hanfstaengl habla sobre las tareas del departamento de información al extranjero», *Völkischer Beobachter*, núm. 105 del 15-4-1934.
 114. Lüdecke a Hitler del 10-4-1934, en Archives du Centre de Documentation Juive Contemporaine, París, document CXXIXa-120.
 115. Vid. *Time*, núm. 15 y 16 del 9 y 16-4-1934; así como *New York Times* del 25-4-1934.
 116. Vid. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 755, donde también habla de una carta a Goebbels. Ambos documentos han desaparecido y Lüdecke no nos cuenta su contenido.
 117. Vid. *Ibidem*, p. 756.
 118. Vid. las pruebas documentales en Metcalfe, *Berlin 1933. Das Jahr der Machtergreifung*, [Berlín 1933. El año de la toma del poder], p. 282 y ss.
 119. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], pp. 339 y 341.
 120. Vid. «Tráfico naviero en el puerto de Bremen», *Weser-Zeitung*, núm. 163 del 15-7-1934.
 121. Amable información de la doctora Elke Fröhlich, editora de los *Goebbels-Tagebücher* [Diarios], referida al volumen todavía no publicado con las anotaciones de 1934.
 122. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 346.
 123. Vid. Luther al ministerio de Asuntos Exteriores del 27-9-1934, en PAA, Berlín, R 1000097.
 124. Vid. *Hamburger Nachrichten*, núm. 411 del 4-9-1934.
 125. *Völkischer Beobachter*, núm. 236 del 24-8-1934.
 126. Vid. Metcalfe, *Berlin 1933. Das Jahr der Machtergreifung*, [Berlín 1933. El año de la toma del poder], p. 326; así como Fromm, *Als Hitler mir die Hand küsste* [Cuando Hitler me besó la mano], p. 210 (anotación en el diario del 14-11-1934).
 127. *Daily Express*, núm. 10720 del 19-9-1934.
 128. Cit. en *Badische Illustrierte Woche*, núm. 5 del 2-2-1952. Vid. también Jody Skinner, *Bezeichnungen für das Homosexuelle im Deutschen*, vol. II: *Ein Wörterbuch* [Denominaciones para lo homosexual en alemán, vol. II: Un diccionario], Essen, 1999, p. 259.
 129. Vid. «Herr Doktor tiene un día muy ocupado», *Daily Express*, núm. 10721 del 20-9-1934.
 130. Vid. «El Doctor Ernst Hanfstaengl», *Daily Express*, núm. 10723 del 22-9-1934.
 131. Sobre el desenlace de esa querrela, vid. «Arreglo amigable» *Völkischer Beobachter*, núm. 339 del 5-12-1935; así como el informe «High Court of Justice», en *The Times*, núm. 47237 del 3-12-1935.
 132. Ministerio de Asuntos Exteriores a la Gestapo del 28-9-1934, en PAA, Berlín, R 100097.
 133. Daluge a Diels del 16-5-1934, en BAB, BDC, Kurt Lüdecke.
 134. Helfferich al general de las SS Scholz ante el estado mayor conjunto del NSDAP del 2-12-1934, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
 135. Vid. «Conclusión de la comedia de Dickstein», *Deutsche Zeitung* (Nueva York), núm. 42 del 20-10-1934.
 136. Hanfstaengl a Brückner del 31-12-1937, en BAK, NS 10/144.
 137. Cit. en Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 356.
 138. El informe de la Gestapo del que envió copia tenía fecha del 26-10-1934; vid. PAA, Berlín, R 100097; también ahí las citas que siguen.
 139. Vid. HstA, Munich, Mju/16312.
 140. Vid. Hanfstaengl a Bülow-Schwante del 14-11-1934, en PAA, Berlín, R 100097.
 141. Hanfstaengl a Doebig del 13-11-1934, en HStA, Munich, Mju/16312.
 142. Vid. Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 153.
 143. Vid. los detalles al respecto en los documentos en PAA, Berlín, R 100097.
 144. Döbig a Schaub del 29-11-1934, en HStA, Munich, Mju/16312.
 145. Vid. Schaub a Döbig del 7-12, así como Döbig a Frank del 11-12-1934, *ibidem*.
 146. Ese paquete está depositado ahora en Hoover Institution Archives, Collection Kurt Lüdecke, Ts Germany, P 214a.
 147. «Informe para el Führer del Reich Herr Adolf Hitler y la jefatura nacional del N.S.D.A.P.», del 15-12-1934, *ibidem*.
 148. Vid. *Philadelphia Deutscher Weckruf* del 19-1-1935 (número especial).
 149. Bouhler a Glaser del 12-1-1935 (referido a los escritos de Glaser del 15 y 21-12-1934), reproducido como facsímil en Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 801.

150. Cit. en *Philadelphia Deutscher Weckruf* del 19-1-1935.
151. Según un informe de la Princeton University Library, a la que se cedió gran parte del archivo de la editorial, la correspondencia de ésta con Lüdecke no figura allí.
152. Lüdecke, *I knew Hitler*, p. 731. (Versión original en inglés: «*The Story of a Nazi Who Escaped The Blood Purge*», «*In Memory of Captain Ernst Roehm [...]*», «*I can afford to tell the unadorned truth*», «*limited only by my conscience and considerations of good taste*».)
153. Vid. ibídem, p. 417 y ss.
154. Ibídem, p. 673. (Versión original en inglés: «*Such a more or less «natural» abnormality is nobody's business. I do as I please within my own four walls, like any one else.*»)
155. Vid. Hanfstaengl a Voigt del 26-11-1937, tomado aquí de Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 255.
156. Vid. al respecto las indagaciones de Rudolf Stoiber y Boris Celovsky sobre la entonces amante de Wiedemann y agente secreta de Hitler, Stephanie von Hohenlohe, Stoiber y Celovsky, *Stephanie von Hohenlohe*, Munich, 1988, p. 144 y ss.
157. Dieckhoff al ministerio de Asuntos Exteriores del 1-11-1938 y Thomsen al ministerio de Asuntos Exteriores del 1-1-1939, en PAA, Berlín, R 100097.
158. Fue el propietario de la revista, Victor F. Ridder, quien comunicó este dato personalmente a Hanfstaengl; vid. Hanfstaengl a Hitler del 4-2-1938 (vía embajada alemana en Londres), en BAK, NS 10/149, Bl. 201.
159. El ayudante de Hitler, Wiedemann, pidió en abril de 1938 al ministerio de Asuntos Exteriores una colección de reseñas de libros de la prensa inglesa, que recibió poco después; vid. BAK, NS 10/35, Bl. 64 y ss.
160. Vid. por ejemplo la reseña «Close-up», en *Calvacade. The British News Magazine*, núm. 10 del 5-3-1938, p. 37.
161. Vid. «An Inside View of the Nazis by a Former Party Member», *The New York Times Book Review* del 28-11-1937; así como «The Nazi Mind», *The Saturday Review* del 4-12-1937.
162. Embajada alemana en Washington al ministerio de Asuntos Exteriores del 1-1-1939, en PAA, Berlín, R 100097.
163. Lammers al ministerio de Asuntos Exteriores del 6-2-1939, ibídem.
164. Apunte del 29-6-1938, ibídem.
165. Alfred Rosenberg, *Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs. Aus den Jahren 1934/35 und 1939/40* [El diario político de Alfred Rosenberg. De los años 1934-35 y 1939-40], Hans-Günther Seraphim (ed.), Göttingen, 1956, p. 59 (anotación del 12-3-1935).
166. Vid. ambos escritos de Hanfstaengl a Schwarz del 12-12-1935, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
167. Vid. Schwarz a Hanfstaengl del 20-12-1935, ibídem.
168. Hanfstaengl a Schwarz del 9-3-1936, ibídem.
169. Schwarz a Hanfstaengl del 23-3-1936, ibídem.
170. Marwell cree que Unity Mitford debió de andar por medio en ese asunto;

- vid. Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 156.
171. Vid. el borrador de carta de Hanfstaengl a Göring de primeros de julio de 1938, tomado aquí de ibídem, p. 334. Vid. también Hanfstaengl a Schaub del 25-6-1939, en BAK, NS 10/340, Bl. 216.
172. Hertha Oldenbourg (de soltera Frey) a Fritz Wiedemann del 6-7-1936 (carta certificada), en BAK, NS 10/231, Bl. 222.
173. Wiedemann a Oldenbourg del 9-7-1936, ibídem, Bl. 221.
174. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, p. 652 (anotaciones del 1 y 2-8-1936).
175. Oldenbourg a Wiedemann del 11-7-1936, en BAK, NS 10/231, Bl. 220.
176. Ernst Hanfstaengl, *Tat gegen Tinte. Hitler in der Karikatur der Welt* [Hechos frente a palabras. Hitler en la caricatura del mundo], Berlín, 1934, p. 57.
177. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/2, 1987, pp. 662 y 665 (anotaciones del 16-8-1936 y 21-8-1936).
178. Eso contaba Helene Niemeyer al biógrafo norteamericano de Hitler, John Toland; cit. en *Adolf Hitler*, Bergisch Gladbach, 1977, p. 529.
179. Hanfstaengl contó más tarde con todo detalle esa aventura; vid. *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 362 y ss. Vid. como complemento Albert Speer, *Erinnerungen* [Memorias], Frankfurt a.M., 1969, p. 140 y s.; Reinhard Spitzzy, *So haben wir das Reich verspielt. Bekenntnisse eines Illegalen* [Así perdimos el Reich. Confesiones de un ilegal], Munich, 1986, p. 201 y ss.; así como *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/3, 1987, p. 40. Parece como si Hitler no hubiera jugado limpio con su antiguo amigo y con ello hubiera provocado el surgimiento de muchas leyendas.
180. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/3, 1987, p. 76 (anotación del 12-3-1937) y p. 80 (anotación del 16-3-1937).
181. Vid. Göring a Hanfstaengl del 19-3-1937, facsímil en Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus. Memoiren eines politischen Aussenseiters* [Entre la Casa Blanca y la Casa Parda. Memorias de un outsider político], p. 372.
182. Vid. Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 178.
183. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/3, 1987, p. 85 (anotación del 20-3-1937).
184. *Ibidem*, p. 109 y 113 (anotaciones del 13 y 16-4-1937).
185. Vid. Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 15.
186. Vid. BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
187. Nota de la conversación, tomada por Hanfstaengl, el 14-5-1937; cit. en Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 199. (Versión original en inglés: «*Don't become a schwein*», «*the people [at the RK] are not clean, not even A.H.*» «*A queer and a blackmailer accounts for more at the highest level than I do!! That shows what kind of spirit lives in the higher regions where comradeship and cleanliness is the talk.*»)

188. Hanfstaengl a Julius Streicher del 19-12-1937, en BAK, NS 10/149, Bl. 194.
189. Hanfstaengl a Voigt del 30-11-1937, cit. en Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 256. (Versión original en inglés: «Not only have I, as the only one, risked my position to exclude this ... ambisexual schwein from the movement and the Führer's circle, [...]»)
190. Hanfstaengl a Streicher del 19-12-1937, en BAK, NS 10/149, Bl. 199. En tono parecidamente desafiante se dirigió Hanfstaengl a Brückner el 31-12-1937, ibidem, Bl. 190.
191. *Goebbels-Tagebücher* [Diarios] I/5, 2000, p. 105 (anotación del 19-1-1938).
192. Nota al margen de Himmler del 27-2-1938 en el anexo al manuscrito de Hanfstaengl del 5-2-1938, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
193. Weizsäcker, por encargo de Ribbentrop a los diplomáticos alemanes en Londres, *Woermann* del 29-3-1938, en PAA, Berlín, F 11/504-503. Ribbentrop ya se había expresado de forma muy parecida el 21-3-1938 frente a Woermann, después de «haber hablado con el Führer sobre el caso Hanfstaengl», ibidem.
194. «Refugiados indeseables», *The New Republic*, núm. 1221 del 27-4-1938.
195. Borrador de carta de Hanfstaengl a Dirksen del 30-5-1938, cit. en Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 302. (Versión original en inglés: «A shocking defamation of the character of the Führer».)
196. Hanfstaengl a su madre del 5-7-1938, cit. ibidem, p. 313. (Versión original en inglés: «Because we first damage the prospect in the Washington trial and then the reputation of A. H. as a man. [...] Homosexuality in connection with A. H. in the court room! My hair stands on end when I think of the press. What can I do then?»)
197. La madre de Hanfstaengl a su hijo, del 20-8-1938; cit. ibidem, p. 327. (Versión original en inglés: «I can't understand your action.»)
198. Göring a Hanfstaengl del 22-8-1938, cit. ibidem, p. 331. (Versión original en inglés: «Tintenkuhl», «I believe that I don't need to remind you that you have made notes in a not very pretty fashion about the Führer so that the Führer withdrew at first from you. [...] Above all give up your crazy persecution mania.»)
199. Vid. Hanfstaengl a Göring del 9-9-1938, tomado aquí de ibidem, p. 338 y ss.
200. Hanfstaengl a Göring y Ribbentrop del 18-11-1938, cit. ibidem, p. 356. (Versión original en inglés: «I therefore inquire whether any particular wishes are under discussion for handling of both cases which involve the honor and private life of the Führer.»)
201. Borrador de carta de Hanfstaengl a Hitler del 23-11-1938, cit. ibidem, p. 356. (Versión original en inglés: «As I have learned the opposition intends to use the trial for an evil attack on you», «to protect you and the reputation of Germany from defilement...».)
202. Hanfstaengl a Göring del 14-12-1938, cit. ibidem, p. 364. (Versión original en inglés: «The court then will merely have to decide whether the opposition can produce real proof of the slander that the Führer and I had punisha-

ble relations in the sense of paragraph 175 or not», «that the Führer is guilty of the crime of homosexuality.»)

203. Vid. anotación en su diario de Hanfstaengl del 28-1-1939, tomado aquí de ibidem, p. 377.
204. Vid. Winifred Wagner a Hanfstaengl del 28-12-1938, tomado aquí de ibidem, p. 368.
205. Hanfstaengl a Hitler del 12-2-1939, en BAK, NS 10/149, Bl. 186.
206. Vid. Martin Bormann a Himmler del 6-3-1939 y a Hanfstaengl del 15-8-1939, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl; así como Bodenschatz a Hanfstaengl del 13-2-1939, tomado aquí de Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 387.
207. Hanfstaengl a Winifred Wagner del 26-7-1939, en BAK, NS 10/149, Bl. 189.
208. Vid. el informe de juicio en «German's Libel Action against Selfridge and Co. fails», *The Times*, núm. 48-310 del 20-5-1939.
209. Hanfstaengl a Hitler del 2-7-1939, Cit. en Marwell, *Unwanted Exile. A Biography of Ernst «Putzi» Hanfstaengl*, p. 417. (Versión original en inglés: «Schwein», «You know me, Herr Hitler, and you know as well as I do what led me to you in 1922-1923: It was you and you alone to whom I subordinated myself as to the chosen one. No one else has the right to advance a claim to my loyalty and obedience. As long as you are there, I will react to your voice and not to another. You alone can call me back. I wrote from my heart; you do the same. That, I ask for you.»)
210. Bormann a Wolff del 4-8-1939, en BAB, BDC, Ernst Hanfstaengl.
211. Nota manuscrita de Walter Hewels del 5-9-1939, en PAA, Berlín, F 11/498.

EPÍLOGO

1. Vid. al respecto Joachim Fest, *Speer. Eine Biographie* [Speer. Una biografía], Berlín 1999, esp. p. 59 y ss. La cita procede del que fue jefe de la oficina de Speer, Karl Maria Hettlage, ibidem, p. 153.
2. Günther Weisenborn, *Memorial*, Berlín, 1948, p. 205.
3. Fest en una entrevista con la ZDF, bajo el título «Albert Speer, el amor desgraciado de Hitler», octubre de 1999.
4. Entrevista en *Der Spiegel*, núm. 19 (2001).
5. Vid. al respecto los recientes resultados de la investigación de Heinrich Schwendemann, «Curricula sobre la tierra quemada», *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 26-4-2000.
6. Vid. en particular Joachim Fest, *Speer. Eine Biographie* [Speer. Una biografía], p. 360 y ss.
7. Eugenio Dollmann, *Roma Nazista*, Milán, 1949, p. 40. (Versión original en italiano: «È un santo' —mi diceva—; l'idea di un contatto fisico sarebbe per lui un contaminare la sua missone.» «Molte volte, mentre ammiravamo il levar del sole dopo aver trascorso la notte chiacciando, mi ha ripetuto che il suo uni-

- co amore è la Germania e che il dimenticarlo anche per poco scuoterebbe le mistiche energie della sua missione». «Sempre la missione, la missione, la missione, il sacrificio e l'abnegazione: a questo modo —osservò con un sorriso—, abbiamo felicemente realizzato l'autentico Reich maschile. Naturalmente la gente crederà che la mia esistenza si svolga in ben altra maniera: se sapesse!»)*
8. Werner Jochmann (ed.), *Adolf Hitler. Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944* [Adolf Hitler. Monólogos en el cuartel general del Führer, 1941-1944], Munich, 1980, p. 230.
 9. Interrogatorio de Julius Schaub el 12-3-1947, en StA, Nürnberg, KV-Interrogations S-35.
 10. Declaración de Herbert Döring en la serie para televisión «Las mujeres y Hitler», Primera Parte, dirección de Thomas Hausner, Bayerischer Rundfunk 2000, en la que afirmó: «Se lo digo claramente: En aquella época curiosábamos, nadie lo supo entonces, por ver si encontrábamos algo en las camas. Y en todos aquellos años nunca fue así. Se lo puedo decir sin rodeos. Pero preferiría no seguir hablando de esos asuntos privados.»
 11. Serie de artículos «Relatos de Heinrich Hoffmann», en *Münchener Illustrierte*, núm. 47 del 20-11-1954.
 12. Vid. Christa Schroeder, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler* [Él era mi jefe. Del legado de la secretaria de Adolf Hitler], editado por Anton Joachimsthaler, Munich, 1985, p. 156; Nerin Erin Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], Kiel, 1994 (nueva edición), p. 203; John Mendelsohn (ed.), *Covert Warfare, 14: A Man Called A. H.*, Nueva York/Londres, 1989, p. 688.
 13. Hans-Severus Ziegler, *Adolf Hitler. Aus dem Erleben dargestellt*, [Adolf Hitler. A partir de mis propias vivencias], Göttingen, 1964, p. 265.
 14. Vid. Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal* [Eva Braun-Hitler. Vida y destino], pp. 32 y 46.
 15. Cit. en Schroeder, *Er war mein Chef* [Él era mi jefe], p. 191.
 16. Dollmann, *Roma Nazista*, p. 42. (Versión original en italiano: «A pensarci bene —esclamò una volta Eva—, questa mia situazione di amica ha dei lati buoni e dei vantaggi; immagini un po' quanto sia comodo per una donna non dovere mai essere gelosa di un'altra.»)
 17. Hans Blüher, *Die Rede des Aristophanes. Prolegomena zur einer Soziologie des Menschengeschlechtes*, [El discurso de Aristófanes. Prolegómenos a una sociología de la especie humana], Hamburgo, 1966, p. 65.
 18. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, 3.ª ed., Munich, 1930, pp. 6 y 93.

poderoso que éste». Agradezco a mi amigo René Ott la traducción del italiano tanto de éste como de los demás pasajes en ese idioma.

3. Vid. Dollmann, *Roma Nazista*, p. 30 y ss.
4. Ibídem, p. 9 y ss.
5. Vid. Hans Blüher, *Die Rolle der Erotik in der männlichen Gesellschaft. Eine Theorie der menschlichen Staatsbildung nach Wesen und Wert* [El papel del erotismo en la sociedad masculina. Una teoría de la construcción del Estado según esencia y valor], Stuttgart, 1962, (nueva edición), p. 26 y ss. (Prólogo a la edición de 1949). Blüher profundiza y amplía esas reflexiones en el manuscrito publicado póstumamente *Die Rede des Aristophanes. Prolegomena zur einer Soziologie des Menschengeschlechtes* [El discurso de Aristófanes. Prolegómenos a una sociología de la especie humana], Hamburgo, 1966.
6. Vid. la primera edición crítica en alemán de esta obra, de la que han aparecido diferentes versiones: Jean Genet, *Werke in Einzelbänden, III: Das Totenfest. Pompes Funèbres* [Obras por separado, III: Fiesta macabra. Pompes Funèbres], Gifkendorf, 2000. Ibídem, p. 368 y ss., las observaciones sobre la historia de la obra y su interpretación.
7. Vid. Nicolaus Sombart, *Pariser Lehrjahre 1951-1954* [Años de aprendizaje en París, 1951-1954], Hamburgo, 1994, p. 279 y ss.
8. La novela, completada en 1944 en Estados Unidos, apareció primero en Nueva York, en 1947, con el título *The end is not yet*. En 1948 fue publicada por la editorial Hallwag de Berna. Los pasajes más significativos sobre la homosexualidad de Hitler se encuentran en la edición alemana en las pp. 434 y ss. y 446 y ss.
9. Vid. Karola Schulz, *Fast ein Revolutionär. Fritz von Unruh zwischen Exil und Remigration (1932-1962)* [Casi un revolucionario. Fritz von Unruh entre el exilio y la emigración (1932-1962)], Munich, 1994, pp. 23 y ss. y 64 y ss.
10. Vid. Ulrich Rudolf Fröhlich, *Fritz von Unruhs Spätwerk 'Der nie verlor'* [La obra tardía de Fritz von Unruh 'El que nunca perdió'], Ann Arbor, 1980.
11. Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland... Persönliches und politisches Tagebuch* [Ya que ahora Alemania nos pertenece... Diario personal y político], Hamburgo/Viena, 1959, esp. p. 331 y ss.

POSTFACIO

1. Eugenio Dollmann, *Roma Nazista* (Traducción del alemán de Italo Zingarelli), Milán, 1949.
2. *Corriere della Sera* del 21-5-1950. La reseña apareció bajo el titular «Dollmann informa sobre sus experiencias italianas. Al servicio de Hitler, fue más

Abreviaturas

- BAB Bundesarchiv Berlin [Archivo Federal de Berlín].
BAB-DH Bundesarchiv Zwischenarchiv Dahlwitz-Hoppegarten [Archivo Federal Zwischenarchiv Dahlwitz-Hoppegarten].
BAK Bundesarchiv Koblenz [Archivo Federal de Coblenza].
BDC Berlin Document Center [Centro de Documentación de Berlín].
BSB Bayerische Staatsbibliothek [Biblioteca del Estado de Baviera].
DAF Deutsche Arbeitsfront [Frente Alemán del Trabajo].
DLA Deutsches Literaturarchiv [Archivo de Literatura Alemana].
GStA PK Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz [Archivo estatal confidencial del patrimonio cultural prusiano].
HStA (Bayerisches) Hauptstaatsarchiv [Archivo Central (de Baviera)].
IfZ Institut für Zeitgeschichte [Instituto de Historia Contemporánea].
NL Nachlass [Legado].
OÖLA Linz Oberösterreichisches Landesarchiv Linz [Archivo de la Alta Austria en Linz].
StA Staatsarchiv [Archivo del Estado].
StaBi Staatsbibliothek [Biblioteca del Estado].
VfZ Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte [Revista Trimestral de Historia Contemporánea].
PAA Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes [Archivo político del Ministerio de Asuntos Exteriores].

Índice onomástico

- Abegg, Wilhelm: 193, 194.
Adenauer, Konrad: 255, 315.
Amann, Max: 85, 97, 98, 104, 165,
176, 187, 253, 264, 279, 281.
Annerl: 131.
Arnold, Ida: 162.
August Wilhelm de Prusia: véase
Hohenzollern, August
Wilhelm.
Aust, Hans Walter: 222.
- Bachmann: 76, 97.
Baedeker, Peer: 238, 239, 242.
Bartsch, Rudolf Hans: 45.
Beaverbrook, lord: 286.
Bechstein, Lotte: 159.
Beck, Ludwig: 74, 87.
Bell, Georg: 206, 207, 208.
Berchtold, Josef: 172.
Bernhard, Georg: 295.
Binion, Rudolph: 18.
Blomberg, Werner von: 234.
Blüher, Hans: 116, 117, 118, 153,
154, 230, 235, 240, 249, 310,
314.
Bodenschatz, Karl: 297, 298, 301,
303.
Bomhard, Guido Karl: 126, 127.
- Bormann, Martin: 30, 303, 304.
Bouhler, Philipp: 30, 236, 238,
241, 242, 253, 290.
Brandmayer, Balthasar: 97, 98.
Braun, Eva: 30, 103, 222, 247,
306-311.
Braun, Otto: 198.
Bredow, Ferdinand von: 215, 216,
217.
Bredow, Kurt von: 208.
Brückner, Helmut: 220, 224, 225,
226.
Brückner, Wilhelm: 31, 88, 209,
220, 249, 281.
Brüning, Heinrich: 190, 198, 216,
232.
Buch, Walter: 162, 191, 204, 213,
220, 280.
Büchner, Frau: 131.
Bullock, Alan: 12, 13, 14, 15, 17.
- Canaris, Wilhelm: 74.
Chaplin, Charles: 257.
Chopin, Fryreryk Franciszeck: 238.
Class, Heinrich: 129, 130.
Costa (editor): 236.

Diels, Rudolf: 31, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 211, 218, 261, 276.
 Dieckhoff: 288.
 Dietrich, Otto: 89.
 Dirksen, Herbert von: 299.
 Dollfuss, Engelbert: 64.
 Dollmann, Eugen: 31, 139, 141, 142, 185, 307, 309, 313, 314, 315.
 Döring, Herbert: 308.
 Drexler, Anton: 78, 79.
 Du Moulin-Eckart, conde: 185, 188, 217.
 Ebermayer, Erich: 31, 147, 229-260, 314, 315.
 Ebermayer, Ludwig: 231, 232.
 Eckart, Dietrich: 122-132, 143, 149, 150, 175, 176, 264.
 Elsholz, familia: 89.
 Engelhardt, coronel: 76.
 Epp, Franz Xaver Ritter von: 77, 78, 101, 114, 115, 148, 172.
 Ernst, Karl: 185, 188, 196, 205, 206, 211, 215, 217.
 Esser, Hermann: 176, 269.
 Eulenburg, Philipp de: 55, 56, 57, 58.
 Ewers, Hanns Heinz: 133, 134, 272.
 Exkart, Dietrich: 32.
 Federico el Grande: 264.
 Fest, Joachim: 14, 15, 16, 17, 175, 250, 305.
 Ford, Henry: 263, 264, 267.
 Franckenstein, Clemens von: 129.
 Frank, Hans: 30, 120, 127, 232, 288.
 Frick, Wilhelm: 182, 220.

Fromm, Bella: 147.
 Fromm, Erich: 18.
 Funk, Walter: 278.
 Genet, Jean: 314.
 George, Stefan: 68, 148.
 Gerlich, Fritz: 30, 85, 165, 215.
 Gessler: 233.
 Gisevius, Hans Bernd: 196.
 Glaser, Alexander: 215.
 Goebbels, Joseph Paul: 20, 132, 142, 145, 151, 153, 156, 162, 163, 168, 169, 170, 176, 184, 185, 186, 187, 188, 190, 201, 212, 213, 214, 230, 238, 242, 249, 251, 275, 281, 282, 284, 291, 295, 296, 297, 298, 299.
 Goebbels, Magda: 273, 274.
 Goethe, Johann Wolfgang von: 106, 132.
 Göring, Emmy: 253.
 Göring, Hermann: 30, 195, 196, 205, 208, 212, 213, 218, 219, 224, 226, 239, 275, 278, 280, 297, 298, 300, 301, 303.
 Graf, Ulrich: 176.
 Grimm, Hans: 175.
 Groener, Wilhelm: 198.
 Groll: 87.
 Groscurth, Helmuth: 74.
 Gründgens, Gustaf: 239, 250.
 Grzesinski, Albert: 197.
 Guillermo II de Alemania: 55, 57.
 Günther von Tschirschky, Fritz: 209.
 Gürtner, Franz: 225, 232.
 Gutmann, Sigmund: 76, 99.
 Haarmann, Fritz: 258.
 Hamann, Brigitte: 65, 66, 251.
 Hanfstaengl, Edgar: 134, 135.

Hanfstaengl, Egon: 134, 137.
 Hanfstaengl, Erna: 271.
 Hanfstaengl, Ernst: 28, 31, 32, 64, 120, 131, 132-139, 143, 146, 147, 150, 164, 178, 206, 212, 246, 261, 269-273, 274, 275-278, 279, 281, 282-283, 284-290, 293-304, 311.
 Hanfstaengl, Helene: 296.
 Hanisch, Reinhold: 38, 39, 55, 59, 60, 61, 62, 63, 64.
 Harden, Maximilian (*alias* Isidor Witowski): 55, 57, 58, 59.
 Harpprecht, Klaus: 256.
 Harrer, Karl: 78.
 Haushofer, Karl: 148, 150, 151.
 Häusler, Rudolf: 32, 39, 64-67, 68, 102, 106.
 Hearst, William Randolph: 285, 286.
 Heiden, Konrad: 60.
 Heimsoth, Karl-Günther: 116, 117, 118, 191, 192, 196, 197, 215.
 Heines, Edmund: 119, 142, 184, 210, 215, 217, 301.
 Helldorf, Wolf Heinrich von: 30, 185.
 Hentig, Werner Otto von: 73, 74.
 Hepp, Ernst: 70, 71.
 Hepp, Martha: 70, 71.
 Herder, Johann Gottfried von: 244.
 Hess, Rudolf: 32, 42, 146-155, 156, 166, 169, 172, 212, 213, 220, 224, 227, 230, 254, 270, 271, 272, 273, 278, 282, 295.
 Hess, señora: 220.
 Hessen, Philipp von: 31.
 Hewel, Walter: 30.
 Heydrich, Reinhard: 211, 212, 218, 227, 297, 303.
 Hierl, Konstantin: 199.
 Hildebrand, Klaus: 22.
 Hillebrand, Wilhelm: 189.
 Himmler, Heinrich: 30, 165, 166,

171, 172, 193, 211, 212, 217, 218, 223, 224, 225, 226, 227, 233, 242, 267, 268, 280, 282, 303, 304, 313.
 Hindenburg, Paul von: 11, 190, 201, 202, 204, 208, 209, 212, 221, 225, 233.
 Hirschfeld, Magnus: 48, 58, 59, 62, 95, 116, 125, 126, 142, 143, 193, 251.
 Hitler, Paula: 37.
 Hoffmann, Heinrich: 30, 146, 157, 164, 176, 281, 307, 308.
 Hoffmann, Henriette: 157.
 Hofweber, Max: 148.
 Hohenzollern, August Wilhelm: 183, 275, 314.
 Hohenzollern, Oskar: 314.
 Honisch, Karl: 63.
 Hülsen-Haeseler, Georg von: 126.
 Inkofer, Josef: 97.
 Irving, David: 18.
 Isermeyer, Christian: 185.
 Jannings, Emil: 243.
 Jesucristo: 131.
 Jetzinger, Franz: 44, 45, 51, 54.
 Jobst, señora: 252.
 Joel, Curt: 232.
 Kahr, Gustav von: 141, 149, 215.
 Kallenbach, Hans: 150, 157.
 Kaufmann, Karl: 163, 220, 227.
 Kempka, Erich: 154.
 Kershaw, Ian: 21, 22, 23.
 Kessel, Eugen von: 215.
 Kessler, Harry Graf: 244.
 Killinger, von: 220.
 Kisch, Egon Erwin: 82, 98.

Klausener, Erich: 215.
 Klein, Ada: 158.
 Klotz, Helmuth: 191, 192, 193, 194, 195, 202.
 Knilling, Eugen von: 128.
 Knudsen, Helge: 73.
 König, Eva: 93, 94.
 Koppler, Marianne: 65, 66.
 Korrodi, Walther: 196, 210.
 Kreismann, doctor: 197.
 Kriebel, Karl: 73, 150.
 Kubizek, August: 31, 32, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 63, 66, 67, 68, 105, 106, 266.
 Kugler: 87.
 Kültz, Helmut: 233.
 Külz, Wilhelm: 230, 233.

Lammers, Hans Heinrich: 107, 293.
 Lampel, Peter Martin: 142, 143.
 Lauboeck, Fritz: 80.
 Laux, Karl: 93.
 Leidenroth, Karl: 61.
 Leonrod, general von: 75.
 Levetzow, Magnus von: 208.
 Linge, Heinz: 30.
 Lippert, Michael: 75, 97.
 Liszt, Franz: 238, 244.
 Lorenz, Max: 252.
 Lossow, Otto von: 114, 139, 140, 141, 142, 215.
 Lüdecke, Kurt: 31, 120, 135, 147, 168, 170, 171, 199, 206, 215, 261, 262-269, 273-275, 276, 277, 278, 279-282, 283-293, 294, 295, 298, 311.
 Ludendorff, Erich von: 130, 264.
 Luetgebrune, Walter: 203, 209, 215, 217.

Luis II de Baviera: 75, 170.
 Lukacs, John: 10.

Mann, Heinrich: 241, 259, 260.
 Mann, Klaus: 28, 201, 236, 237, 242, 255, 256, 257, 259, 260.
 Mann, Thomas: 28, 137, 234, 256, 260.
 Marx, Rose: 126.
 Maser, Werner: 18, 73, 100.
 Maurice, Emil: 31, 32, 146, 150, 152, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 172.
 Maurice, Hedwig: 166.
 Mayr, Karl: 30, 102, 109, 148, 149, 207, 208.
 Meissner, Otto: 295.
 Meind, Hans: 30, 73, 74, 79-95, 106, 203, 282, 290, 294.
 Meyer, doctor: 188, 191.
 Miller, Alice: 18.
 Mommsen, Hans: 20.
 Mozart, Wolfgang Amadeus: 147.
 Mühsam, Erich: 68.
 Mund, Max: 97.
 Mussolini, Benito: 64, 130, 264, 266, 283, 313.

Napoléon I Bonaparte: 45, 230.
 Neuburger, Franz: 42, 43.
 Neumann, Josef: 39, 61, 62.
 Neurath, Konstantin von: 278.
 Niemeyer, Helene: 134.
 Nietzsche, Friedrich: 15, 244.

Obermüller, Elisabeth: 105.
 Olden, Rudolf: 60.
 Oldenbourg, Hertha: 294, 295.
 Oncken, Hermann: 138.
 Orwell, George: 9.

Papen, Franz von: 209, 217.
 Paulus, Herbert: 93.
 Pechel, Rudolf: 130.
 Pfeiffer von Salomon, Franz Felix: 198.
 Philipp von Hessen: 183.
 Plewnia, Margarete: 128.
 Pölzl, Johanna (tía Hani): 37, 38, 55.
 Pölzl, Klara (madre de Hitler): 37, 38, 50.
 Popp, Anna: 68, 69.
 Popp, Josef: 39, 65.
 Pröhl, Ilse: 147, 150, 152, 160, 161.

Quandt, Magda: 167, 168, 169, 170, 174, 273.

Raubal, Ángela (hermanastra de Hitler): 16, 39.
 Raubal, Geli (Ángela) (sobrina de Hitler): 16, 155, 159, 160, 161, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 307, 309.
 Raubal, Leo: 160.
 Rauschnig, Hermann: 107, 206.
 Redl, coronel: 68.
 Reichert (patrona de Hitler): 139.
 Reiner: 188.
 Reiter, Maria: 158, 159, 162.
 Reventlow, Ernst von: 263.
 Ribbentrop, Joachim von: 301.
 Riefenstahl, Leni: 157, 168, 169, 170, 171.
 Roehm, capitán: 202, 220.
 Röhm, Ernst: 30, 32, 34, 94, 101, 102, 109, 113-122, 142, 143, 147, 166, 176, 181-228, 230, 236, 240, 241, 248, 254, 267, 268, 280, 281, 282, 284, 285, 286, 291, 292, 298, 301, 306.

Röhrbein, Paul: 185, 188, 215.
 Rosenbaum, Ron: 11.
 Rosenberg, Alfred: 125, 138, 192, 207, 232, 267, 269, 270, 271, 274, 275, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 295.
 Rossbach, Gerhard: 115, 129.
 Rupprecht: 270.

Sack, Alfons: 217, 279.
 Sack, Robert: 215.
 Saint-Exupéry, Antoine de: 236.
 Sauckel, Fritz: 249.
 Schacht, Hjalmar: 206, 289.
 Schätzl, Martin: 118, 216.
 Schaub, Julius: 31, 155, 173, 176, 177, 178, 179, 222, 294, 308.
 Schicklgruber, Johann Georg: 258.
 Schiller, Friedrich: 106, 244.
 Schirach, Baldur von: 30, 89, 220, 227, 244, 250.
 Schirach, Carl B. N. von: 244, 246.
 Schirach, Henriette von: 165.
 Schirmer, Fritz: 192.
 Schirmer, Hans: 69, 71.
 Schleicher, Kurt von: 198, 208, 215, 216.
 Schmid-Noerr, Friedrich Alfred: 73, 74, 79, 93.
 Schmidt, Ernst: 31, 32, 75, 76, 77, 79, 84, 95-107.
 Schneider, Edmund: 94, 178.
 Schneidhuber, August: 215.
 Schnell, doctor: 70, 71.
 Schneidhuber, August: 30.
 Schönwörth, Mathilde von: 259.
 Schopenhauer, Arthur: 131, 152.
 Schreck, Julius: 32, 89, 146, 171-175, 176, 252.
 Schreck, Maria: 174.
 Schröder, Christa: 31, 158, 164, 177, 309.

- Schubert, Franz: 45.
 Schuler, Alfred: 71, 72, 111.
 Schulz, Paul: 187, 188, 199, 207.
 Schwarz, Sales: 88, 293, 294.
 Schwind, Moritz von: 45.
 Seeds, William: 130.
 Seiler, fiscal: 90.
 Seisser, Hans von: 141.
 Severing, Carl: 194, 208.
 Shakespeare, William: 106.
 Siedler, Fritz von: 272.
 Sombart, Nicolaus: 314.
 Speer, Albert: 30, 32, 33, 173, 175, 177, 231, 250, 305, 306.
 Spreti, conde: 185.
 Stefanie: 51.
 Stennes, Walther: 182, 186, 187, 207, 208, 212.
 Strasser, Gregor: 220.
 Strasser, Otto: 147, 162, 163, 187, 196, 207, 215, 216, 217, 220, 226.
 Streicher, Julius: 30.
 Tiefenböck: 75, 79.
 Todt, Fritz: 241.
 Toland, John: 18.
 Unruh, Fritz von: 314.
 Vogel, doctor: 91.
 Voight: 284.
 Voss, Gerd: 215, 217.
 Wagener, Otto: 168.
 Wagner, Richard: 15, 46, 48, 66, 117, 137, 170, 217, 246, 247, 251, 274.
 Wagner, Siegfried: 251, 253, 266, 267.
 Wagner, Winifred: 30, 174, 217, 238, 250, 251, 252, 253, 266, 267, 302.
 Waite, Robert G. L.: 18.
 Wanivenhaus, Hugo: 43.
 Weber, Christian: 176.
 Weber, Friedrich: 150.
 Weinrich, Karl: 170.
 Weisenborn, Günther: 305.
 Weiss, Jakob: 77, 97.
 Welz: 90.
 Westenkirchner, Ignaz: 100.
 Wiedemann, Fritz: 30, 89, 292, 294, 295, 296.
 Wilde, Oscar: 68, 108.
 Wimmer, Franz: 75, 79, 97.
 Wolff, Karl: 304.
 Wolfskehl, Harl: 71.
 Woyrsch, Udo von: 224.
 Wyneken, Gustav: 153, 234, 235.
 Zaeper, Max: 101.
 Zakreys, Maria: 38, 55.
 Zehnter, Karl: 215, 216.
 Ziegler, Hans Severus: 31, 32, 238, 239, 241, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 254, 309.
 Zweig, Stefan: 56.

Procedencia de las ilustraciones*

PÁGINA I

Arriba: © Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich (Alemania).
Abajo: August Kubizek, *Adolf Hitler – mein Jugendfreund*, Leopold Stocker Verlag, Graz, 1995. © Leopold Stocker Verlag, Graz (Austria).

PÁGINA II

Arriba: *Jugend*, núm. 48, 19-11-1907.
Abajo: © Marianne Koppler, Hoberndorf (Austria).

PÁGINA III

Arriba: © Scherl / Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich (Alemania).

PÁGINA IV

Arriba: © AP / Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich (Alemania).
Abajo: © Scherl / Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich (Alemania).

PÁGINA V

Arriba: Nerin Erin Gun, *Eva Braun-Hitler*, Arndt-Verlag, Kiel, 1994.
Abajo: Suplemento semanal del *Hamburger Echo* «Echo der Woche» del 6-3-1932.

PÁGINA VI

Arriba: © Bundesarchiv, Coblenza (Alemania).

* Se ha hecho todo lo posible por localizar a los titulares de los derechos de las fotografías pero no se ha conseguido en todos los casos. Quedan reservados todos los derechos de las ilustraciones.

Abajo: Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg begann in München*, Herbig Verlag, Munich, 2000.

PÁGINA VII

Arriba: Albert Reich/Dietrich Eckart, *Dietrich Eckart, ein deutscher Dichter und der Vorkämpfer der völkischen Bewegung*, Eher Verlag, Munich, 1933.

Abajo: © Egon Hanfstaengl, Munich (Alemania).

PÁGINA VIII

Arriba: Kurt W. Lüdecke, *I knew Hitler*, Scribner Verlag, Nueva York, 1937.

Abajo: © Fotoarchiv Heinrich Hoffmann, Bayerische Staatsbibliothek, Munich (Alemania).

PÁGINA IX

Arriba: Kurt Pätzold/Manfred Weissbecher, *Rudolf Hess: Der Mann an Hitlers Seit*, Militzke Verlag, Leipzig, 1999.

Abajo: © NYP 68 040, Imperial War Museum, Londres (Gran Bretaña).

PÁGINA X

Arriba: Ronald Hayman, *Hitler & Geli*, Bloomsbury, Londres, 1997.

Abajo: Nerin Erin Gun, *Eva Braun-Hitler, Leben und Schicksal*, Arndt-Verlag, Kiel, 1994.

PÁGINA XI

Arriba: *Völkischer Beobachter*, núm. 141, 20-5-1936. © Heinrich Hoffmann, Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín (Alemania).

Abajo: © Deutsche Presse-Agentur, Bilderdienst, Hamburgo (Alemania).

PÁGINA XII

Arriba derecha: Portada del *Kölnische Illustrierte Zeitung*, núm. 41, 10-10-1931.

Abajo: © Scherl / Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich (Alemania).

PÁGINA XIII

Arriba: *Münchener Illustrierte Presse*, núm. 52, 1933, p. 1 664.

Abajo: *Roter Pfeffer*, núm. 3, Beilage des Gegen-Angriffs, 3-12-1933.

PÁGINA XIV

Arriba: *Der Simplicus*, Praga, 26-04-1926.

Abajo: © Bundesarchiv, Coblenza (Alemania).

PÁGINA XV

Arriba: © Bertolt Brecht, *Ballade vom armen Stabschef*, Stiftung Archiv der Akademie der Künste, Bertolt-Brecht-Archiv 1 649/03, Berlín (Alemania).

Abajo: © Schiller-Nationalmuseum, Deutsches Literaturarchiv, Marbach am Neckar (Alemania).

PÁGINA XVI

Arriba: © Eta Jobst, Bayreuth (Alemania).

Abajo: *Das Tagebuch*, núm. 36, 6-09-30, p. 1 429.

PÁGINA XVII

Arriba: © Bayerische Staatsbibliothek, Munich (Alemania).

Abajo: Kurt W. Lüdecke, *I knew Hitler*, Scribner Verlag, Nueva York, 1937.

PÁGINA XVIII

Arriba: *Daily Express*, núm. 10 720, 19-9-1934.

Abajo: © Süddeutscher Verlag, Bilderdienst, Munich (Alemania).

PÁGINAS XIX, XX, XXI y XXII

© Bestand NS 10, Persönliche Adjutantur des Führers und Reichskanzlers, vol. 149 (Bl. 185-188), Bundesarchiv, Coblenza (Alemania).

PÁGINA XXIII

© Fotoarchiv Heinrich Hoffmann, Bayerische Staatsbibliothek, Munich (Alemania).

PÁGINA XXIV

Arriba: © Bayerische Staatsbibliothek, Munich (Alemania).

Esta edición se terminó de imprimir en
Industria Gráfica Argentina
Gral. Fructuoso Rivera 1066, Capital Federal
en el mes de setiembre de 2001.

 **Planeta** Historia y Sociedad

Fernando Estrada Laza
LOS OBREROS DE LA MUERTE
*La historia de la misteriosa cofradía
que construyó las tumbas del Valle
de los Reyes*

Miguel Platón
HABLAN LOS MILITARES
*Testimonios para la historia
(1939-1996)*

Evan S. Connell
UNA CRÓNICA DE LAS CRUZADAS

Gonzalo Martínez Díez
**LOS TEMPLARIOS EN LOS REINOS
DE ESPAÑA**

Christian Jacq
**PODER Y SABIDURÍA EN EL ANTIGUO
EGIPTO**

César Vidal
**LOS EXPLORADORES DE LA REINA Y
OTROS AVENTUREROS VICTORIANOS**

Juan José del Águila
EL TOP
*La represión de la libertad
(1963-1977)*

Editorial Planeta®
www.editorialplaneta.com.ar